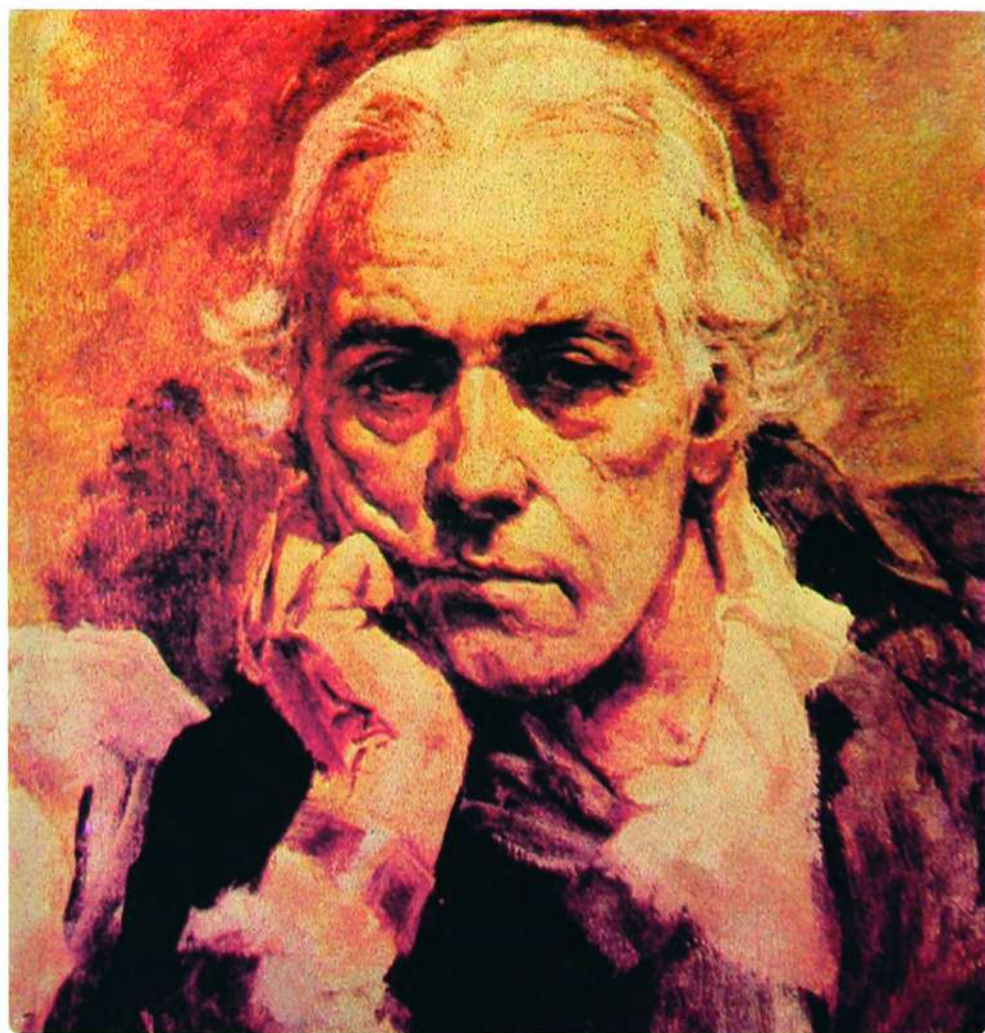


RUFINO BLANCO FOMBONA

ENSAYOS HISTORICOS



EL CONQUISTADOR ESPAÑOL DEL SIGLO XVI

PRIMERA PARTE

CARACTERES DE ESPAÑA

INTRODUCCION

EL GRUPO de españoles, relativamente mínimo, que descubrió, exploró y conquistó la mayor parte del Nuevo Mundo ha sido considerado hasta ahora, con casi unánime injusticia, como una serie de monstruos.

Los amigos de la libertad, principalmente, los han aborrecido: los héroes de la conquista aparecen como esclavizadores y expoliadores, como personajes que inician un cruento y luctuoso drama de esclavitud, drama en tres actos, cada uno de los cuales dura un siglo. Son caras de bandidos, cubiertas con antifaz de guerreros. Enrique Heine, espíritu desligado de toda preocupación gregaria, llama pequeño a Cortés, el mayor de aquellos conquistadores; y lamenta como injuria inferida a la gloria de Colón, y lo lamenta maravillosamente en aquel maravilloso poema que lleva por título el nombre del sanguinario ídolo azteca, *Vitzliputzli*, el que Hernán Cortés figure en la Historia junto al Descubridor. “Te hubiera valido más —exclama dirigiendo su lírico apóstrofe a la sombra del Almirante—, te hubiera valido más no nacer, o permanecer anónimo en medio de la multitud, primero de que tu nombre, tan puro y grande, sufra el contacto infame de aquel nombre de bandido”.

En los últimos años se inicia reacción favorable a los héroes de la Conquista, por obra exclusiva de escritores y entidades de América; esto es, del conglomerado de pueblos del Nuevo Mundo que hemos convenido en llamar también Hispanoamérica.

Esta reacción coincide con el acercamiento de América a España y no coincide por capricho del azar: el estudio desprevenido de la actuación histórica de España en el Nuevo Mundo viene a culminar en homenaje indeliberado, pero evidente, de aquellos pueblos al pueblo fundador.

No faltan, como en toda reacción, las exageraciones; ni en los extravíos de un sentimiento tan gaseoso y expansivo como el amor, quien pretenda descaracterizar a los duros conquistadores pintándolos poco menos que como

a hermanos de San Francisco de Asís. “Un jacobinismo reacio e incomprensivo —escribe un eminente hijo de Colombia— sigue negando pleitesía a nuestros mayores coloniales, olvidando cuánto costárale plantar el árbol en que se mecen nuestros nidos y cuyos frutos nos sustentan”.¹

En España no falta, por de contado, quien se deje arrullar, en este punto, por muy dulces quimeras. Don J. M. Salaverría, redactor de *A B C*, no vacila en presentarnos unos conquistadores idílicos, grandes señores desinteresados, magnánimos, o excelentes muchachos generosos, incapaces de una expresión vulgar ni de un sentimiento grosero. “Concurso de brillantes guerreros”, los llama: “pobres y esforzados aventureros”, “aventurados y corajudos hidalgos”, “imaginativos conquistadores”. “Como ellos —es decir, como los hermanos de Santa Teresa— marchan innumerables hidalgos y caballeros y ya hemos visto de qué manera estaban criados los hermanos de la Santa. Los que marchaban a la aventura con el alma menos limpia, los intemperantes y los crueles, ¿pueden tomarse como ejemplos típicos del conquistador? En toda empresa levantada no es el malo quien da el tono, sino el bueno”.²

¡Magnífica filosofía! Los conquistadores no pueden quedar mejor caracterizados. Son hombres buenos, hermanos de santas, quizás santos ellos mismos. Y se censura a sus censores. Ahí hemos llegado.

A este fraterno instinto de una raza dispersa que se está buscando a sí propia, hasta en sus personalidades más discutidas, únense voces extranjerías, menos desinteresadas e idealistas.

Los yanquis, por ejemplo, estudian ahora con ahínco, y a veces con fortuna, la historia, la literatura, la lengua y, hasta donde pueden, la psicología de los países de Hispanoamérica, *the other americans*.³

¹GUILLERMO VALENCIA: *Anales del Distrito*, Popayán, octubre 30 de 1920.—Un argentino, Roberto Levillier, exalta la memoria de algunos conquistadores; un venezolano, Ángel César Rivas, en sus *Ensayos de historia política y diplomática* (Editorial-América, Madrid), reivindica la obra de España, el brasileño Oliveira Lima justifica la acción de las dos potencias ibéricas sobre los pueblos del Nuevo Mundo, en su magnífico trabajo *La evolución histórica de la América Latina* (Editorial-América, Madrid); el último libro del mexicano Carlos Pereyra es un estudio, francamente apologético, sobre *La Obra de España en América* (Madrid, 1920).

²Véase *Santa Teresa*, por J. M. SALAVERRÍA, cap. IV.

³Sería injusticia y torpeza no pagar nuestra deuda de gratitud a quienes, cualquiera que sea el fin que se propongan, nos han estudiado a conciencia y aplauden nuestros esfuerzos por contribuir en la medida que podemos a la civilización universal; no todo el mundo, además, está tocado de la locura imperialista. Entre las obras de autores anglo-americanos que estudian la literatura de América Latina, conviene destacar las del profesor ALFRED COESTER: *The literary history of Spanish America* (The Macmillan Company, New-York, 1916), excelente obra de conjunto, a pesar de sus inevitables deficiencias; y otro libro de más alto mérito, trabajo paciente y magnífico, de un magnífico y sagaz crítico, *Studies in Spanish-American literature*, by ISAAC GOLDBERG, New-York, Bretano's (1920). Cuanto elogio se haga de Mr. Goldberg por éste y otros esfuerzos suyos para presentar a sus compatriotas la cultura intelectual de nuestra América, resultaría mezquino. Se trata de un hombre y un escritor que valen mucho. La América Latina toda tiene contraída con este generoso amigo suyo una deuda inmensa.

Culminan dos autores anglo-americanos, asimismo, entre los que, en los tres o cuatro últimos años, han escrito sobre historia de la América Latina: uno es WILLIAM SPENCE ROBERTSON, autor de la interesantísima y bien documentada obra *Rise of the Spanish-Ame-*

Remontándose a los orígenes de aquellos pueblos curiosean, y aplauden con frecuencia, la epopeya, mitad odisea, mitad iliada, de los homéricos conquistadores.

Nada de extraño que Yanquilandia los aplauda. ¿No descubren en ellos, aunque empleada en otra forma, aquella energía dinámica que caracterizara a los sobrinos del *Uncle*? Además, si España tiene a los conquistadores, Yanquilandia tiene a los bucaneros. Desacreditar a los unos —como venía haciéndolo hasta ahora—, resulta de rechazo atentar contra los otros. La conveniencia indica más diplomáticos procedimientos. Ya insinúa el *Uncle Sam*, por medio de libros adecuados, que los polluelos del águila boreal debieran volar sobre los pasos de aquellos adalides que, desde los ríos Arkansas y Colorado hasta el Estrecho del Portugués y los hielos de Patagonia, se adueñaron, por derecho bismarckiano, de las tierras del hombre rojo.⁴

Mera equivocación de tiempo y de raza.

El siglo xx, con su enredido de intereses internacionales, capaz de producir —como en el caso de Servia, en 1914— una conflagración de continentes con motivo de un paíesito microscópico, no se parece en nada, en punto a derecho e intereses políticos y en punto a cuestiones económicas, al remoto siglo xvi.

Además, el hombre rojo no existe como elemento rector, sino como elemento integrante de la masa popular en las nuevas sociedades de América,

rican republics, historia completa de la emancipación, por medio de excelentes biografías de nuestros héroes representativos. Este libro fue publicado por Appleton and Co. (New-York-London, 1918). El otro es Mr. Joseph Byrne Lockey. Entre las obras de carácter histórico merece puesto aparte la de este pensador americano, de gran serenidad espiritual y de evidente sabiduría. Su obra —de la que no se puede hablar sin el mayor respeto— se titula, quizás inadecuadamente *Pan Americanism. Its Beginning*. Es largo, concienzudo y brillantísimo estudio (503 páginas en 4º) de las ideas políticas de Bolívar, Canning, Henry Clay y Adams. También estudia el primer proyecto de una Liga o Sociedad de Naciones ideado por Bolívar desde 1813, tratado ya por él con más detención en 1815 y realizado en parte en 1826, en Panamá, por el propio estadista y Libertador. La obra de Mr. Lockey fue publicada por Macmillan Company, New-York, 1920. Respecto a las teorías políticas en boga, en los días de la revolución de Hispanoamérica, no conozco, en lengua extranjera, obra de tanta importancia; y no conozco, ni en lengua extranjera ni en lengua de Castilla, obra que, respecto a las materias y la época a que se contrae, la supere.

Los anglo-americanos, en el propósito de conocer nuestra historia, nuestra cultura, nuestro espíritu —cualquiera que sea, repito, el móvil que los guíe—, estudian nuestra lengua, traducen nuestras obras, fundan revistas como la dirigida con tanto acierto por Mr. Peter H. Goldsmith, que publica, en español, trabajos de autores anglo-americanos y, en inglés, escritos de américo-latinos. Algunos universitarios, por último, escogen el nombre y la obra de autores latino-americanos como objeto de temas para optar a los altos grados académicos: esto es lo que ha hecho recientemente, por ejemplo, Miss Cecilia Gillmore, de Texas, con un autor a quien no quiero citar porque me unen a él los mismos nexos que unían a Carlyle con el autor de *Sartor Resartus*. Los anglo-americanos terminarán por conocernos mejor que los franceses y los españoles, aunque con los primeros nos una simpatía enorme a su cultura y con los segundos la comunidad de lengua.

⁴El mero título de algunos de estos libros resulta significativo, si ya no fuera convincente su lectura. *The past of the conquistadores* bautiza su volumen Mr. Lindon Bates, Jr. (New-York, Hontongh Mifflin C.º, 1912). Y el Rev. J. A. Zahm bautiza otro libro, *Following the conquistadores* (Appleton, New-York).

hijas, herederas y prolongación de la Europa latina. El elemento dirigente en América es de raza, cultura y aspiraciones caucásicas.

Las ambiciones imperialistas de los Estados Unidos no irían a arrancar tierras al indio bárbaro para difundir en ellas la civilización que decimos cristiana. El aspecto del conflicto entre las dos Américas no es tampoco el que la pedantesca suficiencia del francés Gustavo Lebon imagina: de un lado todos los vicios políticos; del otro, todas las virtudes. Es decir, los siete pecados capitales y las siete virtudes teologales que se disputan, no ya como en el poema de Rubén Darío, el alma del hombre, sino las tierras y la riqueza de un continente.

El aspecto del conflicto entre las dos Américas es otro. Es una lucha de razas y de civilizaciones. Es, transportada al Nuevo Mundo, la vieja lucha histórica entre la raza inglesa y la raza española, entre la religión luterana y la fe católica, entre el sentido práctico de asociación y la tendencia anárquica del individualismo, entre el espíritu utilitario y el espíritu idealista, entre Sancho y Don Quijote, entre Calibán y Ariel.⁵

Y dada la atomización del conglomerado Hispanoamérica en múltiples y microscópicas repúblicas, por obra del persistente y disociador espíritu de individualismo de la raza española, la unidad anglo-sajona, que actúa como ariete formidable, resulta peligro evidente.

Se consuman y suceden en América actos brutales, de agresivo e invasor imperialismo yanqui. Estos hechos no pueden cohonestarse con palabrerías de carnaval en donde salen a relucir la “democracia”, “la justicia”, “la libertad”, “la civilización”, “la necesidad económica”, “la razón de Estado”, “la fatalidad sociológica”, y otras lentejuelas retóricas. Esas palabras, hoy vacías, tuvieron un tiempo contenido espiritual, de que Inglaterra, Alemania, Austria, Francia, Italia, la Rusia de los zares y la Yanquilandia de los presidentes las han desposeído. Esas palabras, en boca de esos pueblos, son manidas y viejas prostitutas disfrazadas de vírgenes intactas.

Existen en los Estados Unidos apóstoles del *big stick*, teorizantes de la chiporra; y algunos yanquis manifiestan con explícita franqueza la ambición imperialista. Baste recordar las teorías, ya que no las acciones, de aquel divertidísimo presidente Roosevelt, Charlot *malgre lui*, caricatura transatlán-

⁵Esta “Introducción” se publicó en la revista *España*, de Luis Araquistain. Poco después, y como indirecta pero evidente contestación a opiniones aquí expuestas, publicaba en *El Liberal*, de Madrid, uno de sus redactores, don César Falcón, un editorial donde se decía, en resumen —cito de memoria—, que un pensador de Sur-América se sentía, de seguro, más cerca de un pensador de los Estados Unidos con quien concordara, que de un español ignaro o de ideas opuestas a las suyas. Esto es reducir cuestiones de trascendencia social a casos concretos, que, sin embargo, no las invalidan. Dentro de un mismo país los que sienten o piensan de un modo análogo simpatizan y se oponen en grupo a los que sientan o piensan de otro modo: no por ello dejan de tener el vínculo común de la nacionalidad, más fuerte y unificador que divergencias de menor cuantía. Hace mucho tiempo hizo hincapié Gumplowicz sobre el hecho de que un campesino austríaco o alemán podía entenderse mejor con un campesino italiano o francés que con compatriotas de otras capas sociales y distinta educación. No por eso son menos evidentes las oposiciones entre culturas, nacionalidades y razas.

tica, recuerdo simiesco de Guillermo II. Baste recordar el nombre del sociólogo Gidding, que, cubierto de un gorrito científico de sabio, predica imperialismo a costa nuestra; y no mencionamos a la anónima e innumerable turba de oradores, publicistas, ensayistas, políticos, diplomáticos, diaristas de todo pelaje, señoras que no dan a luz niños sino novelitas sietemesinas, venerables pastores de sexo indefinido, picarescos grafómanos, empresarios de cinematógrafos que preconizan nuestra barbarie con el *film* y hasta contratistas y especuladores más o menos fracasados como el simpático agiotista George W. Crichfield, autor de una obra titulada, con laconismo: *American Supremacy. The rise and progress of the Latin American republics and their relations to the United States under the Monroe doctrine*.⁶

Los yanquis, pues, como los hechos y las doctrinas lo demuestran, aspiran, de algún tiempo a esta parte, a imponerse en el Nuevo Mundo en aquella extensión y grado que nuestra imprevisión les permita. ¿Cómo extrañar que ahora celebren a los conquistadores cuyos pasos, con cuatro siglos de retardo, aspiran a seguir?

Así, un señor Lummis, pésimo como escritor, ínfimo como pensador, desposeído de cualquier prenda que pueda avalorar el más modesto espíritu, pone sobre los cuernos de la luna, aureolados de pureza y bondad, a los más siniestros aventureros de la conquista.

Este mediocre y vil adúlador de bajas pasiones ha encontrado traductores y aplauso en la ignorancia, la vanidad y la buena fe españolas, ajenas a los móviles de aquel escribidor.

Estos cándidos españoles, satisfechos hoy con el aplauso extranjero —ellos, antes tan altivos y despectivos con todo lo que no fue indígena—, parecen no alcanzar que, en último análisis, ese aplauso desbordante, cegador y amañado, disimula un golpe que se quiere asestar a lo que España tiene de más culminador: su espíritu hecho carne de pueblos.

Los conquistadores, vistos con ojos ecuanímes, no resultan ni el bandolero de Heine ni menos el hermano de San Francisco. Tampoco representan al héroe paradigmático cuyos pasos y ejemplos deban seguir los soldados de una gran potencia industrial y democrática en el siglo xx.

¿Qué son, pues?

Son simplemente españoles, aventureros españoles del siglo xvi. En ellos vemos resplandecer virtudes del país y de la época a que pertenecen. También advertimos en ellos defectos nacionales contemporáneos, agravados tal vez por el teatro bárbaro y distante en que actúan y por la casi completa irresponsabilidad con que manifiestan y expanden su personalidad.

Para saber qué son, en puridad, los conquistadores, es necesario conocer

⁶*In two volumes.* New-York, Brentano's, 1908.

antes, aunque sea de modo somero, el pueblo de donde salen y la época en que aparecen.

I

LA MEDULA ESPAÑOLA

El carácter de un pueblo, en lo que tiene de esencial, se refleja en los grupos sociales que lo integran: clero, ejército, literatos, etc., y se refleja por consiguiente, en la acción de estos grupos: modo de ser religioso, manera de conducirse en la guerra, literatura, etc.

Muchas de estas manifestaciones psicológicas se condicionan a agentes externos variables, adventicios, pero es fácil descubrir el terreno firme, bajo las hojas secas que estieran el suelo del bosque.

Existen, en cada pueblo, caracteres permanentes que lo individualizan. O con otras palabras: la continuidad de un pueblo o de una raza en su manera especial de desenvolverse en la vida le imprime sello, constituye carácter.

Para conocer el modo de ser español, en algunos de sus rasgos esenciales, se empleará aquí la palabra raza, no en sentido antropológico, sino como grupo de gentes con determinados caracteres físicos y psíquicos —preferentemente psíquicos— que durante largos períodos de tiempo se han desenvuelto en circunstancias que les permiten tener y conservar ciertas características.

Y se tomará en bloque lo denominado español, aunque, en rigor étnico y geográfico, este español no exista; o exista con pronunciados matices diferenciales.

El vizcaíno, en cuanto a raza, parece distinto del resto de los hispanos, aunque pueda tener una raíz africana común con casi todos ellos.

El portugués —variedad española— posee una sensibilidad y una capacidad literaria, principalmente para la poesía lírica, superiores a los demás ibéricos. La mayoría de las provincias habla en lenguas vernáculas.

Portugal ha logrado la independencia política; Cataluña aspira a lograrla. La geología parece que aleja y enemista a las regiones de la Península Ibérica. Los montes se interponen, aisladores, entre algunas de ellas. Diversos climas obran de diverso modo y favorecen caracteres, costumbres y producciones diversos. Los valles húmedos, bajos —en muchas partes marítimos— de Galicia, Vasconia y Asturias envuelven al hombre y al país en atmósfera antípoda de la que al castellano rodea en su meseta alta, seca, mediterránea. Los cultivos, los medios de producción, la economía de unas a otras regiones es distinta; a veces el bienestar de alguna pugna con el de otras. Cataluña es industrial; Valencia, agrícola; Sevilla, pecuaria.⁷

⁷Las diferencias de todo orden entre algunas provincias de España son grandes; no

Pero todas estas diversidades han tenido un cerco de hierro que las unifica en haz: han tenido a Castilla. Castilla les dio lengua, las adicionó, las gobernó. Castilla —no puede negarse— tiene grandes limitaciones. Muchas de las demás provincias ibéricas la superan en tales o cuales calidades. En conjunto, no. En conjunto, Castilla ha sido superior a todas, aquilata más personalidad que todas. A pesar de cuantas deficiencias supongamos —y algunas más—, Castilla se ha impuesto a todas las regiones y a todas ha impreso, con la complicidad de los siglos y con otras complicidades, ciertos rasgos comunes. No existen razones, por ejemplo, para que un pintor de Vasconia, hijo de la bruma y la humedad, se parezca a un pintor de la radiante Castilla. Zuloaga, sin embargo, parece tan castellano como Velázquez, que tampoco era de Castilla. ¿Por qué? Por la potencia irradiante, imánica, de la enorme personalidad castellana. Ignacio de Loyola, en el siglo xvi, y Miguel de Unamuno, en nuestros días, también son vizcaínos: ambos se sienten movidos por una inquietud espiritual, noble, desinteresada y, en el más alto sentido, religiosa. Ambos, aunque diversamente, sienten y proceden a la castellana. San Ignacio como energético; Unamuno, aunque fuera de los credos o iglesias, con una religiosidad trágica, con un misticismo desgarrador, violento, actuante, muy dentro de la tradición castiza de Santa Teresa, con cuyo espíritu queda emparentado.

Gracias a Castilla, podemos hablar de España; y por lo que de castellano descubrimos en todos los españoles podemos considerar al hombre de la Península Ibérica como tipo diferenciado del resto de Europa, tipo único en medio de variedades de menor cuantía, que no pueden negarse ni deben desconocerse. Gracias a Castilla, podemos hablar y hablamos del español y de lo español.

No parece difícil indagar aquellos comunes aspectos esenciales que permitan advertir, en el conglomerado español, a pesar de relativas divergencias, una psicología colectiva.

¿En qué consiste el carácter español? ¿Cuáles son sus rasgos dominantes o permanentes? En un libro entero no cabría la respuesta, documentándola. Como nuestro propósito es más modesto, como nuestro propósito se reduce a observar a las volandas, es decir, en breves páginas, hasta dónde fueron españoles y de su época los conquistadores iberos del Nuevo Mundo, podemos modificar aquella ambiciosa pregunta, por otra más adecuada.

tanto, sin embargo, como se creyera. Ni España, en este punto, es excepción europea. Austria-Hungría sí fue mosaico irreductible, que la catástrofe disgregó. El italiano de Nápoles tiene poco de común con el de Turín. En la reciente guerra (1914-1918) fusilaron en Francia a muchos soldados del litoral mediterráneo: éstos demostraban la más profunda antipatía por sus compatriotas nacidos de París hacia el Norte; no querían batirse para defenderlos, y decían que esos compatriotas suyos —picardos, flamencos, etc. — eran *los alemanes de Francia*. Esto no lo he leído en libros ni en revistas: lo he sabido *sur place* de boca de los campesinos picardos. Los ingleses integran su nacionalidad con islas y razas opuestas, que se han declarado últimamente en guerra civil. Hasta en países tan pequeños, en población y en territorio, como Bélgica, existen oposiciones étnicas y aun lingüísticas entre las provincias que componen el Estado. No vale la pena insistir.

¿Tuvieron los conquistadores, personalmente y en cuanto agrupación, caracteres que les sean comunes con el país originario? ¿Se puede reconocer en ellos la médula de España?

Desde ahora puede afirmarse que poseyeron, en grado máximo, la virtud, muy española, del heroísmo. Fueron individualistas, españoles del siglo xvi, fueron de estricto fanatismo religioso, de una religiosidad carnífera, y tuvieron la dureza —muy racial pero también muy de época— que los parangona a los guerreros contra el Islam y, buscando la comparación fuera de España, a los tiranos de las repúblicas de Italia. Fatalistas, dieron al azar en sus empresas más cabida que al cálculo. Carecieron de curiosidad intelectual ante el espectáculo único de civilizaciones interesantísimas que veían desmoronarse. El anhelo de obtener fortuna con poco esfuerzo, que hace de los españoles desaforados jugadores y de la lotería arbitrio rentístico, degeneró en ellos en feroz codicia, ante el espectáculo de riquezas insospechadas y les despertó *auri rabida sitis*. Sintieron un anhelo de aventuras remotas que los vincula a catalanes y aragoneses de las expediciones a Sicilia, Bizancio y Atenas; sintieron el dinamismo de aquella época de enormes descubrimientos: América y, poco después, los Archipiélagos de Asia; de enormes viajes, como los de portugueses, italianos y españoles; de grandes guerras y decisiones violentas, hasta para cosas del espíritu como la religión. Tuvieron un orgullo de emperadores. Fueron, por último, incapaces de fundar estados pacíficos y administraciones regulares en aquellos territorios que con tan insólito denuedo conquistaron.

¿No es todo ello característico de los hombres de España y del siglo xvi español de cuyo primer tercio iban a ser los conquistadores de América carriátides hercúleas? Vamos a saberlo. Y, para saberlo, trataremos de descubrir si, en efecto, ciertas condiciones que hemos presupuesto a España le son peculiares. Y si ellos resultan, en consecuencia, como lo imaginamos, arquetipos de su raza, la médula española.

II

ENERGIA DE LA RAZA: LOS SANTOS ESPAÑOLES

El español —demasiado lo sabemos— es, ante todo, un pasional, un impulsivo pronto a la acción. La energía es una de sus características. Y esta piedra angular del carácter hispánico sirve de base a su espíritu de combatividad, a su inclinación a la guerra. Sirve también de base a su incapacidad para ceder que, en el orden moral, se llama intransigencia.

Batallador e intransigente, carece de tolerancia, lo que vale decir que también carece de capacidad crítica, ya que comprender equivale a tolerar. Como

tiene exceso de personalidad le cuesta al español mucho trabajo deshacerse de ella, aunque sea de fingimiento: de ahí que no abunden actores de primer orden, a pesar de poseer un teatro como pocas naciones de Europa; de ahí la parvedad mediocre de los críticos literarios, a pesar de existir en España una literatura tan rica, que ha dado a las letras universales fórmulas nativas como la novela picaresca.

La carencia de espíritu crítico es uno de los defectos máximos del pueblo español. ¿Qué es su religiosidad exaltada? Carencia de espíritu crítico. El lealismo a reyes viles y degenerados, de que se le ha hecho cargo severo: carencia de espíritu crítico; su incapacidad manifiesta para sacar lecciones de la experiencia: carencia de espíritu crítico; su nulidad en filosofía: carencia de espíritu crítico; la falta de buenos historiadores: carencia de espíritu crítico; la confusión de sus propios valores artísticos —ya pintores, ya escultores, ya arquitectos, ya literatos, ya de antaño, ya de hogaño—: carencia de espíritu crítico.

Pueblo de afirmaciones y negaciones rotundas, el español pensará con criterio semítico y africano —lleva torrentes de sangre semítica en las venas— que sus creencias son las únicas verdaderas. Lo pensará sobre todo a partir de su lucha de siglos contra el árabe invasor. Esa lucha no era sólo una lucha política por la reconquista del territorio, sino lucha de raza a raza y de religión a religión.

La fe católica iba exaltándose a medida de la obtención de triunfos y el logro de conquistas en la guerrera y apasionada España. Y culminó con el triunfo definitivo, después de la toma de Granada.

“La lucha con los sarracenos fortificó las creencias, pero disminuyó la inteligencia. A medida que avanzaban los cristianos del Norte hacia el Centro, más creían en la protección divina, más respeto tenían a los sacerdotes. Esa reconquista lenta, debida a su propio esfuerzo, les parecía un milagro permanente”.⁸ Con aquella vida nómada y guerrera, *“el espíritu de observación y de investigación desapareció por completo”*.⁹

Desde entonces abrió España un sitio muy amplio en su existencia a las cuestiones religiosas. Representa, no la teocracia, pero sí un combativo espíritu teológico. Será la Teología a caballo. Será dogmático. No se complacerá en desinteresadas cuestiones filosóficas o metafísicas. *“La España mística demuestra repugnancia por la filosofía”*.¹⁰ Carece España, en todo caso, de filosofía y hasta su metafísica es tildada de teológica y combativa.¹¹

⁸POMPEYO GENER: *Herejías*, pág. 185. Barcelona, 1888.

⁹Ibíd., pág. 186.

¹⁰*“A Hespanha mystica tem repugnancia pela philosophia; e por ipso, nem as investigações da sciencia, nem as lucubrações da metafísica illuminam as paginas da sua historia”*. J. P. OLIVEIRA MARTINS: *Historia da civilização ibérica*, terceira edição emendada, pág. 199. Lisboa, 1885.

¹¹*“In Spain metaphysics has been one with theology”*: THE SOUL OF SPAIN, by HAVELOCK ELLIS, pág. 47, Ed. Archibald Constable & Co. Ltd. London, 1908.

Más bien que en difundir su espíritu, por medio de la persuasión, se complacerá en catequizar infieles, en quemar herejes, en destruir documentos y monumentos que testimonien otra fe; combatirá voluntario en las guerras de religión; será campeón de Cristo en las tierras bárbaras de América y campeón del catolicismo en Europa contra la Reforma. Sus monarcas llevarán con orgullo el título de Majestad Católica.

Aun esta actitud, tal vez excesiva y errónea, pero que nace de un imperativo de la conciencia, infunde respeto: prueba la generosidad y la bravura de España, siempre dispuesta a dar la sangre y la vida por sus ideas y hasta por sus errores.

A través de toda la historia española persiste el rasgo combativo como carácter fundamental, y persiste, desde la brega contra la dominación árabe, como rasgo típico adquirido, la exaltación del espíritu religioso que en nuestros días empieza a declinar.¹² La alianza de ambos espíritus —el de pugnacidad y el de religión— la encontramos de fines de la Edad Media en adelante donde menos se piensa: entre los escritores y entre los santos.

Algunos de los escritores más ilustres de España serán soldados o clérigos; a veces clérigos y soldados en una pieza: Calderón, por ejemplo, que dejó las armas por la Iglesia. Soldados fueron Cervantes, Garcilaso, Ercilla; clérigos, Lope de Vega, Tirso de Molina, Góngora, Gracián. Dos de los mayores maestros de la lengua serán frailes: Fray Luis de León y Fray Luis de Granada. La serie de militares eclesiásticos o de eclesiásticos militares puede empezar en los obispos guerreros de la Edad Media y concluir, por ahora, en los curas guerrilleros de la guerra carlista. Algunos de sus más representativos escritores y predicadores alcanzan la aureola de la beatitud o de la santidad: Santa Teresa, San Juan de la Cruz y el elocuente beato Juan de Avila.

Y ningún santo español es fácil que se confunda con los santos de otra raza: el santo español no será, por lo común, manso, humilde, bueno, como el italiano Francisco de Asís o el francés Vicente de Paúl, sino enérgico, batallador, dinámico, gente de acción. El santo español será un santo heroico. Lo mismo actuará Santo Domingo de Guzmán en el siglo XIII que San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Santa Teresa de Jesús, en el siglo XVI.

Santo Domingo de Guzmán, castellano viejo (1170-1221), es uno de estos santos inquietos, viajeros, batalladores, predicadores, fundadores de Ordenes católico-militares y enérgico destructor de herejías. En 1204 acompaña al obispo de Osma en una misión a Francia. Al viajar por el Mediodía francés observa los progresos de la herejía albigense y resuelve quedarse allí para combatirla. Durante un año o poco más predica, exhorta, convence, opera

¹²A declinar con lentitud, en las costumbres y en las leyes. El catolicismo es religión del Estado. La libertad de cultos apenas se permite como una concesión constitucional, obtenida por la energía de Cánovas del Castillo, contra la voluntad de casi todo el mundo, para que España no fuera una excepción de intolerancia en el mundo moderno. Sinagogas, capillas protestantes, no existen. *El Liberal* es el único diario de Madrid que conviene en anunciar los oficios que unos cuantos metodistas, celebran en un pisito particular. El artículo 75 del Código civil vigente admite las disposiciones de la Iglesia Católica y del Concilio de Trento, respecto al matrimonio, como leyes del Estado.

milagros. En 1206 resuelve crear una sociedad de mujeres y luego otra de hombres para practicar la enseñanza de menores y captar, desde los primeros años, el alma de los niños. No contento con lo lento de aquel procedimiento, funda la Orden Tercera, que es una Orden militar cuyos miembros se comprometen a tomar las armas contra la herejía. La historia de esta Orden es célebre en los fastos de la crueldad fanática. Le parece poco, le parece que anda con lentitud la difusión de la verdad. Lo que escapa a la escuela, lo que escapa a la espada de los terciarios, ¿a dónde irá? Es menester que venga al seno de la Iglesia: funda la Orden de los Predicadores. No le basta. Para mantener fija en Dios, durante horas y horas, la conciencia de los hombres, crea la institución del Rosario, que obliga a rezo interminable. Pero el mundo es ancho y hay que hacer en todo el mundo. Domingo de Guzmán parte para Roma y en Roma profesa teología. Escribe, además, comentarios teológicos. Los conventos de su Orden se multiplican. Domingo, en ansia de holocausto y de acción, renuncia al generalato de su Orden y se dispone a partir para Hungría, a someter por la espada o catequizar por la doctrina nuevos infieles. A punto de realizar su proyecto la muerte lo sorprende en Bolonia, el 26 de abril de 1221. Había vivido cincuenta y un años de una vida heroica; de una vida de guerras, viajes, prédicas; fundando Ordenes, catequizando infieles, destruyendo herejes, sirviendo a Dios.

España, pues, y sus tipos representativos proceden a la manera semita, clásica desde los judíos del Antiguo Testamento hasta los árabes de Mahoma: convence por la espada. Proceder lógico. España es el país más semita de Europa. En ello no paran mientes sus detractores; tampoco parecen sospecharlo sus apologistas. Otros santos, siglos más tarde, procederán como Santo Domingo: lo que prueba la persistencia del espíritu semítico que enciende su alma y mueve su brazo.

San Francisco Javier es otro de estos santos españoles, hombres de fe y de acción. Los observadores lo han presentado ya, lo mismo que a Raimundo Lulio, como tipo característico de español. Nace este santo navarro cerca de Pamplona en 1506. Siente el ansia de proselitismo y parte a conquistar el mundo, en la medida hercúlea de sus fuerzas, para el catolicismo. En 1534, está en París, donde profesa filosofía. En 1537 está en Venecia con Iñigo de Loyola. Va a Roma; va a Bolonia, en cuya célebre Universidad enseña la verdad teológica. En 1540 se le encuentra en Lisboa. En 1541 parte para las Indias portuguesas. De 1542 a 1544 instruye a los paganos del cabo Comorín en las doctrinas del Crucificado. En el bajalato de Travancor bautiza a 10.000 bárbaros en un mes. De 1545 a 1548 recorre las islas Molucas. En 1549 se dirige al Japón: es el primer misionero cristiano que pisa las islas del Sol Naciente. No le basta: en 1552 parte para la China ignota. Una fiebre lo mata en la bahía de Cantón, el 2 de diciembre de 1552.

San Ignacio de Loyola —el anti-Lutero— es de sobra conocido. Soldado del Rey, se convierte en Soldado de Cristo, y funda la formidable milicia de Jesús, la famosa Compañía, de rígida regla, que tanta influencia, en el transcurso de los últimos siglos, ha tenido en el mundo. El plan de este ambi-

cioso —ambicioso para sus ideas, desinteresado para sí— fue nada menos que modelar según sus propias ideas el espíritu humano. Para ello organizó sus graves y sinuosas milicias. La captación del espíritu, ¿no es obra máxima de acción? Que lo diga Iñigo de Loyola.

Estos santos de España, o son personalmente dinámicos y combativos o bien, cuando deciden asociarse, gustan de organizarse al modo militar. Personal o colectivamente siempre están prontos a luchar e imponerse. Son de veras españoles. Son conquistadores. Son hermanos gemelos de Roger de Flor y de Hernán Cortés.

Las mujeres de religión suelen no ser menos activas, dinámicas y enérgicas que los hombres. La enorme santa de Avila sirve de prototipo. Espíritu inquieto, mujer activa, energía inquebrantable, fe ardorosa, recorre en su buena mula las carreteras, pueblucos y ciudades de Castilla, lucha contra la hostilidad de Ordenes y conventos, enciende en llamas de amor celeste a los espíritus más gélidos, penetra en los corazones más impermeables, escribe cartas maravillosas, escribe páginas abrasadas de fe, llenas de transportes, de efusión, de pasiones, donde resplandece doble hermosura: la hermosura de un selecto espíritu y la de una docta pluma. No es todo: funda dieciséis monasterios. Más que contemplativa, su vida es de acción.

Es una mozuela apenas y ya seduce a su hermano Rodrigo y ambos parten con intención de irse a la lucha contra los infieles moros, y conseguir el martirio, tal vez la muerte. Así pasó la vida: poniendo por obra su voluntad. Así la sorprende la muerte. “Extenuada de inanición y de cansancio llega un día a Alba de Torres. Pónese en cama; pero a la mañana siguiente, a pesar de todo, se levanta, comulga y practica todos los actos de comunidad durante nueve días. Por fin no puede más y cae abatida... A las cinco de la tarde, víspera de San Francisco —dice una de sus compañeras—, pidió el Santísimo Sacramento. Estaba tan postrada que no se podía mover; dos religiosas la ayudaban... El Viático llega; Teresa de Jesús, *con estar tan rendida*, arrodíllase en la cama y aun intenta arrojarle de ella... *Dijo el Señor cosas tan altas y divinas, que a todos ponía gran devoción*. Al otro día expira”.¹³ “Parece que el continuo batallar acrece el subido temple de este portentoso espíritu”.¹⁴

Quedamos, pues, en que hasta los santos españoles respiran energía. La energía es fundamental en la raza: se observa a través de toda su historia y, a pesar de todas las mezcolanzas étnicas, desde los tiempos del ibero primitivo hasta nuestros días. Esa energía ha convertido a la española en una raza guerrera.

¹³AZORÍN: *El alma castellana*, pág. 126. Madrid, 1919.

¹⁴Ibídem, págs. 124-125.

III

PERSONALIDAD DE LA RAZA

No existe raza menos gregaria que la española. Pocas tienen tanta personalidad. Es individualista en sumo grado. Lo fue siempre. El mismo hecho de acogerse a vivir en Comunidades, en conventos, no es para comunizar la vida, sino para individualizarla. A lo sumo se llega, por obediencia, por espíritu de sacrificio, para ser grato a Dios, a confundir la vida propia con la del monasterio o Comunidad en cuyo seno se habita; entonces el convento es “mi convento”; la Orden es “mi Orden”.

Hubo un tiempo en que a las Ordenes se las llamaba religiones. “Mi religión, nuestra religión”, decían, por ejemplo, los dominicos, como si los jesuitas, los benedictinos pertenecieran a otra fe. En el extranjero decíase otro tanto; pero es muy probable que la expresión se haya formado en España cuya voz, entonces, repercutía en el mundo; y el mundo solía devolverla como un eco.

Es muy frecuente que unas a otras Comunidades se odien y declaren guerra sin cuartel. También surgen a veces en los conventos de España individualistas, a prueba de reglas. San Pedro de Alcántara estuvo treinta y seis meses en un monasterio sin hablar con nadie, sin mirar siquiera la cara a sus compañeros de reclusión. Luego vivió treinta años en el yermo, de rodillas. Los trapistas, fenómenos de antisociabilidad, que han desaparecido de casi todo el mundo, aún perduran y florecen en algunos rincones de España.

El bravío individualismo español lo induce a desamar la acción asociada. En nuestros días, desde el juicio por jurados hasta el parlamentarismo han hecho bancarota en España. En cambio han florecido espontáneamente, siempre que la ocasión fue propicia: en política, el cacique; en religión, el cenobita, y como una morbosidad social, el bandolero.

El bandido fue tipo muy popular y muy prestigioso en Andalucía, donde el carácter regional y el terreno lo favorecieron mientras no hubo telégrafos, ferrocarriles y Guardia civil. Ahora la Guardia civil, ayudada por la prensa, el telégrafo, el ferrocarril y los fusiles de repetición, ha exterminado a los bandoleros.

Los mismos ideales sociales de nuestro tiempo se tiñen en España de un color especial. España es más anarquista que socialista. Muchos de los epílogos sangrientos que están haciendo verter lágrimas en los hogares españoles, con motivo de la presente lucha de clases, resultan ajenos a toda presión de sindicatos y parecen la obra espontánea y personal de individualidades que juzgan, condenan y ejecutan por sí y ante sí.¹⁵

¹⁵Un testimonio reciente lo corrobora. Léase en *La Voz*, de Madrid, 17 de diciembre de 1921, la entrevista de un redactor de ese periódico con dos jefes sindicalistas de Barcelona: Pestaña y Noy del Sucre. El reporter, refiriéndose a la serie de atentados de carácter social --o tenidos por tales-- que se cometieron en Barcelona ininterrum-

Los franceses están, por ciertos segmentos de su espíritu, como el sentido de organización, si no el de jerarquía, mucho más cerca de los alemanes que de los españoles. Es verdad que llevan en las venas bastante sangre germánica. En un país de individualismo tan exaltado y tan anárquico como España es difícil que nadie hubiera intentado nunca, como Augusto Comte en Francia, organizar, disciplinar, cosa tan íntima, arbitraria y discorde como los sentimientos.

Cuando a Simón Bolívar se le ocurrió prácticamente, antes que a Comte se le ocurriera en teoría, la idea de legislar sobre los sentimientos —amor de la Patria, moralidad pública, respeto a los ancianos, etc.— la repulsa a su proyecto de una Cámara de Censores y a la institución de un Poder Moral, fue unánime. América, hija de España, rechazó el proyecto con toda la indignación de su individualismo amenazado.

En España nadie está de acuerdo con nadie.¹⁶

Enemiga de sumisión a pragmáticas, cánones y coacciones disciplinarias, España es un país un poco bohemio. Se prefiere la estrechez en libertad a la jaula llena de cañamones. A los mendigos que pululan en ciudades, villorrios y carreteras, es casi imposible reducirlos a habitar en asilos.

Uno de los ingenios españoles que con más sagacidad ha buceado en los últimos tiempos el alma de su país, observa:

pidamente, pregunta a Pestaña cómo los jefes sindicalistas no pudieron impedir aquellas agresiones de que se acusa al sindicalismo catalán, y Pestaña responde textualmente:

—Era muy difícil, por no decir imposible. Obraban por iniciativa particular y con absoluta independencia.

¹⁶No hace mucho pudo leerse en la Prensa que los periódicos de Madrid, después de innúmeras reuniones, no logran ponerse de acuerdo para encontrar una fórmula que los salve de la ruina; es decir, de las fauces de la Papelera Española. Es necesario saber que la Papelera Española es un ávido monopolio que a la sombra de un Arancel protectionista succiona y aniquila con cínico descaro y manifiesta injusticia el vigor y la sustancia de las Empresas editoriales y periodísticas. La Papelera aspira —y con razón, puesto que la dejan— no sólo a continuar con el monopolio del papel, sino a implantar el monopolio editorial: la Empresa Calpe es suya; al monopolio del diarismo; uno de los mejores periódicos de la mañana y el mejor periódico de la noche son suyos; y suyos, indirectamente, los periódicos a quienes obliga con favores, a quienes puede hacer fracasar por medio de hábiles hostilidades. El clamor fue tanto, que el Gobierno se vio precisado a permitir la entrada libre del papel extranjero para salvar a los editores de libros y de periódicos. La papelera pone en juego sus influencias, llama antipatriótica a la medida gubernamental que tiende a salvar las industrias españolas del libro y del diario, no sólo permitir la libre importación del papel, que en la Europa deshecha y arruinada por la guerra, se adquiere más barato que en la España pacífica y enriquecida. Pues bien, ni dueños de casas editoras, ni dueños de Empresas periodísticas, llegan a ponerse de acuerdo para salvarse de la Papelera y de la ruina. Los diarios ni siquiera se concertan para fijar el precio y tamaño de los periódicos.

En el A B C, diario madrileño, puede leerse (15 de febrero de 1921): “*El acuerdo que en la Redacción de El Imparcial adoptaron varios directores de periódicos, quedó roto por falta de unanimidad en su cumplimiento*”.

Otro periódico de Madrid rompe por lo sano y dice: “*En vista de que es imposible tratar de nada serio con algunos periódicos, pues jamás cumplen aquello a que se comprometen y sólo se preocupan de su particular conveniencia, se desliga en absoluto La Correspondencia de España de todo compromiso colectivo y recaba su completa libertad de acción*”.

*“En la Edad Media nuestras regiones querían reyes propios, no para estar mejor gobernadas, sino para destruir el Poder real; las ciudades querían fueros que las eximieran de la autoridad de los reyes ya achicados; y todas las clases sociales querían fueros y privilegios a montones. Entonces estuvo nuestra Patria a dos pasos de realizar su ideal jurídico, que todos los españoles llevasen en el bolsillo una carta foral con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana”.*¹⁷

¿Qué es ello sino superabundancia de personalidad, individualismo; un individualismo que desborda por su mismo exceso de las personas a las entidades de geografía política?

El individualismo español lo patentiza, entre otras cosas, su manera de guerrear, desde los tiempos de Viriato y Sertorio hasta Espoz y Mina, *el Empecinado* y demás guerrilleros de la lucha contra Napoleón. En España nace la guerra de guerrillas, único medio de que cada localidad posea su caudillo y su hueste; único medio de que cada jefecito, es decir, cada jefe de guerrilleros se imagine jefe de ejércitos, factor de primer orden en todo momento de peligro. En esta forma de combatir cada soldado, en vez de reducirse a número de tropa sin voz ni voto, cuya personalidad desaparece en la del Cuerpo que integra, tiene iniciativas personales, combate como ser humano, no como mera máquina, y puede, en algún momento decisivo, significarse con las proporciones de héroe. Los conquistadores de América no son sino guerrilleros, algunos de gran talento militar, como Cortés, o de vastos planes, como Balboa. Y fuera de Bolívar, Miranda, Sucre, San Martín y Piar, ¿qué fueron los caudillos de nuestra emancipación sino guerrilleros, algunos estupendos y casi fabulosos como Páez? Los americanos heredaron de España la aptitud guerrera y la forma de combatir.

¿Se quiere algo más individualista que estos mismos hombres que realizaron la epopeya de América en el siglo xvi? Ellos que miraron, como Nietzsche, más allá del Bien y del Mal, practicaron en carne viva, lo que siglos más tarde Nietzsche preconizó sobre el papel: tuvieron, no la moral de los esclavos, sino la moral de los amos. La moral de los amos ¿no consiste en la exaltación del individualismo, en desarrollar al máximo la voluntad de potencia del individuo? ¿Qué otra cosa hicieron aquellos ínclitos guerrilleros de la conquista?

Este sentimiento de exagerado individualismo se extiende a la región, puede llamarse regionalismo. Este sentimiento, que también heredó América, ha sido perjudicial en América y en España.

La raza española, aunque imperialista, es enemiga del imperio. Rechaza la unidad y tiende a la independencia provincial y de comunas. La unidad im-

¹⁷ANGEL GANIVET: *Idearium español*, pág. 57, edición de Granada, MDCCCXCVII.

perial la realizan en España monarcas extranjeros y absolutistas. Lo castellano es el municipio libre, dentro del Estado; las provincias independientes con fueros propios; la libertad federativa, no la unidad autocrática.¹⁸

En España, desde los tiempos de las invasiones históricas, que se llevan a cabo con increíble facilidad, hasta los actuales gérmenes de separatismo en Cataluña y Vasconia, el espíritu de localidad o regionalismo es talón de Aquiles.

Ese mismo espíritu la ha salvado o dignificado, con todo, en más de una ocasión. Los invasores se estrellan, a menudo, contra la tenacidad defensiva de alguna ciudad heroica; los cartagineses, contra Sagunto; los romanos, tiempo adelante, contra Numancia; los franceses, en nuestros días, contra Zaragoza y Gerona. Porque estas defensas no son como la defensa de Verdún contra los alemanes: un país entero y aun varios países representados por sus ejércitos, salvaguardando una ciudad fortificada; son las mismas ciudades, a veces casi inermes, entregadas a su propio esfuerzo, que luchan contra los invasores. La isla de Margarita, en las guerras americanas de emancipación, defendió sus pueblos hasta a pedradas, en la misma forma local e intransigente que Gerona, Zaragoza y Sagunto. Hubo entonces otros ejemplos análogos.

América, junto con el exagerado individualismo, heredó la tendencia localista, el amor desenfrenado de la independencia y la ineptitud para constituir grandes unidades políticas. A ello se debe el que hoy no forme uno, dos o tres Estados fuertes, sino caterva de microscópicas republiquitas.

El Libertador de América, Simón Bolívar, cuyo genio político fue tan grande, por lo menos, como su genio militar, soñó desde la iniciación de su carrera con formar un Estado americano de primer orden, que llevase la batuta en los negocios de nuestro planeta. Ya en 1813 un ministro suyo inspirado visiblemente por el Libertador, habla de un Poder que pueda servir de contrapeso a Europa y establecer, dice *"el equilibrio del Universo"*. En 1815, en la célebre carta que —vencido por los españoles, desterrado por la anarquía criolla— dirige en Kingston a un caballero inglés, trata Bolívar de la posible creación de dos o tres grandes Estados americanos. En 1818 escribe a Pueyrredón, director de las provincias argentinas, que la América española, unida, debe formar un gran Poder; debe constituirse *"el Pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un Cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las*

¹⁸América tuvo, aun en lo más crudo del Poder español, una relativa independencia municipal de que no siempre ha gozado después en tiempos de la República. La federación entre nosotros, ya que se quería implantar, no necesitó ser, como ha sido y es, en Argentina, Venezuela, México, etc., caricatura servil de los yanquis; pudo tomar por base la antigua independencia comunal de Castilla y nuestra propia tradición de municipios autónomos. Los comuneros del Socorro, en el Virreinato de Nueva Granada, son tan heroicos defensores y mártires de la libertad como los victimados por la autocracia austríaca en Villalar.

naciones antiguas. La América, así unida, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las Repúblicas”.

En 1819 apenas independiza con la victoria de Boyacá, en el corazón de los Andes, el virreinato de Nueva Granada, funda una fuerte República militar, Colombia, englobando tres Estados: el antiguo virreinato de Nueva Granada, la Capitanía General de Caracas y la Presidencia de Quito. En 1822 invita, en nombre de Colombia, a todas las repúblicas hispánicas de América a celebrar una Unión que haga frente no sólo a España, sino a toda Europa, recién organizada en agresiva Alianza de tronos, llamada Santa. En 1825 sueña en formar el imperio republicano de los Andes, con casi toda la América del Sur, desde la mitad norte del antiguo virreinato del Plata hasta los pueblos del mar Caribe y el golfo mexicano. En 1826 convoca a todos los Estados recién emancipados de España al Congreso Internacional de Panamá, con el fin de echar las bases del derecho público americano y erigir, a pesar de los celos locales, el gran Poder Interamericano, la Sociedad de Naciones, por encima de las soberanías parciales, un Estado Internacional que constituyese a nuestra América, *de facto*, en “la madre de las repúblicas”, en “la más grande nación de la tierra”.

Este gran sueño de Bolívar, que fue el más alto honor de su vida, salvo el de haber realizado la emancipación del continente, no pudo cumplirse. El no podía hacerlo todo. Era necesario el contingente de los pueblos. Y contra su ideal unificador alzóse el ideal de patrias chicas, el espíritu localista, que convirtió a la América en un haz de repúblicas microscópicas, carentes de influencia internacional y fácil presa de ambiciosos caudillos sin más horizonte ni más prestigio que el de sus campanarios natales.

El individualismo y el localismo hereditarios triunfaban del hombre de genio. El hombre de genio veía entorpecidos sus planes por microbios a quienes despreciaba: Santander en Cundinamarca, Rivadavia en Argentina, Páez en Venezuela, Freyre en Chile. Pero aquellos microbios eran una gran fuerza; representaban, sin saberlo, el espíritu de la raza.

IV

LA ARROGANCIA ESPAÑOLA

Acostumbrado por su carácter enérgico y de combate a las decisiones de la fuerza, el español es orgulloso. No cuenta en las grandes ocasiones sino consigo mismo, lo que le infunde conciencia, a menudo exagerada, del propio valer y de la propia personalidad.

El orgullo español, que también puede llamarse arrogancia, porque no es

callado, sino expresivo y visual, tiene su culminación en el siglo XVI. Y es natural, porque todo pueblo en sus épocas de esplendor se ensoberbece. Los romanos de Augusto, los franceses de Napoleón, los ingleses de Victoria, los alemanes de Guillermo II, y hasta los yanquis de Wilson, ¿no han sido de un orgullo insufrible? Los españoles del tiempo de Carlos V y Felipe II también lo fueron.

Se ha dicho que, en aquella época, se creían, como pueblo, superiores a todas las demás naciones. Brantôme ve desfilar a los soldaditos de los tercios castellanos, y admirado prorrumpo: "Los llamaríais príncipes por su arrogancia". Esa misma arrogancia la descubren, más tarde, los tipos de soldados que inmortalizó el pincel de Velázquez en *La rendición de Breda*. Observación magnífica es la de que, por arrogante, osó España acometer empresas máximas con medios deficientes; aunque la arrogancia puede, en este caso, no ser considerada como factor exclusivo, sino que debe dársele parte a la imprevisión y a la tendencia a conceder puesto al azar en toda empresa. Pero la arrogancia luce patente.¹⁹

Individualista y orgulloso, cada español se cree el centro del Universo. Imagina que de él brota no se sabe qué fuente de autoridad, superior a la autoridad reconocida. Hoy mismo puede advertirse cómo le cuesta trabajo obedecer al policía en la calle, al cobrador en el tranvía, al juez en el Juzgado, al presidente de la Cámara en el Parlamento.

Lo típico de esta arrogancia, ya personal, ya colectiva, no es que dé al aire penacho altivo y frondoso en épocas de fortuna y exelsitud nacional —que nunca se debieron en España sino a la espada—, sino que jamás declina. Perdura a través de todas las edades y de todas las circunstancias.

—*Yo soy Alvar Núñez, para todo el mejor*— exclama, desafiador, en presencia del Rey Alfonso, un héroe del añejo poema del Cid. Ya el orgullo ahoga a los héroes.

Los españoles del siglo XVI creían una superioridad el haber visto la luz en la Península Ibérica. Con claro sentido de la época, del carácter nacional y del personaje, pone un poeta en boca del conde de Benavente, general de Carlos V y enemigo del condestable de Borbón, también soldado imperial, esta jactancia:

...*Que si él es primo de reyes,
primo de reyes soy yo...*
*llevándole de ventaja
que nunca jamás manchó
la traición mi noble nombre;*
¡Y HABER NACIDO ESPAÑOL!

¹⁹Es realmente portentoso cómo, con los escasos medios de que disponía, realizase hechos tan grandes, pues fueran cuales fuesen los dominios imperiales de Carlos V, España sola llevó a cabo sus guerras de religión y la conquista y colonización de América. Fue la arrogancia española la que todo lo desafió". C. O. BUNGE: *Nuestra América*, pág. 47, edición de Buenos Aires.

Ni la propia majestad del Rey les hace doblegar el orgullo. La antigua ceremonia de los Grandes de España, que se cubren ante el Rey, quizás no tenga otro fundamento psicológico. "Cada uno de nosotros vale tanto como vos y todos juntos más que vos —decían, como sabemos, los nobles aragoneses al Monarca—. Somos iguales al Rey, dineros menos", decían los castellanos. Los refranes populares confirman esta altivez, que se extiende a todas las clases.

Los bienes materiales suelen sacrificarse de buen grado a una satisfacción de amor propio.

¿No prende fuego a su palacio toledano ese mismo conde de Benavente, porque el Emperador le obliga a ceder aquella mansión para morada provisoria del condestable?

Ni ante la muerte declina la arrogancia de aquellos españoles del siglo xvi.

Cuando iban a morir, a manos del verdugo, los últimos defensores y mártires de las antiguas libertades comunales de Castilla: Padilla, caudillo de los comuneros de Toledo; Maldonado, de los de Salamanca y Juan Bravo de los de Segovia, asesinados por la autocracia de los príncipes austríacos, un pregonero precedía la fúnebre comitiva. El pregonero pregonaba: *"Esta es la justicia que manda a hacer Su Magestad a estos caballeros, mandándolos degollar por traidores..."*. Como lo escuchara Juan Bravo, escupió, furioso, a la cara del pregonero y a la del Rey, enérgico mentís: *"Mientes tú y quien te lo mandó decir. Traidores, no; defensores de la libertad del reino"*. Ya en el patíbulo, frente a frente de la muerte, Juan Bravo, tan digno de su nombre, se encaró con el verdugo y, pensando en Padilla, le dijo: *"Degüéllame a mí el primero para que no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla"*.²⁰

En el siglo xvii, ya en carrera tendida hacia una irremediable decadencia, la arrogancia española, que no es ocasional, sino ingénita, asombra a los viajeros. Con una particularidad: esa orgullosa arrogancia no se descubre sólo en las clases favorecidas por el nacimiento, o la política, o la riqueza; extiéndose a todas. Se descubre lo mismo en la insolencia de un favorito poderoso como el conde-duque de Olivares o de un cortesano que se enamora de la Reina, como Villamediana, y que a trueque de perderse, manifiesta con jactancia, haciendo un equívoco: *mis amores son reales*; pero también se vislumbra en la apostura del labriego y bajo los harapos del mendigo.

En el siglo xvii, la condesa D'Aulnoy deja, lo mismo que otros muchos viajeros, impresiones de carácter interesante y pintoresco. Refiere la viajera que en un pueblo de Castilla riñó cierto caballero español que la acompañaba al cocinero de la fonda. La señora oía las voces desde su habitación. A los

²⁰Hoy ¿sucede algo diferente? El 16 de marzo de 1921 han fusilado en Valencia a un soldado que hirió a un capitán. El soldado, condenado a muerte, escribe con la mayor serenidad a su padre, a su madre y —probablemente inducido por los jefes— al capitán ofendido, a quien pide perdón; pero ruega al confesor que no entregue la carta al capitán sino después de que se cumpla la ejecución. Eso se llama orgullo.

cargos del caballero escuchó, sorprendida, esta respuesta del fámulo: “No puedo sufrir querella, siendo cristiano viejo, tan hidalgo como el Rey y un poco más”. “Así se alaban los españoles —comenta la dama extranjera— cuando se juzgan obligados a defender su orgullo”.²¹

“Los españoles —observa poco más adelante— arrastran su indigencia con aire de gravedad que impone; hasta los labriegos parece que al andar cuentan los pasos”.²² Esta observación la repiten, en una u otra forma, durante el siglo XIX, viajeros de diversas nacionalidades, lo que prueba que a todos les llama la atención: un yanqui, Washington Irving; un francés, Teófilo Gautier; una rusa, María Bashkirtseff.

Las mujeres de España suelen no ser ni menos arrogantes ni menos corajudas que los hombres. Los ejemplos abundan en todas las épocas. Podrían citarse desde Isabel la Católica, siempre a caballo en su jaca y en su energía, hasta la monja Alférez; desde doña María de Padilla hasta Agustina de Aragón, y desde las mujeres de Medina del Campo y Tordesillas, ciudades que preferían ser abrasadas a rendirse, en la guerra civil de las Comunidades, hasta las manolas del 2 de mayo, en Madrid. Tirso de Molina pone en boca de una infanta española esta viril jactancia:

*Veréis si en vez de la aguja
sabr  ejercitar la espada;
y abatir lienzo de muro
quien labra lienzo de Holanda.*

En la decadencia personal o de patria se mantiene erguido este arrogante y fiero orgullo. Y el contraste entre la persona o la Patria venida a menos y la altivez altisonante e intempestiva produce honda impresión que a un tiempo lastima y mueve a risa.

Ese es precisamente uno de los tesoros que explotó el genio de Cervantes: Don Quijote, desarmado, caído, vapuleado, sin poderse mover, en el colmo de la impotencia, discurre como Hércules y ofrece castigar o perdonar con absoluto desconocimiento de su triste estado. “ Leoncitos a mí?”, exclama en cierta ocasión, desdeñoso de la fiera y más león que los leones. Esta sublime ceguera, esta heroica y absurda actitud ha sido en ocasiones la de España en cuanto nación.

A promedios del siglo XIX estaba España, como todos sabemos, bien decaída, y de pronunciamiento en pronunciamiento acrecentaba su desprestigio. El arrogante patriotismo nada percibía, sino majestad, poderío en la Nación —y envidia de la grandeza española en los demás pueblos—. Los poetas loan a su país como un romano del siglo de Augusto pudiera cantar a Roma.

²¹*Relación que hizo de su viaje por España la señora condesa D’Aulnoy en 1679* (primera versión castellana), pág. 81. Madrid. 1891.

²²*Relación*, ob. cit., pág. 82.

El pueblo que al mundo aterra, lo llama, en brioso apóstrofe, uno de los más celebrados poetas de entonces, en canto *Al Dos de Mayo*.

Y no se trata de poetas; esto es, de exaltados e imaginativos: el país entero, y aun ya a fines del siglo, compartía la creencia en una grandeza nacional indeclinable. Eminente sociólogo de España lo confirma: "Por cierto teníamos el dicho de *que cuando el león español sacudía la melena, el mundo se echaba a temblar*".²³

Muy adelantada la guerra de emancipación de América, establecidas ya repúblicas que funcionaban como entidades internacionales; después de ocho o diez años de incesante combatir, después de haber perecido en los campos del Nuevo Mundo, a manos de los soldados de Bolívar, múltiples expediciones europeas, una de las cuales —la conducida por el general D. Pablo Morillo— ha sido considerada por el propio Morillo como la expedición militar más completa, aguerrida y numerosa que en cualquier tiempo hubiera salido a combatir fuera del territorio español, todavía en aquellas circunstancias ordena el Gobierno de Madrid o permite que a los caudillos libertadores se les siga juicio personal como a vasallos rebeldes —es decir, como a traidores— aplicándoles el Código medioeval de las *Siete Partidas*, y no se les considere como a beligerantes, según el Derecho de gentes.

Un fiscal del Rey, en la Real Audiencia de Caracas, don Andrés Level de Goda, hombre donoso, de agudísima intención y abierto al espíritu de los tiempos nuevos, escribe a S. M. que no se pueden seguir juicios en rebeldía contra aquellos triunfadores caudillos de ejércitos y contra jefes de Estado. "Esto no es tumulto ni cofradía —expone—, es guerra en toda forma, y los que nos la hacen son nuestros *enemigos*".²⁴

Respecto de los juicios demuestra con humor de buena ley lo ridículo del procedimiento. Se pregona en algunas de las escasas poblaciones aún sin tomar por los patriotas, que tal o cual de aquellos caudillos debe comparecer ante la justicia "bajo el apercibimiento de incurrir en las penas de la ley". Como factor de alguna operación militar, preséntase algún día ante la ciudad del pregón ese caudillo u otro y ¿qué ocurre? "Todos corremos —dice Level— y el pueblo con nosotros". "Llamar a un reo —comenta el fiscal en su documento al Monarca— *llamar a un reo por edictos y pregones, venir el reo y huir el juez, escribano y pregonero porque no le quieren aguardar ni aun ver su cara, la penetración de V. M. no solamente lo encontrará indecoroso a la Real Audiencia, que es viva imagen de V. M., sino también muy cómico y un objeto adecuado a las páginas del famoso romance de Cervantes*".²⁵

Por boca y pluma de aquel magistrado del antiguo régimen, de aquel funcionario del Rey, salían las ideas modernas de la revolución de Hispanoamé-

²³M. DE SALES Y FERRÉ: *Problemas sociales*, pág. 12. Madrid, 1911.

²⁴*Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, volumen VII, pág. 137; edición oficial. Caracas, 1876.

²⁵*Documentos*, vol. VII, págs. 137-138.

rica: era la filtración de las ideas ambientes en uno de sus opositores. La conmoción revolucionaria había provocado un cambio en aquella conciencia que, a su turno, reaccionaba contra la antigua sociedad.

En Madrid, por aquel tiempo, 1819, la reacción triunfante asume la actitud de Don Quijote, molido a palos y hablando de exterminar.

En vísperas de la guerra de España con Yanquilandia, ¿qué decían algunos de los más importantes periódicos de Madrid, diarios serios, rectores de opinión? Les parecía pesadilla irrealizable —y así lo preconizaban— que advenedizos mercachifles de Nueva York y sudados tocineros de Chicago, pudiesen encorvar la cerviz del soberbio león ibero. Casi nadie echó cuentas; casi nadie titubeó. A Pi y Margall y a algún otro espíritu clarividente que aconsejaban un poco de liberalismo con la isla de Cuba, alzada en armas por sus libertades y motivo de la guerra, se les desoyó y se les despreció.

En cuanto a los yanquis, nadie pensó en su riqueza, ni en su marina, ni en sus tropas, ni en sus recursos múltiples de defensa y ataque. El oro sólo no obtendría victorias. Los barcos debían ser de madera; las tropas ni la raza sentirían el sentimiento patriótico: ¿no es un pueblo de aluvión, retorta de razas diversas, producto de pueblos múltiples?

Con ideas tan arrogantes como erróneas, España, ciega de cólera y de orgullo, se lanzó a la guerra. ¿Fracasar? ¡Cómo sería posible! El viejo y bravo león de España ¿no era un bravo y viejo amigo de la tragedia? ¿No había visto y desafiado las naves de Fenicia, los caballos nómadas de Cartago, las águilas de Roma? ¿No movió zarpas y dientes contra los invasores de todo tiempo y toda raza? Contra visigodos de Suecia, vándalos del Báltico, suevos del centro de Germania, alanos de la Escitia, claros árabes del Asia y tostados berberiscos del Africa? Por último, ¿no rechazó, triunfante, al corso sojuzgador de media Europa?

La ignorancia de las condiciones propias y de las condiciones del adversario sorprende. El orgullo impidió enterarse. No faltaron clérigos o clericales que apabullasen a los yanquis, tildándolos de herejes. ¿Iba a imponerse y a triunfar la herejía contra las milicias de Cristo? Al fin de las cuentas pudieron recordar los milicianos del Sagrado Corazón aquellos antiguos versitos populares:

*Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos;
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos.*

No los recordaron antes de la molienda, sino después, porque otra de las deficiencias del carácter español consiste precisamente en la incapacidad que lo aqueja para ver la verdad, máxime si la verdad lo ofende, lo mismo que para sacar lecciones provechosas de la experiencia de los demás y de la propia experiencia.

Un pensador hispano de altura y autoridad, expone: España entró en la guerra con los Estados Unidos, "por un desconocimiento de las circunstancias sin precedente en la Historia".²⁶

El desconocimiento del adversario era completo. El desconocimiento propio no era menor. El orgullo, esa venda impenetrable, impedía ver. El mismo pensador analiza el estado psicológico del país en vísperas de la guerra. Sus palabras tienen la triple autoridad, del hombre observador, del hombre verídico y del hombre patriota.

"Todavía en las postrimerías del siglo XIX —dice— brillaba esplendorosa en la cima de nuestra conciencia la representación de aquel glorioso pasado, llenándonos de fatua presunción; todavía seguíamos creyendo que nuestro Ejército era invencible; nuestros Gobiernos previsores; nuestra magistratura incorruptible; portento de saber nuestro profesorado; modelo de mansedumbre y caridad nuestro clero. España seguía siendo para nosotros la primera de las naciones; su suelo el más rico, sus habitantes, los mejor dotados. Por cierto teníamos aún el dicho de que *cundo el león español sacudía la melena, la tierra se echaba a temblar*".²⁷

Era la gota serena del orgullo que impedía ver claro. Heroica y lamentable ceguera.

Fue la de España, también en aquella ocasión, la actitud de Don Quijote: "¿Leoncitos a mí?" Pero su qui jotismo, aunque tenía por fundamento, como el de la novela, el desconocimiento o el desprecio de la realidad —además del orgullo y sobreestimación de sí—, era de otra naturaleza que el qui jotismo del héroe de Cervantes.

El héroe de Cervantes lucha por el bien de los demás; su locura, como la del Cristo, consiste en darse en holocausto, en redimir. Don Quijote es un libertador. E hizo bien el Don Quijote en carne y hueso —Bolívar— cuando, en el lecho de muerte, comentó su trágico destino de redentor inmolado, diciendo: "*Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido tres grandes majaderos*". Majaderos dijo para no decir redentores.²⁸ El qui jotismo de España en 1898 fue muy otro: luchó por esclavizar a una isla remota que merecía la libertad a que aspiraba; luchó por encadenar. Y cuando se tropezó con los Estados Unidos, cuya codicia asumía, con suma discreción, un papel de abnegado paladín de la justicia, España no supo, por exceso de orgullo, entenderse directa, generosa y hábilmente con Cuba. Fue a la guerra con los yanquis, sin saber a lo que iba. Y la lucha hispano-yanqui se convirtió en rebatiña de apetitos coloniales.

España no supo salir de América.

²⁶M. DE SALES Y FERRÉ, obra citada, pág. 12.

²⁷M. DE SALES Y FERRÉ, obra citada, pág. 12.

²⁸Sobre esta frase ha bordado Unamuno su magnífico ensayo *Don Quijote Bolívar*. —Michelet habló de un "Quijote de la libertad", lo que es redundante. Más penetración alcanzó Unamuno llamando simplemente al héroe de la libertad, al Libertador, Don Quijote Bolívar.

Su último yerro, antipolítico hasta un grado inimaginable, y obra de su orgullo metropolitano arrastrado por los suelos, fue el de querer negociar a Cuba, en el Tratado de París, como una mercancía y oír la respuesta negativa del yanqui, más dura que un bofetón: no se le reconocían a España derechos sobre Cuba; no podía cederla ni enajenarla, ni negociarla en ninguna forma. Cuba era un pueblo libre que había conquistado con las armas en la mano su soberanía.

V

EL ESPIRITU FILOSOFICO

Apenas diferenciada del instituto biológico que induce a los hombres a huir del dolor y de la muerte, a crecer y multiplicarse, existe una filosofía instintiva, indeliberada, que podríamos llamar de raza o racial. Merced a esta deliberada filosofía, cada pueblo, cada raza, busca su camino, de acuerdo con sus propios medios y con las circunstancias que lo rodean, expansiona su personalidad, desempeña el papel que le toca representar en el mundo.

¿Hacia qué filosofía se orientará por instinto el espíritu de este recio pueblo español? Este pueblo valiente, sufrido, fatalista y tan lleno de orgullo, se inclinará hacia el estoicismo. El estoicismo es, se ha escrito: "*The fundamental philosophy and almost the religion of Spain*".²⁹

"Lo mismo da", es una expresión estoica digna de estas almas sombrías y enérgicas. No en vano Séneca fue hijo de la tierra española. Muchos españoles, en todas las épocas, han sido vivientes ejemplares de senequismo, sin saberlo. ¿Qué es, en suma, el senequismo? Una moral fundada en el orgullo. Obra por propio decoro, bien y con entereza. Ante la adversidad, ante la fortuna, sé siempre un hombre.

Pueblo de tan potente energía ha podido vivir, en sus mejores horas y en sus mejores tipos ese altanero ideal. Lo ha vivido.³⁰ Restemos, con todo, lo que haya que restar de cualquier generalización. Siempre quedará, después de lavar la tierra y cernirla por el cedazo, en los terrenos auríferos, una fina y luminosa arenilla de oro.

Con el estoicismo confúndese en el español el fatalismo, heredado con la sangre del árabe. Luce constante y patente en el hijo de España esa filosofía de la resignación a fuerzas superiores que rigen el destino del hombre. "Será lo que Dios quiera", exclama el pueblo en los mayores aprietos, ante la

²⁹HAVELLOCK ELLIS, ob. cit., pág. 46.

³⁰Véase GANIVET, ob. cit., pág. 96.

miseria o en las declinaciones de la salud. "Vida que Dios guarda, nadie la quita", prorrumpe el soldado ante el peligro. Hasta en los más soberbios y empingorotados, este fatalismo es unánime. Al conocer la ruina de la Armada Invencible, que tantos esfuerzos del país, tantas esperanzas del Monarca y tanto porvenir de España convertía en espuma, ¿qué se le ocurre a Felipe II? Pues musita, resignado: "Yo no mandé mi Armada a luchar contra los elementos".

Este fatalismo hispánico se agrava en aquellas repúblicas de América más ricas en coeficiente aborigen con el fatalismo del indio. La conjunción de ese doble fatalismo suele producir en México, Paraguay y Alto Perú una sombría indiferencia ante la vida y ante la muerte.

El indio parece ser cristiano, en el sentido de la conformidad, de la resignación; el español, estoico. Son distintos. Sus fatalismos tienen diferente origen, diferente grado, diferente finalidad: el uno es pasivo y lúgubre; el otro, altanero, agresivo. Existe en el español, además en medida excelsa, consciente voluntad heroica.

El espíritu español tiene dos caras, como el Jano del mito griego. Por una cara, lo soporta todo con entereza: es el lado estoico y fatalista; por el otro, lo desprecia todo: es el lado místico.

A los que esperan la vida eterna, ¿qué va a importarles esta vida transitoria? A los que van a abismarse en Dios y vivir perdurablemente entre las dulzuras del Paraíso, ¿qué puede importarles la pasajera habitación, el valle de lágrimas? "Me figuro andar en un sueño y veo que en despertando será todo nada", exclama Santa Teresa en su libro de las *Relaciones* (II).

La fe en poderes sobrenaturales y la absoluta confianza en sus decisiones, aun las más desfavorables en apariencia, suele infundir en hombre y pueblos una resignación y una temeridad sin límites. Los que tratan de difundir tales sentimientos no lo ignoran, tampoco lo ignoran aquellos que los sienten en sí, así sea el más dulce de los místicos: "*Fortissima cosa es un corazón determinado en querer a Dios —dice el beato Juan de Avila—. Porque como entiende que puede alcanzar a este que desea, no teme meterse por lanças, teniéndose por cumplidamente dichoso con sólo este bien que alcance, aunque sea truco de todo lo que pueden pedir*",³¹ es decir, la vida misma. Y si desprecian la vida, ¿cómo no van a despreciar las cosas percederas de la vida? Las desprecian de todo corazón.

Así, la escasa curiosidad del espíritu español, por las cosas de nuestro bajo mundo, toca a veces en lo increíble.

Los españoles presencian los primeros las maravillas del Nuevo Mundo,

³¹BEATO JUAN DE AVILA: *Epistolario espiritual*. (Carta a un señor de título, enfermo, animándole al amor del padecer). Madrid. Edición García de Diego.

sin atribuirles importancia: ellos son superiores a todas las maravillas. Se comprende tal actitud: a quienes espera Dios con los brazos abiertos, a quienes la gloria y sus encantos van a servir de eterno regocijo, ¿qué podrían interesar razas, civilizaciones, climas, faunas distintos de los ya conocidos, cualesquiera pequeñeces de nuestro pobre planeta? Sin embargo, les interesó el oro. Por lo demás, en vez de observar las nuevas tierras, las nuevas razas, las nuevas civilizaciones que en México, Perú y Nueva Granada tenían ante los ojos, crearon leyendas. La curiosidad científica no es española.

España descubrió el Nuevo Mundo y fue, entre los pueblos de Europa, uno de los que menos se conmovió con el descubrimiento. A ella le bastaba con haber cumplido, sin darle mayor importancia, la insólita empresa.

Los europeos de entonces querían conocer las cosas de los indios, informarse del Nuevo Mundo recién abierto a la inquisitiva mirada de Europa. En vano encargaban libros a España: no los había. Micer Andrés Navajero, el embajador de Venecia, escribe desde Toledo, el 12 de septiembre de 1525, al gentil-hombre veneciano Juan Bautista Ramusio, y le dice:

"Aquí no se encuentra impreso nada sobre las cosas de las Indias; pero con el tiempo os enviaré tanto,³² que os harte, pues tengo medio de enterarme de todo, así por Micer Pedro Mártir,³³ que es mi gran amigo, como por el presidente del Consejo de las Indias y por otros consejeros. He visto en poder del presidente un pájaro, la cosa más bella del mundo, venido de aquellas tierras, ya muerto, pero maravilloso de ver... Todos los días se ven objetos nuevos. Asimismo os escribiré acerca de lo que me preguntáis de Panamá; pero ahora no lo hago, aunque no dejaré de escribir diariamente sobre esta materia lo que se vaya entendiendo".³⁴

El español tiene los ojos puestos en algo más alto y distante. Su curiosidad no es de este mundo. Limitado para ver, estudiar y comprender las cosas humanas, es un águila para las cosas ultraterrenas. Sus místicos ven a Dios.

El misticismo español, dado el carácter de la raza, no se contentó siempre con visiones celestes ni deliquios piadosos. La misma Santa Teresa reacciona contra esos instantes de ensoñación estéril y se convierte en mística práctica, en santa ejecutiva, y parte a fundar conventos, a organizarlos, a regirlos. Este misticismo español carece de vaporosidad, nebulosidad, abstracción; toca tierra. Es, como toda la raza, realista, expresivo, concreto y, en cierto modo, algo burdo, materialista o antropomorfista. Dios se les aparece a los místicos españoles, no como una entealequía, sino como ser tangible. Y si lo ven en carne y hueso, ¿cuándo lo ven? En las horas más prosaicas o en los menesteres más útiles de la vida. "Dios anda entre los pucheros", llega a decir la Santa abulense; y confiesa que algunas veces,

³²Vale decir tanto informe.

³³Italiano, autor de la primera historia de América. *Decadas de orbe novo*.

³⁴*Viajes por España*, traducidos, anotados y con una introducción por D. ANTONIO MARÍA FABIÉ, págs. 368-369, ed. MDCCCLXXIX. Madrid.

mientras lee junto a un crucificado, Dios se introduce en la habitación.³⁵ ¿Adquiere por aquel transitorio nexo sensible con la divinidad nueva y más alta inspiración? No. Ella crea su visión; su visión no crea nada en ella.

La religiosidad de la raza es de acción —lo hemos visto—, y preferentemente guerrera. Cuando Balboa entró acorazado en el Pacífico y con la espada desnuda exclamó que tomaba posesión de aquel océano en nombre del Rey de España, un joven clérigo, abrasado de místico fervor, entró en el agua, vestido con sus hábitos y blandiendo un Crucifijo sobre las ondas, crucificando al mar, corrigió, combativo, a Balboa: “Yo tomo posesión de este mar en nombre de Jesucristo”.

El misticismo español tomó la espada y concluyó la reconquista; se embarcó y redujo a los indios. Esta exaltación mística se avenía con el individualismo del pueblo español. Cada místico se comunicaba personalmente con la divinidad: era un elegido de Dios. Su desprecio por todo, incluso la vida propia y la ajena, era comprensible. ¿Qué cosa de este mundo iba a tener importancia para un hombre a quien espera la gloria? Las peores fechorías las comete sin repugnancia. Todas las fechorías alcanzan disculpa, si las purifica la religión. Se puede exterminar a los moros y a los indios: son paganos. Perseguirlos es obra de piedad. Se puede despojar a los incas de su tesoro y convertir en dinero la sangre y las lágrimas de una raza esclavizada: no importa. Basta para purificar la conciencia contribuir para alguna Cofradía, erigir alguna ermita, hacer algún legado a la Iglesia.

En resumen: el espíritu español, más religioso que filosófico, posee particularidades y contrastes curiosos. Despreciador de la vida, en cuanto místico; prefiere, sin embargo, las realidades concretas. Despreciador del dolor, en cuanto estoico; vive, sin embargo, aterrado con la idea del infierno. Fatalista, desprecia la vida; pero le preocupa la muerte. Es muy católico y muy poco cristiano.

VI

EL FACTOR RELIGIOSO

Se cree que la intransigencia religiosa no es nota fundamental, sino temporal, en el carácter español. Las tradiciones castellananas y aragonesas de la Edad Media prometían, en efecto para el pueblo moderno que iba a

³⁵*Vida*, cap. X.

tener en el país leonés, en Aragón y en Castilla, su matriz, un espíritu amplio con capacidad para todas las libertades.

Religiones, razas distintas, dominaron en España, campo de combate de diversas culturas. España vive en contacto relativo con el mundo y los distintos credos e ideales que en el mundo alientan. Hubo un tiempo en que la herejía arriana imperó en Iberia. Más tarde se contrabalancean la tolerancia y la intransigencia católica, que al fin triunfa. La intransigencia y la tolerancia no fueron sistemáticas, sino alternativas. Durante los tres primeros siglos de la reconquista, los moros de las provincias sometidas por los cristianos eran expulsados o exterminados; pero cuando Alfonso VI toma a Toledo, inicia una política inteligente, transigente, liberal. "El ilustrado Rey, que se había casado con una mujer árabe y admiraba la cultura e industrias de los judíos y musulmanes, alentó a los pueblos conquistados a permanecer bajo su dominio, garantizándoles una completa tolerancia y estimulando los matrimonios entre moros y cristianos".³⁶

Después ocurre lo propio: se contrabalancean el espíritu de intransigencia, acuciado por el clero, y el espíritu de convivencia pacífica con las demás razas y las demás religiones. Este último provenía no sólo de la política de algunos reyes cristianos, sino de las costumbres del pueblo y de las mezclas y cruces que unas razas con otras, principalmente cristianos y moros, habían realizado. Los españoles de las clases serviles se convertían al islamismo y obtenían la libertad. En las clases más empingorotadas ocurren idénticas filtraciones étnicas: si el Rey Alfonso VI tiene mujer árabe, algunos reyes árabes tienen mujeres cristianas. En una sola batalla morirán siete infantes españoles de materna sangre mora.

El Papado, cuya política intromisora perturbó tantos Estados de la cristiandad, no fue ajeno a las cosas de España. Atizó el odio contra el infiel. Inocencio III concede privilegio de Cruzada a la campaña contra los almohades, que culmina con la victoria cristiana de las Navas de Tolosa.

Con todo, el fanatismo intransigente que se inicia desde el siglo XII y va luego decreciendo, tiene momentos en que cede, Pedro II de Aragón muere a principios del siglo XIII combatiendo contra los católicos, a favor de la secta herética de los albigenses. Jaime I transige con Roma; pero no vacila en cortar la lengua a un príncipe de la Iglesia: el obispo de Gerona. Pedro III de Aragón, hijo de Jaime, inaugura su política exterior negándole vasallaje al Papa. Va más allá, y arrebató la isla de Sicilia al Pontífice. Este declara a los vasallos de Pedro III desligados del juramento de fidelidad y apoya al Rey de Francia contra el de Aragón. Todo esto, sin embargo, es obra de política más que de fe.

Lo cierto es que *au fur et à mesure* que se va reconquistando el territorio nacional, el espíritu religioso va en aumento. Varias razones militan para que así ocurra. Mientras más débiles van siendo los árabes, menos se

³⁶MARTÍN HUME: *Historia del pueblo español*, versión castellana de José de Caso, pág. 170. Edición España Moderna. Madrid.

necesita de la diplomacia y la transigencia con ellos. España, además, sin facilidades para cultivar su espíritu, en medio de continuo guerrero, llega poco a poco a creer, impulsada por el clero, que debe todas sus victorias a la protección divina. “Cierra, Santiago”, es voz de guerra; y en esa voz invócase como real el auxilio quimérico del Apóstol, patrón del país. “La lucha con los sarracenos —vuelve la oportunidad de esta cita— fortificó las creencias, pero disminuyó la inteligencia. A medida que avanzaban los cristianos del Norte hacia el Centro, más creían en la protección divina, más respeto tenían a los sacerdotes. Esa reconquista, lenta, debida a su propio esfuerzo, les parecía un milagro permanente.”³⁷

Se diría que los castellanos, en forzoso contacto estrecho con gentes de otra religión —y tan tolerantes como se mostraron los árabes andaluces—, perderían aspereza e intransigencia. No sucedió así, a la postre. Y no sucedió así a la postre, porque el Estado y la Iglesia tuvieron empeño en que así no fuese. Se hizo de la intransigencia religiosa una virtud. El catolicismo fue considerado factor de patria.

Sirvió de bandera contra el infiel, confundiéndose las ideas de territorialidad —que hoy diríamos patriotismo—, de raza y de fe. Sirvió luego de vínculo a las regiones, a falta de vínculo político. Fue creador de espíritu nacional. En el siglo xv, la religión es señora absoluta del espíritu español. ¿Podía ser de otro modo?

Es comprensible que en España se exaltase el sentimiento religioso más que en parte alguna de Europa. A ello contribuían causas externas o sociales y causas internas o psicológicas.

Entre las primeras, la lucha persistente contra el infiel, detentador del territorio nacional; el servir la religión como instrumento político y vínculo entre las diversas regiones de España, que no tenían entonces vínculo más poderoso que las mancomunara y constituyese en haz; es decir, en unidad, en nación.

Entre las causas internas o psicológicas pueden indicarse como primordiales el immanente dogmatismo del espíritu español y su carencia de sentido crítico. “Comparar opiniones diversas para averiguar lo que cada una contiene de verdad o de error, es operación rara entre nosotros. Abrazar una sola doctrina y hacerla señora de nuestro pensamiento, rechazando por falsas todas las demás: he aquí nuestro procedimiento predilecto”.³⁸

Culminó este espíritu de intransigencia, aliado a un sueño utópico de hegemonía universal, precisamente en los días en que alboreaba para el resto de Europa el espíritu de los tiempos modernos. Y a España le tocó

³⁷P. GENER: *Herejías*, pág. 185.

³⁸M. SALES Y FERRÉ: *Problemas sociales*, pág. 37.

luchar contra el Libre Examen, contra la Reforma, contra la Libertad o aspiración de cada pueblo a gobernarse por sí propio, contra el análisis y los descubrimientos científicos, contra la propia libertad interior de España; en una palabra: contra el espíritu moderno que en el Renacimiento se inicia. Fue el campeón del pasado. Representó lo que iba a morir. Y la fidelidad a esas tradiciones ha sido el largo y silencioso drama de España, país lleno de aptitudes y de energías, frente al resto del mundo que se iba reformando e iba creando nuevos tipos de civilización.

España no fue de las naciones reformadoras; se petrificó en una fórmula pretérita. Cuando no pudo imponer su criterio al universo, el orgullo español se plegó sobre sí propio; y creyéndose, con espíritu judaico, un pueblo elegido de Dios, España se aisló del mundo.³⁹ Se recoge en sí misma, levanta una barrera —más alta que los Pirineos y más aisladora— entre ella y el resto del universo. Los españoles no deben estudiar la ciencia extranjera. Sólo deben mantener incólume la fe católica, rompiendo nexos con pueblos incrédulos.

El mundo adelantó. Cuando España quiso incorporarse al nuevo movimiento universal de avance, ya sus pasos, entorpecidos por inacción prolongada, no alcanzaron a seguir la carrera tendida de los demás pueblos.

La ciencia contemporánea no habla español.⁴⁰

Ningún nombre español se encuentra entre los creadores de la química, ni entre los grandes astrónomos, ni entre los descubridores del mundo microscópico; ni la biología, ni la sociología, ni la economía, ni la medicina, ni la ciencia jurídica, ni las ciencias naturales, ni las ciencias exactas, ni la crítica histórica, siguen rumbos abiertos por un hijo de España. Hasta Ramón y Cajal ningún nombre castellano iba asociado al patrimonio científico de nuestra época.

³⁹El aislamiento iniciase precisamente en la época en que España, por sus intereses políticos y por su actuación universal, más y mejor necesitaba conocer el mundo y sus diversas corrientes de espíritu. Sin embargo, Felipe II dicta en 1559 la pragmática que establece una muralla de China entre España y el resto de Europa. Y cuando España abre un boquete en la muralla que la resguarda y aísla, no es para empaparse de extranjerismo, sino para salirle al encuentro con la parte sana y el arcabuz. Un profesor español de nuestros días asimila el aislamiento de los españoles al de los chinos, habla “de la *xenofobia* y el aislamiento que tanto place a nuestros reaccionarios” (pág. 193); y expone: “Lo que no cabe dudar es que en el fondo de la corriente exclusivista china y de la española hay un mismo motivo psicológico, que constituye precisamente el peligro y la inferioridad de ambas: hay el impulso natural de los vanidosos (que nunca son los verdaderamente sabios) de creerse superiores a todos los demás...” Véase RAFAEL ALTAMIRA: *Psicología del pueblo español* —demasiado título para aquel libro—, págs. 99-100. Editorial Minerva. Barcelona.

⁴⁰“Con marca extranjera están sellados casi todos los elementos que integran nuestra civilización”, se ha dicho en la Península. (SALES Y FERRÉ, ob. cit., pág. 35). Sin embargo, se creía descastizar el país por el hecho de asimilarse la cultura extranjera. La lucha de los mejores espíritus del siglo XIX, como Joaquín Costa, por lo que él llamó la desfrancización, la europeización de España, fue épica. La resistencia era increíble. “Toda inclinación hacia las culturas extranjeras ha parecido en España herejía antipatriótica”, observa pensador tan eminente, hombre tan honorable y verídico como Gabriel Alomar.—GABRIEL ALOMAR: *La formación de sí mismo*, pág. 167. Madrid, 1920.

Europa llegó un día hasta a preguntarse, con manifiesta injusticia: “¿Qué debe la civilización a España?” Y la respuesta fue cruelmente negativa. Por fortuna, los mismos extranjeros, volviendo sobre el odioso estigma de aquella negación, han respondido luego a la aviesa pregunta con más sereno espíritu y mayor equidad: “Los españoles —confiesan— han contribuido en grande escala a la civilización del mundo.”⁴¹

Un pueblo de espíritu teológico o que va siendo teológico, obra teológicamente. La reconquista española fue obra de guerra y religión. A la unidad, al engrandecimiento nacional de España, alía su espíritu y sus intereses el catolicismo.

Cuando otra grande empresa como el descubrimiento, conquista y civilización de América mueve el alma española, es lógico que no se prescinda de tan eficaz fuerza nacional como la religión, sino que se le conceda una amplia participación en la vasta obra que se emprende. Como la España árabe debía reconquistarse para la fe de Cristo, a las Indias gentiles debía sometérselas para catequizarlas y difundir por aquellas bárbaras tierras la palabra de Dios.

El imponer la religión, el catolicismo, fue uno de los númenes de la conquista de América. El clero fue uno de los factores primordiales de la reducción de indígenas. La Iglesia, ya obtenida la dominación, una de las mayores piedras básicas de la colonia. Los conventos, los depósitos de saber en la época colonial. Los misioneros, los transmisores de rudimentos de cultura europea al indígena americano. La religión, el principal aliado del Rey.

Así, pues, el catolicismo es factor principalísimo en la creación y españolización de América. Fue elemento civilizador. Es imposible prescindir no ya de considerar este factor, sino su influencia decisiva al estudiar los Estados modernos que han salido de las ruinas del antiguo imperio hispano-católico. Muy grande fue la acción militar de España en América, pero quizá no fue superior a su obra religiosa.

Dado el carácter dogmático y guerrero de la civilización española en aquel tiempo, la espada y la cruz fueron los medios que tuvo para imponer su brazo y su espíritu. La obra de su brazo ha desaparecido; la de su espíritu, perdura.

⁴¹M. HUME, ob. cit., pág. 6.

Durante largo período de su historia, España hizo de la religión —lo hemos visto— un arma de combate. Esta arma, a la postre, se le clavó a la Nación en su propio pecho.⁴²

Para desarrollar su acción religioso-política, ¿necesitó poseer o adquirir cierta aptitud espiritual, o bien, por haber adquirido o poseer cierta aptitud espiritual, pudo desarrollar su acción político-religiosa?

Cuando los necesita, abundan en España agentes de su espiritualismo, milicias de la fe. Se producen toda suerte de obreros para la gran edificación nacional: apóstoles que prediquen, misioneros que catequicen, místicos que arrebatan, ascetas que ejemplaricen, hasta persecutores que aterren.

Los apóstoles y los misioneros surgen de la levadura combativa del pueblo: ambos son conquistadores, conquistadores de almas. El aparecer los místicos también tiene fácil explicación. "El rasgo fundamental del espíritu español —se ha observado— es el predominio del sentir sobre el pensar, del afecto sobre la idea, de la intuición sobre la reflexión".⁴³ Nada más propicio al misticismo.

El místico precisamente no se distingue por el razonamiento y por la claridad de espíritu, sino por una mezcla de sentimiento y de adivinación. Su conciencia es nebulosa. Se roza con el misterio. Es más intuitivo que razonador. En su luz hay siempre niebla y en su niebla puede haber luz.⁴⁴

⁴²Del fanatismo antiguo ¿qué va quedando hoy? La consideración del clero como casta privilegiada: privilegiada en los presupuestos del Estado, privilegiada por sus exenciones y fuero, privilegiada por las costumbres. Va quedando la influencia social, aunque cada vez más restringida, de toda gente de cogulla; una testaruda resistencia a cualquier novedad científica en las clases altas; cierto casticismo que tiende a ver en lo extranjero lo enemigo, máxime en el terreno ideológico —aunque se viva de ideas importadas—; excesivos conventos en las poblaciones, y, en el pueblo, el espíritu de superstición. Hasta los incrédulos, en España, parecen supersticiosos. El pueblo es uno de los más blasfemos del mundo: lo que prueba que aún le queda el sedimento religioso hereditario. Las autoridades han querido influir, aunque en balde, para extirpar la manía blasfematoria. En una de las paredes del lujoso y cosmopolita *Hotel Palace*, de Madrid, en la pared occidental, amenaza el gobernador, en una placa metálica, con el castigo de crecida multa a quien blasfeme. El exceso mismo de la multa asignada —varios cientos de pesetas— demuestra que no se tuvo mucha fe en la eficacia y la aplicación del castigo. En El Escorial puede uno blasfemar pagando 10 pesetas: esa es la multa que señalan los avisos de las esquinas. En Cercedilla se prohíbe, por medio de anuncios, la blasfemia; pero no existe sanción, por lo menos no se indica, para el que incurra en tan feo delito popular. En Valencia, un joven gobernador civil, conservador a rajatabla, pone su provecho antes que el de la divinidad. Amenaza —¡siempre la amenaza!— a los blasfemos, entre otras razones, porque el hombre que irrespete a Dios puede faltar asimismo a las potestades terrestres; es decir, a la autoridad; es decir, al gobernador de Valencia y a su patrono el Sr. Maura, jefe del partido, que reparte actas de diputado, gobernaciones civiles y otras prebendas.

Toledo, en la puerta de Visagra, prohíbe —sin amenazas, Toledo es grande hasta en las pequeñeces— la blasfemia y la mendicidad.

⁴³SALES Y FERRÉ, ob. cit., págs. 33-34.

⁴⁴El místico, se ha dicho, tiende "*à substituer en tant que moyen de connaître, l'émotion et le sentiment à la pensée discursive; à rechercher, comme essentiellement révélateurs, des états purement affectifs*".—MAXIME DE MONTMORANB: *Psychologie des Mystiques*, pág. 2. París, 1920.

¿Qué raro que semejantes estados de espíritu se produjeran con frecuencia en una raza intuitiva, de hondo sentir, poco razonadora y predispuesta a la exaltación religiosa por su semitismo y por su evolución histórica?

En cuanto a los ascetas y a los torquemadas, los torquemadas son crueles; los ascetas, individualistas.

En un país cruel e individualista, ¿qué extraño que aparezcan? El ascetismo, como el bandolerismo, es una exageración del individualismo, o es el individualismo llevado a extremo el más antisocial. Individualista como el bandolero, el egoísmo del asceta es mucho más grande y su crueldad a veces peor: esta crueldad se ejerce en forma de indiferencia, contra los demás, cuyas penalidades —aislándose de la sociedad— ni comparte ni auxilia, y contra sí propio, en forma de renunciación a los bienes y goces terrenales y de mortificación de los sentidos, con el interesado propósito de sobornar a Dios. Su único fin es colarse en el cielo y disfrutar personal y exclusivamente la eterna dicha. La salvación de los demás le tiene sin cuidado.

El torquemada obra al revés. Los torquemadas pierden a los demás para salvarlos, los atormentan para hacerlos gozar, los matan para hacerlos vivir.

Místicos, ascetas y torquemadas son a menudo enfermos mentales y a menudo pertenecen a la enorme y difundida familia de los neurópatas y semilocos. El erotismo verbal de los místicos es evidente y los emparenta con los eretómanos vulgares. Suelen ser como en el caso de dos místicos españoles, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, amorosos sin objeto corporal del amor. Su misticismo, en cierto modo, es una desviación del instinto sexual.

Santa Teresa exclama:

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor
que me quiso para sí...

Esta divina unión
y el amor con que yo vivo
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón...

San Juan de la Cruz, por su parte, se descoyunta en insufribles discretos almibarados. Oíd cómo se arrullan la Esposa y el Esposo del *Cántico espiritual*:

¿Adónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido...?
Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;

mira que la dolencia
de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura...

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado...
*Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía;
y luego me darías
allí, tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.*

Esto en cuanto a los místicos. En cuanto al torquemada, su carencia de sensibilidad sobrepuja, en ocasiones, a la del criminal más endurecido. Y el ascetismo, ¿no resulta, casi siempre, síntoma patológico? Un autor que no cree en la morbosidad del asceta se ve, sin embargo, precisado a convenir en que no son los ascetas personas normales.

*"Les ascètes chrétiens—dice—sont presque tous des scatophages. Rien d'exceptionnel dans le cas d'une Agnès de Jésus avalant le vomissement d'une cancéreuse et léchant le pus d'une plaie qu'elle venait de panser; ni dans celui d'une Marguerite-Marie avalant, elle aussi, des vomissements; et pour se punir d'avoir eu un haut-le-cœur en soignant une dysentérique, en absorbant la déjection".*⁴⁵

Entran, pues, quieras o no, en la amplia esfera de los nerviosos, de los perturbados, de los semilocos. Por eso también difunden con tanta facilidad su morbosismo. "Un loco hace ciento", enseña el refrán. La psiquiatría demuestra que los anómalos se buscan, se comprenden, se alían, se contagian recíprocamente. Un anormal en potencia puede perder con facilidad la chaveta —aunque en apariencia siga siendo sujeto perfectamente cuerdo y responsable— en contacto con otro chiflado o si le toca vivir en períodos de agitación social. *Les demifous sont facilement victimes de la contagion...*⁴⁶

De ahí que pululen en épocas de exaltación política o exaltación religiosa; y que parezcan unas veces patriotas y otras veces santos. Es en momentos de hiperestesia de los sentimientos de religiosidad, como en la época en que se estableció la Inquisición en España, cuando aparecen fanatismos que en todo pensamiento o acción ajeno descubren un ataque a la fe: la actuación del Santo Tribunal tal vez no reconozca otro móvil más íntimo. En épocas de exacerbación de la fe, suelen presentarse, además de misticismos y fanatismos ortodoxos, "turbaciones o enfermedades del sentimiento religioso, demonopatías, obsesiones sacrílegas, supersticiones".

⁴⁵MAXIME DE MONTMORAND: *Psychologie des Mystiques*, pág. 77, en nota. París, 1920.

⁴⁶J. GRASSET: *Demifous et demiresponsables*, pág. 103 (troisième ed.). París, 1914.

Quizás muchos de los quemados por la Santa Inquisición fueron casos patológicos, enfermos del mismo mal, pero en otro sentido, que sus verdugos. Y quizás España, en vez de enorgullecerse de sus torquemadas, de sus ascetas y de sus místicos, debiera abrir una clínica histórica para estudiarlos.

La fe española en el siglo xv realiza milagros de paciente esfuerzo y corona con la toma de Granada, la reconquista; se embriaga de triunfo y, en el siglo xvi, es una amenaza para Europa. Es agresiva, brillante contra la Protesta germánica, contra el turco; conquista la América y produce espíritus abrasados en amor de Dios, por el estilo de San Ignacio y San Francisco Javier. Pero su manía persecutoria la hace odiosa y ya en el siglo xvii, en plena decadencia nacional, se contenta con el espectáculo del quemadero, con el formulismo rígido, con la persecución cruel.

La ignorancia y la superstición ocupan el puesto de los soldados, campeones del catolicismo; y de los místicos, llenos del espíritu de la divinidad. El estancamiento y la modorra imperan. Nada grandioso, nada osado, nada nuevo, emprende la Fe. Y degenera en superstición. Las cosas más absurdas admiten crédito. En el coro de las monjas de Santa Clara, en Valladolid, existe la tumba milagrosa de un caballero castellano. Según el vulgo, este caballero muerto “solloza cada vez que fallece un pariente suyo”.⁴⁷

En un pueblo de Aragón, llamado Velilla, “una campana suena sin que nadie la toque ni el viento la mueva”.⁴⁸ Cuando así suena presagia desgracias. En el convento de los Hermanos Predicadores, en Córdoba, otra campana milagrosa anuncia, desde la víspera, la muerte de los religiosos de la Comunidad.⁴⁹

Cerca de Madrid vio la señora D'Aulnoy un niño cubierto con manecitas de yeso para librarlo del mal de ojo; y le hablaron de un sujeto que *tenía tanto veneno en la mirada* que mataba una gallina con sólo verla. Los amigos le indicaban un ave, el hombre le disparaba un vistazo y el animal caía al suelo como herido de bala, muerto. Naturalmente se cree en milagros y apariciones y no existe pueblo ni campo sin su aparición o milagro. Madame D'Aulnoy recuerda una roca, en Castilla la Vieja, sobre la cual apareció pintada milagrosamente una virgen.

Ya no se piensa en conquistar almas para la fe, sino en salvar egoísticamente la propia, y no siempre por medio de obras pías o de excelsa virtud, sino hasta tratando de sobornar al clero, en la tierra, y aun a los poderes suprasensibles del más allá. Todo el que muere deja una porción de sus

⁴⁷MADAME D'AULNOY: *Relación*, pág. 35.

⁴⁸Ibidem, pág. 35.

⁴⁹MADAME D'AULNOY: *Relación*, pág. 35.

bienes a la Iglesia. Un personaje, creyendo cohechar con su dinero a los guardianes del Purgatorio, ordena al morir que le digan 15.000 misas. Felipe IV, que tenía más dinero, quiso, naturalmente, permanecer menos tiempo en los sitios ultraterrenos de expiación y ordenó que le dijese 100.000 misas.

La fortuna del clero es enorme y su influencia, apoyada en la ignorancia, el fanatismo y la riqueza, máxima. ¿Empleó esa influencia en apuntalar el edificio nacional que se venía abajo? Nada hizo el clero por evitar o neutralizar la decadencia de la Nación. Al contrario, fue uno de los factores primordiales de la decadencia. Mantuvo al pueblo en la ignorancia, castró al país de toda audacia espiritual, manteniendo encendidas, durante siglos, hogueras inquisitoriales, contra el pensamiento español; excitó la pereza abriendo los conventos a la holganza y arrancando brazos a la industria; restó fuerzas al país impidiendo la procreación; fomentó los conocidos vicios secretos de las Comunidades religiosas; paralizó el movimiento de la riqueza pública acaparando bienes sin cuento y estancándolos en las manos infructuosas de la Iglesia. El pliego de cargos sería tan extenso como inútil.

En América ocurrirá lo propio que en la Península; quizás peor. Pero América reaccionó contra el espíritu mortal del catolicismo a la española —o si se quiere, a la antigua española, mucho más radical y prontamente que la nación descubridora.

Durante cierto tiempo toda Europa fue devorada por el fanatismo, toda ella sostuvo guerras de religión, encendió piras inquisitoriales y tuvo fanáticos como Calvino, que no le van en zaga a Pedro de Arbués. El fanatismo español, con todo, muestra un carácter unánime y persistente que lo caracteriza.

La Inglaterra de Cromwell, la Francia de la Saint-Barthelemy y la revocación del Edicto de Nantes, la Suiza de Calvino, la Alemania de Lutero no parecen de menos fanatismo que la España de Torquemada. Lo fueron, sin embargo.

Todos esos países sostenían luchas religiosas, más o menos calladas, en su propio seno, entre elementos indígenas que profesaban distintas creencias. Dentro de España todos estaban de acuerdo en materia de fe. La expulsión de los hebreos, el extrañamiento de los moriscos, no levantó protestas dentro del reino. Las guerras religiosas iban a sostenerse fuera de España, con hombres de otros países. Dentro de España todos estaban en un corazón con el Santo Oficio; todos, del Rey abajo, asistían encantados, como a una fiesta, a los autos de fe. Aparte los judíos; aparte los brujos, los poseídos del demonio —que eran simples locos—, muchos de los quemados por la Inquisición, ¿qué fueron sino enfermos, como ya se apuntó, de la misma morbosidad religiosa que aquejaba al país? El vulgo los creía herejes.

Pero eran a menudo de tan encendido espíritu religioso —aunque fuesen

víctimas de obsesiones sacrílegas y de supersticiones absurdas— como sus ensotanados persecutores, jueces y victimarios.

En vano se buscarían en España nombres de heresiarcas que correspondan a los de Wicleff en Inglaterra, Juan Huss en Bohemia, Lutero en Alemania; para no mencionar hombres de estudio que rompen, en favor de la ciencia, con las verdades católicas, y se convierten, por fe científica, en víctimas de la Iglesia, como Galileo y Giordano Bruno.⁵⁰

Servet, caso excepcional, no sólo tuvo que vivir fuera de España, sino que fuera de España se formó intelectualmente: salió de su país muy mozo, antes de los veinte años, y no volvió —*et por cause*— a poner los pies en su Patria.

VII

DUREZA DE LA RAZA

El español, como hemos visto, se muestra fatalista; es decir, cree que sucede lo que deba suceder y, por tanto, desconfía de la eficacia del esfuerzo. Es, además, católico *sui generis*; es decir, imagina como el héroe de *La devoción de la Cruz*, de Calderón, que se puede ser un bandolero y alcanzar la salvación del alma si se tiene fe en dos palos puestos de través, uno encima de otro; o como el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, aquel licenciado y ensangrentado Don Juan cuya conciencia de libertino y acuchillador se tranquiliza pensando que

*un punto de contrición
da al alma la salvación.*

Los bandidos andaluces se encomiendan, antes de dar el golpe, a la Virgen de la Macarena; y, con más universalidad, si no con más fe, invocan los bandoleros de México a la Virgen de Guadalupe. Después de la imploración, ya se puede cometer la fechoría, contando con el favor divino.

Agréguese a este catolicismo *sui generis* y al fatalismo evidente, aquel fondo estoico, de que ya se hizo mérito; es decir, la dureza para consigo mismos, y respóndase: un pueblo semejante, que cree que sucede lo mejor o lo que deba

⁵⁰Mientras en España y en Francia se quema gente a conciencia por cuestiones religiosas, sin que a nadie en España le parezca aquello una enormidad; por lo menos sin que nadie censure ni ponga en tela de juicio el derecho a quemar gente, por lo que la gente piense, un buen señor de Burdeos, manifiesta mentalidad bien diferente, una mentalidad crítica, filosófica, moderna, cuando expone sus dudas: "*Après tout, c'est mettre ses conjectures a bien hault prix que d'en faire cuire un homme tout vif*". (MONTAIGNE, *Essais*. III).

sucedier; un pueblo que abraja absoluta confianza en su salvación, así cometa crímenes innúmeros, con tal de tener fe en Dios o en los santos, o siquiera en vanos y meros símbolos de la religión; un pueblo que sabe sufrir con entereza y estoicismo el propio dolor, ¿no será indiferente al dolor ajeno? Lo ha sido; lo es. De ahí la acusación de crueldad contra la raza española y que ciertamente merece.

Y tan del fondo proviene esta dureza racial que se la encuentra lo mismo en los españoles de Europa que en sus hijos de América, a pesar de las mezclas étnicas que pudieran neutralizar, en el Nuevo Mundo, la dureza hispana ancestral. Así, la acusación de crueldad la merecen tanto los euro-hispanos como los américo-españoles.

Los unos han producido inquisidores como Torquemada y Pedro de Arbués, y reyes como Felipe II y Fernando VII; los otros, feroces tiranos como Rosas y el doctor Francia, anacronismos de carne y hueso en el siglo XIX. El primero lanza sobre la aterrorizada sociedad bandos de asesinos; el otro mata calladamente y somete a un país entero a reclusión ascética —suprimiendo todo nexo de comercio, de política, etc., con el mundo—. También queda reducida aquella Sociedad, por imposición del déspota, a silencio conventual en la vida interna.

La guerra civil y la tiranía han sido los deportes políticos de América durante la centuria pasada. Crueldades inéditas, como la de los *enchipados* del Uruguay —que consiste en meter a las víctimas dentro de pieles frescas de res y dejar que estas pieles se vayan encogiendo al sol— se han puesto en moda.

Juan Vicente Gómez, el actual asesino de Venezuela, tan cobarde y rapaz como cruel, infecta adrede ciertos calabozos de sus prisiones, con virus de difteria, de tífus, de tuberculosis, para que las víctimas, a quienes se priva de todo auxilio médico, mueran de tal o cual morbo, en tanto o cuanto tiempo. Nadie ha llegado a donde ha llegado este monstruo, tímido, soez, alevoso.

Melgarejo y Belzú, dictadores de Bolivia, son dos figuras cubiertas de sangre; *Lilis*, “la pantera negra de Santo Domingo”, llevaba en el bolsillo, cuando fue asesinado, una larga lista de ciudadanos que, por su orden, debían morir; el feroz pedagogo de Guatemala, Estrada Cabrera, asesina por miedo y con crueldad; un oscuro bárbaro iletrado, el famoso J. V. Gómez, a quien se apoda Juan Bisonte, escala por traición el poder en Venezuela y lo ejerce como bárbaro y como traidor: 5 o 6.000 personas mantiene en las cárceles, 5 o 6.000 en el destierro; muchos ciudadanos desaparecen sin que ni su familia ni nadie sepa más de ellos; a otros se les arruina cobrándoles precios fantásticos por lo que se les da de comer en la prisión. Este paranoico, como Estrada Cabrera y mucho más que Estrada Cabrera, persigue porque se cree perseguido. Vive temblando y matando.

La “ley de fuga” que está poniendo ahora en práctica contra sindicalistas y comunistas, según dicen, el gobernador de Barcelona —y que consiste en que los presos políticos sean enviados de un sitio a otro y se les fusile, so

pretexto de que han intentado fugarse— es invención del cocodrilesco Porfirio Díaz, el déspota llorón y sanguinario de México, uno de los mandones más glaciales y antipáticos, destructor de los indios yaquis, en favor de una plutocracia mexicana y extranjera. El chileno Portales y el ecuatoriano García Moreno llevan la energía hasta la crueldad; lo mismo que el héroe nacional del Paraguay, el mariscal Francisco Solano López, el más erguido y soberbio de estos hombres de hierro, el único de entre ellos magnificado por un patriotismo puro, por una abnegación sincera, por un heroísmo sin parangón, por un martirio inmerecido.

El argentino Rosas es conocido como el más feroz tirano de América. Rosas hace levantar un censo de opiniones políticas; y a todo el que no sea de su partido le entrega “a la cuchilla infatigable de la Mazorca, durante siete años”. “El retrato de Rosas, colocado en los altares, primero, pasa después a ser parte del equipo de cada hombre, que debe llevarlo en el pecho en señal de *amor intenso a la persona del Restaurador*”.⁵¹ A tal tirano, tales sicarios. “La Mazorca (*Mas-horca*), Cuerpo de Policía entusiasta, federal, tiene por encargo y oficio echar lavativas de ají y agurrás a los descontentos, primero; y después, no bastando este tratamiento flojístico, degollar a aquellos que se le indique”.⁵²

El monstruo tiene a su servicio algunos sota-monstruos que lo rivalizan en ferocidad. El más célebre de estos tiranos subalternos es Facundo Quiroga, a quien el enérgico cincel de un escritor insigne ha esculpido, inmortalizándolo en el oprobio. Sus contemporáneos le temían como no se teme sino a la peste y a las fieras. “Facundo se presenta un día en una casa a preguntar por la señora (*hermosa viuda que había atraído sus miradas lascivas*) a un grupo de chiquillos... El más avisado contesta que no está. “Dile que yo he estado aquí”. “¿Y quién es usted?” “Soy Facundo Quiroga...” El niño cae redondo y sólo el año pasado ha empezado a dar indicios de recobrar un poco la razón; los otros echan a correr, llorando a gritos, uno se sube a un árbol, otro salta unas tapias y se da un terrible golpe”.⁵³

La guerra entre euro-hispanos y américo-españoles por la emancipación de América duró quince años; sirvió de motivo, en uno y otro bando, a empresas militares y heroicas de primer orden, que no tienen nada que envidiar a las páginas más conspicuas de la Historia universal; pero también dio margen a crueldades espantosas.

En México, en Perú, en las regiones o provincias nórdicas del antiguo vi-reinado rioplatense, hoy Bolivia, en Nueva Granada, en Chile, se cometieron tropelías de toda suerte. Pero en ninguna parte se encendieron las pasiones al punto que en Venezuela, como que este país fue teatro de la más encarnizada lucha; de él salieron los mayores libertadores, y a su suelo llegaron y

⁵¹D. F. SARMIENTO: *Facundo*, pág. 290, 2ª ed. Editorial América. Madrid.

⁵²Ibidem, pág. 290.

⁵³Ibidem, págs. 243-244. Editorial América. Madrid.

en su suelo permanecieron y combatieron las más numerosas y constantes expediciones que envió España contra los revolucionarios del Nuevo Mundo. Además, en Venezuela se levantaron innúmeros y espontáneos caudillos españoles, que valiéndose del sentimiento realista y tradicionalista de las masas y del innato carácter guerrero de aquel pueblo fueron, durante largo período, los más peligrosos adversarios de los libertadores.

Boves, el mayor de aquellos caudillos españoles, por su prestigio, actividad, energía y otras virtudes guerreras, fue también uno de los hombres más crueles de que pueda tenerse noticia. Lo menos que discurría era colocar cuernos de toro en la frente de sus enemigos los patriotas, los republicanos, y distraerse haciéndolos lancear. Daba bailes que terminaban con la muerte de todos los asistentes, incluso los músicos. Exterminaba por sistema a todos los americanos blancos. Las clases de color lo temían y lo amaban. El les permitía todo, y los azuzaba, entre otras cosas, a que los esclavos negros violasen a sus antiguas amas.

Otro bárbaro, el vizcaíno Zuazola, despalma a los patriotas y los obliga a correr sobre arenas encendidas. Otro, Antoñanzas, remite cajones repletos con orejas de rebeldes al Gobierno español. Rosete marca con una R, en la espalda, a los revolucionarios. El canario José Tomás Morales, a quien no puede compararse con chacales ni tigres, para no ser injusto con estas alimañas, mata con deleite, sin aspavientos, al por mayor: la unidad de sus crímenes es el millar. Ninguno de ellos, ni otros muchos, da cuartel.

Los venezolanos, por su parte, corresponden a esas barbaridades con otras análogas.

Antonio Nicolás Briceño, descendiente de conquistadores, abogado, secretario del primer Congreso nacional en 1811, hombre civilizado en suma, corta a pacíficos españoles la cabeza y escribe cartas con la sangre de las víctimas. Arismendi hace pronunciar la palabra *naranja* a los sospechosos; y el que no sepa pronunciar a la criolla y delate por ello su nacionalidad muere al punto. Bermúdez no perdona. Piar tampoco. José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814, presencia las atrocidades cometidas en Ocumare por el peninsular Rosete, a quien ha vencido, y hace un juramento terrible de exterminio contra los españoles. El 21 de febrero de 1814 escribe el tremendo soldado de la independencia: *"Reitero mi juramento y ofrezco que no perdonaré medios de castigar y exterminar a esta maldita raza"*. Al día siguiente Arismendi, gobernador de Caracas por los republicanos, proclama a su turno: *"Os juro, caraqueños, que yo, horrorizado de tantas maldades (las cometidas por los jefes españoles) no perdonaré jamás a ningún español enemigo: su sangre será vertida por mis órdenes, seguro de que el Libertador se halla animado de los mismos deseos"*.

Ese Boves, ese caudillo máximo de los realistas durante aquella época luctuosa (1813-1814) manda castigar a todos los patriotas de Venezuela con la muerte, *"en la inteligencia —ordena— de que sólo un CREO se les dará para que encomienden su alma al Criador"*. Y el 23 de mayo de 1814 oficia

al justicia mayor de Camatagua: *"Trate usted de reunir toda la gente útil que se halle por los campos; y el que no comparezca a la voz del Rey se tendrá por traidor y se le pasará por las armas"*.

En carta del 29 de diciembre de 1814 deja el gobernador español D. Manuel Fierro, hombre que pasaba por bueno, el resumen de aquel año aciago: *"Hemos concluido con cuantos se nos han presentado; y para extinguir esta canalla americana era necesario no dejar uno vivo"*. (Publicada en la *Gaceta de Caracas*, 11 de octubre de 1821.)

Pero ya hemos visto —y veremos de nuevo— cómo los patriotas republicanos de Venezuela, que luchaban por emanciparse, no les iban en zaga a los caudillos realistas españoles, que luchaban por mantenernos esclavizados al yugo de Fernando VII. Así el general José Félix Ribas, emulando al mismo Boves, había decretado desde el 15 de noviembre de 1813: *"Se repetirá el toque de alarma a las cuatro de la tarde de este día; y todo el que no se presente en la Plaza Mayor o en el Cantón de Capuchinos, y se le encuentre en la calle o en su casa, será pasado por las armas, sin más que tres horas de capilla"*. Por último, Bolívar expide (el 15 de junio de 1813) su proclama de guerra sin cuartel: *"Españoles y canarios: contad con la muerte"*; y la refrenda poco después, fusilando de golpe 886 hombres.⁵⁴

Esa proclama de Bolívar y las sanciones de sangre que la siguieron, constituyen una de las páginas más controvertidas de la historia de América.

Los americanos no se han mordido la lengua para criticar por ello a Bolívar. De inhumano ha sido tildado con ese motivo, como por otros motivos lo fueron otros héroes de su talla: César, Aníbal, Napoleón. Uno de los historiadores que censura con acritud al Libertador de América ha dejado este severo juicio del héroe alciónico e inmenso:

"Tenía la visión, los destellos, las súbitas iluminaciones y las grandiosas concepciones del genio; arrebatadora, deslumbrante, inagotable elocuencia; templado valor personal, capaz de llegar hasta el heroísmo; inquebrantable constancia; pasmosa actividad; total, absoluto desprendimiento de la riqueza y de los bienes de la fortuna; pero le faltaba la más simpática, la más noble de todas las calidades de la grandeza: la magnanimidad, la piedad, la humani-

⁵⁴Para verificar las citas consúltense cualquiera *Historia de Venezuela* (años 1813 y 1814) y los *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. V, *passim*. Respecto a Boves, consúltense de preferencia los documentos y Memorias de los mismos funcionarios españoles, y con especialidad las Memorias de Heredia, regente de las Reales Audiencias de Caracas y México. Los agentes de Monteverde, de Morales, de Boves, eran, hasta por política y conveniencia, tan crueles como sus patronos. Un hombre de honor, oficial de la Marina española, escribe en 27 de agosto de 1814 a un oidor de la Real Audiencia de Caracas: *"Horrorosa es la conducta de los que mandan en los pueblos..."* Y el 1 de diciembre añade: *"Infinitas son las víctimas que diariamente se sacrifican. Cada comandante es árbitro de la vida de los que componen su pueblo y cada uno es independiente: sólo respetan la autoridad de Boves; y a éste lisonjean con asesinatos a nombre de Fernando VII, de los que tienen la nota de insurgentes, PARA LO CUAL BASTA SER HIJO DE LA PROVINCIA"*. HEREDIA: *Memorias*, pág. 285. Ed.-Am. Madrid, 1916.

*dad, en una palabra, esa inefable simpatía, esa divina conmiseración por la vida y el dolor de nuestros hermanos''.*⁵⁵

El héroe simbólico, el héroe representativo de la raza hispano-americana, es un hombre que lleva la dureza hasta la crueldad.

Los caudillos españoles que se le opusieron no sólo en Venezuela, sino en las demás secciones de América, también lo fueron: el general Morillo pasó por las armas a casi toda la aristocracia de la Nueva Granada; el brigadier Maroto, héroe español de las guerras de Chile, no fue precisamente un pan de azúcar; el general Canterac y el virrey Laserna, en el Perú, fusilaban con inquebrantable energía —y eran de los mejores—; el virrey Sámano, de Nueva Granada, fue un malhechor cubierto de sangre; el general Olañeta, en las provincias argentinas del Norte, mataba en nombre de Fernando VII y del Sagrado Corazón de Jesús. De la crueldad de Calleja, en México, no hay para qué hablar: fue tan malo que Fernando VII premió sus crímenes con títulos nobiliarios, como hizo con Morillo y como hubiera hecho con Boves, si Boves no parece engarzado en una lanza llanera.

La guerra entre tales contendores no podía ser un idilio. No lo fue. Fue dura. ¡Cómo no! He aquí la explicación que de ello da un historiador americano, Juan Vicente González, biógrafo del general José Félix Ribas: “luchaban los españoles con sus hijos”. Es verdad: aquella crueldad recíproca era muy española.

La misma fiesta nacional de España ¿en qué consiste? En un espectáculo de sangre y de muerte. Y la nota de crueldad para los pueblos de esta raza no se fundamenta en que hayan producido inquisidores y tiranos y en que se diviertan con el dolor —todos los pueblos se han manchado con sangre—, sino en la persistencia del sufrimiento como espectáculo, del asesinato en nombre de la fe y de la tiranía como arbitrio político.

Antes de la fiesta nacional de los toros, hubo la fiesta nacional de los autos de fe. Los espectadores no sólo gozan con el dolor de sus semejantes, sino lo agravan con insultos, pedradas, estocadas a los que van a morir. Los mismos clérigos que están cerca de los reos para consolarlos en el último trance, complácense en hacerlos sufrir más. Ni el Coliseo, en Roma, presencié mayores crueldades. El pueblo solía entretener sus horas de hambre, que era pavorosa y nacional en el siglo XVII, con el espectáculo gratuito de los autos de fe.

El 30 de junio de 1680, por ejemplo, celebróse en la Plaza Mayor de Madrid un auto con numerosas víctimas; duró desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche. Al día siguiente por la noche quemaron a 18 condenados a la hoguera. Un francés, embajador de Luis XIV, el marqués

⁵⁵A. GALINDO: *Las batallas decisivas de la libertad*, págs. 254-255, edición de París.

de Villars, aunque militar y de país de harta intolerancia religiosa, deja horro-
rizado relato de aquella carnífera escena. Fueron quemados, dice, “*sobre un
terreno elevado expresamente, donde aquellos miserables, antes de ser eje-
cutados, hubieron de sufrir miles de tormentos; hasta los monjes que los asis-
tían los quemaban poco a poco con antorchas . . . Varias personas que estaban
subidas sobre el terreno les daban estocadas y el pueblo los apedreaba*”.⁵⁶

Y recuérdese que la barbarie feroz de la Inquisición española duró siglos
y siglos, desde los Reyes Católicos en el siglo xv hasta Fernando VII, en ple-
no siglo xix. En América la abolió la Revolución de independencia. Cientos
de miles de personas ha condenado la Santa Inquisición; siglos de esterilidad
atraviesa el espíritu español, perseguido hasta en sus vuelos de menos audacia.

En la vida privada y en la literatura que la refleja, la crueldad se manifiesta
con la misma intensa vibración que en la vida pública; lo mismo en las
épocas pretéritas que en la nuestra; lo mismo en la España europea que en
los hijos transatlánticos de España. Nueva prueba de que la crueldad perma-
nece característica de la raza.

Lo trágico es cotidiano. Los artistas rinden culto a la violencia, como los
demás españoles; y son ya tétricos y duros como Ribera, ya exasperados como
Valdés Leal, ya trágicos como el Goya de los fusilamientos madrileños de
1808. Los literatos, lo mismo: el *Romancero*, lo más hermoso, lo más espon-
táneo, lo más popular de la España antigua no es, en su mayoría, sino relato
rítmico de casos violentos. En todo el teatro clásico abundan maridos que,
en nombre del honor, imponen la muerte y cometen desaguizados cruentos:
uno, *El médico de su honra*, mata a la esposa por medio del Sangredo que la
asiste. *A secreto agravio, secreta venganza* se titula con título expresivo otro
drama de Calderón. Lope, que era un cura libertino, tiene personajes seme-
jantes. Lo mismo Rojas. En Tirso, descúbrese un concepto semejante del ho-
nor. Llevan en sus comedias el punto de honor hasta el delito. Nadie perdona.
El orgullo herido no se cree satisfecho sino con la sangre del ofensor, máxi-
me si quien ofende es la esposa. “No son celos de amor, sino de honra, los
que sienten esos personajes. . .”.⁵⁷ “Los sangrientos desenlaces que idearon
Lope, Calderón y Rojas, venían a satisfacer las exigencias de un público que
sólo se conmovía cuando la nota dramática se elevaba a la altura del asesinato.
Era el mismo público del auto de fe que buscaba en el teatro la aproximación
de las terribles emociones gustadas por él en la realidad del otro espectáculo”.⁵⁸

Hasta las ideas más generosas tíñense de rojo. El cumplimiento del deber
llevado a extremos de desoír los más tiernos afectos del corazón ocurre a

⁵⁶*España vista por los extranjeros*, vol. III, pág. 191. Madrid.

⁵⁷NICOLÁS HEREDIA: *La sensibilidad en la poesía castellana*, pág. 41. Editorial Amé-
rica. Madrid.

⁵⁸*Ibidem*, pág. 193.

menudo en la realidad y en la ficción artística, trasunto de la realidad vivida. El conde de Alarcos, en el drama sugerido por el romance clásico, no vacila en matar a su inocente esposa para obedecer una Real orden.⁵⁹

Guzmán, apellidado el Bueno no sólo consiente, para salvar la plaza de Tarifa, en el sacrificio de su hijo, sino que hasta entrega, con repulsiva jactancia, el arma con que ha de victimársele. Pospone la vida del vástago a los desórdenes y pasiones de una guerra civil; a los intereses, que defiende, de un reyezuelo usurpador. Pues bien, pocas acciones alcanzarán, en plumas y bocas españolas, más loanza. Oficialmente se concede a Guzmán el título de Bueno. La posteridad le confirma aquel título. Los historiadores de todas las tendencias lo elevan a las nubes. Los poetas lo cantan. Los dramaturgos llevan a la escena, en más de una ocasión, el hecho atroz: Luis Vélez de Guevara en 1620 y el viejo Moratín en 1717. En pleno siglo xx se da el nombre de Guzmán el Bueno a una calle de Madrid.

Este heroísmo de Guzmán a costa de los propios sentimientos —suponiendo que Guzmán fuera un hombre normal— revela, no ya crueldad contra los demás, sino contra sí mismo. Equivale, en lo político, a lo que ocurre con los ascetas en religión. Los ascetas ejercen contra sí propios la dureza que los malvados ejercen contra terceras personas.

Y ya que se habló de literatura, vale preguntar: ¿Qué se observa en la lengua de Castilla como instrumento psicológico de la raza?

La lengua de Castilla es de una virilidad, de una sequedad y de un enfatismo increíbles. Esta lengua apenas conoce medias tintas y suavidades: es lengua férrea para hombres de hierro. No tiene mimos sino en los diminutivos; y aun entre los diminutivos abundan más los despectivos que los tiernos. Despectivos son los que concluyen en *illo, illa; elo, ela; ojo, eja*. Sólo en algunas regiones de España, en Aragón, forman los diminutivos en *ico, ica*. En América los tenemos por ridículos y casi nunca se emplean. En el resto de España no se emplean tampoco.

La poesía más espontánea de Castilla es la poesía heroica, que ha producido en las mocedades de la lengua, el poema del Cid y la maravilla del Romance-ro; ni uno ni otro tienen equivalente en la lírica. El hecho de que no exista en los tiempos modernos una epopeya, prueba que falta, no el sentido de lo épico, sino el poeta que le dé estado artístico.

Más espontánea que la poesía lírica parecen también la dramaturgia, la elocuencia. La elocuencia es española. Castilla es dramática ¿qué mucho que posea tan insigne teatro? En rigor, la comedia y no el drama resulta lo espontáneo en la escena española clásica, aunque esa comedia sea a menudo dramática. El verismo en arte es muy castizo, aunque no colida este verismo con cierto fondo idealista, improvisador, místico, del carácter nacional. La literatura clásica española, novela y teatro, ha sido, en efecto, realista: quizás por propensión de la raza, no a lo práctico, sino a lo tangible, a lo externo, a lo

⁵⁹El conde de Alarcos, por JACINTO GRAU.

que produce en un sentido pintores y en otro costumbristas y comediógrafos. Quizás el espíritu del país se adaptó a realidades del mundo exterior por habérsele vedado los vuelos filosóficos, la introspección, el análisis, la duda. En toda la literatura española sería en vano buscar un libro como el *Diario*, de Amiel; ni abunda el renanismo ni el hamletismo. Shakespeare no hubiera podido crear a Hamlet con un príncipe español. El Renacimiento no vivificó a España, en el mismo grado que a otros pueblos. Lutero no dejó aquí secueces ni Descartes discípulos.

Pero el espíritu humano siempre labora con fruto. En aquellas actividades subalternas de la inteligencia —fábrica de novelas y de comedias— puede llegarse a lo sublime cuando las vivifica el genio, como en Cervantes, padre lejano de toda la novela realista contemporánea; y puede llegarse, cuando se emplea en ellas el talento equilibrado, asistido del gusto, a triunfos perdurables como en el caso de Alarcón, cuyo influjo se hace sentir en Corneille y, por medio de Corneille, en Molière, y, por medio de Molière, en el teatro moderno.

Cuanto a la lengua, ¿a qué repetir?

La lengua es campanuda, majestuosa, conceptuosa, heroica, elocuente. Y es así porque el espíritu a que sirve de vehículo lo es. Cuando los españoles escribieron en latín, produjeron moralistas conceptuosos; y como poeta a Lucano, cuya poesía es de una ampulosidad extraña en su siglo y en su lengua. Era que el espíritu español se traslucía en ellos, a pesar del idioma.

Hoy, a pesar de la lengua, el espíritu hispanoamericano —en parte ya distinto, por mil y una razones, del espíritu español de España— se percibe en las creaciones literarias. En España, puede decirse, no existen elegistas; en América los hay tan notables como Zenea, Pérez Bonalde y, sobre todos, Gutiérrez Nájera.

En general, la comunidad de lengua entre euro-hispanos y américo-españoles, sirve de modo idéntico para hacer ver los puntos de contacto y los de divergencia. En la literatura americana, como en el hombre de aquel continente, descúbrese algo nuevo, algo distinto que no es ya lo genuino español; que no es ya lo genuino español de antaño ni de hogaño. Decimos que la elocuencia es española. Hasta la más vacua garrulería se viste de ropaje entonado.

La poesía lírica, en cambio, obra de sensitivos, no parece flor la más selecta de la raza castellana. No lo fue jamás. Carece la lírica castellana de ternura, de intimidad, de mimo; carece también de amor a la Naturaleza. Retórica en unos, religiosa en otros, seca en todos, tiende a la oratoria. Al principio ni siquiera se cultivaba la poesía, por tierras de Castilla, en lengua castellana, sino en lengua gallega. Si no surge temprano en Castilla la poesía lírica, tampoco parece espontánea. Cuando la poesía domina ya la expresión castellana, se inspira en los árabes; luego se ampara en el Renacimiento de Italia y remeda a sus poetas.⁶⁰

⁶⁰El erudito y respetable crítico D. R. Menéndez Pidal, en su trabajo sobre *La pri-*

El carácter guerrero y la dureza españoles no datan de ayer. No se hará hincapié en ello sino para que se perciba la subsistencia de estas características que, sucesión de siglos y costumbres, apenas modifican sin suprimir.

Algunos generales de la guerra de Cuba, a fines del siglo XIX, no son más benignos que los guerrilleros carlistas de promedios del siglo —a uno de los cuales, Cabrera, apodaron “el tigre del Maestrazgo”. ¿Cómo se inicia el siglo? Con la emancipación de América. Ya hemos visto con cuánta crueldad se desenvolvió. Pocas veces, en efecto, ha deshonrado a la Humanidad, en la Edad Moderna —y en uno y otro bando— una serie de malvados tan inmisericordes. ¡Y América ya conocía la crueldad de sus descubridores! Los colonizadores, es decir, los que impusieron la civilización cristiana y europea no fueron todo miel. ¿Qué idea se tenía de la justicia? ¿Cómo se aplicaba? Vamos a verlo, por medio de un ejemplo.

En el siglo XVIII, a fines del siglo XVIII, se insurgieron los indios del Perú. El jefe de la insurrección, Tupac Amarú, ya preso, expone al letrado visitador que, expresamente, ha ido a juzgarlo, aquellos motivos que lo llevaron a la desesperación y a la rebeldía, pinta la infeliz condición del indígena; se queja de los repartimientos de indios que, arrancando a éstos de sus hogares para enviarlos por tiempo indeterminado a zonas lejanas, induce a las mujeres, caídas en desamparo, a convertirse, hasta por necesidad de comer, en prostitutas; se queja de los impuestos que por subidos no pueden pagar; se queja de que se les obligue a comprar al mercader y al encomendero —y por precios fantásticos— objetos que no emplean los indios: “*terciopelos, medias de seda, encajes, hebillas, ruan, como si nosotros los indios usáramos estas modas españolas*”. Se queja, por último, de que los hacendados los tratan “peor que a esclavos”, haciéndolos trabajar “desde las dos de la mañana hasta el anochecer que aparecen las estrellas”, pagándoles sólo dos reales por día y, a veces, sin querer pagarles sino con vales. “*Con echar vales les parece que pagan*”.⁶¹

mitiva poesía española (pág. 8, Madrid, 1919) me parece que no da en blanco cuando aborda el problema de por qué la poesía en Castilla se cultivó en gallego antes de cultivarse en castellano. Sale del paso diciendo que “la poesía lírica es arte que prospera en un ambiente refinado, principalmente en las cortes de los Reyes y de los grandes”. Esto quizás no sea tan exacto, tratándose de poesía culta. No existe aduar que no tenga su poeta. La poesía lírica, agrega el Sr. Pidal, “es arte *tan artificial* que en Castilla, durante los primeros tiempos, ni siquiera se cultiva en la propia lengua castellana, sino en la gallega”. La razón me parece otra que no esa de la artificialidad del arte. La razón es acaso que gallegos y portugueses, por celtas o por lo que sea, poseen mayor sensibilidad que los castellanos; y, por tanto, son más propensos al encanto de la expresión y del sentimiento poéticos. Los poetas de América se diferencian también de los poetas castellanos por eso: por una mayor y más refinada sensibilidad; son más coloristas, sienten mejor la naturaleza, el encanto del amor y suavizan la lengua quitándole, como le han quitado, su aspereza y énfasis tradicionales. En vano se buscaría en toda la literatura española un poeta como Gutiérrez Nájera. Para encontrar un poeta sentimental en la poesía lírica española hay que llegar al siglo XIX y buscarlo en un andaluz de sangre y nombre germánicos: Bécquer. El que no advierte la diferencia entre los poetas de América y los de España está ciego. El que no advierta la enorme superioridad de nuestra lírica sobre la española carece de espíritu crítico.

⁶¹Todo esto lo corroboran, entre muchos, los ilustres españoles Jorge Juan y Antonio

El Gobierno desoye las lamentaciones, desdeña la humanidad y la política. Los indios viven en el mejor de los mundos posibles. La rebelión es ahogada en sangre. El cacique rebelde, su familia y partidarios son condenados a muerte con lujo de crueldad, excesiva aun entre monstruos. Los considerados en que se funda la sentencia son más criminales y odiosos que la misma sentencia. La sentencia, suscrita el 15 de mayo de 1781, en la gran ciudad del Cuzco por un personaje de importancia, consejero del Rey, caballero de la Orden de Carlos III, un tal D. José Antonio Areche, encargado expresamente de este asunto por el Gobierno español, dice:

"Debo condenar y condeno a José Gabriel Tupac Amarú a que sea sacado a la Plaza Principal y Pública de esta Ciudad, arrastrado hasta el lugar del suplicio donde presencie la ejecución de las sentencias que se dieren a su mujer Micaela Bastidas, a sus hijos Hipólito y Fernando Tupac Amarú, a su cuñado Antonio Bastidas y a algunos de los otros capitanes y auxiliares de su iniqua y perbersa (sic) intención o proyecto, los cuales han de morir en el propio día; y concluidas estas sentencias se le cortará por el verdugo la lengua y después, amarrado o atado por cada uno de los brazos y pies con cuerdas fuertes, y de modo que cada una de estas puedan atar o prender con facilidad a otras que penden de las Sinchas (sic) de cuatro caballos, para que puesto en este modo, o de suerte que cada uno tire de su lado, mirando a otras cuatro Esquinas o puntas de la Plaza, marchen, partan y arranquen a una vez los caballos, de forma que quede dividido su cuerpo en otras tantas partes..."

La sentencia no termina: al verdugo letrado, representante del Rey y que obra en su nombre y con su aprobación, le parece poco. La justicia oficial no está satisfecha. Los miembros despedazados se colocarán en distintas ciudades y pueblos del Perú. *"Su cabeza se remitirá al pueblo de Tinta, para que estando tres días en la horca, se ponga después en un palo a la entrada más pública de él"*. Uno de los brazos irá a ser expuesto en Tungasuca; otro, a la capital de Carabaya; *"una pierna al pueblo de Libitaca, y la restante al de Santa Rosa"*.

No es todo. Hay que perseguir más allá de la muerte y el descuartizamiento. El cuerpo será incinerado en el *"Serro (sic) o altura llamada de Piccho, echando sus cenizas al aire"*. No es todo. La casa de Tupac Amarú y las *"de todos los individuos de su familia"*, serán derribadas y el suelo donde se levantaban será sembrado de sal.

Tanta ferocidad aún no parece suficiente. Hay que herir a un linaje íntegro hasta en los seres que aún no han nacido, hasta en los días por venir.

de Ulloa, en su obra célebre *Noticias secretas de América*. Londres, 1826. La Editorial América ha hecho una reciente edición de esta obra fundamental para el conocimiento de América durante el siglo XVIII. Esta obra contesta, por adelantado, a cierta moderna escuela española, representada por el académico D. Jerónimo Becker y otros, según los cuales, los americanos, por aquellos tiempos, vivían en el mejor de los mundos posibles. La conclusión de tan fantásticas premisas sería ésta: la emancipación de América debe ser considerada como negra ingratitud, como la mayor de las infamias.

Así, todos los parientes del cacique Tupac Amarú "*queden infames e inhábiles para adquirir, poseer y obtener de cualquier modo herencia alguna*".⁶²

Con esta ferocidad oficial se gobernaba a la América, a fines del siglo XVIII. Y si esta ferocidad se derrocha cuando se tiene la ley en la mano, ¿cómo sería en los tiempos en que se blandió no la ley, sino la espada?⁶³

¿Reservábase aquella crueldad exclusivamente para América? No. Recuerdese cómo se combatió a los holandeses que luchaban por el derecho a gobernarse por sí propios. Se les combatió con energía cruenta; en los campos de Neerlandia jugaban a la pelota los soldados de España con rubias cabezas de indígenas.

Por esos tiempos, ¿qué inquisidor, dentro de la propia España, habría dudado de su derecho a quemar herejes? Campanella y otros pensadores que, movidos de curiosidad científica, abren la edad moderna, asignan a la existencia del hombre un valor que, aun más tarde, no se le sospecha en España.

Las guerras civiles de Castilla, en épocas anteriores, ¿cómo se realizan? No se realizan con puñados de rosas. En las gradas que ascienden al trono brillan en ocasiones salpicaduras rojas. Uno de aquellos reyes, apellidado Cruel, aun en aquellos tiempos de violencia cotidiana, mata a su hermano para escalar el trono y pierde el reino y la vida a manos de otro hermano.

La violencia es constante e indeclinable en la historia del país. No se olvide lo que se deba a la barbarie de los tiempos, que hacían no españoles, sino universales, los procedimientos de sangre. Con todo, el sentimiento guerrero y la ninguna vacilación ante las decisiones rigurosas caracterizan a la Península y sus distintos pobladores desde los tiempos más remotos: los iberos defienden el territorio con tenacidad; son taciturnos, violentos.

⁶²Documentación oficial reproducida en la obra *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. I, págs. 148-160. Caracas, 1875.

⁶³Los españoles de la monarquía absoluta fueron de una crueldad terrible con los indios. Los americanos de las repúblicas liberales no les hemos ido en zaga. Fuimos y somos feroces con la raza infortunada: desde México hasta la Argentina, y desde Colombia y Venezuela hasta Chile y Perú no hay una sola excepción. En la reciente novela de Alcides Arguedas, *Raza de bronce*, puede verse el martirio que atraviesa el indio del campo en Bolivia. Los horrores del Putumayo, en el Perú, han producido hasta la intervención cristiana del Papa. En Venezuela y Colombia se les esclaviza por deudas, para la explotación del caucho. En la Argentina se les ha exterminado al por mayor. En México uno de los verdugos y esclavistas más feroces ha sido el mestizo Porfirio Díaz, que olvidó la sangre oaxaqueña de su madre. Don Ramón del Valle-Inclán, de vuelta de México, ha dado una reciente conferencia en el Ateneo de Madrid (febrero de 1921), hablando del deber cristiano que tiene España de redimir al indio. No sabemos cómo podría cumplir la redención. Cuando ejerció la soberanía pudo acometer la obra: no lo hizo. Y nosotros, que somos ahora los soberanos de nuestros destinos, somos tan crueles, en pleno siglo XX como la España de los siglos XVI, XVII y XVIII. España puede sonreír y devolvernos los cargos que, en este punto, la hagamos.

Los celtas españoles se infligían la muerte cuando caían prisioneros. Los vascos eran tan bravos que los romanos significaban lo imposible con esta expresión: "Hacer volver las espaldas a un cántabro". Aníbal tropezó con Sagunto, donde las mujeres quitaban la existencia a sus hijos y entregaron voluntariamente la vida propia al hierro y a la hoguera. Viriato fue la inquietud, si no el terror de la dominación romana, e hizo morder el polvo en cien ocasiones, a generales y cónsules de Roma. Numancia fue luego para Roma lo que Sagunto para Cartago. Las guerras de Sertorio no terminaron sino con la muerte del gran caudillo democrático; y aun después de la traidora muerte del caudillo, Roma tuvo que habérselas con ciudades como Osma y Calahorra, que se resistían heroicísimamente, siguiendo la tradición de Numancia y Sagunto. La colonización romana se asentó, por de contado, sobre el dominio de las armas. Los bárbaros conquistan a España y se devoran entre sí. Su Gobierno es militar. Los visigodos, ya cristianos, empiezan en 680 la persecución contra los judíos españoles, arrebatan a los israelitas los hijos desde que alcanzan siete años para convertirlos al cristianismo: doble violencia odiosa, contra el corazón y contra la conciencia. Y ya eran menos rudos y brutales que los primeros invasores bárbaros. Los árabes, como todos los conquistadores, se presentan espada en mano. La lucha de los cristianos con los árabes empieza al día siguiente de la conquista. Dura siglos. Aún se baten.⁶⁴

El tiempo, en su eterno avanzar, lo modifica todo: desde el alma de las razas hasta la geología del planeta. Pero lo más enraizado y resistente perdura, como es lógico, más; perdura a veces tanto que ciertas características aparecen en las razas, al través de la Historia, como inmutables. De ese tipo es la violencia en el alma española.

Llegamos al siglo XIX: ¿ha variado, en lo que tiene de esencialmente combativo y duro el carácter español? España, en el siglo XIX, es la Potencia de Europa que sostiene mayor número de guerras, entre civiles, coloniales y extranjeras. Treinta y una o treinta y dos veces saca la espada. Empieza el siglo guerreando y guerreando lo concluye.

El reinado crapuloso de Fernando VII, tirano inepto, déspota cobarde, rey pérfido, administrador de rapiña, personaje ominoso, odioso, es célebre en los fastos de la crueldad. En América se cometieron por su orden y con su anuencia las tropelías y los asesinatos más espeluznantes. Fernando VII premia con títulos de nobleza a Calleja —atrás se recordó— por los ríos de sangre que hizo correr en México y premia a Boves con títulos militares que Boves desprecia y rechaza, por haber hecho morir directa o indirectamente a 80.000 venezolanos en menos de dos años, entre 1813 y 1814. Pero no sólo América sufre bajo Fernando VII. Sufre también España, durante aquel luctuoso reinado, un despotismo de crueldad anacrónica en la Europa occidental.

⁶⁴Consúltense cualquier compendio de *Historia de España*: el del profesor Rafael Altamira, por ejemplo, o el del profesor Ricardo Beltrán y Rózpide.

Contra España, y en España contra los hombres de espíritu liberal, se ensañó el rey sátiro, el rey chulo, el rey inquisitor, el rey torero: 7.000 liberales son ahorcados; 8.000 asesinados; 24.000 echados a presidio; 36.000 proscritos.⁶⁵

Esta tiranía inquisitorial es única, como decimos, en el occidente de Europa durante el siglo XIX.

*“Se prendía por sospechas, por secretas delaciones; a los delatores se les premiaba por Reales órdenes, que veían la luz pública para alentar a otros malvados a ejercer el funesto y vergonzoso oficio. Se abrían las cartas en el correo, no se estaba seguro en las reuniones privadas, ni en las tertulias de los cafés; el pánico se apoderó de las familias, porque en secreto se hablaba de individuos, honrados ciudadanos que, sin poder despedirse de sus esposas y de sus hijos, eran conducidos a Ceuta, a Filipinas, a Fernando Póo, por conversaciones mal interpretadas en las calles o en las plazas, por haber escrito en algún periódico o por haberle leído en público con entusiasmo. A Oficiales del Ejército que pronunciaron palabras laudatorias de la Constitución⁶⁶ se les llevó a presidio, y a un asistente se le condenó a muerte “por su reserva silenciosa cuando sus jefes hablaban”. Algunos entusiastas liberales de Cádiz que asistieron a las sesiones de las Cortes, fueron ahorcados por “habérseles probado que habían aplaudido ciertos discursos”. Hombres que se hallaban enfermos fueron arrancados del lecho para ser conducidos al presidio y hubo quienes murieron en el camino, como el ilustre geógrafo Antillón. Se restablece la Inquisición por orden de Fernando, a quien los frailes llaman en sus escritos y desde los púlpitos restaurador de la Religión, azote de herejes, látigo de impíos. La “camarilla” regia, gavilla de perdidos de las más baja estofa, en la que figuraba Chamorro, el aguador de la fuente del Berro, bufón chocarrero, inventaba conspiraciones para ganar el favor del Rey, que terminaba mandando a la horca o fusilando a seres inocentes. En provincias funcionaban Comisiones militares, que en tres días sustanciaban y fallaban causas sobre delitos de infidencia, y los presidios se llenaban de miles de hombres acusados de ser liberales”.*⁶⁷

El Rey en persona, y escritas de su puño y letra, dispone listas de proscripción. La ferocidad de este déspota se tizna también de peculado y de lujuria. Mientras el país entero atraviesa una miseria semejante a la miseria de los tiempos de Felipe IV y mientras no se pagaban los presupues-

⁶⁵RICARDO FUENTES: *Reyes, favoritas y validos*, capítulo XXII, “El chispero infame”, pág. 214, Biblioteca Nueva. Madrid.

⁶⁶Constitución decretada por generosos patriotas españoles que lucharon contra Napoleón y lo expulsaron mientras Fernando VII felicitaba al mismo Napoleón cuando los ejércitos napoleónicos alcanzaban algún triunfo contra las tropas y guerrillas de España, y mendiga una parienta del corso para casarse y se declara hijo adoptivo del Emperador.

⁶⁷R. FUENTES, ob. cit., págs. 215-216.

tos del Estado, Fernando VII roba el Tesoro público hasta en forma de *“regalos que se hacía entregar en los días de gala por los altos funcionarios de Hacienda, quienes recibían así carta blanca para saquear el país”*.⁶⁸

En sus apetitos no era menos brutal y despótico que en sus robos a un país esquilmado y que en sus orgías de sangre.

“Tenía arreglado Fernando con su confidente, llamado Alagón, una especie de telégrafo con las manos y por medio de él hacía saber qué mujer de las que asistían a la audiencia le gustaba. Oída la dama, salía el rufián a cubrirla de halagos y de adulaciones y llevarla a una habitación próxima, adonde el lúbrico Rey iba a satisfacer su apetito brutal”.⁶⁹

Tipo representativo de tirano cruel e inepto y de príncipe abyecto y traidor este Fernando VII de aborrecible memoria, que hizo llorar a España, entre las bendiciones de la Iglesia, hasta la tercera década del siglo XIX.

Bien avanzado el siglo XIX dieron los españoles de Cuba dos ejemplos de crueldad canibalesca que sólo tiene parangón en las escenas feroces con que Boves, Morales, Rosete, Antoñanzas, Cerveriz, Monteverde, Yáñez, Zuazola, Chepito González, y otros monstruos por el estilo cubrieron de espanto y de sangre los campos de Costa-Firme durante el primer cuarto de esa propia centuria.

Uno de estos trágicos ejemplos fue la ejecución —asesinato oficial— de gran número de estudiantes por motivo que se hubiera castigado suficientemente con quince días de arresto. Otro fue el fusilar a Narciso López y sus compañeros; o, mejor dicho, las escenas canibalescas después del ajusticiamiento.

Para ajusticiar a los estudiantes no hubo derecho; ni la política justificaba aquel crimen inútil y aborrecible. La muerte de Narciso López sí puede disculparse; no así la profanación de sus restos.

Narciso López fue un venezolano muy partidario de España, que sostuvo heroicamente contra Bolívar y Páez la potestad del Rey absoluto español sobre las tierras de la antigua Costa-Firme. Mal correspondido por Fernando VII y sus satélites, viendo la gloria que los caudillos libertadores de América habían alcanzado y ya abierto su espíritu a ideas más generosas y liberales, concibió el proyecto, que puso por obra con el auxilio de los yanquis, de libertar a Cuba de las garras de España. El año de 1851 desembarcó en Cuba con una breve expedición emancipadora. En los combates se portó con la bravura que siempre demostrara. Pero la suerte y las circunstancias le fueron adversas.

La escenas que siguieron a la ejecución de este antiguo oficial —que me-

⁶⁸Ibídem, pág. 217.

⁶⁹Ibídem, pág. 217.

reció de España por innúmeros y heroicos servicios las charreteras de general— y la de 50 oficiales y soldados hispanoamericanos y angloamericanos que lo acompañaban cuando cayó preso, ilustran de modo eficaz sobre el rigor inflexible e invariable del carácter español. El fusilamiento de 50 hombres es cosa corriente. Lo es menos la profanación de sus cadáveres y el que un Gobierno celebre aquellos fusilamientos que ordena y aquella profanación que consiente. Este caso produjo en la conciencia internacional mucho daño a España. Aún se lo causa.

Oigamos la referencia de aquel delirio canibalesco:

*"Cincuenta hombres norteamericanos casi todos, pertenecientes a la expedición libertadora que desembarcó en Cuba el año 1851 a las órdenes del general Narciso López, fueron sorprendidos en un bote cerca de la isla por un vapor de guerra español. El vapor los encontró desarmados y rendidos a discreción. Fueron conducidos a La Habana. Gobernaba la isla el general D. José de la Concha, quien convocó una junta de autoridades para decidir lo que con esos prisioneros debía hacerse. La junta, a la cual asistió el obispo de La Habana D. Francisco Fleix y Soláns, acordó unánimemente que fuesen fusilados diez de ellos, designándolos por suerte. Tal fue el único trámite del bárbaro proceso; y así se ordenó ejecutar. Pocos minutos después cambió de parecer el general Concha; y despachó precipitadamente un mensaje a las jaldas del castillo de Atares —donde aguardaban el fallo los 50 hombres—, CON LA ORDEN VERBAL DE QUE FUESEN TODOS FUSILADOS. Así se hizo. Consumado el sacrificio, se adelantó un oficial español, clavó su espada en el pecho de uno de los moribundos y enjugó con su pañuelo la sangre que goteaba para guardarla como preciosa reliquia. A esa señal, precipitóse sobre los cadáveres la turba numerosa de españoles que había ido a presenciar la ejecución, para despojarlos de sus vestidos y mutilarlos infamemente. Formáronse luego en procesión y recorrieron la ciudad llevando en varas las ropas ensangrentadas y miembros palpitantes de las víctimas. El suceso fue celebrado aquel día y aquella noche con luminarias, cortinas (colgaduras) y fuegos artificiales, como una fiesta nacional".*⁷⁰

¡Pobre Narciso López, tardío amigo de la libertad!

⁷⁰Este pliego de cargos que viene en la edición de los versos de Zenea, hecha en 1874, lo reproduce en la pág. 143 el libro titulado *Juan Clemente Zenea*, libro que trae versos y unas memorias románticas del poeta y que editaron Rambla, Bouza y C.^a Habana, 1919.

⁷¹Juan Clemente Zenea, el admirable elegista de Cuba, que más tarde iba también a perecer en un patíbulo político español, cantó la muerte y el ultraje de aquellas víctimas.

Del corazón del paladín sereno
brotó la tibia sangre ennegrecida
y la tierra indignada
no abrió siquiera para darle entrada
una grieta escondida,
por donde fuese a fecundar su seno;
y en hora tan acerba
la dejó derramada

Existen pequeños detalles de la vida de todos los días que si no demuestran los sentimientos de una raza con el aparato que ejemplos históricos de bulto, los patentizan no obstante con relieve.

La crueldad española podremos verla por medio de algunas observaciones, en potencia; en estado de insensibilidad. De la insensibilidad proviene la crueza, como el río del manantial. España, principalmente Castilla, es dura. Y lo es hoy como lo fue ayer y como lo fue siempre.

Hoy mismo, en pleno siglo xx, cuantos viajen por Castilla y tengan ojos para ver y seso para juzgar, advertirán en detalles, al parecer insignificantes, huellas de la insensibilidad castellana. El jamón se come crudo, y en el corazón de Castilla, en la provincia de Avila, por ejemplo, se corta una pierna de toro, se pone en sal durante algún tiempo, y luego se devora así. ¿Qué denota aquel festín de antropófagos? Carencia de paladar:—insensibilidad. Las casas de la clase media y del pueblo, aun en Madrid, carecen de calefacción, a pesar del rigor del invierno castellano; las gentes padecen frío y se atufan con el irrespirable brasero: insensibilidad. El verano es también riguroso; pues bien, no hay árboles en los alrededores de las casas de campo: soportan bravamente la canícula. Tampoco hay pájaros: a los pocos que aparecen, los chicos los cazan con honda; los grandes se los comen fritos. Tampoco hay fuentes, o hay pocas, a pesar de la tradición arábiga, de apego al agua cantarina. Vivir sin agua, sin pájaros, sin árboles, ¿se quieren más pruebas de desamor a la Naturaleza? Soportar con estoicismo el calor y el frío, el fuego y el hielo de un clima de extremos, ¿se quieren otras pruebas de escasa sensibilidad?

En ninguna parte, además, se trata a los animales domésticos —bueyes, mulos, caballos, aun perros— con mayor dureza. A los bueyes se les pincha con agujones en las encías; a las caballerías se las golpea, en los corvejones, en la cabeza, en el espinazo.

salpicando de púrpura la yerba.
¡Horror, horror! del héroe moribundo
en los santos despojos
halló placer la turba embrutecida...

Y después del patíbulo, el escarnio y el regocijo, más crueles aún que el castigo.

*Colgáronse en las rejas y balcones
como expresión de universal contento
los rojos y amarillos pabellones;
y en el anhelo de mostrar en todo
sentimientos bastardos,
se fatigaba la región del viento
con el rudo estallar de los petardos...
y haciendo ostentación de su tesoro
y de las sombras desgarrando el velo,
lanzaba el pirotécnico al espacio
en ígneas curvas las serpientes d'oro.*

El poeta escupe su odio, por último, contra aquellos que se atrevieron
a hacer pedazos y escupir los muertos.

Por lo que toca a las personas, el autor ha conocido, durante su permanencia en España, casos elocuentes. Las monjas Trinitarias recogen chicas perularias so pretexto de corregirlas, y en realidad para servirse de obreras que no devengan jornal en las varias industrias que —sin pagar patente— ejercen las reverendas madres. Las chicas en secuestro que logran escaparse, o las que por algún medio se redimen de aquella servidumbre, cuentan horrores de la crueldad con que se las trata y de la indiferencia con que se las ve enfermar y morir.

Un extranjero tuvo una criada salida del convento Trinitario. ¡Lo que contaba aquella infeliz! El menor castigo consistía en hacerlas lamer letrinas. A otras las ponían, por horas, bajo una ducha helada, en diciembre y enero. Los cadáveres de tísicas salían por docenas.

Las monjas de la Maternidad hacen trabajar a las pobres mujeres encinta hasta el momento de acostarse para dar a luz. El escándalo de la Inclusa que el protomedicato madrileño promovió, movido de sentimiento científico, patriótico, humanitario, es bastante reciente: las religiosas, un año y otro año, dejaban morir el 100 por 100 de los niños que ingresaban al benéfico asilo: "Angelitos para el cielo", decían.

Un padre, en Madrid, quiere castigar a su hijo, que se arroja del tranvía y cae: lo golpea de tal suerte, que el niño muere. Dos chicos se introducen, para viajar sin billetes, en un vagón de mercancías: el guarda les atiza tal azotaina, que los mata a los dos. Cerca de Valencia, una madre mata a mordiscos a su hija, de diecisiete meses, porque la despertó durante la noche. "Un escopetero de la Compañía de Madrid a Zaragoza y a Alicante vio a un chicuelo sobre una tapia, dispuesto a descolgarse en un depósito de mercancías. Parecía un gorrión. El escopetero disparó y mató al niño". Y el veterano del diarismo que trae la noticia, comenta con un hondo sentido humanitario: "*No se quiere a los niños*".⁷²

Obsérvese que en ninguno de los casos referidos, y en mil más que pudieran referirse, ha habido intención criminal: hubo sólo dureza, carencia de fibra sensible. La policía hace viajar por las carreteras, en invierno y en verano, a pie, y a través de toda España, a niños de menos de quince años y a viejecillos de más de setenta: mendigos, vagabundos, o simplemente sospechados de sindicalistas y comunistas.

La Prensa ha levantado protesta ruidosa y unánime contra estas crueles conducciones de presos por carreteras, máxime cuando se trata de niños. Pues bien, el conde Coello de Portugal, ministro de la Gobernación, contesta a la prensa y a la opinión, categórico, que el Estado no hará viajar a los niños ni a los ancianos por ferrocarril: irán a pie. ¡El que enferme o muera, no importa! Ese es su destino.

⁷²ROBERTO CASTROVIDO, en *La Voz*, 20 de diciembre de 1921.

Con todo, inclínase uno a pensar que la crueldad no es española, ni de tal o cual raza, sino humana. El hombre es animal carnívoros.

Son de sobra conocidos los cargos que han acumulado contra España los demás pueblos. Inglaterra y Francia han sido injustas con España, por rivalidad política; Italia y los Países Bajos, porque han sufrido su yugo; los yanquis porque su ambición consiste precisamente en ir borrando en la mayor extensión posible del Nuevo Mundo, la civilización y el sello hispánicos. Un alemán, que no tiene motivos nacionales para aborrecer a España, hombre de ciencia además, en cuanto cultivador de psicología etnológica, Lazarus, juzga así: "*Los españoles, como colectividad nacional, se han mostrado destituidos del sentimiento de la justicia y de una crueldad feroz. Han devastado y despoblado la América y los Países Bajos; se han devorado ellos mismos entre sí por diferencias de política y de religión. Su nacionalidad queda simbolizada en Pizarro y en el duque de Alba*".⁷³

La opinión de la brutalidad germánica sobre la brutalidad española, péñala de relieve un hecho. A Bismarck, apóstol de la violencia, precursor práctico de los Treitschke, de los von Bernhardi y demás teóricos del exterminio, en que abundó el imperio, ¿cómo lo han llamado en Alemania? Pues a Bismarck lo han llamado en Alemania *un político a la española*.

Ninguna de las actuales potencias colonizadoras puede acusar a España de crímenes que no haya cometido o esté cometiendo. Ninguna, desde Inglaterra hasta Francia. En cuanto a Alemania, fresco está el recuerdo de sus ferocidades en Bélgica y Norte de Francia. Algunos generales del ejército alemán dictaron órdenes de exterminio que recuerdan a las de Boves.⁷⁴ El Austria, en Servia, rivalizó con Alemania.

Los yanquis, que se titulan campeones del Derecho ante Europa, son modelo de atropello e injusticia en Nicaragua, de rapiña en Honduras, de abuso de la fuerza en Panamá, de política desleal en Méjico, de imperialismo en Cuba, de opresión en Filipinas, y de ferocidad cobarde y alevosa en Santo Domingo. Se dicen el país de la igualdad, y los negros carecen, en Yanquilandia, de hecho, de derechos políticos y de derechos sociales: al

⁷³Cit. por RIBOT, *Psychologie experimentale allemande*, Félix Alcan. París.

⁷⁴He aquí una de esas órdenes, la orden del día 26 de agosto de 1914 suscrita por el general Stenger, comandante de la 58ª brigada alemana:

"Von heute ab werden keine Gefangene mehr gemacht. Sämtliche Gefangene werden niedergemacht. Werwundete ob mit Waffen oder wehrlos niedergemacht. Gefangene auch in grösseren geschlossenen Formationen werden niedergemacht. Es bleibe kein Feind lebend hinter uns.

"Oberleutnant und Kompagnie-Chef. STÖY; Oberst und Regiments-Kommandeur, NEUBAUER; General-Major und Brigade-Kommandeur STENGER".

Esto, en buen romance, quiere decir:

"A partir de hoy, no se volverá a hacer prisioneros. Todos los que lo estén serán fusilados. Los heridos con armas o sin ellas, serán fusilados. Hasta los prisioneros agrupados ya en convoyes serán fusilados. Detrás de nosotros no quedará ningún enemigo vivo.

"El teniente, primer comandante de la compañía, Stöy; el coronel, comandante del regimiento, Neubauer; el general comandante de la brigada, Stenger".

negro que chista, lo linchan. Terribles acusaciones se les han entrostrado, con justicia, en el *Congreso de las Razas* y no han podido responder sino con un silencioso bajar de cabeza. Se pintan como pueblo de progreso político, y representan ante Rusia, por ejemplo, cuya revolución combaten, una fuerza retardataria. Se dicen el país de la libertad y en ninguna parte existe mayor opresión política: los socialistas eligen una y otra vez diputados de su partido; y las Cámaras, una y otra vez, los rechazan. En aquellos escaños de la libertad no se arrellanan, sino posaderas burguesas, mollaras capitalistas, nalgas democráticas.

En ninguna parte del mundo se persigue con más encono a los libertarios: que hablen los socialistas, los anarquistas, los bolcheviques. En Centroamérica, en las Antillas, en los archipiélagos del Asia, a donde quiera que llegó la garra de su emblemática ave de rapaña, ha padecido el derecho y ha muerto la libertad.⁷⁵

⁷⁵En ninguna de las viejas monarquías de Europa ni de las repúblicas de la América Latina —con alguna excepción temporal— se persigue a los hombres por las ideas que exponen con el furor intransigente que en nuestros días se ha hecho en los Estados Unidos.

Esc "país de la libertad" es hoy uno de los pueblos más retardatarios del mundo y donde la libertad y el pensamiento humanos cuentan por menos. Los Estados Unidos no corrían peligro nacional ninguno cuando se metieron, a última hora y sobre seguro, en la guerra Europea, después de haberse enriquecido fabulosamente con ambos bandos, y pocos, poquísimos meses después de haber exclamado el Presidente Wilson que *no se podía saber de parte de quién estaban la razón y la justicia*. Sin embargo, suprimieron la libertad interna, y principalmente la libertad de pensar con más crudeza y más encarnizamiento que aquellos mismos países, tildados por ellos de retrógados, que se estaban jugando a cada día y a cada encuentro la suerte de su raza y el porvenir como nación. A los que no estuviesen de acuerdo con Wilson y su camarilla se les condenaba sin piedad.

Para los socialistas, principalmente, no hubo cuartel. Hubo condenas de diez, de quince, de veinte, hasta de noventa años de prisión. A una señora, Kate Richards O'Hare, se le imponen por un discurso diez años de presidio.

"Los Estados Unidos —protestó Eugenio Víctor Debs—, *los Estados Unidos bajo el régimen de la plutocracia, son el único país del mundo que puede mandar a una mujer al presidio por diez años, por haber ejercido su derecho constitucional a la libertad de la palabra. Yo odio y desprecio —agregó— a los "junkers". No quiero nada con los "junkers" de Alemania; pero tampoco quiero nada con los "junkers" de los Estados Unidos*".

Debs no contaba con la huésped. Se condenó al valeroso viejo socialista a diez años de cárcel también, para que hiciese compañía a la señora O'Hare y a tantos otros hombres de ideas y actos antidespóticos.

La crueldad reaccionaria de los plutócratas yanquis no se detuvo. Fue un crimen hablar de Wall Street. Como la guerra podía ser el mejor negocio de los capitalistas, según lo temió Mrs. Richards O'Hare, se prohibió por decreto relacionar el sagrado nombre de Wall Street con los asuntos de guerra. Felipe II, de haber sido un rey de la peseta, un campeón del dólar, como fue un campeón de la fe, ¿habría obrado, en su tiempo, de otra suerte?

En Santo Domingo, soldados, oficiales y jefes del ejército de la Oposición Militar yanqui violan mujeres, asesinan hombres inermes, tratan de arrancar secretos por medio de la tortura. Este fue el caso de Cayo Báez, agricultor dominicano, a quien para saber si tenía armas ocultas le torturó con hierros candentes un capitán yanqui, el capitán Bucklow. Como el infeliz nada tenía, se extremó la crueldad hasta dejarlo por muerto en una montaña desierta. Pero el muerto resucitó; fue recogido por campesinos piado-

España puede no ser absuelta por sus crímenes históricos; pero, ¿quién va a tirarle la primera piedra? ¿La Francia de Madagascar; la Inglaterra de los bóers; la Alemania de los Hereros, en el Este africano; la Italia de Somalilán; la Bélgica del Congo; la Holanda de Java; el Japón de Corea, los Estados Unidos de Santo Domingo, que han hecho olvidar, por sus robos y por sus crímenes, a Lilis, el tiranuelo etiópico, “la pantera negra” del Caribe?

No: el hombre no es bueno. Y el hombre español es de los menos accesibles a la piedad. La española es una raza dura. Conviene apuntar aquí, aunque sea a título de mera curiosidad, que cuatro de los más inmisericordes malhechores aparecidos en los tiempos modernos —y que actuaron fuera de España— tienen todos sangre española. Descendientes de españoles fueron el italiano César Borgia, el francés Marat y el argentino Rosas. El otro es Boves, astur, de Gijón.

VIII

INCAPACIDAD ADMINISTRATIVA DESDE ALFONSO X HASTA ISABEL Y FERNANDO

La incapacidad política, y —como una de sus consecuencias o manifestaciones más lamentables y de mayor trascendencia— la incapacidad administrativa, aparece a modo de lacra inveterada en la nación española.

Fijémonos en la incapacidad administrativa principalmente. Se la puede considerar como una de las causas eficientes de la decadencia del país. Toda la historia de América bajo la dominación de España resulta glosa lamentable a la incapacidad política y administrativa del pueblo gobernador. No debe extrañar, pues, la importancia que a esa incapacidad se le asigne en estas páginas. Hay otra razón. Al hablar con relativo detenimiento de la política de España, con motivo de las cuestiones económicas, podrá comprobarse por medio de los hechos una evidente verdad histórica: a partir de Carlos I, los Reyes de España —con la única excepción de Carlos III— han sido, o procedieron como si fueran, los peores enemigos de España. ¡Qué divorcio tan radical, en medio de uniformidad aparente, entre esos reyes y el pueblo español! La razón consiste en que esos reyes, aunque nacieran

sos, curado y fotografiado. Y después, porque un escritor extranjero,* residente en aquel martirizado país, publicó la fotografía del torturado, se le cerró la imprenta, se le encarceló, se le multó, se le expulsó. Y si llega a ser dominicano y no hubiera en su torno otras plumas vigilantes, lo vuelven picadillo.

*HORACIO BLANCO FOMBONA, director de la revista *Letras*. (Véase el folleto publicado por este escritor; se titula: *En las garras del águila*. México, 1921).

en España, no tenían en las venas sangre española: eran extranjeros. Amaban el poder, no amaban al país. Y aunque lo amasen, su levadura era distinta de la levadura del pueblo. La cuestión de razas no es vana palabrería, sino realidad con estado científico. Una de las muchas desgracias políticas de España consiste en eso precisamente: en que desde Isabel y Fernando, sus monarcas son de raza extranjera. Por tanto, sienten, piensan y obran de modo distinto que el hombre de raza española. España realizó cruenta guerra de independencia para no soportar una dinastía venida de fuera. Si guerreadó porque esa dinastía era imposición impolítica, muy bien; si luchó porque los Bonaparte fuesen extranjeros, luchó por una quimera. ¿No eran los Borbones y los Austríacos tan extranjeros como los Bonaparte?

Secuela de mala educación política, o deficiencia innata y hereditaria, la incapacidad administrativa de España impidió que las Indias convirtiesen a la metrópoli española en la más rica de las naciones modernas. Los conquistadores no fundaron administraciones regulares. Los burócratas y cortesanos que aprovecharon luego la obra de aquellos adalides, demostraron administrativamente —aunque hubo excepciones— una incapacidad portentosa. La civilización ganó, sin embargo, con que la obra de los guerreros pasara a manos de personajes de bufete que, bien que mal, y lentamente, la fueron consolidando. Esa deficiencia parece fundamental en la raza. Es de todos los tiempos. Hay, pues, que darle en el estudio de España y de los pueblos que de España nacieron, una importancia superior a la que hasta ahora haya podido concedérsele.

Donde quiera que una Sociedad sea dirigida por hombres que tengan en las venas gotas de sangre española, podemos estar seguros de que una administración deficiente e imprevisora es allí la norma. Desde México hasta Chile y Argentina, las repúblicas de América podrían dar fe.

Si España ha sido, durante el curso de su historia, tierra de promisión de la bancarrota, México, el más opulento país del Nuevo Mundo, ha hecho bancarrota varias veces y Chile no es otra cosa, aun en nuestros días, que la bancarrota organizada. El Perú ha sido prototipo de desórdenes financieros, a causa de su misma opulencia en minerales, en salitre, en guano. La Argentina dio motivo por su desbarajuste administrativo a una intervención europea. Venezuela a otra. México a otra.

La agresividad y la ambición imperialista de Europa han sido el móvil de estas aventuras en que se lleva la cuenta en una mano y la espada en la otra; pero el pretexto ha sido el desorden económico, la insolvencia.⁷⁶

⁷⁶En previsión de estas veladas agresiones de imperialismo, que toman por base la insolvencia, ha nacido la doctrina Drago. Se la llama así por el diplomático y jurista argentino Luis María Drago, que la formuló con motivo de la triple agresión tudescanglo-italica contra Venezuela, en 1902. Esta doctrina consiste, como se sabe, en desconocer el derecho de una nación a cobrar a otra nación, por medios compulsivos. Es lógico que Hispanoamérica, país deudor y agredido, diera origen a semejante teoría.

Colombia, con 7 millones de habitantes y un suelo y un subsuelo muy ricos, tiene presupuestos modestísimos y vivió, por años y años, sin más dinero que papel moneda. Honduras, Santo Domingo, etc., han sido, por sus torpezas y sus imprevisiones económicas, víctimas de la codicia yanqui. El ideal de los Estados Unidos sería agarrar a casi todos esos pueblos por el estómago; es decir, ser sus acreedores y poderse cobrar, no sólo en beneficios comerciales y financieros, sino en influencia política y en tierras, cuando a bien lo tengan.

Puede decirse que durante todo el siglo XIX, que fue en Hispanoamérica la época de los tiranos y de las guerras civiles —aunque los unos y las otras suelen aparecer aquí y allá—, fue también la época florida de la “orgía financiera”. A cada paso se recurrió a los empréstitos extranjeros. Y ya lo dijo un gran conocedor de aquellos países: “En la historia de la América Latina, los empréstitos simbolizan el desorden político, la imprevisión, el derroche”.⁷⁷

Ferrocarriles, muelles, líneas de vapores, bancos, arterias de la vida económica, son demasiado a menudo, si no siempre, extranjeros. Minas, yacimientos de petróleo también lo son con demasiada frecuencia. Aquellos países carecen de medios para explotar sus riquezas naturales. Carecen también de fuerzas proporcionadas a la defensa de su opulentísimo territorio, lo que despierta y acucia la codicia de las grandes potencias y promueve esos dramas internacionales que suelen ocurrir, como el de España en el Pacífico, el de Francia en México, el de Francia e Inglaterra en Argentina, el de Inglaterra, primero, y luego el de Inglaterra y Alemania, con Italia de *attachée*, en Venezuela, el de los Estados Unidos en Colombia.

Si no han sucumbido durante el siglo XIX esos pueblos es por la distancia a que están de Europa, por la contigüidad del territorio que poseen, por su carácter bravo y guerrero, por su orgulloso amor de la independencia, por lo dificultoso de dominar, tierra adentro, esos territorios, por el espíritu de solidaridad que suele despertárseles en los momentos de agresión extranjera, por la rivalidad entre las grandes potencias —y por la doctrina de Monroe—. Pero el viejo Monroe abre ahora las bien dentadas fauces. Es nuestro vecino. Sabe dividir: aspira a reinar. Por eso el peligro de un solo pueblo agresor, en las condiciones en que están los Estados Unidos respecto a nosotros, es mayor que el de cualquiera acción, única o mancomunada, de pueblos de Europa.

Las grandes y medianas potencias, fracasadas en América militarmente —Inglaterra y Francia, en el Plata; España, en Perú; Inglaterra y Alemania, en Venezuela; Francia, en México—, sueñan ahora principalmente en la explotación económica. Nuestra pobreza de medios para fomentar la riqueza territorial, y nuestras pésimas administraciones son nuestro talón de Aquiles. Con dificultades enormes se ha luchado y se lucha para na-

⁷⁷F. GARCÍA CALDERÓN: *Les démocraties latines d'Amérique*, pág. 357. París. 1914.

cionalizar ciertas empresas que no sólo se llevan fuera del país ríos de oro, sino que le merman, en ocasiones, independencia.

“El nuevo mundo hispánico —se ha dicho—, libre políticamente, es vasallo en el orden económico”.⁷⁸ No fue otro el ideal de la Inglaterra de Pitt y de Canning: una América libre de España por lo que respecta a la política y unida con Inglaterra por la dependencia económica. Hoy mismo embarga algunas cabezas españolas ese bello sueño ambicioso que no pudo Inglaterra convertir en realidad. ¿Tocará a los Estados Unidos hacerlo práctico?

¿No podrán redimirse en su totalidad aquellos países de la esclavitud económica?

Las Repúblicas de la América Latina representan entre los países del mundo lo que representan los obreros para las clases capitalistas: son los trabajadores, los jornaleros; los demás, capitalistas que cobran su cupón y patronos que mandan. ¿Nunca comprenderán claramente aquellas Repúblicas que la base de toda emancipación ya personal, ya de una clase, ya de un pueblo, es la emancipación económica?

En cuanto a España, ¿qué advertimos en ella, hoy mismo? En este viejo país —que ha tenido tiempo a todo lo largo de su historia para realizar múltiples ensayos—, ¿ha adelantado la ciencia administrativa paralelamente a otras actividades de la inteligencia? “No tenemos Estado, hablando administrativamente”, concluyen los peritos en materias económicas y financieras.⁷⁹ Y los hechos sacan buenas las observaciones de los teóricos. El gran drama económico de España consiste en que, no siendo país de industrias, sino país agrícola, carece de aguas para la mayor parte de su territorio cultivable. ¿Es imposible convertir en terrenos de regadío esas tierras ardidas de sol? No. Mucho y muy bien, por doctas plumas y sobre todo por locuaces bocas, se ha tratado el asunto. ¿Qué se ha hecho? Nada.

Un patriota observador, cuya voz es para muchos la voz de la infalibilidad científica, decía quince o veinte años atrás:

“Hemos gastado en ejército y somos un país indefenso; hemos gastado en carreteras y no tenemos carreteras; hemos gastado en diplomacia y no tenemos diplomáticos; hemos gastado en escuelas y el pueblo no sabe leer; hemos gastado en universidades y no tenemos ciencia; hemos gastado en tribunales y no tenemos justicia; hemos gastado en marina y no tenemos barcos ni colonias; hemos gastado en registros y no tenemos crédito agrícola; hemos gastado en diputaciones y no tenemos administración local.

⁷⁸F. GARCÍA CALDERÓN: ob. cit., pág. 359.

⁷⁹LUIS OLARIAGA: “Sobre el proyecto de ferrocarriles”, en *El Sol*. Madrid, 15 de mayo de 1921.

España ha sido como una gran locomotora patinando sobre un mismo carril durante cuatro siglos; sin moverse de un lugar ha consumido en los ejes toda la grasa de la nación. Y hemos llegado a este inconcebible viceversa: a que pagamos a la moderna mientras seguimos viviendo a la antigua".⁸⁰

En 1899 exclamaba el observador: "*Desde hace dos generaciones está pidiendo España Gobiernos propiamente tales, que sepan crear riqueza, y los partidos no han acertado a darle sino Gobiernos que sólo han sabido crear contribuciones*".⁸¹

Por último, el 4 de julio de 1904 proclama el mismo desesperado pensador la bancarrota nacional de la civilización.

Alcanza hoy España, afortunadamente, menos calamitosos tiempos. Nuestros días dan fácil asidero a la esperanza; máxime a los que descubrimos y proclamamos que lo podrido en Dinamarca es el señorío de las ciudades, lo que pulula en torno de los caciques provincianos, la gentuza que vive de las triquiñuelas del poder y aun los más altos figurones del Estado; pero que el pueblo, la raíz nacional, permanece intacta. España, en efecto, es uno de los pueblos de Europa que atesora mayores depósitos de energía. El día de su despertar, de su sacudimiento, España va a sorprender al mundo, como lo ha sorprendido Rusia, pueblo como España de energía maravillosa, acogotado, como España, por un desgobierno secular de parásitos corrompidos.

Como todo, los pesimismos transitorios del pensador aragonés, apóstol de una España mejor, son comprensibles y, como la duda de Descartes, útiles para el conocimiento de la verdad.

Un régimen de monopolios, como el de la Tabacalera, de arbitrios rentísticos inmorales, como el de la Lotería, y de privilegios, como el del Banco de España, impera en el país. ¿Cuál es el resultado estadístico de todo este sistema político-económico de que tanto se quejan los hombres patriotas, previsores y desinteresados? Que lo diga uno de estos valientes ciudadanos de España.

"Diez millones de españoles que no prueban el pan; en cuatro lustros, 3 millones de hombres emigrados; más de un millón de fincas embargadas por la Hacienda; 16.000 suicidios en un quinquenio; 100.000 causas criminales en un año; 28.000 hombres en presidio; 46.000 prófugos en 1914; 100.000 mozos excluidos antes y después de su incorporación en la quinta de 1912, compuesta de 200.000; millón y medio de tuberculosos; medio millón de sifilíticos; 30.000 hijos ilegítimos por año; el 40 por 100 de nacidos, falleciendo antes de la edad militar; 16.616 hospicianos en 1915 entre las siete provincias de Madrid, Bilbao, Zaragoza, Barcelona, Zamora, Salamanca y Burgos; 20.000 enfermos en los hospitales durante

⁸⁰J. COSTA: Obras, vol. XI, pág. 347.

⁸¹Ibídem: Reconstitución y europeización de España, pág. 123, Madrid 1900.

un invierno; 15.000 indigentes recogidos por la Beneficencia oficial y casi otros tantos por la particular, etc".⁸²

A pesar de haberse enriquecido durante la última gran guerra (1914-1918), de la cual se mantuvo en discreta ausencia, España no puede cubrir sus presupuestos. Durante el año 1920-1921, la liquidación del presupuesto nacional arroja un déficit que asciende a la respetable suma de 872 millones de pesetas. Según el actual ministro de Hacienda, señor Cambó, el déficit de 1921-1922 sobrepasará de 1.400 millones.

Un hombre de Estado español, ex ministro, ex presidente del Consejo en múltiples ocasiones y jefe de uno de los partidos dinásticos más capacitados para ejercer el Gobierno, revela hasta dónde alcanza, aún hoy, la imprevisión administrativa. *"En un Consejo de Ministros —dice— del cual yo formaba parte, al votarse las nuevas plantillas de personal civil, hube de preguntar si se había hecho el cálculo de lo que importaba el aumento. Se me contestó que sí, que no pasaría de 24 millones. Y a los dos años, este aumento pasaba de 240"*.⁸³

La situación financiera, en toda su angustia incomprensible, la expone mejor que nadie un *leader* liberal especialista en materias fiscales. En el Congreso ha dicho este personaje:

"Como el déficit crece, la deuda se multiplica. Esta era en 1910 de 9.000 millones, y en la actualidad, de 12.000. Sobre esta cifra habrá que aumentar las consecuencias de la Deuda no consolidada. Acaso lo que más debe preocuparnos a todos es la Deuda del Tesoro. Según declaraciones del ministro, en julio se tendrá que emitir un mínimo de 700 millones y consolidar 2.000 millones. Habrá que pagar al Banco el saldo de la cuenta de Tesorería, que importa hoy 476 millones. Sin proyecto alguno de reconstitución, tendremos que consolidar a fin de año, para pagar lo que se debe, 2.829 millones, lo que representa que habremos de emitir 1.800 millones, y esto representará un recargo en el presupuesto, sólo por servicio de intereses, de 110 millones".

Y concluye: *"Estamos a dos dedos de aquellos tiempos en que en el extranjero se incluía a nuestra Hacienda entre las averiadas"*.⁸⁴

La capacidad administrativa puede adquirirse; pero España, como se advierte, no parece dispuesta a adquirirla. Revisemos a toda carrera, al través de la Historia, si alguna vez la tuvo, o si esta deficiencia le acompañó siempre, como enfermedad crónica.

⁸²JULIO SENADOR GÓMEZ, en *La Libertad*, 6 de julio de 1921.

⁸³CONDE DE ROMANONES: *Discurso en Bilbao, el 30 de junio de 1921*. Este discurso no fue improvisación, sino un acto político meditado, que fue expresamente a realizar en Vasconia, desde Madrid, el hábil político liberal.

⁸⁴SANTIAGO ALBA, sesión del Congreso del 18 de mayo de 1921.

Alfonso X de Castilla, en el siglo XIII, es Rey sabio, de fama universal. Hombre de estudio y de talento, brilló como poeta, como historiador. No se limitó a la literatura; compuso, en asocio de doctos árabes y judíos, obras científicas de astronomía y matemáticas. Fue principalmente un gran legislador que, como legislador, se adelantó a su época. A Alfonso se debe el *Fuero Real*, código porque habrían de regirse las municipalidades de Castilla; y el código de las *Siete Partidas*, considerado como el mejor que se hubiese compuesto desde los tiempos de Justiniano; y Código que España iba a utilizar durante un período de largas centurias.

Pues bien, este Rey docto en tantos ramos del saber humano, estuvo ayuno de ciencia económica. Hasta el instinto de la economía política le faltó. Fue pésimo administrador, vivió con un erario exhausto.

Para luchar contra la revoltosa e insolente nobleza y sostener el fausto de su corte, tomó absurdas medidas financieras, como acuñar moneda de más baja ley que la existente, sin deprimirla de valor: esto produjo el descontento de los ricos y la ruina del comercio. Derrocha, además, sin clara noción de su situación económica. La miseria del Tesoro no le impide cometer enormes desaciertos. Regala de golpe, sin poderlo, 100.000 marcos de plata al hijo del Emperador de Constantinopla; aumenta los sueldos de los palaciegos; gasta sin tasa en las bodas de su hijo primogénito. No sabe economizar, ni menos crear fuentes de riqueza. No se le ocurre sino alterar nuevamente la moneda y producir en la economía nacional nuevos trastornos. Puso también tasa a las mercancías, suspendió la tasa, volvió a establecerla.

La situación económica, mala de por sí, fue empeorada por las medidas del Rey. Causó aquel monarca grave daño a la economía de su pueblo. Terminó por empeñar su corona al Rey de Marruecos en 60.000 doblas de oro.

En el siglo XIII, época de Alfonso *el Sabio*, nace en Europa un orden rentístico que durará siglos. Habrá privilegios odiosos que se mantendrán en pie hasta los días de la Revolución Francesa; pero se crean tributos e impuestos regulares que servirán de pauta a la vida económica del Estado; se comprende que los súbditos deben contribuir al sostenimiento del Estado, por medio de impuestos oficiales que satisfagan, y que el Estado no puede vivir, como un esclavo y un mendigo, de prestaciones caprichosas hechas al Rey.

Es una revolución: apunta nueva orientación en la conciencia colectiva, un ideal de nueva justicia económica, semejante en cierto modo a lo que está ocurriendo en nuestros días. Se oponen al nuevo ideal y a la nueva justicia entonces, como ahora, los privilegiados: entonces, los señores feudales y el clero; ahora, los plutócratas, los acaparadores y vampiros capitalistas.

Aunque las rentas nacen y crecen, aunque el poder de los reyes se vigoriza, el desorden financiero del Reino de Castilla no se corrige; antes puede asegurarse que empeora, si empeorar pudiera.

En el siglo xiv, Castilla vive en quiebra. Los reyes que lo suceden y los validos de estos reyes no son mejores administradores que Alfonso X. Alteran también la moneda, con idénticos resultados. Despojan a los judíos. Como arbitrio rentístico se crean y se venden empleos inútiles; se venden también las rentas públicas a quien adelanta sobre esas rentas un puño, a veces vil, de maravedís. Villas y lugares pasan a ser propiedad de particulares. La insolente y batalladora nobleza de Castilla recobra el perdido predominio. La inseguridad de los caminos públicos interrumpe el tráfico de los mercaderes. Los soldados se convierten en bandoleros. El mismo patrimonio real se había disipado.

Víctima del caos económico y de las usurpaciones de la nobleza, Don Enrique III, llamado *el Doliente* —uno de aquellos monarcas de ánimo mezquino, en que fue fértil la Casa de Trastámara—, se vio en ocasiones sin pecunia, no ya para los gastos del reino, sino para sus gastos personales. Una noche, en Burgos, esperó en vano que se le sirviese la cena. No sólo faltó dinero para comprarla, sino que nadie convino en darle crédito. El Rey, según se cuenta, empeñó aquella noche un abrigo para comer.

Los monarcas de Castilla, según se advierte, viven en plena bohemia, como los reyes en el destierro de nuestros días ácratas: el uno empeña su capa; el otro, su corona.

Con Enrique IV, ya adelantado el siglo xv, se agrava aún más el desbarajuste financiero.

Los errores económicos que se observan en Castilla son comunes a toda Europa durante aquellos tiempos. Sin embargo, en España persistirá, en una u otra forma, con uno u otro paréntesis, la desorientación económica, según adelante veremos. En esos mismos siglos xiv y xv, las repúblicas mercantiles de Italia, la bancaria Florencia, la marinera Venecia, la traficante Génova, no sólo comerciaban con el mundo conocido, sino que conocen los secretos de la Banca, administran, se enriquecen. En el siglo xiv, un hombre de Iglesia, en Francia, el obispo de Lisieux, Nicolás Oresme, compone y divulga un tratado sobre el origen, leyes y mutaciones de la moneda que revela, según los economistas, clarísimo conocimiento de aquel problema fiduciario que tantas perturbaciones produjo en Castilla. Lo que no quiere decir que la generalidad pensara en Francia como este obispo, ni que Francia estuviera, a tal respecto, mejor que España.

Pero Castilla alcanza vísperas de adelantar un gran paso. Se unirá a Aragón y formará un Cuerpo de Estado fuerte, con dos reyes, Fernando e Isabel, a cual más inteligente, a cual más enérgico, a cual más astuto. Grandes monarcas, acometieron y realizaron grandes empresas. La primordial virtud de sus respectivos pueblos era la virtud guerrera, y supieron explotarla con finalidad política. En medio de las mayores y más hábiles economías emprenderán guerras —como las de Portugal y Granada—, que la tremenda virilidad de castellanos y aragoneses, bien dirigida, llevará a tér-

mino con felicidad. El Estado se ensancha y se enriquece. La prosperidad sonríe.

Isabel reina treinta años. Cuando sube al trono sólo dispone de una renta anual de 10 millones de maravedís para cubrir los gastos del Estado y de la Corte. Las demás rentas, 30 millones, habían sido enajenadas a perpetuidad por sus antecesores. Esta suma de 10 millones de maravedís resulta irrisoria en sí, como renta de un Estado, y cuando se la compara con la renta particular de algunos magnates. “En 1504, año de la muerte de la Reina —recuerda un sociólogo de nuestros días—, las rentas comunes arrendadas importaron 341 millones líquidos, además de un servicio extraordinario de 210 millones votados por las Cortes”.⁸⁵

Este reinado fue, en casi todo, excepcional.

IX

INCAPACIDAD ADMINISTRATIVA: CARLOS V Y FELIPE II

Llegamos a los grandes días de España, a las épocas de esplendor, triunfo, megalomanía y gloria. Una serie de circunstancias múltiples y la formidable vigorosidad de los españoles de entonces convierten a España —pequeño país de pocos millones de habitantes— en la primera potencia de Europa y en una amenaza constante para el mundo.

Las Indias, primero; luego, las Filipinas son suyas. El mar está cubierto con sus barcos. Las minas de México y del Perú engrosan el Erario de España. Un solo virrey español de las Indias es más poderoso en territorios, en dinero, en súbditos, que muchos monarcas de Europa. Europa tiene envidia, combate a España; pero España es invencible. ¿Dónde, sobre quién no triunfa? Al Rey de Francia lo tiene prisionero; al Pontífice de la cristiandad también prisionero, con Roma entrada a saco; al gran turco lo vence; al holandés lo esclaviza; a Italia la gobierna por procónsules; a América, por sátrapas.

Su vigor, aunque primordialmente guerrero, abre campo a otros canales de energía. En aquel momento de exaltación racial se manifiesta la energía de la raza en varios órdenes de actividad. Aunque por lo común de carácter poco industrial, existen en la España de entonces industrias muy en auge. Toledo, Segovia, Cuenca, Ciudad Real, se han convertido en urbes manufactureras de importancia. Medina del Campo, Valladolid, Burgos, celebran ferias que atraen a innúmeros mercaderes de varios puntos de Eu-

⁸⁵JOAQUÍN COSTA, *Reconstitución y europeización de España*, pág. 308. Madrid, 1909.

ropa. Más de 1.000 buques mercantes españoles navegan todos los mares conocidos.

La España árabiga, además, al realizarse la unidad española, integra el patrimonio nacional con su cultura científica, artística, industrial. La España musulímica había brillado, en efecto, no sólo por su ciencia, y por sus artes, por sus Universidades y bibliotecas, por su tolerancia religiosa y el fausto de sus califas, sino también por su industria y por su agricultura.

“Bajo los califas árabes, España llegó a ser el país más rico, más populoso, más ilustrado de Europa... Nuevas industrias, particularmente la del tejido de seda, florecieron extraordinariamente, hasta el punto de que sólo en Córdoba existían 13.000 telares. La agricultura, a favor de sistemas de riego nuevos en Europa, se elevó a un alto grado de perfección, introduciéndose entonces muchos frutos, árboles y vegetales del Oriente, desconocidos hasta entonces. Con la minería y la metalurgia, la fabricación del vidrio y el esmalte, vivían ocupadas y prósperas todas las poblaciones. De Málaga, Sevilla y Almería salían buques a todos los puertos del Mediterráneo, cargados con los ricos productos del gusto y la industria de la España musulmana y de la riqueza natural del país. Caravanas llevaban a la remota India y al Africa los preciosos tejidos, las maravillas de las obras de metal, los esmaltes y las piedras preciosas de España.

“Todo el lujo, refinamiento y belleza que el Oriente podía proporcionar afluye a las ciudades musulmanas de la Península”.⁸⁶

¿Supieron los monarcas cristianos contribuir al espontáneo desarrollo económico del país? ¿Supieron, siquiera, impedir que se paralizara? Ni lo uno ni lo otro. Parece más bien que hubieran puesto decidido empeño en arruinar las industrias nacionales. Se las entorpece con los más absurdos reglamentos, se las grava con impuestos. Se creyera que existe en los dirigentes un propósito deliberado de arruinar al país, hiriéndole en sus fuentes de vida. Con la agricultura ocurre algo semejante: la expulsión de los moriscos le dio golpe tremendo.

Una de las industrias más prósperas de Castilla es la de paños. En 1549, Carlos V dicta la absurda pragmática por la cual se prohíbe la fabricación de paños finos. ¿Cuál era el objeto de esta medida, que aconsejaron las Cortes de Valladolid en 1548? Obtener la baja de los precios. Y para obtener la baja de los precios, sin calcular que el alza era debida a la creciente riqueza del país, se hirió de muerte una de las más ricas industrias de España. A los que mejorasen la calidad de los paños más de lo reglamentado, se les condenaría al destierro y a la pérdida de sus bienes. A los que osasen poner

⁸⁶MARTÍN HUME, ob. cit., pág. 123.

en los paños su nombre o marca de fábrica, de modo que pudiese adquirir reputación la mercancía, se les amenazaba con fieros males.

Poco después de tan peregrina pragmática se ponen trabas a la fabricación y venta de paños berbies negros. No parece bastante; y en 1552, se prohíbe la exportación de multitud de objetos de la industria lanera. Queda anulado, pues, el comercio de lanas que se hace con Génova, Florencia y Túnez.

Otra industria muy perfeccionada es la de cueros finos. Contra ella también se decreta. Prohíbese la exportación de pieles adobadas; lo que equivale a asestar un puñal contra las fábricas de cueros, cordobanes, badanas, tan numerosas en Castilla. Hasta a los zapateros alcanzaba el rígido úkase imperial. Zapatero que no se sometiera a fabricar calzado según el capricho del Gobierno, sería constreñido a abandonar el oficio.

No es todo. ¡Ninguna industria nacional debe quedar en pie!

El comercio de exportación debe restringirse. Así, el embarque de hierro y acero para el extranjero es necesario impedirlo, según consejo de las Cortes de Valladolid. Ni el pescado sobrante del consumo nacional conviene que lo exporten. No es difícil de imaginar las consecuencias de estos consejos y de estas medidas en la vida industrial y económica de España.

Pero hay más, porque la imbecilidad humana es infinita. Una pragmática impide el libre comercio interior de granos; otra, el comercio de lanas; otra, el comercio de ganado vacuno, cabrío, lanar y porcino; otra, el comercio de ingredientes para tinte y obraje de paños, vedándose asimismo la venta de paños por mayor a quienes no tuvieran tienda abierta y para que éstos la expendiesen sólo a la vara. Una de semejantes medidas de Gobierno, que parecen dictadas por el genio de la imbecilidad, y que en realidad lo eran por los consejeros de la Corona, consistió en vedar el giro, en el interior de España, de las letras de cambio.

Los desaciertos de aquella imperial administración de Carlos V no ocurren uno que otro, de tiempo en tiempo, ni siquiera soplan en rachas; obedecen a convicciones: son metódicos, sistemáticos. El mismo Emperador, de ruidosa memoria, suscribió aún más absurdas ordenanzas. ¿No prohíbe la exportación de innumerables materias, arruinando con la misma plumada el comercio exterior de España y la marina mercante que le servía de base? ¡Es más! Cuando se tolera exportar algunas materias, se obliga al mercader español a introducir en España mercancías extranjeras. Es decir, se matan las prósperas industrias nacionales, se destruye el comercio de exportación y se obliga al país a traer, hasta lo que no necesita, del extranjero.

Los impuestos se multiplican, y como no bastan a remediar los apuros del Real Tesoro, se recurre al empeño de las rentas públicas. Las rentas ordinarias de Castilla producen en 1550 la suma de 900.000 ducados. De ellos habían sido empeñados 200.000. Nápoles y Sicilia producen 800.000 y están ese mismo año empeñadas por 700.000. Las rentas de Flandes estaban asimismo empeñadas en su mayor parte. También lo estaban las de Milán, que producían 400.000 ducados.

¿Cuáles fueron los resultados económicos del reinado de Carlos V?

“El resultado fue que, disminuida la contratación y las rentas, encadenada y sofocada la industria, se aumentaron cada día más las contribuciones extraordinarias que otorgaban las Cortes; y en pos de ellas y de la destrucción de la riqueza pública llegó la ruina a que, con asombro del mundo, se vio descender a la nación española...”⁸⁷

¿Supieron Felipe, sus consejeros, confesores, ministros, inquisidores y miembros del Consejo de Castilla o de Indias encontrar paliativos a los desastres económicos del Emperador? No sospecharon ni por asomo que una administración pública debe proponerse aquellos dos objetos que teorizará, andando el tiempo, Adán Smith: poner a la Nación en aptitud de procurarse recursos abundantes y proveer al Estado de medios con que satisfacer los servicios públicos.

En tiempos de Felipe, las guerras contra Holanda, Inglaterra y los turcos; las intervenciones militares en Francia, las guarniciones mantenidas en Italia; el vano anhelo de ejercer la monarquía universal, a costa principalmente de la sangre y el dinero de España, arruinan el Tesoro sin provecho para el Estado. El orgullo nacional toca a su límite extremo. Los españoles, como lo observan los embajadores venecianos y florentinos, se creen un pueblo elegido. “Estaban todos convencidos —recuerda un historiador moderno— de que eran una nación superior y sagrada”.⁸⁸ Se realiza, sin protesta de los cristianos, la expulsión de israelitas y moriscos que depaupera a España, arrebatándole millares y millares de sus hijos más laboriosos, los que poseían el secreto de la banca y de la agricultura, los que contribuyeron en mucha proporción a enriquecerla y acreditarla. Expulsos los españoles de religión mosaica, acapararon los extranjeros, principalmente genoveses, operaciones y beneficios bancarios; sin los moriscos y enviados los católicos como soldados a lueños países, faltó quien cultivase los campos. La industria decae, decae.

Las ferias empiezan a quedar desiertas. Las ciudades se deshabitan. La población merma. En 1594 decían las Cortes a Felipe II: “*En los lugares de obraje de lanas, donde se solían labrar 20 y 30 arrobas, no se labran hoy 6, y donde había señores de ganado de grandísima cantidad, han disminuido en la misma proporción, acaeciendo lo mismo en todas las otras cosas del comercio universal y particular*”. No existe “*ciudad de las principales de estos reinos ni lugar ninguno de donde no falte notable vecindad, como se echa bien de ver en la muchedumbre de casas que están cerradas y despobla-*

⁸⁷R. M. BARALT: *Historia de Venezuela desde el descubrimiento hasta 1797*, pág. 348. París, 1841.

⁸⁸MARTÍN HUME, ob. cit., pág. 403.

das y en la baja que han dado los arrendamientos de las pocas que arriendan y habitan".⁸⁹

Felipe no es un holgazán, ni se deja gobernar por validos. Impone su voluntad; se ocupa de todo, y, como buen autócrata, quiere mezclarse y se mezcla hasta en los últimos detalles de la administración, sin permitir iniciativas de empleados ni consejos de técnicos. Cuando viaja, le siguen series interminables de carromatos repletos de papeles oficiales. Se le llama "el rey papelero". Pero ni él ni sus administradores pueden equilibrar la desproporción entre los ingresos del Estado y los enormes gastos a que obliga la política internacional, guerrera e imperialista de Felipe II.

A medida que los apremios del Tesoro, aumentan los tributos; y su muchedumbre y exceso arruina las ya lánguidas industrias.

Aduanas interiores, es decir, entre unas y otras regiones de la Península, dificultan y encarecen el tráfico y la vida de la Nación. Innúmeros arbitrios rentísticos, como peajes, alcabalas, etc., encarecen cada vez más la producción y aminoran la ganancia del pueblo trabajador, sin llegar a satisfacer las necesidades y exigencias del fisco. Llegó un día en que Felipe II mandó pagar 400 reales, y la Contaduría Mayor no pudo pagarlos: no los había. Títulos de nobleza se ponen en venta, por la módica suma de 6.000 reales; es decir, unas 1.500 pesetas. Nobleza al alcance de todos los bolsillos. Y al alcance de todas las honorabilidades, aun las más humildes y maltrechas: Felipe II aconsejaba que no se fuera, en este punto, muy exigente. La cuestión era obtener dinero. Y cuando la expoliación y la venta de títulos y empleos no bastaron, se llegó aún más abajo, se llegó casi a mendigar. "El fundador de El Escorial, el armador de la Invencible, el dueño, en fin, de las Indias, iba de puerta en puerta a solicitar los auxilios de los habitantes pudientes de la Corte, por medio de una cuota vergonzosa, cual pudiera un mendigo".⁹⁰

La escasez ha tocado a las puertas de El Escorial. Y no sólo toca a las puertas del soberbio palacio, sino a la puerta de los hogares españoles. Y todo por culpa de inconsultos administradores, que derrochan en fútiles o contra-productores empresas políticas y guerreras las insospechables y profundas energías de una raza vigorosa, y que legislan y gobiernan contra el sentido común y contra los intereses del país.

Hambreada la Nación, Felipe se aviene, por último, a una medida que debió de herir su orgullo. En 1573, "para salvar a su país de una completa ruina, tuvo al fin que abrir sus puertas al comercio inglés, sin restitución de la crecida suma que le habían saqueado cuatro años antes".⁹¹

Carlos V tuvo por año un déficit de más de 62 millones de reales de vellón. Este déficit creció durante el reinado de Felipe hasta 75 millones por término medio.

⁸⁹Cf. BARALT, ob. cit., pág. 344.

⁹⁰R. M. BARALT, ob. cit., pág. 344.

⁹¹M. HUME, ob. cit., pág. 446.

Absurdo, como la política de Felipe, el resumen de aquel reinado: el territorio crece y la decadencia se inicia.

O mejor dicho: el territorio del país o de los países sobre los cuales reina Felipe II se extiende, y la decadencia de España, que entonces apunta en medio de los esplendores, también se extiende.

Ni Carlos ni su hijo, ni los consejeros del uno y del otro, parecen haber sospechado —por vaga que sea la sospecha— cómo podrían crearse, distribuirse y consumirse las riquezas del Estado.

X

LOS SUCESTORES DE FELIPE II: HABSBURGOS Y BORBONES

En tiempo de los sucesores inmediatos de Felipe II, la situación económica empeora y la decadencia galopa. No surge ni un príncipe hábil ni un ministro de espíritu superior. Unos y otros se muestran fanáticos, sensuales, imprevisores, nulos. Los príncipes, en manos de validos, son francamente degenerados, imbéciles, vesánicos. El idiota Carlos II no es excepción, sino tipo representativo del príncipe austríaco de aquella España. Carnes blandas, pieles blancuzcas, ojos sin expresión, labios colgantes, quijadas ponderosas: esos cuerpos, esos rostros revelan, a pesar de la lisonja de los pintores, el espíritu mortecino de aquella serie de idiotas coronados.

Ninguno de estos hombres es un enérgico reformador a la manera de Enrique IV de Francia, que saca a su país de la postración en que lo sumieran cuarenta años de guerra. De ese pueblo arruinado, sin crédito, sin industrias, sin ejército, sin orden, dejó Enrique, al morir, un país con orden, con tropas, con espíritu de trabajo, con agricultura, con fábricas, con nuevas fuentes de riqueza, con paz, con elementos para humillar a la Casa de Austria. Y el rey de Francia pudo aspirar a ser el primer monarca de Europa.

Tampoco los validos y consejeros de los austríacos españoles poseen ideas claras, ni voluntad para realizarlas, como poseyeron Sully u otros de los consejeros de Enrique, tales como Oliverio de Serres, o Laffemas. Los dos países yacen en condiciones deplorables. ¿Por qué no podrían levantarse ambos, máxime cuando España posee recursos y colonias, que Francia no conoció nunca?

¿Por qué en el uno alternan los períodos de postración y de florecimiento —y podrá salvarse— y el otro decae sin remedio? ¿Sin remedio? Pero ¿hubo quien lo aplicase? Esa fue precisamente la desgracia de España: le faltaron médicos al Estado, estadistas, hacendistas, administradores.

Nadie advierte las complejas causas que contribuyen a la postración de España: nadie sugiere ni toma medidas de política eficiente. Por el contrario, las medidas oficiales conspiran, como se ha visto en el caso de Felipe II y de Carlos V, a precipitar la ruina de la Nación. Ya no es ésta la potencia comercial que enviaba al solo puerto de Brujas 40.000 fardos de lana cada año. Los 16.000 talleres de Sevilla se han reducido a 400.

Esta nación marinera, que había poblado con sus naves de comercio todos los mares conocidos, olvida, poco a poco, el arte de construir buques, carece de cartas de mar. En 1656, a la patria de los Pinzones le faltan hábiles pilotos, y el pueblo de Juan Sebastián Elcano carece de marinería competente. El Ejército no anda en mucho mejores condiciones. Los soldados desertan o mueren de hambre, sin recibir el pre o recibéndole irregularmente. Las ciudades fronterizas están sin guarnición; los fuertes, en ruinas; los parques, sin armas; los arsenales, vacíos.⁹²

La Escuadra sólo comprendía seis galeras. En semejantes condiciones, hasta el espíritu militar de esta nación tan guerrera se eclipsa parcial y momentáneamente. En la guerra de sucesión al trono de Carlos II, ningún militar español se señala. Los franceses imponen al primer Borbón en España. Voltaire trató sobre aquella guerra, de paso, en *El siglo de Luis XIV*, sin casi mencionar a los españoles, en cuanto factores de orden militar.

El Estado, en quiebra, no puede hacer frente a sus compromisos. El Rey, primer tramposo del Reino, engaña a sus acreedores. "¿Cómo hace el Rey tantas mercedes, fábricas y gastos?", preguntase el embajador de la Señoría de Venecia, Simón Contarini, en tiempos de Felipe III. "Respondo a todo —escribe— que se hace no pagando. De que resultan tantos lamentos". Pero como el Estado requiere gastos, y los fondos públicos, malversados, se escurren de entre las manos y pasan lo más a menudo a bolsillos particulares, se ocurre a empeños y a compromisos que gangrenan lo más saneado del Fisco. "El Gobierno vive —expone Contarini— empeñándose siempre con los genoveses para las provisiones de Flandes y otros gastos que se suceden, en que tienen consignaciones de cinco y seis años, dando por un ducado tres. Y así anda la Hacienda con tan gran fatiga".⁹³

Felipe III, señor absoluto de continentes, dueño del Perú y de México, productor único del oro que estaba inundando el mundo, no pagaba a sus

⁹²Los extranjeros, principalmente los hijos de aquellas potencias con que España rivalizó, pintan, no sin fruición, la decadencia de España. BUCKLE, en su *History of Civilization in England* escribe, con propósito al parecer desinteresado, en lo que se refiere a España. Se documenta a menudo, al hablar de España, en fuentes españolas; pero se le transparenta excesiva complacencia, una delectación demasiado sajona y luterana, al exponer la decadencia española.

⁹³FUENTES, ob. cit., pág. 67.

criados y carecía de las superfluidades que creía de rigor para casar a su hija.

A esta miseria absurda, por sin fundamento ni razón de ser, únense la vanidad, el derroche y el desbarajuste, tanto en los gastos públicos como en los privados. El Rey regala diariamente a cierta Embajada francesa, que viene a concertar una boda, “ocho pavos, veintiséis capones cebados de leche, setenta gallinas, cien pares de pichones, cien pares de tórtolas, cien conejos y liebres, veinticuatro carneros, dos cuartos traseros de vaca, cuarenta libras de caña de vaca, dos terneras, doce lenguas, doce libras de chorizo, doce perniles de Garrovillas, tres tocinos, una tinajuela de cuatro arrobas de manteca de puerco, cuatro fanegas de panecillos de boca, ocho arrobas de fruta, seis cueros de vino de cinco arrobas cada cuero, y cada cuero diferente”.⁹⁴

El duque de Lerma, ministro y valido de Felipe III, que gobierna en absoluto la escasa mentalidad del Príncipe, y se enmillona con el saqueo de las arcas públicas, gasta en un viaje aparatoso a la frontera de Francia 400.000 ducados. Felipe IV compra una góndola de juguete para el estanque del Retiro en 30.000 ducados. Otros 30.000 los regala al marqués de Labiche para que tome baños.

Cuando el mismo Felipe IV conduce a Fuenterrabía a la Infanta María Teresa, que iba a desposarse en Francia, llevaba la infanta un equipaje digno de la Reina de Saba. Los carruajes ocupan un trayecto de seis leguas. ¡Qué comitiva! ¡Qué fausto! Van 48 literas, 70 carrozas, 2.600 mulas de albarda, 70 caballos de parada, 900 mulas de silla, 72 enormes carromatos. Sólo la plata y los perfumes de la Infanta iban sobre 70 caballos; sus tapicerías, sobre 25. Veinte baúles cubiertos de satén rojo guarnecido de plata encierran sus trajes; otros 20, su ropa blanca. En dos baúles herrados en oro iban los guantes. Sólo para limosnas dispone de 50.000 pistolas.

Este fausto, digno de los amos del Nuevo Mundo, encubre miseria auténtica. Se parece al brocado con que empingorotadas señoras de la Edad Media solían disimular la lepra que les estaba royendo el blanco seno.

Este lujo desenfrenado era un insulto y un desafío a la pobreza de la Nación. Pero la Nación carecía de conciencia colectiva y no cobraba el insulto. ¡Quién iba a creer entonces que el pueblo tuviera derechos! Al pueblo se le exprimía a impuestos para que los reyes derrochasen. Para la monarquía el dinero. Para el pueblo, la Deuda. Aquello se creía —y aún se cree— lo natural. El pueblo paga. Los tributos crecen. Se impone sobre todo.

*El pueblo doliente llega a recelar
no le echen gabela sobre el respirar*

dice el honrado y enérgico don Francisco de Quevedo al Rey Felipe IV, que le corresponde persiguiéndole.

⁹⁴FUENTES, ob. cit., págs. 192-193.

El desgobierno, la deficiencia administrativa y la miseria de la Corte son peores en tiempos de Felipe IV que en tiempos de Felipe III, y, aunque parezca imposible, peores aún en tiempos de Carlos II que en tiempos de Felipe IV.

Felipe IV, como su padre y como sus abuelos Felipe II y Carlos I, no vacila en apropiarse, para sus necesidades particulares, el oro que los americanos y los españoles de América remiten a España. Felipe IV, hombre disoluto y sin escrúpulos —aparte de los religiosos, que no le estorbaron en demasía para sus reales francachelas y sus menudas bribonadas—, llegó a inútiles extremos de impudor. ¿No hizo colocar en las iglesias un cepillo donde se podían echar limosnas para socorrer la miseria del Rey de las Españas?

A Carlos II se le mueren de hambre los caballos en las reales caballerizas: no hubo dinero con que comprar el pienso que debían comer y no comieron. Los caballos de Felipe V pasan tantos aprietos, que a un embajador se le ocurre esta humorada: *“La suerte más lamentable es la de los caballos, que no pueden pedir limosna...”*.

En el otoño de 1630 tenían los Reyes, principalmente la Reina, vivos deseos de ir a gozar el encanto de la estación en los bellos jardines de Aranjuez. El viaje, ya dispuesto, hubo que interrumpirlo por falta de dinero. Se dio como pretexto que había peste en . . . Málaga. Para engañar a la Reina, se ocurrió a la ridícula comedia de hacer partir un arria de mulas cargadas con el regio equipaje y que debía de volverse con cualquier pretexto. La Reina, a cuyos oídos llegó la verdad, enfadóse de la burla. Entonces los ministros determinaron un viaje al vecino Escorial. Para realizarlo, consigna en sus Memorias el marqués de Villar, embajador de Francia, *“vendieron un gobierno en las Indias por 40.000 escudos y dos cargos de Contador mayor en 25.000; tomaron todo el dinero recogido en las entradas y aduanas de Madrid y se sirvieron de la mitad de un fondo de 100.000 escudos, destinado a pagar el equipo de la tripulación de los galeones, cuya salida fue retardada por aquel motivo”*.⁹⁵

Si a estos extremos de escasez tocan los amos de América, ¿Qué no ocurrirá a la clase media y al pueblo?

La clase media vive, y no de grado, una vida más que frugal, ascética.

*El pobre, honrado y buen caballero
si enferma, no alcanza a pan y carnero,*

recordará Quevedo al Monarca, pintándole la desastrosa situación económica del Reino.

⁹⁵*España vista por los extranjeros*, III, pág. 134.

La evocación de un hábil escritor de nuestros días, inspirado en las mejores fuentes, dará idea de los apuros y escaseces de la clase media en la España del siglo xvii. “La hora de comer se acerca; la señora aguarda; el hidalgo regresa a su posada. Los caballeros nobles no tienen nada por junto en sus casas; hay que comprar al día las vituallas. Torna a salir el hidalgo y compra para los tres —amo, señora y criado— un cuarto de cabrito, fruta, pan y vino. Modestísima es la comida. No alcanza a más la hacienda de un caballero castellano”.⁹⁶

Y este hidalgo de la evocación no resulta de los peor librados. Siquiera tiene algunas blancas con que comprar lo que come. La mayoría no tiene. Es clásica el hambre castellana del siglo xvii. La encontraréis en la vida y en las obras de Cervantes, en los vestidos y zapatos rotos de Góngora, en la existencia mendicante de Rojas, en toda la novela picaresca, en las referencias de los viajeros, en los datos que allegan sociólogos e historiadores. Es entonces cuando aparecen como elemento literario el pícaro, desde Lázaro de Tormes hasta Pablo de Segovia, y desde Rinconete el de Sevilla hasta Guzmán el de Alfarache. Son conocidas en la literatura y en la historia españolas de aquel tiempo, no sólo las figuras del pícaro y de la Celestina, sino la del mendigo en todos sus avatares: fraile pedigüeño, estudiante ayuno, hidalgo famélico, poeta hampón. Los escribanos se comen las uñas, a falta de algo más nutritivo. Los escritores, sin exceptuar a Cervantes, acosan a “los grandes” con memoriales y súplicas. Nadie tiene un maravedí.

Los soldados andan rotos; y rotos y vencidos por osados sacristanes en el amor de las fregonas los llevan a la escena los más próceres ingenios: Cervantes, pongo por maestro. Muchos clérigos se convierten en rateros.

En cuanto al pueblo, se muere literalmente de hambre. El espectáculo horroroso que presentaba en los últimos años del siglo xvii es recordado a menudo. En 1680 se baten en las calles de Madrid hombres y mujeres por un pedazo de pan. Se organizan bandas en las ciudades para pillar, matar y comer. Más de 20.000 mendigos de los campos inundan la capital hambrienta. Se vive bajo la furia del populacho enardecido y menesteroso. Quinientos crímenes se cometen por año en la impune capital. Para distraer el hambre y desviar amenazadores instintos de crueldad se le da el espectáculo gratuito y feroz de los autos de fe.

Las provincias no están mejor. Sevilla ha quedado reducida a la cuarta parte, o menos, de su población. La veintava parte de sus tierras es lo que apenas se cultiva.

Del Rey abajo nadie tiene dinero. ¿Nadie? Debe exceptuarse a los favoritos de la corona y al alto clero. Los ministros y validos supieron siempre en España hacer su agosto, porque en España la inmoralidad administrativa

⁹⁶AZORÍN: *El alma castellana*, págs. 27-28. Madrid, 1920.

corre pareja con la incapacidad administrativa. El duque de Lerma, el conde-duque de Olivares, el cardenal Alberoni nadan en la opulencia.

El duque de Lerma maneja los dineros de la Nación como si fueran propios. La voluntad del monarca la gobierna. Para captarse la de la Reina, soborna a la Reina y a los validos de ésta: la condesa de Barajas, y el jesuita Ricardo. Cuando cayó Lerma se le obligó a devolver, a uno solo de sus amigos, 1.400.000 ducados. El conde-duque es insaciable. Acumula cargos y millones, cobra legalmente de aquel país exhausto casi medio millón de ducados por año, fuera de un cargamento anual que podía enviar a las Indias. En cuanto a sus entradas por medio del chanchullo y del peculado, ¿quién podría contarlos? Al ministro valido de Felipe V, el cardenal Alberoni, se le acusa de que ajustó con Inglaterra un Tratado de comercio desventajoso para España y por suscribir el cual recibió 100.000 libras esterlinas.

Antes de estos tres chupópteros, había ocurrido lo mismo. Después, brilla aquel famoso favorito llamado Godoy, que de simple guardia de Corps llegó, con su bragueta en la mano, a ministro todopoderoso, mariscal de Campo, duque de Alcudia, caballero del Toisón, príncipe de la Paz y dueño absoluto de España. Cuando cayó del Poder, por obra de acontecimientos independientes de los regios ánimos, se le confiscaron, contra la voluntad de ambos reyes —porque Carlos IV también lo quería—, 500 millones de reales. En cuanto a Fernando VII, fue un ladrón descarado; no le faltó a su odiosa figura ni este aspecto despreciable. Mientras a la Marina, por ejemplo, se le debían veinte mensualidades, y mientras que a los soldados que salvaron a España de la conquista napoleónica y restituyeron, cándida y estúpidamente, los Borbones al trono de España, tampoco se les paga, Fernando realiza un chanchullo a espaldas del país, con el Emperador de Rusia y le compra unos barcos podridos que no valían nada y de nada sirvieron, por la suma de 13.600.000 rublos, que abona en el término perentorio de siete días. Se hace conceder millones para sus francachelas libidinosas y toma y deposita millones a su nombre, en el Banco de Londres. Después, durante otros reinados... Demasiado cerca está el olor de lo que existe de podrido en Dinamarca.

En cuanto al clero, fue siempre casta privilegiada en España, y, por tanto, tuvo siempre lo que a los demás faltó: opulencia. Antes de las liberalidades de Felipe II ya era opulentísimo.

“El arzobispo de Toledo tiene 80.000 ducados de renta y la Iglesia Mayor no tiene menos, dice el embajador de la señoría de Venecia, Andrés Navajero. El arcediano tiene 6.000 ducados; el deán, de tres a cuatro, y creo que hay dos; los canónigos, que son muchos, tienen algunos 800 y ninguno menos de 600 ducados. De modo que los amos y señores de Toledo, principalmente de las mujeres, son los clérigos, que tienen hermosísimas casas, gastan y triunfan dándose la mejor vida del mundo sin que nadie les vaya a la mano”.⁹⁷

⁹⁷FABIÉ, ob. cit., págs. 373-374. *Carta desde Toledo, 12 de septiembre de 1525.*

Lo mismo poco más o menos dice Navajero de Sevilla, etc. El clero es el rico, es el amo. Y andando el tiempo será no sólo el amo, sino el verdugo; y su riqueza crecerá tanto que la mitad de la fortuna de España duerme, puede decirse, en manos del sacerdocio, en manos de la Iglesia.

La malversación, el desorden financiero, desarrollan su ola fatídica. Para la recaudación y administración de los impuestos hay un ejército de presupestívoros, succionadores, aligeradores del Fisco. Su número es infinito, como el de las arenas del mar y las estrellas del cielo. Existen nada menos que 80.000 recaudadores y administradores. Cada uno de ellos es un diminuto duque de Lerma, un chico conde-duque de Olivares, un minúsculo príncipe de la Paz; es decir, cada uno es un gran ladrón en pequeño.

Los ministros dejan correr la bola. El Rey no logra por lo común la menor noticia de lo que pasa en su Reino. Todos estos monarcas muestran patentes estigmas de degeneración. A Felipe III se le consideró incapaz de empuñar el cetro; Felipe IV, de prognatismo repugnante como los criminales de Lombroso, no piensa sino en libidinosas distracciones que le procuran los áulicos que lo dominan. Carlos II no pudo hablar hasta los diez años; mastica mal porque las quijadas no coinciden; no digiere porque no mastica; tiene miedo de todo y principalmente del diablo; nunca conoció los nombres de las principales ciudades de su propio Reino. Es cretino.

Los Borbones españoles, salvo Carlos III, no superan a los austríacos: el primer Borbón, Felipe V, era casi tan degenerado y tan idiota como el último austríaco. Padecía de flatos; no salía de la cama de sus mujeres, María Luisa de Saboya, primero, e Isabel de Farnesio, después. Estas princesas gobiernan la voluntad del Príncipe y a su vez son gobernadas por intrigantes de la Corte. A Fernando VI le faltaron, según se dice, aquellos apéndices que echan de menos los cantores de la Capilla Sixtina y los guardas del serrallo del gran turco.

El Estado anda de mal en peor. El marqués de Villars deja un cuadro sombrío. Los gobernadores de Flandes, de Nápoles y de las Indias vuelven cargados de millones mal habidos y por todo castigo obtienen nuevas recompensas. El Estado no paga "las sumas debidas a los príncipes aliados".

El Ayuntamiento de Madrid, que ha contraído deudas con los vecinos pudientes, no paga lo que debe. Los particulares tampoco. Y no pagan porque no pueden. *"Las provincias estaban agotadas igualmente que la capital, viéndose en algunos lugares de Castilla que las gentes tenían que cambiar entre sí las mercancías por carecer de dinero en absoluto. En la misma casa del Rey no se pagaba nada, lo mismo que en la de la Reina madre"*.⁹⁸

⁹⁸*España vista por los extranjeros*, III, pág. 190.

En el país dueño de Zacatecas, Potosí, y el suelo y subsuelo de Nueva Granada no hay plata ni oro en circulación. El numerario ha desaparecido. España, observa un economista español del siglo XIX, “con ser la nación más rica en minas es la más pobre en moneda”. Para procurarse dinero, las familias que no pueden otra cosa, venden a los extranjeros sus alhajas, sus vajillas de plata, “todo cuanto de máspreciado tenían”.⁹⁹

El Gobierno va más allá: vende los empleos. En Madrid, hacia 1680, en vez de cuatro corregidores, había 40. Esos cargos se vendían hasta por 50.000 escudos. Va aún más lejos el Gobierno: vende títulos de nobleza. Su Majestad católica no vacila en vender estos títulos hasta a los judíos que pueden pagarlos. El marqués de Villars comunica a Luis XIV la noticia de haberse vendido un título de marqués, por 15.000 pistolas, al hijo de un opulento israelita. Aquel dinero sirve para que pueda ir a encargarse de la gobernación de Flandes el Príncipe de Parma.¹⁰⁰

El contrabando florece. El Rey, los ministros, el clero eran los mayores contrabandistas: “*El Rey mismo solía ser el primero en quebrantar las leyes del comercio, otorgando a diferentes hombres de negocio permiso para introducir mercaderías de contrabando, mediante un servicio pecuniario o cantidad alzada que pagaban a la Corona*”.¹⁰¹

Otras veces concede abusivas licencias de exportación que arruinan el comercio en beneficio de aquellos audaces que conocen el medio de propiarse la Corona. Esta benevolencia tarifada llegó a degenerar “en arbitrio fiscal y vergonzoso monopolio”. Por dinero, “la misma autoridad daba el ejemplo de atropellar las leyes”.¹⁰²

El insaciable conde-duque de Olivares cuenta entre sus gangas el enviar anualmente un navío repleto de mercaderías a las Indias. “*Los consejeros que llaman de hacienda —dice el embajador Contarini— son los mismos que por acrecentar la suya destruyen la de la Nación y traen grandes despachos con los genoveses*”.

El clero, casta mimada, no tenía más escrúpulos morales que reyes y ministros, y ayudaba a conciencia a desvalijar el país. El clero, metido a especulador, exporta sin pagar derecho alguno las mercancías corrientes; y quiere pasar y pasa por encima de todo cuando algún artículo no puede ser exportado y a los reverendos les parece pingüe negocio el exportarlo. “*Fatigaba la jurisdicción ordinaria negándole competencia para exigirle los derechos de almorifazgo, puertos y diezmos*”. “*Se creía dispensado de las leyes*”.¹⁰³ Y por su influencia lo estaba.

⁹⁹España vista por los extranjeros, III, pág. 190.

¹⁰⁰Ibíd., III, pág. 191.

¹⁰¹COLMEIRO, ob. cit., II, pág. 357.

¹⁰²Ibíd., II, pág. 354.

¹⁰³COLMEIRO, ob. cit., II, págs. 370-371.

Los empleos se venden. Los empleados también se venden. “*Los del ramo fiscal eran fáciles de sobornar. Las prohibiciones de importar y exportar eran, en su mayor parte, leyes muertas, pues se eludían por los mercaderes ganando la voluntad de los ministros y de los guardas de las Aduanas, que de pastores se habían convertido en lobos*”.¹⁰⁴ Ejemplos perniciosos, que señorean y corrompen a todas las jerarquías, derramaban su perniciosa influencia—como hemos visto—desde las cumbres del Estado. La corrupción de los de arriba pauta la corrupción de los de abajo. Cada ministro, cada valido, tiene cien cómplices e instrumentos. La cadena de fraudes, que empieza al pie del Trono, termina en anónimos empleadillos. Por lo demás, los subalternos sobre ladrones son perezosos, negligentes. Nadie se preocupa por nada.

En tiempos de Felipe V, en 1720, se introdujo como medida arancelaria muy progresista —y que no tuvo más móvil que la pereza burocrática— el no examinar las mercancías para que pagasen derechos aduaneros conforme a su calidad, sino palmeando los fardos; es decir, cobrando a cada mercancía según el tamaño del fardo o envase que la contiene, sin abrir éstos ni valorarlos. Cada palmo cúbico pagaba lo mismo, “ya fuese de encajes de Holanda, ya de bayetas de Alconchel”. Los extranjeros, fabricantes de lo fino, perjudicaban al comercio y al Fisco españoles. Y era el Estado el que promovía tales novedades, que no iban en zaga a las ordenanzas contra las industrias de paños, lanas y cueros, ni a las disposiciones contra el comercio interior de granos o contra la circulación de las letras de cambio.

La pereza ha invadido la Nación de tal modo que 60.000 franceses llegan por año a realizar en España las labores del campo, que podrían hacer los frailes holgazanes acogidos a los conventos y que no hacen. Estos 60.000 franceses se vuelven a su país llevándose lo ganado; es decir, sacando de España lo que en España depauperada podría quedar.

Otros ramos de la administración no andan más rectamente que la hacienda. La justicia, por ejemplo, es un mercado abierto donde todo se compra y todo se vende. Por dinero, dice Villars en sus *Memorias*, se salvan los criminales ricos; y los pobres se salvan porque nada habría que ganar condenándolos.¹⁰⁵ Y como la violencia alcanzó siempre culto en España y en todos los pueblos de raza española, los crímenes están a la orden del día. Se asesina públicamente en Madrid de 400 a 500 personas por año, apunta el embajador de Luis XIV, sin que se viera jamás castigar a los culpables.¹⁰⁶

La concusión y el peculado no son de una sola época en España, sino de todas las épocas. Y en el banquillo de los acusados podrían sentarse, entre los reyes, desde Carlos V hasta Fernando VII; entre los militares, desde el Gran Capitán hasta los últimos capitanes generales de Cuba y Filipinas; en-

¹⁰⁴Ibídem, II, pág. 371.

¹⁰⁵España vista por los extranjeros, III, pág. 186.

¹⁰⁶Ibídem, III, pág. 186.

tre los ministros y validos, desde Xevres hasta Alberoni y desde Lerma hasta Godoy.¹⁰⁷

Y no es sólo en España en donde el peculado hace de las suyas. La América, de origen español, no le va en zaga y a menudo la gana. Algunos de aquellos países presentan, en este punto, el espectáculo más bochornoso. Venezuela, por ejemplo, es el paraíso de los ladrones oficiales. Otros países rivalizan con Venezuela.

¿Qué se les ocurre a los hacendistas de España, en los tiempos en que se inicia o agrava la decadencia, para conjurar la situación? ¿Qué opinan los economistas?

A los hombres de gobierno no se les ocurre nada más sencillo que vender, como se ha visto, los empleos, saquear a los particulares, despojar los galeones que traen dinero para transacciones comerciales, empeñar las rentas del Estado, pecharlo todo, imponerlo todo, exprimirlo todo, arruinarlo todo.

En tiempos de Felipe IV no hay renta pública ordinaria o extraordinaria que no esté empeñada. El país agoniza bajo el peso de los tributos. Quevedo, hombre de genio, patriota de mucho valor cívico, dice a Felipe IV, que el pueblo recela "*no le echen gabela sobre el respirar*". Es, en efecto, lo que falta: pechar el aire, imponer el aparato respiratorio.

Los gravámenes oprimen a España; pero el Fisco no reacciona. En más de 75 millones de reales de vellón cada año se calcula el déficit durante los reinados de Felipe III y Felipe IV. En tiempos de Felipe V la situación empeora y el déficit aumenta hasta muy cerca de 273 millones. Sin embargo, las doctrinas de Colbert han pasado los Pirineos y ministros extranjeros hacen con ellas ensayos de aplicación. "El arte de gobernar triunfa del ciego empirismo y el sistema prohibitivo cede perezosamente el campo al sistema protector".¹⁰⁸ Los resultados no son los que debieran; el déficit, como vemos, aumenta.

Desde que la decadencia se manifiesta hubo patriotas que se preocuparon de la cuestión económica. En el siglo XVII los mismos Gobiernos promueven

¹⁰⁷Hoy mismo ¿qué ocurre? Acaba de morir a tiros, en la más céntrica de las calles de Madrid —calle y puerta de Alcalá— el presidente del Consejo de Ministros, D. Eduardo Dato. El presidente iba en automóvil. Los matadores le dispararon desde una motocicleta y escaparon a toda velocidad. La Policía —el Cuerpo de Vigilantes del presidente— no pudo seguirlos por carecer de vehículo apropiado. A este respecto escribe *El Sol*, de Madrid, el 10 de marzo de 1921: "*Y esto ocurre a pesar de estar bien dotados por el Estado los recursos de Policía, aun estando gravados los presupuestos de la Nación con partidas pingües dedicadas a la vigilancia. Algo, pues, ocurre: ese algo realiza el absurdo prodigio de que una dotación que podría lograr gran eficacia no llegue a los directamente encargados de velar por la seguridad pública*". Otro diario de Madrid, *El Liberal*, más valiente que *El Sol*, es más explícito en sus acusaciones.

¹⁰⁸MANUEL COLMEIRO: *Biblioteca de economistas españoles, Introducción*, pág. 39.

la dilucidación de las cuestiones económicas. Algunos hombres eminentes vislumbran la verdad en medio de aquel caos y hablan con heroica libertad relativa. La cuestión económica, en vista de la ruina del país, aparece como una preocupación en los más generosos espíritus. Todo el país oye con respeto a los que puedan descubrir la clave del porvenir económico. Y en medio de algunas voces sensatas, se mezclan absurdas teorías. Al iniciarse el siglo xvii, ya un escritor, Cellorigo, se inquieta por la *Restauración de la República de España*; y a medida que corren años crece la preocupación de aquellos hombres capacitados para pensar y opinar en materia de economía política.

Llega hasta constituirse una Junta, en los días de Felipe III, para estudiar las causas de la ruina de la industria española. La Junta consultó a los prohombres. Un economista de la época, Damián Olivares, en Memoria dirigida a la Junta expone su parecer: "*Yo entiendo —dice— que esta opinión que se debe comerciar con extranjeros, para que así abunde el Reino en mercaderías es árbitro del mismo demonio, que tiene puesto en los que le sustentan para destruir un Reino que Dios ha mantenido tan católico y cristiano*".¹⁰⁹

Gracián Serrano enseña: "*Sería preferible que los españoles anduvieran vestidos de pieles a que usaran telas y ropas extranjeras*".¹¹⁰

A Fernández de Navarrete, que llama a los monarcas "nuestros santos reyes", se le ocurre proponer, como medida eficiente en 1622, que se expulse a los extranjeros.

Algunos razonan por qué España debe suprimir toda compra en el extranjero. Porque saliendo el oro y la plata del país las fuerzas de la Nación disminuyen. Según teorías de la época, la mercancía se usa y desvalora y el oro no; cambiar oro por mercaderías, aunque fuesen necesarias, resulta pésimo negocio. Y si unos economistas preconizan que nada se debe comprar en Europa, preconizan otros que no debe venderse a Europa nada. ¿Por qué? Porque no permitiéndose la salida de materias primas que la Nación produce, "los frutos crudos", se obligan los españoles a trabajar esas materias, y "*la virtud se mantiene en mucho número de personas: doncellas, viudas, casadas de mucha calidad y aun monjas...*".¹¹¹

Si las cosechas de frutos exportables sobrepasan a lo que necesita la Península, no importa; tampoco se debe exportar el exceso, ni siquiera a las Colonias, aunque las colonias, a su turno, necesiten la sobreproducción de esos artículos que ellas no producen. Esa superproducción "*sería más conveniente quemarla que sacarla*". Esta absurda teoría, suicida para un país de colonias, no era nueva en España. Desde 1548 pedían al Monarca las Cortes de Valladolid que "*defendiese la saca de mercaderías de los reinos de España para dichas Indias*", dando por razón "*el crecimiento del precio*

¹⁰⁹MANUEL COLMEIRO: *Historia de la economía política*, vol. II, pág. 335.

¹¹⁰Ibíd., vol. II, pág. 341.

¹¹¹Ibíd., vol. II, pág. 336.

de los mantenimientos, paños, sedas, cordobanes y otras cosas de que en aquellos reinos había general uso y necesidad, y haber entendido que esto venía de la gran saca que de estas mercaderías se hacían para las Indias".¹¹²

¿Podía remediarse el morbo interno que padece la Nación aplicando semejantes doctrinas de terapéutica económica, tan divulgadas entonces y no sólo en España?

Hombres hubo entre esos economistas españoles del siglo xvii que descubrieron con claridad los problemas nacionales y la manera de resolverlos. Caxa de Leruela es uno de estos economistas; Fr. Benito de Peñaloza es otro. Leruela no sólo aboga por el comercio libre y porque vengan a España mercaderías extranjeras, cuando hagan falta, sino "oficiales y obreros para los oficios mecánicos".¹¹³ Comprende que España, cuyas industrias han venido a menos, no debe permitir que se arruinen su agricultura y su cría. En la cría y la agricultura, por el contrario, mira las fuentes del resurgimiento económico de España. En este sentido es precursor de brillantes figuras del siglo xix, como Costa, Picavea, etc. "Los ganados son riqueza sólida —enseña— y tanto más excelente que el oro".¹¹⁴ Es necesario regar los campos, opina, "fertilizarlos, sacando los ríos de madre".¹¹⁵ Es decir, aprovechando el caudal en represas para regadío. Los modernos agrarios españoles no proponen otra cosa. Costa opina que con una parte pequeña de lo gastado en guerras podrían hacerse magníficos "pantanos" con que regar y fertilizar media España baldía. Leruela decía que las represas para fertilizar el suelo árido podrían practicarse "con la cincuentena parte" de lo que consumieron las guerras de Flandes.

Es opuesto a "Censos, Juros, Vínculos y Mayorazgos", a los que llama "reclinatorios de holgazanería". Los cree, máximo en previsión, causa de ociosidad, no efecto. Es enemigo, más o menos encubierto, de estancamientos conventuales para la energía nacional; y de las guerras, que la derrochan. No cree, como la mayoría de sus contemporáneos, que el oro es la única riqueza. "Oro es lo que vale oro".¹¹⁶ Hombre eminente, en suma.

Otro hombre, no menos clarividente que Leruela, pero más cobarde, fue el benedictino Peñaloza. ¡Patética actitud la de este fraile! Tiene el espíritu lleno de claridad, la boca llena de verdades; y teme iluminar las sombras que lo rodean y tiembla por las verdades que puede decir. La Inquisición, el miedo a la Inquisición y a las ideas y errores imperantes, tiende a cerrarle boca y ojos; su conciencia y el amor de su patria se los mandan

¹¹²BARALT, ob. cit., pág. 353.

¹¹³*Restauración de la abundancia de España o Prestantisimo único y fácil reparo de su carestía general.*—Su autor D. Miguel Caxa de Leruela—Segunda reimprisión.—Madrid, MDCCXXXII (Esta obra no existe en la Biblioteca Nacional. El ejemplar consultado pertenece al Instituto de Reformas Sociales), pág. 67.

¹¹⁴MIGUEL CAXA DE LERUELA, ob. cit., cap. XII, pág. 29.

¹¹⁵Obra cit., pág. 57.

¹¹⁶Ibíd., ob. cit., pág. 32.

abrir. El drama que se desarrolló —como suponemos— en el espíritu de este clérigo eminente, cohibido en su libertad y tembloroso por sus opiniones, fue el drama que de seguro destrozó a tantos espíritus de España, fue el drama siniestro, mudo, ignorado, infecundo, desgarrador de toda la España pensadora.

Peñaloza estudia los problemas de la decadencia de España; casuista y entortillado hasta en el título de su obra, la bautiza *Cinco excelencias del español que despueblan a España*.¹¹⁷ Su táctica consiste en pintar como cualidades los defectos, o como virtudes sociales aquellos errores públicos que conducen a España hacia la ruina. Estas cinco excelencias del español que despueblan a España, son, en términos de ahora: primera, la fe; segunda, la ignorancia; tercera, la guerra; cuarta, la injusticia y el favoritismo de los reyes; quinta, el desgobierno y la incapacidad administrativa.

Esas eran, en realidad, causas primordiales de la decadencia española. Fray Benito no lo expone así, aunque así lo piense. Es precisamente la manera de sugerir tales ideas, presentando las opuestas; es la manera de señalar como virtudes eficientes los mayores y más ruinosos desaciertos, lo que hace de interés el libro de Fr. Benito.

Veamos cómo procede, no sólo por curiosidad, sino para que se comprenda con ejemplos, y no con raciocinios ni vagas inducciones, la situación del espíritu español en el siglo xvii.

Primera excelencia del español que arruina a España: la fe. La fe despuebla e infecundiza por la multiplicación de monasterios y emigración de ronsurados. El autor dice lo contrario, para sugerir la verdad, y agrega: "*Cuán glorioso es el despueblo de España, por causa de que sus naturales vayan a ganar almas para el cielo*".¹¹⁸

Segunda excelencia: el amor de la teología. La ignorancia es pavorosa; no se estudia sino ciencia teológica. Fr. Benito, en vez de condenar la ignorancia ni el exclusivo estudio de la teología, entona un alevoso himno a los teólogos: "*España es el asilo y propugnáculo firmísimo donde se hallan la sana doctrina, la pia interpretación y católico sentido de las Divinas Letras. Oy son los españoles la gloria y honra de Dios, con sus eminentes y floridas sciencias*...".¹¹⁹

Tercera excelencia que arruina a España: las guerras extranjeras. Y como no puede decirlo, dice en tono de explicativa disculpa: "*Los españoles —como no tienen en qué ejercitar sus armas en España— salen fuera de ella a lograrlas*".¹²⁰

¹¹⁷*Libro de las Cinco excelencias del español que despueblan a España*, para su mayor potencia y dilatación, por el M. FR. BENITO DE PEÑALOZA Y MONDRAGÓN, Monje benito, Professo de la Real Casa de Nágera. Año 1629. Impresso en Pampiona por Carlos de Labayen, impresor del Reino de Navarra.

¹¹⁸Obra cit., pág. 33.

¹¹⁹BENITO DE PEÑALOZA Y MONDRAGÓN: obra cit., pág. 49.

¹²⁰Obra cit., pág. 71.

La cuarta causa de la ruina y trastorno españoles, la injusticia social, el favoritismo hacia la nobleza cortesana y parasitaria, con menosprecio de todo elemento de valer, lo descubre el demócrata Fr. Benito muy habilidosamente. Causa despoblación a España, dice: "*aver tan pocas ocasiones en ella de adquirir nobleza*".¹²¹ Lo que vale decir que no se favorece al que sobresale por su mérito. Generoso sentimiento democrático y justiciero alborea en el fraile Benito; y muy bien apunta su escopeta contra la ambición para dar en la injusticia.

Por último, la quinta causa de la decadencia española, el desgobierno y la nulidad administrativa, no podía abordarlos de frente, ni consiste su táctica en hacerlo, sino en hacer lo contrario. Y así, después de muchas digresiones y muchos adjetivos encomiásticos, concluye: "*Que todo el alivio y riqueza de España depende del buen gobierno del Perú*".¹²²

Por más habilidoso que fuera este casuista era un peligro. Se le sacó de España. Se le mandó a profesar teología en la Universidad de Viena. Y en ella murió. Había pasado doce años en América, en la Nueva Granada.¹²³

España se purgaba por el quemadero o por la expatriación de sus mejores elementos. Y guardaba con avaricia aquellos economistas que creían y decían que la idea de comerciar con extranjeros era ardid del demonio para perder a un pueblo tan católico como este pueblo.

Economistas de visión clara produjo España; teóricos discretos que se expresaban adrede en el obligado lenguaje oficial, de la época, entreverando las verdades teológicas con verdades más positivas. Pero los políticos prácticos seguían camino diferente al de los teóricos mejor intencionados o más sapientes. Aunque se les consultase, no se les obedecía. La hacienda del Estado seguía de escollo en escollo.

Las colonias pudieron salvar a la metrópoli. No la salvaron. Entre metrópoli y colonias se interpusieron la cerrazón ideológica de los peores consejeros de la Corona y la inexperiencia recalcitrante o la indiferencia suicida de infecundos politicastos. Infecundos para el bien nacional, no para los desaciertos.

¹²¹Obra cit., pág. 96.

¹²²Obra cit., págs. 145-149.

¹²³El historiador Groor lo recuerda en su *Historia eclesiástica de Nueva Granada* (I, cap. VI).

INCAPACIDAD ADMINISTRATIVA: LAS COLONIAS

Las Indias son para la metrópoli fuente de riqueza. ¿Cómo fomenta y explota la metrópoli aquella riqueza indiana? ¿Cómo practica España su comercio con las Indias? Las colonias viven secuestradas: no tienen relación con el mundo. A los extranjeros, en principio, no se les permite ni comerciar con ellas ni establecerse allí. Los mismos españoles no pueden ir sin dificultades.

Aquellos países no pueden traficar sino exclusivamente con la metrópoli. Ni entre sí pueden traficar. Pero ¿existen facilidades para este mismo limitado tráfico? Todo el comercio con las tres Américas españolas se realiza, no con entera libertad para España entera, sino con mil trabas y por un exclusivo puerto español, que fue primero Sevilla y más tarde Cádiz. De ese único puerto zarpan los pocos buques que las guerras de Europa, la apatía y los piratas permiten. Como de esos buques depende la vida mercantil y la vida material, puede decirse, de todo el continente neo-español, se vive en aquel continente lleno de oro y plata y que produce frutos como para sustentar al universo, con increíbles e incomprensibles escaseces, y en una turbación económica de cada momento. Los frutos que América produce no son en ocasiones exportados oportunamente por falta de navíos; a menudo, en la espera, se echan a perder sin beneficio para nadie, más bien con ruina para muchos.

Las industrias que se explotan en España no pueden iniciarse en América. Otras industrias no hay quien las implante ni en América ni en España. Casi constantemente se carece en el Nuevo Mundo de lo más indispensable para la vida, desde instrumentos agrícolas hasta ropa de vestir. Además, como sólo un puerto se habilita en la dilatada extensión de Sud América, el transporte de mercancías de ese único puerto a 100, 200, 500, 1.000 y más kilómetros tierra adentro, a lomo de mula, cuesta un dineral y aumenta el precio de la mercancía en un valor exorbitante. Algunas mercaderías llegan a su destino con un recargo de 500 y aun 600 por 100. Y los comerciantes sobre esos precios debían ganar.

Las Indias, con todo, producen a la metrópoli cerros de oro. Tal riqueza se esfumará en absurdas guerras europeas.

¿Cómo transporta España los productos de un mundo a otro?

Los transporta por medio de galeones, de aquellos legendarios galeones —iban anual o bianualmente— que caldeaban la imaginación y espoleaban la codicia de corsarios holandeses, ingleses y franceses. Sólo los holandeses capturaron entre 1623 y 1636 más de 500 buques españoles —entre galeones y barcos de la flota encargada de darles custodia— cargados con el oro y la plata de las Indias.

La corte aguarda con ansiedad el arribo de los galeones. Cuando tardan se teme que hayan podido caer en manos de piratas. En esos galeones suspirados viajaban, en efecto, tesoros. Los galeones que llevaban al Nuevo Mundo, de 15 a 20 millones de mercaderías españolas, o procedentes de puertos españoles, traían en cada viaje de retorno de 20 a 40 millones en frutos americanos. Traían además, el dinero de la corona.

Para 1686 los galeones constituyen 27 naves con 15.000 toneladas. Y la flota armada que los acompaña y protege 12.500 toneladas en 23 buques. Flota y galeones representan, pues, 50 barcos y 27.500 toneladas. Pero el tráfico decae, como decae todo. Durante la guerra de sucesión los galeones dejaron de cruzar los mares. La feria de Portobelo, en Tierra Firme, que era una especie de feria de Medina del Campo y en la que cada año, o cada dos años, venía a surtir media América, permaneció desierta por trece años consecutivos. En 1737 tuvieron que cesar las ferias de Portobelo.

En 1720 la flota salida de Cádiz sólo alcanzó a 6.000 toneladas.

Como América tenía que vivir, no bastándose a sí misma; como necesitaba los géneros de Europa que la madre patria o enviaba con lentitud galeónica o no enviaba, el contrabando convirtiéndose en urgentísima necesidad. América, ya que no del comercio español, ni del comercio lícito con el extranjero, por no estar permitido, vivió del contrabando. Con los géneros extranjeros, pasaban también de contrabando ideas inglesas, holandesas, francesas. Doble perjuicio para España: perjuicio material y detrimento de orden moral.

Para facilitar las relaciones comerciales entre la metrópoli y las colonias, los Borbones inician los llamados “navíos de registro”; la exclusiva del tráfico con América se transfiere de Sevilla a Cádiz; y ya no se reduce únicamente a los castellanos, sino se extiende a todos los españoles, el derecho a comerciar con las Indias.

Débiles paliativos. Unas veces las licencias para cargar navíos se acuerdan con lentitud y dificultades. Otras veces, los comerciantes retardan ex profeso los navíos para elevar el precio de los géneros.

Y no es raro que cuando arriban los géneros españoles encuentren los mercados ultramarinos abarrotados de mercaderías extranjeras, introducidas de contrabando, con anuencia y beneficio particular de las autoridades españolas de las mismas colonias.

Entre lo introducido subrepticamente y lo que España misma compra en el resto de Europa para enviar a sus colonias, llega un momento en que América vivió, puede decirse, del comercio y del contrabando extranjeros, a pesar de las restricciones y a pesar de los monopolios. En más del 80 por 100 de las mercaderías totales que allí se introducen durante el siglo XVIII calculan los economistas las mercaderías extranjeras.

Durante el mismo siglo no llegan a 40 los buques que salen, cada año, de España para América. Los de otras naciones pasaban de 300.¹²⁴

A la ineptitud práctica se une la torpeza doctrinal. Ciertas providencias oficiales parecen tomarse de propósito deliberado para arrebatarse a la metrópoli el provecho que pudiera sacar de sus posesiones del Nuevo Mundo. En 1735, por ejemplo, prohíbe Felipe V, a los comerciantes de México y Perú, hacer remesas de caudales a España para proveerse en España de mercaderías. ¿Para qué, entonces, las colonias?

La incapacidad de la metrópoli en materia de economía política, la ponía ella misma de manifiesto. Su ruina era inevitable. "Más producían la Martinica y la Barbada a Francia e Inglaterra, a mediados del siglo XVIII, que todas las islas, provincias, reinos e imperios de América a los españoles".¹²⁵

Llegó un momento en que algunos políticos de España se preguntaron si el inmenso imperio español era un beneficio o una carga pesada para la metrópoli.

XII

PALABRAS FINALES

No habrán sido exclusivos factores de la decadencia española la imprevisión política, la incapacidad administrativa y la inescrupulosidad en el manejo de la res pública —la realidad social es muy complicada—; pero juegan en ella un papel de suma importancia. Por eso se les concede en estas páginas categoría de excepción. Por eso y por ser premisas forzosas para concluir por qué fueron como fueron los hombres de la Conquista, en cuanto iniciadores de nuevas sociedades; y las nuevas sociedades que de ellos nacieron.

Se ha insinuado desde el principio de esta obra —y conviene insistir en ello— que no se ha tenido la pretensión de esbozar una psicología del pueblo español. Quedan, sí, apuntados algunos rasgos de esa compleja psicología: los que parecieron más indispensables al propósito de este ensayo: conocer al conquistador. Y aun no todos. La lista podría alargarse. Mientras mayor sea, más claramente podremos interpretar al héroe español de América en el siglo XVI.

Hemos hablado del orgullo, por ejemplo; pero ni ése ni otros móviles de acción los hemos visto en juego, produciendo la historia de la raza. ¿Cuál ha sido la primera consecuencia social del orgullo? La carencia de industrias no tenga, tal vez, fundamento más sólido. El orgullo distanció al pueblo

¹²⁴COLMEIRO, ob. cit., II, pág. 418.

¹²⁵COLMEIRO, ob. cit., pág. 421.

español de oficios e industrias lucrativos, contribuyendo, a la larga, a crearle una segunda naturaleza de ineptitud en este sentido.

La guerra lo desangra y empobrece; la política de España fue la del jugador ambicioso y poco práctico: en vez de contentarse con ganar un poco hoy y otro poco mañana, quiso desbancar al monte cada día; y cada día, en vez de desbancar al monte, fue perdiendo lo suyo.

La religiosidad empuja una parte de la población a las hogueras; perecen, no sólo tantos o cuantos millares de personas —lo que no significa nada—, sino algo de mayor trascendencia: la facultad de pensar con brío, la confianza en el propio espíritu y la capacidad del espíritu activo y fértil para ir modificando, en sentido de mejora, el medio en que se vive. Otra parte de la población, merced a la religiosidad y a la holganza, se castra e infecundiza encerrándose en los conventos.

El comercio, por falta de ejercicio y de consagración, se ignora u olvida, y pasa con la riqueza que produce, a manos extranjeras. La pereza y la ignorancia, hijas de la fe, traen o coadyuvan a traer la miseria; la miseria depauperada fisiológicamente la raza. Un eminente y perseguido escritor castellano del siglo xvii —el gran Quevedo— acusa al hambre, con razón, de mermar los bríos de la raza:

*Perdieron su esfuerzo pechos españoles
porque se sustentan de tronchos y coles.*

España, la España de los siglos xvii y xviii, dueña de colonias como después de Roma y antes de Inglaterra, no conoció pueblo alguno, produce la impresión de un mendigo, flaco y pálido, sobre una montaña de oro.

Fortuitamente o no, España tuvo puntos de parentesco con el gran pueblo que la colonizó e infundió duradera civilización. Como Roma, practicó la independencia municipal; como Roma, fue guerrera y colonizadora. Como Roma, mezcló al sentimiento patriótico cierto espíritu religioso. Consideró el comercio y la industria, como Roma, dignos de esclavos, reservando para hidalgos y hombres libres la guerra y sus aventuras. En Roma, ya decadente y sin virtudes, se conservó el espíritu guerrero. En España también. Con una diferencia: en Roma la guerra siempre condujo a la magistratura y los honores, mientras que en España el militar estuvo o llegó a estar por debajo del sacerdote: las armas fueron, primero, contrabalanceadas por el rosario; más tarde, el uniforme fue echado atrás por la sotana.

En este sentido es sugerente una joyita teatral de Cervantes: *La guardia cuidadosa*. Un soldado y un sacristán cortejan a cierta linda criadita. La doncella prefiere al sacristán. El clero pasa, hasta en la estimación de la doméstica, antes que el ejército; la religión antes que las armas; la fe antes que la gloria; el hombre que simboliza la Iglesia, antes que el hombre que simboliza la Patria. Cuando vaca el trono y se impone un regente no es el héroe quien asciende al solio —ni menos el estadista— sino el confesor, el

cardenal Cisneros. A España, a la España monacal, le ocurrió lo que a Bizancio: la ruina y la muerte la sorprende en medio de disputas teológicas; fabricando iglesias, resolviendo las cuestiones de Estado por medio de los frailes; peor aún en el caso de España, quemando herejes, preocupada de la salvación del alma, mientras se desmorona en manos de Austríacos y Borbones, tan devotos como nulos, el imperio de Carlos V.

El pueblo español no ha sido un pueblo de sentido práctico; pero ha sido el pueblo de la acción generosa, del ocio romántico, del desprecio caballeresco al utilitarismo *terre à terre*. Ha sido un pueblo de caballeros, de santos, de héroes. Hasta el mismo Sancho Panza, representante del espíritu práctico español, resulta un idealista. ¿No desdén su comodidad de todos los días, para correr aventuras, esperando las promesas, siempre incumplidas, de un personaje a quien conoce y juzga como fantástico y absurdo?¹²⁶ España, entre las naciones, representa el papel de María, admiradora contemplativa de Jesús, mientras Inglaterra, por ejemplo, representa el papel de Marta que lava las ollas, recoge las legumbres y dispone el puchero. Necesitamos de Marta; pero el encanto de María y su desinterés son mayores.

Observemos, de paso, algunas contradicciones en el carácter de este pueblo fundador de pueblos; contradicciones que encontraremos, más o menos atenuadas, en las Repúblicas hispánicas del Nuevo Mundo. Este pueblo es democrático, por ejemplo, y es eminentemente despótico; es altivo y pide limosna; es de una independencia bravía, en lo personal, y soporta, en lo nacional, los más odiosos despotismos. Es muy católico y muy poco cristiano.

Esas contradicciones y algunas otras que pudieran indicarse no son tal vez difíciles de explicar. El español —y el hispanoamericano— no toleran los abusos de poder por servilismo. Los toleran, por exceso de individualismo, por falta de cohesión social, por poca costumbre de ejercitar su derecho, por desconfianza de que se pierda su esfuerzo, por desprecio hacia la misma autoridad que los explota, o molesta, o tiraniza.

Los extranjeros comprenden esta psicología con dificultad. Cuando Buckle, pongo por extranjero, cree que el servilismo —él lo bautiza, eufémico, de *lealismo*— y la superstición constituyen "*the main ingredients of the national character*" y son causa de que España haya soportado Gobiernos que no soportarían otros pueblos, comete un error de psicología colectiva.

Este pueblo carece de iniciativa, no por incapacidad, sino por pereza filosófica, por desdén, por convicción fatalista de la infinita vanidad de todo. Pide limosna, porque se contenta con vivir; pero no hiráis su orgullo: esa misma mano que os implora podría abofetearos.

¹²⁶Ya Unamuno habló, o el sugerente Ortega y Gasset, del romanticismo de Sancho. Y hasta el rucio del escudero, en los versos de Francis Jammes, es algo quimérico.

¡Y qué energías!

Hasta cuando se la creyó exánime, probó esta raza atesorar energías insospechadas. El mismo Napoleón confiesa haberse equivocado con España. Bajo un monarca ridículo como Carlos IV, entregada a la liviandad de regia mesalina sin pudor y a la bragueta de un favorito sin escrúpulos; víctima de los frailes y de la ignorancia, con un déficit anual de 1.200.000 reales de vellón; sin marina, sin ejército, sin industria, en la mayor abyección política y la más triste postración económica, librada por sus reyes al conquistador extranjero, España se irguió, luchó casi inerme contra las águilas francesas, improvisó ejércitos, improvisó generales, improvisó Gobiernos, humilló al corso y reconquistó su soberanía. Lo triste es que no supo hacer uso de ella, y fue a depositarla a los pies de un malvado, de un traidor, de un inepto como Fernando VII. La imprevisión política se impuso una vez más.

Hoy mismo, la aspereza enconada de la presente lucha social, ¿qué significa sino combatividad, energía, salud, vida? Los agotados no luchan, los muertos no tienen pasiones, ni insultan, ni matan, ni mueren.

Un inglés dice encontrar en el fondo del alma española algo de perennemente salvaje.¹²⁷ Eso que llama salvaje el escritor británico es precisamente lo intacto, lo primitivo, lo sano. ¿En cuántos viejos países podríamos encontrar ese frescor de juventud, esa elemental salvaje? La mayor parte mueren de exceso de civilización.

Existe, o ha existido hasta hace poco, una tendencia, de origen germánico y sajón —u originada en hombres, como Gobineau, influenciados por ellos—, a menospreciar a España y en general a todos los pueblos de estirpe latina. El método, la ciencia, las grandes virtudes sociales se deben a los pueblos del Norte. La cultura moderna es obra de esas razas. Esas razas de pelo rubio y ojos azules constituyen la flor de la Humanidad.

¡Qué empeño se puso en menospreciar cuanto no fue sajón, y germano! Hasta se llegó a descubrir que los máximos genios de la latinidad, como Vinci, eran una mera traducción del alemán.

Con furor científico propugnaron sajones y germanos, germanizantes y sajonzantes, la superioridad indiscutible, en todos los órdenes y *per secula seculorum* del hombre ario, dolicocefalo, rubio; del *homo europæus*, en suma, como lo han bautizado.

Se olvidaban de Grecia y Roma, de las cuales aún viven. Mientras los alemanes y los ingleses habitaban en chozas, devorándose unos a otros, España y los árabes de España poseían una civilización espléndida. ¿En dónde estaba entonces la superioridad de ojos azules? En los días del Renacimiento italiano, ¿por qué no brilló entre las brumas hiperbóreas nada parecido a Florencia? El derecho y la colonización tuvieron cuna en la tierra de Rómulo. A comerciar los enseñó Venecia; a navegar mares ignotos, Portugal y España; la antigua Roma sometió todas esas cabezas rubias al yugo moreno y

¹²⁷HAVELLOCK ELLIS: *The soul of Spain*, pág. 55.

latino. ¿Quién completó la geografía del planeta? España. ¿Quién ha descubierto *Pagrement de la vie*? Francia; no esos taciturnos borrachos nórdicos. ¿Y a quién sino a Francia se debe la libertad política en el mundo moderno? ¿En dónde estaba, en esos distintos momentos de la Historia, la civilización de pelo rubio, la superioridad de blanca piel pecosa, el orgullo ridículo de los ojos azules? A esos ojos azules y a esas manos de nieve los hemos visto implorando muchas veces, desde los días de Julio César hasta los días de Napoleón.

Hemos visto caer en la última guerra europea uno de estos gigantes de la ciencia, ahítos de química; uno de estos colosos de la organización, maniáticos de método; uno de estos arios, dolicocefalos, de pelo rubio y ojos azules. Benéfica lección, esta lección que se repite con frecuencia a todo lo largo de la Historia y que hiere en el orgullo a razas que se creen razas privilegiadas.

El desenlace del último drama de pueblos parece contribuir a desprestigiar las fantasías de Gobineau sobre la superioridad germánica y a que consideremos como una broma bastante pesada la teoría más reciente de Lapouge y Ammon, respecto a la excelencia, sobre las demás razas, del ario dólico-rubio.¹²⁸

¹²⁸Esta teoría, que ha tenido —con más o menos amplitud— entre los pueblos latinos divulgadores, como Demoulins en Francia y Sergi en Italia, carece de base científica. Ha sido refutada triunfalmente en más de una ocasión. Consúltese, como uno de los más competentes y decisivos adversarios de esa fantasía orgullosa, el enérgico y brillante libro del profesor N. COLAJANNI: *Razas superiores y razas inferiores*, traducción española de José Buixó Monserdá (3 volúmenes). Barcelona, 1904.

SEGUNDA PARTE

LOS CONQUISTADORES

INTRODUCCION

Los descubridores y conquistadores españoles de América —hoy podemos juzgarlos sin prevenciones y con exacta noción de su obra— fueron hombres maravillosos, muy de España y muy del siglo xvi.

¿Qué hicieron? Ensacharon la tierra. Descubrieron y sometieron casi la cuarta parte del planeta: un continente íntegro, antes desconocido. En ese continente, poblado de razas indígenas y con naciones en diferentes etapas de evolución sometieron en poco tiempo —menos de cincuenta años—, un territorio de más de 80° a Norte y Sur del ecuador terrestre.

Espaciado entre los dos grandes Océanos y entre uno y otro polo aquel continente, va la parte de ese mundo que tocó en suerte al heroísmo y la actividad españoles, desde el Pacífico hasta el Atlántico, por lo ancho, y ocupa en longitud cosa de 1.600 leguas castellanas.

Las conquistas se realizan en medio de los mayores obstáculos que sea dable vencer al hombre; y en proporción numérica irrisoria con respecto a los conquistados. La misma proporción existe entre la parvedad de los héroes y la magnitud de la conquista.

Allí no venció el número, ni siquiera el arrojo, sino una raza superior sobre una inferior; una civilización que disponía del arcabuz y de la espada, del dogo y del caballo, contra otra que sólo disponía de la flecha y de la maza; carente además, de animales de guerra y transporte. Con razón se ha dicho que si los indios hubieran conocido el uso del hierro, los europeos no hubieran podido someter los imperios americanos.

La superioridad política también era manifiesta. Los españoles conocían prácticamente una lucha nacional de varios siglos, por tres ideas rectoras: la unidad del territorio, la dominación de la propia raza y el triunfo de la patria fc. Los indios carecían de tales ideas rectoras: defendían instintivamente el suelo hereditario, pero unas naciones indias, por odio a otras na-

ciones indias, se aliaron con los invasores extranjeros contra sus hermanos de raza. El resultado fue facilitar la conquista.

Se valieron los españoles de unos aborígenes contra otros, a tal punto, que en los ejércitos de Cortés, por ejemplo, aunque sólo fueron de Cuba 518 españoles de infantería, 32 ballesteros, 13 escopeteros, 16 jinetes y 120 maríneros —fuera de la servidumbre, compuesta de 200 indios y algunos negros—, había más tropas que en las de Gonzalo de Córdoba. En la toma de Tenochtitlán, combatían bajo el estandarte de Cortés miles y miles y miles de soldados indios, aliados del conquistador; bárbaros que preparaban con la destrucción de sus hermanos en raza y geografía su propia destrucción.

El espíritu de servilismo a la realeza también contribuyó a perder a los indios: caídos los emperadores, las naciones se creían, por lo común, sin fuerzas para resistir, y con dificultad encontraban los medios de que dispo- nen para salvarse los pueblos libres de nuestra época.¹²⁹

El no haber estado jamás en relación con pueblos y razas blancos, les fue fatal: tuvieron la tendencia, al principio, de creer a los invasores de enorme superioridad, máxime de orden moral. Cuando Atahualpa, que está en medio de sus tropas, es invitado por Pizarro a visitarlo en el real español, no vacila en ir. Allí se le apresra y se le humilla. ¡Tanta candidez merecía tan triste fortuna!

Con todo eso y mucho más, la audacia de los descubridores y conquista- dores españoles perturba, sino eclipsa, toda noción conocida de heroísmo.

El conquistador hispano del siglo XVI, dentro de la comunidad de carácter con el hombre de su país y de su tiempo, posee un sello especial que le viene del teatro en que actuó, y que lo inviste de un especial aspecto.

Como ciertos insectos asumen el color del árbol o de la tierra donde se crían, el conquistador de América, por un mimetismo inesperado, toma carácter del medio, tan distinto del europeo, en que su acción se desenvuelve.

Estudiemos al conquistador. Conociendo la psicología de su raza, comprenderemos con sólo verlo definirse por la acción, qué nexos psicológicos lo unen con el país de donde procede. Sepamos a qué clase social pertenecía, cuál era su instrucción, qué ideas religiosas lo preocupaban, en qué grado fue codicioso, religioso, heroico, individualista, dinámico, cruel. Observemos sus oscuras nociones del Derecho, sus querellas ante la Majestad real, su nulidad como administrador, y el fin que tuvo aquella generación de gerifaltes. Descubramos la trascendencia civilizadora de su acción.

Sólo entonces podremos asociar la idea de lo que fueron con la idea de lo que hicieron. Sólo entonces los conoceremos.

¹²⁹Los conquistadores sabían que, preso o muerto el Emperador, la defensa y los ánimos flaqueaban. "El gobernador (Pizarro) acordó —refiere el secretario y cronista de éste— de partirse en busca de Atabalipa (Atahualpa) para traerlo al servicio de S. M. y para pacificar las provincias comarcanas; porque éste conquistado, lo restante ligeramente sería pacificar". *Verdadera relación de la Conquista del Perú y provincia del Cuzco...*, por FRANCISCO DE XERXES, uno de los primeros conquistadores. Año 1534. Bartolomé Pérez, Sevilla.

Se hablará de los conquistadores en bloque, sin discriminar entre la chusma y los capitanes. Algunos de éstos tienen fisonomía propia; pero todos, capitanes y soldados —entre los cuales, además, no existía la diferencia que existe en un ejército de nuestro tiempo—, todos son miembros de la misma familia de rapaces.

Valdivia es un soldado. Tan hábil parece a los mismos conquistadores, que cuando los Pizarro, ya muerto Francisco, se insurreccionan en el Perú contra la real autoridad, el endemoniado Carbajal, maestre de campo de Gonzalo, observando en una batalla contra los realistas la buena disposición del campo enemigo, exclama:

—Valdivia debe estar entre ellos.

En efecto: acababa de llegar de Chile, a tomar parte en la guerra, a las órdenes del virrey.

Pedro de Alvarado es heroico, cruel, rapaz. El Tonatiuh, es decir, el sol, el astro, lo apodan los indígenas, a causa de los cabellos rubios del aventurero. Nadie más codicioso que Alvarado. El saquea las islas y las costas del golfo mexicano. El saquea a Tezcoco: allí, porque el indio Cacama no entrega todo el oro que la codicia de Alvarado ansía, lo asegura a un madero, y con brea derretida le rocía el cuerpo desnudo. El saquea a México, la imperial. El saquea a Utatlán, la magnífica. Tras el oro volará, a través de penalidades heroicamente padecidas, desde Guatemala hasta Ecuador; y por dinero, por 120.000 castellanos, venderá su pacífico retorno a Centro-América.

Almagro, hombre rudo, ignorantísimo, pero valiente, confiado, generoso, organizador, infatigable, tenía el instinto de la guerra, para la cual nació. Sin asomos de discreción ni de malicia en política, se dejó engañar miserablemente por los Pizarro, quienes, ya preso el antiguo camarada de Francisco Pizarro, le fraguaron un proceso, y sin piedad y sin necesidad lo victimaron. La muerte de Almagro lamentóse por cuantos amigos y partidarios tuvo; lo que prueba que sabía inspirar nobles sentimientos. El mismo Francisco Pizarro intentó disimular que hubiese tenido culpa en el asesinato de su antiguo camarada. El Rey castigó severamente a Hernando, que lo ejecutó.

Pedrarias Dávila, favorecido por el Rey, que lo pone al frente de numerosa expedición, es mezquino de alma. Traicionera y jurídicamente, por envidia, asesina a Balboa, que valía cien millones de veces más que él. Ejecuta a Hernández de Córdoba, porque éste quiso desconocerlo y pasarse a Cortés. Una escena lo pinta. La escena, que ocurre entre Almagro y Pedrarias, la describe el historiador Oviedo. Los capitanes Diego de Almagro, Francisco Pizarro y el clérigo Fernando de Luque, socios en la empresa de conquistar el Perú, quieren deshacerse de Pedrarias Dávila, gobernador de Panamá, a quien han prometido, obligados por las circunstancias, una participación en el botín. Porque la conquista se dispone como un negocio: los asociados contribuyen con tanto o cuanto y se benefician —de lo que produzca el saqueo, el botín—, en tal o cual cantidad. Por la conversación entre Almagro y Pedrarias se advertirá lo vil que era Pedrarias; pero asimismo se

verá que no sólo Pedrarias, sino también Almagro, Pizarro, el cura Luque —y así todos los conquistadores, sin excepción— entraban en las conquistas como en una empresa comercial. En efecto, los conquistadores se disponen a explotar las conquistas que emprenden, como un negocio; exponen en ese negocio la vida, como otras personas, en otros negocios, exponen su dinero. La vida y el valor de los conquistadores son su única hacienda. Con entera conciencia, ellos aventuran su capital, con la esperanza del provecho. Es decir, trabajan a su modo. Son empresarios y obreros de empresas heroicas. Son trabajadores hercúleos, aunque no los inspire, como a Hércules, un sentimiento altruista. Poseen, por otro lado, más dignidad y más valor que los *condottieri*, que también hicieron de la guerra un negocio; pero los *condottieri* se alquilaban y los conquistadores no: eran jefes y socios voluntarios de las formidables empresas que acometían.

Cierto día, Almagro, de vuelta de una primera expedición hacia el Perú, se presenta a Pedrarias. Pedrarias se envilece en el regateo de unos pesos que mendiga sin merecer.¹³⁰

Balboa forma con Hernán Cortés el par de más brillantes conquistadores. A Balboa, como a Cortés, no le falta la nota cruel; aunque no sea la más aguda en la armonía de aquellas guerreras vidas. Más desgraciado que Cortés, encontró Balboa un pérfido poderoso que le cortase el vuelo cuando más audaz iba ya siendo el ímpetu y más seguras las alas. Tenía grande inteligencia, grandísima voluntad, flexibilidad de político, pocos escrúpulos —hasta se dice que en su juventud fue rufián—, una actividad que no conocía reposo. El descubrimiento del Pacífico fue su principal mérito al recuerdo de

¹³⁰He aquí la curiosa escena, descrita por el capitán cronista:

—Señor —dice Almagro—, ya vuestra señoría sabe que en esta armada e descubrimiento del Perú teneys parte con el capitán Francisco Piçarro e con el maestrescuela don Fernando de Luque, mis compañeros, e conmigo; e que no avés puesto en ella cosa alguna, é que nosotros estamos perdidos é avemos gastado nuestras haciendas e las de otros nuestros amigos, e nos cuesta hasta el presente sobre 15.000 castellanos de oro; e agora el capitán Francisco Piçarro, e los chripstianos que con él están, tienen mucha neçessidad de socorro e gente, e caballos, e otras muchas cosas para proveerlos; e porque no nos acabemos de perder ni se pierda tan buen principio como el que tenemos en esta empresa, de que tanto bien se espera, suplico a vuestra señoría que nos socorrays con algunas vacas, para hacer carne, con algunos dineros para comprar caballos e otras cosas de que hay neçessidad, assí como jarçias e lonas e pez para los navíos... o si no quereys atender al fin de este negoçio, pagad lo que hasta aquí os cabe por rata, e dejémoslo todo.

—Bien paresçe, que dexo yo la gobernación —respondió Pedrarias muy enojado—, pues vos decís esso: que lo que yo pagara si no me ovieran quitado el oficio, fuera que me diérades muy estrecha cuenta de los chripstianos que son muertos por culpa de Piçarro e vuestra, e que avés destruydo la tierra al Rey; e de todos esos desórdenes e muertes avés de dar raçón, como presto lo veréis, antes que salgáis de Panamá.

A lo qual replicó el capitán Almagro, e le dixo:

—Señor, dexaos desso: que pues hay justicia e juez que nos tenga en ella, muy bien es que todos den cuenta de los vivos e de los muertos, no faltará a vos señor, de qué deys cuenta, e yo la daré, e Piçarro, de manera quel Emperador, nuestro señor, nos haga muchas e grandus merçedes por nuestros servicios. Pagad si queréis goçar de esta empresa, pues que no sudays ni trabaxays en ella, ni avés puesto en ella sino una ternera que nos distes al tiempo de la partida, que podría valer dos o tres pesos de oro, o

la posteridad. A él, y no a otro, parecía destinada la conquista del Perú. Era hombre para tanto.

Cortés, más educado y de mejor linaje que la mayoría de sus compañeros de heroísmo, es también el más hábil como político, aunque se parezca al más torpe en la estrechez del fanatismo religioso. Hábil, enérgico, ultracreyente, se parece un poco a Cromwell, salvo en el aspecto sombrío del Protector. Cortés, por el contrario, es amigo de la risa, de las mujeres, del lujo. Es liberal, oportunamente liberal, con sus amigos y tenientes. Lo que no empece que persiguiese el oro como el que más. A veces roba en el reparto a sus capitanes. Piensa con suma discreción. Sabe cómo conviene tratar a los hombres. Escribe con soltura. Adorna y abriganta sus acciones cuando las refiere por escrito; miente en política y trata en sus Relaciones de engañar a los reyes y a la posteridad.¹³¹ Tuvo la doble fortuna de un magnífico teatro para desplegar sus virtudes políticas y militares y la de llevar consigo a un capitán letrado, Bernal Díaz del Castillo, que iba a inmortalizarlo.

Pizarro es muy inferior a Cortés, a quien suele comparársele. No carece de una despejada inteligencia natural, aunque nadie más inculto; tampoco carece del temple heroico de Cortés y Balboa, ni de una férrea voluntad. Pero es pérfido, ignorante, fanático, ingrato, avaricioso, cruelísimo. No tiene nociones de política. Carece de grandes virtudes guerreras, aparte la osadía y el natural imperio del caudillo, que tiene como el que más. En su vida no existen páginas militares como el sitio de Tenochtitlán, por Cortés.

Tales son, a grandes líneas, algunos de los principales conquistadores. Habría que agregar rasgos de la hidalguía de Hernando de Soto, mejor que

alçad la mano del negocio e soltaros hemos la mitad de lo que nos debeys en lo que se ha gastado.

A esto replicó Pedrarias, riéndose de mala gana, e dixo:

—No lo perderíades todo e me dariédes 4.000 pessos.

E Almagro dixo:

—Todo lo que nos debéis os soltamos, e dejadnos con Dios acabar de perder o de ganar...

—¿Qué me dareys demás desso?

—Daros he 300 pessos—dixo Almagro muy enojado; e juraba a Dios que no los tenía, pero qué! los buscaría por se apartar dél e no le pedir nada.

Pedrarias replicó e dixo:

—E aun 2.000 me dareys.

Entonces Almagro dixo:

—Daros he 500.

—Más de 1.000 me dareys—dijo Pedrarias.

E continuando su enojo, Almagro dixo:

—Mill pessos os doy, e no les tengo; pero yo daré seguridad de los pagar en el término que me obligare.

E Pedrarias dixo que era contento. E así se hizo cierta escriptura de concierto... E desta forma salió (Pedrarias) del negocio.

Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano, por el capitán GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, vol. III, págs. 119-120. Ed. de la Real Academia de la Historia. Madrid, 1853.

¹³¹Véase *Cartas de Relación*, en la Biblioteca de Autores españoles: Historiadores de Indias, tomo I, págs. 1-153. Edición Rivadeneyra. Madrid, 1852.

la mayor parte de aquellos hombres terribles; y otros rasgos de Las Casas, el encendido apóstol del bien, “ángel de la guarda de los indios”.

Aquellos conquistadores —por lo general hombres nerviosos, biliosos, impulsivos y espíritus sin complicación— tendrán, aparte de especiales caracteres psicológicos del grupo —como la hiperestesia de la rapiña—, caracteres fundamentales de la raza a que pertenecen.

En rigor, la hiperestesia de la rapiña era lo característico en ellos; la rapiña en sí, no: esta flaqueza ha tenido siempre su nido, en España y en América, a la sombra de las funciones públicas. Allí parece que tal abuso no merece nota de infame. Un profesor de sociología en la Universidad de Madrid, que a pesar de ser profesor universitario es hombre de positivo mérito, opina que el afán de lucro es una de las características temporales del español.¹³² Otro profesor, un profesor hispanoamericano, le descubre a su turno avaricia adquisitiva y prodigalidad, “avidez de adquirir e incapacidad de retener”.¹³³ Francesco Guicciardini, embajador de la Señoría de Florencia cerca de Fernando *el Católico*, en la segunda década del siglo XVI, observó a los españoles de aquel tiempo con agudeza florentina, y, a este respecto, dice: “*E benchè è sappino vivere col poco, non sono però sanza cupidità di guadagnare; anzi sono avarissimi e non avendo arte sono atti a rubare*”.¹³⁴

Buenos españoles, los conquistadores serán vanidosos y sobrios, despóticos y democráticos, individualistas y religiosos, corajudos y fatalistas. Serán vengativos mientras dura el ímpetu de la pasión, que dura mucho; serán duros consigo mismos y con los demás; serán amigos de ceder a la suerte una parte muy amplia en toda empresa; serán más guerreros que militares; serán imprevisores, intolerantes, carentes de sensibilidad, malos políticos, pésimos administradores; serán incapaces de transigir en cuanto imaginen lesionado el honor y aun el orgullo. Y por encima de todo, serán hombres de presa.

I

EL RENACIMIENTO ESPAÑOL

Fue un momento de hiperheroicidad nacional el Renacimiento español. Es decir, no el momento en que, a ejemplo de Italia, empezaron a florecer las artes —momento que se retardó para España hasta los días en que se inicia y acentúa su decadencia política—, sino la época en que empezó a brillar en Europa el espíritu moderno.

¹³²SALES Y FERRÉ, ob. cit., pág. 32.

¹³³BUNGE, ob. cit., pág. 40.

¹³⁴RELAZIONE DI SPAGNA, en *Opere inedite*, vol. VI, págs. 276-277. Firenze, 1864.

El Renacimiento italiano, como producto de una raza estética y resurrección de anhelos culturales y tradiciones de arte y de ciencia grecolatinos —que un día fueron en el mismo suelo de Italia realidad histórica—, significó un despertar, un renacer, como su nombre indica, de lo que allí y en Grecia hubo un tiempo; y produjo hombres extraordinarios en diversos órdenes de actividad, mayormente dentro de la ciencia y el arte.

El Renacimiento español, no. Cada país toma su jugo de su propio pasado, y da sabor y carácter a sus distintas etapas de civilización con su propia sustancia.

España es país de tradiciones guerreras más que culturales. Si España aparece como centro de cultura en Europa, en tiempos del califato de Córdoba, esa cultura extranjera, no racial, fue obra y reflejo de otros pueblos, y desapareció a mano airada cuando los árabes no dominaron sobre la tierra de España. Lo que no significa que España dejase de tener en absoluto tradiciones culturales propias. Su espíritu democrático, por ejemplo, se adelantó en legislación y aun en las costumbres —recuérdense las behetrías— al de todos los pueblos de Europa.

El Renacimiento español —el Renacimiento artístico— sólo cuenta con un solo gran genio literario: Cervantes. Pintores, muchos y de mucho talento hubo entonces; entre ellos Velázquez, el Cervantes del pincel. Escultores, menos: el genio artístico de España no cuaja en piedra de estatuas con la espontaneidad que se produce en la expresión pictórica. Pero la inmensa mayoría de los artistas de España, ni en aquella época ni después, han sido por lo general renacentistas, en el sentido itálico; no fueron resurrectores de Grecia y Roma; no fueron apolíneos ni dionisiacos; no fueron, en una palabra, paganos. Continuaron la Edad Media.

El espíritu pagano aparece en Italia aun en las obras de los más católicos artistas y aun en el gusto y las preferencias de los mismos Pontífices de la Cristiandad. En España el sentimiento católico es tan profundo, que no deja brotar la encendida llama pagana. Las vírgenes sevillanas de Murillo pueden parecer sensuales; pero, ¿qué diferencia con las madonas de Rafael! España, cuando esculpe o talla en madera, no se enamora de las formas apolíneas de Donatello, sino de las flacideces y magruras del San Francisco, de Alonso Cano. Sus imagineros esculpen unos Cristos terriblemente agónicos y trágicos como el Cristo anónimo de Llimpias, como los Cristos sevillanos de Montañés y su escuela: el de la Expiración, por ejemplo, que se venera en una iglesia del barrio de Triana. Su pincel se complacerá en los santos de Zurbarán, en los Crucificados de Morales, en los monjes de Ribera, que son la antítesis de aquellas ninfas del Corregio, de aquellas Venus de Tiziano, de aquellas madonas de Rafael.

Al genio de Castilla, antes que lo sensual, lo mueven lo heroico y lo ascético; no las pasiones blandas, sino las pasiones fuertes. Castilla es pueblo que mata por amor y sufre por placer.¹³⁵

¹³⁵Los ascetas no los ha habido sólo en España, pero en España han florecido con exu-

Es guerrero y religioso: ya lo hemos visto. Su mirada resbala fácilmente por encima de las bellas formas, y se pierde, sombría, en la eternidad. La eternidad del dolor principalmente, representada en el mito infernal, lo subyuga, como pueblo de hondo sentir católico. La comprensión ceñuda de la vida —considerada la vida como incómodo puente para entrar en el más allá—, la preocupación de ultratumba, se transparenta no sólo en el arte español de la Edad Media, sino en el arte español del Renacimiento.

El mejor escultor europeo de las postrimerías del siglo xii fue un español. La epopeya de mármol del escultor Mateo, ese Dante de la piedra, representa, en el Pórtico de la Catedral de Compostela, el espíritu trágico y férvido de una España enérgica y creyente.

Otro arte, en la misma época, lo externa mejor: la arquitectura; aun considerando el carácter de aquellos tiempos, común en casi toda la Europa occidental, mayormente en los de raza y civilización latinas. Las más antiguas catedrales de España tienen aspecto severo, no sólo de formidables casas de oración, sino de monumentos militares; lo mismo las del Este de la Península: Tarragona, Sigüenza, Lérida, Tudela, que las del Oeste: Toro, Zamora, Salamanca, Ciudad Rodrigo. Una de estas Catedrales, la de Avila, en el corazón de Castilla, extrema la nota: basílica por un lado, baluarte por el otro, se inicia en el porche como un templo, y concluye, por el ábside, como una fortaleza.

En el Renacimiento ocurre igual. Aun los imitadores o seguidores del genio italiano, conservan en lo íntimo cierto sentido antirenacentista, cierta preocupación de más allá. Una de las más célebres estatuas yacentes del Renacimiento español, una de aquellas estatuas que la piedad y el arte acosaban sobre la piedra de los sarcófagos, la escultura del cardenal Tavera, por Berruguete, en la Catedral de Toledo, ¿qué representa, en suma? La maravillosa piedra esculpida representa la preocupación ultraterrena de una raza creyente y enérgica.

Aquellas manos, aferradas al báculo autoritario, son las de un acerado inquisidor. Los que saben ver pueden descubrir, y han descubierto, en la cara del Cardenal, algo más que el rostro de un cadáver: el rostro mismo de la Muerte. La escultura de la muerte, sorprendida en el rostro de un prelado; la idea leopardina de la infinita vanidad de todo, hecha piedra de sarcófago sobre los huesos de un arzobispo y en simbolización de un cardenal, de

berancia; y ¿qué es el ascetismo, en suma, como se dijo atrás, sino violencia ejercida contra sí mismo por placer, la renuncia voluntaria de cuanto es grato al hombre? Los celos españoles son conocidos: el novio o la novia celosos matan. El teatro clásico es un prolongado asesinato, por cuestiones de honor, en que el orgullo está por encima del sentimiento amoroso. Verhaeren habla de una España negra, de la España dramática que pinta Regoyos, de una España con la fascinación de la muerte. A Barrés le parece que los españoles gozan con los sufrimientos de Cristo. La condesa d'Aulnoy, en 1692, refiere que con frecuencia flageladores o autoflageladores iban por calles y plazas propinándose zurras. Despertaban la admiración de las mujeres. Y cuando un flagelante encontrábase una mujer bonita, se daba hasta sangrar. La bella consideraba la azotaina como un homenaje galante, y el hombre gozaba en rendirlo.

aquel cardenal, de aquel inquisidor, de aquel príncipe de la fe, de aquel amigo de reyes, de aquel poderoso de la tierra, ¿existe nada más dramático? Tan emocionante es la idea, que ha tentado a muchos. Ya en el Campo Santo de Pisa advertimos, en el fresco de Orcagna, que la Muerte, desdeñando a los míseros, sale al encuentro de los felices y poderosos. Pocos han encarnado tal antítesis con la felicidad de este español, por encima de cuyo espíritu personal estuvo y está presente, en aquella obra maestra, el espíritu del pueblo hispano.

En las letras españolas del Renacimiento, de antes del Renacimiento y de después del Renacimiento, sucede como en otras artes: falta el sentido pagano de la vida. El sensualismo italiano que hace reír a Boccaccio en los Decamerones florentinos, y que produce toda una literatura desde Aretino hasta Casanova, no aparece, sino por excepción —recuérdense el caso del Arcipreste de Hita, la *Celestina*, el romance de Delgadina, etc.—, en la España de Teresa la abulense, arrebataada histórica, mística conceptuosa, “que muere porque no muere”.¹³⁶

En letras, en arquitectura, en escultura, la energía va hasta la dureza. Falta quizás un tinte de lo que Goethe llamó “la indispensable sensualidad”; pero en cambio, ¡qué vigor!

El genio de España, aun en literatura, aun en arte, resulta heroico. Y la época de su renacimiento, o que corresponde a la época del Renacimiento en Italia, fue la época de su hiperheroicidad.

Tampoco produce España entonces ni después en número plural el genio, en cuanto hombre de acción; pero, ¡qué cantidad de hombres geniales!

Algo semejante, si no idéntico, a lo que ocurrió en Italia con los artistas, ocurrió en España con los soldados. Italia tuvo la fortuna incomparable de producir a un tiempo a Leonardo (1452-1519), a Miguel Angel (1474-1563), a Rafael (1483-1520), al Tiziano (1477-1576), al Corregio (1494-1534). Y desaparecido apenas este almácigo de genios, lo sucede otra generación de excelsos artistas, los pintores de la escuela bolonesa: los Carrachio, Guido, Dominiquino, Guerchino, etc. El vientre de Italia no estaba aún fatigado de tanta fecundidad.

¹³⁶La diferencia entre un español y un italiano en la época de Carlos V se advierte, entre otras cosas, en detalles al parecer insignificantes.

El castellano arranca o corta los árboles para leña y no los resiembra. El castellano no se cuida de libros. En cambio, el italiano, con una sensibilidad superior y de una civilización ya más madura, ama los libros y ama los árboles.

Micer Andrés Navajero escribe en una de sus cartas a su amigo el caballero veneciano Juan Bautista Ramusio, con la esperanza de que, al restituirse a Italia “pasemos una buena parte de la vida con nuestros libros”. (*Carta del 12 septiembre 1525*), y en otra dice al propio corresponsal: “Nada deseo tanto como tener a Murano y la Selva bien plantados de árboles cuando vuelva. Quiero en la Selva tener una arboleda plantada en filas muy derechas y con caminos iguales... Os maravillará que con las ocupaciones que tengo y con su importancia me ocupe en estas menudencias”.

Y agrega: “La planta que os envié con los naranjos dulces era de Ladano... Aquí hay muchos montes llenos de esta planta, y al pasar por ellos da tal olor que maravilla”.— *Carta desde Sevilla, a 12 de mayo de 1526*. Obra citada, págs. 379-380.

Pues algo semejante sucede en España con los guerreros. España produce casi a un tiempo a los hombres de Italia, de Flandes, de América. El genio guerrero está latente en las entrañas de la Nación. Para la espontaneidad caudalosa y verdaderamente admirable de un Lope de Vega, en punto a letras, ¡cuánto Lope de Vega de la espada! Lope de Vega es Gonzalo de Córdoba; Lope de Vega es D. Juan de Austria; Lope de Vega es Pizarro; Lope de Vega es Cortés.

Quizá no hubo un Cervantes entre los soldados; pero la Nación estaba constantemente dando a luz, durante poco menos de un siglo, a esos hombres de epopeya, que vencieron a los franceses en Pavía, a los italianos en Roma, a los turcos en Lepanto, y que extendieron la bandera española sobre Portugal en Europa, sobre Orán en África, sobre las Filipinas en Asia y sobre grandes archipiélagos de los grandes mares.

Esta hiperheroicidad de España, incubada en las guerras de patria y religión contra el moro, tuvo un momento de culminación. Este momento fue el espacio de tiempo que va de fines del siglo xv a promedios del siglo xvi. Esa culminación de hiperheroicidad colectiva se encontró con la insospechada fortuna de un teatro único e inmenso para expandirse, lejos de las trabas de un Gobierno vigilante y lejos de la civilización originaria.

En Europa hubiera sido imposible la epopeya de los conquistadores, con los caracteres que le dan sello entre las demás epopeyas que ha realizado la audacia humana.

Europa, poblada casi toda por razas¹³⁷ semejantes y en grado más o menos semejantes de evolución social, hubiera sido óbice a la expansión de tantas deslumbrantes personalidades, cuya acción iba a desenvolverse sin sujeción de ninguna índole, sin respeto a leyes divinas o humanas.

Este campo único, en la Historia, fue el desconocido continente que completó la geografía del planeta, poblado por razas antípodas de la europea; ese campo único abierto a la audacia española fue la vasta América, desde el Mississipi, tumba del caballeresco Hernando de Soto, desde las tierras de La Florida, donde el viejo Ponce de León busca la fuente de Juvencio, hasta la Araucanía de Valdivia y el Estrecho de Magallanes.

¹³⁷Se repite que se usa la palabra en sentido restringido y vulgar, no en sentido antropológico.

II

CLASE SOCIAL A QUE PERTENECEN LOS CONQUISTADORES Y OBSTACULOS QUE VENCEN

¿A qué clase social pertenecen los conquistadores? Pertenecen a las clases humildes, al pueblo.

Entre los primeros descubridores y conquistadores no hay un solo nombre de familia ilustre; y se comprende que no lo hubiera. No iban a ser los bienhallados los que se lanzasen los primeros a semejante aventura. A semejante aventura se lanzaron aventureros: los que nada poseían, los que nada valían; los pobres diablos; la carne de sacrificio y de cañón.

¿Quién es Pizarro? Un porquero de Trujillo, hijo de una cortesana. ¿Quién es Hernán Cortés? Un soldadito de Infantería, un anónimo de Medellín. ¿Quién es Vasco Núñez de Balboa? Un mancebillo disoluto de Jerez, un criado de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer. ¿Quién es Diego de Almagro? Un expósito a quien se encuentran en el claustro de una iglesia, en Almagro. Y así los demás, aun los mayores.

Valdivia era un bocado de carne de cañón en las guerras de Carlos V: ni siquiera se sabe a punto fijo dónde nació. Belalcázar era un cualquiera: ni siquiera se llamaba como se llama. Su nombre, en efecto, era Moyano. ¿Alonso de Ojeda? Un oscuro hijo de Cuenca; tan oscuro, que ni su pueblo natal guarda constancia de su nacimiento. ¿Pedro de Alvarado? La Historia ignora sus orígenes, su mocedad, su pueblo, la fecha de su nacimiento.¹³⁸

No lo más rico y bienhallado socialmente, pero sí lo más joven, lo más audaz, lo más vigoroso de la nación española se lanzó a los mares y desembarcó en América, para apoderarse por propio esfuerzo del continente desconocido que un puño de osadísimos argonautas acababa de descubrir en los mares de Occidente.

Los descubridores y conquistadores del siglo XVI fueron algo semejante a los inmigrantes del siglo XX: gente desvalida y audaz que va en pos de fortuna. Pueden equipararse: unos y otros son conquistadores. Por lo común, en aquel tiempo, lo mismo que en nuestros días, grandes nombres españoles no van a América; allí se forjan. Entonces, como ahora, los más audaces, los

¹³⁸Pedro Arias de Avila, hombre de viso en Segovia, a quien los rudos e iletrados héroes de la conquista desfiguraron el nombre, llamándole Pedrarias Dávila, con el que pasa a la Historia, vino enviado por el Rey a la costa occidental de Tierra Firme, al frente de una escuadra numerosa. ¿Qué hizo aquel pérfido? Asesinar a Balboa. El nombre de García de Paredes suena en la conquista de Venezuela. ¿Era el bravo soldado de Italia? No. Era un hijo natural del bravo español, aunque no menos bravo que su padre. Hernando de Soto, el héroe del Perú y de la Florida, tan generoso con Atahualpa, ya preso, que le hacía al pobre Inca la caridad de su compañía y lo enseñaba a jugar al ajedrez, era un hidalguillo de provincia; pero el grande y benemérito nombre de este humano conquistador no es de familia: comienza en él.

que encuentran estrecho a su ambición el horizonte patrio son los que emigran. Por eso el español fuera de España es superior al español dentro de España.

Fue más tarde, a la hora de aprovecharse de la obra heroica del pueblo, cuando aparecen nombres alcornicados: llegan para ser virreyes, capitanes generales, arzobispos, encomenderos; es decir, tiranos y ladrones, y alguna vez, por excepción, benefactores de las nuevas sociedades.

El conquistador primitivo representa en América la democracia. Advenedizos como Pizarro se encanecen con el título de marqués, creyendo en su épica ignorancia que titularse marqués puede engrandecer al conquistador del Perú, sin reparar que los marqueses son muchos y los Pizarro pocos. Pero ese marqués de padre desconocido; ese noble, hijo de una cortesana, es, hasta por su afición al título, entraña popular palpitante.

Los otros Pizarro, lo mismo que Lope de Aguirre y los demás insurgentes contra el despotismo de Felipe II y sus procónsules, ¿qué representan? Representan el espíritu liberal de la antigua Castilla contra la absorbente autocracia austríaca, y el primer alboroto, los primeros síntomas de la emancipación de América contra la coacción de la Metrópoli y de sus agentes ultramarinos.¹³⁹

Después de los conquistadores, que obran ante sí y porque sí como una fuerza de la Naturaleza, y que son, en realidad, la fuerza del pueblo, llegan los administradores, los representantes, no del pueblo, sino de la Sacra Real Majestad, aquellos virreyes de capa de grana que, según la legislación entonces vigente, representaban la persona misma del Rey, ya que el Rey, no pudiendo estar en todas partes, impuso la ficción de subdividirse en virreyes.¹⁴⁰

¹³⁹“Avisote, rey español —escribe Lope de Aguirre a Felipe II—, que estos tus reynos de Indias tienen necesidad que aya e rectitud para tan buenos basaltos como en estas tierras tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan tus oydores e visoreyes e gobernadores, e salido de hecho con mys compañeros, cuyos nombres después diré, de tu obediencia, y desnaturarnos de nuestra tierra, que es España, para hazerte en estas partes la más cruel guerra que nuestras fuerzas pudieren sustentar e sufrir”.

Tiempo adelante, Lope de Aguirre, consciente de que tiene derecho a insurreccionarse contra la tiranía, al revés de lo que se creía entonces, escribe en la isla de Margarita al provincial Montesinos:

“Hacer la guerra a Don Felipe, Rey de Castilla, no es sino de generosos de grande ánimo”.

¹⁴⁰Véase *Política indiana*, compuesta por el doctor don JUAN DE SOLÓRZANO PEREIRA, caballero del Orden de Santiago, del Consejo del Rey nuestro Señor en los Supremos de Castilla y de las Indias. En Amberes, por Henrico y Cornelio Verdussen, mercaderes de libros. Año MDCCIII. —Se les debe obedecer como al propio Rey—dice Solórzano—. Lo que hacen lo debemos juzgar como hecho por el Monarca. “Aun quando exceden sus poderes e instrucciones secretas se les ha de obedecer como al propio Rey...” (*Libro V, capítulo XII*).

Además de este gran comentarista de la legislación entonces vigente para las Indias, consúltense las mismas leyes (*Libro III, Título X, Ley 1ª y siguientes*) para conocer la importancia de los virreyes y su latitud de gobierno.

Respecto a las restricciones en el ejercicio del mando, el mismo comentarista y las

Cumple el conquistador las mayores aventuras heroicas con la mayor simplicidad. Como si hiciese la cosa más natural del mundo, descubre el Mar Pacífico, descubre el Amazonas, descubre el Orinoco, descubre el Mississipi, descubre el Plata, trasmonta los Andes, bordea los volcanes del Ecuador, atraviesa las pampas y los desiertos de la Argentina, los llanos de Venezuela, las altiplanicies de México, de Colombia, de Bolivia; pasa por el Brasil desde el Atlántico hasta La Asunción; duerme entre las cálidas ciénagas, con el agua a la axila, y entre la nieve de los páramos con el hielo por almohada; lucha contra la Naturaleza; vence a los indios; resiste a las fiebres palúdicas; brega con sus propios compañeros en choque de ambiciones contrarias; padece la desnudez, el hambre; vive, en suma, una vida cuyo cansancio es pelear, como la del héroe cantado en el Romancero.

III

IGNORANCIA

El conquistador es ignorante. La excepción fue el letrado, el poeta, el cronista, que también los hubo. Letrado fue Jiménez de Quesada; poetas fueron Ercilla y Juan de Castellanos; cronista fue —¡y qué maravilloso!— Bernal Díaz del Castillo.

La ignorancia del conquistador es, por lo común, extrema. Algunos de los más notables no saben ni siquiera firmar: Pizarro, por ejemplo.

Semejante deficiencia de instrucción no era entonces tan chocante como ahora. No por eso atesta menos contra la ignorancia supina de Pizarro. Lo que podría argüirse, y se estaría dentro de la verdad, es que la supina ignorancia de Pizarro era cosa generalizada en la España, en la Europa de

las mismas *Leyes de Indias* dan luces, amén de los historiadores. Las Audiencias eran el más poderoso contrapeso del poder virreinal. Y como la más conspicua sanción a la administración de estos procónsules o sátrapas del imperio hispano, existían los llamados Juicios de Residencia, más de fórmula que de otra cosa. Un virrey del Perú comparaba estos juicios aparatosos y sin trascendencia a los torbellinos de plazas y calles, que no sirven sino para levantar inútil polvareda. No es de extrañar. En teoría y en práctica, el Rey era señor absoluto; el virrey, que casi era su imagen en carne viva, ¿no iba a ser también absoluto, o casi casi?

Como en principio el absolutismo del Monarca no se delega, el virrey tenía el contrapeso de las Audiencias, los Juicios de Residencia, la Relación que debía dejar de su mando al finalizar éste; pero, en puridad, para que a un virrey se le siguiese juicio en forma y se le condenase, era menester que así lo quisiese la Corona, ya que los virreyes eran personajes influyentes, y por cuanto el Rey podía impedir o suspender, a su guisa, los Juicios de Residencia. La responsabilidad de los funcionarios coloniales era efectiva, no ante el pueblo, sino ante el Rey.

aquellos tiempos. Almagro sabe menos, si puede ser, que Pizarro, y Pedro de Alvarado no sabe mucho más que Almagro. Así de casi todos.

El Renacimiento, la resurrección de la cultura clásica y el alborear de la cultura moderna no fue sino una iniciación de privilegiados, al principio; el pueblo quedaba tan bárbaro como en plena Edad Media, y sólo poco a poco fue desbarbarizándose. El Renacimiento español, como el de Francia e Inglaterra, anduvo, además, con retardo con respecto al de Italia, que en los siglos xv y xvi floreció magnífico. Alemania y Holanda, aun fueron más tardías. En España, por otra parte, la Inquisición, más que en país alguno, mató toda curiosidad científica, toda inquietud espiritual e impidió la difusión de las luces.

Pero aun prescindiendo de la Inquisición, no fue el español de aquel tiempo, ni lo fue el de tiempos anteriores, ni lo fue el de ulteriores tiempos, muy amigo de estudios. En la época de los Reyes Católicos y aun más tarde, "no circulaban más libros —recuerda un escritor de la misma España— que los de devoción".¹⁴¹ En los días de los primeros borbones, "en España no hay Academias, ni escuelas, ni quien enseñe artes o ciencias. Los nobles apenas saben firmar. La ignorancia de la Corte es tan crasa que un aspirante a un alto cargo diplomático pregunta *si Amsterdam es más lejos que la Habana; otro si Antverpia pertenece a Portugal o a Cataluña*; mientras que un tercero pretende ir a Malta por tierra. Y la nobleza es lo más distinguido de la Nación".¹⁴²

¿Cómo pensaría, en efecto, el resto del país! Y no se arguya que era una época de decadencia. En la época de los triunfadores Reyes Católicos, cuando se descubre América y se inicia la conquista, la ignorancia, en efecto, era pavorosa. La propia gran Reina Doña Isabel ignoraba hasta el latín, que era entonces en Europa no sólo la lengua de la diplomacia, sino la lengua todavía exclusiva, de la cultura. Francesco Guicciardini, embajador de la república de Florencia cerca de Fernando el Católico en 1512-1513, nos informa respecto de la ignorancia de la corte adonde ejerce la misión.

"*Non sono volti alle lettere* —escribe el florentino— *e non si trova nè nella nobilità nè negli altri notizia alcuna, o molto piccola e in pochi, di lingua latina*".¹⁴³

Esta ignorancia choca a un humanista como el embajador de la Señoría florentina. A raíz de la cruenta y asoladora cruzada contra el moro, ¿iban a saber mucho más los nobles que siglos después, en tiempos de Felipe V, cuando *apenas sabían firmar*? Y los pecheros, los plebeyos, los Pizarro, los Almagro, los Alvarado, los conquistadores de América, ¿estarían obligados a saber más que los favoritos de la suerte, crema y nata de aquella sociedad a que pertenecían el hijo de la ramera de Trujillo, el expósito del claustro

¹⁴¹POMPEYO GENER: *Herejías*, pág. 221; ed. Barcelona, 1888.

¹⁴²Ibidem, págs. 220-221.

¹⁴³OPERE INEDITE DI FRANCESCO GUICCIARDINI, vol. VI. (*Relazione di Spagna*), pág. 277. Firenze, 1864.

de Almagro, y el hombre de quien se desconocen el padre, el pueblo y la fecha del natalicio?

Puede achacarse la ignorancia del conquistador a la época, con respecto a su medio popular y español, y extrañarla al mismo tiempo en hombres de la Europa de Campanella, de Leonardo, de Lutero, de Shakespeare; de tantas novedades geográficas y científicas —como el hallazgo de América, y el descubrir la circulación de la sangre, el movimiento de la Tierra y la imprenta— que abrían nuevos horizontes al espíritu humano. España aislada por instinto conservador, o deliberadamente por pragmáticas reales, como la de 1559, del resto del mundo y de las ideas nuevas, no se benefició como pudo del movimiento universal de avance hacia Américas del espíritu. España se aferró a su catolicismo, y vio toda novedad como ataque a la fe. No es la España, nuestra gloriosa abuela, pueblo de medias tintas ni menos de matices, en cuestiones ideológicas. Cree esto o aquello con lógica a veces absurda y persistencia inflexible. Ningún terremoto de verdades echa abajo aquella testarudez de cal y canto.

La América del Sur ardió un día en llamas de guerra, por culpa de la ignorancia de los conquistadores y de los frailes, predicadores de la eterna verdad, que los acompañaban. Los Almagro y los Pizarro encienden, en efecto, una guerra civil, porque entre los conquistadores y catequizadores de las Indias del Mediodía no existe ninguno que sepa lo que es un grado geográfico, ni lo pueda medir.

Así, no aciertan a enterarse de si el Cuzco, la ciudad incaica, pertenece a Pizarro o pertenece a Almagro, según la demarcación de Carlos V.

En la duda se acude a las armas; y la espada decide lo que la razón ignora.

Exagerando un poco, se diría que aquellos guerreros, dignos de Homero, saben menos que los caballos matemáticos de Erbsfeld (que causaron la admiración de Maeterlinck), y poseen menos intención filosófica que los perros humanizados y casi con espíritu, de Landseer. Porque el conquistador es también antifilósofo. A la ignorancia, aliada al fanatismo religioso y a la absoluta carencia de curiosidad intelectual, tanto de soldados como de clérigos, letrados y mandarines, débese el que los grandes imperios del Tahuantinsuyo y Azteca hayan desaparecido sin dejar huellas de tan originales civilizaciones.

No fue la crueldad sola, ni fue la falta de sentido histórico lo que hizo arrasar ídolos, destruir tesoros arquitectónicos, borrar toda noción verídica, digna de transmitirse, sobre gobierno, religión, ideas astronómicas, de agricultura y arte, en aquellos imperios. Fueron también la ignorancia y el fanatismo: la antifilosofía. Fue la conjunción de ignorancia, fanatismo, crueldad y carencia de sentido histórico. Fue el carácter o genio de la raza conquistadora.

¡Qué contraste con la época! Aquellas civilizaciones aparecían en el mundo —y de súbito desaparecían— precisamente cuando el mundo resucitaba códigos, estatuas, libros de Grecia. El mundo clavaba los ojos y ponía el pensamiento en aquellos mismos dioses que intentó destruir la barbarie de los siglos cristianos, y que la Edad Media creyó desaparecidos para siempre bajo polvo y olvido seculares. ¡Y esa barbarie se reproducía en América! Los dioses autóctonos de América caían bajo el martillo y el oprobio de frailes y mandarines católicos, al tiempo que resucitaban los dioses del Olimpo, salvados del oprobio y del martillo a que el mismo espíritu católico los condenara un día.

A la ignorancia de aquellos hombres y aquellos tiempos —y a la incuria de España respecto a lo que de ella se publicaba en el resto de Europa— debióse el que un impostor como Vespucio impusiera su nombre por encima del nombre de Colón.¹⁴⁴ Más adelante quiso abrir los ojos España contra sus detractores. Ya era tarde.

La crítica, en Europa, alzó la cabeza, y en presencia de la crítica que abría la boca llena de amargas preguntas, pensóse ya en recoger noticias auténticas sobre aquellas civilizaciones insospechadas.

Quemados en la hoguera, o destruidos por la espada, o huidos a las selvas los sacerdotes y teólogos del antiguo culto; muertos a mano airada los jefes y señores del antiguo régimen; desaparecida la flor y nata social, intelectual, política, de los imperios, ¿qué quedaba, sino pira de siervos? Lo que la guerra no consumió en su pira de holocausto, lo que la espada vencedora perdonó por no temer, lo ruin, lo hipócrita, lo intonso, lo bien hallado con el yugo extranjero; la hez de una raza vencida.

Fue entre esos elementos del Perú que se abrieron informaciones, en 1559, acerca de la religión y gobierno de los Incas, cuando tan fácil pudo ser observar la estructura de aquel gobierno en funciones y los ritos de aquella religión en ejercicio. El resultado fue el que podía esperarse: aquellos curiales fanáticos interrogaban con la intención premeditada de no consignar ni un concepto contrario a las Sagradas Escrituras; tampoco debía constar lo que favoreciese al antiguo gobierno incaico ni a las costumbres del país. Aquellos siervos pávidos respondían interpretando, o tratando de interpretar, la voluntad de los interrogadores para complacerlos al responder, no sólo por hábito servil, sino también a objeto de evitarse nuevos motivos de lágrimas y angustia. Los interrogadores no daban cuenta a nadie, por otra parte, de lo que ponían en boca de los indios.

¹⁴⁴Esta injusticia le tocó al Libertador Simón Bolívar, siglos adelante, repararla en parte, bautizando con el nombre de Colombia una porción del continente. Quiso, además, que la capital de Colombia se llamase Las Casas, "*en honor —expresaba— de este héroe de la filantropía*".

“Notemos desde luego —escribe un comentador apasionado— que aquellas “informaciones” tuvieron un carácter típicamente judicial. Ordenábase con gran aparato el comparendo de caciques y jefes de ayllus; tomábaseles declaración a la usanza curialesca; preguntábase y repreguntábase... El indio, que apenas comprendía el idioma de su juez, y menos todavía su extraño procedimiento, contestaba por sí o por no a las de antemano aderezadas preguntas. Lo que oía y no escribía el escribano, lo sabe Dios... Los tales funcionarios del Rey hacían dos “informaciones” con premeditado propósito de tranquilizar los escrúpulos de la Corona, sobre su derecho a gobernar en las Indias, “probando”, para remedio de la duda, que los Incas fueron tiranos atroces, de cuyas constancias deducíase, entre citas de Aristóteles y Santo Tomás, que el Rey de España era en América, a título liberador, el único señor natural”.¹⁴⁵

Los primeros conquistadores destruyen como bárbaros impulsivos; los civilizadores que los sustituyeron destruyen metódicamente. Uno de los más significativos autos de fe, perpetrados en Lima, cumplido por orden del ilustre marqués de Montesclaros, Virrey del Perú, tiende a destruir el pasado espiritual de toda una raza. Muertos los sacerdotes, debía desaparecer hasta el último dios. En número de más de 1.000 ídolos, con sus atributos y curiosos ornamentos, fueron en aquel solo auto arrojados al fuego.

Debemos titubear antes de achacar exclusivamente a la ignorancia la culpa de semejantes barbaridades. Hay en ello algo más hondo y activo. Hay el genio de la raza.

El espíritu que convertía en cenizas aquel tesoro arqueológico, era el mismo que movió al cardenal Cisneros, medio siglo atrás, para echar igualmente a la hoguera, en la puerta de Bivarrambla, los manuscritos de la sabiduría y de la historia árabes.

IV

RELIGIOSIDAD

El conquistador, hombre del pueblo y hombre ignorante, es también hombre de religión. Es, hasta en eso, muy de España y muy del siglo xv o del siglo xvi español. Y es religioso el conquistador hasta cuando se mofa de cosas y gentes de Iglesia, como Francisco de Carbajal, apellidado *el demonio de los Andes*; hasta cuando pregunta, como Villagra, en presencia de las

¹⁴⁵ARTURO CAPDEVILA: *La historia del Perú*, en la Revista *Nosotros*, número 137. Buenos Aires, octubre, 1920.

cruces que señalan demarcaciones y términos de un territorio: “¿Qué garabatos son esos?”; hasta cuando mata clérigos, como Lope de Aguirre, que hace ahorcar al cura que no lo absuelve de tantos y tan feos crímenes.

Por la serie de clérigos que hizo víctimas suyas, y por el poco miramiento con que los trata, se diría que Lope de Aguirre es un incrédulo. Nada de eso. En su conocida carta de desafío a Felipe II, choca contra todos menos contra la Iglesia; al contrario: asegura que está dispuesto a morir, humilde, por la fe. “Pretendemos —dice de sí y de otros—, aunque pecadores en la vida, recibir martirio por los mandamientos de Dios”.¹⁴⁶

Aun los más leídos y de claro espíritu entre los conquistadores, son de una religiosidad profunda y agresiva. Dignos representantes de la España oficial de entonces: la España de Cisneros, Carlos V y Felipe II.

Uno de los pretextos morales que se da para realizar la conquista, es el de convertir a los indios a la santa fe católica. La conquista, pues, resulta obra de piedad. En este sentido, que es exacto, a España la movió el más puro y generoso idealismo; y su obra colonizadora es más noble que la de Holanda e Inglaterra, movidas en sus empresas colonistas por un afán de orden económico. No existe contradicción, como pudiera imaginarse, entre eso que llamamos idealismo y la rastrera codicia de los conquistadores, primero, y de los administradores después. Entonces y siempre hubo un divorcio —que será el eterno honor de España— entre el elemento superior, verdaderamente civilizador y humanitarista de una minoría española y la turba de reyes, virreyes, obispos, consejeros de la Corona y otros tales. Esa turba succionadora empieza en Su Majestad y llega hasta los encomenderos y los vampíricos curas que chupaban la sangre del indio infeliz. El indio sentíase destrozado por la máquina política de que, desde el cura doctrinero hasta el Monarca todos eran parte integrante. Al lado de eso —y oponiéndosele— están ese espíritu que revela un día la Audiencia, otro el Consejo de Indias, otro algún virrey, y siempre las medidas de justicia verdadera —que no es la oficial, aunque pueda coincidir con ella—. Pero ese espíritu, de veras civilizador, lo revela mejor que nada aquel monumento maravilloso de la ciencia y la piedad españolas: las *leyes de Indias*. La eficacia de este monumento de la sabiduría fue invalidado en la práctica por el trajín subalterno e irresponsable de una España menos selecta. ¡No importa! La altura de una cordillera se mide por sus picos sobresalientes. Y el espíritu religioso de la conquista, aunque el Altar fuera aliado del Trono, resulta casi desinteresado en los comienzos, u obediente a un interés de orden espiritual, a un interés en que el orden espiritual entra por mucho.

¹⁴⁶“El día de hoy—le escribe a Don Felipe—nos hallamos los más bienaventurados de los nacidos (él y su tropa) por estar como estamos en estas partes de las Indias teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros, aunque pecadores en la vida, sin corrupción, como cristianos, manteniendo lo que predica la Santa Madre Iglesia de Roma, y pretendemos, aunque pecadores, recibir martirio por los mandamientos de Dios”. (Véase la carta íntegra, copiada de un documento de la época, en SERGIO DE ISERUIA: *Los Vascos en América*, vol. V, págs. 404-412; ed. Madrid, 1918).

Pudo suceder y sucedió que el idealismo español no fue incompatible con la más desenfrenada avaricia y con el ejercicio de la violencia, de la tiranía, mientras que el materialismo holandés y británico pudo hacer puesto a consideraciones elevadas de orden moral y, en la práctica, ser más liberal y mano abierta que la colonización española. Pero España suministra el ejemplo moderno de pueblo colonizador; ejemplo modificado después por otras naciones.

La conquista de América por España tiene algo de cruzada; fue la última cruzada. Con todo, un pensamiento político se alió al idealismo. El catolicismo sirvió de lazo unificador en la España europea para la reconquista del territorio patrio; se quiso que en América el catolicismo, factor entonces de engrandecimiento nacional, fuera el numen de la conquista. Innumeros religiosos, por su parte, abrasados de misticismo, corrían a salvar espíritus gentiles y a conquistar ellos mismos el cielo por medio del sacrificio personal. El Estado, en su misión política, valíase de aquellos entusiasmos que eran una fuerza nacional y los protegían. Así Ariel, aliado de Calibán, servía los planes de éste.

Como todos los guerreros de España eran entonces hombres religiosos, cada conquistador era, en consecuencia, un campeón de la fe. Y con toda sinceridad. Hasta las más turbias y equívocas acciones adquieren carácter de excelencia, si las santifica la religión. Cuando los indios, según costumbres bárbaras del país, presentan a Cortés y a sus capitanes, como apetitoso regalo, impúberes doncellitas, los capitanes conquistadores las hacen bautizar primero, y luego, purificadas por el agua bautismal, las convierten, tranquila y muy católicamente, en sus barraganas.¹⁴⁷

Cuando Balboa descubre el Mar del Sur, cae de hinojos en acción de gracias al Todopoderoso. "*Miró —dice Gomara— hacia el Mediodía, vio la mar, y en viéndola, arrodillóse en tierra y alabó al Señor que le hacía tal merced*". Cuando lo rodearon sus amigos en la eminencia desde donde veía el Océano, se los mostraba, diciéndoles, según el cronista: "*Demos gracias a Dios por tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y guíe a conquistar esta tierra y nueva mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano la vido, para predicar en ella el santo Evangelio*".¹⁴⁸

Luego toma posesión del Pacífico, en nombre del Rey de España, metiéndose en el agua con la espada desnuda en la diestra y en la otra mano una cruz. Aquel ademán legaliza, en su concepto ante Dios y ante los hombres, el derecho sobre el Océano. ¿Fue con la espada que entró y con el estandarte de Castilla? Da lo mismo. Su acto fue un acto místico, de hombre verdaderamente religioso, aunque no hubiera sido él, como era, creyente.

Algo parecido practicó (el 24 de diciembre de 1547) Juan de Villegas —uno de los abuelos castellanos del futuro Libertador Bolívar—, al tomar

¹⁴⁷BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO: Cap. LXXVII, vol. I, págs. 334-335; editada Madrid, 1862.

¹⁴⁸GOMARA (En la Biblioteca de Autores Españoles); ed. Rivadeneyra, Madrid.

posesión del lago de Tacarigua. Cogió agua del lago, cortó ramas con la espada, se paseó por la ribera con la espada desnuda, en señal de desafío a algún hipotético poseedor, y dejó como rúbrica de su descubrimiento y de su toma de posesión una cruz de madera que plantó a la orilla del agua.¹⁴⁹

¿Qué se les ocurre a Pizarro y a sus clérigos cuando el incauto Atahualpa se presenta como amigo en el real español? Entregarle una biblia o un breviario para que *crea* en aquello. Cuando Pizarro, Almagro y el cura Luque contratan el invadir las tierras del Inca y dividirse los tesoros por partes iguales, ¿cómo sellan aquel contrato los contratantes? Lo sellan celebrando una comunión tripartita; es decir, tomando juntos la misma hostia, dividida en tres porciones idénticas.

Es fama que Pedro de Valdivia llevó siempre consigo en el arzón de la montura la imagen de una Virgen. A una ciudad que fundó en la bahía de Talcahuano (5 de marzo de 1550), le dio el nombre religioso de Concepción.

Alonso de Ojeda, mozo audacísimo, no era, según expresa frase justa, "*hombre de echar pie a tierra por peligros de tierra ni de mar*". ¿Quién es su valedor? Fonseca, aquel intrigante mitrado burgalés que tuvo el honor de perseguir a Colón, a Cortés, a Balboa, a Las Casas; ese Fonseca, enemigo de los proyectos humanitarios del ilustre piadoso dominico; ese Fonseca, poseedor de encomiendas, es decir, de piaras de siervos indígenas, que alquilaba o vendía a otros avaros sin piedad; ese obispo Fonseca, del Consejo de Indias, que tenía influencia en la Corte y de quien inmerecidamente lleva el nombre un golfo del Centro de América.

Hasta el más brillante de los conquistadores, el héroe de México, es de una religiosidad carnífera. No se contenta con llevar sobre sí imágenes sagradas; hace poner en sus banderas el signo de la cruz, con una leyenda que dice: "*Hermanos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos*". No se contenta tampoco con estos signos externos e inofensivos de religiosidad, sino que ataca, denodado, los ídolos aztecas y derrumba con fiera los adoratorios indios. Bien le salió en ocasiones, como en Cempoalla, su intransigencia; en otras, como en México, malas las hubo. En Tlaxcala, su exceso de fervor fue templado —¿quién lo diría— por un religioso mercenario, que a instancias, a lo que parece, de tres hombres sensatos, le hizo comprender lo impolítico y lo inútil, en aquella ocasión, de atentar contra los dioses tlaxcaltecas.¹⁵⁰

¹⁴⁹El escribano Francisco de San Juan dejó constancia de estos actos.

¹⁵⁰"Señor —le amonestó el clérigo—, no cure vuesa merced de mas les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos, y aun lo que hicimos en Cempoal en derrocalles sus ídolos no quisiera yo que se hiciera, hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fe. ¿Qué aprovecha quitalles ahora sus ídolos de un cu

En Tenochtitlán, la religiosidad agresiva de Cortés no tuvo freno. Caro le costó.

El Emperador azteca, tiranuelo teocrático, supersticioso y débil, cree en una tradición que anuncia la destrucción del Imperio, por obra de hombres blancos y barbados, conductores de cruces, hombres que vendrían de donde nace el sol. ¿Qué más necesitaba aquel penúltimo e indigno Emperador de una raza guerrera, para creer en la profecía de Quetzalcoatl, sino ver los invasores barbados, blancos, portadores de cruces y que venían de Oriente?

El Monarca azteca, el señor meshica se conduce ante Cortés como Carlos IV ante Napoleón. El pueblo salva el honor del país en la España de los Borbones. También lo salva, aunque con menos fortuna, en el imperio de ese Moctezuma, Emperador y Pontífice, tirano melancólico, hermético y ceremonioso, a quien conducen los esclavos en palanquín o hamaca de oro, y que ha olvidado, entre los besos del serrallo y la servidumbre de los nobles, la gloria guerrera del primer Motecuhzoma y de Yahcoatl.

El Emperador, ante Cortés, se descoyunta y presta a todo. Cortés, a pesar de su innegable habilidad política, echa a perder su obra y se concita el odio del pueblo mexicano por espíritu de fanatismo intransigente y de veras estúpido. ¿No manda antes de sentirse fuerte, a derrocar los ídolos aztecas, en los santuarios indios, y a sustituirlos con los ídolos católicos? ¿Cualquiera va a imaginarse que Cortés y su tropa no podían adorar a sus santos y a su Dios sino en los altares de las divinidades aborígenes! ¿Cualquiera va a imaginarse que fue obra de hábil política el entronizar violentamente, sin preparación y sin contemplaciones, la cruz de Cristo en las aras de los dioses bárbaros!

Hizo Cortés en México, aunque extemporáneamente, lo que los Reyes Católicos en España. Estos, lo mismo que Cortés, siguieron la ley según la cual el conquistador impone su fe. Pero ¡cómo lo hicieron! Sin proceso de infiltración, sin asomo de respeto a los sentimientos religiosos del vencido, sin miramiento por las obras y monumentos artísticos del culto caído en los campos de batalla. ¿No sustituyeron los Monarcas de España, con el culto a su divinidad, el culto musulmán en las mezquitas y aljamas árabes? Santa María la Blanca, en Toledo, y la aljama de Córdoba quedan todavía en pie, recordando al mundo la profanación del fervorismo que hundió en Santa María la Blanca, bajo vulgares costras de yeso, calados y antiguos ajimeces; y en la aljama destruyó, en parte, el más bello bosque de columnas de mármol que ha erigido la arquitectura sobre tierra de Europa.

Más brutal, naturalmente, fue Cortés. Caro le costó el querer reemplazar de golpe y porrazo la piedra sangrienta de los sacrificios del clero mexicano

y adoratorio, si los pasan luego otros?..." También le hablaron a Cortés tres caballeros, que fueron Pedro de Albarado, Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo, y dijeron a Cortés: "Muy bien dice el Padre; y vuésa merced con lo que ha hecho cumple, y no se toque más a estos caciques sobre el caso". BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, ob. cit., vol. I, cap. LXXVII, págs. 334-335; ed. Madrid, 1862.

por las piras, no menos crueles, de la Inquisición católica. Fanatismo por fanatismo, ¿bale en zaga el purificador tizón del Santo Oficio al sacrificador cuchillo de obsidiana?

La obra de Cortés tambaleó desde los cimientos. La insurrección fue general, y tuvo su "noche triste" el conquistador. Se vio en precisión de huir, echado por las armas de aquellos que le habían acogido con los brazos abiertos; como a una divinidad que disponía del mosquete —es decir, del trueno y del rayo—.

Colón mismo no está exento de excesos religiosos. Escribe como el último sacristán. Se presenta en la Corte con hábito de monje. Aunque el caso de Colón sirva quizá como ejemplo de forzada concesión a las preocupaciones del ambiente social. Colón, hombre de ciencia, tal vez judío, era doblemente extranjero en España —por su origen y por sus conocimientos—, y tal vez sólo para congraciarse con el medio exagera la nota católica, emulando a los familiares del Santo Oficio. Pero Colón es caso único.

El conquistador es sincero en sus creencias, y encuentra enorme fuerza para los más duros trances en su fe religiosa. Pizarro, asesinado, traza una cruz en el suelo y muere besándola. Almagro, aun cuando tenga razón para dudar de sus consocios, y principalmente de personajes tan pérfidos como los Pizarro —que terminan por asesinarlo—, concede fe absoluta a los pactos que se realizan durante la misa y en presencia del Santísimo. En vísperas de una batalla con numerosas tropas mexicanas, se sienten los compañeros de Cortés bajo la más penosa impresión. Todos se confiesan en la noche, según Bernal Díaz del Castillo, y al día siguiente guerrear con la entereza de costumbre.

Los conquistadores dejaron constancia perenne de su fe religiosa y de su patriotismo local —encarnación viva del secular localismo español— en las ciudades que fundaron. A las ciudades que fundan les dan a menudo el nombre del pueblo nativo del fundador, o el nombre del santo de que el fundador es devoto. Así, tenemos Pamplona, Córdoba, Cuenca, Medellín, Valladolid, Trujillo, Valencia, Barcelona, otros muchos, para el patriotismo; y Santiago, Concepción, Espíritu Santo, Santa Fe, Trinidad, Asunción, Nombre de Dios, Gracia de Dios, Los Angeles, Santo Domingo, San Salvador, Santa Marta, Veracruz, cien más, para la devoción.

En ocasiones se une el nombre indígena o un nombre cualquiera con el de algún santo o cosa de religión, y tenemos: Santa María de los Buenos Aires, Santa Fe de Bogotá; San Francisco de Quito, San Juan de Puerto Rico, Santa Ana de Coro, San José de Costa Rica, Santo Tomás de Angostura, San Luis de Potosí, San Pedro de Macoris, San Miguel de Tucumán, etc., etc. Hasta cuando se adula al Rey de España, dándole su nombre —Carlos, Felipe, Fernando— a nuevos establecimientos, se combina el ho-

menaje al Monarca con la devoción; y así, se bautiza a varios pueblos: San Carlos, San Felipe, San Fernando.

Eran, de veras, los conquistadores campeones de la fe. El espíritu religioso de España estaba en ellos. Los movía el mismo sentimiento que impuso la unión por la fe, en la guerra contra el moro. A los torpes incentivos de la conquista de América se aliaba no pocas veces al ideal religioso más puro y desinteresado. Este sentimiento de sincera piedad ennoblece las degollaciones, las violaciones, los saqueos, las más bajas actividades del instinto puestas en juego por la bestia humana.

La política especuló también, como era inevitable, con la fe. Buscando pretexto o excusa legal, que no tenían, para adueñarse del Nuevo Mundo, los Reyes Católicos se lo pidieron, puede decirse, al Papa, a quien tampoco pertenecía; y el Papa, con gran desenvoltura, se lo concedió a España y a Portugal, por medio de una Bula, en la que dividió beatífica, infalible y absurdamente la América que él no conocía, entre otras cosas, porque aún no estaba descubierta sino en parte.

Alejandro VI, Pontífice de moral acrisolada, como es notorio, se preocupó mucho de la moral de los indios y de su conversión al Catolicismo. Por sus dos Bulas de 3 y de 4 de mayo de 1493, excita a los Reyes Católicos a que envíen a las Indias *"varones probos y temerosos de Dios, doctos, instruidos y experimentados, para adoctrinar a los dichos indígenas..."*. La voluntad de la piadosa y brava Reina Doña Isabel era, como indica su testamento, *"de enviar a las dichas islas y Tierra-Firme preladados y religiosos, clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios para instruir a los vecinos y moradores de ellas a la Fe Católica y los doctrinar..."*.

Se aliaban la decisión del buen Papa, la voluntad de la gran Reina y el imperativo categórico de la política. La América indígena se vio llena de clérigos.

Desde el segundo viaje de Colón aparecen los clérigos con misión civilizadora. Al primero parece que no se aventuraron. Desde el segundo viaje, pues casi simultáneamente con los descubridores y conquistadores del continente aparecieron los catequizadores de indios.

Los misioneros mueren a menudo a manos de los aborígenes, que vengan en ellos la destrucción a que se les somete, y presintiendo que reducirlos por la espada o convertirlos por la persuasión, todo para en esclavizarlos. Los misioneros abandonan pronto el método de conversión; en vez de lanzarse inermes a catequizar indios, suelen ir como capitanes al frente de los soldados, o como capellanes a la zaga de ellos. El procedimiento consiste, cuando la resistencia es porfiada, como entre los caribes, y mientras no cede, en destruir a los viriles por la espada y apresar a niños y mujeres para ins-

truirlos en la santa fe católica. Los indios, salvo excepciones, cobran tanto odio a los misioneros como a los más feroces conquistadores.

Los conquistadores en toda América realizaron, con respecto a los indios, la vieja imagen, según la cual, nuestra vida no es sino un valle de lágrimas. Y en toda América, los misioneros trataron de sembrar de flores de resignación el trágico valle. Ese poco fue mucho. Y el enseñarles el español y la doctrina cristiana fue un comienzo de educación científica. No se pasó de allí. Pero no los culpemos. Los pobres clérigos no podían hacer más. Demasiado ocupados andaban con servir, además de los intereses de Dios, sus propios intereses, que pueden llamarse terrenales, porque a menudo consistían en tierras. No iban a ocuparse únicamente de la Santa Madre Iglesia; debían ocuparse también de la madre de tantos hijos como tuvieron aquellas reverendas paternidades.

Los frailes, que contribuyeron a despoblar de gentiles el Nuevo Mundo, contribuyeron asimismo, como los que más, a repoblarlo.¹⁵¹

Y fueron de enorme utilidad a los conquistadores, en cuanto instrumentos para ejercer la dominación y para conservarla. La espada se apoyó en la cruz; el trono, en el altar.¹⁵²

Los conquistadores como Hernán Cortés piden clérigos a la Corte, desde temprano, con ahínco y en bastante número, para instituir la dominación política. Otros conquistadores los solicitan sin mayor interés público, porque tienen fe. Era la costumbre de que en todo cuerpo de ejército hubiera un capellán. Siempre que se organizaron expediciones de conquista, lo primero que se contrató fue el capellán.

El conquistador no se avenía, según parece, a la idea de morir sin confesión. Las leyes prohibían morir inconfeso, so pena de perder los herederos la mitad de la herencia, confiscada en beneficio del Estado.¹⁵³

¹⁵¹“Especialmente es tan grande la disolución de los frailes en estas partes—escribe Lope de Aguirre a Felipe II—que, cierto, conviene que venga sobre ellos tu ira y castigo... Myra, myra, Rey, no les creas, pues las lágrimas que allá echan delante de tu real presencia es para venir acá a mandar. Si quieres saver la vida que por acá tienen, es entender en mercaderías, procurar y vender bienes temporales, y vender por precio los sacramentos de la Iglesia; enemigos de pobres, ambiciosos, glotonos, soberbios, de manera que, por myrino que sea un frayle, pretende mandar y gobernar estas tierras”.

Dos siglos más tarde, dos españoles ilustres, marinos y hombres de ciencia, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, informaban a Carlos III secretamente sobre el estado de América, y le decían las mismas o peores cosas. (Véanse *Noticias secretas de América*; ed. Editorial-América. Madrid, 1918).

¹⁵²Hay que convenir, con todo, en que, andando los años, fueron los frailes acopiadores y transmisores de la cultura teológica y de oficios y artes que el Estado permitió difundir. Las bibliotecas de los conventos serán los depósitos de sabiduría y de ciencia en la América colonial. Lo que eran esas bibliotecas se puede coleccionar por el título de algunas obras, como, por ejemplo, ésta: *Ladridos teológicos*, que todavía se conserva, supongamos que a título de curiosidad, en una Biblioteca pública del Ecuador.

¹⁵³LEYES DE INDIAS: *Ley XXVIII, Lib. I, Tit. 1.* “Todo fiel cristiano en peligro de muerte—ordena esta Ley—confiese devotamente sus pecados y reciba el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, según lo dispone Nuestra Santa Madre Iglesia, pena de la mitad de los bienes del que muriese sin confesión y comunión, pudiéndolo hacer...”

Toda la legislación americana es de un subido tinte religioso. Nada de extraño hay en ello. Ese es el carácter de toda la legislación española, desde los Reyes Católicos hasta nuestros días.

Es tal el carácter teocrático de la legislación española, que la religión, en las leyes, pasa antes que el Rey. Así, en las *Ordenanzas Reales de Castilla u Ordenamiento de Montalvo*, que es ya de 1484, el *Primer libro* concierne, en todos sus doce títulos, a la religión, y sólo el *Libro segundo* trata de lo verdaderamente constitucional de la Monarquía: la persona del Rey, la guarda de los Infantes; de los Consejos, Cancillerías, Audiencias; de los procuradores en Cortes, alcaldes, jueces y otros funcionarios reales.

En la *Nueva Recopilación* (1567) ocurre otro tanto, aun cuando promulgada bajo un Rey, si católico fanático, tan celoso de su autoridad como Felipe II. Lo mismo con la *Novísima Recopilación*, cuya impresión decretó Carlos IV en 1805. En ésta sólo el Libro III trata del Rey; los dos anteriores, de la Iglesia.

Tanto la legislación como las costumbres constreñían al indio a abandonar su fe, a abrazar la religión de los dominadores.

En este punto no hubo jamás transigencia. No sólo los ídolos fueron despedazados, sino que se quiso desterrar su recuerdo de la conciencia del indígena. Para ello se emplearon todos los medios imaginables, ya persuasivos, ya violentos, aunque el Estado, previsor, logró salvar al indígena de las tenazas y hogueras de la Inquisición. Debían, eso sí, olvidar su lengua, sus dioses, sus tradiciones. La civilización de los imperios aborígenes debía desaparecer para fundar sobre esas ruinas nueva civilización sin base de lo que fue, limpia de toda transmisión indígena.

Esta violencia no es novedad sin antecedentes en la historia de España, ni invención de los conquistadores y los dirigentes sucedáneos.

A los árabes no se les permitió el quedar en España sin bautizarse. No pareció bastante. En 1566, Felipe II prohíbe a los moriscos leer y rezar en árabe. Debían quemar todos sus libros. Ni en el interior de sus casas debían hablar su lengua. Se trató de borrar la huella de la civilización musulmana: en los manuscritos, que se entregan a la hoguera; en los edificios, que se libran a la piqueta; en el espíritu, que se condena al olvido. "España no comprendió que, inversamente a sus cruzadas de guerra, había un elevado ministerio de paz, que no debió rehuir: el de recoger amorosamente, para integrarlo en la posesión humana, el brillante y efímero tesoro del alma islámica, para la cual fue España la tierra de promisión".¹⁵⁴

Allá y acá impera el mismo intransigente espíritu con idéntico resultado: el mismo espíritu de doblez, de pasividad insincera se desarrolla en ambas razas tiranizadas: la india y la musulmana.¹⁵⁵

¹⁵⁴GABRIEL ALOMAR: *La formación de sí mismo*, pág. 85. Madrid, 1920.

¹⁵⁵La misma intransigencia produjo en árabes y en indios una misma actitud psicológica, pasiva e insincera. "Son tan moros (*después del bautismo forzoso*)—dice Navajero, el embajador veneciano—, tan moros como antes o no tienen ninguna fe; son, además,

Andando los siglos, la fe religiosa del dominador europeo pudo perder su ímpetu en cuanto sentimiento, pero se mantiene viva y eficaz en cuanto instrumento de dominación política.

V

EL SUEÑO DEL ORO O LA FIEBRE AMARILLA

Sería incurrir en error el suponer que sólo movió a los conquistadores de América violenta e inextinguible sed de oro. Otros impulsos, como se indicará más adelante, sacudieron y empujaron a aquellos hombres; pero la sed y el hambre de oro jugaron en la aventura de la conquista un papel de importancia.

Hubo razones para que así ocurriese. La primera, que desde entonces, y aun desde antes, resulta exacta aquella observación —de que atrás se hizo mérito—, según la cual, el afán de lucro ha venido a ser uno de los caracteres temporales del español.¹⁵⁶

Ya en tiempos de Fernando *el Católico* y de Carlos V, observaron los extranjeros el apego de los españoles hacia el dinero obtenido con poco esfuerzo, aunque se arriesgue para obtenerlo la paz del hogar, la vida misma. “Son amigos de la guerra —expone el embajador veneciano micer Andrés Navajero— y van a ella o a las Indias para adquirir riquezas por estos caminos mejor que por otros”.¹⁵⁷

No se le escapa al sutilísimo embajador el despego de los españoles hacia el comercio, la industria y la agricultura. “Los españoles —dice—, lo mismo en el reino de Granada que en el resto de España, no son muy industriosos; ni siembran ni cultivan la tierra...”.¹⁵⁸ Tiempo adelante, otros

muy enemigos de los españoles, de los cuales no son, en verdad, muy bien tratados”. (*Carta de Navajero al gentilhomme veneciano Juan Bautista Ramusio, desde Granada, a 31 de mayo de 1516*).

Por su parte, los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en documento secreto al Gobierno de su país, lo informan así: “Cuando se les pregunta (*a los indios*) quién es la Santísima Trinidad, unas veces responden que el Padre y otras que la Virgen María; pero si se les reconviene con alguna formalidad para sondear sus alcances, mudan de dictamen, inclinándose siempre a aquello que se les dice, aunque sean los mayores despropósitos”. “Considerando atentamente todo lo que se ha dicho en los cuatro capítulos precedentes (*sobre tiranía, costumbres y moral del clero*), se verá la causa por qué los indios infieles aborrecen la dominación de los españoles y el motivo que los induce a mirar con desprecio la religión católica...” JORGE JUAN Y ANTONIO DE ULLOA: *Noticias secretas de América*, vol. II, págs. 27-31; ed. Editorial-América. Madrid, 1918.

¹⁵⁶SALES Y FERRÉ, ob. cit., pág. 32.

¹⁵⁷Obra cit., pág. 407. Carta desde Granada, a 31 de mayo de 1526.

¹⁵⁸Carta del 31 de mayo de 1526; ob. cit., pág. 407.

harán idéntica observación; y un embajador de Luis XIV, el marqués de Villars, recordará que 60.000 franceses llegan todos los años a España en la época de la recolección, trabajan la tierra y se vuelven a su país.

En España, en efecto, el país fue casi siempre pobre, entre otras razones, porque la industria y el comercio nunca han sido el fuerte del español; el gobierno también fue pobre casi siempre pobre, por mal administrador. A Guicciardini, embajador de la Señoría de Florencia cerca de Fernando *el Católico*, le extraña en el siglo XVI que los españoles no demuestren inteligencia en ningún arte mecánico. Y agrega que todos los "artífices" que existen en la Corte de Fernando son extranjeros. Los españoles envían al extranjero las materias primas, para recomprarlas manufacturadas. El comercio y la banca estaban principalmente, como se sabe, en manos de los judíos primero, y luego, de los genoveses. Guicciardini les acusa de pereza. En el siglo XV, el país yace en bancarrota. En el siglo XVI, no se conoce abundancia.¹⁵⁹ En el siglo XVII, la miseria de España es espantosa. Nadie tiene un real.¹⁶⁰

El conquistador hispano del siglo XVI, hijo de un pueblo paupérrimo o depauperado por pésima economía, por largas guerras y por intolerante fanatismo religioso, que persigue y expulsa a los productores de riqueza porque son moros y judíos, e infecundiza otra parte de la población en los conventos, busca en sus conquistas, antes que nada, oro. El conquistador ha resuelto ser rico, a poder de su espada.

El no anhela —o no anhela la generalidad— un imperio donde pueda extenderse la civilización de su país originario, ni gloria para sí, ni tierras

¹⁵⁹"La porvertà vi e grande, e credo proceda non tanto per la qualità del paese, quanto per la natura loro di non si volere dare agli esercizi; e non che e vadino fuora di Spagna, piu tosto mandano in altre nazioni la materia che nasce nel loro regno, per comperarla poi da altri formata; come si vede nella lana e seta, quale vendono a altri per comperare poi da i panni e i drappi". Ob. cit., pág. 276.

¹⁶⁰En los últimos tiempos se ha desarrollado una tesis patriótica, según la cual en España no ha habido decadencia, porque jamás hubo grandeza. Consúltese, a título de curiosidad, el folleto de R. BELTRÁN Y RÓZPIDE: *La España Americana*. Madrid, 1920. "Ni en los tiempos de Isabel y Fernando —escribe el profesor Rózpide—, ni en los que siguen, hay hechos que justifiquen esa grandeza nacional de que tanto se habla y es premisa indispensable de la decadencia a que se supone que hemos llegado" (pág. 2). La tesis es muy interesante. Lástima que se le haya ocurrido un poco tarde a don Ricardo; porque son muchas ya las generaciones que aprendieron en su texto oficial de historia otra cosa. Es más: Don Ricardo simultáneamente da dos opiniones: la de la decadencia y la otra, que llamaríamos de *aurea mediocritas*. En 1920 publica su audaz tesis de la no decadencia; y, sin embargo, reproduce en la última edición de su *Compendio de historia de España* (1922) su antigua opinión de la no igualada grandeza en la España de siglos pretéritos. "No puede negarse que el reinado de Carlos I fue uno de los períodos más brillantes de la Historia...; pero tantas y tan continuas guerras exigían gastos enormes; los recursos de la Nación empezaron a agotarse, se inició rápido decrecimiento en la población, los españoles prefirieron la vida de la campaña y de aventuras al tranquilo trabajo de la agricultura y de las artes mecánicas, que, con el comercio, al que éstas y aquéllas dan vida, son las fuentes principales de riqueza en todo país; y en tales condiciones era imposible que España prosperase ni que pudiera conservar por muchos años el preeminente lugar que ocupaba entre las grandes naciones europeas". Págs. 66-67; ed. 1922.

para el vigor de agricultores emigrantes, ni mercados para una industria floreciente, ni territorios para una superpoblación metropolitana, ni campo donde fundar nuevas civilizaciones, ni desiertos donde poder adorar a Dios en la forma que mejor le parezca. Solicita oro. Quiere oro. El oro lo deslumbra. Padece la fiebre amarilla.

De ahí las leyendas fantásticas que su ignorancia y su codicia forjan: la leyenda de "el Dorado", por ejemplo. De ahí el nombre de Río de la Plata, Río de Oro, Castilla de Oro, Costa Rica, etc.; de ahí que ciertos nombres geográficos, Perú, Potosí, resultarán entonces, y aun después, sinónimos de riqueza: "vale un Perú", "pesa un Potosí", son expresiones que datan de aquel tiempo y han sobrevivido hasta nosotros.

La fiebre amarilla, la áurea fiebre metálica, hace delirar a los conquistadores con riquezas fantásticas. Buscan, en medio de las selvas, ciudades que no existen, ciudades quiméricas, con paredes y cúpulas de oro, muros de plata, suelos de jaspe, escaleras de ónix y jardines de maravilla, en que las flores son topacios, amatistas, rubíes, zafiros y brillantes. Se conservan los nombres de algunas de estas ciudades de ensueño que solicitaba con encarnizamiento, al través de las más tremendas realidades, el heroísmo hipnotizado por la idea fija: a una la nombraron Manoa; a otra, Paititi; a otra, Enim. En las mesetas de los Andes se buscaba, con febril codicia, la casa del Sol. Y hablan los conquistadores, como existente, de un imperio fantástico, llamado de los Omagas, más fastuoso que el de los Incas.

La realidad se entremezcla con las quimeras y les sirve de acicate. Porque tenía razón el trágico: la realidad es el hilo con que se tejen los sueños.

Cuzco, Uxatlán, el teocali de Cholula, el Titicaca, los Andes, el Amazonas, el ceñidor de volcanes del Ecuador; los lampiños hombres de cobre, las mujercitas desnudas y morenas como barro cocido de Tanagra; el cuarto lleno de oro de Atahualpa, el árbol del pan, las cipas de Bogotá, los incas del Perú, las telas labradas y pintadas, los íconos de metales preciosos, las minas de plata y oro, las perlas de Margarita y de Cubagua: tantas maravillas insospechadas encuentran a cada paso aquellos hombres, que ya nada les maravilla, y creen en las suposiciones más absurdas.

El oro, el oro era su obsesión. En los ríos, en los montes, entre las piedras de los palacios, en torno de los teocalles del azteca, huronean con ahínco, solicitándolo. Se atormentó a los vivos para arrancarles auríferas revelaciones. Hasta los muertos sufrieron una inspección macabra. Se violaron las huacas o tumbas del Perú, las yácatas o sepulcros de México. Los monumentos de Palenque, los alcázares del Caxamarca, los acueductos de Tenochtitlán y Tlatelolco vienen a tierra. ¿Se escondería, por ventura, entre sus piedras labradas el secreto del oro? El dolor de verles caer en ruinas, ¿compelería al indígena a entregar los imaginados tesoros?

Cortés hace demoler el mayor templo de México, apenas toma la ciudad, y le parece un fraude no encontrar oro entre las piedras. A Guatimozín le da tormento, cediendo a la presión de sus tenientes, porque éstos consideran

poca la riqueza de la ciudad sitiada y vencida. Con furia se enteran aquellos ávidos guerreros de que los señores indios, en vista de la codicia europea, han arrojado sus tesoros y los tesoros de la ciudad al fondo del lago.¹⁶¹

Nada de aquello es nuevo entre españoles; nada: ni las aventuras de sangre, ni la vida inquieta, ni el anhelo de alcanzar fortuna con poco esfuerzo, ni la violencia para conseguirlo. Lo único nuevo es la magnitud de las empresas y la vastedad del teatro en que se ponen por obra viejas inclinaciones. La expedición de catalanes y aragoneses a Oriente es un anticipo de la conquista de América. Durante la reconquista, *"la guerra asolaba el país y los hombres de armas, no cultivando el que iban reconquistando a los enemigos, pronto se acostumbraron a una vida nómada y aventurera, a vivir del pillaje, como los antiguos Turanios, como las mismas tribus árabes preislámicas... Toda idea de trabajo y de propiedad se atrofió. La adquisición violenta vino a ser considerada como natural"*.

Creían los conquistadores que el oro está en todas partes, aunque en todas partes oculto. Hasta creían en la existencia de un hombre de oro, Rey o sacerdote, que gracias a una resina odorante y al polvo aurífero de que estaba lleno el país, se cubre diariamente del metal precioso. De ahí su nombre: el Dorado.

Situábase la existencia del Dorado por regiones vecinas del Orinoco. A miles de kilómetros del Orinoco, al norte del Paraná y sus afluentes, hacia la actual Bolivia, donde se ignoraba la fábula del Dorado, parece que también se creyó entre los conquistadores en la existencia de un Rey blanco, cubierto de plata. Una y otra fábula, a tanta distancia, prueban idéntico estado de espíritu en los guerreros de la Conquista.

Aquellas fantasías desbordadas dieron fe al mito amazónico y llamaron al gran río el Río de las Amazonas. Creyeron asimismo en la existencia de hombres que se alimentaban de oler flores; de personas con orejas tan enormes, que las arrastran; de razas que duermen bajo el agua.

¿Qué no creyeron de fantástico aquellos aventureros, en quienes nunca resplandeció el espíritu crítico, sino la credulidad de la ignorancia? Tal vez no todo era culpa de la ignorancia personal y de la carencia de espíritu crítico. Tal vez quedaba en esos hombres, rezagados de la cultura intelectual, ya tan desarrollada en la Europa del siglo XVI, un residuo de las confusiones medievales. La geografía del medioevo conoce, en efecto, el país de los enanos, el país de los cíclopes, el país de los hombres con dos pares de ojos, el país de los hombres con una sola pierna. A esta geografía imaginífera corresponde una botánica análoga, en donde la fantasía suplía a la observación, en donde existen sátiros como en los bosques paganos, y se suponen

¹⁶¹POMPEYO GENER, ob. cit., págs. 185-186.

animales con cabeza de persona, o bestias mestizas e imposibles de caballo y pájaro.

¿No sería la supervivencia o prolongación de semejantes conocimientos lo que hizo que no sólo aquellos primeros rudos conquistadores, sino hasta un cronista leído, como fray Pedro Simón, aceptase como verídica la realidad de esos naturales de Jamocohuicha que carecen de ano, y de esos tusanuchas de California, debajo de cuyas orejas puede cobijarse con holgura hasta media docena de españoles?

Aquellas imaginaciones meridionales veían lo inexistente y creían lo increíble. Dieron origen y crédito a una serie mitológica de leyendas rebosantes de poesía. ¿Qué mucho que inventasen el mito de la antropofagia? ¿Qué mucho que buscasen con encarnizamiento el Dorado, la casa del Sol, el imperio de los Omagas, las ciudades con templos de oro y jardines de piedras preciosas?

No debemos culparlos por su codicia, sino explicárnosla. El oro no abundaba en el mundo. La Edad Media había consumido las mejores energías tratando de fabricarlo. El dinero valía de cuatro a seis veces más que ahora. Procedían los exploradores de un país pobre; pertenecían a clases paupérrimas; llegaban a países donde, según expresión más pintoresca que gráfica, "*pisan las bestias oro y es pan cuanto se toca con las manos*". El otro estaba en poder de bárbaros que ignoraban su valor o para quienes no tenía el mismo valor que para los europeos. ¿Cómo no iban a solicitarlo, a codiciarlo? Hubieran dejado de ser hombres; hubieran dejado de ser hombres y españoles del siglo xvi de no haber empleado la crueldad y la perfidia en conseguirlo, cuando no bastó estirar la diestra para tomarlo, cuando para que lo descubriesen o entregasen no fueron suficientes súplica, mandato, persuasión.

Alevosos y criminales fueron con los indios, y hasta unos con otros, entre sí, los guerreros españoles, alucinados con el rubio metal; pero no olvidemos que aquella, en cierto modo, era la moral del tiempo. No olvidemos, sobre todo, que sobre ellos pesaba una antigua herencia de violencia y rapiña. Pizarro aprisiona y atormenta, antes de asesinar, al Emperador Atahualpa para arrancarle el oro; Cortés, para arrancarle el oro al Emperador Guatemoch, lo atormenta, aún con más cueldad, antes de asesinarlo. Valdivia, gobernador de Chile, que se embarca para el Perú, no tiene empacho en arrebatar por fuerza, sin disculpa ni explicación plausibles, la fortuna particular de muchos de sus gobernados. Pésimo proceder. Pero recordemos que lo mismo, más o menos que Valdivia, y con idéntico desprecio de la propiedad y del derecho ajenos, solían hacer, cuando les petaba, Carlos V y Felipe II con el oro de sus súbditos que llega de América a Sevilla.

Cuando alguna persona rica fallecía, los reyes tomaban de los bienes de difuntos, como se decía, la parte que, arbitrariamente, les venía en gana. Estas exacciones se disfrazaban con el nombre de "préstamos al Monarca". Se dice que en 1533 el Rey extrajo por este ilícito y desvergonzado expe-

diente medio millón de ducados. El 1º de marzo de 1557 escribe la Princesa gobernadora a la Casa de Contratación, en Sevilla, por orden de Felipe II, para que se entregase a un agente de la cesárea y usurpadora Majestad todo el oro y la plata que hubiese llegado de América, tanto para la Corona "*como para mercaderes e pasajeros*". En la fortaleza de Simancas falleció preso uno de los oficiales de la Casa de Contratación por el crimen de ser honrado —y además de honrado, justo—; es decir, por poner el oro de las Indias en manos de sus legítimos dueños. Las Cortes de Valladolid protestaron inútilmente, en varias ocasiones, contra aquellos latrocinios.

Si tales desafueros ocurrían en la Península, ¿por qué hemos de cargar de censuras a los conquistadores? Eran de su tiempo y de su país.¹⁶²

Y la herencia de rapiña y de muerte, ¿no contará por algo? En la lucha contra los árabes —como atrás se recordó—, "la guerra asolaba el país, y los hombres de armas, no cultivando el que iban reconquistando a los enemigos, pronto se acostumbraron a una vida nómada y aventurera, a vivir del pillaje, como los antiguos Turanios, como las mismas tribus preislámicas. Los caballos y las lanzas, los caballos que seguían a los ejércitos: he aquí su propiedad, la que sólo se fijaba en las tiendas de lona, detrás de una estacada o dentro los derruidos muros de una pobre villa tomada por asalto. Nadie puede calcular, si no es por los efectos, lo que puede endurecerse una raza durante tantos siglos de guerra nómada, casi sin otro contacto que el de las tribus árabes o africanas. Así, toda idea de trabajo y de propiedad se atrofió. La adquisición violenta vino a ser considerada como natural".¹⁶³

Ya puesta en camino normal España y habiendo alcanzado la estabilidad y la influencia de gran potencia, sus soldados y gobernantes no fueron modelo de pulcritud.

Del Gran Capitán informa el embajador Navajero con su italiana sutileza y la velada sorna que le es habitual: "heredó pocos bienes; *con su virtud y trabajos* dejó al morir más de 40.000 ducados de renta".¹⁶⁴ El cardenal Cisneros, en las instrucciones que dejó para que sirviesen a Carlos V, dice que personas sin blanca, al cabo de cuatro o cinco años de empleo, fundaban mayorazgos. Carlos V mismo es tan despreocupado, por decir lo menos, que se apodera hasta de las joyas de su madre y saquea a España en

¹⁶²En rigor de verdad, aquellos desmanes y exacciones de los monarcas en perjuicio de los súbditos y de la dignidad de la Corona, duraron tanto como la dominación española en América. Felipe III, Felipe IV, todos despojaron a sus súbditos. Todavía en 1808 enviaban los comerciantes y otros particulares sus caudales desde América a España, sin registrarlos, exponiéndose a perderlos. ¿Por qué? El ministro de Hacienda español Canga-Argüelles presenta la clave del enigma: "*Entraban grandes cantidades de oro y plata sin registrar, porque tenían los dueños que el Gobierno las aplicase a las urgencias de la Corona; y se aventuraban a perder sus caudales, supuesto que era lo mismo tomárselos de un modo que de otro*". (Véase MANUEL COLMEIRO: *Historia de la Economía política*, vol. II, pág. 436, en nota. Madrid, 1863).

¹⁶³POMPEYO GENER: *Herejías*, págs. 185-186.

¹⁶⁴ANDRÉS NAVAJO, embajador de Venecia cerca de Carlos V, ob. cit., pág. 295.

asocio de los flamencos, principalmente de su favorito Xevres, como le nombraban los españoles. "Tú sabes —escribe Pedro Mártir de Anglería (refiriéndose a Xevres, a quien llama *el cabrón*, y a otros flamencos)—, tú sabes cómo ha quedado la Real Hacienda por su causa.¹⁶⁵ ¿Cuál de ellos —pregunta— no ha llevado más onzas de oro que maravedís contó en su vida?¹⁶⁶ Desollaron estos reinos —agrega— y los dejaron en los huesos".¹⁶⁷

Tenemos, pues, en que por los tiempos en que se realizó la conquista de América, los políticos dirigentes del Estado español no pecaban por exceso de remilgos administrativos. Los conquistadores no podrían llevar escrúpulos que no conocieron en el solar nativo. ¿Qué mucho que careciesen de impecabilidad en este punto y dieran origen a sociedades faltas de pulcritud en el manejo de los negocios públicos?

No es de extrañarse que aun los mejores, entre los hombres de descubrimiento y conquista, tuvieran la sed y el hambre del oro. Colón mismo no podría ser exceptuado. El gallardo y generoso Hernando de Soto, cuando regresa del Perú a España, mal avenido con los crímenes de los Pizarro, lleva consigo 17.000 onzas de oro. "Era hidalgo —dice el cronista— desprendido de la riqueza".

Cuando a una colectividad, movida por una pasión o un ideal, se le toca hábilmente esa tecla, el sentimiento de la colectividad responde. Los caudillos, por instinto, lo saben; y ésa es una de las llaves mágicas del prestigio personal.

Pizarro en Perú y Cortés en México, conocían el sentimiento motriz de sus huestes: la pasión del oro. Para que lo sigan, a través de todas las penalidades y de todos los peligros, Pizarro, en la isla del Gallo, traza una línea con su espada, y exclama: "Por aquí se vuelve a Panamá, a ser pobres; por aquí se va al Perú, a ser ricos". Cortés, como si se hubiera puesto de acuerdo con el héroe del Sur, procede, o procedió antes, idénticamente. "El que quiera ser rico, que me siga —les dice cuando sobreviene la duda ante las dificultades de la empresa—; los demás, que regresen a Cuba". Por eso se les ha bautizado a aquellos héroes, no sin razón, los *conquistadores del oro*.

No fue el oro, sin embargo, el único acicate de los conquistadores y exploradores, aunque fue el principal, máxime en los comienzos de la conquista. También los movía la ambición de mando, el anhelo de ejercer su autoridad y aun el simple goce de guerrear. Había una necesidad psicológica de dominar en aquellos dominadores. La carrera de la fortuna está abierta ante ellas, y los mueve la emulación, el afán de superar a otros héroes y la

¹⁶⁵*España vista por los extranjeros*, II, pág. 75.

¹⁶⁶*Ibidem*, II, págs. 74-75.

¹⁶⁷*Ibidem*, II, pág. 72.

esperanza de llegar a ser ellos, tan humildes de origen, igual que los emperadores.

La codicia es lo primero en la mayoría. Sin embargo, ya ricos, casi ninguno se retira a llevar una vida pacífica; siguen la empezada carrera de aventuras, estimulándose unos con otros, esperando todos descubrir otro Perú. Hasta suelen arruinarse en audaces e inciertas empresas militares, pagando hombres de armas para realizar por cuenta propia entradas en territorios poco o mal conocidos. Lo preferían todo a la vida sedentaria y agricultora.

Eran bien españoles: preferían la guerra y la muerte, dejándole la puerta abierta a la fortuna, antes que la vida de esfuerzo continuo y metódico. Pero el estado social de aquellos países y la mala y lenta organización que les fue dando la metrópoli, tenían en parte la culpa. ¿A quién iban a vender, adónde exportar productos agrícolas como para enriquecerse con la siembra ni el tráfico? No había caminos, no llegaban buques de España. No existían centros de población y consumo. Se busca, pues, oro: primero, arrancándolo por fuerza a los indios; después, obligando por fuerza a los indios a que lo extraigan de las minas.

Menester fue que corriese tiempo antes que se fundasen pueblos de vida vigorosa, donde hubo campos ubérrimos para la agricultura y puertos excelentes para el comercio. Prosperan, al principio, los países mineros.

Los establecimientos se inician, las ciudades se desarrollan en las regiones de plata y oro. Zacatecas, una de las más antiguas ciudades de México, debe su origen a las minas. San Luis, lo mismo. La isla de Margarita, en la costa oriental de Tierra Firme, fue uno de los primeros establecimientos, a causa de sus perlas (que, entre paréntesis, no sabían pescar). Potosí, en la cumbre de los Andes, a altura casi inhóspita, de más de 4.000 metros sobre el nivel marítimo¹⁶⁸ con los contornos áridos y clima glacial, llega pronto a contar una población de 160.000 habitantes, como ninguna capital de Virreynato, y mucho mayor que cualquiera ciudad española, incluso el Madrid de Carlos V y aun de Felipe II. Madrid, en efecto, en 1546, ya descubierta la América, sólo cuenta 24.000 habitantes; y en 1577, bajo el reinado del formidable Felipe, la capital del gran imperio no alcanza sino a 45.422 almas. Segovia, de la cual dice el embajador Navajero que "era buena ciudad y grande", tenía 5.000 habitantes en tiempo de Carlos V, aunque existe un arrabal separado de la ciudad, que, según el mismo embajador, "no es menor que la ciudad misma".¹⁶⁹

Potosí, en el siglo XVII, supera en población no sólo a la Segovia de Carlos V, sino al Madrid donde empezó a reinar y a soñar en la Monarquía universal y católica el César misántropo de El Escorial. En cambio, las llanuras pecuarias de Argentina, los fértiles valles de Caracas, las márgenes

¹⁶⁸"A une altitude presque inhabitable", dice ELISÉE RECLUS: *Nouvelle Géographie universelle*, vol. XVIII; ed. París, 1893.

¹⁶⁹ELISÉE RECLUS: ob. cit., págs. 318-319.

nes del Magdalena, las del Guayas, La Florida, Yucatán, quedan sin atención preferente.

De los inúmeros y magníficos puertos del Atlántico, sólo se utilizan dos o tres. Pero esto es obra de un error de geografía económica de España, y tiene poco que hacer en definitiva con la gesta de los conquistadores y con las pasiones que los movían.

VI

HEROISMO DE LOS CONQUISTADORES

El conquistador no sólo demostró heroísmo frente al hombre, en la guerra, sino faz a faz de la Naturaleza y de lo desconocido.

La primera conquista la hicieron principalmente castellanos, extremeños, andaluces guerreros del centro y sur de España; es decir, el hombre mediterráneo, moreno, dolicocefalo, con buena cantidad —en la península Ibérica— de sangre árabe y bereber.

Por la rigidez del clima y aridez del suelo en algunas partes, como en Castilla, país rudo, ya ardiente, ya gélido, y seco y alto, donde los nervios vibran en continua tensión, país productor de un tipo de hombre enjuto, nervioso, bravo, sobrio, capaz de soportar grandes fatigas y de acometer cualquier empresa corajuda sin exigir ni necesitar más regalo que unos pobres garbanzos, un mal abrigo y dos metros de suelo duro en donde reposar; y por el carácter del pueblo en otras partes, como en Andalucía, donde el clima y la tradición árabe no preparan a un esfuerzo continuo, sino más bien al ímpetu brusco de la acometida, el español de la Conquista —que es, además de sobrio, codicioso— será apto como ningún otro europeo para desafiar intemperies y privaciones en la América opulenta, desconocida y bárbara. Por último, el másculo carácter de la raza, templado en guerras continuas, durante siglos y siglos, lo capacita para osadas empresas de aventura y guerra, descubrimientos y conquistas.

La aventura de los conquistadores de América en el siglo xvi es la reproducción, en escala gigante, de la odisea aventurera en los países de Oriente, de catalanes y aragoneses, en el siglo xiv. Es el mismo valor ciego, que parte confiando únicamente en sí hacia lo desconocido; el mismo afán de lucro y de poder, la misma confianza en el azar, el propio dinamismo, la propia ascensión de los héroes hasta la dignidad cesárea, el propio fin desastrado. Roger de Flor, Berenguer de Rocafort y Berenguer de Entenza son gemelos de Cortés, Pizarro y Balboa. Los catalanes y aragoneses, gemelos de castellanos y extremeños. Una y otra aventura prueban semejante espíritu co-

lectivo, a pesar del localismo y de los particularismos de las distintas provincias que integran a España.

La sed de oro, su propia impulsividad, la herencia nacional de sangre combativa, ambición de imperio, necesidad psicológica de dominar en aquellos que nacieron dominadores, y la emulación de igualar, cuando no superar, empresas heroicas y fortuna de otros guerreros, convierten a los primeros conquistadores de América en héroes legendarios. Y no debe admirarse menos la virtud heroica en sí, porque no la ennoblezcan preocupaciones morales o la excelsitud de un ideal.

¿Qué no hicieron? Desafiaron al hombre, desafiaron la Naturaleza, lo desconocido. En número irrisorio, invadieron y conquistaron imperios ignotos. Cada aurora trae un nuevo peligro, que afrontan con la sonrisa en los labios. Descubren, a cada paso, maneras inéditas de ser heroicos.

Cierto día, por ejemplo, arriba corto número de aventureros blancos a la laguna de Tamalameque, en Tierra-Firme. Los indios, conocedores ya del arcabuz y la crueldad europeos, huyen a una isla, recogiendo las canoas, las curiaras, las piraguas. Se creen en salvo, y lo parecen. Pero no cuentan con la bravura de la codicia. Los conquistadores han visto relucir el oro en las "chagualas" y "orejeras" de los indios; se lanzan a lo profundo del lago, lo atraviesan a lomo de animal como sobre cómodos navíos, y cometen una carnicería de marca mayor.

Otras veces la crueldad no resulta heroica, sino cobarde, como el asesinato premeditado y alevoso de 3.000 cholultecas, cometido por Cortés en Cholula, encerrando previamente a sus víctimas en los patios de los cuarteles, o cazándolos, inermes, en las calles o en los aposentos domésticos, y erigiendo además, para completar el exterminio, hogueras inquisitoriales.

El heroísmo que despliega el conquistador español del siglo xvi en América, aunque oscurecido a menudo por la crueldad, no encuentra fácil parangón. Los ingleses, raza más práctica y menos idealista que la española, van al Nuevo Mundo, pero no lo descubren. Sólo colonizan las costas. Cuando avanzan al interior del continente norteamericano es poco a poco, sobre seguro. Los españoles irrumpen América adentro, y encuentran y subyugan sin preparación, y en una continua realización de imposibles imperios y razas exóticos. Mucho antes de haberse internado los ingleses en las soledades de Norteamérica, ya hubo españoles que, en parte, las recorrieran.

Hablar de heroísmo y de conquistador —refiriéndose a aquellos conquistadores— parece redundancia. Aducir ejemplos sería citar la vida de todos y cada uno de ellos. Escójase cualquiera de los documentos de probanza de méritos y servicios que cualquiera de los más oscuros conquistadores, en cualquiera de las más oscuras comarcas de América, eleva al Rey para suplicar gracias y mercedes: se advertirá cómo fluye de aquellas hojas, mal redactadas por torpes escribanos coloniales, una fuente inextinguible de virtudes heroicas. Y se advertirá también que aquellas virtudes heroicas de

la flor de una generación que pasa a América, han sido puestas en juego a cada día, a cada noche, durante una vida entera.¹⁷⁰

El Estado, en vista de la incapacidad política y administrativa de los conquistadores, se aprovechará, con el tiempo, de la obra heroica y espontánea de poderosas individualidades sueltas, que han obrado por sí y ante sí. Porque una de las características de la conquista es que los conquistadores actúan, por lo general, espontáneamente, sin comisión del Estado español, o con vagas autorizaciones, concedidas en Europa en la más cabal ignorancia de lo que se concede.¹⁷¹ Más tarde, por permiso de algún virrey o alguna Audiencia, para recompensar servicios.

El caso de la conquista del Perú es, como todo lo atañedero a este imperio incaico, después virreinato español, interesantísimo. En vista de la hostilidad del gobernador de Panamá contra la expedición al Perú, Pizarro se dirige a Madrid, a obtener recursos y facilidades para acometer la empresa, en asocio de Diego de Almagro y del clérigo Fernando de Luque. Lo atendieron pronto. No perdió más que un año antes que la Corona lo despachase.

La Reina gobernadora, en ausencia de su marido el Rey, recibe a Pizarro y pacta con él la conquista del reino fabuloso del Perú. Pizarro, más que soldado regular, es un aventurero, un jefe de bandas, para no decir de bandidos. La Soberana le oye con agrado: hace y recibe promesas. Pizarro promete tierras y oro a los Monarcas; la Reina ofrece títulos de adelantado, gobernador de fortaleza y obispo a los tres socios de la empresa: Pizarro, Almagro y Luque. Tropas regulares no le da. Le permite hacer pregones preconizando las riquezas del Perú para enganchar a algunos mozaibillos audaces y codiciosos. También le ofrece 25 yeguas y 25 caballos, si se pueden conseguir en Jamaica, de los que allí posee la Corona. También ofrece 300.000 maravedises, que se debían abonar en Castilla del Oro con dinero de aquellas tierras, para artillería y municiones, y 200 ducados para los gastos de transporte de la artillería.

¹⁷⁰Para comprender estas vidas dinámicas y heroicas, no será necesario leer la crónica de Francisco Jerez, secretario de Pizarro, ni la de Bernal Díaz del Castillo, capitán de Cortés. Baste, para formarse idea, algo mucho más modesto. Véase, por ejemplo, la representación del capitán Alonso Díaz Caballero a Felipe II —publicada, junto con los demás documentos que integran el volumen, por diligencia de don Roberto Levillier y disposición del Congreso Argentino— en la obra *Probanza de méritos y servicios de los conquistadores del Tucumán*, vol. I, págs. 428 y siguientes.

¹⁷¹“Y los que en diversas veces han ido (a conquistas en América) no han sido—escribe el secretario de Pizarro—pagados ni forzados, sino de su propia voluntad y a su costa han ido; y así han conquistado en nuestros tiempos más tierra que la que antes se sabía que todos los príncipes fieles o infieles poseían, manteniéndose con los mantenimientos bestiales de aquellos que no tenían noticia de pan y vino...” *Verdadera relación de la conquista del Perú*, etc., por FRANCISCO DE XÉREZ. Sevilla, 1534.

Aunque las cifras parecen altas, la cantidad es irrisoria: el maravedí español, como el rei lusitano, es una moneda de valor infinitamente microscópico. Pero ni esos fantásticos dineritos salían de las tesorerías españolas.

La Corona no entregaba oficialmente ni un soldado español ni un maravedí del Erario de la España europea para aquella empresa que iba a realizarse en nombre y para beneficio de España. Con razón ha dicho un mordaz escritor de México que la Corona española, para la conquista del Perú, sólo contribuyó en definitiva con aquella Bula de Alejandro VI que le concedía potestad sobre tierras americanas. Pizarro, Almagro y Luque ya tenían gastados 30.000 pesos de su peculio en anteriores incursiones armadas a la costa del Perú.

Porque el conquistador, a menudo, cuando se lanza en nuevas empresas, descubrimientos o conquistas, no sólo expone su pellejo, sino el dinero que ha conseguido. Juega con su dinero y con su vida en una especie de lotería. ¿Ganará? ¿Perderá? Los subyugadores de pingües territorios son los gananciosos de premios mayores; otros alcanzan pequeños premios; otros, pierden.

Un conquistador, el capitán Nicolás de Heredia, que guerreó en Tierra Firme, Perú, Río de la Plata, es decir, en toda la América del Sur, salió a la postre perdidioso. Participó por su cuenta en la "entrada", como entonces se decía, al Río de la Plata, con Diego de Rojas y Felipe Gutiérrez, entre los años 1542 y 1546. La "entrada" fue infructuosa. En ella gastó 30.000 pesos de su propio peculio para organizar la expedición conquistadora y en sostener hombres de armas.

Algún tiempo después, cuando la insurrección de los Pizarro, moría a manos del tremendo Francisco de Carbajal, contramaestre de Gonzalo. Después de matarlo, Carbajal le robó. Los hijos de Heredia quedaron en la inopia.

En la petición de mercedes que presentó en la Audiencia de Lima, el 23 de diciembre de 1558, Joan Belasco de Heredia, hermano del capitán, en nombre propio y en nombre de las hijas de éste, se ruega abrir una información respecto a servicios, desembolsos e infortunio del capitán.¹⁷²

A veces obra el conquistador contra las autoridades del Estado o de sus representantes en América. Contra la voluntad de autoridades establecidas, realiza Cortés la conquista de México. Contra la voluntad de Pizarro, Belalcázar se dispara sobre los Andes de Quito. Sin autorización de Gonzalo, descubre Orellana el Amazonas.

En España se conocen muchas de las conquistas y a muchos de los conquistadores, cuando aquellos audaces gerifaltes dan cuenta de sus proezas

¹⁷²El documento dice al pie de la letra: "Item si saben que el dicho Capitan Nicolas de heredia sirvió ynpourtamente a su magestad en la entrada del rrio de la plata que hizo juntamente con los capitanes diego de rojas e felipe gutierrez en la cual jornada gasto en servicio de su magestad mas de treynta mill pesos y de la dicha jornada salio desbaratado y destruydo porque hizo a su costa la dicha entrada y pago la gente de guerra dello". (Probanzas, vol. I, pág. 146).

y exigen que se les reconozca o legalice la conquista y se preste sanción oficial al gobierno de facto que ejercen. Cortés va a España, a que lo reconozcan y lo den a reconocer como descubridor y señor de vastos territorios. Con el mismo objeto van a la Corte, o envían comisionados, Pizarro, Valdivia, Alvarado, otros.

Los envíos de grandes cantidades en oro a la Corona tienen por principal objeto congraciarse con ella. Todos son fieles en el cumplimiento de mandar el quinto de los tesoros de que se apoderan a la Corona de España. Y la Corona gradúa la grandeza del conquistador según el oro que manda. Y según el oro que manda concede gracias. Al oro de Atahualpa, a las minas del Perú, debe Pizarro, más bien que a su heroísmo y a sus servicios, el título de marqués. Suele encontrarse en las cuentas de los conquistadores partidas que son casi cohechos. Así, por ejemplo: *seis onzas de pedrería que se compraron para la Reina*; o bien: *tres talegones de perlas enviado a S. A.*

El Estado, a la postre, en vista de la incapacidad política y administrativa de los conquistadores, se apodera y beneficia exclusivamente de la obra espontánea e individual de aquellos héroes.

Después de los guerreros destructores, España acaba de arrasar, ya no por ímpetu, sino por error —para reconstruir sobre las ruinas de otros pueblos una flamante civilización— prolongación en el tiempo y en el espacio de la civilización materna.

España pudo cometer y cometió errores. No estaba preparada para no cometerlos. Prestó, en cambio, un servicio de mucha trascendencia a la Humanidad, fundando pueblos de civilización cristiana en la América bárbara, transfundiendo a la gran extensión de nuevo mundo que cayó bajo el cetro de sus monarcas, el espíritu y la cultura de la nación conquistadora.

Sólo Roma en la antigüedad, e Inglaterra en los tiempos modernos, pueden hombrarse, en este sentido, con España. Ningún otro de los pueblos contemporáneos, sin olvidar a Francia, rayó a la altura que España como potencia constructora, como madre de pueblos.

El padre Las Casas, gran filántropo, gran humanitarista, se adelantó a su tiempo —que fue tiempo de dureza y de absolutismo— por cuanto sintió el dolor de las razas vencidas y comprendió que aquellos hombres tenían ciertos derechos. Obró, pues, en pleno siglo XVI como lo harían los filósofos del siglo XVIII. Fue único entre sus compatriotas y principalmente entre los conquistadores; es decir, fue hombre de excepción. Y este hombre de excepción que se adelantó a su época, no se contentó con predicar el derecho que asistía a los indígenas, derecho que él comprendió no como derivación de principios políticos, sino de máximas cristianas; no se contentó con predicar la caridad que debía desplegarse con los indios de América, sino que en alegatos elocuentes y fervorosos, triunfadores al través de los siglos,

desenmascaró a los verdugos, publicó cómo los crímenes de tales verdugos despoblaban el Nuevo Mundo. Su ardorosa energía se impuso en parte. La Corte le oyó por su carácter sacerdotal. La influencia de Las Casas pudo traducirse en las legislaciones que dictaron y en las Reales órdenes que se expidieron.

Hoy, lo mismo que entonces, no faltan miopes nacionalistas españoles que censuren al grande hombre español Bartolomé de las Casas, y aun se avergüencen de las tremendas páginas acusadoras que legó a la posteridad. La vergüenza debía producirse, más bien, si España en aquel tiempo, y ante aquellos espectáculos de sangre, no hubiera tenido un padre Las Casas; es decir, no hubiera protestado por boca y pluma de uno de sus mejores hijos. El padre Las Casas es, en este sentido, honor de España y su benefactor. Por él puede considerarse que España entera no fue cómplice de tantas fechorías de los conquistadores, sino que la parte más culta y sensible se puso del lado del derecho contra la fuerza, de la bondad contra el rigor, de la justicia contra la opresión.

De fray Bartolomé de Las Casas puede decirse lo que en severo endecasílabo dijo el poeta clásico de otro español que fue Emperador en Roma:

Gran varón de la patria, honor de España.

VII

DINAMISMO DEL CONQUISTADOR

Aquellos hombres, en presencia de lo maravilloso asequible, sienten un dinamismo, una impetuosidad, una sed de aventuras, que les hace renunciar a lo seguro por lo desconocido y aleatorio. Así, por ejemplo, Cortés desdeña su gobierno de Barahona, en Cuba, y se lanza a la conquista de México. Pizarro envía, para que se encargue del gobierno de Piura, a Belalcázar, su lugarteniente. ¿Acepta Belalcázar de su poderoso protector aquella relativa sinecura? No. Sueña en rivalizarlo, y en cierto modo lo rivaliza: se lanza a los Andes de Quito, y conquista reinos y funda ciudades. Los gobernadores de Tucumán, en Argentina, como los gobernadores de Coro, en Venezuela, como otros gobernadores en otras regiones, organizan jornadas, luchan contra los indios, fundan nuevos pueblos lejos de sitios seguros, y crean defensas a la vez que centros de pelea. No permanecen en su capital. Como los grandes carniceros, se estorban unos a otros aquellos formidables individualistas. Contando, como los grandes carniceros, con su propia fuerza

y seguros de obtener por sí solos la presa, aspiran a poderla, por sí solos, devorar. ¡Épicos leones, aquellos leones de la conquista!

En el dinamismo de aquellos hombres hay algo que corresponde a la época como lo testimonian la empresa misma de Colón y otros navegantes no españoles; el encontrar Colón aventureros que le acompañasen en su empresa, y el ser la América explotada en mucha parte y colonizada por portugueses, ingleses, holandeses, dinamarqueses y franceses. Pero el dinamismo en los conquistadores españoles de América fue máximo, fue único; fue, además, esencial para descubrir y someter la mayor porción de continente, desde California hasta Tierra del Fuego, en tan corto espacio de tiempo: menos de cincuenta años.

A esa inquietud activa se deben los grandes descubrimientos y los grandes viajes de entonces: desde los viajes y descubrimientos de Colón y del magnífico energético Magallanes, hasta el viaje complementario de Juan Sebastián Elcano, cuya paciente y audaz odisea de circunvalación probó prácticamente la esfericidad de la Tierra. La necesidad de vuelo, el espíritu de mudanza, el gozo de inquietud en aquellas almas, lo manifiestan las palabras de Ponce de León en la Florida: *Gracias te sean dadas, Señor, que me permites contemplar algo nuevo.*

Algunos de estos viajes en el Nuevo Mundo representan, aun sin necesidad de derrocar imperios aborígenes, ni pugnar con tribus errantes, ni chocar con otros europeos, el máximo de energía física y moral a que puede llegar el hombre.

Desde luego no olvidemos que aquellos hombres, en esos viajes, se aventuraban a lo desconocido. Aunque no los embargase ni ennobleciese la emoción científica que a Colón, eran, en cierto modo, pequeños Colones de tierra y pequeños Colones fluviales, lacustres, marítimos, oceánicos.

Los descubridores podrían ser unos y los conquistadores otros. Pero a menudo se alían en un solo individuo, a esta curiosidad del descubrimiento, la decisión del guerrero que parte dispuesto a combatir, no a un enemigo, sino contra el obstáculo que se presente y en la magnitud y forma que asuma. El obstáculo puede ser vivo, inerte o incorpóreo: puede ser un ejército, una cordillera, una peste, una plaga, el mar.

Hombres, clima, tierra, frutos, fieras, insectos, enfermedades: todo allí resulta desconocido, y casi todo hostil. Hasta para comer una fruta, la más rica y beneficiante, precisa cierto ímpetu audaz. ¿Conocían, por ventura, su nombre, su forma, su sabor, su acción?

Para subsistir, tuvieron los españoles a veces que comer hasta carne humana. Así, en la historia de Venezuela, por ejemplo, los casos de canibalismo que se conocen con precisión fueron practicados por españoles de la conquista, según testimonio de ellos mismos.

Después de fructuosa matachina de indios en las cercanías de Maracaibo y Santa Marta; después de despojar a los vencidos y apoderarse de cierta cantidad de oro, algunos aventureros españoles y alemanes que se dirigen a Coro, a las órdenes del capitán Gascuña, se extravían en la selva. Concluidos los víveres, el hambre apretó. Ya sin fuerzas, se deshicieron de su inútil oro; lo enterraron. Víctimas del hambre y de la selva, no tardan en matar a los indios de la servidumbre y comérselos. El caso es conocido, verídico. Varios cronistas dan fe de ello; y hasta se conoció la referencia de un soldado, actor en la canibalesca escena.

Oigase cómo expone lo ocurrido un religioso, historiador y contemporáneo de aquellos hechos y de aquellos hombres:

*"Gascuña y su gente enterraron estos 60.000 pesos al pie de una ceiba, árbol muy grande y señalado de aquella comarca, y casi dejando sus corazones soterrados con aquel metal, comenzaron a caminar por aquellas montañas, a ver si podían hallar algún género de comida de cualquier suerte que fuese: y viendo que no le hallaban, y que las naturales fuerzas casi del todo les iban faltando, comenzaron a matar a algunos indios e indias de los que consigo llevaban para comer de ellos... Comían de aquellas carnes humanas tan sin asco ni pavor como si se hubieran criado en ello y para ello".*¹⁷³

Muchos días se estuvieron alimentando de carne humana. A los indios se los iban comiendo, "cada día el suyo", dice otro contemporáneo, Fr. Pedro Simón.¹⁷⁴

Se dividieron los hombres blancos, temerosos de comerse unos a otros. Cuatro españoles siguieron con Gascuña, al través de las selvas ignoradas, en busca de Coro, en la costa atlántica. Vieron estos cuatro soldados de Gascuña, desde la ribera de un río, a algunos indios que navegaban. Los llamaron, les pidieron de comer. Los indios trajeron abundancia de maíz, legumbres, etc., a los cinco soldados. El recuerdo del hambre pasada y el temor del hambre futura fueron tan poderosos, que correspondieron a la liberalidad de los indios apresando a uno y matándolo; luego lo asaron en barbacoas, es decir, en puyas de palo, al rescoldo de un fuego vivo. Comieron una parte, y conservaron lo restante para días ulteriores.

Los cronistas de la época, testigos y actores algunos de ellos de la epopeya fragmentaria de la conquista, traen a menudo detalles interesantísimos, que prueban cómo en algunas ocasiones, en ésta, por ejemplo, el conquistador tuvo necesidad de convertirse, y se convirtió, no sólo en antropófago, sino en "más que bruto y carnicero animal", según la enérgica expresión de fray Pedro de Aguado.

¹⁷³FRAY PEDRO DE AGUADO: *Historia de Venezuela*, tomo I, cap. VIII, pág. 66, edición oficial venezolana—Caracas, 1915—del manuscrito que conservan los archivos de la Real Academia de la Historia, en Madrid. Fray Pedro de Aguado escribió su obra en 1581.

¹⁷⁴Fray Pedro Simón, de acuerdo en este punto con fray Pedro de Aguado, publicó sus famosas e interesantes *Noticias historiales de la Conquista de Tierra-Firme*, en Madrid, en 1627.

Se iban habituando aquellos hombres con hambre a comer carne humana, y ya no hacían asco a lo más asqueroso.

*"...Estando haciendo puestas o pedazos el cuerpo muerto del indio, para dar a cada uno su parte—dice el mismo cronista—, le quitaron el miembro genital como cosa más inmunda, y echáronlo a mal, lo cual, como viese Francisco Martín, arremetió a él, y alzándolo del suelo, sin esperar a ponerlo en el fuego, se lo comió así crudo, como se había quitado del cuerpo, que fue cosa, por cierto, no de hombre, sino de más que bruto y carnicero animal. No cuento la diligencia que todos ponían en que no se perdiese cosa ninguna de lo que en un cuerpo humano hay. La sangre no era menester llegarla al fuego, porque en abriendo el muerto con las manos la sacaban y se la bebían, y aun como suele decirse, se quedaban lamiendo las manos".*¹⁷⁵

Otros viajes de conquistadores por el corazón de América, entonces virgen para los europeos, fueron, si menos canibalescos, dramáticos en sumo grado, y hubieron menester de virtudes enérgicas. Así la expedición de Gonzalo Pizarro, en 1539, al país de la canela, y el viaje del extremeño Francisco de Orellana, desde el Perú, Amazonas abajo y Atlántico arriba, hasta las islas venezolanas de Cubagua y Margarita. Había Orellana realizado en dos años, desde 1539 hasta 1541, un viaje de 1.800 leguas. Había descubierto y navegado el río mayor del mundo. Luchando contra la Naturaleza y con los indios, en completa carencia de elementos, realizó Orellana, con un puñado de audaces compañeros, el prodigio pintoresco de su odisea.

Recorrido semejante, aún más dramático y más teñido en sangre, cumplió en 1560 uno de los más vigorosos y másculos rebeldes de aquel tiempo: el neurótico Lope de Aguirre, apellidado, como otros insurgentes de entonces, Tirano. Lope de Aguirre se precipitó en son de guerra contra Felipe II y sus representantes en América desde el Perú hasta Venezuela. Descendió, como Orellana, el Amazonas, cometiendo tropelías, al frente de sus rebeldes, nombrados marañones —seguramente por proceder del Marañón—. Por Amazonas entró en Río Negro, uno de los afluentes del correntoso mar de agua dulce, y por Río Negro remontó el Caño Casiquiare, que pone en comunicación fluvial a Río Negro con Orinoco. De Orinoco salió al Atlántico, atravesando la costa Norte de Tierra-Firme, y se internó en el Occidente de Venezuela, buscando el camino de Nueva Granada. Había descubierto la comunicación fluvial de media América al través de grandes ríos: el Orinoco, el Río Negro y el Amazonas.

¹⁷⁵Ob. cit., tomo I, cap. IX, pág. 69: "Era tanta la hambre rabiosa de un soldado llamado Francisco Martín —refiere, por su parte, fray Pedro Simón—, que como perro arremetió y lo cogió (*el miembro genital*) y se lo engulló crudo". (*Noticia Segunda*).

Hubo cientos de estas expediciones audaces e interesantes, ya de descubrimiento, ya de guerra, ya de guerra y descubrimiento a un tiempo. La expedición de Almagro, por ejemplo, desde Perú hasta Chile, transponiendo la Cordillera nevada, y su vuelta al Perú atravesando el desierto de Atacama; la de Pedro de Alvarado, desde Guatemala al Ecuador; la de Alejo García al país de los Charcas; la de Diego Pacheco, desde Chile a Paraguay. Un hombre solo y extraviado en los desiertos de la América nortea, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, anduvo 10.000 millas. Pues bien: esa proeza fue eclipsada por un oscuro soldado, Andrés Ocampo, que anduvo 20.000, durante nueve años de aventuras y penalidades.

Las expediciones de los descubridores y conquistadores de Venezuela, ya españoles, ya alemanes, cuentan entre las más pintorescas, hazañosas, luengas y difíciles. Ambrosio Alfínger, en 1529, expedicionó durante ocho meses hacia el lago Coquivacoa, hoy Maracaibo; Nicolás Fédermann sale por primera vez de Coro hacia el centro de Venezuela, en septiembre de 1530, y regresa a la costa en marzo de 1531. Por segunda vez sale Fédermann de la costa de Venezuela, atraviesa los Andes y arriba a la altiplanicie de Bogotá. El gobernador Hocmuth y Felipe de Hutten, ambos alemanes, salen de Coro en mayo de 1535 con 361 infantes y 80 caballos. Van a descubrir el Dorado. Al cabo de tres años de correría regresan: quedaban sólo 86 hombres de infantería y 24 jinetes.

A buscar de nuevo el mitológico Dorado parte de nuevo Hutten, con Pedro de Limpias, Sebastián de Amescua, Martín de Artcaga y uno de los Welsch. A los cuatro años y medio de aventuras, perecen aquellos caudillos a manos del español Juan de Carvajal, usurpador del Gobierno de Coro.

La mayor parte de estas expediciones no fueron inútiles. Las exclusivamente guerreras, como la de Olid, desde México hasta Honduras, dieron su resultado inmediato. Otras, para descubrimiento de países o reconocimiento de costas, como la expedición marítima de Grijalva al litoral de México, y las de Alonso de Ojeda y Diego de Ordaz por el de Tierra-Firme, también lo dieron. Cuando menos, servían de información o preparación a futuras empresas definitivas.

Todas demuestran insólito dinamismo, una inquietud heroica que permite acometerlas y llevarlas a término. Casi todas obtienen algún resultado práctico, en mayor o menor grado, para la geografía, la política, la agricultura, la minería, el comercio.

Belalcázar, Quesada, Fédermann, realizan el más épico encuentro en las altiplanicies de Bogotá, en el país de los Muisca. Los atrae el Dorado. Buscaban oro, perlas, esclavos. Encontraron la contigüidad, la unidad territorial del continente. Fédermann había salido de Coro; Quesada, de Santa Marta; Belalcázar, de Quito, viniendo del Perú. Desde la costa atlántica de Venezuela y de Colombia hasta el Perú, hasta Chile, cola geográfica del Perú, existía, pues, un territorio sin solución de continuidad.

VIII

CONCIENCIA DEL PROPIO VALER. DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

La conciencia del propio valer llega en el conquistador, individualista en grado excelso, a desarrollarse al máximo. Su personalidad no reconoce trabas en leyes divinas ni humanas.

Católico sincero, no le embarazan la ley divina ni la pleitesía debida a la Iglesia cuando se opongan a su interés o a sus pasiones, o las interpreta de un modo *sui generis* cuando lo embarazan. Lo que hacían Carlos V y Felipe II en Europa, sin dejar de ser católicos, con los Papas, lo repiten en pequeño, sin dejar de ser católicos, o están prestos a repetirlo, muchos conquistadores. Lope de Aguirre, por ejemplo, perseguía sistemáticamente a los curas. Lo común es que la espada se apoye en la cruz; y viceversa. Ambas realizan fraternalmente la dominación.

Aunque fervoroso realista, desobedece el conquistador al Rey cuando así le pete o le conviene. "*La ley se acata, pero no se cumple*", dice con arrogancia Belálcazar, fundador de Popayán, héroe del país de los Chibchas. Los intereses creados, la audacia insurrecta, la distancia, la impunidad se convertían en tijeras para cortar las alas a nobles intenciones de la Corona y del Consejo de Indias; en suma, de la España europea, civilizadora, cristiana. Las generosas y previsoras *Leyes de Indias*, por ejemplo, fueron letra muerta, de absoluta ineficacia. "*La ley se acata, pero no se cumple*".¹⁷⁶ Algunos conquistadores llegan hasta alzarse en armas abiertamente contra la Sacra Real Majestad, como Gonzalo Pizarro o el tremendo vizcaíno Lope de Aguirre. La carta que envió, en son de desafío, Lope de Aguirre a Felipe II, es uno de los documentos más osados del siglo XVI español.

Y no sólo choca la personalidad del conquistador con la Naturaleza, que la limita, y con el aborigen, que la combate, sino también, y muy a menudo, contra el compañero peninsular que, por la mera circunstancia de existir, aun en la vasta América, la cohibe.

Las peleas de los conquistadores entre sí son muy sabidas. Se inician con el desconocimiento de Colón, en Santo Domingo, por sus propios tenientes y favorecidos. Se diría que el inmenso continente desierto no resulta bas-

¹⁷⁶La tradición de incumplir las leyes no se ha roto hasta ahora, ni en América ni en España. En América, si se cumplieren las constituciones ultraliberales de aquellas repúblicas, ¿hubieran sido posibles tantas dictaduras absolutas? En España, en nuestros días presentes, ¿no se suspenden las garantías constitucionales por espacio de tres años seguidos (1919-1922), con escarnio de la misma ley fundamental de la monarquía? ¿No se suceden, en plena paz, durante esos tres años ocho gobiernos —desde los más reaccionarios hasta los más liberales—, sin que ninguno se preocupe de restaurar en su eficacia protectora, elementales, vitales garantías que reconocen la Constitución de España y la civilización universal?

tante grande para unas cuantas docenas de ambiciosos que lo pueblan. Les venía estrecho a los conquistadores, para su inquietud, su heroísmo y su ambición, aquel ancho mundo.

Carlos V, por ejemplo, concede a Pizarro 270 leguas de tierra al Sur de Santiago (1º 20" latitud Norte), y a Almagro otras 200 leguas de tierra, a contar desde el extremo Sur de la concesión de Pizarro. Les parece poco. Por la posesión de una ciudad ensangrientan en lucha fratricida la tierra de sus conquistas. Gonzalo Dávila y Hernández de Córdoba pelean en Honduras. En la misma Honduras, y por su posesión, pelean Dávila y Cristóbal de Olid. En Panamá chocan Pedrarias y Balboa. Las luchas del Perú son clásicas. ¿Dónde no cruzaron el arma los españoles, unos contra otros? El desarrollo de cada personalidad es monstruoso y choca con el de otras monstruosas personalidades. América fue desde entonces el continente de la anarquía.

A aquellos hombres les pesa la sujeción de toda dependencia o disciplina. A Cortés lo dispone Velázquez para conquistar a México: Cortés, sin escrúpulo alguno, se emancipa de Velázquez y lo desconoce. Cortés, a su turno, envía a Cristóbal de Olid, su teniente, a descubrir tierras de Centro-América: Olid desconoce a Cortés y obra por cuenta propia. Pedrarias Dávila envía a Hernández de Córdoba hacia las tierras de Nicaragua: Hernández de Córdoba trata de abandonar a su jefe, y es víctima de la felonía y de las iras de Pedrarias. Así otros.

La guerra, sea contra los indios, sea de unos conquistadores contra otros, es para ellos un *sport*, un placer. "Las guerras —dice Lope de Aguirre en su cartel de desafío a Felipe II—, para los hombres se hicieron". Carbajal el demonio de los Andes, goza en guerrear. Valdivia, en cuanto sabe que facciones federales dividen el Perú, deja su tranquilo Gobierno de Chile y va a tomar parte en las querellas sangrientas del reino vecino. García de Paredes vuelve de España en 1563 con el cargo de gobernador de Popayán, en el Sur de Nueva Granada. Arribado a la costa de Venezuela, que nada tenía que ver con su gobernación, halla medios de chocar con los indios y allí pierde la vida.

Aunque por extremo individualistas, los conquistadores realizan obra social. Echan, sin proponérselo, las bases de un imperio. Salvan, para la civilización caucásica y latina, aquel mundo que yacía en manos de razas amarillas, la mayor parte bárbaras. Esa ha sido la trascendencia civilizadora de su acción y de la acción ulterior de España.

CRUELDAD

Como iban pocas mujeres de España, máxime con los primeros conquistadores, el amor de la mujer falta en la epopeya.¹⁷⁷

Puede decirse que aquellos hombres formaban una sociedad sin familia, como las hormigas y las abejas. La dulzura de este sentimiento de hogar es nota ausente en aquellas aventuras y entre aquellos aventureros. Otras pasiones sustituyen al amor. La sensualidad satisfecha con indias da origen a la raza mestiza. Se considera virtud social el que no haya tenido a menos el español cruzarse con la raza vencida. Mucho de cierto hay en ello. El español cruzóse con el árabe en Europa y con el indio en América. Al cruce con el indio lo predispuso ya el haber convivido y el haberse cruzado con el árabe. Pero podemos creer que, de existir mayor número de mujeres españolas en los primeros años del establecimiento de España en el Nuevo Mundo, y aun después los españoles las hubieran preferido para enlazarse y hubiera, por tanto, existido en América, desde entonces, un núcleo superior de raza caucásica. No hay para qué insistir aquí sobre los beneficios que esta mayor cantidad de sangre caucásica hubiera reportado a América.

La crueldad culmina. ¿Por qué? Entre otras razones, porque la crueldad no se encuentra allí templada en los primeros tiempos de la conquista, por una vida social estable, con relaciones, compromisos, deberes, suaves o enérgicas coacciones, ni por la presencia de la mujer y la dulzura que infiltran en el carácter más bronco la existencia de hogar.

La codicia exasperada es, por otra parte, aguijón de la crueldad. Satisfaciéndola, imagina el conquistador que va a echar un puente de metal precioso entre su áspero vivir presente y una futura vida de regalo, cuando pueda establecerse con tranquilidad en la pacificada colonia o regresar a Europa. Se ha criticado mucho, y con sobra de justicia, el sistema de encomiendas: no lo inventó un español, sino un italiano: Colón.

Desprecia la sangre propia y la ajena el conquistador. En lucha con razas que considera inferiores, y tratando de imponer su fe religiosa y su dominación política sobre cobrizos bárbaros de mitos barbáricos, escribe el conquistador con la punta de la partesana, y subraya con las patas de los caballos, los dientes del dogo y la fulguración del arcabuzazo —todas tres

¹⁷⁷Las *Leyes de Indias* (Lib. IX, Tít. XXV, Leyes XVII-XXIV y otras) prohibían la emigración de españolas solteras a América. Los franceses, por el contrario, favorecían la ida de las mujeres, máxime de mujeres alegres, a sus posesiones del Nuevo Mundo:

Van a poblar la América de amores.

En cuanto a los ingleses, enviaban mujeres a los Estados Unidos, en calidad de cargamento, y en calidad de cargamento las compraban los yanquis. En 1620, las mujeres del primer cargamento se pagaron a 75 libras de tabaco por persona.

cosas nuevas en los campos y entre las naciones indígenas del Nuevo Mundo—, la superioridad del blanco sobre el cobrizo, del cristianismo sobre los ritos autóctonos, del arcabuz sobre la flecha, de Europa sobre las Indias. Instintivamente se establece al primer contacto la lucha de civilizaciones, la lucha de razas.

La mayor parte de las guerras entre naciones son guerras de raza; y estas guerras de raza obedecen a tres causas primordiales: primera, una causa de origen antropológico: “Yo soy más fuerte, te destruyo; comeré de ti, y como el águila de la leyenda, creceré tres palmos”. Segunda causa: la diferente constitución mental o psicológica de razas diferentes, que las lleva a concepciones distintas, a veces antagónicas, de la vida: “¿Tú crees en otro Dios que yo? El mío es el verdadero. ¿Tú tienes civilización pacífica? La guerra es sólo eficaz. ¿Tú eres gregario? Yo soy individualista”, etc., etc. Tercera: la causa económica: “Tienes tierras, riquezas que pueden servirme; dame tus bienes, dame tu trabajo; sé, en una u otra forma, esclavo mío”.

Estas brutalidades han sido paliadas y enfloradas con destreza en todo tiempo y lugar por la política y la retórica. No por tantos disfraces de principios y teorías —*words, words, words*— quedan menos puras, en su esencia, aquellas tres causas instintivas, radicales, de toda guerra antigua, moderna y quizás futura. Las guerras, pues, surgen lo más a menudo de divergencias psicológicas, de irrefrenables instintos y de estos apetitos desordenados que se disfrazan hoy con el nombre de razones económicas.

La guerra de conquista en la América del siglo xvi no fue, ni podía ser, excepción.

Respecto a crueldad, no vale la pena insistir. España, y principalmente Castilla, ha sido y es pueblo cruel con los demás y consigo misma. Tiene los defectos que corresponden, como reverso, a sus virtudes. Raza heroica por un lado, carece por el otro de sensibilidad. Es la misma en sus guerras civiles del siglo xix que en sus guerras de conquista del siglo xvi. América quedó casi despoblada; razas enteras desaparecieron. Existe un ejemplo que se aduce a menudo: el de la despoblación de la primera tierra conquistada en el Nuevo Mundo: la isla Española. Las Casas calculó la población de esta isla —cómputo que se ha creído exagerado— en tres millones de habitantes. (*Historia*, III, 101.) Ya en 1508 la isla sólo contaba 60.000. Seis años después, en 1514, apenas alcanza a 14.000. (LÓPEZ DE VELASCO: *Geografía y Descripción*, 97.) En 1548 se dudaba que quedasen 5.000. (OVIEDO: *Historia general*, I, 71.)

Ciudades maravillosas como Cuzco quedaron destruidas. De los imperios indios no restaron apenas sino vestigios. Se ha dicho, sin mucha exageración, que se sabe hoy más de los asirios, por ejemplo, que de los imperios indios de México y Perú. ¿Qué se sabe, en proporción a lo que pudiera saberse,

de la civilización de los muiscas, de los mayas? ¿Qué de los antiquísimos aymares? Tábula rasa hizo la espada española.

Los fueros de la Humanidad, el honor de la civilización cristiana y el recuerdo de España, comprometidos por tanto desalmado sin escrúpulos, al principio, y luego por un régimen férreo y casi irresponsable —a pesar de múltiples trabas legislativas que la España europea imponía a la España americana—, los salvaron algunos prohombres, a cuyo frente es necesario colocar al ilustre protector Las Casas; algunos conquistadores como Hernando de Soto; algunos prelados como el arzobispo Toribio Alfonso Mogrovejo; algunos religiosos, más o menos anónimos, que estudiaron las lenguas aborígenes; algunos civilizadores que divulgaron artes benéficas, y andando el tiempo, entre los administradores, algunos virreyes.

No debemos ni podemos culpar más de la cuenta a los conquistadores, que al fin y al cabo, aunque representantes de la cultura europea, por la nueva civilización a que abrían paso, eran personalmente, en su mayoría, guerreros semibárbaros. Se da el caso de que, en cuanto europeos, es decir, como miembros de una civilización más evolucionada que la indígena americana, cualquiera de los últimos soldados de la conquista resulta superior a los indios; pero personalmente, ninguno de los conquistadores, incluso Pizarro, podría compararse a Atahualpa; ninguno, incluso Cortés, compararse a Moctezuma. Ambos príncipes eran grandes señores, ya crepúsculos de raza, como Boabdil, sultán de Granada, destronado también por hombres que, en comparación suya, eran simples bárbaros.

Destruían los conquistadores monumentos de la cultura india, como poco antes en Europa habían destruido y estaban dejando destruir los vencedores del Islam monumentos arábigos; como todo un Príncipe de la Iglesia, elevado a la más alta jerarquía del Estado español, había destruido por el fuego documentos de la civilización musulmana. Y existe un continuo parentesco en los procedimientos; es decir, el español de la conquista procede como en circunstancias análogas procedieron antes, en Europa, otros españoles. Lo que prueba que el espíritu era el mismo; que el carácter de la raza conservábase idéntico a sí propio, y que el español, ante circunstancias idénticas, obraba y reaccionaba de modo idéntico, lo mismo en Europa que en América, lo mismo en la Edad Media que en la Edad Moderna. Lo que hacen Pizarro con Atahualpa y Cortés con Guatimozín, o algo muy parecido, lo hizo antes el Cid Campeador con el Cadí de Valencia. Sometido ya este Cadí, el Cid lo tortura moral y materialmente para arrancarle el secreto de sus tesoros, y no sólo el secreto. Después de despojar a Atahualpa, Francisco Pizarro lo veja y lo inmoló con lujo de crueldad. Pues bien, nada nuevo hacía. El Cid, después de despojar al Cadí, lo entierra, dejándole la cabeza y los brazos fuera con una hoguera en torno, que lo soase paulatinamente. Pero el rival del Cid quizá no fue, en este caso, Pizarro, sino Cortés. ¿No acostó en un lecho de llamas al Emperador Guatimozín, para que entregase los tesoros que la codicia imaginaba ocultos? Uno y otro, sin saberlo, a

distancias inmensas en el espacio, procedían Cortés y Pizarro de un modo análogo con sus ilustres víctimas, y ambos coincidían, a inmensa distancia en el tiempo, con el Cid Campeador.

No debe exagerarse, con todo, la nota sentimental o de injusticia. Con Hermanas de la Caridad no podía realizarse la conquista de América. ¿Hubieran otras naciones europeas, en igualdad de circunstancias, obrado más benigna y humanitariamente? Cabe dudarlo. Los ingleses y sus hijos los yanquis, que tienen la preocupación de las razas inferiores en grado mayor que España, han exterminado a los Pielas Rojas, si bien es cierto que los nórdicos Pielas Rojas no existían en el mismo número que las Naciones indias del Sur, ni su rudimentario alcance de evolución social había logrado el esplendor de las civilizaciones incásica, muísca, yucateca y azteca.

Hubo un pueblo en Europa, Alemania, algunos de cuyos elementos contribuyeron con los españoles a descubrir y conquistar, en el siglo XVI, la parte de Sud-América conocida hoy por Venezuela. ¿Fueron los alemanes de la conquista venezolana menos crueles que los hijos de España? No lo fueron. Rivalizaron con ellos en crueldad, y aun algunos alemanes sobrepasaron en este punto a muchos españoles. Con una diferencia en contra de los alemanes: los españoles destruían, pero fundaban; los alemanes no fundaron ni un solo pueblo en diecisiete años de dominación (1529-1546) sobre la provincia de Venezuela".¹⁷⁸

*"Los dieciocho años que Venezuela estuvo bajo la dominación de los Belzares (Welser) —escribe el historiador clásico de Venezuela—, causaron en su territorio una despoblación tan grande, que por doquiera se elevó contra el gobierno de aquellos extranjeros un grito general de indignación. Yermos estaban los campos; Coro convertida en mercado de esclavos; los indios que escapaban de la servidumbre, huidos en los montes. Ningún asiento de origen alemán se había hecho en parte alguna; los españoles se veían divididos entre sí, y el odio contra la compañía era causa de infinitos desórdenes".*¹⁷⁹

Algunos de los caudillos alemanes, como Alfinjer y como Fédermann, no resultan ni menos codiciosos ni menos crueles que los españoles. Alfinjer principalmente podía competir con los peores. "Apoderado de su alma un furor insensato que degeneraba en frenesí, señaló por todas partes su pa-

¹⁷⁸La fecha de la capitulación por la que Carlos V concede licencia para que los hermanos Ehinger (Enrique, Ambrosio y Jorge) y Jerónimo Saylor puedan descubrir, conquistar y poblar la costa de Venezuela, entre el cabo de la Vela y Maracapaná, es de 27 de marzo de 1528. Pero sólo en febrero de 1529 llegaron a Coro los militares Alfinjer y Bartolomé Saylor, con 780 hombres, muchos de ellos tudescos. En 1531, por otra capitulación, pasa la licencia a otros alemanes: los Welser (Antonio y Bartolomé), banqueros de Ausburgo. En 13 de abril de 1556 se les suspendió a los Welser en los derechos concedidos sobre la provincia, por incumplimiento de las cláusulas de concesión. En realidad, desde 1546, época en que fueron asesinados en la villa de Tocuyo los alemanes Felipe de Hutten y Bartolomé Welser, cesó la dominación de los alemanes en Venezuela.

¹⁷⁹R. M. BARALT: *Resumen de la historia de Venezuela, desde el descubrimiento de su territorio hasta el año 1797*, pág. 169. París, 1841.

saje con el robo, el homicidio, el incendio. Debía morir quien no podía ser esclavo; debía quemarse la casa que le había servido. Detrás de él nada debía quedar ni con vida ni en pie.¹⁸⁰

Crímenes son del tiempo, se dirá con el poeta. Cómoda remisión de crímenes al tiempo, que no fue, en todo caso, sino cómplice. Nada exculpa la destrucción de las Indias, desde sus emperadores hasta los últimos vestigios de su original civilización.

No olvidemos, para ser justos, que en la lucha de dos civilizaciones prevalece la superior, que fue lo ocurrido en América. No olvidemos que en el mismo seno de España bregaba la espontaneidad bárbara y cruel de los conquistadores con la previsión humanitaria de los hombres de gobierno y de letras. Las *Leyes de Indias* —ya se ha dicho— son un monumento de filantropía y de sabiduría. Españoles las redactaron; el espíritu español las inspiró. Es verdad que casi siempre fueron letra muerta y que no impidieron la desgracia, la servidumbre, la muerte de la raza indígena, ni la destrucción de su pasado como raza histórica; pero ello, ¿qué significa? Significa que gracias a la distancia y a otras circunstancias, en que intereses y codicias no eran los menos, la parte mala y subalterna de la Nación y del espíritu españoles vencían a la parte generosa, filosófica, selecta.

Algunos de los mejores entre los elementos intelectuales y entre los dirigentes, exculpaban y aun apologizaban las violencias de los conquistadores. Tal es el caso del escritor Sepúlveda. Pero recordemos que su obra fue desautorizada y no se permitió que circulase. En cambio otros, como Las Casas, defendían a los indios. Otros, como el admirable Solórzano, defendían al criollo contra los teóricos de la violencia. Opinaban éstos que el hijo de españoles en América, por obra del clima —“*el cielo y el temperamento*”, se decía—, perdía las virtudes de la raza progenitora. Solórzano desbarató aquellos sofismas de la crueldad impolítica y su opinión prevaleció.

¹⁸⁰Ibíd., ob. cit., pág. 151. Este juicio de Baralt, inspirado en los cronistas conocidos de la época, confirmado por la historia, inédita hasta 1915, de fray Pedro de Aguado, contemporáneo también de aquellos tudescos, parece exacto, aunque se suponga que los cronistas españoles recargasen las tintas por tratarse de un alemán, a quien, por alemán y por émulo de los conquistadores españoles, no querían. Al través de un trabajo de Nicolás Fédermann, otro de los exploradores alemanes de Venezuela, trabajo publicado en Haguenau en 1557, vertido luego al francés, y en 1837 editado por Henri Ternaux, y por último, puesto en castellano y publicado por el doctor Pedro M. Arcaya (Caracas, 1916), se descubre la dureza férrea de los alemanes de la conquista, algunos de los cuales pagaron con la vida su crueldad. De que Alfínger fue un hombre tan malo como los peores, no cabe duda. Otros lo fueron poco menos. En 1533 ventilábase un litigio del pueblo de Coro, que se quejaba por vía judicial de los agravios y perjuicios que le habían inferido los alemanes. Si los indios jirajaras, caquetos, exaguas, cuibas y otros de otras naciones hubieran podido presentar pliegos de agravios contra los alemanes de la conquista, la lista de agravios parecería, de seguro, cien veces mayor que la de los españoles de Coro.

*OSCURAS NOCIONES DEL DERECHO Y QUERELLAS
ANTE LA MAJESTAD DEL REY*

Soberbios y atrabiliarios, los capitanes de la conquista tenían apenas nociones oscuras del deber, y carecían de nociones del ajeno derecho. No respetaron nada en los vencidos, ni siquiera el honor, ni siquiera la desgracia. A Atahualpa, preso, le arrebataron sus mujeres, que fueron repartidas entre capitanes y soldados, y soldados y capitanes se solazaban con ellas a presencia del Inca.

Tampoco se respetaban muchas cosas entre sí los conquistadores. Deben hacerse, sin embargo, distingos al mencionar a los conquistadores entre la chusma o soldadesca y los capitanes, aunque todos pertenezcan, como se ha visto, a la misma familia de rapaces. Los capitanes pueden alzarse, por excepción, hasta la altura moral de Hernando de Soto; los de la chusma o soldadesca pueden retrogradar hasta complacerse en la antropofagia, como aquel Francisco Martín de los cronistas y aquel Gonzalo Guerrero que en Yucatán se volvió más indio que los indios, e hizo la guerra con los indígenas contra los conquistadores. Pero la noción del derecho es turbia en todos.

El primer oro que llega a Europa no es oro de minas, ni oro de trabajo, sino oro de saqueo y despojo. Los conquistadores no tienen sombra de duda en apropiárselo, y el Rey tampoco tiene empacho en aceptar su parte de botín. Repartido el oro demandado al Emperador incaico por su rescate, quedaron ricos Pizarro, sus hermanos, sus tenientes, sus clérigos y sus soldados; todos, sin excepción, ricos. Al Rey de España se le mandó su quinto, que aceptó de buen grado.

El 9 de enero de 1534 arriba a Sevilla la nave *Santa María del Campo*. No era la primera que llegaba con oro del Perú. En otras se habían restituido a España, ya poseores de fortuna, clérigos poco antes miserables, como Juan de Sosa, y soldados como el valiente capitán Cristóbal de Mena. La *Santa María del Campo*, donde viaja Hernando Pizarro, conduce 300.000 pesos en oro y 13.500 marcos de plata, que pertenecen principalmente a Francisco Pizarro y a sus deudos. También conduce 153.000 pesos en oro y 8.000 marcos de plata para Su Majestad.

Ocurren muy a menudo entre los conquistadores conflictos de jurisdicción que ensangrientan la historia de la conquista. El más memorable de estos conflictos de jurisdicción que concluyen en choque sangriento, fue el de Pizarro y Almagro. Pero hubo cientos.

A menudo irrespetan los unos descubrimientos y demarcaciones de los otros, y ocurren entre ellos altercados, rifirrafes, combates. Al principio dirimen las contiendas con la espada; suelen más tarde acusarse mutuamente ante el Rey, llenar pliegos y pliegos con sus querellas.

Así, vemos, por ejemplo, en los documentos tucumanos, que el capitán Juan Núñez de Prado, fundador de la ciudad del Barco, en el Norte argentino, acusa de agravios (1551-1553) al capitán Francisco Villagra, otro fundador de ciudades: "*Paresco ante vuestra merced —expone el capitán Núñez de Prado— e digo que yo tengo necesidad de hazer una probanca ad perpetuam rei memoriam de lo sucedido en esta tierra después que a ella bine...*".

¿Qué fue ello? Que después de trabajos suyos por fundar pueblos y reducir indios, lo despojaron. El capitán Francisco Villagra, contra quien depone, derribó las cruces con que habían marcado los de Núñez la posesión de una comarca; persiguió a los indios y a los cristianos, y detentó el territorio a que Núñez se creía con derecho. Obra Villagra en nombre de su jefe, el gobernador de Chile, Pedro de Valdivia.

Un teniente de Núñez —dice éste— "*tomó posesión en mi nombre desta cibdad y que fuese término y jurisdicción de ella poniendo cruces en los dichos pueblos, haziendo entender a los caziques e yndios que como tubiesen aquellas cruces no les arian mal los crystianos...*".

Pero llega Villagra, echa abajo las cruces, preguntando qué garabatos son aquéllos, maltrata a los indios, aunque éstos le hacen y presentan repetidas veces el signo de la cruz, y despoja a los indios y a los cristianos. "...*bonze xristianos —denuncia Núñez de Prado— abian entrado robando los yndios e matando e quitando la cruz que estaba puesta e no embargante que les hazian cruces (los indios) como les abían hecho entender los mataban e robaban e quemaban...*".¹⁸¹

Si así emplean la violencia entre ellos los conquistadores, si a tal punto carecen de la noción del derecho, ¿qué mucho que procedieran con los indios como procedieron? ¿Qué mucho que a Atahualpa, por ejemplo, le ofrezcan vender la libertad por oro, y después que entrega el oro, en vez de libertarle lo bauticen y lo maten? ¿Qué mucho que destruyeran los templos de Uxatlan, los alcázares de México, los acueductos de Tlatelolco, los palacios de Cuzco, los cuarteles de Cholula, los ídolos de oro de los muiscas, las cerámicas de Yucatán, los calendarios de piedra, casi todos los vestigios de aquella civilización que no comprendieron ni les importaba comprender? ¿Qué mucho que acabasen con innúmeros elementos de la raza indígena por el hierro o por la esclavitud?

Casos análogos al de Villagra, que despoja a Núñez de Prado, podrían citarse muchos durante la conquista.

Pleitos judiciales de los conquistadores entre sí suceden a los que dirime la espada, y preceden a los ridículos y eternos pleitos que sostendrán unos

¹⁸¹*Probanza de méritos y servicios, etc.*, tomo I, págs. 68-69.

contra otros y todos entre sí, virreyes, oidores, arzobispos, Ordenes religiosas, oficiales de la Real Hacienda, regidores, encomenderos.

Hasta los ciudadanos pleitean ante la autoridad judicial, por el derecho a llevar estandarte en la procesión, a vestir —o no vestir— un uniforme cualquiera u otra prenda suntuaria, a sentarse en tal o cual sitio en las ceremonias públicas. Las Audiencias no toleran que virreyes y capitanes generales les mermen autoridad, ni éstos que aquéllas se impongan más allá de la cuenta.

Tales rencillas entre el Poder Judicial y el Ejecutivo dependían, en parte, de la independencia que la legislación les acordaba, y que ni unos ni otros querían ver aminorada. Aunque en ocasiones tuviesen visos de ridículas, parece que esas querellas deberían redundar en beneficio de los pueblos y garantizarles una sombra de libertad. No fue así. Lo común era que pleiteasen unos con otros los Poderes, pero que todos se pusieran de acuerdo contra el criollo y para dominar el país.

La fe religiosa tampoco aminoraba, ni menos desaparecía, porque las Ordenes monásticas se odiasen.

Todas esas rencillas, ¿qué significan, en suma? Significan que, en cierto modo, se mantiene latente el espíritu de combate y agresividad que toma otro cauce que el guerrero, en una evolución social más en desarrollo, menos épica y dentro del círculo de hierro de una autoridad tan absoluta como la autoridad del Monarca. El Rey, distante, invisible como buen Dios, dictaba, como buen Dios, fallos irrevocables y temerosos. Y esto era compatible con el acatar la ley sin cumplirla. Para no cumplir la ley todos estaban de acuerdo; en los pleitos, no. El Monarca, informado, podía fallar contra alguien.

La vanidad, el interés, otras pasiones, son también parte a mantener vivos aquellos altercados y resquemores. Pero en los primeros tiempos del período administrativo que sucede al período exclusivamente guerrero, las querellas entre los conquistadores son restos claros de combatividad.

Los conquistadores, como se ha visto, no se paraban en pelillos.

Eran camorristas, ambiciosos, soberbios, desoían toda voz que no fuera la de sus pasiones e intereses; y tenían una ceguera absoluta para los derechos ajenos, inclusive los derechos de la conciencia. En esto eran también muy españoles. ¿No se ha dicho, con fundamento, del español: "*il méconnaît volontier les droits d'autrui, surtout les droits de la conscience*"?¹⁸² ¿Y no fue esa justamente la manera como obraron en América los conquistadores?

¹⁸²ALFRED FOUILLÉE: *Esquisse psychologique des peuples européens* pág. 152; ed. París, 1903. Por lo demás, este autor conoce tan bien a los españoles, que descubre en los gallegos *simplicité et franchise*. Era necesario un ojo extranjero para realizar tal descu-

No olvidemos, con todo, los tiempos. Sería absurdo juzgar a los hombres del siglo xvi con el criterio del siglo xx. Unas son nuestras normas morales y filosóficas, y otras las del hombre de aquella época. El concepto del Derecho entonces, no puede equipararse al concepto del Derecho en nuestros días.

Existe en cada época una moral diferente. Pero en toda época y en todas las razas existen héroes morales. Y admiramos con respeto a estos varones, por cuanto la mayoría de los hombres es incapaz de alcanzar ni merecer semejante heroicidad. El padre Las Casas fue, entre los hombres de la Conquista, uno de esos héroes. A España, para su mayor gloria, no le faltó entonces ni este raro ejemplar de heroísmo.¹⁸³

Por sobre la relatividad de la época se descubre, en semejantes querellas de los conquistadores, algo fundamental en la raza: soberbia, individualismo, incapacidad para transigir, pugnacidad.

XI

OCASO DE LOS CONQUISTADORES

El Estado concluye por tomar posesión definitiva de la obra espontánea y múltiple de tantas voluntades heroicas.

El Estado había dejado al principio a los países conquistados en manos de los conquistadores. Estos fueron, con beneplácito oficial, los primeros gobernantes europeos de las nuevas posesiones. En vista de la nulidad de tales hombres para el gobierno, la Corona los desposeyó y recabó para sí, por medio de sus delegados y representantes, la administración de las Colonias.

En un período apenas inicial de organización, como el que sucedió a la conquista, ya no pudieron servir los conquistadores como figuras de primer plano. Todo el mundo estaba cansado de violencias. Los recién llegados querían paz para enriquecerse. Los gobernantes, orden. La coacción de los nacientes grupos sociales molestaba a los antiguos guerreros, acostumbrados a obrar según su capricho. El exaltado y fiero individualismo de algunos de ellos los condujo hasta la rebelión.

Lo cierto es que ninguno de los gerifaltes de la epopeya novomundana, de Cortés abajo, había sabido fundar nada en el orden político ni en el

brimiento. Los gallegos no sólo carecen, justamente, de una y otra condición, sino que descuellan por las condiciones opuestas.

¹⁸³De estos héroes morales, por decirlo así, son prototipo en la historia de América, Sucre, en primer término, y en menor escala, Washington.

orden administrativo. La América de los conquistadores fue el caos, un caos de sangre y de rapiña. La anarquía más espantosa devoraba el germen de las futuras sociedades. El Estado español, apoderándose de la obra de los conquistadores —que fue exclusivamente militar—, salvó esa obra de la destrucción a que la condenaban los mismos inquietos aventureros que realizaron la conquista.

Salvó, además, España aquellos países para la civilización europea.

Las bases de la nueva sociedad, aunque rudimentaria, estaban echadas; y las sociedades reaccionaban contra sus fundadores, o contra los que habían permitido, con su acción guerrera, que aquellas nuevas sociedades empezasen a surgir. Y el egoísmo surgía de ellas con la vida. No eran una excepción, ya que toda sociedad es conservadora, explotadora, dominante, cobarde, interesada, amiga del orden, del bienestar, cruel; y sacrifica, sin el menor escrúpulo y con la más impávida dureza, a las individualidades que la amenazan o la turban.

Si no fueran defensivas y agresivas las sociedades no existirían. Así las sociedades primerizas del nuevo mundo hispánico destruyeron o contribuyeron a destruir a los conquistadores. Pero aquellos guerreros a quienes se desposee, por un interés superior, de lo que creen les pertenece, ¿no son, en definitiva, los que han hecho posible la obra de europeizar la América? Ellos fueron los primeros europeizantes. La trascendencia de su acción guerrera consiste en haber ganado —o en permitir que España ganase— para la civilización caucásica todo aquel vasto y nuevo continente.

Cuando pasó el ardor juvenil, cuando terminaron las empresas heroicas de conquista, cuando no hubieron fortuna en la guerra o cuando perdieron la que habían, los conquistadores, ya desposeídos, o se insurgen o suelen ocurrir al Estado, acaparador de la obra que ellos, a pecho limpio y por modo espontáneo, realizaron. El Estado era el Rey. Ocurren, pues, al Monarca en demanda de gracias y mercedes aquellos mismos que hicieron a los Reyes la merced y la gracia de casi todo un fabuloso continente.

Para alcanzar la merced a que aspiran, exponen por ante autoridad judicial y con testigos y comprobantes los hechos de guerra que un tiempo realizaron y los servicios que a la Sacra Majestad del Rey habían prestado, según el derecho de entonces. El derecho de entonces confundía o asociaba las ideas de Patria y de Estado con la persona y los intereses del Monarca.

Poco a poco se fueron extinguiendo.

¿Cómo se extinguieron los conquistadores? Aquella generación violenta, sanguinaria, heroica, que había vivido con el hierro en la mano, murió, puede decirse, con el hierro en el pecho, ya en guerra con los indios, ya en guerras de unos contra otros, ya ajusticiados por el Gobierno español.

Los más felices, aunque no los más ilustres, fueron artimañosamente puestos a distancia de toda actividad política y militar. Otros pasaron el resto de su vida oscuramente, solicitando mercedes reales y probando, para tratar de obtenerlas, los méritos contraídos durante la conquista.

El Estado español, en el ejercicio de su obra civilizadora, por una parte, e injusto y acaparador por la otra, quiso pronto sustituir aquel régimen de violencia y a aquellos hombres de ímpetus y pasiones sin freno por un orden estable de administración y por los eternos áulicos y burócratas de todo cesarismo.

Ya centralizado el gobierno en manos del Monarca y de sus representantes, fueron arrumbados o perseguidos los descubridores y conquistadores que no se sometieron.

Desde temprano, a Colón y a Cortés la Corona les pagó mal. Ambos fallecen en Europa, dolidos de la regia ingratitud.

Con Belalcázar no fue menos demostrativa la ingratitud regia. Cayó en desgracia el gran soldado y fue a entregar sus huesos —destituido de todo cargo— en la oscuridad de uno de aquellos rincones del planeta que había convertido él en tierra española. ¿Por qué? Porque cometió un crimen imperdonable para la estrechez de criterio de una Corte: faltó a la etiqueta; se presentó vestido con fastuosidad y cubierto de pedrerías, cuando la Corte estaba de duelo por la muerte de la Reina. El no ser un palaciego vil, un chambelán etiquetero, un cortesano de lágrimas mentirosas; el no ser sino un héroe, un héroe fabuloso, le granjeó la enemiga del Trono.

Balboa muere asesinado jurídicamente por el gobernador Pedrarias; el virrey La Gasca hace perecer a varios conquistadores en el Perú; en el cadalso político muere Gonzalo Pizarro, y a un hermano de éste, Hernando, lo mantiene el Rey preso en Madrid y Medina del Campo, durante veinte años (1540-1560).

El fin de casi todos los demás no es menos trágico. Almagro muere asesinado jurídicamente, como Balboa, por sus compañeros los Pizarro; Francisco Pizarro perece a estocadas y a tiros de sus compatriotas en rebelión.

Fallece Valdivia a manos de los araucanos; García de Paredes, a manos de los caribes, Fajardo, conquistador mestizo de Tierra-Firme, asesinado por Alonso Cobos; Alonso Cobos, ahorcado por los amigos de Fajardo. Lope de Aguirre declara la guerra a Felipe II, creyendo y diciendo que tiene tanto derecho sobre las Indias como el Rey. Entre los soldados del Rey y los propios marañones del tirano lo asesinan y despedazan en Barquisimeto. En el Tucumán argentino, el gobernador Abreu ejecuta a Jerónimo de Cabrera, su antecesor, y a su vez Hernando de Lerma hace dar muerte a Abreu, para morir luego miserablemente en España.

Un largo período de anarquía entre los conquistadores y de rebeliones contra toda autoridad había seguido a la conquista.

Los odios de los conquistadores entre sí eran tremendos, y contribuyeron primero a lo azaroso de su vida, y luego a su exterminio. Preso Almagro,

se le asigna por guardián a un hombre llamado Alonso de Toro, enemigo del vencido. Un cronista pone en boca de ellos el siguiente diálogo, que, por lo menos en esencia, debe ser exacto:

—Por fin vas a beber mi sangre —le dice Almagro.

—Y esa es la mayor fortuna que Dios me concede —contesta Alonso de Toro.

La lealtad no andaba con más cautela que el odio. Hallándose acostado Francisco de Almendras, soldado cruelísimo de Pizarro, se presentó su amigo íntimo y compadre Diego Centeno, vendido al bando de La Gasca. Almendras invocó la antigua amistad y el compadrazgo para pedir la vida. Centeno lo mandó degollar. Luego, uno de los parientes de Almendras envenenó a Centeno.

Pedro de Puelles sirve al virrey Blasco Núñez de Vela. Insurreccionado Gonzalo Pizarro, Puelles se pasa al campo de éste, traicionando al virrey. Después traiciona a Gonzalo y se pasa al nuevo virrey. Muere asesinado, y su cabeza la colocan de escarnio y ejemplaridad en el mismo sitio donde él colocara la del virrey Blasco Núñez.

Martín de Robles, como Pedro de Puelles, traicionó al virrey. Después, cuando la estrella de Gonzalo declina, traiciona a Gonzalo. Lope de Aguirre, hombre de poco fiar, que mudaba de bando con la mayor facilidad, firmó desde que dio muerte a su jefe Pedro de Urzúa: *Lope de Aguirre, el traidor*. Lo que luego dirán otros de mí, lo diré yo antes, pensó tal vez con cínica lógica.

En extremeños, vizcaínos, andaluces, castellanos nuevos y viejos, en todos se borran o esfuman las características de las distintas provincias a que pertenecen; en todos aparece el tipo psicológico del español castellanizado. Todos pertenecen a la misma alcándara de rapaces.

Dieron lo que podían dar: impulsividad, combatividad, fortaleza de ánimo y de cuerpo para resistir pesares y fatigas, toda suerte de virtudes heroicas. Esto, por una parte; por la otra, ignorancia, intolerancia para las opiniones ajenas, máxime cuando se refieren a cuestiones de religión; ambición de adquirir oro al precio de la vida, si llega el caso, exponiéndola en rápido albur, antes que obtenerlo por esfuerzo metódico, paciente, continuo. A ello se alió un orgullo sostenido, que da tono y altura a la vida, aun cuando degenera a menudo en arrogancia baldía y frustránea, e incontenible desprecio por todo derecho que no se funda y abroquelá en la fuerza.

Fueron políticos malos, pésimos administradores; echaron simientes de sociedades anárquicas, crueles, sin más respeto que la espada. Fundaron un imperio, sin proponérselo, sacando bueno el postulado del pesimismo alemán: el fin último de nuestras acciones es ajeno al móvil que nos impulsa a obrar.

Muy pocos de ellos, muy pocos, se restituyeron a vivir en calma, felices, en Europa. ¡Cómo iban a resignarse a vivir en la estrechez de sus pueblos, en Europa, una vida sedentaria, regular, tiranizada tal vez por mísero alcalde, ellos que habían dominado razas y descubierto y paseado continentes! Aunque en Europa nacidos, dieron lo mejor de su esfuerzo, de su vida, su muerte y su progenie a América. Son nuestros abuelos. Son nuestras figuras representativas de entonces, apenas oscurecidas en la admiración popular, tres siglos más tarde, por los Libertadores.¹⁸⁴

Los descendientes directos de aquellos hombres formaron en América, por lógica imprevista, una suerte de oligarquía o aristocracia. Durante siglos enteros fue timbre de orgullo descender de los conquistadores; y en aquella sociedad, dividida en castas durante el régimen español, hasta se solían fraguar ingenuas y fantásticas genealogías para probar que se entroncaba con los primeros civilizadores llegados de Europa. Pocos sintieron el orgullo de originar en los grandes caudillos indios. Esa es la suerte de los vencidos: el desprecio.

Ser nieto de conquistadores por ambos lados era patente de limpieza de sangre. Hijos, nietos de conquistadores, ¡qué altiva satisfacción! Olvidábase que los primeros mestizos fueron también hijos de los primeros conquistadores. Equivaldría, además, el descender de conquistadores, o suponerse, a pertenecer por derecho propio a la casta de los dominadores.

La aristocracia de la espada fue siempre preocupación en la América de lengua castellana, hija de España, país guerrero.

¹⁸⁴El recuerdo de los conquistadores, de muchos de ellos, se conserva en los pueblos americanos, aun en el vulgo iletrado de los campos, si bien enturbiado por leyendas más o menos absurdas. Con el nombre del Tirano Aguirre aún se asusta a los niños de Venezuela. *"Pórtate bien, que si no, te lleva el Tirano Aguirre"*. A un fuego fatuo de los campos de Barquisimeto le llaman *"el alma del Tirano Aguirre"*. Paulina Maracata, la buena, la santa mujer que es nuestra segunda madre hace cuarenta y cinco años, es decir, que hace cuarenta y cinco años sirve maternalmente en nuestra familia, es oriunda de Choroni. Este pueblecito marítimo de la costa venezolana nada tiene que hacer con México. Pues bien, Paulina entretiene nuestra niñez cantándonos unas coplas referentes al sojuzgador de los aztecas. Recuerdo ésta:

*Allá viene Hernán Cortés,
embarcado por el mar;
déjale que salte a tierra,
que le vamos a flechar.*

Ahora, conclúyase. Resulta fácil reprochar a los conquistadores el que supieron en grado máximo destruir lo existente, desde naciones hasta sistemas de gobierno, y que no supieron en el mismo grado sustituir lo que destruyeron. El reproche tendría tanto de verdad como de injusto.

Cada generación tiene un cometido, que cumple si puede. Es decir, cada generación debe proponerse un ideal y, de acuerdo con sus fuerzas, caminar hacia él. Y la generación española de los conquistadores cumplió a maravilla el encargo del destino.

Su deber no consistía en aprender a gobernar ni en ser maestra en el ramo de la administración pública. Consistió en hallar mundos, descubrir tierras, subyugar razas, derrocar imperios. En los conquistadores, además, existían deficiencias de raza que los incapacitaban para fundar administraciones regulares; e intemperancias de carácter, intemperancias de oficio, y excitaciones del medio bárbaro, para que los leones pudiesen convertirse en corderos; los fanáticos, en filósofos; los hombres de la guerra bárbara contra el indio, en burgueses pacíficos.

No fueron administradores, es verdad. No tenían por qué serlo aquellos soldados. Robaron, es cierto, a los vencidos; pero ser despojados por el vencedor —y no sólo de bienes materiales, sino de sus mujeres, de sus dioses, de su idioma, de su soberanía— es lote de los que se dejan vencer.

Fundaron, con todo, indirectamente, un nuevo orden de cosas, al legar su obra de tábula rasa a la mano de España para que la mano de España levantara sobre las ruinas de la vieja civilización, donde la hubo, civilización nueva, o creara cultura donde no existían sino desiertos cruzados de tribus brávías.

Porque debe hacerse hincapié, a punto de concluir, para mejor comprender la obra de los conquistadores y de España, en algo que se indicó ya en el curso de la obra, con respecto a los indios; a saber: que eran naciones las indias en diferentes etapas de civilización. Estas etapas iban desde el imperio comunista de los incas y el imperio oligárquico, teocrático, de los aztecas es decir, desde pueblos perfectamente organizados con una original civilización, hasta las tribus errantes en estado de barbarie.

Contra lo que pudiera imaginarse, ocurrió que la conquista de los grandes imperios, y su ulterior hispanización, fue más fácil que la de las naciones bárbaras. Nada más dramático, en efecto, que la lucha contra los araucanos de Chile y los aún más bárbaros caribes de Venezuela. Vencidas unas tribus, se levantaban otras. El conquistador acudía a someterlas y los vencidos de la víspera se insurgían a su turno. A los caribes no les faltó, para inmortalizar su defensa, sino un cantor épico, un *Ercilla*. En cambio, los pueblos organizados caían en pocos combates. Los imperios morían con sus dinastías.

Respecto a la hispanización sucedió algo semejante. Con los hijos sometidos de los imperios se mezcló el español fácilmente; y produjo las sociedades mestizas de México, Perú, Nueva Granada, Centro América. El indio puro fue esclavo y trabajó para el dueño, en las minas y en los campos; porque el indio de aquellos pueblos, en estado de civilización, era ya agricultor y pudo ser minero. En las tribus bárbaras, el indio fue destruido en la guerra; y los que no desaparecieron por el hierro y por el fuego, o por las pestes, o por la esclavitud que no podían sufrir, huyeron a lo más escarpado de los montes, a lo más intrincado de las selvas. Negros del Africa sustituyeron al indígena en las labores del campo.

Aquellas sociedades todas quedaron divididas en castas. Estas castas se aborrecían unas a otras. Andando el tiempo, y por obra de las guerras civiles, de la forzosa convivencia secular, de la evolución democrática de las ideas y del temperamento sensual de los habitantes, aquellas castas se han ido fundiendo con lentitud y extrema repugnancia, y han ido dando origen a sociedades heterogéneas. Pero en estas sociedades impera, sobre todos los demás, el elemento caucásico.

Aun en aquellos pueblos en que está en minoría, la raza blanca les infunde su espíritu. Ella impera en sociedad, de modo exclusivo, celoso e intransigente; posee la riqueza; es ama de la tierra; practica el comercio; ejerce el poder público e impone sus ideas culturales. En muchas de estas sociedades el elemento superior, el caucásico, no ha sido renovado todavía en cantidad suficiente para absorberlos por completo a todos. Tarde o temprano ocurrirá. En algunos países ya ha ocurrido.

Pero vuélvase a los héroes de la conquista, primeros progenitores de las actuales sociedades americanas.

Gracias a ellos pudo España crear lo que —bueno o malo— existió durante siglos y fue raíz de lo que existe hoy y en lo futuro existirá.

España, por su parte, dio lo que tenía. Pobre fue siempre en hombres de Estado, en hacendistas, en buenos y pulcros administradores de la cosa pública; fértil en burócratas inescrupulosos, en jueces de soca liña, en oligarquías que pusieron su conveniencia por encima de la conveniencia de la Nación. Largas páginas se han dedicado en esta obra a comprobarlo.

Lleguemos ahora a la conclusión de aquellas prolijas premisas: ¿cómo iba a darnos España lo que no tenía? ¿Cómo culpar a los conquistadores de ser como por herencia, por educación, por tradición, por oficio, por época y por medio tenían que ser?

La Historia no se cultiva por el placer baldío de condenar ni de exaltar. Se cultiva para aprovechar sus lecciones y atesorar experiencias; para conocer el mensaje que cada época y cada raza legan a la Humanidad.

Madrid, 1920.—Château de Catillon (Oise), 1921.

LA EVOLUCION POLITICA Y SOCIAL DE HISPANOAMERICA

DENTRO de una misma sociedad coexisten diferentes grupos o clases que pueden tener intereses opuestos, y que tienen, sin embargo, un interés común: el interés nacional.

Así, entre los distintos agregados constituidos hoy en naciones, existe, a pesar de divergencias secundarias, el interés máximo de conservar la armonía económica y el equilibrio establecidos por la civilización.

El pueblo más distante, el más antagónico del nuestro, con excepción del grupo de pueblos todavía rudimentarios, es para nosotros una necesidad, dadas las condiciones sociales y económicas de la vida moderna.

Cuando el lector abre su periódico, al levantarse, y aprende por un centavo lo que ocurre en las cuatro partes del mundo, es porque se lo permite una serie de intrincados intereses de que él no se da, quizás, cuenta. Lo que ocurre en la India y en Australia interesa, aunque en grados diversos no sólo al dirigente inglés, sino al negociante de Nueva York, al banquero de Hamburgo, al industrial de Barcelona, al cosechero de arroz japonés y al hacendado de Suramérica.

Imaginaos que un pueblo mal conocido en Europa, a menudo calumniado, y siempre visto de reojo, la América Latina, desapareciera de súbito. A primera vista creeréis que esto nada significa para los que no conocéis aquel pueblo, al cual no estáis ligados personalmente ni por negocios, ni por ideas, ni por recuerdos, ni por simpatías. La desgracia de aquel pueblo suponéis que no alterará vuestras costumbres de elegante y noctámbulo madrileño o de *londonian sportman*; que al mes ya no dará pábulo a crónicas, y será un asunto concluido; en fin, que el público de Londres, París o Madrid no hará de eso más caso que de un trágico choque de trenes o de un dinamitazo a lo Ravachol.

Pero el que así razone, ¡cuánto se engañará!

Fijaos en esto solamente: el comercio de aquellos países asciende a 14 o 15.000 millones de francos anuales. Daos cuenta de la cifra, daos cuenta de lo que esos 14 o 15.000 millones de francos anuales significan de esfuerzo humano europeo que, por tanto, se perdería.

Por lo pronto, los pueblos más prósperos de Europa: Francia, Inglaterra

y Alemania, que por tan gran parte entran en aquella suma, tendrían un sobrante de producción enorme, de un lado, y una carencia tal de ciertos artículos, por otro, que el trastorno sería muy serio.

Muchos industriales, no teniendo a quién vender, cerrarían sus fábricas, y ¡a la calle miles de obreros! Otras industrias perecerían por carencia de materias primas: asfalto, caucho, quina, etc. Metales, perlas y piedras preciosas subirían. Productos de primera necesidad, como el azúcar, el café, el cacao, el maíz, el trigo, el algodón y la carne, costarían un ojo.

Con una gran superproducción inútil, la vida más cara, muchos brazos ociosos y muchos estómagos hambrientos, ¿sería imposible una guerra civil que precipitara el ineludible triunfo de la revolución social?

Quizás estallaría la guerra para arrebatarse unas potencias a otras las colonias. También es concebible que Europa, por un movimiento semejante al de las Cruzadas, aunque menos platónico, se lanzara en dirección del Asia, en son de guerra, a la conquista de mercados.

Respecto a España sería peor la cosa, porque además de verse morir en sus retoños, de sufrir el dolor de Niobe, perdería a sus mejores clientes, a los clientes por los cuales hoy vive su comercio.

Pero no sería menester el caso extremo de que la América Latina desapareciera. Bastaría que una potencia tal o cual la conquistase, e impusiese allí un régimen económico semejante al de España durante sus tres siglos de dominación; es decir, un régimen de exclusivismo comercial, por donde cuanto no vendiese la metrópoli no pudiese comprarlo América, y que la superproducción de la colonia, no necesitándola o no pudiéndola pagar el país dominante, se quemara o se echase al mar.

Baste de suposiciones quiméricas. No es fácil que nadie resucite absurdas teorías económicas. Tampoco es fácil que potencia alguna conquiste la América Latina, ni que ese continente desaparezca en el Océano.

Pero ¿no interesará a Europa, y principalmente a España, conocer mejor a un pueblo cuya muerte o regresión al estado colonial afectaría profundamente al Viejo Mundo?

Estúdiese, pues, su evolución social y política. Voy a hablaros someramente, en primer término, de *La Colonia*: de la población, del gobierno, de las castas, de las ideas y procedimientos económicos a la sazón en boga, de las aspiraciones políticas de los americanos; os hablaré en segundo término de *La Independencia*. Otro día se tratará de la *Organización de los Nuevos Estados*, de *La República*, y haré el balance material e intelectual de nuestro esfuerzo durante una centuria de vida.

Invoco vuestra benevolencia y suplico hagáis en este momento un corto esfuerzo de imaginación para que os transportéis a la América colonial, cien años atrás, cuando no flotaba en toda la extensión del nuevo mundo hispánico sino un solo pabellón, el pabellón rojo y gualda, tan conocido de la victoria, el pabellón cien veces glorioso de nuestra formidable y siempre erguida madre España.

I

LA COLONIA

I

SEMEJANZA DE POBLACION Y COLONIZACION

La evolución política y social de todo Hispanoamérica, desde las altiplanicies del Anáhuac al lindero de los yermos patagónicos, ha sido hasta la fecha, si no idéntica, por lo menos semejante y simultánea.

Los levísimos matices diferenciales de pueblo a pueblo, riqueza mayor o menor, revolución más o menos de este pueblo o de aquel, no valen nada ante la armonía del desenvolvimiento general; como valen poco unas gotas más o unas gotas menos de sangre aborigen y aun africana ante los grandes movimientos de absorción étnica por los cuales la gente hispanoamericana se asimila elementos heterogéneos, hasta crear poco a poco un tipo de raza nuevo, variedad del hombre blanco. El elemento que predominará es el caucásico. Eso es lo esencial.

De etapa en etapa la evolución va siendo la misma para todos. Primero es el contacto de la raza fuerte y conquistadora con la que será sojuzgada. Los elementos en lucha son los mismos en toda nuestra América: la raza amarilla, rudimentaria y bravía en la hoya del Orinoco y en los Andes chilenos, menos bárbara en la meseta de Cundinamarca, o ya organizada en los Imperios de México y Perú, enfrente de una raza más fuerte, en grados superiores de evolución, y que termina por imponerse con perseverante audacia y heroísmo sin ejemplo. Vencieron los peninsulares una naturaleza desconocida y agresiva, vencieron sus propias necesidades y costumbres de europeos, amoldándose al medio, y vencieron a los indígenas en la proporción de muchos miles para cada español. La posteridad ha sido mezquina en justicia con la obra y el esfuerzo de los conquistadores.

El conquistador se instala. Poco a poco impone su civilización. Todos pasamos en América por las mismas fases de conquista e imperio. El régimen es teocrático y militar conjuntamente. El cura, aliado del conquistador, caetequiza al indio: le promete el cielo a trueque de trabajo y sumisión en provecho del blanco. El indio, que no cree sino en sus ídolos, y a quien maltratan, huye. Lo cazan. A otros los venden y exportan. Otros sucumben en manos de la crueldad. Otros por habitar en climas que no soporta su naturaleza, como el clima de los páramos andinos los costaneros terracalentanados, o las playas de fuego los nacidos en la Cordillera. Otros mueren agobiados por el vencimiento y la abyección. La viruela hace estragos. El laboreo de minas devora miles de existencias. La raza desaparece. Las cifras causan pasmo. Los filántropos claman. El Monarca legisla. En vano. A dos mil leguas la voz de Su Majestad apenas se percibe. Se oye, pero no se obedece.¹

Se legisló siempre a favor de los aborígenes, es verdad; pero es verdad también que la ley fue letra muerta. El interés personal hablaba más alto que la voz del Monarca. La compilación de ordenanzas reales desde Isabel la Católica, compilación conocida con el nombre de *Leyes de Indias*, es francamente un monumento de sabiduría y aun de filantropía.² Pero sucedió con las ordenanzas reales en América lo que ya en pleno régimen republica-

¹El sojuzgador de Nueva Granada, Belalcázar, dio a cierta Real orden una arrogante respuesta que traducía el pensar de casi todos los conquistadores: *Se respeta, pero no se cumple*.

²Se trata allí, en mucha parte, de amparar al indígena contra los desmanes y la explotación del europeo. A medida que va siendo menester poner freno a un abuso, o que se debe pautar un procedimiento, el Monarca dicta ordenanzas. Pero estas mismas ordenanzas dictadas para precaver a los indios del desafuero blanco, ordenanzas que se desobedecieron casi siempre, prueban cuál era y siguió siendo la suerte del aborígen. Así, cuando Felipe III, en 1609, dice: "Mandamos que los indios no pueden ser condenados por sus delitos a ningún servicio personal de particulares...", sabemos que lo que se nos cuenta es verdad, a saber: que por cualquier cosa, con cualquier pretexto, se arrancaba al indio de su descanso para emplearlo en beneficio de un dirigente de sotana, de toga o de uniforme. (Ley V, tít. XII, lib. VI).

A veces la ley es la mejor historia: "Algunos encomenderos, por cobrar los tributos, que no deben los indios solteros hasta el tiempo señalado, *hacen casar a las niñas sin tener edad legítima*, en ofensa a Dios Nuestro Señor, daño a la salud e impedimento a la fecundidad..." (Ley III, título I, lib. VI).

El 16 de abril de 1580 Felipe II empieza una ley así: "Si algunos indios ricos, o en alguna forma hacendados, están enfermos y tratan de otorgar sus testamentos, sucede que los curas y doctrineros, clérigos y religiosos procuran y ordenan que les dejen a la Iglesia toda o la mayor parte de sus haciendas, aunque tengan herederos forzosos; exceso muy perjudicial y contra derecho..." (Ley XXII, tít. I, libro VI).

Que tal abuso, como tantos otros, jamás se corrigió, lo prueba el que dos siglos más tarde fueron a América, a medir un grado terrestre en el Ecuador, los marinos D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, y encontraron y refirieron los mismos atropellos que prevenían las *Leyes de Indias*. Aquellos viajeros enviaron al Rey unas magníficas y documentadas *Memorias secretas de América*, que se publicaron años más tarde, en 1826, en Londres.

Los más humildes curatos de indios se compraban por sumas relativamente fabulosas. Pero los curas conocían su negocio: el indio pagaba. "Lo que se da por cada curato son sumas tan crecidas —dicen D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa—, que se hacen increíbles; y así, bastará decir, por ahora, que esto se regula por el usufructo que se pueda sacar de él. Esta contribución recae directamente sobre los indios, por-

no sucede con muchas leyes, y lo que con muchas leyes sucede también en Europa: caen al nacer en desuetud, y nadie tiene reparo en infringirlas.

Entretanto se importan negros del Africa. Los conquistadores y colonistas que se cruzan con negras y con indias procrean castas de mulatos y mestizos. Estos se confundirán entre sí, lo mismo que los descendientes blancos de los conquistadores, e irán produciendo un embrollo inextricable de híbridos, una escala de colores que empieza en el negro auténtico y en el indio cobrizo y acaba en el blanco, pasando por todos los matices del chocolate y del café con leche. "No se sabe a qué rama de la familia humana pertenecemos", escribirá Bolívar en su Mensaje al Congreso de Angostura en 1819.³

La población es la misma en toda la América. También son los mismos en toda la América los métodos de conquistar, gobernar y civilizar que em-

que, además de lo que el cura pretende sacar para sí, es preciso también que saque la suma que ha de dar al provincial; y como esto se repite en cada capítulo, es indecible la pensión con que viven los indios pertenecientes a curas regulares, aún mucho mayor de la que sufren con los seculares. (*Memorias secretas de América*, página 339).

Humboldt, a fines del siglo XVIII, hace observaciones semejantes y constata la riqueza del clero, sobre todo en Méjico. A principios del siglo XIX, en la década que precedió a la Revolución, un agente del Gobierno francés en Tierra Firme, M. F. Depons, escribe que los religiosos llegaban de España con buenas intenciones; "... mais trouvant a leur arrivée en Amérique leur confrères livrés a une vie bien plus selon l'esprit de l'homme que selon l'esprit de Dieu, leur fragilité humaine trouve plus commode de suivre l'exemple que de le donner". (*Voyage a la Partie Orientale de la Terre Ferme*, vol. II, pág. 136; edición de París, de 1806).

Se ve, cómo la filantropía legislativa respecto de los indígenas era inútil cuando se oponía al interés de los dominadores. Los indios fueron casi siempre ultrajados y explotados. Su nulidad llegó a tanto, que durante la guerra de Independencia el aporte de su contingente a la emancipación no merece tomarse en cuenta. No produjeron en aquel período brillante y propicio ni una figura notable.

La República no los ha tratado mejor que España. Los únicos indios eminentes en el siglo XIX han sido Juárez y Altamirano, ambos de Méjico. La situación social de los indios actualmente no es superior a la de los tiempos coloniales.

³Pero el juzgar por el color es ocasionado a tropiezos en la América tropical. El solo indicio del color tirando a cobrizo no es testimonio inequívoco de una sangre mezclada. A la segunda generación, el descendiente de alemanes o de ingleses cruzados entre sí suele parecer andaluz o árabe. En sus *Consejos higiénicos para vivir en climas tropicales*, el Dr. Oscar A. Noguera, de Colombia, dice lo siguiente respecto a los soles del trópico:

"En la piel producen los rayos solares directamente quemaduras. Se presenta primero una hiperemia bien marcada de las partes que han sido expuestas a ellos (manos, cara, nuca); sigue a ésta un escozor desagradable por uno o dos días, y después descamación de la piel, quedando ésta más oscura que lo era antes. Estas partes, ya descamadas, presentan en lo sucesivo mayor resistencia al sol, hasta llegar a ponerse insensibles. Esto es lo que sucede a los bogas y otros individuos que por su profesión u oficio se ven obligados a trabajar constantemente a la intemperie". (Apéndice a la traducción castellana de una obra higiénica del Dr. M. de Fleury; edición Ollendorff).

La influencia del sol en pocos años puede uno observarla en dos hermanos de padre y madre, si el uno vive al abrigo de las ciudades, con ocupaciones urbanas, y el otro se dedica a labores agrícolas en el campo, o a la cría en la intemperie de los llanos. Calcúlese la transmisión hereditaria del tinte adquirido, y no se extrañe que a la segunda generación los descendientes de nórdicos europeos sean morenos, y menos que el color bronceado o dorado suela ser el color de un hombre de pura raza blanca nacido en el trópico.

plea España. Los aventureros salen a conquistas, con o sin apoyo oficial. Las órdenes religiosas forman misiones y reducen indios. El Virrey o el Capitán General no domina sin contrapeso, aunque su poder sea grande; y los Cabildos, por los cuales las ciudades se administran, son un asomo de las libertades modernas.

II

LAS CASTAS

En aquel baraje de razas que se produjo en la colonia, y de donde saldrá el basamento de la nueva sociedad, una casta se conservará incontaminada, incólume, orgullosa, pura: la casta criolla, el blanco americano, vástago de conquistadores y pobladores, que será una suerte de nobleza, y que así se llama. Los hombres de esta casta pudieron cohabitar con indias y aun con negras; pero al fruto de esos placeres no lo elevaban socialmente a la condición del padre. Quedaba siendo pueblo.

Las castas, pues, están muy bien delimitadas.⁴ Los blancos son muy celosos de sus prerrogativas.

Apurado de dinero y poco escrupuloso, dictó el Monarca de España, a promedios del siglo XVIII, una cédula que se vendía a pardos y mestizos. Se llamaba *Cédula de gracias al sacar*. Según tarifa, proporcionada a la mayor o menor cantidad de sangre africana, se declara por dicha cédula blancos a los que no lo son. Los americanos blancos pusieron el grito en el cielo.⁵

Con ese espíritu de toda agrupación, espíritu de defensa y exclusivismo, que hace posible la armonía y aun la existencia entre los distintos centros sociales, los blancos se unificaron y defendieron contra las clases étnicas inferiores y ante el Rey. Porque la cuestión era para ellos de mucha entidad. No es que el pardo, por un decreto comprado, fuera igual étnicamente al blanco, sino que ascendía, en principio, al nivel social de éste, y era apto desde ese punto para ejercer aquellas escasas funciones, más aparatosas que

⁴"Les alliances entre les gens de couleur libres et les blancs, quoique non défendues par les lois, jusqu'à une époque très récente, n'y sont guère mieux vues qu'ailleurs. Les premières familles blanches portent un soin particulier à éviter ce mélange". (Depons: op. cit., vol. I, página 262).

En el trópico las mujeres son ardientes. Algunas señoritas blancas tenían hijos de amores clandestinos, hijos que abandonaban a la puerta de las iglesias. Los varones sobraba quien los recogiera. Las hembras iban a parar a menudo en manos de alguna familia parda caritativa. "Elevées par des personnes de couleur, et privées de toute fortune, elles doivent donner leur mains au premier homme de couleur qui la leur demande". (Depons).

⁵Véase la recopilación de Blanco & Azpurúa: *Documentos para la historia del Libertador*, vol. I.

importantes, que el español concedía al colono blanco, pero que bastaban, sin embargo, para conferir a éste el primer puesto en el país donde vivía.

La gente de color, encontrando el obstáculo de los criollos, no pudo, a pesar de las cédulas reales, obtener preponderancia social ni política durante la colonia.⁶ Mayor cien veces la obtuvo luego, con la República.

Tenemos, pues, una sociedad de castas, a saber: el español, el criollo, el pardo, el indio, los libertos y los esclavos. Entre estas castas hay lucha, ya sorda, ya manifiesta, pero constante; lucha que los españoles dirigentes aprovecharán algunas veces para sus fines de dominación. Ya iniciada la independencia, y por mucho tiempo, España se apoyará en el pueblo contra la oligarquía criolla, que es la que revoluciona.

El español, que ha impuesto su lengua y su religión, gobierna y practica las funciones superiores del culto.

El americano ejerce por concesión una que otra función de aparato, ya municipal, yaseudomilitar en cuerpos de milicias. Es agricultor, propietario, criador, rentista. Con esos débiles apoyos iniciará, sin embargo, la Revolución.

El pardo, que ejerce pequeñas industrias en las ciudades, forma batallones de milicias con elementos de su clase, y en la jerarquía de este orden militar puede ascender hasta el grado de capitán. Ejerce algunas profesiones liberales, como la medicina. Es propietario y agricultor. Está sometido a leyes suntuarias.

El indio vive siempre bajo tutela. El Papa ha declarado que sí tiene alma; pero como no comprende abstracciones metafísicas, se le cree torpe en grado heroico. Es astuto, como todos los débiles. La alegría y la audacia, en trescientos años de oprobio, lo han abandonado; es melancólico y tímido. En algunas provincias forma pueblos de su raza, gobernados por un corregidor, o bajo el régimen teocrático de religiosos católicos. Cultiva la tierra y es pastor. El indio, no sólo por hábito adquirido, sino por naturaleza, siempre fue pasivo, carneril, sin personalidad. El socialismo incásico da fe.

El manumiso puede ascender como el hombre de color libre. Si se fuga, durante cuatro meses, cae de nuevo en la esclavitud: es de quien lo apresó. Ejerce industrias, cultiva la tierra, vende, compra y es propietario.

El esclavo cultiva los campos, es sirviente doméstico. Por su mayor fortaleza física y su carácter más regocijado, es quizás, a pesar de la esclavitud, menos desgraciado que el indio. Su precio máximo en la Capitanía General de Caracas es de 300 pesos. Si los reúne, el esclavo puede libertarse a sí mismo. Si el amo le maltrata y el esclavo lo comprueba, y encuentra nuevo amo que proponga comprarlo, el propietario está obligado a venderlo.

⁶"Pendant mon séjour à Caracas, toute une famille de couleur obtint du roi tous les privilèges attachés à la couleur blanche. Tout l'avantage effectif qu'elle en retira, me parut tomber sur les femmes, qui acquirent par là le droit de s'agenouiller, dans les églises, sur des tapis... Des gens instruits m'assurèrent que cette grâce du roi, quelque chère qu'elle eût coûté, n'opérerait dans l'opinion publique aucun changement favorable à cette famille..." (Depons: op. cit., vol. I, páginas 261-262).

El blanco americano se creará noble, y lo será con respecto a su pueblo multicolor; pero el español recién llegado, pulpero, clérigo de misa y olla, empleadillo, no lo creará sino colono; se reirá de las ínfulas del criollo, y cuando las hijas de éste sean buenos partidos, se casará con ellas y se largará a España. Las muchachas, muy a menudo, preferirán al español, aunque por su condición de empleadillo o pulpero éste sea un zafio o un mastuerzo, inferior al petimetre criollo, que es rico, que ha viajado, que ha leído un poco.

Pero en América se confirmaba una vez más que las mujeres, en los países conquistados, son para los conquistadores.

III

IDEAS Y PROCEDIMIENTOS ECONOMICOS

El blanco de las clases elevadas desdeña el comercio. El comercio lo ejercerán algunos españoles y parte mínima de americanos.

Los principios económicos de los españoles de entonces no eran precisamente favorables al florecimiento de un país. Creyendo que oro y plata constituyen la única riqueza nacional, y profesando que trocar oro por mercancías era negocio perjudicial, por cuanto la mercancía se acaba y el oro no, abandonaron, y aun persiguieron, en el viejo solar de la raza, por una serie de medidas absurdas, las industrias vernáculas. El intercambio de productos con otros países considerábase "invención del demonio —según un consejero de Felipe III— para destruir un reino que Dios ha mantenido tan católico y cristiano" Pragmáticas inverosímiles prohibían la exportación de objetos manufacturados en España y favorecían la importación de sus similares extranjeros. Se impidió el giro, dentro de España, de letras de cambio. Se expulsó, en número de más de medio millón, a los moriscos, clase la más laboriosa e inteligente. Por eso, y por las guerras europeas, el comercio y las industrias de la metrópoli perecieron. Para levantarlos idearon las Cortes de Valladolid cierta curiosa medida, y pidieron al Rey en 1548 que se prohibiese la exportación a América de objetos que encarecían en la Península, "porque esto venía de la gran saca que de estas mercaderías se hacía para las Indias".⁷

⁷Véase Baralt: *Historia de Venezuela*, I, 352. Citaremos en este estudio, de preferencia, autores americanos, como una manera indirecta de mostrar nuestro espíritu a los europeos. Pero pudieran consultarse, a este respecto, muchas obras; bastaría, sin embargo, con leer las notas que Buckle ha puesto a su obra sobre España. Ahí se puede estudiar la manera como fue precipitándose la ruina de la Península.

Sin industrias, sin comercio, sin marina, con absurdas ideas económicas, ¿cómo satisfacer las necesidades de América, con la cual, por un riguroso sistema exclusivista, no podía comerciar sino la Península?

Impotente la madre patria para suministrar cuanto las colonias requirían, recurrió al expediente de expedir como propias mercaderías de otros pueblos europeos. El oro de América, de retorno, no hacía sino pasar por España. Pero como la metrópoli no podía hacer de comisionista de Europa sin beneficiarse en algo, era la colonia quien pagaba, recibiendo a precios exorbitantes lo que se le obligaba a tomar. Nació, como debe de presumirse, el contrabando, que practicaban, en primer término, Inglaterra y Holanda.

Con las ideas económicas y políticas que privaban en la Península, la mala administración de América era consecuencial. El monopolio fue norma. Provincias enteras se entregaron en feudo a Compañías que, merced a un estipendio pagado al Monarca, obraban a su guisa.

El gran pensador que, transformado en gran héroe, debía más tarde dirigir la emancipación de América, Simón Bolívar, formula el pliego de cargos contra España, del cual pueden desglosarse los que pintan la situación económica de las provincias:

“Prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas para que no se traten, entiendan ni negocien”.⁸

El sociólogo brasileño Manoel Bomfin considera a España y a Portugal, en aquellos tiempos en que vivían de América, como pueblos parásitos. La verdad es que fueron incapaces, o por lo menos inhábiles, para explotar con más éxito las colonias.

IV

ASPIRACIONES POLITICAS DE LOS AMERICANOS

España, por instinto de conservación, ponía cortapisas al desarrollo intelectual de los colonos, a la difusión de la enseñanza, y, sobre todo, a cuanto pudiera atenuar la fe. La religión era su gran agente de dominación. Ella, como todo pueblo conquistador y civilizador, sabía por instinto, antes que los teóricos lo expusiesen, que cualquier cambio en las creencias provoca *toda una serie de transformaciones*.⁹

⁸*Cartas del Libertador*, vol. I, página 80.

⁹G. Le Bon: *Lois Psychologiques de l'Evolution des Peuples*, 149.

Por eso se desvivía en el propósito de mantener incólume las creencias. Por eso se prohibía la fundación de Universidades, la entrada en América a todo género de obras, *aunque tratasen de materias profanas y fabulosas*, lo mismo que a cuanto pudiera acalorar la cabeza de un pueblo imaginativo, o pudiera ser vehículo de teorías disolventes.

Pero es imposible secuestrar a todo un pueblo. Los “nobles” americanos, a pesar de las restricciones, y exponiendo la libertad y aun la vida, leían desde Hume y Hobbes hasta Voltaire, Rousseau y demás enciclopedistas. Nariño, de Bogotá, tradujo y esparció *Los derechos del hombre*. Además, eran ricos; viajaban por Europa. La independencia era cuestión de tiempo y oportunidad, porque ya estaba en sazón aquel elemento étnico superior que, según Lapouge, es menester para dirigir los cambios sociales y arrastrar a las multitudes.

El General Miranda había fundado en Londres una Logia con muchos jóvenes americanos. Cuando cada uno de éstos regrese a su país, llevará los ideales de la Revolución y el compromiso de propagarlos.

El criollo se cree, se sabe capaz; opina sobre política; desea las consideraciones anexas al gobierno; quiere mandar. Simultáneamente, de un extremo a otro de la América, el criollo un día quiso dirigir los destinos de su Patria. Ese día empezó silenciosamente la Revolución, que, mucho más tarde, trató de estallar en La Guayra, en Quito, en La Paz, hasta que explota, casi al propio tiempo, el año de 1810, en todas las capitales de América: en Caracas, el 19 de abril; en Buenos Aires, el 25 de mayo; en Bogotá, el 20 de julio; en Quito, el 2 de agosto; en México, el 16 de septiembre; en Santiago de Chile, el 18 del propio mes.

II

LA INDEPENDENCIA

I

CARACTER DE LA REVOLUCION

España, a fuer de conquistadora, ejerció la soberanía, de acuerdo con su carácter y educación nacionales, como mejor le parecía. Era lógico. Reprocharle su conducta, sobre ocioso es absurdo, y probar que se ignoran las leyes sociológicas.

Pero sería ignorancia de esas mismas leyes el condenar la Revolución. Para fines del siglo XVIII ya estaba en sazón en América una raza de hombres, hijos de conquistadores y colonizadores europeos, que podían dirigir una corriente de opinión adversa a la madre patria; las circunstancias exteriores fueron propicias, y sobrevino la Revolución de independencia.

La Revolución se hará con máximos ideales: para establecer la nacionalidad, en vista de la inferioridad política de las provincias y de sus pobladores, y para mejorar, como era natural, el régimen económico.

En plena decadencia política, industrial y mercantil; entregada a un rey inepto como Carlos IV, a una mujer liviana como María Luisa y a un favorito de alcoba como Godoy, España, ciega y paralítica, no podía conducir a los que tenían ojos y piernas, a un pueblo situado a dos mil leguas de distancia, con población y territorio mayores que los de la metrópoli, animado en sus mejores hijos del espíritu revolucionario de 1789 y con fuentes de riqueza maravillosas que estaba mirando inútiles por la incuria e incapacidad de los dominadores. (No culpamos a la madre patria: primero, porque estas páginas no son un juicio, sino descarnada y sumaria exposición de fenómenos sociales; luego, porque recordamos el ejemplo de Inglaterra, que en condiciones menos desventajosas perdió sus colonias de Norteamérica).

No olvidemos que “el móvil de la fundación de los sistemas políticos ha sido un móvil económico”, y que “siempre se ha tratado por cierto número de hombres de llegar a un grado superior de bienestar material”.¹⁰ Pero recordemos también que el anhelo de nuestros padres no se limitaba a una mejora económica exclusivamente. Era mayor su plan. Luchaban por instituir la nacionalidad, pensamiento al cual estaba subordinado el de beneficios materiales; o con más propiedad, toda aspiración o móvil subalterno quedaba comprendido en el anhelo de adquirir patria. Sus ideas económicas fueron claras. Ellos rompieron desde el principio con el sistema de exclusivismos y monopolios de la madre patria, ofrecieron el país al comercio del mundo y decretaron libertad de industrias. Algunos de los promotores de la Revolución, como D. Mariano Moreno, tenían a este respecto ideas muy sensatas, en oposición con las imperantes.¹¹

La Revolución, que se inició simultáneamente, como se ha visto, en casi todas las provincias, fue de carácter oligárquico y municipal. El pueblo no tuvo nada que hacer con ella al principio. De ignorancia crasa y fanatismo abyecto, como convenía a la política del conquistador, no podía el pueblo ser movido por ideas que no cabían en su cabeza ni por sentimientos que ignoraba. Fue una minoría, la clase superior, la que tuvo aspiraciones.

¿Y de qué medios se valió para conspirar e imponerse? De los que disponía. Una sombra de poder, el poder municipal, y algunos batallones comandados por criollos.

España heredó de Roma la institución municipal, y la transmitió a su vez a sus hijos americanos. En Roma sirvió el municipio en ocasiones para conservar la ciudad libre dentro de la nación esclava. En España fueron los municipios hogar de la libertad, hasta defenderse con las armas en la mano contra el poder central y caer vencidos por el despotismo de los Reyes austríacos. En América representaron, en cierto modo, la autonomía regional durante la colonia. Era el único Cuerpo del Estado adonde se daba acceso a los hijos de América, no de modo absoluto para ser dirigido o compuesto sólo de americanos, sino proporcionalmente a un número de españoles siempre mayor. Y fue esa minoría de los Cabildos capitalinos la que arrasó a la mayoría peninsular o la engañó; la que, fingiendo con gran astucia política conservar los derechos de Fernando VII, preso por Napoleón, se instituyó en Juntas y empezó a gobernar, no la ciudad, sino el país, y a preparar el espíritu público, la declaratoria de independencia y la defensa armada.

¹⁰Gumplowicz: *Compendio de Sociología*, edición española, pág. 243.

¹¹La *Representación de los labradores de Buenos Aires*, años antes de la Revolución (1793), dice: “Se cree evitar la escasez con estancar los granos. Rara contradicción. Como si el impedir la salida, que es lo que anima la siembra y aumenta los productos, no fuera secar los manantiales de los frutos y caminar directamente hacia la esterilidad y la pobreza”.

Se advierte un concepto mucho más claro de la economía política que el privativo en los dirigentes españoles.

Se ha creído sorprender en el sistema municipal de Hispanoamérica el origen de nuestro *self government*, lo que, en principio, puede ser admitido; y gérmenes de la República federal que muchos de aquellos pueblos, a imitación de los Estados Unidos, instituyeron después. Se hace observar que los Cabildos de las capitales se dirigieron a los Cabildos departamentales de quién a quién, invitándolos a una acción común.

La Revolución fue municipal, porque fue en los Cabildos donde estaban los revolucionarios. Las capitales de provincia, por otra parte, centralizaron el gobierno, asumiendo, como más ilustradas y de mayores elementos, la dirección de cada país, de acuerdo, por de contado, con los medios de que disponían.

España empezó a defenderse. Sobrevino la guerra. Al día siguiente de romper abiertamente con la madre patria, aún en plena guerra, sin ponerse de acuerdo, cada una de las provincias, por su cuenta, empezó a legislar en sentido liberal. Todas casi a un tiempo decretaron: abolición de la esclavitud, libertad de industrias, libertad de comercio, libertad de imprenta, supresión de títulos nobiliarios, cese del Tribunal de la Inquisición, desafuero del clero y de los militares, reglamentación de las Comunidades religiosas, sometimiento de las potestades eclesiásticas, terminación del tributo de los indios, fin de impuestos onerosos, apertura del territorio al mundo, invitación a extranjeros laboriosos, cualesquiera que fueran su patria, su raza, su religión, sus ideas.

II

PROCESO DE LAS IDEAS LIBERALES

La guerra fue larga y cruenta. Fue al propio tiempo guerra civil y guerra internacional. Internacional, porque América se declaró independiente, y contra este pueblo independiente, que tenía bandera distinta, envió España sus escuadras y sus ejércitos. Luchaba España contra América. Fue guerra civil, porque las opiniones se dividieron en las colonias, y grupos conservadores permanecieron adictos al Rey, sobre que gran porción de masas populares se alistó bajo las banderas de Fernando VII contra las banderas de la Revolución.

Lo verídico es que el pueblo, las masas, el grueso de las colonias, de una barbarie secular, sin ideas claras, no digo ya de República y de Monarquía, pero ni siquiera de patria y libertad,¹² se modelaba según la mano que le

¹²Uno de los voceros de la Monarquía, J. D. Díaz, predicaba contra la Revolución el 4 de julio de 1814 en estos términos: "¿Qué privilegios tienen (los jefes de la Revolución) sobre vosotros para... conducirnos a las batallas a sufrir una muerte deshono-

caía encima; y servía en los ejércitos patriotas, contra el Rey, cuando lo reclutaban jefes republicanos, y contra los de la Patria, en los ejércitos realistas, cuando lo reclutaban jefes peninsulares. La propaganda revolucionaria de civiles y militares patriotas era constante. La infiltración de las ideas fue lenta, y se realizó por los periódicos, por las proclamas ardientes, por el contacto con los ejércitos patriotas, a vista de la bandera y otros signos exteriores, y, sobre todo, con el orgullo de las victorias y sus secuencias naturales.

En Buenos Aires, Logias masónicas hacían la propaganda revolucionaria. En Lima, la prensa de los Virreyes, aunque atacando a la Revolución, la servía indirectamente. En las masas populares de Costa Firme y el Nuevo Reino de Granada no fue extraña a la propagación de las ideas separatistas y al esclarecimiento de lo que significaban patria y libertad la combatida proclama de guerra a muerte, expedida en 1813: "¡Españoles y canarios, contad con la muerte! ¡Americanos, contad con la vida!" Estas palabras tremendas del Libertador arrancaron al pueblo de su apatía y le abrieron los ojos, enseñándole que ser español era una cosa, y una cosa de peligro, puesto que podía costar la vida, y que ser americano era cosa diferente.¹³

rosa bajo el ridículo pretexto de su insignificante voz patria?" (J. D. Díaz: *Recuerdos sobre la rebelión*, página 173; Madrid, 1829).

"Bolívar —dice el mismo— no ha venido a daros libertad... ¿Libertad se llama, por ventura, arrancaros de vuestras ocupaciones y del centro de vuestras familias?..." (Pág. 99).

¹³Esta proclama —dice un escritor belga, biógrafo de Bolívar— tendía a tres objetos: primero, responder con represalias a los actos de la más abominable crueldad; segundo, decidir los americanos que sirvieran a los españoles a abrazar la causa de la República; tercero, ahondar el abismo que separaba americanos de españoles, a fin de que todos los hijos de América se interesaran en la lucha y que no hubiera más indiferentes". (Véase S. de Schryver: *Vie de Bolívar*).

Una de las características de Bolívar es que todos sus actos y todas sus palabras revisten un sello caballeresco. Cuando proclamó la guerra a muerte en Trujillo el 15 de junio de 1813, exasperado por lo que había ocurrido en Quito, lo que estaba ocurriendo en Caracas, bajo Monteverde, y por crueldades de enemigos como Boves, era un joven casi desconocido en los campamentos, que con quinientos hombres, en un pueblecito de los Andes, desafiaba el imperio colonial de España, "como si tuviera detrás de sí —observa el Contralmirante Reveillère— quinientos mil combatientes".

En cambio, cuando la fortuna le sonrió y fue el más poderoso, perdonó a sus enemigos y los llamó hermanos. En 1816 abolió, por su parte, la guerra a muerte, que practicaban los contrarios. Más adelante propuso y firmó el tratado de regularización de la guerra. Y cuando la guerra iba a recomenzar, después del armisticio de 1820, Bolívar proclama en estos términos:

"¡Soldados!... Colombia espera de vosotros el complemento de su emancipación; pero aún espera más, y os exige imperiosamente que en medio de vuestras victorias seáis religiosos en llenar los deberes de nuestra santa guerra... Os hablo, soldados, de la humanidad, de la compasión que sentiréis por vuestros más encarnizados enemigos. Ya me parece que leo en vuestros rostros la alegría que inspira la libertad y la tristeza que causa una victoria contra hermanos.

"¡Soldados! Interponed vuestros pechos entre los vencidos y vuestras armas victoriosas, y mostraos tan grandes en generosidad como en valor... Esta guerra no será a muerte, ni aun regular siquiera: será una guerra santa; se luchará por desarmar al adversario, no por destruirlo. Competiremos todos por alcanzar la corona de una gloria benéfica... Todos son colombianos para nosotros, y hasta nuestros invasores, cuan-

Por fin, la idea de emancipación llega al corazón del pueblo, cambiándose allí en uno de aquellos sentimientos que mueven muchedumbres. Es muy interesante seguir el proceso de la idea separatista y de la noción de patria.

Al principio, de 1810 a 1814, las ideas de emancipación no mueven sino a una minoría que emprende la Revolución. Cunden poco a poco entre las clases bajas de las ciudades, y no llegan sino muy tarde a la clase ignorante y fanática de campesinos y lugateños. Cuando en 1816 se da libertad a los esclavos negros y se les llama a servir en el Ejército como ciudadanos, prefieren seguir a los españoles, *que los venden en las colonias extranjeras*.¹⁴

Los indios casi fueron ajenos a la lucha, o sirvieron indistintamente, sin noción de las cosas debatidas, a los españoles y a los americanos. "Los pueblos no quieren ser libertados", escribía Bolívar en 1816. Y en Venezuela, todavía para entonces, el vulgo apellidaba por sorna al Gobierno independiente *el Gobierno de la Patria*, según refiere el oidor Heredia en sus *Memorias* (pág. 166). Esto duró, más o menos, hasta las victorias americanas de Maipú y Boyacá, que fijaron la suerte de la Revolución en la América del Sur.

Para 1820 ya el espíritu revolucionario había penetrado y movido el alma de las muchedumbres. Era tiempo. Los americanos que servían al Rey empiezan a abandonarlo. El terrible guerrillero Reyes Vargas corre a engrosar las filas de sus compatriotas los independientes, que durante diez años ha combatido con bravura. Las razones de su nueva actitud son preciosas para comprender el proceso de las ideas liberales.¹⁵ El lenguaje mismo es de todo punto el de la Revolución americana: "Armas libertadoras, títulos imprescriptibles del pueblo, derechos de América". Otros guerrilleros que también fraternizan con los insurgentes, y se cambian de adversarios en colaboradores, usan el mismo lenguaje. Y para esa fecha el batallón *Numancia*, compuesto de venezolanos, se afilia en el Perú bajo la bandera independiente. El mismo general Lamar, después Presidente del Perú, abandonó de igual modo a los españoles y se incorporó a los revolucionarios, que había combatido.

El éxito definitivo de la Revolución es ya cuestión de tiempo. El espíritu de la Revolución ha triunfado en América; y no sólo ha triunfado en América, sino que, atravesando los mares, ha repercutido con un eco simpático en el propio corazón de España. La Revolución de Quiroga y Riego en

do quieran, serán colombianos. Sufrirá pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros debemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se manche con sangre". (*Proclamas del Libertador*).

¹⁴*Memorias de O'Leary*, vol. XXIX, página 97.

¹⁵"Cuando yo —dice—, enajenado de la razón, pensé como mis mayores que el Rey es el señor legítimo de la Nación, expuse en su defensa mi vida con placer..."; "he logrado convencerme que tanto el pueblo español como el americano tienen derecho para establecer un gobierno según su conciencia y propia felicidad..."; "nacé colombiano..." (Véase Blanco & Azpurúa: *Documentos para la historia del Libertador*, vol. VI).

1820 fue, en mucha parte, obra de la influencia revolucionaria de América, como puede advertirse hasta por el lenguaje que emplean en sus documentos, eco o imitación del lenguaje boliviano.

Algunos pensadores de Francia han observado el fenómeno de la infiltración de nuestras ideas en aquellos mismos encargados de combatirlas.¹⁶

III

FIN DE LA GUERRA

El año de 1820 se regularizó la guerra, que había sido hasta entonces crue-lísima, porque los americanos, en su mayoría, eran bárbaros crueles, y los demás unos exaltados; porque España, sobre pueblo formidable en la re-presión, partía de un principio de su código medioeval de las Siete Partidas, principio según el cual todo insurgente era traidor al Rey, y a todo traidor se le castigaba con la muerte.

“Debe morir por ello —dicen las Partidas—, y sus bienes serán de la Cámara del Rey, sacando la dote y las deudas contraídas antes de empezar a ocuparse de la traición. Sus hijos varones quedarán infamados por siempre, de manera que no podrán ser caballeros, tener dignidad ni oficio, ni heredar a persona alguna ni percibir mandas”.¹⁷

Con el insurgente no había pacto que obligara. “Con ellos el dolo es bueno”, opinó el jefe español que violó la capitulación del General Miranda en 1812. La moral cambiaba, una vez más, con las latitudes.

Las crueldades eran mutuas. A las crueldades españolas contestaban los americanos con crueldades. Bolívar hizo fusilar de una sola orden 800 prisioneros. San Martín dijo respecto de los españoles del Perú: “Los dejaré sin camisa”. Y así fue. Los arruinó y los deportó.

Por fin fue libre la América, después de quince años de guerra, en uno de los períodos históricos más fértiles en sacrificios de todo género, en virtudes ejemplares, en acciones heroicas y paradigmas gloriosos, tanto de parte de los españoles como de la parte americana.

Se dieron batallas admirables, como las de Araure, San Mateo, Chacabuco, Bomboná, Maipú, Carabobo, Pichincha y Ayacucho, que ganaron los americanos, y las de Vilcapugio, Torata, Moquegua, Cancha Rayada, Puente de Calderón, Maturín, Urica y la Puerta, que ganaron los españoles. Hubo

¹⁶“En España —dice Emile Ollivier— la influencia de Bolívar fue más violenta. La miseria, la cólera, inspiradas por el gobierno inquisitorial, perseguidor, cruel, inepto, de Fernando VII, provocaron una rebelión militar (1820)”. (*L'Empire libéral*, vol. I, págs. 132-133).

¹⁷*Siete Partidas*, ley II, tít. II, partida VII (edición de Madrid, 1848).

asedios de ciudades y fortalezas en que se defendieron los sitiados hasta el último extremo, hasta el extremo de vencer el enemigo sobre esqueletos, tales como el sitio de Cartagena, por Morillo, en 1815; el sitio de Angostura, por Bolívar, en 1817; y el sitio del Callao, por Salom, en 1826. Hubo heroísmos deslumbrantes, como el de Páez en las *Queseras del medio*, y sacrificios generosos, como el de Ricaurte en San Mateo, que voló con el parque para salvar el Ejército. Se pasaron los Andes australes en 1817 por San Martín; los Andes ecuatoriales en 1813 y 1819 por el Libertador. Estos pasos de la inmensa Cordillera han sido considerados por historiadores, geógrafos y críticos militares de ambos mundos como anibalescos. La campaña decisiva en 1824 se hizo en los Andes del Perú. Al ejército que iba a triunfar en Junín sobre el General francés Canterac le pasó Bolívar revista, entre los picos de nieve de los Andes, a 12.000 pies de altura.¹⁸

Pero el país que hizo mayores sacrificios por la independencia propia y la de toda América fue Venezuela.

Allí se sostuvo la guerra más tiempo y con más rigor que en parte alguna; allí llegaron las expediciones de España; allí se produjeron entre los caudillos realistas hombres tremendos como Boves, y en las filas patriotas, hombres muy eminentes y los primeros generales de la Revolución. Venezolanos ganaron la mayoría de las victorias continentales; cubrieron con su sangre o con la ajena todos los campos de batalla, desde Estados Unidos hasta Chile; comandaron el Ejército unido de toda la América del Sur, y fueron Presidentes de varias Repúblicas.

El general Morillo, que iba a someter o pacificar la América entera y no pudo pasar de lo que después se llamó Colombia, escribía al Ministro de Guerra español en 1816: "Todo es obra de los venezolanos, excelentísimo señor"; de la Capitanía General de Caracas: "Esta es la América militar"; y de Bolívar: "Él es la Revolución".¹⁹

La verdad es que soldados peninsulares, los que habían vencido en Bailén y en Talavera y puesto en fuga a Napoleón, sólo contra hijos de la Gran Colombia lucharon, y sólo en la Gran Colombia fueron vencidos. En el resto de América se defendieron los realistas, no absoluta, pero sí principalmente, con hijos del país.

¹⁸Véase *Simón Bolívar*, by F. Loraine Petre; London-New-York-Johan Lane, 1910; págs. 328-329.

¹⁹Consúltense: *Documentos para la historia del Libertador*, por Blanco & Azpurúa, y *El Teniente General Don Pablo Morillo*, por Antonio Rodríguez Villa. (Madrid, 1908-1910).

III

ORGANIZACION DE LOS NUEVOS ESTADOS

I

REPUBLICA O MONARQUIA

No bien se inicia la Revolución, se plantea este problema: ¿cómo se organizarán los nuevos Estados?

Los pueblos que formaron luego la Gran Colombia asumieron desde el principio actitud republicana y legislaron en sentido democrático. Buenos Aires, por el contrario, fue en la mayoría de sus hombres eminentes resuelta partidaria del sistema monárquico. En Méjico la Revolución se diferencia un poco, en los primeros años, de la Revolución austral, por cuanto no fueron las clases directoras, allí demasiado católicas y monarquistas, las que dieron más impulso a la separación, sino curas rurales ignorantes, como Hidalgo y Morelos, que, si bien patriotas beneméritos, carecían de ideales políticos definidos.²⁰ Así Méjico, de carácter conservador, ofreció una corona, independiente de España, eso sí, al mismo Fernando VII, y pasó luego por el imperio efímero de Iturbide antes de constituirse en República.

Pero lo cierto es que fue menester la lección sangrienta de los reveses políticos y militares para curar a muchos pueblos inexpertos, como Venezuela y Nueva Granada, de su quimérico sueño de federación a la yanqui, imposible en las circunstancias mesológicas de aquellos pueblos y ante la unidad del peligro extranjero. La espada ibera cortó cabezas de teóricos y acabó con la soberanía de estaditos microscópicos e inermes. Lo que prevaleció durante la guerra, por espíritu de conservación y por ley natural, fueron

²⁰Morelos, terrible guerrillero, llenaba sus proclamas y cartas particulares de latín, de un latín macarrónico y eclesiástico, y escribía a un amigo suyo: "en la corte de Washington".

grandes agrupamientos de pueblos bajo el poder central y enérgico de los jefes militares, semiados por leyes recientes y a menudo estorbosas.

Terminada la guerra, o en vísperas de terminarse, surgía otra vez el problema: ¿cómo se constituirían los nuevos Estados?

El norte de la América del Sur era más bien, repito, partidario de la República, de la República federal, a imitación de los yanquis, y de una democracia a ultranza. El extremo austral era, por el contrario, como se ha dicho, partidario de la Monarquía con monarcas europeos, y agentes de esta política recorrían la Europa buscando un rey para las provincias del Plata.²¹

Estas dos tendencias, la republicana y la monárquica, las representaban los dos jefes militares que, subiendo el uno del Sur y bajando el otro del Norte, se habrían de encontrar en el centro de la América austral. En el Perú iban a librarse las batallas decisivas de la libertad y a decidirse los destinos de América. Bolívar era republicano; San Martín, monarquista. Estos hombres se encontraron en Guayaquil, celebraron tres conferencias de carácter secreto, y se separaron para siempre. El ilustre San Martín, que había libertado a Chile e invadido el Perú, abandonó el mando, abandonó el ejército, abandonó la América, y partió desde luego a Europa.

Las ideas de Bolívar habían triunfado. La América sería republicana. Circunstancias especialísimas de medio social y político, y la gran fuerza de su genio, habían hecho del Libertador, según expresa el biógrafo de San Martín, "el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos".²²

El eminente sociólogo peruano García Calderón opina que "la evolución del continente americano no fue sino el reflejo y la realización de su pensamiento".²³

²¹En esta solicitud llegó Rivadavia, mulato de Buenos Aires, a extremos de vileza increíble. (Véase Saldías: *La evolución republicana*, vol. I, cap. VI páginas 92 y siguientes).

²²Mitre: *Historia de San Martín*, volumen II, pág. 125; edición de Buenos Aires, 1903.

²³"Leur moule d'esprit était divers: Bolívar étant ambitieux, égoïste, tempérament despotique, mais grand et visionnaire dans son égoïsme; San Martín étant dévoué, sensé, timide, dominé par des traditions.

"Esprit génial, généralisateur, type psychologique du *criollo*, Bolívar devait arriver à l'égoïsme: il voulait en utopiste tout organiser, tout gouverner, jeter les esprits dans un même casier inflexible: il avait l'illogisme de tous les grands créateurs. San Martín, esprit monarchique, sans ambition et sans autoritarisme, se condamna comme le politique grec à l'ostracisme; il revint avec sa fille, Antigone pieuse et fidèle, au cœur des traditions monarchiques de la France.

"Mais dans leur heurt fatal, il y a plus que le choc des deux directions d'esprits; c'est le jeu des deux forces historiques, la mise en scène des deux méthodes de construction sociale.

"Bolívar ressemble Napoléon et San Martín rappelle Washington. Ils réalisent l'œuvre démocratique dans un esprit différent. Bolívar devait triompher par le génie, par la suggestion d'une ambition hautaine et croissante, par les excès même de son œuvre. Et avec lui la centralisation administrative, l'instabilité politique, l'égalité outrancière, le déclassement social.

"Bolívar était plus Américain que Napoléon Bonaparte n'était Français: il obéissait à l'hérédité de sa race, à la force du milieu; il avait l'originalité du génie. Dans le milieu

Aquel hombre que, para valernos de la frase de César Cantú, “había salvado con quinientos hombres la Revolución en América, cuando Napoleón la dejaba perder en Europa con quinientos mil”, salvaba de nuevo los principios de 1789, y con ellos la República y la Democracia, precisamente cuando una coalición de monarcas, en Alianza llamada Santa, ahogaba en Europa los sentimientos liberales y amenazaba a esos mismos pueblos americanos.

La Revolución de la América hispana y su conductor, Bolívar, fueron, pues, los que salvaron los principios democráticos que hoy imperan en el mundo.²⁴ Fueron también los que han impuesto, contra el antiguo derecho de conquista, el moderno principio de las nacionalidades, según el cual cada pueblo es igual a los demás y puede disponer de sí propio.

américain les qualités maîtresses de notre Bonaparte s'affaiblissent: la trempe unique, la primitivité robuste, l'énergie du *condottiere* ne sont pas les mêmes. Napoléon est toujours le survivant d'une époque disparue; il a toute la spontanéité créatrice, toute la force germinative de la nature dans une civilisation artificielle et vieillie. Il est à la fois une force primitive et une énergie savante. Dans la botanique humaine il veut être une plante unique qui plonge ses racines dans une terre cultivée avec tous les engrais humains. Bolívar est moins egoïste; il a l'élan généreux et dévoué de sa tradition et de sa race.

“Ces deux grands meneurs imposent leurs volonté expansive, leur moi passionnel, intensif, nerveux, leur invention génial des hommes et des moyens. Ils prononcent le *fiat* dans le chaos, ils rénient l'idéologie et ils sont idéologues par l'esprit symétrique, par le système, par une sorte de catholicisme politique. Ils ont la passion de l'unité, ils veulent la coordination de toute chose dans un plan unitaire.

“Napoléon, plus autoritaire, veut le triomphe de la Révolution sur l'Europe par l'imposture et le jacobinisme; Bolívar cherche la liberté en Amérique par la confédération, par la solidarité politique de la race. Tous les deux fondent la démocratie par les excès de leur pouvoir; ils ont l'autorité planant au-dessus du nivellement humain.

“Ils se ressemblent encore par la volonté, par la nervosité de leur action sociale. Le premier est un fauve solitaire, le grand spécimen humain, une trouvaille de la nature; le deuxième est son fils unique, la dernière épreuve de l'effort créateur.

“Taine décrit à merveille l'intégrité de l'instrument mental dans Napoléon, cette force qui trouve l'unité au milieu des choses hétéroclites et éparses, cette machine singulière qui travaille toujours sur des réalités, cette reconstruction organique de la vie dans l'esprit dominateur. Bolívar avait une intelligence plus analytique; dans l'élan unitaire il simplifiait et malgré lui, agissait comme un idéologue; il avait l'esprit critique plutôt que créateur.

“Il donna le premier une direction à l'organisme révolutionnaire. Son pouvoir est absolu pour créer, pour essayer et pour détruire. Il gouverne les peuples, il distribue des provinces, il change des limites, il fonde la Colombie, il est le maître absolu du Pérou, il crée une République, la Bolivie, et lui lègue son nom; il songe à l'unité romaine, il veut être le César d'une superbe centralisation américaine. L'évolution du continent américain n'est que le reflet et la réalisation de sa pensée...”

(F. García Calderón: *Le Pérou Contemporain*, págs. 62, 63 y 64; edición de París, 1907).

²⁴Cuando Bolívar despachó al Coronel Ibarra cerca de San Martín para ofrecerle el contingente colombiano en obsequio del Perú, le dio un extenso pliego de instrucciones. Allí se lee:

“2º Que si resultare verdadero el tratado (*de San Martín con Laserna, por el cual se proponía entregar el Perú a un rey español*) en los términos en que se dice concluido, procure V. S. sondear y penetrar el ánimo de S. E. el General San Martín, y aun persuadirle a que desista del proyecto de erigir un trono en el Perú...” (*Expone una larga serie de razones en que debe apoyarse el comisionado*).

“...Si después de haber V. S. expuesto todas estas razones, con las explicaciones

II

EL ESTADO SOCIAL DE AMERICA

La situación, a raíz de la emancipación, era la siguiente: un ejército orgulloso de sus triunfos, con, a la cabeza, caudillos ambiciosos; un partido civil, olvidado durante la guerra, que aspiraba a gobernar; y en un territorio inmenso más que la Europa, una población reducida —apenas diez u once millones después de la guerra—, compuesta de distintos factores étnicos, dividida en castas, primero, y luego barajada, si no social, por lo menos políticamente, gracias a la Revolución. El país, arruinado por la guerra, sin industrias, con escasa agricultura, apenas empezaba a convalecer de una sangría de quince años.

Es con tales elementos y en tales circunstancias —no se olvide— que se van a fundar los nuevos Estados.

Los ideólogos americanos son simplistas: quieren unos Monarquía, otros República federal, extremos inconciliables. Bolívar se sitúa en el término medio desde el principio de la Revolución, y cada día, por la experiencia de los negocios públicos, se confirma en sus opiniones. Desea e impone hasta donde puede un poder conservador de las sociedades cuya evolución ha impulsado y presidido. Quiere salvar su obra a todo trance contra la anarquía y la demagogia internas, de un lado, y contra la amenaza europea, entonces constante, del otro.

Desde 1819, en su Mensaje al Congreso de Angostura —Mensaje donde se adelanta el genio a modernos postulados sociológicos—, prevenía la adaptación de teorías y constituciones inadecuadas con estas palabras:

que su prudencia y conocimientos le sugieran, no alcanzare V. S. a disuadir del plan al General San Martín, protestará V. S. de un modo positivo y terminante que Colombia no asiente a él, porque es contra nuestras instituciones, contra el objeto de nuestra contienda, contra los vehementes deseos y votos de los pueblos por su libertad”.

En las conferencias celebradas con San Martín en Guayaquil fue el Libertador, personalmente, más explícito. “Querer detener al género humano —dijo al héroe del Sur. rebatiéndolo— no es posible; y si usted consiguiera plantar monarquías en el Nuevo Mundo, su duración sería efímera: caerían los reyes por sublevación de sus guardias de honor para establecer la República, porque una vez difundida la idea, como ha sucedido entre nosotros, ya no se extingue”. (Tomás Cipriano de Mosquera, Bogotá, 1861).

Más tarde (septiembre de 1822) escribe desde Cuenca, en el Ecuador, a un republicano de Caracas, sincerándose con habilidad de las voces que corrían sobre su aspiración a fundar un Imperio:

“Mucho temo que las cuatro planchas cubiertas de carmesí que llaman trono cuesten más sangre que lágrimas y den más inquietudes que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona y que todos la adoren; y yo creo que el tiempo de las monarquías fue, y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor a la libertad, los tronos no volverán a ser de moda en la opinión. Usted me dirá que toda la tierra tiene tronos y altares; pero yo responderé que estos monumentos antiguos están todos minados por la pólvora moderna, y que las mechas encendidas las tienen los furiosos, que poco caso hacen de los estragos”. (*Cartas del Libertador*, vol. I, pág. 258).

“Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del Norte; que más bien es un compuesto de África y América, pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y su carácter”. Y luego de observar las condiciones especiales del medio físico (antes de Buckle y de Taine), exclama: “Ese es el código que debemos consultar, y no el de Washington”.

La democracia se temperaba en él por ciertas necesidades de adaptación. Siempre razonó su chocancia a estar u obrar fuera de la realidad.

“El sistema de gobierno más perfecto —dice en el Mensaje de 1819— es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política”.²⁵

Hijo de la Revolución francesa, y convencido, además, de lo que era el país, proponía la República “una e indivisible”, con un Senado hereditario y un Poder moral. Pero ni ese Congreso de 1819, ni el futuro Congreso de Cúcuta en 1821, que iba a echar las bases institucionales de la Gran Colombia, aceptaron sino en mínima parte las ideas del Libertador, desechando las innovaciones del Poder moral y el Senado hereditario, que debían dar: el uno, hombres puros, y el otro, hombres aptos, a un pueblo que no abundaba ni en una cosa ni en otra.²⁶

Años más tarde —1826—, en su proyecto de Constitución para Bolivia, nación que acababa de fundar, instituía un gobierno mixto con la estabilidad monárquica y los principios democráticos; algo semejante al gobierno inglés, cuya constitución admiraba y elogiaba tanto.

El gobierno sería popular, representativo. El Poder público se dividiría en cuatro ramas: electoral, legislativa, ejecutiva y judicial. Todo el que supiese leer y escribir podría ser elector. Cada diez ciudadanos escogerían otro ciudadano: la décima parte de la nación ejercería de este modo el Poder elec-

²⁵*Memorias de O'Leary*, vol. I, páginas 493 a 596.

Este documento es una obra maestra de pensamiento y de lenguaje. Es curioso saber cómo fue escrito. El inglés O'Leary, al servicio de la Revolución, lo refiere. Fue Orinoco abajo, viniendo de Nueva Granada, después de la conquista de ese virreinato:

“Reclinándose en la hamaca durante las horas de calor opresivo del día, o en ‘la flechera’, que lo conducía a bordo sobre las aguas del majestuoso Orinoco, o bien a sus márgenes, bajo la sombra de árboles gigantescos, en las horas frescas de la noche, con una mano en el cuello de su casaca y el dedo pulgar sobre el labio superior, dictaba a su secretario, en los momentos propicios, la Constitución que preparaba y la célebre alocución...” (I, 492).

²⁶El Senado hereditario no significaba reacción, sino un claro concepto de las realidades sociales, como venimos a comprenderlo un siglo después. Su papel de emancipador fue siempre íntegro. Dictador, decretó la libertad de los esclavos. El Congreso de 1821 no aprobó sino con restricciones sus decretos. El insistió en que nadie debía nacer esclavo en un país libre.

“El Congreso general, autorizado por sus propias leyes, y aún más por las de la Naturaleza, puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República. De este modo se concilian los derechos posesivos, los derechos políticos y los derechos naturales. Sírvasse V. E. elevar esta solicitud al Congreso general de Colombia para que se digne concedérmela en recompensa de la batalla de Carabobo, ganada por el Ejército libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad”. (O'Leary: op. cit., vol. I, pág. 103).

toral.²⁷ Este Poder, así constituido, nombra los miembros de las Cámaras; propone al Ejecutivo candidatos para las principales magistraturas; a los cantones, los empleados civiles subalternos; al Senado, los miembros de las Cortes judiciales y de los Tribunales; y al Ejecutivo, curas y vicarios. Ejerce además otras funciones.

El Poder legislativo se divide en tres Cámaras: la de tribunos, la de senadores, la de censores. Esta última representaba el antiguo Poder moral. “Son los censores —decía el Libertador en el Mensaje de 1826 con que acompañaba el Proyecto al Congreso de Bolivia— los que protegen la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta”. Cuidarían, además, de los Tratados públicos, de que se cumpliese la Constitución y acusarían a los altos funcionarios del Estado. También escogían jueces y dignidades eclesiásticas de ternas presentadas por el Senado. Eran vitalicios.

Los senadores durarían ocho años, renovándose por mitad cada cuatro. “Toca al Senado —dice Bolívar— escoger los prefectos, los jueces del distrito, gobernadores, corregidores y todos los subalternos del Departamento de Justicia. Los senadores cuidan de los Tribunales y el culto”.

Los tribunos inician las leyes de Hacienda, votan el Presupuesto nacional y señalan anualmente el número de fuerzas de mar y tierra de que ha de servirse la Nación. Eran elegidos por cuatro años, siendo reemplazados por mitad cada dos.

El Poder judicial era independiente.

El Ejecutivo se componía de un presidente, un vicepresidente y tres secretarios de Estado. No tenía el presidente atribuciones exorbitantes; pero era irresponsable y vitalicio.

Aunque semejante Constitución se dictó para un Estado que Bolívar no pensó gobernar nunca, aquello del presidente vitalicio e irresponsable fue un error y produjo mala impresión en toda América. Los pueblos, celosos de su reciente libertad, empezaron a correr que aspiraba a la tiranía.

¿Era más bien que los muertos, como opina Arcaya, empezaban a hablar por él? Su concepto del Poder público, en efecto, iba poco a poco cesarizándose, obediente a su raza, obediente a las necesidades del medio social anárquico y obediente a su propio temperamento de hombre de presa.

Lo que intentó no fue, sin embargo, la opresión; fue la unidad: el ensueño cesáreo, que esta vez se confundía con una vasta y profética visión política.

²⁷El profesor Hostos, uno de los más altos pensadores americanos, maestro de la juventud chilena y fundador de las Escuelas Normales en Santo Domingo, enseña:

“Bolívar, a quien para ser más brillante que todos los hombres de espada antiguos y modernos sólo faltó escenario más conocido, y a quien para ser un organizador sólo faltó una sociedad más coherente, concibió una noción del poder público más completa y más exacta que todas las practicadas por los anglosajones de ambos mundos, o propuestas por tratadistas latinos o germánicos. En su acariciado proyecto de Constitución para Bolivia dividió el poder en cuatro ramas: las tres ya conocidas por el derecho público y *la electoral*. En realidad, fue el único que completó a Montesquieu, pues agregó a la noción del filósofo político de Francia lo que efectivamente le faltaba”. (E. M. de Hostos: *Lecciones de Derecho constitucional*, páginas 55-56; edición Ollendorff, 1908).

Quiso ser el Hegemón de la raza; recoger todos los pueblos de América en un solo haz, para formar, como él decía, “la madre de las Repúblicas, la más grande nación de la tierra”.

III

EL CONGRESO DE PANAMA Y LA UNIDAD POLITICA DE AMERICA

Entonces realizó para lograrlo, y para darle forma jurídica a la Confederación Americana, un antiguo sueño suyo: el Congreso de naciones, el famoso Congreso de Panamá, una de las más bellas concepciones de su genio. Esta idea, que no era mero plan de ambición, apuntó en su espíritu desde la aurora de la independencia, en 1810.²⁸ Ya en 1815, estando en el destierro, vencido, pobre y en busca de elementos con que recomenzar la guerra, habla de lo útil que sería en Panamá la reunión de un “augusto Congreso de los representantes de Repúblicas, Reinos e Imperios, para tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo”.*

Años adelante iba a realizar, en parte, su sueño “bajo los auspicios de la victoria”.

Escogía Panamá para la reunión del Congreso, porque él creyó siempre de singular importancia este punto, la apertura de cuyo canal lo preocupó e hizo estudiar.

“Esta magnífica posición entre los dos mares —opinaba— podrá ser con el tiempo el emporio del Universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo”.

“Si el mundo hubiera de elegir su capital, el istmo de Panamá parece el punto indicado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el Africa y la Europa”.

²⁸Cuando fue a Londres como diplomático en 1810, Bolívar habló, de seguro del futuro Congreso de naciones con muchos de los revolucionarios americanos que a la sazón en la gran metrópoli inglesa preparaban la independencia bajo la inspiración de Miranda, porque el proyecto apunta ese año en documento público de los chilenos. También pudo ser que se le ocurriera simultáneamente con Bolívar a algún hombre de Estado de Chile. Pero lo cierto fue que sólo Bolívar volvió a recordar, en diferentes ocasiones de su vida, la idea del Congreso americano, y que, apenas pudo, lo convocó. Bolívar no quería que al Congreso de Panamá asistiesen los Estados Unidos. Santander, encargado de la Presidencia de Colombia, en ausencia del Libertador, que estaba haciendo las campañas del Sur, los invitó.

*Esta y algunas otras citas que siguen son tomadas de la *Correspondencia del Libertador*, vol. I. *Passim*.

Estaba el Libertador en la madurez de su genio; tenía cuarenta y tres años, y se daba perfecta cuenta de la trascendencia de su obra.

“El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. En ellos se encontrará el plan de las primeras alianzas que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto comparado con el de Panamá?...”²⁹

Desde 1822 opinaba el Libertador porque el futuro Congreso de naciones instituyera el arbitraje, idea suya en la amplitud que la concebía, idea nueva en el mundo, y que un siglo después está haciendo tanto ruido en Europa. Indicaba entonces el Libertador que aquel Alto Cuerpo “nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados públicos cuando ocurran dificultades y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias”.³⁰

El Congreso de Panamá, si bien representaba una cosa nueva en el mundo, sin precedentes antiguos ni modernos, por cuanto era una Asamblea de Repúblicas, de pueblos jóvenes que se constituían jurídicamente y echaban las bases de un nuevo derecho público y privado,³¹ si bien sirvió para que Méjico, Centroamérica, Gran Colombia y Perú celebrasen pactos de confederación, no dio todo el resultado que se esperaba.

²⁹Véase Blanco & Azpurúa: op. cit.

³⁰Consúltase G. de Quesada: *Arbitration in Latin-America*; Rotterdam, 1907.

³¹En un *Manuel de Droit International Public*, destinado a la juventud universitaria, y manual que sirve de texto en algunas Universidades de Hispanoamérica, los autores de la obra, Henry Bonfils y Paul Fauchille, le dan tan poca importancia al Congreso de Panamá, que ni siquiera lo mencionan al referirse a los Congresos principales en los siglos XIX y XX.

En efecto; del Congreso de Laybach, en 1821, de escasa importancia internacional, por cuanto sólo tuvo por objeto las medidas que debían tomarse por ciertos Estados a consecuencia de los levantamientos de Nápoles y Piamonte; del Congreso de Verona, en 1822, que fue provocado por la revolución española de 1820, saltan los autores al Congreso de París, en 1856, celebrado después de la guerra de Crimea. Y no toman en cuenta el Congreso de Panamá, primera reunión de representantes, no de Príncipes, sino de Pueblos; Congreso convocado, no para dominar países o acoger principios liberales, sino para constituir pueblos libres, para proclamar un nuevo derecho internacional, el derecho americano, y para establecer el arbitraje como fórmula suprema de dirimir las diferencias internacionales de nuestros pueblos.

¿Olvidan los autores, o ignoran, que las revoluciones de España en 1820 y de Nápoles en 1821 fueron eco de la Revolución de independencia hispano-americana? Los Congresos de Laybach y de Verona, corolario de aquellas revueltas, tienen, hasta por su origen, importancia bien inferior al admirable Congreso de Panamá en 1826.

Pero hay algo peor que la omisión: la apreciación absurda. ¿No llega el señor Moye, catedrático de Derecho en la Universidad de Montpellier, a sugerir en la *Revue de Droit International Public* que el Congreso de Panamá tuvo por objeto el prometer a los Estados Unidos la tutela de América? La ignorancia y el desenfado no pueden llegar a más. Por fortuna, el eminente diplomático y pensador brasileño Oliveira Lima, actual Ministro del Brasil en Bruselas, ha desbaratado el absurdo del Sr. Moye en la brillantísima obra titulada: *Pan-Americanismo: Monroe-Bolívar-Roosevelt* (página 42).

De Europa sólo concurrieron Inglaterra y Holanda. Cuanto a América, el representante del Brasil llegó tarde; el de Estados Unidos murió, antes de llegar, en Cartagena. En otras Repúblicas privaba la política de abstención. El Congreso de la Argentina estuvo por la conveniencia de entrar en las grandes miras americanas de Panamá; pero el Ejecutivo, en manos a la sazón de hombres mediocres, partidarios de una política, no ya nacional, sino reducida a la mera provincia de Buenos Aires, evadió el compromiso. La oligarquía monarquista allí imperante a la sazón temía la República y la Democracia. Un gran partido argentino, sin embargo, se pronuncia por el Libertador. La legislatura de Córdoba votó un acuerdo llamándolo (1825).

Pero no era una oligarquía de región, por sus propósitos estrechos y monarquistas, lo que se oponía a la unión de los nuevos Estados: era toda una corriente de opinión de un extremo a otro del continente. Por una parte, personajes microscópicos que aspiraban a dominar en un radio del tamaño de su ambición y de su prestigio; de otra parte, civiles intrigantes, abogados inquietos, que aspiraban a gobernar a caudillos rudimentarios, a quienes lisonjaban con el poder supremo, aunque fuera en un caserío.

Además, los propietarios rurales, conservadores, pero que querían cercana la fuente de la autoridad, a la que pudieran recurrir con facilidad para liberarse de empréstitos militares y arbitrariedades de toda suerte; los miopes de todas las clases, que no conciben más patria sino la que vislumbran del campanario parroquial; los españoles y los americanos vencidos, que odiaban a Bolívar, representante de su ruina, y que por odio a éste se cambiaron de repente de monárquicos absolutistas en demagogos rabiosos, adscritos a los partidos más virulentos y radicales: ejemplo de estos últimos fue el neogranadino Obando, el asesino de Sucre.

Seguían, en cambio, las ideas de Bolívar los generales, el Ejército, los hombres ilustrados, las altas clases de la sociedad, parte del clero, los propietarios de las capitales, que aspiraba cada uno a ver garantizada su hacienda por la mayor suma posible de poder estable y un aparato imponente de fuerza jurídica y legal que acabase con el desorden de tantos años. Además, el comercio y el elemento europeo, que tenían confianza, más que en las ideas, en la persona del Libertador.

IV

DESAPARECE EL LIBERTADOR

Hubiéralo querido Bolívar y establece el gobierno de su preferencia, abarcando el radio más amplio. Pero él, el hombre de acero, siempre titubeó a este respecto. ¿Por qué? ¿Estaba gastado? ¿No era ya la energía formidable e irreductible de 1810, de 1813, de 1815, de 1819? Era que su respeto de

la opinión pública, su amor de la libertad y —obstáculo no el menor— el culto de su propia gloria lo entrababan.

Esto último era obsesión. Su papel de libertador lo tomaba muy en serio, y no hubiera sido jamás liberticida. ¡Qué lucha entre su carácter cesáreo y ambicioso y su rol histórico! Cuando Páez le propuso la corona, le respondió, palabras verídicas: “El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano: me es imposible rebajarlo”. Este orgullo era sincero y cándido.

No sólo Páez en Venezuela, sino Lamar en el Perú, Flores en el Ecuador, Urdaneta en Colombia, le propusieron la corona. Además, en los últimos años se la brindaron Francia e Inglaterra. A última hora, ¡quién sabe si pudo concebir como idea ya no liberticida tal proyecto, a la vista del desorden americano, de la anarquía desenfrenada, que le hizo exclamar: “¡América es ingobernable!” ¡Quién sabe si su espíritu fluctuó entre la independencia y la libertad, y optó por la independencia! ¡Quién sabe si, ante el dolor de ver su obra, no ya amenazada, sino desgarrada, hubiera sacrificado a la Patria, como él ofrecía, hasta su reputación! Pero todo esto es hipotético. La gran lección de su muerte fue, no sólo de altura moral y sentimientos cristianos, perdonando, como perdonó, a sus enemigos, sino de sinceridad: que la unión que predicó durante su vida en los pueblos americanos no fue mero programa de ambición, sino ideal de hombre de genio y convicción de hombre honrado. Sus últimas palabras fueron por que la Gran Colombia no se fraccionara; “Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.³²

Desaparecido el Libertador, la anarquía rehace de nuevo el mapa de América, se impone el principio de las patrias diminutas —que es nuestro talón de Aquiles—, surgen las guerras de frontera, nacen confusas corrientes de

³²Murió el 17 de diciembre de 1830. Tenía cuarenta y siete años. Por las cosas que hizo, por las cosas que dijo y por las cosas que pensó, Bolívar es uno de los hombres más grandes que ha producido la Humanidad. Ningún personaje histórico hizo tanto con tan pocos, nulos y contradictorios elementos. Esta es la opinión de cuantos lo han estudiado, tanto en Europa como en las dos Américas. El anglo-americano Lorrain Petre, tan poco hiperbólico en favor de Bolívar, ha escrito recientemente: *If ever a man had to face the problem of making bricks without straw, that man was the Liberator*. (Op. cit., 438). Y de Pratt, el gran limosnero de Napoleón, que lo compara ventajosamente con éste y con Washington, exclama: “Ce mérite fait à Bolívar une place à part dans l'histoire”. (*Congrès de Panamá*, pág. 89; edición de París, 1825).

Entre las figuras históricas similares, no es a Napoleón, con quien tan a menudo se le ha equiparado, a quien se parece, sino a César, tanto por las dotes personales como por el género de guerra, y aun de política, que practicó.

Admíremos, sin comentar, la manera como se aprende hoy, en la Sorbona, a conocer a Bolívar; y manera de enseñanza que contribuirá a acrecer nuestro amor por Francia:

“Le principal chef des insurgés, Bolívar, surnomé le Libérateur, était un riche créole, maigre, petit avec une figure longue et un teint livide, ambitieux et dissimulé... Homme de villes, grand parleur, très vaniteux, envoyait aux journaux d'Europe des récits embellis de ses exploits; il fut à la mode en Europe, on porta longtemps des grands chapeaux de paille à la Bolívar”. (Seignobos: *Histoire contemporaine*, págs. 595-597; edición A. Collin, 1908).

opinión que serán luego partidos doctrinarios, y en nombre de las ideas liberales aquí y de las ideas conservadoras allá, adversarios de Bolívar se apoderan del poder, y durante largos años tratan de obscurecer la memoria y la obra del grande hombre.

Pero la anarquía alzó la cabeza más poderosa que nunca, y todos los nuevos gobernantes de América, aun los que blasonaban de más liberales, como Santander, recurrieron al centralismo, que tan acerbamente censuraron, extremándolo de modo increíble. “No vieron otro remedio —dice el profesor Hostos— ni otra fuerza que la centralización más ruda, manejada por el principio de autoridad más crudo”. Y no era posible que no lo hicieran “para reaccionar contra la indisciplina del caudillaje y contra la ignorancia disociadora de las muchedumbres”. (Hostos: op. cit., 96.)

Bolívar había fracasado en el proyecto de crear una gran nacionalidad americana. De su obra quedó lo esencial: la independencia de los nuevos Estados y el principio republicano como forma de gobierno. Por eso ha podido decirse que la evolución de la América, entonces, fue el reflejo de su pensamiento.

IV

LA REPUBLICA

I

CENTRALISMO Y FEDERACION

La América del Sur, ya sin el temor de ser constreñida por un hombre y un partido poderosos a formar un todo homogéneo, se empieza a reconstituir según su leal saber y entender. El desasosiego cambió de pretexto. Chile se anarquiza hasta que la mano fuerte de Portales ordena los elementos conservadores y encarrila aquella sociedad naciente sobre dos rieles de acero que son la voluntad y el espíritu de ese hombre rígido y eminente.

Argentina, país de tantos recursos morales y materiales, sacude la coyunda de Buenos Aires y de un grupo de estrechos oligarcas, y cae en manos de Rosas, quien, a pesar de ser un tirano, representaba la libertad, la patria y la democracia. La libertad, para la nación acogotada por un grupo oligárquico de Buenos Aires, de principios monarquistas, que soñaba con entregar el país a un rey extranjero; la patria, por su más amplio concepto de la nación, sin restarle a ésta sus fuerzas de vida rural; la democracia, porque reacciona contra los conservadores de Rivadavia y su escuela exclusivista. Rosas formula su programa en este grito, que lo pinta a él y pinta a sus enemigos: “¡Mueran los salvajes, feroces unitarios!” Con todo, a él se debe la nación argentina.

Paraguay vive en secuestro bajo un gobierno dictatorial. Bolivia empieza a organizarse entre convulsiones. El Perú, país conservador y caballeresco, heredero del fastuoso virreinato, pasa por manos de soldados oligarcas que “imperan —como dice García Calderón— sin contrapeso”.

El Ecuador sigue el impulso de un gobierno personal que dará origen al partido conservador. Nueva Granada cae en manos de una facción demagógica, facción que disimula su cruel imperio con sofismas democráticos. Su

presidente centraliza el poder. En Venezuela un soldado ladino y sin escrúpulos domina en absoluto, a pesar de los caciquitos de campanario que uno después de otro se fueron sometiendo. Centroamérica y Méjico se debaten en manos, el uno, de Carreras, conservador, y el otro en manos del imprevisto Santa Ana. Méjico llega por sus desórdenes a provocar la voracidad de un vecino peligroso que, prevalido de las disensiones internas, hace al país una guerra infame y lo mutila. Y aquel país, ya probado por el dolor, donde la oligarquía católica y ultramontana tiene raíces, irá hasta ensayos de imperio con príncipes extranjeros que morirán en el cadalso.³³

En todas partes, a raíz de la guerra de emancipación, el caudillo o cacique impera; y sobre el cacique, a menudo, el rábula y el charlatán, a quienes el intonso jefe admira, y el pueblo, iletrado, aplaude.

En nombre del partido conservador en algunas partes, como en Chile, Ecuador y Venezuela; en nombre del partido liberal, como en Nueva Granada; en nombre de la democracia y la federación, como en Argentina; o en nombre del caudillismo todopoderoso, como en Méjico y otras Repúblicas, impera el centralismo en todas partes como forma de gobierno, y la autoridad personal como ley suprema, ya que la ley escrita, por reciente, carece del prestigio que los hombres, por su parte, han sabido conquistar en los campamentos.

Una egregia minoría de pensadores políticos, aunque sin fuerzas para imponerse, colabora con el tiempo, la difusión de la cultura y el desarrollo de la riqueza pública en la obra de la evolución social. Ellos prepararon y aceleraron el porvenir. El eclipse no sería largo; y aun, en concepto de muchos, no hubo eclipse, pues se conservó la independencia, y en algunos países el máximum de libertad compatible con cierto estado social caótico, al punto de que pudo hacerse por la prensa propaganda agitadora.

A promedios de la centuria pasada corrió por Francia, por Europa toda, un viento revolucionario de libertad, y las instituciones se liberalizaron. Esa tendencia liberal, y la del romanticismo literario que la precedió, y la del filosofismo soñador y generoso, también importado del Viejo Mundo, principalmente de Francia, influyeron mucho en América. Los partidos liberales americanos triunfan donde no imperaban, o florecen en leyes amplias allí donde tenían arraigo.

³³Los gobiernos de arbitrariedad han tenido en América caracteres distintos: el de Rosas fue feroz; el de Melgarejo, heroico y brutal; el del Dr. Francia, ascético; el de García Moreno, teocrático; el de Guzmán Blanco y Porfirio Díaz, progresista y civilizador.

Argentina fue el país que sufrió la tiranía más larga, pesada y sangrienta. Los gobiernos personales han persistido en Méjico, país que ha sufrido mucho de los malos gobiernos por su vecindad con los Estados Unidos, y también han persistido en Guatemala, Nicaragua, Venezuela, Colombia y Ecuador, si bien en grados diversos. En reciente número de una revista yanqui se hace con acrimonia y segunda intención —dada la actitud de los Estados Unidos contra D. Porfirio Díaz, Presidente de Méjico— el historial de la vida caótica de aquella nación durante gran período de tiempo, hasta caer bajo la férrea mano del casi emperador Porfirio I, hoy destronado.

Castilla, en el Perú, empieza a imponer desde 1845 sus tendencias igualatorias. Monagas, que representa en la historia de Venezuela la iniciación del partido liberal en el poder, llega al gobierno en 1848. La Constitución radical de Nueva Granada data de 1853. Tres años más tarde, Méjico promulga una Constitución liberalísima. Chile, aunque se petrifica en la fórmula adoptada, reformará parsimoniosamente, años adelante, su carta fundamental.³⁴

A otras partes, más o menos tarde, llegó también la onda, lo que prueba una vez más lo paralelo del proceso evolutivo en las Repúblicas de América, a pesar de las diferencias que existen de unos a otros pueblos. En casi todas las Repúblicas, si no desde entonces, siempre antes de entrar el siglo en su cuarto período, se decretó la instrucción pública, gratuita y obligatoria; la Iglesia, en muchas partes, dobló la cerviz, o bien, aunque se conservasen visos de preeminencia a su favor, perdió en la vida social la antigua preponderancia; y la federación fue considerada el régimen democrático mejor, por donde a la influencia europea se aliaba ahora el ideal angloamericano de federación.

De la Constitución neogranadina de 1853, que fue acaso la más liberal, dice el autor de *Idola Fori*: "La esclavitud y la pena de muerte por delitos políticos quedan abolidas; ampliada hasta los últimos límites de la aspiración filosófica la garantía de los derechos individuales; establecido el juicio por jurados; descentralizadas las rentas y buscadas para el impuesto las formas más generosas que, dentro de los límites de la practicabilidad, realizaran el ideal social de la segunda revolución francesa; declarada libre la imprenta y abierta a todos los pabellones la navegación de nuestros ríos. Establecióse igualmente la tolerancia religiosa, y, cometiendo un generoso error, se separó la Iglesia del Estado, deshaciendo así de una plumada la ingente conquista que los Monarcas españoles habían procurado al poder secular con el establecimiento del patronato, y enfrentando con inconcebible imprevisión una entidad a otra: *imperium in imperio*".³⁵

En ciertas Repúblicas los liberales no imponen sus teorías fácilmente, y se suscitan guerras larguísimas.

Las nuevas instituciones se consolidan en algunos países —Repúblicas federales—, como Méjico, Venezuela, Argentina. Chile se hace República parlamentaria como Francia. La unitaria Bolivia, como todo pueblo montaños, opone resistencia al progreso; pero ya en comunicación con el mar por medio del ferrocarril, desaparece el obstáculo del medio geográfico y la evolución se acelera. Perú, de tradiciones virreinales, es unitario. En Colombia reaccionan los conservadores por exceso de teoricismo liberal, y se proclama el

³⁴El colombiano Carlos A. Torres, en su preciosa obra *Idola Fori*, donde estudia aquella época, dice que algunas de esas modificaciones institucionales y el predominio en Argentina del poder civil "con la destrucción de López Jordán, el último caudillo, representan la proyección en nuestro hemisferio de las más encendidas ráfagas del ideal humanitario de 1848" (Pág. 180).

³⁵C. A. Torres: op. cit., pág. 181.

centralismo. En las Repúblicas de Centroamérica alternan unitarismo y centralismo. Paraguay y Uruguay se divide cada uno para sus luchas políticas en dos partidos: liberal y conservador. Paraguay, víctima ayer de tres potencias coaligadas, se repone de sus hondas heridas, que por cierto lo honran, y explota su suelo feracísimo. Uruguay, antes turbulento a la par del más tropical vecino, admira a todos por su carrera tendida hacia el progreso. Su situación geográfica, si pudiera perjudicarlo desde el punto de vista político, lo favorece desde otros puntos de vista. Es un caso análogo al de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, sobre todo lo será en lo porvenir, ya que va a estar en las fauces, lo mismo que el Paraguay, de futuras grandes potencias.

II

LAS GUERRAS CIVILES

Ya sea para conquistar la independencia, ya para imponer las ideas liberales, ya con objeto de defender las instituciones, amenazadas por el pretorianismo, ya por motivos económicos, con un pretexto u otro, la guerra ha sido a menudo en Hispanoamérica el agente propulsor del movimiento evolutivo; otras veces lo ha retrasado; siempre jugó hasta ahora un papel importante en nuestra vida.

En Europa nadie se explica las guerras civiles de América. Ensayaré una explicación.

Primero es menester penetrarse de las diferencias sociales de ambos mundos. Las industrias allí apenas nacen. Son aquellos pueblos criadores, agrícolas y mineros, con escasa población y vastísimos campos llenos de selvas, montes, ríos y pampas. Varios de los ríos mayores del mundo, el más grande de todos inclusive, cruzan su territorio. Los Andes, espinazo de la América austral, la atraviesan de Sur a Norte. Se puede viajar días enteros a caballo sin tropezar un alma. Tanto Bolivia como Perú, tiene cada uno más de 1.700.000 kilómetros cuadrados de superficie, y Bolivia alcanza apenas a 2.000.000 de habitantes. Argentina es más grande, y, relativamente, menos poblada que Perú.

Recuérdese además la población desde el punto de vista étnico. La gente de los desiertos americanos tiene sangre española y levantisca sobre sangre africana y bárbara, con los instintos perezosos heredados del indio. El criollo amará la guerra. Expondrá la vida por obtener la riqueza a costa de poco esfuerzo. La vanidad será en él acicate para la lucha.

Recuérdese, por otra parte, que América fue desde el principio tierra de violencia. La conquista no fue obra oficial de España, sino obra particular

de aventureros heroicos. Se conquistaba a nombre del Rey, pero en provecho propio. Pide o no pide permiso el conquistador para salir a conquistas con un puño de osados aventureros, no siempre bandidos, siempre heroicos; se mete América adentro por medio de selvas vírgenes, esguaza ríos anchos llenos de animales dañinos, traspone montes formidables y penetra hasta el corazón del Nuevo Mundo, tras el Dorado fabuloso o para echar a tierra un imperio.

Durante tres siglos la violencia única se impuso. Ya rebeliones de españoles contra españoles, ya carnicerías que practican o sufren los indígenas. Hubo cierta clase de hombres crueles a quienes se llamaba tiranos. Uno de ellos, Lope de Aguirre, salió del Perú en son de guerra en 1580, bajó por el Amazonas matando y saqueando, arribó a la isla Margarita, donde cometió las más sangrientas tropelías, y se internó luego por el norte de Sur-América con la espada en la mano. Acorralado, mató a su hija para que no cayera en poder de los vencedores. De él quedó, con su historia siniestra, una carta suya al Rey Felipe II, documento interesantísimo, revelador de un alma y de una época de hierro.³⁶

De un cabo al otro de la América hubo rebeliones, guerras, tropelías, y corrieron en el campo y en el cadalso arroyos de sangre. Principian los sacudimientos con Paraguay, en 1535; Perú, en 1540; Centroamérica, en 1542, hasta la rebelión aborigen de Tupac Amarú en Cuzco, ya avanzado el siglo XVIII, hasta la primera revolución criolla de independencia, hecha en La Guayra en 1797.

Después vino la guerra de emancipación, cruenta y larguísima, que despertó los pueblos a la vida poniéndoles el arma en el brazo, enseñó a derrocar la autoridad, y dejó luengas tradiciones militares y la fiera hereditaria en descendientes y coterráneos de próceres insurgentes.

Pero a facilitar las guerras civiles americanas durante el siglo XIX hubo cuatro razones especiales que, por fortuna, dada su naturaleza, cada día pierden terreno, y pronto desaparecerán.

Estas cuatro causas primordiales son las siguientes:

- 1ª El mestizaje.
- 2ª La poca densidad de la población y la escasez en vías de comunicación.
- 3ª La falta de libertad.
- 4ª La ignorancia.

Cada una influye. Con dos palabras de ilustración y comentario se verá claro cómo.

1º ¡El mestizaje! Cada quien tiene ideas especiales, según en él prevalezca el caucásico, el mongólico o el etiópico. Es muy fácil, pues, el desacuerdo. A veces el conflicto de razas se manifiesta latente en el mismo individuo: esto es más grave. A veces el elemento caucásico prevalece en el

³⁶Es menester recordar quién era y cuánto representaba de poder Felipe II para apreciar la osadía del documento. "Rey —le decía—, soy tu enemigo. Tus gobernadores y clérigos te han hecho odiar en estas partes".

mestizo, lo que es mejor. Los distintos ideales de la comunidad, a menudo antagónicos, favorecen la discordia.

2º La poca densidad de la población y la escasez en punto a vías de comunicación contribuyen al desarrollo y supervivencia del caciquismo. Aparte las ciudades y los lugares comunicados entre sí por ferrocarril, los suramericanos viven aislados, sin roce social ni intercambio de ideas, atento cada quien a su beneficio propio, y sin lazo mental de unión con el resto de sus compatriotas.³⁷

Téngase presente, además, la escasez de vías de comunicación; lo abrupto de los montes; lo intrincado de las selvas; lo extenso de los llanos; lo profundo de los ríos; las lluvias, en el invierno torrenciales; el sol, que abrasa en el trópico. ¿Qué tribuno hará escuchar su voz en semejantes desiertos? ¿Qué hoja periódica irá de rancho en rancho, o siquiera de aldehuela en aldehuela? ¿Cómo se formará, en tales condiciones sociales, la conciencia nacional y se revelará en un momento dado el alma genuina del país?

Consecuencia forzada: la limitación de horizonte, el triunfo de la personalidad lugareña más fuerte o más útil: el militar, el hacendado, el médico, y en algunas partes el cura.

Ese cacique lugareño, que sabe escribir y es intrigante, obedece a su turno al jefe de círculo o cacique mayor en la capital de la provincia o en la capital de la República. Es el feudalismo con otro aspecto, o un nuevo feudalismo.

3º La falta de libertad, sobre todo en determinados períodos, y principalmente en algunos países tropicales, contribuye a la ignorancia y a la explosión de odios acumulados. Los Gobiernos estorban en algunos pueblos la libre expresión del pensamiento escrito, ya descarada y brutalmente, ya validos de triquiñuelas como pechando caro el papel de imprenta, etcétera.³⁸ Sólo portavoces oficiales comentan las acciones del Gobierno y exponen ideas agradables al Ejecutivo. El espíritu crítico se eclipsa.³⁹ De ahí la carencia de opinión pública uniforme respecto de asuntos que atañen a la comunidad. De ahí conflictos de opinión. De ahí la ceguera y el tantear en el vacío, cuando no la influencia maleante de charlatanes con audacia.

Por otra parte, sin prensa libre, que es un derivativo, los revoltosos se exasperan, y el que se hubiera contentado con un desahogo de pluma, se va

³⁷Uno de los países más prósperos de América, la Argentina, apenas cuenta en 1911 dos habitantes por kilómetro cuadrado. Bolivia todavía está en peores circunstancias, porque apenas cuenta 1,3. El inmenso Brasil, que tiene 8.000.500 kilómetros cuadrados, no alcanza, relativamente, más población que Paraguay: 2,5. Venezuela y Perú están en la misma proporción: 2,6. La América es un desierto. Ya lo dijo Alberdi: "En América, gobernar es poblar". No faltan, sin embargo, guerras de frontera, acaso para sacar buena la ironía de Montesquieu: "S'il n'y avait que deux hommes au monde, ils se battraient pour des frontières".

³⁸Es el caso de Méjico, bajo Porfirio Díaz.

³⁹Salvo, por supuesto, en las ciudades de importancia, donde se reciben calogramas de todas partes, y por cada correo la prensa mundial, donde los hombres piensan y están al corriente de todo.

al campamento. El único desquite contra la tiranía es la guerra, síntomas ambas del mismo mal.

4º La ignorancia de las poblaciones rurales permite al cacique disponer a su guisa de multitudes ilusionadas u obedientes. El campesino de Suramérica no sabe sino trabajar, aunque se lucha con tesón por llevar la luz a esa sombra. Pero hasta ahora no sabe sino trabajar. Todo lo demás lo ignora. Cualquier comentario es inútil.

III

RELACIONES INTERNACIONALES Y SOLIDARIDAD AMERICANA

En el desarrollo agitado de estos jóvenes pueblos, han tenido todos ellos, sin una sola excepción, choques de intereses con Europa y con los Estados Unidos, choques que han llevado a menudo al rompimiento y a la guerra. Otras veces, ambiciosas miras imperialistas de los pueblos mayores han amenazado la integridad territorial o las instituciones de los nuevos Estados. Las relaciones de nuestros pueblos con los Estados Unidos y Europa pueden clasificarse en tres períodos, así:

1º Amenaza de la Europa monarquista, unida en Alianza llamada Santa. Entonces renacieron con vigor las ideas bolivianas de confederación y solidaridad continentales que se proclamaron en el Congreso de Panamá (1826). Por entonces nació también la doctrina de Monroe, bien acogida a la sazón en la América del Sur, como consagración de las ideas en que abundaban todas las naciones del Nuevo Mundo.

2º A partir de 1845-1850, desconfianza naciente contra los Estados Unidos por su mutilación de Méjico y su filibusterismo en Centroamérica, y desconfianza permanente contra Europa, que no cesa de amenazarnos. Esto dura hasta el último cuarto del siglo XIX.

3º Odio y temor a los Estados Unidos. Acercamiento a Europa, peligro que cada día es menor para nosotros, tanto porque las Repúblicas se fortalecen cada día más, como por el anarquismo industrial y político del Viejo Mundo. Así se inicia el siglo XX.

A cada amenaza de Europa, las Repúblicas del nuevo continente se solidarizan entre sí, proclamando su fraternidad, no sólo por medio de la prensa, sino en pactos oficiales y Congresos internacionales *ad hoc*. Alejado el peligro, los lazos de unión se aflojaban para apretarse de nuevo a la próxima amenaza, a veces tardíamente, después de consumado el desmán del fuerte contra alguna débil República. La historia de nuestras efímeras uniones es la historia de las agresiones extranjeras.

Es necesario insistir.

Estos pueblos de la América hispana han podido durante el siglo XIX sostener querellas entre sí, de las cuales la más lamentable por sus múltiples posteriores consecuencias ha sido la de Chile y Perú en 1879; pero siempre, hasta ahora, han tenido la comprensión de su destino, y de que para realizarlo deben, hasta donde sea posible y fructuoso, solidarizarse.

De ahí la unificación continental contra España cuando la guerra de Independencia; luego, el Congreso de Panamá, en 1826, para echar las bases del derecho público americano y confederar las nuevas Repúblicas. La idea de solidaridad, si no de unión política, permanece latente. Méjico procura por tres veces —1831, 1838 y 1840—, aunque infructuosamente, reunir un nuevo Congreso de Panamá. En el programa de esta tentativa de Méjico debía tratarse otra vez de la alianza de todas las Repúblicas occidentales contra agresiones extranjeras, y de la codificación de nuestro derecho internacional público. En 1847 se reúnen representantes de varias Repúblicas en un Congreso americano en Lima para precaverse y estatuir contra probables reivindicaciones de España en el Pacífico, y se firmaron tratados de confederación y comercio, se reconoció el arbitraje como medio de dirimir desavenencias entre los confederados, y se aceptó la reunión periódica de un Congreso de las naciones que se aliaban, y que eran todas las del Pacífico amenazado: Nueva Granada, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

A cada peligro o agresión, los pueblos americanos, sintiéndose mancomunados por la amenaza o el dolor, se tienden unos a otros las manos. Años después de la invasión y la mutilación de Méjico por los yanquis y de las incursiones filibusteras en la América Central, celebran un pacto en Santiago de Chile: Perú, Chile y Ecuador, a que más tarde suscriben otros Estados; y ese mismo año (1856) otro grupo de nueve naciones, entre las cuales el propio Méjico, celebra otro pacto por el estilo.

La intervención europea en Méjico, la ocupación de Santo Domingo por España y la amenaza de esta potencia en el Pacífico provocaron otro Congreso, reunido en Lima en 1864. Los diputados firmaron una convención sobre unión y alianza defensiva. Otros Congresos, ya no con vastas miras políticas de unión, sino para acuerdo entre sí de puntos concretos de derecho público hispanoamericano, han celebrado, con resultados prácticos, las Repúblicas hispánicas de América en Lima (1878), en Caracas⁴⁰ (1883), en Montevideo (1888).

Las ideas de confederación definitiva, ya abandonadas, abren paso a la idea de alianzas defensivas parciales. Pero no se olvide que "les Etats de l'Amérique Latine, malgré l'abandon de l'idée de confédération, ont continué

⁴⁰No fue Congreso, sino que plenipotenciarios suramericanos, reunidos en Caracas con motivo del primer centenario del Libertador, firmaron un pacto reconociendo el principio del arbitraje.

El 5 de julio de 1911 se ha reunido en la capital de Venezuela, según anuncia el cable, un Congreso de representantes de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y la propia Venezuela. Se trata de formular, según parece, una *entente cordiale*.

à se considérer comme une famille des nations, où doivent exister les relations amicales et commerciales, et une certaine communauté de vues dans les rapports extérieurs”.⁴¹

Durante el último cuarto del siglo XIX se precisan en la política internacional de Hispanoamérica dos nuevas corrientes: el panamericanismo, con la influencia predominante del elemento angloamericano, y el panhispanismo, que tiende a contrarrestar y evadir esa influencia en obsequio de intereses raciales, contra los argumentos de mancomunidad continental y de forma de gobierno.

Otro corriente más poderosa empieza a formarse a principios del siglo XX: la de acercamiento a Europa a todo trance, con objeto de contrarrestar, por medio de relaciones de toda suerte, el imperialismo de los Estados Unidos y aun su mero acercamiento, ya que este país, por sus costumbres, su modo de concebir la vida, su incapacidad para las Bellas Artes y su carencia de ideales, es el polo opuesto de la América del Sur.

Y aun esta última corriente de acercamiento a Europa se parte en dos: una que tiende hacia Inglaterra y Alemania, y otra que tiende hacia la Europa latina. Esta última es la más poderosa.

IV

BALANCE MATERIAL E INTELECTUAL

A pesar de las circunstancias desfavorables en que se ha desarrollado la América Latina, su balance al fin del siglo XIX, es decir, en menos de una centuria de vida independiente, arroja un saldo inmenso a su favor.

En efecto; la República y la Democracia son base de sus Constituciones. El sistema institucional elegido no se discute, como sucede todavía en Europa. Los principios más liberales inspiran las leyes de cada país. El derecho público americano tiene cánones como el arbitraje, proclamado por Bolívar, y que nació en el Congreso de Panamá, en 1826, principio que empieza a ser aceptado universalmente. Durante la última Conferencia de Paz en La Haya (1907), las teorías más amplias y generosas fueron propuestas por la América del Sur: la igualdad jurídica de las naciones, sustentada por el Brasil; la condenación de medidas coercitivas para el cobro de deudas internacionales, por la Argentina; la limitación del empleo de minas flotantes, por Colombia.

⁴¹Alexandre Alvarez: *Le Droit International Américain*, pág. 104; edición de París, 1910.

La instrucción, que un siglo atrás era nula, se extiende hoy, obligatoria y gratuita, y en algunas Repúblicas laica, hasta los últimos poblachos de cada nación. Los extranjeros, a quienes un siglo atrás les impedía España establecerse en América, ocupan hoy toda la extensión del Nuevo Mundo; y en los puertos, donde no podía ondear más que una bandera, flotan hoy todos los pabellones. Ciudades de 45.000 habitantes, como Buenos Aires, tienen un siglo después millón y cuarto. Donde no había imprentas, se publican hoy diariamente centenares de libros y periódicos, algunos de estos últimos de entre los mayores del mundo. Los ferrocarriles cruzan la tierra. La agricultura se industrializa. La población crece. Los 15 millones de 1810 alcanzan al presente a 50 millones de habitantes, sin contar los 20 millones del Brasil.

En países donde Europa no tenía un céntimo invertido hace poco tiempo, invierte hoy cantidades fabulosas. Trescientos millones de libras tenía Inglaterra para 1906 en la Argentina. El capital inglés en el Brasil pasa de 100 millones de libras. Entre la América Central, Venezuela y Colombia, tiene Francia más de 10.000 millones de francos. El mayor ferrocarril de Venezuela es alemán, y alemana es también la propiedad de 750.000 acres de terreno entre Guatemala y otras pequeñas Repúblicas centroamericanas.

Cuanto al comercio, Méjico trafica con Estados Unidos por valor de 464.274.899 pesos (año 1904-1905). El comercio de Chile con Inglaterra es de 255 millones de pesos anuales. El movimiento mercantil de Cuba en 1907 fue de 221.810.854 pesos. El 50 por 100 de las importaciones de Bolivia se hace de Alemania. El movimiento mercantil de América con España el año 1907 fue de 210.526.315 pesetas. Italia negoció con la Argentina durante el mismo año por 27.222.707 pesos argentinos, y Francia con Venezuela por 24.885.898 francos.

Estas son cifras escogidas al azar para fijar un poco la atención sin fatigarla.

Pero reténgase bien que el comercio total de la América Latina asciende anualmente a la respetable suma de 15.000 millones de francos, lo que habla mejor que nada de la importancia de aquellos países desde el punto de vista comercial. Y téngase bien presente que el comercio total de la América sajona, tan admirada por su laboriosidad, no representa mayor suma de francos que el comercio de la América Latina, a quien se acusa en Europa, con criterio un poco superficial, de atraso y de desórdenes.⁴²

⁴²Clemenceau, que viene de aquellas tierras, acaba de escribir: "Nous le jugeons plus ou moins légèrement: n'oublions pas qu'ils nous jugent".

De estos juicios precipitados, que tanto nos ofenden, máxime los que vienen de Francia, a quien tanto se admira, prescindamos de los juicios del diarismo, por tener escasa importancia los hombres que los emiten; pero recordemos dos opiniones de sendos hombres de ciencia, ambas opiniones tan injustas como absurdas, y que han merecido respuesta de pensadores americanos.

La primera de estas aventuradas afirmaciones, que se revisten de color científico, la emitió Demoulin en la primera edición de su obra *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons*. En un pasaje, que en posteriores ediciones suprimió, a lo que parece, decía cómo los Estados Unidos eran sociedad en evolución rápida y feliz, mientras que la América del Sur representaba el estancamiento, el retroceso, y que seríamos invadidos por los angloamericanos. Un profesor de la Universidad de Buenos Aires le ha

Esto en lo relativo a bienestar material.

Por lo que respecta al movimiento de ideas en las Repúblicas americanas durante el siglo XIX, si ha correspondido al movimiento general de las ideas en Europa, y muy especialmente de Francia, ha producido en casi todas ellas pensadores de cuenta, algunos muy notables, empezando por D. Andrés Bello y terminando por los sociólogos y psicólogos modernos.

El Sr. F. García Calderón, cuya admirable obra *Le Pérou contemporain* cité atrás, ha estudiado en la *Revue de Métaphysique et de Morale* (París, septiembre de 1908) *Las corrientes filosóficas de la América Latina*. El Sr. García Calderón encuentra primero, durante la colonia, que “una escolástica de decadencia se impone en las Universidades; la curiosidad intelectual se gasta en obras de erudición poderosa, en disputas bizantinas y comentarios de viejos textos estrechos y excesivos”.

Luego viene el período de la Revolución, desde 1810 hasta 1824, cuando se propagan “la Enciclopedia —dice el autor—, la filosofía política de Rousseau (Bolívar leía mucho a Rousseau), las ideas de religión natural, teísmo político, derechos del hombre; en suma, la acción intelectual de la Revolución francesa”.

La observación es exacta, excepto en lo que se refiere a la época de ese despertar de ideas revolucionarias que precedió a la Revolución y la preparó, y que durante la Revolución, de 1810 a 1824, no hizo sino difundirse.

“En los años que siguieron a la independencia —prosigue Calderón— todo el pensamiento se orienta hacia la política, y las influencias francesas predominan. El liberalismo de Benjamín Constant y el doctrinalismo de Guizot luchan o se imponen en todas partes... En el orden del pensamiento puro, la influencia de Cousin y el eclecticismo comienza hacia 1850, y se extiende con la acción ejercida por los libros de Saïssset, de Paul Janet y de

contestado tan duramente como lo merecía. (C. O. Bunge: *La educación*, páginas 370 y siguientes).

El otro autor francés que nos incrimina es el Dr. G. Le Bon, en su libro *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples*, muy consultado en Suramérica. A M. Le Bon le ha respondido el Dr. Gil Fortoul en su “ensayo de sociología venezolana” titulado *El Hombre y la Historia*.

Las diferencias existentes entre nosotros los amérolatinos y los amérosajones las aprecia Le Bon así: “Todas las Repúblicas suramericanas —dice— han adoptado la constitución política de los Estados Unidos, y viven, por consiguiente, bajo leyes idénticas”. (La enormidad de este aserto saltará a los ojos de cuantos conozcan, siquiera superficialmente, la diversidad de legislaciones civiles y políticas de las naciones americanas). “Sin embargo —continúa Le Bon—, por el solo hecho de ser diferente la raza, y carecer de las cualidades fundamentales de la raza que puebla los Estados Unidos, todas esas Repúblicas, sin una sola excepción, viven perpetuamente en la más sangrienta anarquía... Las causas de esto provienen todas de la constitución mental de una raza que no tiene energía, ni voluntad, ni moralidad”. (Pág. 66). El Dr. Gil Fortoul, en cuatro plumadas, reduce a polvo el postulado de Le Bon, y, después de aducir algunos ejemplos que no dejan bien parada la supuesta moralidad de los angloamericanos y de algunos países de Europa, termina diciendo: “Lo mismo que los individuos, cada pueblo tiene sus virtudes y sus vicios, y cada sistema político sus excelencias y sus desventajas”. (Págs. 31, 32, 33 y 34).

Jules Simon hasta fines del siglo. Deben señalarse, sin embargo, algunas influencias inglesas. . .”

“Sin embargo, el positivismo, en fin de cuentas, debía conquistar la América más que ninguna otra doctrina filosófica”. (F. García Calderón: *Profesores de idealismo*, páginas 150 y siguientes.)

Tal es la verdad. Imposible pintar la evolución de nuestro pensamiento filosófico en síntesis más justa ni por mano más autorizada.

El autor agrega: “Es necesario considerar que existe un verdadero idealismo de raza y de cultura en la América Latina, y que toda filosofía idealista tiene allí porvenir”. Lo cierto es que el positivismo impera en la mayoría de las Repúblicas, y que es en ese sentido que se orienta el pensamiento americano.

Cuanto a las Bellas Artes, allí se cultivan todas con más o menos éxito. Los mejores poetas de lengua castellana a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX son americanos. Novela, teatro, historia, tienen cultivadores de altísima importancia. Hay nombres magníficos. Baste citar los del ensayista Rodó, del novelador Díaz Rodríguez y del poeta Lugones, que no en todas las literaturas de Europa, hoy, tienen equivalentes. La lengua de Castilla ha sido remozada en América. Remy de Gourmont llama a este castellano pleno de gracia: “neoespañol”.

CONCLUSION

Hasta ahora, con la sola excepción de Cuba y Puerto Rico, cuya situación geográfica es una fatalidad de ambas Antillas, las naciones hispánicas de América han evolucionado armónicamente, y, sin excepción, han tenido una mentalidad, un alma común.

Las diferencias existentes de pueblo a pueblo americano son menores, de juro, que las oposiciones étnicas que Gobineau ha observado en Francia, que generaliza a toda Europa, y que Gumpłowicz, por su parte, confirma por lo que ha visto en la Europa occidental.⁴³

No digamos ya entre el britano y el irlandés, en Inglaterra, o entre rutenos, eslavones, magares, etc., en Austria, porque están en abierta oposición unos a otros; pero entre el provenzal y el normando, entre el andaluz y el catalán, entre el calabrés y el lombardo existen más diferencias tal vez que entre el hijo del Paraguay y el de Nicaragua, entre el de Méjico y el Chile, o entre el de Guatemala y el de Ecuador. Porque los mismos factores han producido el mismo elemento de raza nueva, indeciso aún; y esta indecisión del tipo, y el estado de alma especial y transitorio que la acompaña, nos es común a todos.

La literatura, esa manifestación la más íntima y sincera del espíritu, es en este caso reveladora. Un libro de autor hispanoamericano se distingue de la obra de cualquier escritor de España, mientras que puede ser atribuido a un escritor de esta o aquella República. El aire de familia en nuestra literatura es evidente. Por el lenguaje y por la pintura y estudio de las cosas, pueden aplicarse a una u otra República muchas páginas sociológicas de Arguedas sobre Bolivia, de Ayarragaray sobre Argentina, de Bulnes sobre Méjico, de Arcaya sobre Venezuela, de García Calderón sobre el Perú. A todas conviene el título de una obra de Bunge: *Nuestra América*.

¿Será duradera entre los pueblos de América esta similitud? Esa pregunta equivale a plantear los más inminentes problemas.

⁴³Gumpłowicz: *Lucha de razas*, páginas 249-250, en nota (edición de *La España Moderna*).

Adviértase que estos pueblos ocupan toda la región intertropical y la zona templada al Sur. De cortos años acá, la emigración de gente y capitales europeos se dirige de preferencia hacia los países situados fuera de la zona tórrida. Esto acelerará el progreso de aquellas felices naciones si las demás Repúblicas, resignándose a quedar rezagadas, no provocan hacia sí corrientes semejantes. Todavía será mayor la diferencia si los unos aceleran su evolución por medio de capitales e inmigraciones, mientras los otros, torciendo su destino, víctimas de leyes fatales de expansión, caen en garras de vecinos poderosos.

Pero no. El peligro en este caso último sería común a todos, sin excluir al inmenso Brasil, ya que el apetito de conquistas, en vez de satisfacerse, se despierta más mientras más se come. El invasor poderoso desplazaría sus fronteras, ampliándolas, y estaría pronto en el vecindario de todos los pueblos de América.

“Cada vez que una nueva comarca sucumba, el conquistador estará más cerca”, acaba de escribir a este respecto el pensador argentino D. Manuel Ugarte.⁴⁴

La expansión y el imperialismo son fenómenos naturales de que no hay que asombrarse. Son la traducción en lenguaje sociológico de la supervivencia darwiniana del más apto o del más fuerte.

Pero los hombres no somos animales inferiores. Tenemos la inteligencia y la voluntad. Podemos prever y podemos obrar.

Por lo que respecta a América, baste abrir los ojos de los miopes, gritar a los oídos de los sordos y creer en el buen sentido de una raza tan apta para la vida y que tantos derechos tiene a ella.

⁴⁴Su obra, recién salida a luz, se titula *El porvenir de la América Latina*. Es interesantísima. “¿Cómo suponer —dice Ugarte— que el huracán (imperialista) se detendrá al llegar a nuestros límites? Nada más desconsolador que la política que espera a que los peligros le pongan la rodilla en la garganta para tratar de conjurarlos”. (Pág. 104).

LA ESPADA DEL SAMURAY

X

ESPAÑA, AMÉRICA, BOLÍVAR Y LOS LIBERALES ESPAÑOLES DE 1820

Madrid, 6 de febrero de 1920.

Señor don S. Cánovas Cervantes.

Director de *La Tribuna*.

MUY DISTINGUIDO amigo: Unos amigos madrileños me acaban de enseñar en un Club o Casino —o Liceo, como ahora dicen—, de esta ciudad, cierto artículo de don Julio Cejador sobre *Los héroes de la independencia americana*, artículo que salió ayer en *La Tribuna*.

Mis amigos me excitan a volver por los fueros de la justicia. Los complazco. Y desde este Círculo escribo las presentes líneas, dirigidas a usted, Cánovas, rogándole las inserte en el diario que ha fundado, y al que ha infundido su espíritu de combate. Así ayudará usted a una obra buena: a que la verdad resplandezca.

Aunque sea honor el cruzar la pluma, ya que no la espada, con un hombre de valer, no deseo discutir y no discutiré con Cejador en este punto, porque no me gustan victorias fáciles. No le reconozco a Cejador preparación en este orden de conocimientos para discutir conmigo, ni con nadie medianamente enterado de historia americana.

Sí se tratase de cánones, o de filología o de antigua literatura española, Cejador podría ser considerado autoridad; y, que se estuviese o no de acuerdo con él, habría que respetar su parecer. Respecto a historia de América, no. Carece de conocimientos, repito, y se inspira en pasioncillas y rencores, que de todo espíritu medianamente culto y medianamente elevado, han desapare-

cido en América y tienden a desaparecer en España. Y que desaparezcan es, aquí y allá, lo verdaderamente patriótico, lo verdaderamente útil, si es que nuestra raza, unida por nobles ideales y grandes intereses morales y materiales, está llamada a escribir, como yo creo, una página de siglos en la futura historia del mundo.

¿Qué dice don Julio Cejador?

Dice: "Con pretexto de restablecer la Constitución del año 12, estalló en Andalucía la revolución de 1820, con lo cual las tropas destinadas a América se quedaron en España".

"No hubo tropas con qué oponerse, y aquello se perdió..."

"Sin los acontecimientos de 1820 en España, América no se hubiera perdido."

Esta afirmación es sencillamente un despropósito; y tiene este despropósito dos objetos: uno, de conservador español que quiere echar sobre los hombres y las ideas liberales de España la pérdida de América; otro, de patriotero que explica la cesación de la potestad española en el Nuevo Mundo, por la carencia de tropas realistas en aquel continente.

En 1820, llevaba la guerra entre la madre Patria y sus hijas rebeldas diez años de existencia. En 1815, según datos oficiales del marqués de las Amarillas, ministro de Guerra de España, sostenía España en América un Ejército de 100.000 hombres, lo que para entonces era enorme.

Ese mismo año de 1815, llegó a Venezuela una poderosa expedición, la del general don Pablo Morillo. "Traigo un Ejército —decía el gran soldado—, como nunca salió de España, ni en los mejores tiempos."

Tenía razón. Su Ejército era superior al que dirigió el duque de Alba, por ejemplo, en los Países Bajos.

"La escuadra —escribe en sus amenísimas *Memorias* el capitán Rafael Sevilla, miembro de la expedición— era la más numerosa que hasta entonces había cruzado el Atlántico."

Pero la fuerza principal de España, dadas las distancias y otras mil circunstancias, no consistió ni en sus escuadras ni en sus tropas de Europa, sino en que la mitad de América estaba por la perduración del Imperio, contra la otra mitad, que estaba por la ruptura; es decir, por la emancipación.

Cuando América comprendió su conveniencia, gracias al progreso de las ideas liberales en los rudos espíritus de aquellas tierras, el imperio español cayó.

Dice también Cejador esta lindeza: que los españoles "no dan importancia a la separación de América".

Los comentarios, en este punto, huelgan. Basta y sobra con una imperceptible sonrisa.

¿Qué más dice? Pues dice, además, sencillamente, que "los llamados héroes de la independencia americana" son como los pintan libelos infamatorios de algún inmigrante anónimo que fracasó en América.

No quiero hacer suposiciones, aunque la experiencia las excusaría. No

quiero pensar que D. Julio Cejador busque el que los americanos le contesten, se haga un poco de ruido en torno de su nombre y en provecho comercial de sus libros. En América, yo no escribiría una coma. Aquí, en España, sí, porque deseo contribuir en la medida de mis fuerzas a que la mutua intolerancia y la mutua incomprensión, que han separado durante todo el siglo XIX a los eurohispanos y a los américoespañoles cese de una vez para siempre. ¿Por qué? Porque creo que, aparte razones sentimentales, eso es lo que a unos y a otros nos conviene.

Demos de lado suposiciones. Elevemos la cuestión.

La guerra de independencia americana, lo mismo que la guerra de conquista, ha sido un honor para la Humanidad, porque ha demostrado hasta dónde puede llegar la energía de estos microbios que se llaman hombres.

La guerra de nuestra emancipación, que duró diez y seis años (1810-1826), fue en varios períodos y en algunos países una guerra tremenda, porque, según expresa con acierto un escritor clásico de América, Juan Vicente González, “peleaban los españoles y sus hijos”. Tan tremenda fue, que en las batallas desaparecían el 45 por 100 de los combatientes: esto no ocurrió en las guerras de Federico el Grande, ni en las napoleónicas, ni en la franco-alemana de 1870, ni en la ruso-japonesa. Países hubo, como Venezuela, en donde desapareció la tercera parte de la población; no de la población guerrera, sino de la población total. Fue una guerra como saben hacerla los hombres de raza hispánica.

¿Y quién triunfó? No triunfó un pueblo sobre otro pueblo, ni una raza sobre otra raza: triunfó el espíritu de los tiempos modernos, triunfó el derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos, triunfaron los derechos del hombre, triunfó el principio de las nacionalidades. La mitad de América, la parte ignorante, las masas de labriegos, apoyaban a España; y por millares, no por centenas, se cuentan los elementos españoles —y europeos de toda suerte: ingleses, franceses, alemanes— que sostuvieron con las armas en la mano la causa de América. La guerra duró hasta que los americanos de las clases humildes y campesinas, repito, se convencieron de que no convenía continuar sosteniendo a la monarquía extranjera.

¿Redunda todo ello en desprestigio de España? No. Los soldados que envió España a América cumplieron su deber hasta más allá del heroísmo. Esos hombres, ya de regreso en España, fueron los personajes más conspicuos de la guerra y de la política en este país: el general don Pablo Morillo, capitán general de Galicia; el general Canterac, gobernador militar de Madrid; el general Maroto, caudillo conservador; el general Rodil, ministro de la Guerra; el general Espartero, regente del reino. Entre esos generales hubo hombres de conducta admirable, como don Jerónimo Valdés, que se paseaba por los Andes, casi siempre triunfador, como Pedro por su casa; oficiales científicos tan brillantes como Enrile; virreyes, como la Serna, que no caían del Trono sino cubiertos de heridas y de gloria.

¿Y serían unos majaderos los hombres que se combatían con ellos y al

fin triunfaron? ¿Los San Martín, los Sucre, los O'Higgins, los Páez, los Artigas, los Iturbide, los Cochrane?

A Bolívar no se le puede ver por encima del hombro, ni como general, ni como estadista, ni como escritor, ni como legislador, ni como tribuno. Bolívar es uno de los más complejos y hermosos especímenes de Humanidad que ha producido la raza hispana.

Antes de lanzar opinión sobre Bolívar, sería bueno que Cejador lo conociera. Y no estaría de más que leyese lo que sobre Bolívar escribieron al Gobierno de España, a quien servían, los mismos generales españoles.

Tampoco estaría mal que supiese lo que hoy opinan del Libertador excelsos pensadores de la España de nuestros días: Unamuno, Gabriel Alomar, Rafael Altamira; ni que curioseara algo de lo que sobre él han escrito literatos como Pedro de Répide, Villaespesa, Lasso de la Vega, los González Blanco; historiadores como Ortega y Rubio, profesor de Historia en la Universidad de Madrid; Deleito y Piñuela, profesor de Historia en la Universidad de Valencia; Segundo de Izpizua, historiador de los vascos, que llama al vasco Bolívar, recientemente, "el hombre más grande de nuestra raza".

No vale la pena insistir. Sobre pesado, sería inútil.

Es lástima que hombre tan capacitado en varias disciplinas se ponga a despotricar por meterse en camisa de once varas.

Yo no puedo ni quiero hablar de D. Julio Cejador sino recordando que soy su amigo y que le debo gratitud literaria por las generosas páginas que me dedica en su *Historia de la literatura española*. Sí, soy amigo de Cejador; pero soy más amigo de la verdad y de la justicia.

Interrumpo esta ya demasiado larga epístola.

Agradezco a usted, amigo Cánovas, la hospitalidad que me brinda en su diario, y que me permite desde esta misma tribuna, donde salió el artículo del prevenido D. Julio, hacer la presente aclaratoria.

Su afectísimo,

R. BLANCO FOMBONA

XI

LA AMERICA DE ORIGEN INGLES CONTRA LA AMERICA DE ORIGEN ESPAÑOL

Un ilustre colaborador de *El Liberal*, D. César Falcón, impugna en este periódico madrileño ciertas apreciaciones que encuentra en mi obra *El Conquistador español del siglo XVI*, respecto a la hostilidad abierta entre la América de origen inglés y la América de origen español.

Yo creo que existe entre las dos Américas una lucha de razas, de civilizaciones, de fronteras; lucha de un país industrial y capitalista contra Estados pobres y pueblos agricultores. Estados Unidos, contra Estados Desunidos. Creo que esa antipatía recíproca, que esa pugnacidad creciente entre las dos familias humanas que parten la posesión de aquel continente es, por uno de sus aspectos, la lucha secular entre la gente española y la gente inglesa; entre la cultura latina y católica, por una parte, y la cultura sajona y luterana, por la otra.

D. César Falcón cree que no, y aduce buenas razones.

El no cree que pueda llamarse a la América de lengua castellana un conglomerado de raza española. “Nos hemos acostumbrado demasiado ligeramente —expone Falcón— a decir aquello de los pueblos españoles de América.”

Y agrega, no refiriéndose ya exclusivamente a América, pero incluyéndola:

“La única lucha de hoy y de mañana es la lucha de clases. Así, dentro de este concepto, se desarrolla la lucha de los pueblos hispano-americanos contra los Estados Unidos. No es una riña de raza contra raza, de país contra país. Es de clase contra clase”.

Los argumentos de Falcón, como se advierte, pueden explicarse así:

Primero: los pueblos americanos no son pueblos de raza española.

Segundo: son los capitalistas yanquis, que explotan también a las masas yanquis, los que ya solos, ya aliados con plutócratas de Hispanoamérica, explotan a las masas hispanoamericanas.

Ambas razones, dignas de un pensador como César Falcón, me parecen excelentes; pero no invalidan las mías, que abarcan un horizonte más dilatado, desde un plano superior.

Y contesto:

Primero: desde el punto de vista antropológico, no existen razas puras. En este sentido, mal podríamos llamar española a nuestra América. Pero ¿son o no son aquellas naciones pueblos de civilización española, de lengua española? ¿No poseen un porcentaje considerable de sangre española? ¿No existe una minoría caucásica, dirigente, de origen español, más o menos puro? La raíz de su actual cultura es exclusivamente española, aunque en las ramas se hayan injertado luego —por fortuna— otras culturas complementarias que van dando origen y carácter a una cultura propia que nos proponemos crear.

Representamos en América la cultura latina, en su variedad española, con modificaciones propias. Estas modificaciones, cada vez mayores, representarán algún día por sí solas una cultura especialísima: nuestra cultura. Entonces será América, con respecto a España, lo que son la misma España, Francia e Italia con respecto a Roma. Creo esto incontrovertible.

Hoy, representamos en América a la gente española, a pesar del coeficiente indígena en unas repúblicas y del coeficiente europeo no español en otras —porque lo español ha absorbido o va absorbiendo lo demás, como puede testificarse con la lengua, que es espíritu. Representamos, pues, con más o menos pureza y excelencia, a la gente española, por nuestras minorías caucásicas, que son las que han impreso e imprimen dirección y carácter político a nuestras repúblicas. Creo también esto incontrovertible.

Los yanquis, a pesar de su heterogeneidad étnica, representan el espíritu, la lengua y la heredada cultura inglesa. Y como los yanquis y nosotros nos aborrecemos cordialmente, puede concluirse, me parece, que al ponernos en contacto, en el Nuevo Mundo, se ha establecido el viejo antagonismo de las razas y culturas que dieron origen a aquellos países.

Segundo: creer que la avidez imperialista de los Estados Unidos, que se satisface en América a costa nuestra, es obra de una clase social, exclusivamente, y no prurito nacionalista, me parece una candidez. Una candidez peligrosa.

Es verdad que los plutócratas yanquis son insaciables; pero recuérdese que gobiernos como el de Wilson, que sofrenó un tiempo las concupiscencias de Wall Street, fue por aquella misma época, de una crueldad sádica y de una perfidia luterana —peor que jesuítica— con Méjico, con Nicaragua, con Santo Domingo.

No; no es una casta en los Estados Unidos, ni un partido político, como creen otros, ni algunos hombres de presa los enemigos de América, de nuestra América. Todas esas avidedeces se alían, se traman, se confunden y toman aspecto y carácter nacional. El enemigo de América se llama Estados Unidos.

Hace cosa de un siglo, el Libertador Simón Bolívar, que no dijo ni escribió sino palabras seculares, nos dejó respecto a los Estados Unidos —y cuando todo el mundo estaba deslumbrado por este país—, un juicio que la posteridad corrobora:

“Los Estados Unidos —profetizaba el Libertador— parecen haber sido puestos por la fatalidad en el Nuevo Mundo para causar daños a América en nombre de la libertad.”

Los yanquis mismos reconocen que su imperialismo presente es una enfermedad de todo el país.

Un escritor independiente, Mr. John Kenneth Turned, recuenta crímenes del imperialismo nacional yanquilandés, disfrazado ahora de panamericanismo. Mr. Kenneth Turned escribe en *The Nation*, de Nueva York, a propósito de Nicaragua, y asimila la política imperialista de los yanquis a la de los pueblos feroces de Europa y Asia.

“El imperialismo americano —dice— es aprobado por ambos partidos.”

No se diferencia, por ningún respecto, del imperialismo de Inglaterra, Francia, Alemania, Japón, Italia, en lo que tienen de peor."

Como se advierte, Mr. Turned, que sabe lo que dice y lo dice con claridad, echa la culpa del imperialismo, no a una clase exclusiva, sino a toda la política de los Estados Unidos; a los dos partidos que allí dirigen, por turnos de elección, el gobierno; a los ideales nacionales del país: panamericanismo, doctrina de Monroe, comercio americano, civilización americana, expansión americana... , etc.

Esperemos que cambie la modalidad actual de vida política en los Estados Unidos, y que el comunismo a la rusa impere en el mundo todo, para saber cómo procederá el hipotético comunismo yanqui, desde el gobierno, con los débiles, sean clases, sean naciones, si existiesen para entonces distintas clases sociales, como las comprendemos ahora, y distintas nacionalidades.

Hasta el presente, los partidos socialistas, llegado el caso del conflicto extranjero, parecen dispuestos en casi todo el mundo a solidarizarse con los gobiernos burgueses. Esto ocurrió en la guerra europea. Ninguna guerra de conquista han impedido hasta ahora. Cuanto al socialismo yanqui, no tiene nada de extremista; y a nuestros ojos de hispanoamericanos se confunde, por varios aspectos, con los partidos burgueses de Europa o de Hispanoamérica.

Los nacionalismos no han muerto. Tienen la vida dura. Debemos contar con ellos y defendernos contra ellos cuando son fuertes y agresivos. Es el caso, en América, de la república lobo contra esa manada inerme de paisésitos corderiles. Corderiles no por mansos, sino por débiles.

Algo más habrá que decir sobre el carácter de la lucha entre ambas Américas.

XVII

ALGO QUE DEBE SABER ESPAÑA DE AMÉRICA ALGO QUE DEBE SABER AMÉRICA DE ESPAÑA

Con motivo del desagradable incidente ocurrido entre un jefe militar de Méjico —que no es jefe de Estado— y el ministro diplomático de España —que no es tal ministro— se ponen de manifiesto dos tendencias en la opinión española, respecto a la América hispanoparlante: la conservadora, torquemadesca y anacrónica que transparente odio —y cuyo órgano más agresivo es la hoja de un señor con nombre de lombriz solitaria—, y otra más discreta, patriótica y de altos vuelos: la tendencia liberal, que culmina en las palabras pertinentes de Romanones pronunciadas en el Congreso, y

en un artículo del periódico que dirige D. Alfredo Vicenti, artículo donde Vicenti, con esa maestría que es hábito en él, trata el asunto.¹

(Hácese, por lo pronto, caso omiso de la actitud del Gobierno, a que se aludirá adelante.)

En la prensa liberal constituye excepción la nota melancólica y palabarrera suscrita por J. O. G. (¿José Ortega y Gasset?) inserta en el hebdomadario *España* del 19 de febrero.

El incidente se reduce a que el representante de España en Méjico ha recibido sus pasaportes dados por el general Carranza, Jefe del Poder ejecutivo.

No soy mejicano, ni quiero discutir el incidente, que no tiene valor en sí, que no conozco, que me importa tres pitos y que, a pesar de todos los aspavientos, no pasará de eso: de vocalizaciones y dos de pecho con que nos maravillan los tenores de la prensa.

Cien millones de yanquis, ochenta millones de hispanoamericanos y veintitantos millones de brasileños, todos con su doctrina de Monroe a guisa de lanzón, esperan al primer pueblo europeo que se presente en América con su Emperador Maximiliano en el bolsillo. Pero, como no se presentarán, resulta que las amenazas huelgan más que la Doctrina de Monroe, que también huelga.

Lo que importa no es el incidente, ni Carranza con plumas en el trasero, como lo caricatura *España*: lo que importa son las ideas. Que conste el espíritu que anima, con respecto a la América, a hombres patriotas e ilustrados, que proceden, sin embargo, como si no fuesen ni una ni otra cosa.

J. O. G. no se para un minuto a analizar qué circunstancias pudieron concurrir para que el Sr. Carranza obrara como obró. Con acometividad dantesca —de danta, no de Dante— y odio acaso excesivo, señala a ese pobre chafarrote al odio de las futuras generaciones españolas. Que se cuente cómo Carranza entregó sus pasaportes a un ministro; que se cuente “en la última escuela, ante los niños de pupilas inquietas, para que quede en sus menudos corazones, como un germen de inquietud y una simiente de coraje”.

¡Que fructifique la semilla! Pero que se deje hueco en esos corazones infantiles para sembrar algo que puedan cosechar un día McKinley y Roosevelt, que han humillado a España de manera bastante más grave. Por lo demás, así se malbarata energía. ¡Generaciones íntegras odiando a Carranza! ¡Magnífico empleo para el vigor de un gran pueblo! Pero Carranza no sirve sino de trampolín a J. O. G. para elevarse de un salto a más oxigenadas alturas. Allí es donde queremos acompañarlo.

¹La prensa clerical es, como siempre, un asqueroso nido de sierpes.

En la Revista católica *España y América*, correspondiente al 1.^o de marzo de 1915, un Padre agustino llamado Graciano Martínez, personaje en la asociación, dice que la inteligencia con los Estados Unidos es lo que convenía y conviene a España *para imponerse* en la América Latina.

“Esa inteligencia con los Estados Unidos nos hubiera dado también mayores prestigios en los pueblos hispanoamericanos, ayudándonos a sustraerlos a la influencia gala, que es la que está convirtiendo allí en pecados capitales las clásicas virtudes domésticas

España es el único pueblo europeo que no tiene una política en América. ¡Cómo es esto posible! No queda a nuestra raza otra salida por el camino real de la historia si no es América.

Es verdad. El Sr. J. O. G. —lo llamaré Job por más castizo y a causa de sus lamentaciones—; Job, pues, no hace sino repetir lo que estamos escribiendo en América hace muchos años. Sino que tal vez pone Job a nuestras palabras americanas música de zarzuela madrileña y les infunde un sentido distinto del que nosotros les damos.

Inglaterra, en cuanto se emanciparon los Estados Unidos, liquidó sus cuentas con ellos. ¡Y a vivir vida nueva! ¡Y tan amigos como antes! Si hubo efímeros rozamientos ulteriores se debieron a causas complejas. España, no. España cometió con nosotros este absurdo magnífico: nos ignoró. Un siglo nos estuvo ignorando. Se acordó de nosotros para agredirnos en el Pacífico, en las Antillas, en Méjico. Cuando abrió los ojos, un siglo más tarde; cuando nos vio relativamente adultos, ricos, fuertes —ya otros pueblos de menos épico orgullo habían halagado nuestra vanidad, conquistado nuestras simpatías, encauzado su comercio hacia nuestros puertos, contribuido a fomentar nuestra riqueza y a cultivar nuestro espíritu. España casi fue ajena a esa obra.

Sin embargo, cuando España dejó de poseer colonias en América, cuando ocurrió su desgraciada guerra con Yankilandia, América entera, viendo triste, de luto, a la antigua madre patria, se acordó de que a ese pueblo, víctima de infortunio inmerecido, debía los gérmenes de una civilización que luego desarrolló por cuenta propia. América, nuestra América, volvió los ojos a España; y esa mirada de afecto hacia la España despectiva, y grande hasta en su soberbia absurda, se convirtió en un río de oro. Por tácito acuerdo, por sentimentalismo unánime, promovimos el sosiego espiritual y económico de la Península con palabritas de azúcar y comprándole sus productos. América no pensó en confortar ni resarcir a España por la pérdida de Cuba y Puerto

que le había dejado en herencia la raza española" (pág. 390).

"En algunos países hasta se ha llegado a falsear la sonora y rotunda pronunciación de algunas de nuestras letras, ahembrándolas y dándoles una tonalidad afrancesada". Lo francés "bastardea (en América) las generosas gallardías del espíritu español".

El articulista se felicita y alegra por la actitud yanqui con la nación mejicana. "Los Estados Unidos es la nación que comparte con nosotros los más legítimos derechos a influir en los pueblos americanos".

He ahí la política y el oro yanquis; y la tradicional y, al parecer, invencible, imbecilidad del clero español. Lo único que puede dar idea de lo infinito, decía Renán, es la imbelicilidad humana. Conozcamos —y recordemos— lo que para nosotros desean los últimos representantes de la España de Felipe II. Mil veces preferibles los yanquis. Si América debiera escoger entre los cuervos del Escorial y la democracia libre de los Estados Unidos, no vacilaría un segundo: se queda con los Estados Unidos.

Para ejercer esa influencia en nuestros destinos que echa de menos el miserable cura no había más que un camino: haber triunfado en Carabobo, en Boyacá, en Chacabuco, en Pichincha, en Junín y en Ayacucho. Era la única manera de que nuestra América, libérrima de espíritu, republicana y laica hubiera permanecido siendo paraíso de los frailes; premio de los favoritos, juguete de los virreyes y el erario de Habsburgos y Borbones.

A semejantes despropósitos del clericalismo español, debiera responderse expulsando a los agustinos, barriendo de la América toda esa clerigalla con vicios y trajes de mujer.

Rico, países que no tenía derecho ni fuerzas para guardar, sino la consolaba, hasta en esa forma práctica —los duelos con pan son menos— por los golpes de Cavite y Santiago. ¿Cómo se nos paga? Con la incomprensión, la indiferencia y aun el insulto. Se nos paga, además, imponiendo prohibitivos derechos aduaneros al tabaco de Cuba, a los sombreros de paja de Colombia, al café de Venezuela, a las carnes congeladas de la Argentina.

Disimulamos, sin embargo, con la mejor voluntad. ¿Por qué? Porque opinamos que la gota serena es una enfermedad cruel. Lo cierto es una cosa: lo cierto es que desde 1898, es decir, desde que España dejó de ser potencia esclavista en América, los espíritus americanos se tornan hacia España con afecto obscuro y formidable, no sospechado en este país de hombres que tienen oídos y no oyen.

La sordera y la ceguera son evidentes. Hoy mismo escribe Job: “Se dice que los americanos nos odian y nos desdeñan.” Si no lo decís vosotros, por ignorancia, ¿quién lo dice, dónde lo dice, cuándo lo dice, cómo prueba lo que dice?

Con razón piensa Luis Araquistain, español que, sobre abundante materia gris, tiene un espíritu libre de preocupaciones avasalladoras —y estampa su pensamiento en el mismo número de *España*, donde Job se lamenta—: “Conviene también despedirse de ese aire de genios incomprensidos que nos induce a pensar que el mundo nos ignora porque nos envidia o porque nos detesta”. Para que el odio y el desdén que supone en los americanos desaparezca, el paciente Job espera “hacer una España que aniquile ese odio y ese desdén convierta en respeto”.

He ahí la amenaza del imperialismo. Del imperialismo impotente; del imperialismo *pour rire*. Luego, en último análisis, si no se nos agrade no es gana lo que falta. Si España se dispone a destruirnos cuando sea poderosa, en vez de convertirse, como sus intereses y el destino manifiesto de nuestra raza le señalan, en amiga, en compañera, en colaboradora, en aliada nuestra —para salvar o fortalecer una raza, una lengua, una civilización que nace en ella; si ha de estrangularnos, que no, que no se convierta en país fuerte, que no se restituya jamás a su antiguo ser, que quede siendo la España de 1898.

Ved a dónde conduce la propaganda patriótica de ciertos flamantes rectores de opinión.

Descubramos, al través de las intenciones coloristas de Job, cómo se nos juzga:

“América es una inmensa factoria...”

¿Le oís? ¿Oís a Job?

Se desconocen y nos desconocen. ¡Perdónalos, Dios mío, porque no saben lo que escriben!

No saben. Es decir, hablan de lo que ignoran; es decir, son ignorantes; es decir, carecen de autoridad para dirigir la opinión ajena sobre asuntos de que no tienen ni pueden tener, sin previo estudio, opinión propia.

“América es una inmensa factoría...”

¿Qué entienden los españoles por factoría? Abramos sus diccionarios para saberlo: *Se da hoy preferentemente este nombre a los centros comerciales establecidos en territorios no civilizados, para facilitar el cambio de productos con los naturales de aquellos países.*

Por creer a la América una inmensa factoría y gobernarla como tal, perdió España sus colonias americanas entre 1810 y 1824. En el capítulo de cargos que los insurgentes hacían, corre ese como principal. Por creer a América una inmensa factoría, no supo España verla crecer —ni aprovechó aquellas fuerzas propicias— durante el siglo xix. Por creer a la América una inmensa factoría, desoyó España los prudentes consejos de Pí y Margall, respecto a Cuba. Por creer a América una inmensa factoría, ocurrieron la guerra con los Estados Unidos y los desastres y sonrojos subsiguientes.

La experiencia nada enseña, según advertimos. Hoy, en pleno siglo xx, un Sr. Job, cuyo talento agrava su actitud, opina también que América es una inmensa factoría.

Podemos ser una factoría; pero sobre la factoría, como una bandera al aire, flota nuestro espíritu. Podemos ser una factoría; pero nuestro espíritu, como el motor invisible dentro del automóvil, nos lleva a todo volar por los caminos del mundo.

Oiga el opinante, con paciencia, que por algo se llama Job:

Nosotros, los hispanoamericanos, que somos un pueblo de ayer y cuya obra definitiva está en lo porvenir, hemos ya contribuido, por manera esencial, al progreso humano. Con sólo vivir, somos un ejemplo. Servimos a la civilización universal, ni más ni menos que pueblos envanecidos y desvanecidos.

Nacientes, ya hicimos obra buena.

Mientras Europa yacía en garras de la reaccionaria Santa-Alianza; mientras en España imperaba un Fernando VII, en Francia un Luis XVIII y en Rusia un Alejandro; mientras el espíritu absolutista de Metternich privaba en toda Europa, nosotros, los americanos de lengua y raza españolas, supimos establecer el equilibrio de los continentes, aseguramos el principio moderno de las nacionalidades —según el cual cada pueblo tiene derecho a disponer de sí propio— y, estableciéndonos en República y democráticamente, salvamos la Democracia y la República.

Tal vez a Job le parezca poco. Hay más.

Desentendámonos de la España histórica, de la España anterior al siglo

xviii. El pasado no se inventa; ni usufructuar la herencia de abuelos millonarios es producir riqueza. Pero desde el siglo xviii a la fecha, ¿hizo la raza española de Europa más que la raza española de América? Conviene averiguarlo; y no se achaque la averiguación a vanagloria o pedantismo, cosas igualmente baldías y aborrecibles.

¿Quién multiplicó su población con más rapidez? ¿Quién vio prosperar sus pueblos con más vigor y lozanía? ¿Quién posee las mayores y más numerosas ciudades de nuestra lengua? ¿Quién tiene más universidades, más escuelas, más bibliotecas, más periódicos, más ferrocarriles, más telégrafos, más barcos de guerra, más soldados? ¿Quién lee y paga más libros? ¿Quién cuenta las instituciones más liberales? ¿Dónde tuvo origen la doctrina —hoy universal— del arbitraje para dirimir cuestiones internacionales? ¿Dónde la teoría que niega el derecho a emplear la fuerza para cobrar deudas a un país? ¿Dónde se proclamó primero la igualdad jurídica de los Estados? ¿Dónde es laica la instrucción? ¿Dónde existe el divorcio? ¿Dónde las leyes, en general, son prototipo de anhelos generosos?

Los más grandes poetas vivos de lengua castellana son de América. Los más elegantes prosadores, un Díaz Rodríguez, un Rodríguez Larreta, son todos —excepto Valle-Inclán— de América. Yo no encuentro por aquí la persona que, perteneciendo a la misma generación que José Enrique Rodó, alcance a parangonársele.

Y para los que se preocupen de purismo y de legislar en cosas del idioma, añadiré que acaba de morir un americano, don Rufino José Cuervo, que debiera tener estatua en la capital de nuestra lengua; y cuya obra, aún inconclusa, no es inferior a la de Littré.

Por lo demás, el actual movimiento literario español, ya no nuevo, procede, máxime en poesía, de la América Española. Así lo confiesan, aunque a regañadientes, algunos de los mismos críticos peninsulares. Uno de ellos, ya muerto —Cortón— comenta esa influencia con las siguientes o parecidas palabras: *maldito lo que necesitábamos de esa importación americana*. Otros callan. La Envidia, si fuera a elegir nacionalidad, elegiría la española. *Azorín*, por ejemplo, no nos menciona al referirse a ese movimiento literario que vino de América; para él vino tal vez de la Osa Mayor. En cambio, Unamuno, el alto, bueno, profundo, probo, noble Unamuno, enseña: *Nuestra lengua nos dice desde allende el gran mar cosas que aquí no dijo nunca*.

¿Lo poseemos todo? No. No tenemos un hombre como ese mismo Unamuno, ni una obra personal como la de Galdós, ni siquiera como la de Benavente. Carecemos de un pintor como Zuloaga, como el mismo Sorolla. La música está en mantillas y el teatro, hasta ahora, es más que mediocre.

Nos falta, naturalmente, la tradición de arte que abunda en España. Nos faltan los tesoros literarios, las pinacotecas rebosantes de obras maestras, los monumentos, las ciudades históricas, el polvo de siglos y las piedras gloriosas de la España secular. Nos falta la pátina que imprime el tiempo a pueblos y civilizaciones. En suma: nos falta historia. Yo creo y opino que el viaje a

España —a pesar de la indiferencia, por no decir malquerencia con que aquí se nos acoge— debe ser complementario para la educación de todo americano.²

Por las opiniones de Job se mira cómo aun los que se creen más sagaces y comentan la historia y el porvenir de España, se forjan una América de fantasía. El Consejo de Indias, en tiempo de la colonia, no sabía a ciencia cierta y en globo lo que era América. Fernando VII y los estadistas que la combatían hace un siglo se murieron ignorando lo que fuese América. Las Uniones iberoamericanas de hoy tampoco parecen mejor enteradas. Y Job se llama Legión.

Hace catorce años, la persona que suscribe estas líneas viene predicando el panhispanismo en oposición a otras tendencias de nuestra política continental. Otros hombres, con más autoridad y ciencia, han continuado esa prédica. En España nadie hizo caso de tales elucubraciones. Ni siquiera la palabra panhispanismo, ya que no la idea, ha repercutido en la prensa de Madrid.³ El patriotismo racial, por encima del patriotismo lugareño, aquí no se concibe.

Faltó Carranza: odio por generaciones a Carranza, a Méjico, a América. Y el gobierno de España parece que buscará apoyo diplomático en Washington. Washington se lo prestará de mil amores.

Esa política no es sino continuación de una vieja política suicida, agravada ahora por tratarse del pueblo que humilló a España ayer y que es el enemigo de la cultura española en América. Esa política que va a seguir ahora el Gobierno de Dato es continuación de aquella vieja política suicida que llevó a España, durante todo el siglo XIX, a aliarse con cualquier potencia europea que nos amenazase o agrediese. Con España no debiéramos equivocarnos.

Es decir, querer hacer de Madrid el contrapeso de Washington, es ensueño vano. Madrid es el primero que, contra nosotros, y por causas baladíes, busca el apoyo yanqui. ¡Excelente, genial política! ¿Ignora Madrid que América va a ser el campo de batalla decisivo entre el espíritu derivado de España y el espíritu derivado de Inglaterra, entre el idealismo latino y el mercantilismo anglosajón, entre el católico y el protestante, entre Don Quijote y Calibán, entre la raza de lengua española y la raza de lengua inglesa?

²En *A B C*, diario conservador de Madrid, acaba de escribirse que entre los perjuicios que ocasiona a España la guerra europea debe contarse el número de hispanoamericanos que, abandonando su residencia de París, Berlín, Viena, Hamburgo, etc, etc., se encuentran ahora en Madrid. A esto se da el nombre de *salpicaduras de la guerra*. Poco durarán estas salpicaduras, por cuyo barro amarillo, llámese oro, tanto suspiro se lanza y tanta mano se lame.

³Debe recordarse para ser justos, que don José María Salaverría hizo por fin justicia, de paso, al autor, al ocuparse un día en *A B C* de cuestiones hispanoamericanas. (*Nota de 1924*).

Si nosotros desapareciésemos como entidades internacionales; si nuestra lengua se subrogara por otra lengua, si se ahogase nuestro anhelo de contribuir a la obra común de la humanidad, ¿no sufriría España menoscabo alguno? En cambio, existiendo nosotros, pudiera hasta desaparecer la España europea: su lengua, su pensamiento, su obra, su historia, perdurarían por los siglos de los siglos.

Suponed un instante —la imaginación es como lámpara de Aladino— que la raza teutona desaparezca y que del Báltico a los Vosgos se pierda el rastro de Alemania. De esa Germania tan prepotente, ¿qué quedaría al cabo del tiempo? Algunos libros, algunas teorías filosóficas, algunos descubrimientos; algo, en suma, incorporado al patrimonio común de la Humanidad. Es decir, quedaría poco más que un recuerdo; menos, quizás, que de la civilización faraónica o incaica.

Con España no sucedería lo mismo. Sus obras tienen otra entidad: sus obras son pueblos. Nosotros somos su prolongación en el tiempo y en el espacio. Con nosotros, y por los hijos futuros de nosotros, el espíritu de España atravesará las edades, desafiando las centurias, como el espíritu de Roma.

Le debo cortesía a Job y le debo a España afecto; pero me debo la verdad a mí propio. Por eso digo las cosas con franqueza, aun a trueque de molestar a mis amigos personales de España, que a tanto llega aquí la sensibilidad en el oído para escuchar verdades, no en el puño para infligir porrazos.

Si yo desdeñara a Job, o si me fuese indiferente la opinión de España, no hubiera rebatido ese considerar a la América como una factoría, y ese suspiro de moro por los antiguos rebenques para meternos en cintura.⁴

⁴Este artículo se escribió el 10 de febrero de 1915 y se publicó en la Revista *Hispania*, de Londres, en el número de 1º de marzo. No se olvide la fecha. Yo acababa de radicarme en España, expulsado de Francia por la gran guerra, y tenía la sensibilidad a flor de piel para las injusticias de España con América y viceversa. Después he ido perdiendo un poco de la agudeza de aquella sensibilidad. Además, el espíritu de comprensión, tolerancia y el recíproco afecto entre América y España no ha hecho sino crecer durante estos últimos diez años. Yo no creo haber sido, en absoluto, ajeno a este cambio, aunque este cambio tenga raíces muy profundas, para que nadie suponga, sin fatuidad, haber contribuido a él. En definitiva, aun los que contribuyan a una evolución semejante, son juguete de las mismas oscuras fuerzas psicológicas que nos mueven a todos y producen el cambio. Una de las personas que más distante está hoy del punto que ocupaba en 1915 parece ser —aunque no juro no equivocarme— D. José Ortega y Gasset. Ha viajado por algunas repúblicas de América, ha sido llamado por una entidad española a dar un curso de filosofía en Buenos Aires, se preocupa hoy de la influencia cultural española en aquellos países; conoce a América y lo creo su amigo, precisamente por patriotismo español. (*Nota de 1924*).

XVIII

CARTA ABIERTA

Sres. D. Enrique José Varona y D. Manuel Sanguily.

La Habana.

Amigos míos y muy ilustres señores:

Perdonen que les distraiga un momento de sus ocupaciones para asunto que me concierne. Invoco, al molestarlos, no sentimientos amistosos, sino la simple solidaridad moral que une a los hombres de bien frente a la injusticia; y, en general, frente a las cosas antipáticas al sentido ético.

Este asunto también concierne, aunque indirectamente, a Cuba. El caso es que un señor Rodríguez, de ese país, me acusa de haberle desposeído de sus tesoros literarios y ninguna mano ha tapado allí la boca de ese miserable.

En Cuba, donde existen grandes periódicos y grandes periodistas, donde abundan eruditos, críticos, cuerpos sabios, ¿es posible que se lancen impunemente por un chisgarabís anónimo e irresponsable, semejantes acusaciones? No se trata de obras del siglo XIII, sino de libros que aparecieron hace cosa de dos años y se encuentran ahí, de seguro, en bibliotecas y librerías. Que eso ocurriera en un villorrio del Africa sudanesa, pase; ¿pero en Cuba, en La Habana?

Me dirijo a ustedes en interés de la justicia, en abstracto; pero también en interés de la justicia particular que se me debe y que yo —que no soy ni un santo ni un escéptico—, reclamo.

¿Por qué me dirijo a ustedes y no vacilo en molestarlos? Es tanta la altura moral de ambos maestros y luce tan magnífico el resplandor intelectual de ambas cabezas blancas, que no existe rincón de nuestra América de donde no se columbren las dos montañas de Cuba.

Me acojo, pues, como al más solemne tribunal moral e intelectual de ese país donde se me acusa, a la autoridad y al fallo de Enrique José Varona y de Manuel Sanguily.

Para que puedan formar juicio permítanme breves palabras de información.

Dados mi vida y mi carácter, creo tener derecho a que se me crea.

Primero les diré lo que sé y cómo lo supe de ese Rodríguez.

Hace varios años tuve una contestación de prensa con el crítico cubano D. Arturo R. de Carricarte. Yo atacaba a los Estados Unidos por su actitud en Cuba. El Sr. Carricarte se mostraba, en mi concepto, demasiado *agradecido* a los yanquis. Hoy, según creo, milita en las mismas filas que yo. Ha aprendido a conocerlos.

En La Habana se dividieron las opiniones: unos salieron a la palestra en favor de Carricarte, otros en favor mío. Entre estos últimos estuvo el Sr. Gaspar Emilio Rodríguez. Fue la primera vez que oí el nombre de este señor.

¿Le escribí dándole las gracias por su intervención en favor mío? Probablemente, aunque no lo recuerdo. No supe más de él. Ni siquiera llegué a saber si se trataba de un escritor de oficio: por el estilo no lo parecía. En cuanto a mentalidad, no me interesó; pude comprender que mi defensor era un pobre diablo. Su nombre se borró en absoluto de mi memoria.

Ahora reaparece Rodríguez pegándoseme a mí como un parásito. Resulta que se trata de un joven bachiller, que sí es escritor aunque nadie lo creería, que ha publicado tres o cuatro folletos y que uno de estos folletos me ha servido de modelo a mí para yo poder escribir mi obra *El Conquistador español del siglo XVI*.

Y no sólo me sirvió de modelo, sino que lo plagié. Yo, como nadie ignora, soy un profesional del plagio. Mi principal adorno consiste en llevar, como nuestros abuelos caribes, un penacho de plumas arrancado a los cóndores americanos. Y, naturalmente, despecé en cuanto lo ví al condórico bachiller.

Tan consustancial con mi ser es la cleptomanía, que plagio sin saberlo. En este caso, por ejemplo, ha sido necesario que el propio bachiller me enterara: "Eh, amigo, que me está usted arrancando las plumas del sur de la rabadilla." Nacido para desplumar a Rodríguez, nuestra conjunción era fatal. ¿Cómo pude alcanzar, aunque fuera entre tontos, alguna reputación, cuando Rodríguez aún dormía el sueño de la inconciencia, del que tal vez no ha salido, en el claustro materno?

El enigma no es insoluble: no faltan Rodríguez en el mundo. Rodríguez se llama Legión. Saludemos a los Rodríguez de buena voluntad destinados a una gloria casera, circular, lugareña, porque lo mejor de sí les es arrebatado sin piedad y sin vergüenza por hombres rapaces que alcanzan, sin merecer, un renombre de continentes.

Recuerden ustedes, ilustres amigos y maestros, que el bachiller y yo pensamos de idéntica manera desde hace varios años. Desde los días de la polémica con Carricarte ya nos gustaba compartir la mismas opiniones. De la comunidad de pensamientos a la comunidad de expresión y, en general, de bienes espirituales hay poco trecho. ¡Viva el Comunismo! Mi héroe se llama Lenin

Nada: que el bachiller y yo realizamos el mito del centauro: el caballo y el hombre confundidos. Los románticos, aunque adversos a mitos clásicos, aceptarían nuestra conjunción: el hombre, según ellos, es un compuesto de ángel y bestia. Trataré con benevolencia a mi cuadrúpedo complementario.

Veamos ahora lo que sé de ese folleto que, según asegura el acaballado Rodríguez, yo me permití copiar en mi obra *El Conquistador español del siglo XVI*.

Una mañana, en la primavera de 1922, se presentó en mi casa de Madrid el Sr. Chacón y Calvo, perteneciente a la Legación de Cuba. Con un amable mensaje verbal del Sr. Rodríguez puso en mis manos un folletito titulado *Los Conquistadores*. Le dije que agradecía mucho el mensaje, el folleto y la visita. Que precisamente estaba corrigiendo las pruebas de imprenta de una obra mía titulada *El Conquistador español del siglo XVI*; que hasta por esa circunstancia iba a leerlo pronto y con interés. Que lo escribiera así al Sr. Rodríguez, por no tener yo tiempo de hacerlo.

Abrí, en efecto, no bien se fue el Sr. Chacón, el folleto que me había llevado. Leí la primera página: hojarasca; leí una página o dos del centro: inocuidad, lugares comunes; leí la página final en busca de sustancia y conclusiones: tarea inútil.

Confirmé el parecer que ya tenía de mi antiguo partidario y defensor D. Emilio Baltazar Rodríguez: era un adocenado, un infeliz; nulo como pensador, nulo como expositor. Es decir, que en cuanto hombre de pensamiento y en cuanto hombre de pluma, me parecía algo así como la Arabia Pétreá, el Sahara, el vacío, la nada. Inexistente el bachiller Rodríguez.

Eché el folleto —porque se trata de un folletito de cuatro o cinco pliegos y no de una obra orgánica— al cesto de los papeles de desecho. Allí, lo recogió, horas más tarde, y se lo llevó a su casa, mi secretario. (Puede preguntársele: se llama D. Ramón de la Vega, y vive Cardenal Cisneros, 68 Madrid.)

Como eran los últimos pliegos de *El Conquistador* lo que corregía cuando me visitó el Sr. Chacón, mi obra apareció en Madrid, días después, en esa misma primavera de 1922. A principios de Abril se terminó de imprimir; a promedios, de encuadernar. En Mayo se repartió. Ya el primero de Junio apareció en *El Sol*, de Madrid, un largo estudio crítico sobre mi trabajo, obra de D. Luis Araquistain.

Creo que *El Conquistador español del siglo XVI*, a pesar de las muchas deficiencias que pueda tener y tiene, encierra algunos atisbos apreciables. Es, en su Primera Parte, un esbozo de la psicología española, en cuanto la psicología colectiva de España se refleja en la psicología individual del conquistador.

En la Parte Segunda, es un análisis de la psicología del guerrero español que conquistó las Américas.

Para realizar mi trabajo necesité dos géneros de documentación: la de la historia, hecha en las bibliotecas, y la de una observación personal directa de las costumbres y del espíritu españoles. Ni una ni otra cosa puede improvisarse. Los datos de la historia los fui adquiriendo, poco a poco, en el curso del tiempo, para servir como antecedentes al estudio de Bolívar. En cuanto a las costumbres, las he ido observando en diez años seguidos de convivencia con el pueblo español.

Historia y costumbres no iban a servirme sino como medio de interpre-

tación del espíritu de España. Porque mi obra no es libro de erudición ni de fantasía, sino una interpretación, lo más personal que pude hacerla, del carácter de España; y del tipo moral de los conquistadores, en cuanto miembros del conglomerado español. No por capricho lleva mi obra este subtítulo: *Ensayo de interpretación*.

Mi ensayo sobre el Conquistador es obra de relativa magnitud. Consta, prólogo inclusive, de 304 páginas, en tipo pequeño, número 9. Lleva asimismo bastantes notas en tipo 7. A pesar de su extensión y aunque forma un todo completo, un libro homogéneo, con carácter propio, está destinado a ser parte de una obra de mayor amplitud, que se dividirá así: 1er. volumen, *El Conquistador español del siglo XVI*; 2º, *Los Virreyes*; 3º, *Los Libertadores*. Porque toda mi labor histórica confluye, en última perspectiva, a la libertad, a los libertadores, al Libertador, a Bolívar. Sin Bolívar, yo no hubiera escrito jamás sino libros de imaginación.

Creo *El Conquistador español del siglo XVI*, a pesar del asunto, uno de mis libros más personales. A defecto de otras virtudes, abunda en sinceridad y en el más osado respeto a lo que he creído verdadero. Habito en España. Necesito, como todo el mundo, la simpatía de la sociedad en medio de la cual vivo y trabajo. Sin embargo, ninguna lisonja vil ha mancillado mi pluma. Al contrario, ásperas verdades dieron carácter bronco y señero a muchas páginas. ¿Fui lapidado? No. Los más exigentes y sagaces espíritus de España han acogido mi trabajo con palmas. ¿Por qué? Porque han visto en esa obra una inquebrantable fidelidad al viejo ideario del autor; en el estilo, la expresión sincera de un temperamento; en toda la obra, la sensibilidad, el pensamiento de una individualidad difícil de confundirse con otra. El libro les ha parecido, como lo es, la consecuencia forzosa de veinte y tantos libros anteriores del mismo escritor; la resultante lógica de un carácter y de un espíritu que se han ido traduciendo en actos, en obras, durante treinta años de borrascosa, pura e inconfundible vida literaria.

Goethe decía que le bastaba oír a un hombre durante dos horas para saber cómo pudiera opinar durante toda su vida. Los novelistas o los dramaturgos que desarrollan un carácter, aun sin ser genios como Goethe, no hacen otra cosa: van adivinando y exponiendo cómo un personaje determinado demuestra su más íntimo modo de ser ante el vario espectáculo de la vida.

¿No será fácil para espíritus críticos ese procedimiento de psicología elemental? ¿No podrán de antemano descubrir cómo un autor conocido desarrolló tal o cual tema? Por otra parte: ¿será imposible para la crítica descubrir en una obra determinada la huella de un autor conocido y de garra bien filosa? El ritmo de la sangre, el vuelo del espíritu de un hombre, la zarpa de su estilo, ¿podrán desconocerse?

Sólo los imbéciles deben eximirse de contestar a estas preguntas. Sólo tristes nulidades, como ese Rodríguez, pasarán sobre ellas para lanzar acusaciones que de rechazo los pueden fulminar.

Antes de terminar la lectura de esta carta verán ustedes convertido en polvo, por la evidencia absoluta de su infamia, a ese vil calumniador.

Corrieron días, semanas, meses después de la publicación de *El Conquistador español del siglo XVI*.

Un día me llegó bajo sobre, con sello de Cuba, un recorte de periódico. En aquella tira de papel no se podía descubrir ni título del diario, ni fecha ni lugar de publicación. El recorte, si no recuerdo mal —escribo desde un campo de Francia—, aparecía suscrito con seudónimo. En todo caso suscrito por algún nombre tan hermético, para mí, como el seudónimo más desconocido. No recuerdo detalles; no puedo tampoco, por el momento, verificar estas minucias. En la tirilla —y es lo único que importa— se decía que yo había plagiado el folleto *Conquistadores* del Sr. Gaspar Rodríguez. Y se agregaba que yo confesaba mi delito en el prólogo.

Tan pedestre, tan chabacano, tan risible era todo aquello que sonreí. ¿Cómo darle importancia a semejante despropósito? ¡Sudaba tanto cretinismo aquel recorte! Me pareció obra de algún pobre emigrante español que se había imaginado que yo, en mi obra, faltaba al respeto a España. “Este señor se venga a su modo —decía a algunos amigos de Madrid a quienes mostré el recorte—; se venga a su modo y hace bien. Lo único malo es la indiferencia. La incompreensión, no. Nadie está obligado a saber interpretar el pensamiento ajeno. La tontería consiste en censurar y, más aún en condenar, sin tener capacidad ni para censor ni para juez. Pero un sentimiento tan generoso a menudo como el patriotismo, sirve de excusa a este inmigrante.”

Así disculpaba yo al señor del recorte. Ninguna importancia di a su desahogo. Me limité a escribir cuatro líneas —creo que en una postal— al Sr. Rodríguez, a quien tenía derecho para suponer un cretino, pero no un bribón, dándole gracias por el envío de su folleto y con este pretexto, a vuelta de alguna frase cortés, le decía: “por ahí ha salido alguien diciendo que yo había plagiado su libro: desmienta usted mismo eso”.

Como se ve, yo consideraba al Sr. Rodríguez un hombre honrado. Pero ahora resulta que aquel hombre del recorte era el mismo Sr. Rodríguez o que aquel hombre del recorte hablaba por boca de ganso y el señor Rodríguez lo inspiraba. Como aquella primera majadería no tuvo eco, el Sr. Rodríguez la repite, ya a cara descubierta, en el *Heraldo de Cuba* fecha 25 de julio (1923), en conversación con un cronista que emplea seudónimo valle-inclanesco. El Sr. Rodríguez espera obtener más éxito y que al amparo de un pequeño escándalo, su nombre suene junto al mío y la gente se entere de que él y su folleto existen. (El recorte me lo ha enviado desde Canadá mi amigo el novelista americano D. José Rafael Pocaterra, con frases poco benévolas para el Sr. Rodríguez. Comprensible indignación de un espíritu generoso.)

Fíjense ustedes. Estamos entre celebridades: un señor Rodríguez, un anónimo, un seudónimo... Y tal vez entre bastidores algún coro de cronistas muy conocidos en sus respectivas casas, que representen al pueblo soberano. Recordando la última obra del crítico brasileiro Elysio de Carvalho: *Principes del espíritu americano*, la comedia podría titularse: *El Príncipe ladrón*; o bien con título bueno para un cronista de escándalo: *Rockefeller roba a un mendigo*.

Porque hay que poner los puntos sobre las íes. Yo soy con relación a un escritor de mérito, como hay tantos en Cuba, bien poca cosa; pero con relación a ese microbio me siento un elefante, una montaña.

Asegura el Sr. Rodríguez, en conversación con el cronista de valle-inclanescos seudónimo, que yo leí su libro. ¡Vanidoso! Pero no sólo dice que leí su libro, sino que me gustó. ¡Exagerado! Y que no sólo lo leí y me gustó, sino que lo plagíé. ¡Arribista!

Arribista, sí, señores; arribista y no otra cosa, porque este hombre no busca sino que yo le aseste un puntapié para granjear la celebridad que no le procuran sus folletos.

Conozco a los Rodríguez de ese jaez. Los Rodríguez de ese jaez, como no pueden obtener elogios públicos de un escritor como yo, se contentan con algún salivazo. La cuestión es que suenen juntos el nombre del escritor conocido y el del borrego anónimo.

Y tal vez porque los libros de valer se venden y los folletos del pobre Rodríguez no los leen ni los cronistas de La Habana —él mismo lo declara, aunque sin quererlo—; ese aprovechado bachiller opina que al libro extranjero —“especialmente al libro español”—, el Congreso cubano debe pecharlo; es decir, prohibirlo. Bien parada quedaría la naciente cultura de nuestras Repúblicas de América si cada escritorzuelo, con la esperanza de que lo lean, exigiese levantar una muralla de China contra el pensamiento extranjero.

Pero volvamos a la gratuita acusación de ese hijo de... Cuba.

Relean los términos de la acusación y retengan estas palabras: “hay párrafos textualmente copiados”.

¿Qué diría usted, Varona; qué diría usted, Sanguily, ante acusación tan rotunda, si yo no les diera sino los datos hasta aquí expuestos?

En buen aprieto se verían; no para comprender ustedes, sino para hacer comprender al vulgo. Pero no haya temor: pondré en manos de ustedes pruebas y armas definitivas para que puedan enjuiciar y la opinión pública ría de ese descerebrado bribonzuelo. El ridículo, en efecto, lo aguarda.

Los Hados tienen ocurrencias desagradables, y la que van a proporcionar al Sr. Rodríguez me parece que va a saberle a áloe.

Verifiquen ustedes la fecha de publicación del folletito que nos molesta.

Allá no será difícil hacerlo. Tal vez sea 1922. Quizás 1921. Les ruego precisar la fecha, para que vean hasta los que no tienen ojos.

En la primera acusación que se me hizo, aquella que yo atribuí a despecho de algún inmigrante herido, por error de juicio, en su sentimiento patriótico, se decía —lo recuerdo perfectamente porque era la base de la calumnia— que el folleto de Rodríguez había aparecido “meses” antes que mi obra *El Conquistador español del siglo XVI*. Y como mi obra no apareció hasta mayo de 1922, el folleto de Rodríguez ha debido de aparecer a principios de 1922 o, a lo sumo, en 1921.

Me inclino a la fecha de 1922 porque en 1922 me lo envió a mí el autor, y no iba a esperar años para remitirme tan precioso regalo. Pero con el folleto en cuestión por delante y otros datos que yo aquí no poseo, ustedes, allá en Cuba, podrán precisar la fecha. Yo acepto que sea 1921.

Parece, pues, lógica la acusación de ese buen Rodríguez; si entre las dos obras existe alguna concomitancia, el libro que apareció en mayo de 1922 ha robado al folleto que apareció en 1922, antes de mayo, o que apareció en 1921.

Y en esa apariencia lógica ha debido de escudarse el señor Rodríguez. Si el Sr. Rodríguez hubiera sido más modesto en sus ambiciones se hubiera contentado con haberme hecho pasar por plagario de su talento entre sus jóvenes compañeros de tertulia, en algún café de La Habana. Yo no me hubiera enterado nunca, y el señor Rodríguez gozaría impunemente una discreta gloria de café.

Pero la ambición y la impudicia lo han perdido. Oigan ustedes.

Aunque mi obra *El Conquistador español del siglo XVI* no fue recogida en forma de libro orgánico hasta mayo de 1922, circuló mucho, muchísimo, como vamos a verlo, desde 1919, en Madrid, en Buenos Aires, por todas las capitales de nuestro idioma.

El Sr. Rodríguez ha tenido tiempo de enterarse y de leerlo con provecho. Parece que, en efecto, así ha ocurrido. “Hay párrafos copiados textualmente”, dice el señor Rodríguez.

Y aquí deben ustedes recordar la simpatía por mis escritos y por mis ideas que ha demostrado el bachiller Rodríguez desde que sacó la cara a mi favor, suscribiendo a mis opiniones y en contra de las opiniones de Carricarte.

Estamos, pues, en presencia de un caso semejante al del *pick-pocket* que después de cometer su fechoría se confundiese con la honrada multitud, y empezase a gritar: “al ladrón, al ladrón”.

Ahora sólo me resta probarles a ustedes que mi libro, máxime aquella parte de que, según parece, ha usado a su talante el joven Rodríguez, se publicó por primera vez en 1919 y se publicó de nuevo en 1920 y 1921. Insisto en rogarles tomen nota precisa de las fechas.

El eminente escritor y conocido diplomático D. Roberto Levillier, encargado de la Embajada de la Argentina en Madrid, me hizo el honor de pedirme un prólogo, en 1918 —hay que fijarse en las fechas—, para un tomo de Documentos históricos. Estos documentos, por encargo y cuenta del Congreso argentino, los ha ido buceando Levillier en los archivos oceánicos de España. Tres tomos anteriores habían sido publicados en los tres años precedentes. Iban prologados los tres tomos: el primero, por el profesor Rafael Altamira; el segundo, por el profesor Adolfo Bonilla y San Martín; el tercero, sobre asuntos eclesiásticos, por un erudito jerarca de la Iglesia española. A mí me invitó Levillier a prologar, desde 1918, el tomo que debía aparecer en 1919 y que contenía vasta copia de Documentos sobre los conquistadores del Norte argentino. Esta recopilación por mí prologada, se titula: *Probanzas de méritos y servicios de los Conquistadores del Tucumán*.

No se dirá que no abundo en pormenores.

Ese trabajo, escrito desde que se me encargó y publicado como prólogo a los Documentos de Levillier, no circuló exclusivamente en la edición oficial de 1919. Al año siguiente; es decir, en 1920 se publicó en un folleto, editado en la Imprenta Rivadeneyra, en Madrid, con el título de *Psicología del Conquistador español*.

Ese mismo año, si mal no recuerdo, a lo sumo en los primeros meses de 1921, se publicó de nuevo, esta vez en Buenos Aires. El doctor José Ingenieros lo recogió, en efecto, en su excelente *Revista de Filosofía*. No es todo. Varios periódicos americanos reprodujeron fragmentos.

Como ustedes ven, el Sr. Rodríguez tuvo ocasiones múltiples de enterarse de mi trabajo sobre la psicología del conquistador español, antes de publicar su folleto sobre los conquistadores en 1921 o 1922.

Si existen entre ambas obras concomitancias culpables, ¿quién ha robado a quién? Si alguno tiene que enrojecer por plagiarlo, por bribón, ahora podrá señalarse con el dedo a ese bribón, a ese plagiarlo.

Como la *Psicología del Conquistador español* no formó sino la Segunda Parte de mi obra *El Conquistador español del siglo XVI*, pudiera quedarle a alguien duda respecto a la Primera Parte. Esta Primera Parte se titula, como antes dije: *Caracteres de España*. ¿No habré transcrito en *Caracteres de España* el folletito de D. Baltasar? ¡Ah, pillo, podría decir alguno, triunfante: robaste en mayo de 1922 lo que antes de mayo de 1922 publicó el honrado de Rodríguez!

A quien así pueda exclamar poco le lucirá en el rostro la sonrisa del triunfo.

Esta parte de mi obra no se refiere a los conquistadores; es mero esbozo, recuerden ustedes, de algunos rasgos salientes de la psicología colectiva de España. Pero, además, también esta Primera Parte de mi obra circuló fragmentariamente en los periódicos, antes de recogerse en libro en mayo de 1922.

La Voz, de Madrid, principalmente la dio a conocer durante meses y meses. Y ustedes saben que *La Voz* de Madrid llega muy lejos.

Insisto, como ustedes ven, a trueque de hacerme pesado, en que esta parte de mi libro tampoco podía llamarse inédita cuando apareció el folletico del aprovechado bachiller. En el fondo importaría poco que esta parte fuese o no inédita, no teniendo como no tiene mucha relación directa con los conquistadores. No creo, por lo demás, que el Sr. Rodríguez, tan impreciso en su calumnia, se refiera a esa porción de mi obra. Pero mientras más claridad, mejor. Lo que abunda no daña. Perdonen ustedes la insistencia.

Existen para los espíritus sutiles argumentos de orden muy superior, en este caso, al argumento cronológico. Estas razones de más fina excelencia invalidarían todas las calumnias que, respecto a originalidad, me levantarán todos los Rodríguez del mundo.

Yo, aunque modestísimo, soy un escritor formado. Tengo detrás de mí una vida y una historia literarias. Se conocen mi manera de pensar y mi modo de escribir. ¿Qué voy yo a tener de común con ese gregario? ¿Cómo iba yo a complacerme en la masa amorfa y gris de su prosilla reptante, somnífera? ¿Cómo iba a seducirme un pensamiento que marcha uniformado, en tropa, marcando el paso con todos los cerebros morosos que en el mundo han sido?

A falta de virtudes literarias y personales poseo, personal y literariamente, la sinceridad. Nadie me lo ha contestado, ni mis mayores enemigos. Tengo derecho a que se crea que cuando firmo una cosa, esa cosa me pertenece. ¿Podría decir el Sr. Rodríguez otro tanto? Esperaríamos treinta años para responder a esta pregunta. *A i posteri l'ardua sentenza*. Pero yo auguro que Rodríguez, como Italia, *darà da sé*. El bachiller está en sus primeras fechorías.

No quiero, con todo, negarle al aprovechado Rodríguez cierta originalidad. Y los invito a ustedes a paladear el sabor de esa originalidad.

Por achaques de erudición y sobra de incomprensión, han podido críticos de menor cuantía acusar de rateros literarios a autores probos y eminentes. Ni hombres tan puros y tan grandes como Renán y Anatole France; ni escritores tan altivos como Valle-Inclán; ni creadores tan creadores como D'Annunzio pudieron escapar al sambenito que les encasqueta, envidiosa, la impotencia. Pero nadie ríe sino de los eunucos que corren, gordiflones y sudorosos, tras los sátiros que van preñando ninfas y regando a su paso, el placer y la vida.

Eso pudo verse. Lo que nunca se vio hasta ahora —y aquí lo original de Rodríguez— es que un obscuro saltador del pensamiento ajeno se proclamase despojado por su víctima. Y ello agravado con alevosía, ventaja y nocturnidad, prevaleiéndose de que su folleto ha aparecido antes que un libro. Y

disimulando que este libro, antes de serlo, tenía estado público en las gacetas. Por ello pudo el hijo de... Cuba explotarlo, como realenga mina; haciendo creer a media docena de jóvenes, incapaces de esfuerzo lógico, que el oro de esa mina lo extrajo la naturaleza del exiguo chaleco de Rodríguez. ¡Oh, naturaleza ratera que, para demostrar una opulencia que no tienes, saqueas a un honrado bachiller!

No regateo el mérito de su originalidad al hijo de... Cuba. Pero virtudes literarias no me parece que posea. Yo, a falta de otras, tengo el temperamento y la expresión. ¿Qué tiene Rodríguez? Es peor que nulo: es mediocre.

Cuando un hombre así escribe repite, aun sin proponérselo, en modo cansón y pedestre, lo que innúmeras generaciones de hombres han pensado, sentido y expuesto. Un escritor de tal jaez representa la negación misma de la personalidad. Es un repetidor nato, un plagiario *malgré lui*. Plagiar a un escribidor semejante equivaldría a plagiar cien siglos de lugares comunes. El que plagie a un Rodríguez no plagia a nadie.

Es el colmo de la avilantez y de lo absurdo el que ese audaz arribista me acuse de indelicadeza literaria. ¡Y precisamente en perjuicio de él! Que llamen a un alienista y examinen ese caso.

¡Decir que un escritor plagia a ese microcéfalo! Plagiar a ese microcéfalo vale como asegurar que el Orinoco necesita para engrosar su cauce el agua de un albañal.

Yo no he leído, repito, el folletito que me envió con mensajes de pleitesía el bachiller Rodríguez; pero si como él afirma hay párrafos copiados textualmente, Cuba, país de buen humor, va a tener ocasión de prorrumpir en carcajadas. ¿Cómo no reír, en efecto, cuando al abrir la boca ese conejillo de Indias deje escapar un retumbante rugido de león? Figuraos al enano, parado sobre una mesa en el teatrillo de Variedades, cantando con voz de bajo profundo y fingiendo unos pulmones que no caben en su pecho.

¡Y acusar de ladrón ese discípulo de Monipodio, ese tipo de novela picaresca, a un hombre que llevó siempre la generosidad, en estas materias, hasta el heroísmo! Con las migajas caídas de mi mesa se han nutrido y se han hartado innúmeros hambrientos.

Esta carta es larguísima. Ustedes me perdonarán sus dimensiones, en gracia de la claridad que deseo para este asunto.

Hace unos cuantos años no me hubiera defendido, ni siquiera airado, de semejante acusación. Hace unos cuantos años, en efecto, tenía mayor fe en los hombres, en su buen sentido, en su honradez. Esta fe se va haciendo cada vez más relativa. Ya sé, por experiencia, lo que vale despreciar las calumnias y no poner el tacón a tiempo sobre la cabeza de las víboras.

Sólo me resta una súplica. Para evitar el que yo saquee a tanto opulento Rodríguez y forme mi reputación literaria con despojos de mártires, ruego

encarecidamente a todos los Rodríguez de Cuba, a todos los Rodríguez de América, a todos los Rodríguez del mundo, que no vengan a ponerse a mi lado cuando yo contienda con algún escritor digno de este nombre, que no me envíen sus folletos, que no me escriban cartas, que no me pidan juicios y que no me manden mensajes con jóvenes amigos suyos.

No he vacilado ni un segundo, Sres. Varona y Sanguily, en poner en manos de ustedes mi reputación de escritor. Dos grandes hombres no pueden reunirse para cometer una injusticia.

Perdónenme si alguna vez en estas líneas me he dejado arrebatar de la ira. Conozco el respeto que les debo. Pero la ira, como cantó el poeta, corre a la espada. Aquí la espada metafórica es la del verbo. Y no olviden ustedes que en el acero de una célebre hoja se leía: “no me saques sin razón, ni me envaines sin honor”.

El honor, según la tradición castellana, se lava en sangre de ofensores. Y yo, en este sentido, me siento un retardatario del siglo XVII. ¿Cómo, pues, no asestar uno que otro pinchazo a esa urraca de Cuba, a ese raterillo del pensamiento ajeno, a ese Estebanillo González que me acusa de plagio, manchado aún con la tinta de mis páginas salteadas?

Y no extrañen que este asunto lo ventile en público, ya que en público asegura ese D. Baltasar Rodríguez, que yo para escribir mis obras espero a que él publique en La Habana algún folletico.

Con el mayor respeto y admiración soy de ustedes, ilustres maestros, atento seguro servidor y amigo,

R. BLANCO-FOMBONA.

P. S. Aunque no les envió esta carta hasta ahora, la escribí en mi casa de Francia (Château de Catillon) desde agosto de 1923. A mi regreso a Madrid, días atrás (abril de 1924), me encontré con muchos libros y periódicos que me esperaban. Uno de estos últimos, la revista *Social* (La Habana, enero 1924), trae una página que pinta el carácter y los procedimientos de arribismo de este Sr. Rodríguez.

La página —un autógrafo de Rodó, en facsímile, con el retrato enorme, a media plana, del generoso pensador y estilista uruguayo—, ha sido bautizada así: *Una página inédita de José Enrique Rodó sobre Emilio Gaspar Rodríguez*.

Como se advierte, el granuja tiene la obsesión de unir su oscuro nombre al de escritores conocidos, y aun al de muy grandes escritores, como Rodó. Es más: por el título que ha puesto a las líneas del crítico del Sur parece que

este crítico, espontánea y admirativamente, se apresuró a escribir algo sobre el Sr Rodríguez. No hay tal.

El Sr. Rodríguez, en su ansia inmoderada de un renombre que no puede conquistar con obras de la inteligencia honrada y creadora, fingió haber escrito un libro. Para ese libro que no había escrito y nunca iba a publicar suplicó un prólogo al maestro rioplatense.

Todos conocemos la generosidad ilimitada de Rodó; pero también conocemos todos su probidad intelectual indeclinable. Rodó se avino a enviar una carta, que podía servir de prólogo; pero en la carta se limita a decir que la juventud es un tesoro y que tener esperanza vale más que tener talento. (*"Disfrute plenamente el joven escritor de una cosa mucho más bella que la reputación definitiva y consagrada: la esperanza..."*)

La casualidad de este hallazgo, que no tiene relación conmigo, hará ver quién es el Sr. Rodríguez y los medios de que se vale: no vacila en molestar, para mendigarle elogios, a hombre tan austero como Rodó, fingiendo que va a publicar un libro que no publica; y cuando el maestro incorruptible, por decirle algo sin menoscabo de la verdad y de la justicia, le insinúa que a falta de otra cosa tiene la esperanza, el Sr. Rodríguez recoge cínicamente el bochazo como un elogio y lo publica bajo título pomposo y engañador.

¿Qué mucho, pues, que el hombre que obrara así con Rodó hiciera lo que hizo conmigo? Aunque parezcan cosas muy distintas para el vulgo, aparecerán a los ojos del espíritu perspicaz como flaquezas con la propia raíz psicológica.

Además del periódico que menciono en las líneas precedentes encontré, a mi regreso a España, entre los papeles que me aguardaban, un librito del mismo grafómano Rodríguez, muy amablemente dedicado; porque, según parece, las cosas, aun las más graves, no tienen ninguna importancia moral para este mozalbillo.

Como no deseo dar margen a ulteriores acusaciones del Sr. Rodríguez le devuelvo su libro, sin abrirlo, oficialmente, por medio de D. Mario García Kolhy, ministro de Cuba en Madrid.

Ello consta en esta carta del eminente diplomático que la suscribe:

Madrid, 19 abril de 1924.

*Señor Don Rufino Blanco-Fombona.
Presente.*

Mi ilustre y querido amigo:

Recibí su atenta carta en la que, acompañándome un ejemplar dedicado a usted, con las páginas sin abrir, del señor Emilio Gaspar Rodríguez, me pide que se lo remita a dicho señor. De acuerdo con sus deseos hoy mismo, en pliego certificado, lo envió a la dirección del señor Rodríguez que, por fortuna, encuentro al pie de la dedicatoria.

*No constituye —como usted dice— molestia alguna para mí complacerle en tan modesta atención; sino por el contrario una verdadera satisfacción mostrarle la sinceridad del afecto que le guarda,
su devoto admirador y amigo q. e. s. m.,*

Mario García Kolby.

Agregaré para terminar con este asunto enfadoso, que la Academia de la Historia, de Cuba, me acaba de honrar nombrándome miembro correspondiente de la ilustre Corporación.

No puedo considerar este honor, tan inmerecido como espontáneo, sino como un desagravio de la mentalidad cubana por la estafalaria conducta de ese hijo de... Cuba.

XX

BOLIVAR Y EL GENERAL SAN MARTIN

Debo advertir que el capítulo que va a leerse, origen de furiosa contienda, no es un trabajo histórico, sino página polémica.

No quiere decirse con ello que la verdad no resplandezca aquí, sino que el tono carece de suavidad, la perspectiva de distancia, la contemplación de calma y el tema de objetivismo.

En esta página polémica se ha querido embestir, en la persona de un historiador, contra toda una escuela histórica. He sido, de seguro, injusto por reacción con el ilustre vencedor en Maipo: esto, confieso, equivale a caer en el mismo error que deseaba combatir.

Tales disputas sobre superioridad de naciones o de personajes, aparte lo aldeano y lo ridículo, resultan contraproducentes. Si se aspira a endoctrinar con eficacia, no procede atacar a los héroes, falsos o no, que los pueblos se forjan por necesidades espirituales, afectivas y de otro orden. El camino es otro.

El análisis mismo no destruye algunos endiosamientos que tienen su razón de ser. ¿Quiere decir esto que debamos tener fetiches? Sólo quiere decir que el fetichismo existe y que existen necesidades psicológicas en que se fundamenta. Derruida la peana, cae el ídolo por sí mismo.

Por lo demás, San Martín es uno de los mayores hijos de América: par de Washington, par de Sucre; sólo inferior a Bolívar. Su obra, que fue contribuir en grado heroico a nuestra liberación, perdura. Me arrepiento si he lastimado su memoria. Pero la agresividad y la injusticia de sus panegiristas no podía quedar impune.

El nombre del paladín fue la bandera en torno de la cual se combatió: ¿pudieron ennegrecer algunas manchas de pólvora las alas de esa bandera tan conocida por las cúspides y nieves de nuestros Andes?

Después de Carabobo recorre Bolívar la República militarmente y, sin descanso, con aquella su actividad maravillosa y fulminante, prepara y dirige en persona la campaña del Ecuador, coronada por las victorias de Bomboná y

Pichincha. En Guayaquil celebra entrevista con San Martín, el capitán rioplatense, el restaurador de Chile e invasor del Perú, quien, retirándose a Europa, después de la conferencia, cede a Bolívar el trabajo, la responsabilidad y la gloria de emancipar definitivamente la América del Sur.

Mitre afirma que San Martín sacrificóse “en ara de destinos que consideró más altos que el suyo”. Sacrificio hubo, ciertamente, de la parte de aquel prócer, noble y austero paladín, porque el héroe de Chacabuco fue, moral y militarmente, un grande hombre, un genuino grande hombre; pero circunstancias especialísimas de la política y de la guerra contribuyeron a su alejamiento.

La reconquista de Chile, obra suya, era su gran laurel. A la sombra del Gobierno instituido en aquella República, emprendió San Martín la invasión del Perú. El almirante Cochrane obtiene, en el Pacífico, triunfos que permiten el desembarco de la expedición en costa peruana. Los españoles, hábiles, se dirigen a la Sierra, en donde forman un poderoso ejército. Sin disparar un tiro, San Martín ocupa a Lima, abandonada adrede por los estrategas peninsulares. (Véase *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, por el general Camba, vol. I, págs. 397-8.)

“Esta resolución (el abandono de Lima), que hace alto honor a la inteligencia y al ánimo esforzado de los españoles en el Perú —opina el general Mitre, biógrafo de San Martín—, prolongó por cuatro años más la guerra y quebró el poder militar de San Martín, que no le dio, por entonces, la trascendencia que tenía, y pensó, erradamente, que la posesión de Lima le daba el triunfo definitivo”.

¿Por qué?

Porque “los españoles abandonaban a los independientes el territorio malsano de la costa del Norte, dejando a éstos en presencia de un enemigo invisible que los diezmaría; ocupaban las provincias de mayores recursos en hombres, cabalgaduras y bastimentos; reemplazaban con nuevos reclutas sus bajas; consolidaban su base de operaciones asegurando sus comunicaciones con el Alto Perú, y dominaban las costas del Sur”. (*Historia de San Martín*, vol. II, pág. 672, edición de 1890.)

Hombre de buena intención, pero de carácter duro y receloso, no sabe el ilustre San Martín conquistarse la confianza de los hijos del Perú, como no supo conquistar el afecto de los chilenos ni la simpatía de los argentinos. Educado en España, en los cuarteles, y con su punta de desdén hacia los americanos, al igual, en este último, de nuestro general Miranda, no sabe hacerse querer entre la tropa, que lo miraba como a extranjero, caso idéntico, también en esto, al de Miranda.

Apenas da la espalda a Lima, en su viaje a conferenciar con Bolívar, Lima hace una revolución, con anuencia del ejército, y depone a Monteagudo, ministro de San Martín, su confidente y su mentor.

Por lo que respecta a los conmlitones, quizás le hubieran hecho, al fin, lo que a Miranda. Así, el paralelo entre ambos eminentes campeones hubiera sido, hasta en el fracaso, semejante. San Martín lo comprendió y dijo a otro consejero suyo, el general Guido, apenas regresó de Guayaquil, y participándole que se retiraba del Perú, que *no podía dominar la situación, a menos de fusilar algunos de sus compañeros de armas, para lo que le faltaba valor.*

“Vio claramente —escribe Mitre— que la opinión indígena (*nacional*, quiso decir) no le era propicia y estaba fatigada de su dominación; que el ejército estaba *desligado* de él. Tal era la situación que encontró San Martín a su regreso de Guayaquil.” (III, 657.)

Por eso concluye Mitre: “No fue un acto (la separación de San Martín) espontáneo, como el de Washington, al poner prudente término a su carrera cívica. No tuvo su origen ni en un arranque generoso del corazón, ni en una idea abstracta. Fue una resolución aconsejada por el instinto sano y un acto impuesto por la necesidad. . .” (III, 672.)

También le dijo San Martín al general Guido: “Bolívar y yo no cabemos en el Perú”. Y como las tropas aguerridas de Colombia eran necesarias para contribuir a vencer a los 23.000 soldados realistas que ocupaban el virreinato, San Martín resolvió desaparecer, y desapareció. Hizo de la necesidad virtud. Pero de tener alma ruin o ambiciones subalternas, o ser aventurero vulgar, elementos le sobran, de seguro, en el ejército y en la opinión para sostenerse. Riva-Agüero, que no podía descalzar a San Martín, ¿no encontró quien lo siguiera? Pero San Martín no podía desaparecer como Riva-Agüero —a quien la ambición sorbió el seso y le obliteró el patriotismo—, que cayó abandonado de todos, mientras pactaba con los enemigos de la patria.

San Martín debía desaparecer como un prócer, los laureles de Chacabuco y Maipo entre las manos, y aureolado por sus virtudes cívicas.

Pero San Martín no cedió de buenas a primeras. Quiso: primero, que Guayaquil perteneciera al Ecuador; segundo, que Bolívar auxiliase al Perú; tercero, que el Perú se constituyese en monarquía, con algún príncipe europeo a la cabeza.

El Libertador, por su parte, sostenía: primero, que Guayaquil debía pertenecer a Colombia; segundo, que si un grande ejército de Colombia pasaba al Perú, pasaría él a la cabeza; tercero, que la República debía ser la forma de Gobierno que adoptaran los hispanoamericanos.

El mundo sabe qué ideales triunfaron. “Guayaquil —dice Larrazábal— quedó unido a Colombia. Bolívar mandó las fuerzas que libertaron a los hijos del sol. El Perú no fue monárquico”.

Cuando San Martín se alejó del poder, merced a su abnegación y a las circunstancias, se encontró sin amigos ni en el Perú, ni en Chile, ni en Argentina.

En el Perú donde había sido gobernante supremo, Riva-Agüero —que

suplantó a la Junta Gubernativa, sustituta de San Martín— ordena que se quite del palacio el retrato del rioplatense.

En Chile, cuando atraviesa, no le hacen caso. ¡Y era el libertador de Chile!

En Argentina, a cuyo Gobierno sirvió, y en donde si no realizó ninguna función de armas notable, ganó el combate de San Lorenzo, Rivadavia, el ímprobo Rivadavia, el mulato presuntuoso y servil que se prostituyó de corte en corte, buscando un amo, un rey; Rivadavia, que todavía en 1824, el año de Ayacucho, pactaba con los españoles, traicionando a la América; Rivadavia, el ideólogo adocenado, que tenía el horror de la gloria y el odio del heroísmo, quiso reducirlo a prisión.

No bien llegó a Lima, Bolívar, apenas supo la acción de Riva-Agüero, mandó, indignado, reponer la efigie de San Martín en el puesto de honor de donde fue arrancada. Al mariscal La Mar escribió: "El Perú pierde un buen Capitán y un Bienhechor".

Nunca fueron juntados por el destino a colaborar en la misma obra dos seres más desemejantes que Bolívar y San Martín. San Martín era taciturno; astuto, intrigante, desconfiado; Amunátegui y Vicuña Mackenna, sus admiradores, escriben en *La Dictadura de O'Higgins*, respecto al rioplatense: "En política no tenía ni conciencia ni moralidad. Todo lo creía permitido. Para él todos los medios sin excepción, eran lícitos." "Por temible que fuera en un campo de batalla, lo era todavía más dentro de un gabinete fraguando tramoyas, armando celadas, maquinando ardides..."

Así desaparecieron asesinados: Manuel Rodríguez, el tribuno Liberal; los hermanos Carrera, primeros libertadores de Chile; Ordóñez, el jefe español vencedor en Cancha Rayada; otro jefe de la Península, Osorio, y los demás prisioneros españoles de San Luis. Bolívar mató mucha más gente; pero de otro modo: dicta la franca proclama de guerra a muerte, fusila a la luz del sol. Fusila, sobre todo, mientras es el más débil, cuando es sólo un Jefe revolucionario que no ocupa más territorio sino el que ocupan sus tropas. Cuando es jefe del Estado, de veras Presidente, con una Capital y un Gobierno estables, casi siempre perdona. Su carácter es generoso, caballeresco; y, sin ser un santo, engaña con la verdad y es expansivo, a veces hasta la imprudencia.

San Martín era un hombre de cuartel, amaba la soledad y se complacía en exigir del soldado la más rigurosa disciplina; Bolívar era un hombre de mundo y amaba el bullicio social y, sobre todo en el mundo, la gloria y a las mujeres.

San Martín era meticuloso en los detalles; Bolívar, de un golpe, abarcaba la síntesis. San Martín, hombre de instrucción rudimentaria, que ignoraba hasta la ortografía, era un silencioso; Bolívar, hombre de salones, de libros y de viajes, era un tribuno.

San Martín, monárquico, buscaba un rey a quién someterse; Bolívar, republicano, convocaba Congresos, dictaba Constituciones, y no quería someterse ni que América se sometiera a nadie, sino a la ley, y cuando más, al dominio estratocrático de sus libertadores.

San Martín era un militar, como Fabio; Bolívar un guerrero como César. San Martín era un soldado; Bolívar era un caudillo. San Martín era un grande hombre; Bolívar era un gran genio.⁵

San Martín mismo, que lo juzgó de soldado a soldado, y que es autoridad en la materia, opina: "Sus hechos militares le han merecido, con razón, ser considerado como el hombre más extraordinario que haya producido la América del Sur".

Bolívar, por otra parte, era necesario para el gobierno y la unidad. Hombre de múltiples arbitrios, "la cabeza de los milagros, la lengua de las maravillas", en los apuros graves era el indispensable. Así los pueblos, cuando desesperaban de la suerte, le conferían la dictadura, como se confería en los peligros de la antigua Roma, y él los salvaba. "Soy el hombre de las dificultades", opinó de sí mismo. Y aunque entregara la administración de la República a los vicepresidentes, en los intervalos de relativa quietud social, su nombre, el único que se impuso a la anarquía interna, luego de dominar a los enemigos exteriores, era el que fiaba la seguridad del Estado, en medio de las convulsiones revolucionarias de tan caótica época. De ahí el que los Congresos no aceptaran sus instantes renunciaciones.

Bolívar, además, no fue jefe de un solo Estado como San Martín: fue el César de medio mundo. El gobernó por sí, o por medio de sus tenientes, a un tiempo, varios Estados.

No hubo, durante cierto período de tiempo, país alguno de la América española donde no ejerciera influencia o donde no se le considerase como una esperanza, como un protector o —el caso imperial del Brasil— como

⁵Otra diferencia radical entre los dos, aparte la de educación, que hacía a San Martín comer solo en la cocina, en compañía de su cocinero, un negro, según lo refiere el propio Mitre, y censurar en su cara a las señoras chilenas que se trajeaban con elegancia, era la de aquella integridad de Bolívar, incapaz de flaqueza ante los más grandes tesoros, que miró siempre con desdén. A este respecto, véase lo que dice el almirante Cochrane de San Martín: "... El Protector había hecho embarcar en su yate *Sacramento* grandes cantidades de dinero, del cual se había sacado el lastre para estivar la plata, y así en otro buque mercante". (*Memorias de Lord Cochrane*, página 187, París, 1863), "Independiente de este yate se encontraban también a bordo siete zurronecillos llenos de oro no acuñado, traídos por su comisionado Paroissien y cargados a su cuenta" (página 187).

El autor de estas notas no comparte de todo en todas las opiniones de Cochrane, que fue rival de San Martín, a quien llama inepto, hipócrita, intrigante, ladrón, borracho, embustero, egoísta y cobarde. No, el autor de estas notas no quiere imitar el ejemplo de Mitre, que da acogida en su obra a cuanto escribieron contra el Libertador sus émulos, sus enemigos o sus detractores. Al contrario, sigue un sistema opuesto. Cuando se trata de Colombia o del Libertador, cita autores adversos, mientras que al tratar del general San Martín, por ejemplo, cita de preferencia a los rioplatenses, a los chilenos y, sobre todo, al propio panegirista bonaerense señor Mitre. Respecto a los tesoros sustraídos del Perú, que San Martín envió a Londres, le fueron robados por un tercero. Mitre se regocija, con razón, de esa pérdida; y agrega que así quedó libre la memoria de San Martín de aquel oro impuro que se había aliado al bronce del héroe.

un temor. Centroamérica debe su independencia a los triunfos de México en el Norte y de Bolívar en el Sur. Después de la batalla de Carabobo, y como una de las consecuencias de esta batalla, la antigua Capitanía general de Guatemala obtuvo su emancipación.

En las Antillas, Cuba llama a Bolívar; Santo Domingo se anexiona a la Gran Colombia y adopta la bandera de este Estado. Los mismos revolucionarios del Brasil adoptan, para el Estado que desean crear, la constitución colombiana. La influencia espontánea del Libertador no reconoce límites. Sólo la influencia de Napoleón en Europa puede dar idea de lo que fue la influencia de Bolívar en América.

San Martín representó papel de otro orden y, además, por sus cualidades personales, era otra cosa. San Martín fue sólo grande como soldado. Como estadista, no: no fue estadista. Tampoco fue legislador: no sabía de eso. Fueron en él oro de ley, el amor de su América, sin localismo alguno, y sus grandes hechos por emanciparla de la tutela europea. En esto fue tan grande como el mayor. Pero de gobierno y teorías constitucionales supo muy poco. El gobierno de San Martín en el Perú fue el reinado opresivo de Monteagudo. San Martín carecía de la cultura y del conocimiento psicológico de los hombres que tenía Bolívar. “No era un hombre de gobierno”, confiesa su panegirista Mitre. “No poseía los talentos del administrador ni estaba preparado para el manejo directo de los variados negocios públicos”. (Vol. III, pág. 198).

Eran tan desemejantes ambos próceres, que representaban, no sólo diferentes, sino opuestos conceptos de la vida y del gobierno.

El general argentino Mitre ha consagrado toda su existencia a ennegrecer y desfigurar a Bolívar, a cortarle las alas al cóndor y la cabeza al gigante. Ni aun así consigue su propósito: que el general San Martín alcance la estatura vertiginosa del Libertador. Después de contradecirse cien veces en cada capítulo, y llevar la mala fe desde la apreciación torcida y las citas truncas hasta el recuento de la conseja grotesca y la falsificación de documentos bolivianos, como puede verse en la Revista *Nuestro Tiempo*, de Madrid, número 163, este hombre paciente y rencoroso, que pasó sesenta años de su vida buscando sombras que arrojar sobre la frente del Libertador; este foliculario de odio injusto y callado, en cuyos cuatro gruesos volúmenes no se puede encontrar una palabra de simpatía para el hombre que dio libertad definitiva a la América del Sur; este anciano mediocre y deslenguado, que opina que la cabeza de Bolívar estaba “llena de viento”, vencido un instante por la originalidad y grandeza auténticas del genio, estampa, a pesar suyo: “Todas las obras de Bolívar, así en el orden político como en el militar, son tan características, que ha sido necesario inventar palabras apropiadas para simbolizarlas”. (Vol. IV, pág. 127.)

¿De qué otro hombre en América ni fuera de América se puede afirmar otro tanto?

La personalidad expansiva de Bolívar era tan grande, y tan vigorosa la influencia de su genio, que nadie, ni el propio San Martín, pudo en América sustraerse al imperio del espíritu boliviano.

Voy a apuntar, de paso, una observación, que algún día ilustraré, si fuese menester, con cien ejemplos.

Léanse los primeros escritos, proclamas y cartas de San Martín y de sus consejeros y directores espirituales, Guido, Monteagudo, García del Río. Se encontrará un lenguaje noble y hasta elocuente, que no es el lenguaje fulgurante y revolucionario de Bolívar. Pero a partir de 1817, la cosa cambia. El influjo del Libertador luce patente. Es cuando la obra de Bolívar empieza a desbordarse sobre toda América. En aquella sazón rodean a San Martín compatriotas del Libertador, como el venezolano Paz Castillo, subjefe de Estado Mayor en Chile; y luego el granadino García del Río, ministro del Protector San Martín en Lima. Estos hombres recibían los documentos del Libertador y los hacían de seguro conocer al ilustre rioplatense. ¿Qué sucede? Que desde entonces hasta el fin de su carrera la atmósfera de la época se descubre en la expresión de uno y otro capitán. En el troquel de la expresión boliviana se amoneda casi todo el oro verbal de los caudillos de la Revolución, desde San Martín hasta Sucre.

Bolívar, apenas aparece en la escena política, desconocido y sin historia, ya habla en nombre de América, de la América íntegra; su ideal es la República, y, aunque aristócrata de cuna y por temperamento y educación, predica la Democracia y establece la igualdad. En cuanto a política internacional, cree en el derecho de las nacionalidades y aspira a que América emancipada sea el contrapeso de Europa.

Tiene, a par del genio político y militar, el genio literario. Su lenguaje en la Revolución es único. Único, aun sin olvidar lo que siempre existe de común en la expresión y en los pensamientos de cada época. Su personalidad es tan poderosa que la atmósfera de la época aparece encendida por su genio. Y como todo el mundo respira aquella atmósfera, todo el mundo es boliviano, aun sin saberlo: San Martín, Monteagudo, García del Río, los primeros; o tanto como los primeros.

Por eso, desde 1817, desde que la estatura de Bolívar empieza a ser distinguida desde los Andes de Chile y las llanuras argentinas, lo mismo que desde la meseta del Anáhuac y las islas del mar Caribe, el lenguaje revolucionario aparece impregnado de bolivarismo.

En el extremo Sur, desde entonces ya se trata de América, en vez de tratarse sólo de Chile o de las Provincias Unidas; se proclama en estilo de fuego, en que se fulmina a los tiranos y se habla por primera vez de *ejército libertador* y de *campaña libertadora*. Es la imitación absoluta del lenguaje boliviano.

Es más: San Martín necesita un título que equivalga al de Libertador, que los Congresos y los pueblos daban a Bolívar, y asume —nadie se lo dio— el de Protector. Es más: instituye una Orden del Sol, como Bolívar la Orden

de los Libertadores. Aunque con una diferencia: la una es aristocrática y con ella se premia a los marqueses y a los generales; la otra es absolutamente democrática y con ella se premia a los patriotas civiles más humildes y a los soldados rasos. La Orden fundada por San Martín, chocante a la República, desapareció con su Gobierno; la de Bolívar perdura, más de un siglo después de establecida.

Es más: el héroe rioplatense, que jamás reunió Congresos nacionales, sino que solicitaba con los soldados españoles reyes peninsulares para el Perú; que opinaba que la convocación de Asambleas americanas le parecía inútil, "según la experiencia que tenía de los negocios públicos", convoca un Congreso apenas siente de cerca la influencia de Colombia. Y no bien regresa de la entrevista con Bolívar, renuncia ante el Congreso, imitando en el acto y en el discurso, discursos y actos de Bolívar. "Repetición, confiesa el propio Mitre, de lo que había dicho Bolívar antes" (III, 693).

Sólo que el Congreso a él sí le aceptó la renuncia.

Es más: otra vez aseguró que estaba dispuesto a sacrificar "hasta su honor militar". Bolívar decía: "estoy dispuesto a sacrificar hasta mi reputación".

Es más: "la presencia de un militar afortunado es un peligro para un Estado que se constituye", exclamó en el Perú, en 1822. Ya Bolívar había dicho antes casi esas propias palabras, que no encuentro en este instante, pero que reemplazo con otras parecidas, que encierran la misma idea y que pronunció en 1821 ante el Cuerpo Legislativo, en Cúcuta: "Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un Gobierno popular".⁶

Es más: al separarse del Perú, dijo San Martín públicamente y hasta escribió a O'Higgins: "Ya estoy cansado de que me llamen tirano" (25 de agosto, 1822). Ya Bolívar había escrito desde su Cuartel general de Barinas, en 1821, en documento público dirigido al Congreso de Colombia: "Estoy cansado de oírme llamar tirano por mis enemigos".

Tengo que ceñirme al plan de estas páginas. Otros pueden rastrear en la documentación americana, y encontrarán cien pruebas de la influencia que ejerció Bolívar sobre el general San Martín y de cómo el lenguaje boliviano y la imitación del Libertador prevalecieron en los políticos y militares de todo el Continente americano: en los del extremo Sur, a partir de 1817, y en otros como en el mejicano Guadalupe Victoria, más tarde.

La entrevista del Libertador con San Martín fue para San Martín el ocaso de su estrella, la página decisiva de su vida, el torcimiento de su destino. Para Bolívar fue sólo un episodio más de su carrera.

⁶El Sr. Paul Groussac sabe de quién es la idea. Por eso en su obra *Del Plata al Niágara*, cuando alude a ella, a pesar de su deseo de lisonjear al país cuyo pan come, dice: "La frase que el patriotismo argentino atribuye a San Martín".

Ambos próceres convinieron en no hablar nunca de aquella entrevista, Bolívar jamás, jamás, volvió a ocuparse del asunto. La política y la guerra lo absorbieron. Siete u ocho años después murió. San Martín, que sobrevivió, como Páez, a casi toda la generación de la Independencia, gustó de repetir toda la vida confidencias de aquella hora decisiva para él. La historia no lo censura, sino antes bien le aplaude sus expansiones con Guido, Guerrico, Iturregui, Sarmiento, Pinto, el francés Lafond, el inglés Miller, el presidente del Perú general Castilla, y el ministro chileno, José J. Pérez. La historia no le reprueba que hablara. Lo que busca la historia —y exige— es la verdad.

Muchos años después de muerto Bolívar —Bolívar murió en 1830—, ya a promedios del siglo XIX, llegó para San Martín la hora de ver claro, de rectificar errores, de comprender que la América sí podía ser republicana. Vea también que el mundo veneraba ya a Bolívar por haberse encargado, después de la ausencia voluntaria de San Martín, de independizar la América entera.

Entonces San Martín publicó una carta suya, como dirigida a Bolívar, en 1823. En esta carta generosa aparece San Martín sacrificándose voluntariamente a Bolívar.

Hasta los más insignificantes papeles de los más insignificantes sujetos se han conservado en los archivos de Bolívar. ¿Por qué no se ha conservado ese documento capital? Bolívar respondía a todo el mundo, como puede verse en las *Memorias*, de O'Leary. ¿Dejó sin respuesta al ilustre San Martín? El original nunca se encontró. No se encontró ni entre los papeles de Bolívar ni entre los de sus secretarios, ni en los archivos de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Bolivia, etc.

“No hemos encontrado entre los papeles dejados por San Martín, dice Mitre, las cartas de Bolívar...” Y agrega, exculpándolo, que la correspondencia de Bolívar fue *amistosa*, lo que equivale a asegurar, sin importancia. Ninguna palabra, ninguna línea que hubieran cruzado entre aquellos dos varones de Plutarco, en cuyas manos se estaba resolviendo el destino de un mundo, puede dejar de tener importancia para la América que ellos crearon. Más valía y más vale no comentar. El silencio puede cubrir piadosamente una pequeñez de grande hombre. Y San Martín lo fue, tanto como Miranda, tanto como Sucre, tanto como Washington.

El Sr. Mitre, historiador sin escrúpulos, que llama a la revolución de la independencia continental *revolución argentina americanizada*, ha querido suscitar rivalidades entre los descendientes y juzgadores de estas dos figuras americanas.

Hasta él los historiadores de América, ya fueran del extremo Norte, del extremo Sur, o del Centro, las habían apreciado, con imparcialidad exenta de prejuicios, dándole a cada quien, en la medida de los merecimientos, equitativos, lo que a cada quien correspondía, sin que a nadie se le hubiera ocu-

rrido parangonar con intención y procederes torcidos, a San Martín, ni a Miranda, ni a Iturbide, ni a Morelos, ni a O'Higgins, ni a Carrera, ni a Santander, ni a Naríño, ni a Sucre, ni a Morazán, ni a Artigas, con el Libertador. Sólo se había comparado con Bolívar a Washington; y desde el publicista belga De Pradt hasta el ensayista ecuatoriano Montalvo, cuantos compararon la grandeza de ambos próceres comprendieron que la balanza se inclinaba hacia el héroe del Sur.⁷

A nadie se le había ocurrido poner por sobre Bolívar, por ningún respecto, a ninguno de los que fueron tenientes o émulos del Libertador.

Se le ocurrió al Sr. Mitre, en una obra que es más bien novela que historia, novela que no puede pasar por historia, novela histórica que ha disgustado a todos los pueblos de América, porque a todos hiere con sus tergiversados y aventureros juicios. No es posible que toda América esté en el error y únicamente Mitre en la verdad.

La Argentina no enteramente, pero sí en parte, ha adherido a los errores voluntarios de Mitre, y concretándonos a San Martín, se comprende este compartimiento de opinión: todo pueblo necesita de pasado, de glorias y de próceres y nombres que encarnen esas glorias y ese pasado. "La grandeza de una nación —según la bella síntesis de Ganivet— no se mide por lo denso de su población, ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la historia". (*Idearium español*.)

Pero sobre la mentira no se puede fundar la gloria.

Por lo que respecta al general San Martín, figura admirable entre las más admirables de nuestro continente, es una herencia continental a que todos tenemos derecho, una gloria indivisa de América y no exclusiva de Argentina.

Hijo de español, nace en territorios rioplatenses. Podría ser uruguayo con el mismo título que argentino. No nace en Buenos Aires, ni allí se educa, ni allí vive, ni allí muere, ni allí presta grandes servicios. Muy joven, a los once años, pasa a España, donde se levanta, el uniforme de cuyos soldados viste, y cuya Monarquía absoluta sirve y defiende con las armas del Rey en las manos.

Ya adelantada la guerra de Independencia americana, que él no inició ni menos concibió, regresa a América, en 1812.

La revolución iniciada por Miranda, en las costas de Coro, en 1806; seguida luego con otros desembarcos militares por el mismo caudillo americano en 1808; y prendida por último, ya sin interrupción, en toda América desde 1810, cuenta varios años de existencia cuando desembarca San Martín en Buenos Aires. Ya la primera República de nuestra América se ha proclamado

⁷Véase un libro definitivo a este respecto: BOLÍVAR Y WASHINGTON, por el ilustre sociólogo y publicista mexicano don Carlos Pereyra. Madrid, 1916.

en Venezuela desde 1811 y ya se ha reunido en Caracas el primer Congreso soberano. Ya se ha declarado y sostenido la independencia en varios países; ya se han librado batallas y ha corrido mucha sangre americana y mucha sangre española, por defender o combatir la emancipación de América. Es decir, la Revolución en pleno desarrollo, tiene su bandera, sus mártires, sus héroes; tiene sus congresos y Estados independientes. Es entonces cuando aparece en escena San Martín.

Va a lo que menos desconocía, al Río de la Plata, donde él, sin embargo, era un extranjero. No siente entonces ni sintió jamás patriotismo argentino. Era, sí, patriota americano. No hay un solo rasgo suyo ni una sola plumada que lo pinte más argentino que uruguayo, o chileno, o peruano, o boliviano.

Cuando la entrevista de Punchuaca y luego en la proposiciones que hizo por escrito al virrey Laserna, prometió entregar el Perú a un infante español y hacer que la Argentina y Chile se constituyeran en provincias de la nueva monarquía, arrebatando tanto a Argentina como a Chile su carácter de nación, para convertirlas en meras secciones o provincias de esa monarquía del Sur, con Lima de cabeza. Y esa monarquía por que propugna debía ser entregada a un príncipe extranjero.

Este plan político, sobre absurdo, era en sí atentatorio a la nacionalidad de Chile y Argentina.

Así se lee en sus proposiciones a Laserna, virrey del Perú:

“7ª Se cooperaría a la unión del Perú con Chile para que integrase la monarquía, y se harían iguales esfuerzos respecto de las provincias del Río de la Plata”.

¿De dónde saca, pues, Mitre, contradiciéndose, que San Martín sí era un gran político; que respetaba los “particularismos” de cada sección americana, y dejaba a éstas en libertad de organizarse como quisieran? ¿De dónde, si no es para oponer este concepto que él fragua, y que no era el de San Martín, al propósito boliviano, preciso y admirable, de fundar grandes repúblicas y aun de confederarlas todas para formar, según sus palabras: “¿La madre de las repúblicas, la mayor nación de la tierra?”

Aunque Mitre advirtió antes que San Martín no era hombre de Estado, aunque el Perú no es una monarquía con Chile y la Argentina como provincias, el general Mitre no tiene empacho en asegurar que la obra política de San Martín perdura y que la de Bolívar murió con él. (*ob. cit.*, IV, 170-171).

Como esta, dice y propugna el Sr. Mitre muchas otras falsedades, o simples tonterías. Pero como la mayoría de las gentes es tonta, puede haber, hay, quien lo crea. Conviene, pues, rebatirlas. Aunque rebatirlas punto por punto parece imposible y aun innecesario. Son tantas como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

En suma, el Sr. Mitre y la escuela de pseudohistoriadores por él fundada, y sostenida por el Estado argentino, oficialmente, se propone: 1º Probar que la Argentina, mejor dicho Buenos Aires, independizó a la América Latina; 2º que San Martín es el hombre más grande del Continente; 3º que Bolívar no fue sino un charlatán sin importancia; 4º que Sucre no existe; 5º que Junín, Ayacucho y el Callao son epílogos majaderos al drama de América; 6º que los pueblos de la Gran Colombia y, en general, los pueblos de la América toda, fueron mera comparsa de Buenos Aires; 7º que de Méjico, la América Central y las Antillas no vale la pena de ocuparse.

La prosperidad argentina da derecho y base para semejantes excesos del patriotismo mitrista. Ya en 1888 esta prosperidad iba viento en popa. En tal fecha creyó Mitre que había que fraguar una historia digna de la riqueza nacional y del crecimiento demográfico de Buenos Aires. Entonces inventó su novela histórica.

La América, o ignora esta mala novela o se ríe de ella. Hace mal. Hay pasajes muy divertidos.

¿De dónde saca, por ejemplo, el Sr. Mitre que el general San Martín representaba, frente a la hegemonía colombiana, la hegemonía argentina? No hubo tal hegemonía argentina. San Martín en el Perú no era representante de intereses políticos ni de ideales especiales de un pueblo con el cual no quería nexos, con el cual estaba roto, de cuyo gobierno se había divorciado y cuya bandera proscribió del ejército.

Ese pueblo, además, yacía en la anarquía más espantosa. Llegó un momento, en 1820, en que la nacionalidad argentina quedó disuelta. ¡Pobre país! Sus pro-hombres lo habían ofrecido a todas las cortes y a todos los principúculos de Europa: Rivadavia y Belgrano a los Borbones de España, Rondeau y Pueyrredón a los Borbones franceses, otros al Príncipe de Luca, otros al Emperador del Brasil. Otros políticastos a otros principúculos. Nadie lo quiso.

¿Qué hegemonía guerrera y democrática iba, pues, a ejercer? Lo mejor de sus tropas estaba con San Martín; y ni San Martín ni las tropas de su mando querían saber nada de un Estado que apenas existía, cuyo gobierno habían desconocido, y cuya bandera habían proscrito del Ejército. No perdamos la memoria.

La Argentina hizo su movimiento revolucionario municipal, incruento; no teniendo enemigos interiores, como otros países, no habiendo ido allí, como a otros países —dados la lejanía, y el plan estratégico del gobierno del Rey—, expediciones españolas, organizó pequeños ejércitos que fueron a combatir a provincias que la Argentina consideraba como suyas: Paraguay, Uruguay, Alto Perú. Los ejércitos argentinos pelearon con heroísmo, pero con varia suerte: a la postre no pudieron someter ni a Alto Perú, ni a Paraguay, ni a Uruguay. Es decir, fueron rechazados.

San Martín, buen soldado, militar de escuela, organizó e instruyó en el manejo de las armas, personalmente, en absoluta paz, durante tres años entre

1814 y 1817, un ejército de argentinos y chilenos, con que triunfó en dos célebres batallas que dieron libertad a Chile y que se libraron en territorio de Chile.

La Argentina, amenazada por una expedición española que se anunciaba, llama a San Martín. San Martín desoye al Gobierno de Buenos Aires y se convierte, de general al servicio del Gobierno argentino, en general al servicio del Gobierno de Chile.

Con dinero, bandera, escuadra e instrucciones chilenas invade, audaz y gloriosamente, el Perú. En el Perú no quiso pagar la escuadra chilena y se convierte en general y magistrado peruano. Los chilenos, se pusieron furiosos. O'Higgins mismo le escribió cartas destempladas; Lord Cochrane, el almirante de Chile, lo desconoce, lo insulta, le arrebató por fuerza las raciones de la escuadra, y se aleja por último.

San Martín quedaba roto con la Argentina y con Chile.

En la Argentina, entre tanto, reinaba completa anarquía, casi desde el principio de la revolución, por carencia de un hombre que supiera imponerse, anarquía que durará hasta el advenimiento de Rosas, verdadero fundador de la nacionalidad argentina.

¿Qué hegemonía argentina, pues, iba a representar San Martín frente a la prepotente Colombia? A cuanto Colombia quiso tuvo que someterse el glorioso soldado del Sur.

La diferencia entre la política de ambos capitanes era la siguiente: San Martín, que carecía de propósitos e ideales políticos determinados, aparte el ideal de independencia por que luchó con gloria, convenía en anular a la Argentina y a Chile para que entrasen a formar una monarquía del Perú, que se ofrecía a un príncipe extranjero.

Bolívar, por su parte, que era, no sólo libertador, sino constructor, quería que los países de América fueran, en la paz y en la guerra, en el presente y en el porvenir, solidarios unos de otros y que se constituyeran en uno o dos a más grandes Estados republicanos.

Mitre censura este ideal boliviano y lo confunde con meras ambiciones de autocracia, olvidando adrede que Bolívar proclamó tales ideas desde la mocedad, y aun en destierro, cuando no tenía sospechas ni esperanzas de ser lo que luego fue.

Censura también el que Bolívar no respetara los límites, los *particularismos* (sic) de cada sección; no los respetó más San Martín con su propuesta de monarquía peruana al virrey Laserna, y ambos hicieron bien; entonces no existían las patrias de ahora: ellos las estaban fundando.

Respecto de la carrera del general San Martín, resumamos lo que ya conocemos. La repetición es un procedimiento pedagógico. Repitamos, pues.

Mal habido San Martín en Buenos Aires, después de un fracaso revolucio-

nario por apoderarse del Poder, que consideraba en manos ineptas, pasa al servicio del Gobierno existente, a gobernador en el pueblo de Cuyo, al pie de los Andes.

Allí permanece, como se ha dicho, de 1814 a 1817.

Allí organiza, en calma, porque los españoles por allá no hicieron el esfuerzo que en Gran Colombia o en Méjico, el ejército de argentinos y chilenos que debía pasar la Cordillera. Disciplinó e instruyó personalmente ese brillantísimo ejército. En 1817 se fue a Chile, obtuvo los triunfos de Chacabuco y Maipo, sus dos únicas victorias como general, muy gloriosas por cierto, y restauró a Chile, reconquistando para la libertad sólidamente aquel país que habían independizado antes los hermanos Carrera, pero que de nuevo había caído en poder de españoles.

La Argentina, que necesitaba el ejército de San Martín, para el cual dio la flor de sus hombres, su dinero, todo, se aloca sintiéndose amenazada por una expedición española que por suerte no llegó, y llama en angustia al grande hombre. El grande hombre desoye el llamamiento de la Argentina, cambia la bandera argentina por la bandera chilena; el ejército, de argentino-chileno, lo convierte en chileno, cuando más en chileno-argentino. Se pone nuevamente al servicio del Gobierno de Chile, y con dinero, bandera, hombres e instrucciones de Chile, se entrega a la campaña del Perú, cuyo litoral ocupa por los triunfos navales de Cochrane, y a cuya capital entra sin librar una sola batalla, y cometiendo, según opinión de Mitre, un grande error militar y político.

Del Perú sabemos cómo salió, en 1822, cediendo el campo de América a Bolívar. Tal es, a grandes rasgos, el papel de San Martín en la guerra de Independencia. Desde entonces quedan en las manos únicas de Bolívar la revolución del Norte y la revolución del Sur, representada ambas en sus respectivos ejércitos: el de Colombia y el de Argentina y Chile.

Por Argentina, en especial, hizo San Martín menos que por Chile o por Perú.

Cuando Argentina, en su conflicto guerrero con Brasil, necesitó en 1825 el apoyo de un soldado victorioso y de prestigio, no ocurrió a San Martín; ocurrió a Bolívar.

Cuando San Martín regresó al Plata en 1829, *ya terminada la guerra con Brasil*, no fue de preferencia a Buenos Aires, sino a Montevideo. Por último, le regaló su espada al tirano de Argentina, a Rosas.

Toda su acción militar en aquel país se redujo al combate de San Lorenzo, al frente de 120 hombres de caballería contra fuerza equivalente de realistas, acción que decidió Bermúdez, el segundo de San Martín, porque el ilustre general cayó con su caballo en medio del combate y quedó impotente.

Según Mitre, nadie en América lo alcanza como militar, ni merece tanta gloria.

Bolívar viene después, Sucre no existe. Piar no existe. Páez existe menos, Artigas es un bandido: "el bandido Artigas". El general Alvear, aunque

argentino, no pasa de ser un calavera. O'Higgins, Córdoba, Santander, Morelos, ¿valen algo por ventura, si no es como figurillas decorativas de sus respectivos campanarios? En cuanto a los Carrera, los héroes y primeros libertadores de Chile, ¿qué merecen sino los puntapiés de la historia y la muerte desastrada que San Martín les impuso?

Sucre, Bolívar, ¡pobres hombres! ¡Y qué malos soldados! Según Mitre, ganaban las batallas contra todas las reglas del arte, al revés del mismo general Mitre, quien con todas las reglas del arte y las de una prudencia archifabiana se dejó siempre derrotar.

Como no conviene perder la memoria, recordemos.

Lo primero, digamos que para comparar al rioplatense con los dos héroes colombianos, especialmente con el caraqueño, es necesario que aquél se hubiera encontrado en la circunstancia de éste. Cuando tuvieron un mismo campo de acción se sabe cómo se desenvolvieron uno y otro.

La campaña de San Martín en el Perú fue censurada por el propio Mitre. La ocupación de Lima, dada la geografía del Perú, fue una falta. Pronto no le quedó a San Martín en el Perú más arbitrio que correr a echarse en brazos de Bolívar.

Este obró de distinta suerte. Abandonó a Lima, le dio, a la inversa de San Martín, grande importancia estratégica a la Sierra, y organizó su ejército en el Norte. Se conocen los resultados.

Si ambos pueden compararse como capitanes, las campañas del Perú darán bases para la comparación.

Desde luego, recuérdese que San Martín jamás tuvo a su frente a un Boves ni a un Morillo, y que los ejércitos que derrotó no fueron, como los ejércitos que venció Bolívar, españoles de España, soldados de los que habían puesto en fuga a los mariscales y tropas de Napoleón. Tampoco tuvo que luchar contra pueblos que como los de Venezuela y Pastos, combatían a sus libertadores, afiliándose bajo las banderas de los tiranos.

Es decir, la lucha armada por la emancipación que sostuvo Bolívar contra los pueblos y ejércitos de América y contra los ejércitos y escuadras de Europa, fue muy distinta a la lucha armada que tuvo que sostener en Chile y en las costas del Perú, contra los indios del Perú principalmente, el egregio San Martín. Lo que no significa que la obra maravillosa de San Martín fuera un juego de niños; ni que dejase de revestir los caracteres de la epopeya.

Otra diferencia fundamental es ésta: San Martín era un militar profesional, educado en los cuarteles españoles. Sin guerra de independencia, antes de esa guerra, su carrera hubiera sido, y era la de las armas.

Bolívar, sin la necesidad política de realizar su idea de la independencia, jamás, tal vez, hubiera manejado una espada. San Martín, soldado de profesión, soldado a la española, cuando viene a América no se ocupa de princi-

palmente sino de instruir reclutas y aleccionar aquel magnífico ejército de Cuyo. Es un militar a las órdenes de un gobierno, un teniente-coronel español, que obtiene el empleo de general.

Bolívar es un tribuno exaltado, un hombre vehemente, movido por el sentimiento patriótico, por la idea de libertad y por el amor de la gloria. Sin conocer el arte de la guerra, se lanza a los campamentos y se improvisa general. Se inicia con un fracaso espantoso: la pérdida de una plaza fuerte, Puerto Cabello.

San Martín no aplica en el campo sino lo que aprendió en España: es un general a la española; "más metódico que inspirado", según opina su panegirista Mitre. No inventa, no crea nada; carece de inspiración, de genio militar, aunque sabe mejor que nadie lo que tiene entre manos. Su famoso paso de los Andes, celebrado justamente por metódico y ceñido al arte, es imitación, punto por punto, como lo han observado críticos competentes, del paso de los Pirineos por el general español Ricardos; aunque lo sobrepuje como obra militar, tanto como los Andes superan a los Pirineos. El paso de los Andes por San Martín es una de las grandes cosas que han hecho los hombres de a caballo.

Bolívar es un improvisador de la guerra; empieza por fiarlo todo al heroísmo y sólo aprende a fuerza de derrotas y a poder de genio. Su guerra es suya; no se parece a la europea; es guerra americana, y él, más que un general, y sobre general, es caudillo; el caudillo, el hombre magnético que no obedece sino al instinto que lo empuja adelante; el hombre tras el cual se van, sin saber por qué, las multitudes, los pueblos, las naciones.

"Era, expone Sanín Cano, el demagogo en su expresión más alta y más pura. Electrizzaba las turbas. Modificaba el sentimiento público en poblaciones realistas, fanatizadas y amodorradas por siglos de opresión".

San Martín aprendió en España: ¿dónde aprendió Bolívar lo que sabía en Boyacá y en Carabobo, que fueron trabajos hercúleos del arte militar? San Martín pasó los Andes una vez. Bolívar los pasó, con ejércitos triunfales, varias veces.

Su última campaña la hizo toda sobre los Andes del Perú. Allí combatió a una altura a que jamás se habían batido ejércitos modernos.⁸

⁸El general Mangin, que tanto destacó su personalidad militar en la Gran Guerra (1914-1918) fue en Misión especial de Francia al Perú y viajó por Perú, Chile y Argentina. Conoce algunos campos de batalla de Bolívar y de San Martín. Conoce, además, la historia de ambos próceres. Pues bien, el general Mangin acaba de decir del paso de los Andes por Bolívar en 1819, con la subsiguiente liberación del virreinato de Nueva Granada, que es de lo más grande que en la historia universal se recuerda, hecho por un gran soldado con una pequeña tropa. (Véase la *Revue de l'Amérique Latine*. París, junio de 1924).

Por lo demás, las jornadas de San Martín, en diez años de revolución, se reducen al combate de San Lorenzo, las victorias de Chacabuco y Maipo y la derrota de Cancha Rayada. En San Lorenzo, única acción suya en territorio argentino —conviene repetir—, contaba 120 hombres contra más de 200 el enemigo. San Martín, que sorprendió a los enemigos, esperándoles tras de un convento, triunfó. Según el inglés Robertson, tuvieron los patriotas ocho muertos; Mitre asegura que quince, por cuarenta el enemigo.

En Chacabuco las pérdidas de los patriotas fueron de doce muertos y 120 heridos; por 500 muertos y 600 prisioneros el enemigo. Y en Maipú 1.000 bajas los patriotas, por 1.000 el enemigo, todo según datos de Mitre.⁹

A esto se reducen los éxitos militares del “primer capitán de la América del Sur”. En la Gran Colombia, durante quince años de guerra, dirigida desde 1813 hasta el fin por el Libertador, se combatió casi diariamente, se destruyeron “la escuadra más grande que hasta entonces había atravesado el Atlántico”, varias expediciones militares de España, y los refuerzos constantes de Cuba y Puerto Rico; se realizaron, con vario éxito, innúmeras campañas, libró el Libertador personalmente innúmeras batallas, por sus filas pasaron más de 1.000.000 de hombres y quedaron tendidos en los campos todas las expediciones de España, de Cuba, de Puerto Rico y más de 500.000 colombianos.

Bolívar, además, inspiraba idolatría en el soldado, que lo miró siempre al frente de las filas en la batalla. El general San Martín inspiraba a su tropa más bien respeto que amor, y las tropas no estaban acostumbradas a que las deslumbrase con su heroísmo.

En San Lorenzo cae, y el capitán Justo Bermúdez decide la acción y muere en ella. “Había asumido el mando en jefe por imposibilidad de San Martín, a consecuencia de su caída”, asienta Mitre. (Vol. I, pág. 180, edición de 1890.)

En Chacabuco, San Martín dirigió la batalla sin tomar parte. El héroe de la jornada fue el impetuoso O'Higgins. El historiador Mitre explica la actitud de San Martín con estas palabras. . . : “Precisamente en ese mismo día estaba aquejado de un ataque reumático nervioso que apenas le permitía mantenerse a caballo. Era su cabeza y no su cuerpo la que combatía”. (Vol. II, pág. 8).

En Maipú todo el ejército dijo que San Martín estaba ebrio. Mitre lo disculpa así: “Los enemigos del gran capitán sudamericano han dicho que San Martín estaba borracho al escribir este parte (el de la batalla). Un historiador chileno lo ha vengado de este insulto con su enérgico sarcasmo: ¡*Imbéciles!, estaba borracho de gloria*”. (Vol. II, pág. 212.)

Cuanto a la derrota de Cancha Rayada, el general San Martín, sorprendido

⁹Estas pérdidas “del primer capitán suramericano”, que suman 1.027 muertos en todas sus batallas, considerando las bajas de Maipo todas como muertos, aunque no lo fueran, no pueden compararse con las de 500.000 colombianos que quedaron tendidos en los campos de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Y quedan sin calcular las campañas del Libertador fuera de Colombia.

por el heroico español Ordóñez, que llevaba únicamente tres regimientos, perdió y abandonó todo el ejército: un ejército de 7.000 infantes, 1.500 caballos, 30 piezas de campaña y dos obuses. Sólo se salvó la columna del coronel H. de la Quintana, distante del campo de acción. El coronel Quintana, tío de San Martín, huyó miserablemente, abandonando su columna, de la que se apoderó el de veras heroico general Las Heras. San Martín llegó solo a Santiago, con un pequeño grupo de amigos a caballo. Mitre no lo disculpa.

Los chilenos son la mejor autoridad en América para juzgar con afecto apasionado y conocimiento de causa a San Martín, puesto que la obra americana de San Martín se redujo, en último análisis, a la emancipación de Chile. A Bolívar debió Chile mucho menos que otras Repúblicas. Es verdad que Chile, lo mismo que la Argentina, no vino a asegurar definitivamente su independencia hasta la destrucción del ejército realista en Junín, Ayacucho, Tumusla y Callao, hasta la Capitulación del virrey del Perú y la destrucción subsiguiente de Olañeta en Bolivia y de Rodil en el Pacífico. Es decir, hasta la destrucción de los realistas en el Pacífico, en Perú y en Alto Perú, países estos dos últimos que servían como centro de la resistencia realista del Sur, y Océano por donde se comunicaban con el mundo; y países y mar de donde partían rayos contra la libertad de nuestros hermanos del extremo meridional.

Pero es verdad también que ya San Martín y O'Higgins, más felices que los Carrera, habían dado libertad a Chile, y que Chile pudo tomar luego por sí solo, en 1826, el archipiélago de Chiloé, sin que fuera menester la expedición libertadora que preparaba Bolívar con soldados colombianos, chilenos y peruanos, expedición a cuyo frente iría aquel famoso y heroico general O'Higgins.

Por eso el voto de Chile, cuando se compara con Bolívar a San Martín, es de la mayor importancia.

Veamos, pues, lo que dice de ambos próceres un estadista de Chile, D. Domingo Santamaría, presidente que fue de aquella República.

“San Martín no era expansivo como Bolívar, ni encendía, como éste, el pecho del soldado. Reservado y disimulador, acomodaba en el escritorio lo que el otro trazaba en el campo de batalla. En una palabra, San Martín era un zorro, Bolívar un águila. . . Bolívar creyó encontrar el remedio para contener el desborde de las pasiones desencadenadas por la revolución en la constitución de un gobierno fuerte, personal; y San Martín, no menos asustado, se imaginó hallarlo en la constitución de una monarquía, cuya idea, sostenida por él con todo tesón, desmedró su nombre ante sus compañeros de armas, le arrebató su prestigio como caudillo, que no lo tenía como soldado arrojado, y lo empuñó delante de Bolívar en la Conferencia de Guayaquil, hasta comprender que no le quedaba otro camino que retirarse del Perú, como él patriótica, elevadamente lo hizo, y ceder aquel vasto teatro

a la audacia, y actividad de Bolívar, a quien, desgraciadamente, desvanecieron las pastillas de las limeñas y el incienso sofocante de los peruanos. Allí fue donde enflaqueció Bolívar de cuerpo y donde desfalleció de alma; pero así, y con mucho más, Bolívar es la primera figura de la constelación americana". (Citado por Gil Fortoul: *Historia Constitucional*, volumen I, páginas 339-340).

Con todo, el general San Martín es un gran jefe; el primero del extremo meridional. Y ese ilustre capitán de nuestra independencia es, después de Bolívar, y al par de Sucre, el hombre a quien más admiración y gratitud debemos, por la eficacia de su acción guerrera, los americanos del Sur.

Pero ni siquiera en cuanto a la influencia que ejerciera en los destinos de Argentina, pueden compararse la obra y la personalidad de San Martín con la personalidad y la obra de Bolívar.

Ya conocemos la obra de San Martín en la Argentina. Total, casi nada. La acción del Libertador en aquel país tiene otra entidad.

Bolívar, todopoderoso en la América del Sur por sus victorias y por su prestigio, estableció por un Decreto la República de Bolivia. Es decir, dividió de una plumada el antiguo virreinato del Plata en dos mitades: la parte Sur, que es la Argentina actual; y la parte Norte, que es la actual Bolivia. ¿Qué otro hombre, ni entonces ni después, nacido o no en territorio rioplatense, influyó a tal extremo en los destinos de la gran nación austral?

Bolívar le quitó territorio a la Argentina y de ello se duele Argentina; pero sus dirigentes de entonces (1825) tuvieron la culpa... Sólo en último extremo, cuando comprendió la incapacidad de los gobernantes de Buenos Aires para dirigir aquellas cuatro Provincias del Norte, y su indiferencia para con ellas, sólo entonces se avino Bolívar a fundar el nuevo Estado, accediendo al deseo manifiesto de los mismos bolivianos y del Mariscal de Ayacucho; y desde luego con el asentimiento del Congreso y del gobierno argentinos.

Pero quién sabe qué servicio, todavía no bien avalorado, prestó el Libertador a los argentinos librándolos del peso de aquellas indiadas; y permitiéndoles a las provincias del Plata unificar su raza y convertir los ojos y la atención al centro y al Sur de la República donde iban a echarse los cimientos de una próspera nación: la Argentina moderna; de una de las mayores naciones del mundo: la Argentina de mañana.

Pero los argentinos no echan tales cálculos y conservan el resquemor de la secesión del antiguo virreinato del Río de la Plata. De ahí proviene, en el fondo, y no de otra cosa, la antipatía de ciertos elementos argentinos por el Libertador. Confesemos que, en parte, tienen razón.

Como jamás existió el fervor argentinista de San Martín es incomprensible ahora el fervor sanmartinista de Argentina. Fervor que lleva a Mitre hasta

adulterar la historia y desfigurar a los demás próceres de la independencia, tanto de la Argentina como de otros países.

Por fortuna, estos eclipses de la verdad son transitorios. Debe hacerse constar, para honor de la Argentina, ese gran pueblo, orgullo de la América del Sur, que algunos de sus mayores y más perspicuos espíritus —Alberdi, por ejemplo— han sabido protestar en contra la falsificación de la patria historia.

Respecto a San Martín, juzgado por Mitre, recuérdese no sólo a ese admirable Alberdi sino a Sarmiento que no fue tampoco todo miel para San Martín. El 19 de Julio de 1852 escribía Sarmiento: “Sus violencias, pero sobre todo la sombra de Manuel Rodríguez (*el tribuno asesinado porque pedía un Congreso*), se levantó contra él y lo anonadó... El se sublevó contra su gobierno en Las Tablas, y el ejército se sublevó contra él... Seamos justos, pero dejemos de ser panegiristas de cuanta maldad se ha cometido”. (Citado por Alberdi: *Grandes y Pequeños Hombres del Plata*, edición Garnier, páginas 235-236).

Cuanto a las nuevas generaciones, algunos, aunque pocos, se apartan de esos caminos de rosas de mentira y dicen a su país la verdad de su pasado.

Pero la prole de Mitre no escasea. Don Roberto Levillier, ¿no se atreve a publicar en francés un libro donde asegura que la Argentina libertó a Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y Venezuela? (*Les Origines Argentines*, página 189.)

Esta obra ha sido publicada, según entiendo, por cuenta del Gobierno argentino, en lengua francesa primero, y luego en castellano; por donde se ve que Argentina oficialmente, suscribe a tales errores y propaga tales ideas.

En resumen: el criterio público argentino se divide en dos corrientes: primera, la del nacionalismo a ultranza, falsificación de la historia, y antipatía hacia las demás repúblicas del Continente; y luego, más escasa pero más selecta corriente, por la calidad de los hombres que la dirigen, la de solidaridad continental, amor relativo de la verdad histórica y patriotismo ilustrado y liberal.

La primera corriente empieza con Rivadavia, sigue con Mitre y llega hasta Levillier. A este partido nacionalista, en el más estrecho sentido de la palabra, pertenece el joven y brillante escritor Manuel Gálvez, que ya habla del protectorado argentino desde Chile hasta Méjico. “Tal sucederá, dice Gálvez, cuando nuestro predominio se establezca y consolide en la América española, y sobre toda ella se extienda gigantescamente nuestro gobierno... moral”. (*Revista de América*, Junio de 1912.)

La otra corriente empieza en el Deán Funes, en el coronel Dorrego, se extiende con Alberdi y llega hasta nuestros días con Ricardo Rojas, con Ghirardo, y con el, en este punto, admirable Manuel Ugarte.

En general, los hijos de las provincias argentinas del Norte son, aunque patriotas, justos con América y aun con España. Leopoldo Lugones es una de las excepciones de esta regla, que tiene muchas. Los nacionalistas, para

los cuales sólo lo argentino cuenta en América, son mayormente los de Buenos Aires. Y aun en Buenos Aires existen espíritus libres, redimidos de toda patriotería. Pero no puede negarse que ese sentimiento de falsificación histórica, cultivado por el Estado desde escuelas y universidades, ha producido una serie de historiadores y comentaristas que hacen mangas y capirotos de la verdad. Al lado de estos hombres, Mitre aparece como niño de pecho.

XXI

BOLIVAR, EL GENERAL SAN MARTIN, EL POBRE MITRE, LA REPUBLICA ARGENTINA Y LA AMERICA DEL SUR

El trabajo precedente sobre la manera de historiar Mitre, levantó en ira a mucha brava gente, ganosa de pelea, en la Argentina oficial.

Aparecieron, primero, los varones consulares con sus huestes; después los profesores de Universidad, seguidos de sus alumnos; más tarde los sociólogos e historiadores; por último los periodistas, con La Nación, diario de los Mitre, a la cabeza.

Huyeron en el mismo orden. Las legiones consulares desaparecieron como por encanto, entre nubes de polvo y algunas carcajadas.

Huyeron profesores, historiadores, sociólogos, todos los apóstoles de la mentira disfrazada de cientifismo. Pertenecientes a la tribu de los falénitas, aparecía cada uno con su lucecilla. Estos cocuyos de la sabiduría imaginábanse que iban a deslumbrarme con su brillo, que creyeron tan cegador como el brillo del sol. A mí me pareció que traían apagada la linterna. Inofensivas falenas del patriotismo oficial, a tanto por mes.

Los periodistas, en vez de convencer, nos ensordecieron a todos con sus sonoridades afro-argentinas de orquestas de jazz-band. Por lo demás, también inofensivos.

A todos, cónsules, procónsules, sabios y músicos de jazz-band, los vi desaparecer. A todos les vi la espalda.

Y debo consignar que todos defendían al pequeño Mitre, más que al gran San Martín. Mitre, el as de las derrotas, estaba vivo por sí, por su diario y por su bíblica prole. En cambio, el soldado de Maipó yacía bien muerto. De él no quedaba sino la estatua: un ademán heroico sobre inmóvil y encabritado corcel de bronce.

En el número de *Hispania* correspondiente al mes de abril publiqué un estudio sobre crítica histórica americana.

Allí observaba las diferencias de toda suerte que existen entre Bolívar y el general San Martín, grande hombre a quien apareaba con Washington, con Miranda, con Sucre. Allí dije que la expedición de San Martín y Cochrane al Perú, en 1820, fue hecha con dinero, instrucciones, barcos y bandera de

Chile. Dije que San Martín no era libertador de Argentina, porque cuando él llegó de España a Buenos Aires ya aquel país había hecho su revolución; que sólo libró San Martín en territorio argentino un combate, el de San Lorenzo, de 120 hombres. Expuse que toda la acción militar de San Martín, durante diez años de revolución, se redujo a dos batallas, Chacabuco y Maipú, y un combate: San Lorenzo, con pérdida total de 1.027 soldados, que no eran siquiera 1.027, sino considerando por muertos a los heridos, contusos y desaparecidos en la acción de Maipú. Hice ver que la obra militar de Bolívar tuvo otra entidad. Bolívar, que combatió diariamente durante quince años tuvo bajo sus órdenes más de un millón de soldados y, como en sus guerras morían hasta el 45 por ciento de combatientes —cosa que no se vio ni en las guerras napoleónicas ni en las de Federico II— dejó tendidos tras de sí, sólo en el suelo de Colombia, 500.000 colombianos.¹⁰

Agregaba que el general San Martín, a quien Mitre llama “el primer capitán suramericano”, convino en someter el ejército patriota al Virrey La Serna, y que prometió embarcarse él mismo con rumbo a España a solicitar un Monarca peninsular para el Perú, convirtiendo a esta república americana en monarquía española, con la actual república Argentina y la actual república de Chile como meras provincias del nuevo trono.

Terminaba recordando que Mitre adulteró a sabiendas la historia del Continente, y que en la república Argentina, ese gran pueblo, orgullo de la América del Sur, había dos corrientes históricas: la del nacionalismo a ultranza, encabezado por Mitre, con desamor hacia las demás secciones del Continente, y otra más selecta y más chica, de solidaridad continental, amor de la verdad histórica y patriotismo ilustrado y liberal.

Cuanto exponía lo apoyé en documentos y en páginas de historiadores, principalmente rioplatenses.

Al Sr. Arturo Parker, que reside en Londres, personaje consular argentino, le disgusta el que yo repita o comente cuanto aseguran historiógrafos de la famosa república austral, y responde en el número de *Hispania* correspondiente a mayo, en artículo que titula: *San Martín, Mitre y la Argentina*.

En su respuesta asegura que yo *arrojo sombras sobre hombres y cosas argentinas* (sic).

No. Yo admiro, quiero y respeto demasiado a ese gran pueblo argentino para darme a la imbécil tarea de arrojar sombras sobre sus cosas y sus hombres, sombras que en definitiva me cubrirían a mí. No, no. Yo tengo el amor desbordante de América, toda íntegra, sin restricciones, lo que no excluye el amor a la verdad y el culto de la justicia. A mi patria le he dicho cien

¹⁰Ya se ha observado, y precisamente por un historiador del Sur, que Bolívar en un solo día y con una sola orden hizo fusilar más gente que todos los muertos que tuvo San Martín en las batallas americanas que dirigió.

verdades amargas que hubieran tomado por ofensa otros pueblos. Y eso a mi patria, para quien deseo la mayor suma de felicidad posible. No. Yo no arrojo sombras sobre el pueblo argentino, con comentar la historia de América y poner los puntos sobre las íes.

¿Qué dice el articulista? Nada, nada en absoluto que impugne mis notas. Se contenta con realizar (¡una vez más!) el recuento de la riqueza argentina. *Este comercio, expone, de importación y exportación sumadas, alcanza el comercio total que en igual forma hacen en conjunto 25 países del Continente americano.*

Deducción: nosotros valemos más que 25 países de América. Nosotros despreciamos a 25 países de América.

¡Válganos Nuestra Señora de la Teneduría de Libros!

¡Ah, se me olvidaba! El abogado halla otro argumento poderoso con enrostrar a Venezuela, “patria de Bolívar”, su menor exportación e importación “sumadas”. Venezuela, “patria de Bolívar”, es más pobre y más desordenada que la Argentina, “patria de San Martín”; luego San Martín es superior a Bolívar.

El silogismo no es nuevo. Ya lo han sacado a relucir mil veces los periodistas de Buenos Aires.

Medir la grandeza intrínseca y la eficiencia histórica de un hombre porque la tierra donde nació tenga menos exportación e importación “sumadas” que otra tierra cualquiera, es el colmo de lo absurdo.

Ese argumento calibanesco debe hacer sonreír a los manes de Shakespeare y escupir su desdén a la sombra de Carlyle. Aplicándolo a otros casos, se vería que Washington, “cuya patria” es pueblo de enormes “exportación e importación sumadas”, sería mayor que Alejandro, hijo de la pequeña Macedonia, que el romano César, que el cartaginés Aníbal, que el genovés Colón, nacido en una diminuta república del Mediterráneo; que el sueco Carlos XII, que el caraqueño Bolívar. Es más: San Martín, que vio la luz en la hoy opulenta Argentina, sería superior a Napoleón, hijo de la diminuta y paupérrima Córcega.

Salta a la vista la absurdidad de semejante argumentación.

Otra cosa: Bolívar, aunque naciera en Caracas, no es un héroe venezolano; es un héroe de Colombia, de América. La actual república de Venezuela no fue obra suya; la actual república de Venezuela, como las demás repúblicas actuales del Continente, se establecieron contra su voluntad. Apenas presintió el nacimiento de Venezuela y la tripartición de Colombia, la gran nación fundada por él, su desesperación no tuvo límites. El dolor de que la América se fraccionase en pequeñas nacionalidades contribuyó a conducirlo prematuramente a la tumba.

Su ideal fue hacer del Nuevo Mundo una o dos naciones potentísimas, o

de unir las a todas por lazos de solidaridad tan estrechos que viniesen a constituir una Federación, o si se quiere, un Imperio formidable: Imperio o Federación del Sur, que sirviera de contrapeso a la república sajona del Norte; que salvara los principios republicanos contra la Santa Alianza de los reyes y las bases sociales y el derecho internacional de América contra la agresiva Europa monárquica.

El triunfo, pues, de la República Argentina es el triunfo de Bolívar.

Si juzgamos las cosas con el criterio argentino actual, mientras mayores sean la exportación y la importación “sumadas” de la opulenta nación del Plata, tanto mayor será la gloria americana de San Martín, de Bolívar, de Sucre y, sobre todo, de aquel magnánimo Belgrano. Esos personajes contribuyeron: Belgrano, a independizar la nación argentina, y los demás a consolidarla para siempre, en su ya adquirida independencia, con las victorias de Chacabuco, Maipú, Junín y muy especialmente Ayacucho. Y caso curioso: estas cuatro batallas que emanciparon a la Argentina, se libraron las cuatro fuera de territorio rioplatense.

Por donde quiera que se mire, el triunfo de cualquiera de las repúblicas de América equivale al triunfo indiviso de los tres grandes libertadores: Sucre, San Martín, Bolívar.

El articulista de *Hispania* no encuentra nada que impugnar a mis aserciones. El granito no se puede morder. Contra el mármol no prevalece el diente. Se sustrae el articulista a la cuestión, y soslayando su réplica asienta que la Argentina ha hecho mejor uso de la independencia que los demás pueblos americanos.

Ese argumento tampoco es propio. A menudo aparece en la prensa de Buenos Aires y en pluma de los comentaristas. El Parker consular se refiere esta vez a Venezuela y copia párrafos de un Dr. Aldao, muy conocido en su casa, donde éste asegura que Venezuela ha cambiado nueve veces de Constitución, que no ha elegido un solo presidente con visos de legalidad y que los monopolios abundan en nuestro país.

Así saludaba la Argentina, por pluma de uno de sus abundantes grafómanos, el centenario de nuestra emancipación; así contribuía a la fiesta de nuestra patria. Entretanto la infeliz Venezuela, que no lee los periódicos ni las historias argentinas, después de haber colocado el retrato de San Martín en su Palacio Federal, entre los de Miranda, Bolívar, Sucre, Páez, daba el nombre del soldado de Chacabuco a una de las más bellas avenidas de Caracas.

Pero no es con razones de sentimiento con las que voy a contestar. Sí: Venezuela, hoy en manos de asesinos y rateros, puede sufrir actualmente monopolios antipáticos, como el de los fósforos, creyendo que imitar a Europa y estancar ciertos ramos no es un retroceso odioso; pero, ¿no yacía en estado más retrógrado la Argentina, la Argentina de ayer no más, la Argentina de

Mitre, cuando Buenos Aires gravaba los productos de las provincias interiores como si fuesen productos del *Extranjero*?

Es posible que Venezuela eligiera mandatarios sin visos de legalidad; pero no ha sufrido la dictadura más sangrienta que registran los anales del Continente: la dictadura de Rosas. Puede Venezuela haber cambiado nueve veces de Constitución; pero no vivió setenta y cinco años sin ella, como la República Argentina.

Elevemos el debate. La prosperidad actual de la Argentina es el orgullo de todo Suramérica. Todos la presentamos a Europa como un ejemplo del vigor de nuestra raza.

Es natural, es justa la fiera de este gran país, aunque su nombre no vaya unido todavía a ninguna grande obra de arte, como el *Quijote*, como la *Divina Comedia*, como el *Partenón*, como los cuadros de Rafael o las estatuas de Miguel Angel; ni a ninguna conquista de la ciencia, como la teoría microbiana de Pasteur, o la invención del telescopio, o el descubrimiento de las leyes de gravedad. Hasta ahora, puede decirse, no ha inventado la pólvora. Los motivos de su soberbia son, hasta ahora, exclusivamente económicos; y consisten en que los ingleses han fundado allí empresas vigorosas, los italianos y españoles se han apoderado del comercio, de las industrias, desplegando laboriosidad e inteligencia y creando riqueza en unión de los hijos del país, riqueza de que se beneficia y vanagloria la nación. Pero, ¿será una política hábil el que la República Argentina se complazca en denigrar a los demás pueblos del Continente, apabuyándolos con su superioridad mercantil? Tal vez no. Eso es lo que hacen muchos argentinos, sin embargo.

Entendámonos, pues.

La prosperidad de que tan orgullosa se muestra la nación rioplatense no es obra exclusiva del hombre argentino. Obedece a una razón sociológica. La zona templada de sus términos y lo rico de su suelo han hecho que afluyan allí las multitudes europeas, como afluyeron antes, de preferencia, a la zona fría de la Unión sajona. Y tras la gente ha ido el oro.

Esos cuatro millones de extranjeros que han emigrado a la Argentina, y de que alardea en su artículo el Parker consular, han contribuido por algo a la prosperidad argentina. El oro de Inglaterra y de otras naciones, ¿ha sido extraño al surgimiento del Plata?

No hay motivo, pues, de tanta soberbia, y sobre todo de tanto desdén, para con los demás países americanos. El material hombre cuenta por algo. ¿Ha producido hasta ahora la Argentina un solo hombre tan superior, ya como inventor, ya como pensador, ya como gobernante, ya como militar, que haga obscurecer a los hombres de las otras Repúblicas? Hasta ahora todos somos una democracia de mediocridades. Y la primera, en este sen-

tido, sí puede ser la Argentina. Baste recordar que presenta como su hombre público representativo a Bartolomé Mitre, una amiba.

En cuanto a esfuerzo colectivo por levantarse, cada país en América ha hecho el suyo.

Esfuerzo nacional admirable es el del Perú que, vencido ayer en guerra infortunada, no sólo cura sus heridas, organiza su Erario y centuplica su producción, sino que de manirroto se trueca en económico, de pueblo sibarita en país guerrero, y de nación inerme en potencia suramericana de primer orden.

Esfuerzo nacional admirable es el de Bolivia, país pobre y mediterráneo, que a poder de economía y de previsión cruza su territorio de ferrocarriles, se arma hasta los dientes y se dispone a merecer, y a conquistar si fuere necesario, su derecho a la vida en condiciones más propicias.

Esfuerzo nacional admirable es el de Cuba, cuyo comercio alcanza mayor suma, dados su población y su territorio, que la de ningún otro país de Hispanoamérica, sin excluir a la Argentina.

Esfuerzo nacional admirable es el de Colombia, que cuenta una población igual a la de la Argentina, sin haber sido como ésta favorecida por la inmigración.

Esfuerzo nacional admirable es el de Chile, país de cortos recursos, que rivaliza en potencia militar con el Brasil, en orden interno con Costa Rica y los Estados Unidos, en comercio con la fértil Cuba y con la extensa Méjico.

Esfuerzo nacional admirable fue el de Méjico, defendiéndose contra Francia y devolviendo a Europa el cadáver del Emperador que quisieron imponerle. Méjico, además, sostiene la bandera de nuestra raza contra el vecino sajón; y ¡con qué dignidad y qué constancia y qué inquebrantable energía!

Esfuerzo nacional admirable es el de Venezuela, defendiéndose contra Alemania, Inglaterra e Italia en 1902, sometiendo la insolencia de compañías y gobiernos extranjeros, conservando a pesar de todas las vicisitudes su patrón de oro, sus valores a la par en los mercados de Europa, y erigiendo en silencio y sin reclamo industrias propias como la de tejidos, que viste a nuestro pueblo, y la de carnes congeladas, que rivalizan con las de Argentina y Uruguay. Venezuela cuenta en su favor, además, el haber creado, desde hace más de treinta años, la literatura criolla: esto vale como haber liberado el espíritu de América, mientras otros países, que se imaginan superiores, se pasman ante Darío, ese loro de los Atures y se amodorrán en la imitación europea, que es como conservar un alma colonial.

No. La América del Sur no es tan despreciable. Ni existe la superioridad definitiva de ninguna República sobre otra.

El destino irrevocable de esos pueblos aún no está fijo.

Países con apenas cien años de existencia, necesitan del tiempo que los plasmará definitivamente. Entretanto, esperemos.

La tranquilidad política y la prosperidad argentinas son de ayer; apenas cuentan quince o veinte años de vida.

Hace algunos años solamente, cuando a Venezuela, cuyos gobernantes eran el gran repúblico Soublette y el ilustre sabio Vargas, se la saludaba en Europa como país el más afortunado en el orden económico, el más circunspecto en el orden político, la República Argentina, en descrédito y arruinada, era el campo de Agramante: las provincias se combatían entre sí; la mitad de la patria geográfica y política era enemiga de la otra mitad; Buenos Aires, aduana de la República, dejaba morir de hambre a las provincias interiores; la nacionalidad estaba disuelta. Y la sombra de Rosas ¿no se proyectó durante años y años sobre un charco de sangre? ¿No fue necesario que el Brasil y el Uruguay coadyuvasen a libertar a la Argentina de ese tirano?

No lancemos, pues, juicios definitivos.

Envanecidos por el bienestar del momento, ebrios de orgullo, no preguntamos quién ha sabido hacer mejor uso de la independencia.

Y a las cuentas malas que nos enrostra ese hombre llamado Aldao y que ese señor Parker se complace en recordarnos, opongamos, en prueba de lo transitorio de ciertos juicios, las palabras de un extranjero notorio sobre Argentina. Ayer, ayer no más, decía el duque de Argyll en una Revista alemana:

“En la República Argentina nada es despreciable sino los hombres. Alemania haría muy bien estableciéndose en aquellos territorios”.

Ese duque de Argyll era un miserable que insultaba a un país a quien no conocía. Lo mismo puede decirse del Sr. Aldao.

Dije en el primer artículo que el bonaerense Mitre había falsificado la historia del Continente, refiriéndome a una mala novela de ese mal escritor, llamada *Historia de América*, donde figura San Martín como personaje central de la independencia, y se llama a la gran revolución del Continente, a la revolución de la América Latina, “revolución argentina americanizada”.

El dinero puede dar derecho a la insolencia, pero no a la mentira.

El impugnador no rebate en *Hispania* lo que afirmo, sino que expone: *Bartolomé Mitre, militar, político, periodista, historiador y poeta, es la figura más saliente en la historia del pueblo argentino.*

No lo niego. Lo que creo, afirmo y voy a probar es que Bartolomé Mitre, como poeta, como historiador, como político y como militar, es una de las mediocridades más mediocres del Continente.

Esta no es, por de contado, la opinión del Sr. Parker, ni de los colaboradores a sueldo de *La Nación*, ni de los poetas mercenarios de Nicaragua. Para

todos estos, ya lo han dicho, y el escritor de *Hispania* lo repite: *Mitre es la primera personalidad suramericana*.

No. Mitre no es un Benito Juárez, ni un José Martí, ni un Rafael Núñez, ni un Juan Montalvo.

Es un hombre mediocre, muy mediocre por los cuatro costados.

De Mitre, en cuanto periodista, no me ocuparé. El periodismo es el refugio de todos los fracasados de la pluma y de la política. En el diarismo pululan los imbéciles, como en caldo propicio las bacterias. El que no sirve para nada, sirve para periodista. Don Bartolomé debe sentirse a sus anchas ejerciendo esta profesión fácil, cómoda, irresponsable.

No escogeré, para presentar al poeta, la *Desesperación*, de Mitre (*Canción arreglada a música*). Sí: a la música de Zorrilla. Tampoco puedo citar las cosas que se puso a decir *En la tumba de un poeta*, aunque se trate sólo de un fragmento; porque esta conversación con el difunto, o este monólogo o fragmento de monólogo en la tumba del poeta, consta —los he contado— de 397 versos. Nada más. ¿Escogeré la *Plegaria, para adormecer a una so-námbula*? No me atrevo: se pueden adormecer también los lectores. Mejor será alguna de sus enternecedoras *Poesías familiares*.

LO QUE ES EL AMOR

*Hija mía, el amor es un espejo
do la coqueta busca su reflejo
llena de vanidad.
Más tarde al corazón da grata calma,
e inoculando la virtud en su alma,
la empapa en castidad.
También es un abismo en que la mano
un borde de qué asirse busca en vano,
y resbalan los pies;
como el incauto niño que inocente
se contempla y se baña en una fuente
y se ahoga después.*

Esa composición, que transcribo de una *Antología* argentina, esa flor de antología, en que los disparates son más que las palabras y en donde la ñoñería se desprende como un perfume, da la medida de Bartolomé Mitre como hombre de letras.

Aunque para muestra basta un botón, si me arguyesen que un poema parece poco para dar idea de un poeta, recomendaría la lectura de cualquiera de sus "Rimas": *El Corsario*, por ejemplo. Allí campean talento, gusto, originalidad e inspiración. Oíd a "la primera personalidad suramericana":

*Es una linda goleta
con las velas desplegadas,
que navega en la entradas
de las Bocas del Guazú... etc.*

*Lleva su tripulación
blancas y azules divisas,
cual las nubes que las brisas
agrupan en claro sol...*

*Ora corsario de los hombres libres
se ve mi enseña por doquier flotar,
y el marinero, en medio de la noche,
suele decir: "Ahí va la Libertad".*

¿Es poco? ¿Decís que una golondrina no hace verano? Leed *La Santa Alianza*, imitación de Beranger.

*Dais fuego del vecino a la techumbre
y el aquilón lo lleva a vuestro lado,
y al resplandor de la siniestra lumbre
la reja cae del brazo mutilado.*

*En el límite estrecho que os separa
nada está puro del licor humano,
pueblos, formad una Santa Alianza,
uniendo vuestra mano.*

¿Es poco aún?

Leed la *Elegía a Lavalle*.

*Con lanza enristrada cruzó como rayo
llevando la enseña del pueblo de Mayo
del Plata a los Andes y ardiente ecuador;
y reales diademas y tronos y cetros
se hicieron pedazos, cual viejos espectros
crujiendo a las plantas del gran lidiador.*

¡Qué bonito eso de que los cetros se hagan pedazos, y *crujan*, como *viejos espectros*, o *viejos espectros*!

¡Dónde diablos habrá oído "la primera personalidad suramericana" crujió a los viejos espectros hechos pedazos!

A la gente de buen humor —o a los que, por el contrario, sufran de hipcondría— les recomiendo la lectura de las voluminosas *Rimas*, de Mitre. Son de veras un antídoto contra la neurastenia. El hombre más lúgubre se muere de risa, leyéndolas.

Con decir que no tiene Mitre más émulo sino el académico español señor Cavestany. Aquel Cavestany que cuando le preguntan por los títulos literarios

que lo han llevado a la Academia, responde, orondo e importante: *Yo, Señor, soy amigo del Rey.*

Es de recomendarse asimismo la traducción de *La Divina Comedia* por don Bartolomé. Dante no sospechó ese tormento: ser traducido por la primera personalidad suramericana.

En comparación con las traducciones italianas de Mitre, hasta las del Conde de Cheste parecen tolerables.

Creo que basta para conocer a “la primera personalidad suramericana” en cuanto poeta.

Añadiré, sin embargo, este breve informe: ha imitado, digámoslo así, desde Víctor Hugo hasta Espronceda, a muchos buenos poetas. Con don Andrés Bello ha ido más lejos; y se ha permitido mayores libertades. Pero puede estar tranquilo: ninguna de sus víctimas tomará el desquite. La razón la dio, hace siglos, Valerio Marcial:

Nil securius est malo poeta.

(Lib. XII-LXIII.)

Como político es más pequeño aún, Bartolomé Mitre. Seguía la tradición de Rivadavia, y fue enemigo de la integridad argentina; es decir, de la actual nación rioplatense.

Se opuso siempre a que la nación se constituyera como es hoy.

Localista furibundo, deseaba que la sola provincia de Buenos Aires se erigiera en república con el nombre de *República del Plata*: esta nación microscópica era su ideal político.

Para defenderlo salió a campaña contra la Confederación Argentina; para defenderlo discurrió en la Legislatura, o pseudo-Congreso de Buenos Aires; para defenderlo contribuyó con Alsina a que en Buenos Aires se pusiera un impuesto a cuanto se importase de las demás Provincias argentinas, considerando como países *extranjeros*; para defenderlo, por último, después de haber empleado contra la patria argentina, por localismo, por ceguera, por ambición estrecha, por criterio obtuso, la espada, la lengua y el arancel, empleó la pluma y fundó un periódico. Este periódico se llamaba *La Tribuna*, y lo redactaba en unión del “genio” Sarmiento y de otros personajes de campanario que ahora nos quieren hacer pasar, como a Sarmiento, por “genios” y como a Mitre, por “talentos geniales”.

Mitre fue, como se está viendo, el más encarnizado enemigo de la gran nación que después se fundó con todas las Provincias Unidas, la hoy admirable y próspera República Argentina. En verdad se necesita de un “talento genial” de intriga para hacerse pasar, después de cometer tantas estupideces,

como un hombre superior, casi un genio. Por lo menos un genio de Buenos Aires, donde, en materia de genios, parece que son poco exigentes.

Un día salió a campaña el general Mitre para defender su ideal localista y suicida contra las tropas de la Confederación; es decir, contra la patria argentina. Urquiza, aquel traidor Urquiza que ya había vendido a Rosas, dio la espalda a la Confederación, de cuyas fuerzas era general. Se entendió con Mitre, y Mitre fue presidente. . . ¿De la provincia de Buenos Aires? ¿De la microscópica *República del Plata* que él salió a imponer por las armas? No. De las Provincias Unidas, de la Confederación que Urquiza, por traición, le entregaba sin combatir.

El patriotismo de Mitre abrió los ojos. Su sentimiento nacional se dilató. Y en el colmo de su patriotismo y de su desprendimiento, aceptó ser presidente de aquella nación que había salido a destruir.

Así fue Mitre dictador y presidente.

¿Qué hizo durante su presidencia? Es verdad que la anarquía de la república no cesó un momento, desde 1810, sino con el paréntesis largo y sangriento de la dictadura de Rosas; pero también es verdad que Mitre provocó, por sus desaciertos como gobernante y por sus arbitrariedades, alzamientos en Tucumán, Rioja, San Luis, Catamarca, Salta, Córdoba, San Juan, y después en Mendoza y Corrientes.

El desorden durante su presidencia fue tal, que los indios asaltaban las poblaciones hasta en la vecindad de Buenos Aires. Los crímenes que cometieron entonces las tropas federales de Mitre rivalizan con los de Rosas, Facundo, el fraile Aldao y demás tiranuelos locales y nacionales.

El general Angel Vicente Peñaloza, apodado el *Chacho*, se alzó en armas contra el gobierno de Mitre. El gobierno de Mitre mandó a dos malhechores, llamados el uno Vera, el otro Yrazábal, para que, haciéndose pasar por amigos del *Chacho*, librasen a la república de aquel hombre valiente e inquieto.

Así lo hicieron.

El general Peñaloza fue asesinado en el caserío de Olla, provincia de San Luis. La cabeza de Peñaloza, clavada en una pica, como en plena época medioeval o de la Colonia, fue expuesta en la plaza del pueblo. Su esposa fue conducida por las autoridades a la cárcel de San Juan, en medio de las más horribles vejaciones, y allí se la cargó de grillos.

Esos eran los procedimientos de las autoridades argentinas bajo el gobierno de Mitre.

Buena prueba de hombre de Estado legó Mitre a su patria aliándose con el enemigo hereditario de la Argentina, con el imperio brasileño, de cuya diplo-

macia fue Mitre juguete; y comprometiendo a la Argentina en una guerra odiosa contra el Paraguay, de donde no sacó ni una hoja de laurel, ni una moneda de oro, ni una pulgada de tierra. En esa guerra, ¿qué ganó la Argentina sino la pérdida de su dinero, la muerte de sus hijos, la derrota de sus ejércitos, la burla del Brasil, el odio del Paraguay?

Eso es Mitre como político. Eso fue, como hombre de gobierno, “la primera personalidad suramericana”.

Su presidencia duró hasta 1868. Mitre esperaba vencer en el Paraguay para regresar a Buenos Aires e imponerse como dictador. Sus derrotas le obligaron a descender de la presidencia.

Desde entonces hasta su muerte su sueño dorado fue escalar esa cumbre; pero el pueblo argentino, que ya conocía a “la primera personalidad suramericana”, no lo consintió. Además, hombres de mayor importancia, como Sarmiento, como Quintana, como Julio Roca, se habían levantado, y se interponían entre la ambición de Mitre y la Presidencia de la República.

En vano Mitre se valió de todos los medios para lograr su fin. En vano encendió una guerra civil, alzándose contra el gobierno; en vano escribió historias adulterando la verdad, para lisonja del pueblo argentino; en vano fundó periódicos y se agitó toda la vida. En vano todo. La nación argentina no consintió en ser gobernada por la “primera personalidad suramericana”.

Si Mitre fue pequeño como poeta y más pequeño aún como político, resulta microscópico como militar.

Mitre jamás obtuvo una victoria durante su vida guerrera. Parece mentira; pero es tan cierto como vamos a verlo. El encuentro de Pavón no es el triunfo de las armas, sino de la intriga por parte de Mitre y de la traición por parte de Urquiza. Pudo darle a Mitre el poder, pero no la gloria.

Urquiza, el que había traicionado a Rosas, generalísimo de la Confederación, tenía de 17 a 20.000 hombres, una gran caballería y una artillería magnífica, superiores ambas a las del enemigo. Mitre, general de “la República del Plata”, es decir, de la Provincia de Buenos Aires, triunfó. Las pérdidas de Urquiza fueron de 50 muertos y 100 heridos. Urquiza fue nombrado gobernador de Entre Ríos y hostilizó abiertamente a los federales...

Esa fue la única victoria de Mitre.

En el resto de su vida militar jamás ciñó un laurel a sus sienes. Hasta los indios salvajes le hicieron morder el polvo. Siendo “Ministro de Guerra” de la Provincia de Buenos Aires, o sea “República del Plata”, formó un grande ejército de las tres armas contra montoneras de indios armados de flechas. El buen señor aspiraba al título gauchesco de héroe del desierto. Al partir de Buenos Aires con su ejército de las tres armas, el Ministro de Guerra expidió una proclama donde decía:

Respondo hasta de la última cola de vaca que se cojan los indios.

Poco después regresó el Ministro y no pudo dar cuenta, no digo de las colas de vaca o de las colas con vaca y todo que se habían llevado los indios, sino tampoco de la artillería, ni de los fusiles y los cañones que sacara a campaña.

Se había encontrado con los salvajes en *Sierra Chica* y había sufrido la más ignominiosa de las derrotas, una derrota para la cual el epíteto de ignominiosa es el único adecuado. “Parte de la caballería —escribe un argentino— fue dispersada y parte desmontada para que no huyera; la artillería quedó toda en poder de los indios, y con la infantería, diezmada y formando cuadros, emprendió el gran Mitre su gloriosa retirada, precursora de la de Cepeda”. (*Las profecías de Mitre*, páginas 16-17.)

Tal fue la derrota de *Sierra Chica*, infligida por los indios salvajes de la Argentina a D. Bartolomé Mitre, Ministro de Guerra de “la República del Plata” y “primera personalidad suramericana”.

Quizás de estos heroicos indígenas patagones y del terror que le inspiraron se acordó Mitre años más tarde, cuando en su historia de Suramérica asienta que *Bolívar no conocía sino la táctica de los indios*.

Después de *Sierra Chica*, *Cepeda*. Derrotado en *Sierra Chica* por los patagones salvajes, fue derrotado asimismo, poco después, en *Cepeda*, el 23 de octubre de 1859, por las tropas federales de la Confederación.

Mitre, “Ministro de Guerra de Buenos Aires”, salió a combatir contra la nación argentina. Una sola división de caballería derrotó al Ministro de Guerra y a todo su ejército. Mitre abandonó en el campo de batalla su artillería, su parque, sus tiendas de campaña, su reputación militar.

El encuentro de todo el ejército de Mitre con una división de la caballería federal, ocurrió el 23 en la mañana. Mitre huyó, huyó sin descansar ni de día ni de noche —entiéndase bien—, ni de noche. El 24 por la mañana estaba en San Nicolás. ¿Se detuvo allí a organizarse? No. Partió, transido de pavor, esa misma mañana para Buenos Aires.

El gobierno de Buenos Aires vino a tierra.

Mitre, que no fue heroico sino en la intriga, obtuvo poco más tarde, adulándole a Derqui, en pago de la derrota de *Cepeda*, que le nombrasen gobernador de Buenos Aires, y general. Bien pronto Mitre dio la espalda a su protector, al hombre que lo levantó del ridículo a los honores.

Hay que insistir en las artes de que se valió para llegar al poder este general, notable por las uñas voladoras de su caballo y por sus propios talones, alados como los de Mercurio.

Irreductible enemigo de la nacionalidad argentina, Mitre, patriota localista de Buenos Aires, ya gobernador de esta provincia, promovió por medio de sus agentes los disturbios de San Juan y la destitución del coronel Vira-

soro, que allí gobernaba. Tan bien destituido quedó Virasoro, que quedó bajo tierra, asesinado.

Por eso y por las intrigas del gobernador de Córdoba, ganado por Mitre, la Confederación se alarmó. El inquieto Mitre organizó un ejército y salió a campaña. El general enemigo era Urquiza. Mitre puso en juego su innegable talento de intriga, ese talento que él aplaude tanto en San Martín con el nombre de “trabajo de zapa”. Urquiza, que antes traicionó a Rosas, traicionó luego, como atrás se dijo, a la Confederación. Mitre triunfó sin combatir.

Se dio el caso de que el hombre que más había declamado contra la República Argentina, el hombre que había salido a aniquilarla por las armas, iba, por nueva traición de Urquiza, a obtener el honor de presidirla.

Durante todo este período de la historia argentina, se nota una absoluta carencia de hombres superiores.

Ya presidente, Mitre tuvo sueños de César. Fomentó una revolución en el Uruguay, armando a Venancio Flores en los parques argentinos y permitiéndole, en suelo argentino, que organizara una expedición contra el gobierno uruguayo.

El Uruguay estaba, a la sazón, amenazado por el Brasil. Argentina y Brasil o, mejor dicho Mitre y el Emperador, querían dividirse la Banda Oriental. Entonces el Paraguay, el cien veces heroico Paraguay, gobernado por el mariscal Solano López, se opuso al reparto.

La diplomacia brasileña vio en el Paraguay una fácil presa, arrastró a Mitre a un Tratado, según el cual debían Argentina y Brasil repartirse la patria de Solano López. Paraguay iba a ser la Polonia del Nuevo Mundo.

Comenzó la guerra, arrastrando consigo Brasil y la Argentina al pueblo uruguayo, donde ya gobernaba Flores. El Uruguay fue a empujones a aquella guerra infame. Uruguayas fueron las primeras víctimas. Los uruguayos sirvieron de vanguardia y parapeto a los aliados.

Mitre, como jefe de Estado, fue electo comandante del ejército unido.

Entonces expidió esta proclama insolente:

En veinticuatro horas al cuartel, en quince días a Corrientes, en tres meses a la Asunción.

Esto ocurría a principios de 1865.

La guerra duró cinco años. Mitre fue derrotado en todas partes, jamás pisó la Asunción, y primero perdió él la presidencia de la Argentina que Solano López la presidencia del Paraguay.

¡Jamás fanfarronada fue tan miserablemente sostenida!

La guerra comenzó entre la Triple Alianza espuria y gigantesca de Brasil, Argentina y Uruguay contra el Paraguay, lo que equivale, trasladando las proporciones a otro Continente, a una alianza de Rusia, Alemania y Holanda, por ejemplo, contra Bélgica.

Los paraguayos empezaron a derrotar escuadras y ejércitos brasileños y argentinos, y conquistaron, ocuparon y retuvieron la provincia brasileña de Mato Grosso, al Norte, y la provincia argentina de Corrientes, al Sur. Cualquiera de estas provincias era tan grande como todo el Paraguay.

La triple alianza, es decir, Mitre, contaba con un ejército de 50.000 hombres armados de fusiles de repetición, 150 piezas de artillería, las escuadras de la Argentina y del Brasil y el tesoro público de tres países opulentos.

El presidente del microscópico Paraguay, Solano López, contaba con un ejército menor que la mitad del de la triple alianza, armado con fusiles de chispa, sin artillería que valiera la pena, en un país sin comunicación con el extranjero, por enclavado entre los pueblos enemigos, de reducida población y sin recursos.

El 2 de mayo de 1866 venció Solano López en un combate. El 24 atacó de nuevo Solano López a los aliados. Esta embestida costó a la triple alianza 8.000 bajas. Mitre se redujo a la inacción. ¡Así cumplía su baladronada de apoderarse de la Asunción antes de tres meses!

El 11 de julio derrotó Solano López a los argentinos mandados por Mitre, en *Yataiti-Corá*. El 16 se batió con los brasileños.

El 18 atacaron unidos los aliados, a las órdenes de Mitre, al mariscal Solano López, en el campo de *Potrero-Sauce*. Allí obtuvo el heroísmo paraguayo nuevo y glorioso triunfo. Los aliados perdieron más de 4.000 hombres. Mitre se hacía célebre por sus derrotas.

El Paraguay, entretanto, se extenuaba. Cada batalla, aunque fuese un triunfo, le costaba pérdidas de vidas, es decir, de soldados que él no podía reponer, mientras que los ejércitos de la Triple Alianza recibían constantes refuerzos del Brasil, del Uruguay, de la Argentina.

Entonces sucedió una cosa conmovedora. Solano López, el triunfador, propuso una conferencia a Mitre, el vencido.

La conferencia celebróse en Yataiti-Corá el 12 de septiembre de 1866. El gran general, el gran patriota, el grande hombre de Estado, adujo razones de toda suerte para que la Argentina, retirándose, dejase luchar solo al Paraguay con el imperio del Norte. En vano el estadista adujo pruebas de conveniencia política; en vano el pensador agotó los recursos de la dialéctica; en vano el patriota tocó la fibra sentimental. En vano todo.

Mitre se mostró inflexible.

Quería la ruina absoluta del Paraguay. Fue sordo a la razón, al interés, al sentimiento, a la humanidad, a la justicia.

Aquella guerra injusta, odiosa, impopular en Buenos Aires, impugnada por tan altos espíritus como Alberdi; aquella guerra que Mitre, en su eterna incapacidad política y con su visión de miope, profetizó como un paseo militar a la Asunción, estaba arruinando a la Argentina en hombres, en dinero,

en reputación militar. Mitre pensaba que un triunfo suyo levantaría su descalabrado prestigio, y soñaba con regresar vencedor para imponer su dictadura y perpetuarse en el poder.

Pero las cosas pasaron de otro modo.

Diez días después de la entrevista, el 22 de septiembre, recibió Mitre una de las más amargas lecciones de su vida, en el campo de *Curupaití*: 5.000 paraguayos, al mando de Solano López, derrotaron a Mitre, que estaba al frente de 18 a 20.000 aliados. ¡Qué derrota! Mitre perdió la batalla y el ejército; 9.000 hombres de los aliados mordieron el polvo. Mitre huyó, como de costumbre, abandonando fusiles, cañones, tiendas, banderas, caballos, su correspondencia y su honor militar.

Los prisioneros de Solano López fueron tantos como sus soldados. El heroísmo y el talento del general paraguayo obtuvieron allí los más verdes laureles.

Los brasileños, de atrás descontentos con Mitre, se pusieron furiosos. Aquel general no sabía conducirlos sino a la derrota; no conocía sino los caminos del fracaso; no mostraba energía sino en las retiradas; no los cubría de palmas, sino de ignominia.

A Mitre, ya desprestigiado y mofa de la tropa, le fue necesario retirarse del frente del ejército y entregar la jefatura al general brasileño Caxias.

Buenos Aires lo recibió, como es de suponerse, gélida y hostil. Esa no era la entrada triunfal que el pobre Mitre soñara. Pero el orgullo argentino, herido profundamente, hizo un esfuerzo magnífico y preparó nuevo ejército, nuevos barcos, nuevas municiones de boca y guerra.

Este pueblo, de tradiciones y títulos de bravura, no se avenía a que Mitre mancillase los laureles de Belgrano, de San Martín, de Alvear, de Las Heras, de Dorrego, de Lavalle, de Necochea.

Dio, pues, a manos llenas, sin escatimar un ápice, hombres, barcos, municiones y dinero.

Mitre salió otra vez a campaña.

Esperaba imponerse en el campamento por los inmensos recursos que conducía. El Brasil hizo también un gran esfuerzo militar, naval y pecuniario, y ordenó a sus generales el que reconociesen de nuevo a Mitre como jefe de los aliados.

Los paraguayos, entretanto, a pesar de sus victorias, estaban reducidos a la última extremidad. Ancianos, niños, mujeres, hacían la guerra. No tenían barcos, ni más armamento sino el que arrebataban al enemigo. Se daban combates, como el de *Potrero-Obella*, de 300 paraguayos contra 5.000 brasileños.

Los enemigos ocupaban alguna trinchera cuando ya había muerto, defendiéndola, el último paraguayo. Antes, no.

A promedios de 1867 contaban los aliados, comandados nuevamente por Mitre, más de 50.000 hombres, una artillería moderna y numerosa, y una escuadra imponente.

“La primera personalidad suramericana” no se creía tal vez bastante fuerte y no atacaba a los paraguayos. Entonces los paraguayos lo atacaron a él.

Era el 3 de noviembre de 1867. Mitre, “la primera personalidad suramericana”, ocupaba, al frente de sus 50.000 hombres del ejército aliado, el campo de *Tuyucué*. Solano López dispuso que 8.000 paraguayos lo atacasen. Era suficiente.

Allí, en el campo de Tuyucué, le infligieron 8.000 paraguayos a 50.000 aliados, a las órdenes de Mitre, la más decisiva y estupenda derrota.

Mitre perdió en la huida, como de costumbre, hasta su correspondencia.

Cañones, fusiles, mulas, banderas, todas las provisiones de boca, todo el parque, toda la correspondencia del general en jefe cayeron en poder de los paraguayos. Nada les fue más útil que los carros de provisiones que cayeron en sus manos, carentes como estaban de alimento, y el cuantiosísimo parque con que iban a librar nuevas batallas.

Mitre, célebre por sus derrotas, añadía este nuevo y vergonzoso fracaso, esta nueva huida miserable, esta nueva pérdida de un ejército a su larguísimo rosario de desastres.

¡Y esta nulidad guerrera, que no supo sino correr frente al enemigo, es el terrible, el implacable juez de las operaciones militares de Bolívar, de Belgrano, de San Martín, de Páez! ¡Y a Sucre lo mira con desprecio, y apenas lo menciona en su historia! ¡Y los militares de Méjico no le merecen ni una sola frase de simpatía! ¡Este es el hombre a quien *La Nación*, de Buenos Aires, y escritores asalariados, nos quieren hacer pasar por la primera figura suramericana!

Su desprestigio entre los aliados, después de esta última y fabulosa derrota de Tuyucué, no conoció límites. Nadie quiso ya obedecerle. Fue el escarnio de la tropa. Tuvo que separarse definitivamente del ejército.

En Buenos Aires lo esperaban decepciones de otro género, y él, que soñó con ser un César de las Pampas, “el héroe del desierto”, como Rosas, tuvo que entregar el poder.

Argentina, por un admirable sentimiento de patriotismo, viéndolo empeñado en una guerra extranjera, permitió que concluyese su período. Pero nunca, nunca más lo quiso por presidente.

Derrotado en las elecciones presidenciales de 1874, “la primera personalidad suramericana” puso en juego su innegable talento de intriga: hizo que Ignacio Rivas, comandante de las fuerzas del Sur, en la provincia de Buenos

Aires, traicionara al gobierno, alzándose con la tropa; que un tal Arredondo asesinase al general Ivanowsky; y, apoyado por Arredondo y por Rivas ya en armas, se lanzó Mitre al campo.

El 26 de noviembre un oscuro subalterno, el capitán Arias, con una pequeña escolta, derrotaba al épico general Mitre, el Cid de las derrotas, que tenía un ejército. “La primera personalidad suramericana”, el famoso Mitre, tan insolente con la pluma, se entregó al oscuro y modesto capitán Arias, en el campo de *Las Verdes*.

Fue su última hazaña militar. Desde entonces se entregó al periodismo y a la historia. ¡Ah! Y a las traducciones del Dante.

Esa es la carrera militar de Mitre. Ese es el héroe cantado por los poetas pancistas de *La Nación*. Esa la nulidad militar que nos pintan como “encarnación de la historia argentina”, como “el más digno ejemplo de la virtud y el patriotismo”, como “la primera personalidad suramericana”.

Y si Mitre es pequeño como poeta, más pequeño aún como político y microscópico como militar, es, como historiador, un hombre sin escrúpulos que ha falsificado la historia de todo el Continente. Pasó los últimos años de su vida arrojando sombras sobre la resplandeciente figura del Libertador.

No puedo seguirlo en todas sus tergiversaciones, porque sería menester escribir un libro y no un artículo; pero probaré lo que adelanto.

El primer error intencionado de Mitre consiste en juzgar al general San Martín centro de la historia americana, cuando no fue sino un accidente, un colaborador decisivo y benemérito. Así, bautiza a la obra que produce: *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*. El general San Martín ni concibió la independencia, ni empezó la guerra, ni la terminó, ni fue quien hizo los mayores esfuerzos revolucionarios, ni fue la figura predominante del drama, ni impuso sus ideales monarquistas. Inútil insistir.

Otro error voluntario de Mitre consiste en llamar a la revolución de independencia americana “revolución argentina americanizada”.

La revolución de independencia americana fue centrífuga y municipal en sus comienzos. Todas las capitales hicieron su revolución, incruenta, en 1810. Caracas la primera, el 19 de abril. Después Buenos Aires, el 25 de mayo. Después, otras.

Si existió, andando el tiempo, una hegemonía militar, fue la de Colombia, que paseó la bandera de este país por todo el Continente, y que, con provincias argentinas, libertadas por sus hijos, es decir, por los hijos de Colombia, fundó aquella nación, hoy gala de América y que lleva con dignidad un nombre magnífico, nombre que es un compromiso de honor y porvenir contraído por Bolivia consigo misma.

La revolución de independencia americana no se inició en Buenos Aires, ni

allí tuvo gran acción guerrera, ni fue allí republicana, ni sus ideales monarquistas prevalecieron. La América conoce su historia. Inútil insistir.

Alrededor de estos dos errores máximos gira la historia de Mitre. A Mitre no le entraba ningún escrúpulo, ninguno, ni siquiera la falsificación de documentos.

Voy a probarlo en cortas líneas

Un día el Sr. Paul Groussac lo sorprendió adulterando un texto inglés. Mitre respondió que él no conocía bien la lengua inglesa. Había, sin embargo, imitado a Byron, citado a Grey, traducido a Longfellow y al mismo Thomas Grey. El propio Mitre recuerda en la nota 66ª de sus *Rimas* que desde su primera juventud, desde “muy temprano”, se ocupó en versiones de poetas ingleses.

¡Y aduce, cuando lo sorprenden adulterando un texto, que ignora la lengua inglesa! De la española no podrá decir lo propio. ¿Qué respondería, pues, para sincerarse, de la falsificación de documentos americanos?

En su odio absurdo y grotesco a la figura del Libertador, asegura el pobre Mitre que “la cabeza de Bolívar estaba llena de viento”, que “su táctica era la táctica de los indios”, que “su obra política ha muerto con él y no le sobreviven ni sus designios, ni sus tendencias, ni sus ideales”.

Esto es lo que llamó Vargas Vila, cuando leyó a Mitre, el *Bartolismo en la historia*.

Pero el bartolismo no es únicamente imbecilidad, como cree Vargas Vila. Para llegar a semejantes conclusiones de su libro, Mitre ha tenido que falsificar o adulterar, paciente y malintencionado, cien pormenores de la historia.

He aquí un ejemplo:

El 10 de febrero de 1825 pronunció Bolívar ante el Congreso, en Lima, un discurso, en donde renunciaba el poder. El presidente de la Asamblea tomó luego la palabra y abogó porque se rechazara la renuncia. Bolívar habló de nuevo para insistir. Su improvisación, sobre magnífica por la forma, es de gran importancia histórica, y ocupa cincuenta y cuatro líneas (54) de la *Vida de Bolívar*, obra en 4º, por Felipe Larrazábal (*edición de New York, 1865, Vol. II, págs. 288-289*).

Mitre, al transcribir el discurso, lo trunca, con intención perversa, al punto de reducirlo a quince líneas (15) de una obra en 12º (Véase la tercera edición de su libro hecha por *La Nación*, de Buenos Aires, 1903, volumen VI, pág. 214).

Pondré otro ejemplo de adulteración, ejemplo más grave todavía:

El 8 de agosto de 1826 escribió el Libertador, desde Lima, al general Páez, una carta importantísima, por cuanto se trata en ella del sistema institucional que debiera aplicarse, en opinión de Bolívar, a los nuevos Estados. El documento en cuestión puede leerse en las *Cartas del Libertador* (vol. II, páginas 256-257, edición de 1887).

Mitre falsifica en varias partes esa epístola. Véase si no un modelo de adulteración.

Bolívar redactó así:

Se me ha escrito que muchos pensadores desean un príncipe; pero, ¿dónde está el príncipe y qué división política produciría armonía?

Mitre, para desfigurar la intención de Bolívar y presentarlo como sospechoso de aspiraciones monárquicas, transcribe, adulterando, en esta forma:

Se me ha escrito que muchos pensadores desean un príncipe; pero, ¿dónde está el príncipe y qué división política produciría su anuncio? (vol. IV, pág. 233, edición de 1903.)

En toda la obra de Mitre, desde la primera página hasta la última, ocurre lo propio: la personalidad del Libertador sale totalmente desfigurada, ya por falsificación de los documentos, ya por beber a sabiendas como en fuentes pulquérrimas el agua turbia, sin decantar, de los odios políticos y personales contra el Grande Hombre. Odiosidades se agrupan, no digo ya en torno de Bolívar, sino en torno de cualquier personaje expectante de larga figuración.

Agréguese los juicios amañados y los comentarios malévolos; y las francas consejas estúpidas y las simples calumnias. ¡Qué tejido de sandeces, mentiras, adulteraciones! Y esta obra es el Evangelio de las nuevas generaciones argentinas. Y sobre esta patraña se han calcado las subsiguientes historias bonaerenses de la Argentina y de la América.

Sólo hemos hecho hincapié, de paso, respecto a las infidelidades respecto a Bolívar y contra la historia de América; las adulteraciones pro San Martín y a favor de la Argentina, son aún mayores. La mala fe raras veces fue tan lejos; raras veces osó tanto.

La Argentina, hasta ahora, no ha sabido reaccionar contra este farsante. Por eso la alcanza en parte, el descrédito que cae sobre Mitre y sobre la escuela histórica que ha fundado allí.

El patriotismo, o más claro, el estrecho localismo bonaerense, ciega a Mitre, resuelto a no encontrar nada que sobrepase de un codo las ideas, las palabras, los hombres y los acontecimientos de su ciudad nativa. ¡Maravilloso ejemplo de aldeanismo! ¡Pero que no nos vengan con que este liliputiense es un gigante! Ni un personaje de gran valor moral! Este es un oscuro intrigante, y no otra cosa. Perdura su nombre, voceado por aduladores como Rubén Darío, cantor de tiranos y celebrador de sus patronos, porque la familia Mitre es propietaria de un periódico rico. No existe otra razón. ¡Cuántas veces Rubén Darío y otros aduladores públicos de la familia Mitre se desternillan, en privado, hablando de los versos y las historias de don Bartolo, como lo llaman!

He aquí, para concluir, otra muestra de la buena fe de Mitre como historiador y de la autoridad moral que pueda merecer su obra.

Recién llegado el Libertador al Perú, mientras se preparaba la campaña que debía terminar con las victorias de Junín, Ayacucho, Callao y la campaña de 1825 en Bolivia que independizaron definitivamente la América del Sur, Bolívar brindó en un banquete que le dieron con estas palabras:

Por el campo que reúna las banderas del Plata, Perú, Chile y Colombia y sea testigo de la victoria de los americanos o los sepulte a todos.

Mitre, con su indeclinable empeño de mostrar a Bolívar como aspirando a Emperador de los Andes, adultera en esta forma:

“Por el campo en que reúna las banderas del Plata, Perú, Chile y Colombia...” (Vol. VI, pág. 158.)

Basta. Por lo transcrito se advierte la fe pública que puede merecer ese hombre como historiador.

Ya conocemos a Mitre como historiógrafo, como guerrero, como político y como poeta. Y lo conocemos mejor de lo que hubieran deseado sus cantores y apologistas, mejor de lo que al propio Mitre hubiera convenido.

El articulista, Sr. Parker, agrega:

“En cuestiones internacionales el espíritu del pueblo argentino, con Mitre a la cabeza, ha sido siempre el mismo, uno, indivisible; y sobre sentimientos de confraternidad americana ha dado en todo tiempo y circunstancias pruebas más que evidentes”.

Creo que el Sr. Parker quiere decir que la República Argentina tiene un gran amor por América. Si tal fue su propósito, el Sr. Parker se equivoca. La verdad es precisamente lo contrario.

En la Argentina se enrostra a los demás países de América Latina el ser *tropicales*, como si estuviera en mano de éstos el no serlo, como si el serlo fuese un crimen o una inferioridad. El epíteto *tropical* es, aplicado a alguna República americana, en las columnas de la prensa argentina, casi un insulto. Así dice con desdén esa prensa: “la tropical Colombia”, “el tropical Ecuador”, “el tropical Perú”.

Así da prueba cierta prensa de Buenos Aires, “con *La Nación* a la cabeza”, de solidaridad americana.

A Bolivia le niega rotundamente esa prensa el derecho de existir, y opina que debiera, lo mismo que el Paraguay, ser provincia argentina. Bolivia se abstuvo de asistir, como se recordará, al Congreso “panamericano” reunido en Buenos Aires. No sería porque se sintiera amada del patagón o del gaucho.

Al Uruguay se le discute en Buenos Aires el derecho a ser condueño del Plata; y Mitre, en su historia, pinta como un bandido al colosal Artigas, libertador del Uruguay, el más grande tal vez de los caudillos rioplatenses.

El odio a Chile y al Brasil es tradicional en Argentina, y su desborde en la

prensa de Buenos Aires no tiene más dique sino el inmenso poder del Brasil y el heroísmo quisquilloso, cien veces comprobado, de los chilenos.

Cuando los Estados Unidos cometieron el atentado más vil que puede manchar a un pueblo, violando sus tratados y asaltando a un país amigo, a mano salva, ya que por una fatalidad geográfica Colombia no podía defender inmediatamente a Panamá, la prensa de Buenos Aires toleró, sin protesta, que la Argentina reconociese a Panamá. En otras Repúblicas no sucedió lo propio.

A la “tropical Cuba”, esa joya de América, más hermosa, más rica y no menos culta que las Cícladas helénicas, no se la llama en esa prensa nacionalista de Buenos Aires sino “la pseudo-República de Cuba”.

A Centroamérica se la desprecia; y para despreciar a Venezuela, Colombia y Ecuador, aquella prensa no se refiere a estos tres países de la América del Sur sino llamándolas “Repúblicas de Centroamérica”.

Con Méjico es peor la cosa. Por Méjico se tiene en la Argentina un desdén que nada justifica. Mitre, en su historia, guarda silencio casi absoluto sobre esta grande y fuerte república. Durante los disturbios subsiguientes a la caída de Porfirio Díaz, ha recogido mucha parte de la prensa bonaerense cuanto de malévolo, injusto y deshonesto han escrito viajeros y comentaristas, por lo común yanquis o a sueldo de los yanquis, sobre la patria de Altamirano y de Benito Juárez.

El número de *Caras y Caretas* correspondiente a febrero o marzo de 1913, trae dos informes gráficos bastante elocuentes respecto a los sentimientos que abriga, no diré la Argentina, ni siquiera la prensa argentina, sino cierta prensa argentina, contra Méjico. Uno de estos expresivos gráficos es amena caricatura. La República anglosajona, figurada por el clásico Tío Sam, asa un pollo. El pollo es Méjico. La leyenda al pie dice: *Ya está a punto*. Otro informe gráfico es un busto de Porfirio Díaz. La leyenda del periódico dice: “PRIMER MONUMENTO erigido en México al general Porfirio Díaz”. La intención es evidente. Huelgan los comentarios.

Tal es la solidaridad continental de *La Nación*, *Caras y Caretas* y otros órganos del periodismo bonaerense que siguen las ideas de estrecho e imprevisor nacionalismo inculcadas por Mitre durante años y años de diarismo.

Esos hombres, esa prensa están ciegos; son rematadamente imbéciles: tan imbéciles que no alcanzan a comprender que nuestra América se salva o se pierde conjuntamente; y que mientras mayor sea el poder de la América sajona, a expensas de la América Latina, menor será individualmente el influjo de cada pueblo de Hispanoamérica dentro del continente y fuera de él. No comprende que en la misma medida que avance el Norte, retrocede el Sur.

Yo aconsejaría a las demás Repúblicas americanas que leyesen la historia de América, “desde la independencia hasta nuestros días”, que se enseña en la escuelas de la República Argentina.

La soberbia por el presente bienestar público no reconoce límites. El egoísmo y la pequeñez en ciertos círculos políticos e intelectuales llega a donde no

se supone. Cuando la Argentina regaló a un pueblecito normando donde murió San Martín una estatua de éste, celebró una fiesta magnífica. Para esa fiesta vinieron a Francia buques y militares argentinos. Durante esa fiesta se dijo por argentinos en la prensa de París, que San Martín había libertado la América del Sur. A Bolívar no se le mencionó siquiera. Pero un cronista, en París, corrigió la omisión con esta oportuna frase:

Hablar de la Libertad y no nombrar a Bolívar es como hablar de la Poesía y no mencionar a Homero.

Tal es la simpatía interamericana que ahora se decanta.

Pero no queremos caer en extremos que censuramos. No culpemos a la nación argentina, maravilla y orgullo del Continente, ni tampoco a Buenos Aires, la Emperatriz del Plata, como la llamó Mármol, ni siquiera a la prensa bonaerense, de los procedimientos de escritores nacionalistas.

No olvidemos que en la Argentina siempre hubo espíritus animados por aquel rayo de luz y de verdad que se llamó Alberdi. No olvidemos que hoy mismo predica americanismo y fraternidad por todo el Continente un argentino: el admirable y generoso Manuel Ugarte. No olvidemos que en la prensa de Buenos Aires escriben Alberto Ghiraldo, vocero de la fraternidad humana, un Arrili que merecía gozar de mayor influjo; un Molinari, espíritu de honradez y veracidad; un Ricardo Rojas, enviado a Alemania para aprender cómo se falsifica la historia —cosa innecesaria entre argentinos— pero que a veces reacciona en sentido comprensivo. Y debe mencionarse en primer término —estricta justicia que se le debe—, al grupo de la Revista *Nosotros*, de tan generoso espíritu, grupo que constituye una magnífica excepción en la prensa bonaerense.

Pero estos hombres y estos periódicos carecen allí de influencia. Los que son oídos y seguidos son otros: aquellos Carranza, tan brutos y tan cursis, aquel don Estanislao Zavallos, autor de un libro titulado *Mujeres célebres*, donde olvidó incluirse él mismo. Títulos para figurar allí le sobraban. No olvidemos, con todo, que el actual presidente, Sáenz Peña, proclamando la solidaridad del Continente, ha dicho: *En cuestiones de política americana, debemos volver a los ideales de Bolívar*. No olvidemos que un gran pueblo no puede ser culpable de los errores de algunos de sus hijos.

Por último —y lo digo para probar mi entera, absoluta buena fe—, si en el calor de estas líneas, escritas a las volandas, hubiese algún concepto que hiera a la nación argentina, yo lo retiro en prueba de mi afecto, nunca desmentido, hacia la bella República del Plata.

Lo demás queda en pie, y nadie, ni yo mismo, podría borrarlo.

BOLIVAR, EL GENERAL SAN MARTIN, EL POBRE MITRE,
LA REPUBLICA ARGENTINA Y LA AMERICA DEL SUR

No será fácil suponer, por la lectura de estos artículos, lo que fue esta polémica, que duró varios meses. Baste decir que no hubo gran periódico en América, desde los de México hasta los de Chile, que no interviniera en ella, o reprodujera estos artículos, o los comentase.

El solapado y vejancón Mercurio, de Chile, insinuaba que las refutaciones a la presunción argentina, aunque publicadas en Londres, no alcanzarían todo su efecto si no se publicaban en inglés o francés.

La Prensa, de Lima, defendió mi punto de vista contra el Ministro y el Cónsul argentinos en la capital del Perú, que publicaron algunas tonterías en El Comercio, de aquella capital.

El Norte, de La Paz; El Republicano y otros diarios de Bogotá; El Guante, de Guayaquil, y otros periódicos ecuatorianos, no sólo reproducían estos artículos, sino los comentaban con amplitud.

En México se preguntaban qué sería de la Argentina y de su vanidad estrafalaria, si hubiera tenido la lucha secular con el vecino sajón.

La Nación, de Buenos Aires, me echaba en cara —todavía el 13 de febrero de 1914— el que no fuera yo un hombre rico. Me echaba en cara también algunos crímenes: “encabeza la jauría el escritor Rufino Blanco Fombona, un probable Valentiniano sin ducados ni cortejo palatino; pero con hechos e instintos a lo Borgia”.

El periódico La Prensa, de la misma capital de las Pampas, opinaba que todo aquello se debía a carencia de buena diplomacia argentina: se imaginaba quizás el gran periódico que yo era algún Consulito que obedece órdenes de su gobierno sobre lo que debe escribir o callar. Pero el parecer de este gran diario tuvo repercusión: desde entonces creó Argentina una Legación, que entonces no existía, en Caracas.

Debo añadir que de todos los países americanos, incluso Brasil, las dos únicas excepciones contra mí fueron, por razones comprensibles, la Argentina, y por razones también comprensibles, Venezuela, mi patria, la Venezuela de Juan Bisonte Gómez Iscarote.

En El Universal, periódico de Andrés Mata, órgano incondicional de Judas Capitolino, se publicaron como un desagravio, el retrato de San Martín, el retrato de Mitre, algunas loas a este historiador y algunos improperios contra mí. Entre otras cosas me llamaban los diarios de Venezuela “mal venezolano”.

En el número correspondiente al mes de abril de 1913, acogió *Hispania* un artículo mío de divulgación histórica sobre Bolívar y el general San Martín. En el número de mayo salió el argentino Sr. Parker haciendo la apología, no de San Martín, a quien nadie atacaba, sino de Bartolo Mitre, cuya mala fe puse, de paso, en evidencia.

El Sr. Mitre fue graduado por el Sr. Parker de “primera personalidad suramericana”. En el número de junio reduce la primera personalidad suramericana a su estatura genuina.

El Sr. Parker, fatigado por su esfuerzo, cedió la pluma a otro campeón.

En julio dio *Hispania* hospitalidad al Sr. Alfredo Colmo, culto ciudadano argentino, cónsul de primera clase, profesor universitario de segunda, y escritor de tercera.

Por último, en agosto sale de nuevo a la palestra el señor Colmo, entra en lid el Sr. Levillier, también rioplatense, y se pone a mi lado, en defensa de la antigua Gran Colombia, un ecuatoriano a quien no tengo el honor de conocer, el Sr. Manuel Argimiro Peña.

Olvidaba al Sr. G. Ramírez, nombre que tal vez sea un pseudónimo. G. Ramírez, en el mes de junio, defiende a Mitre, antes de que yo lo ejecutara definitivamente. Después no ha vuelto a defenderlo.

*¡Dios mío! ¡qué solos
se quedan los muertos!*

No es todo. La revista *Renacimiento*, de Buenos Aires, publica, con glosas desvirtuantes, mi articulo sobre Bolívar y el general San Martín; el periódico *Alberdi*, órgano de la Universidad y de los estudiantes de Buenos Aires, me llama “alma envilecida”, envidiosa de la prosperidad argentina, y asegura que Bolívar no asistió a la independencia y que la Gran Colombia no tuvo nunca 500.000 habitantes.

Estos estudiantillos, que tal vez sean algunos profesoretas, o, con más seguridad, el mismo señor Rector, se contentan con negar la existencia de Bolívar y su participación en las guerras de la independencia americana. El Sr. González, de *Renacimiento*, corrige: Bolívar sí existió; pero era un *sou-teneur* —así, como suena—, y su papel en América no tuvo importancia alguna.

El Sr. Carlos Aldao, cuyo nombre salió a colación, me escribe una carta muy cachazuda, y me envía su libro de viajes *A Través del Mundo*, donde se denigra a la América del Sur; por último, un Sr. Juan Gustavino, de mentalidad rudimentaria, se desata en el prólogo de un librito el más imbécil contra Bolívar y contra los pueblos de la Gran Colombia, especialmente Venezuela, de quien dice que “ocupa el último escalón de los pueblos que se educan en el Continente, mientras la Argentina ocupa el primero”.¹¹

¹¹El Sr. Gustavino asegura que Venezuela ocupa el último escalón de los pueblos que se educan en el Continente americano, mientras que la Argentina ocupa el primero. En apoyo de su opinión, el Sr. Gustavino aduce la estadística. Pero no hay que alarmarse: se trata de una estadística argentina. Según esa estadística oficial argentina, en que se apoya Gustavino, el 99 por ciento de los ciudadanos venezolanos son analfabetos.

Voy a demostrar, en dos palabras, que las estadísticas de Argentina no merecen más crédito que sus historias.

En Venezuela la instrucción es laica, obligatoria y gratuita; entiéndase bien: gratuita, obligatoria y laica. Y esto no es de hoy. Diez años antes que Francia conociera, gracias

A Gustavino todo se le puede disculpar, a causa del nombre.

Esto por lo que respecta al lado rioplatense.

Por lo que respecta al otro lado, periódicos de Colombia, Méjico, Bolivia, Chile, Paraguay, Centro América y Cuba, que han llegado a mis manos, ponen en claro una vez más la insolencia de ciertos escritores argentinos, su odio hacia el Continente, su bolivarofobia, su megalomanía, y su ininterrumpido sistema de falsificar la historia del Nuevo Mundo y fabricarse una historia nacional que no tienen.

Como los *parvenus* sueñan con genealogías nobiliarias y a falta de tales genealogías compran títulos del Papa, la República Argentina, enriquecida con el sudor democrático de comerciantes y agricultores, célebre por sus ventas y sus compras, desea, a juzgar por ciertos plumarios, una historia deslumbrante. Como no la tiene, se la fabrica, con menoscabo de la verdad y de la América.

Por eso Pérez Triana, que también ha metido baza en la discusión, le aplicó este cauterio, que perdurará como un axioma: *Hay cosas que no se compran y cosas que no se venden*. (*Hispania*, abril, 1913).

La frase ha corrido para fortuna. En *El Republicano*, de Bogotá, donde se ventilan estas mismas cuestiones, leo un artículo del publicista don Laureano Vallenilla, artículo que se titula: *Lo que no se compra*.

No me parecen baldías estas dilucidaciones históricas. Nos enseñan a unos y otros lo que somos; por lo menos lo que somos, en concepto de los demás.

Pero tampoco se puede vivir de pugilato. Como ni una sola de las aseveraciones que hice respecto a Bolívar, al general San Martín, al pobre Mitre, a la República Argentina y a la América del Sur —entiéndase bien, ni una sola— ha sido rebatida, yo, por mi parte, debería poner fin a la polémica; pero no se lo pongo.

Espero que salgan a la palestra más vigorosos lidiadores. Que vengan singular o colectivamente: los aguardo en la arena que los gladiadores precedentes, llegados en numerosas y apretadas falanges, han teñido metafóricamente con su sangre, antes de irla, uno a uno, abandonando.

Disparan su flechita y después disparan ellos. Partos de Patagonia.

Aun me permitiré varias observaciones pertinentes. Que la América juzgue.

a Jules Ferry, la instrucción obligatoria, laica y gratuita; entiéndase bien, diez años antes que en Francia, el Partido Liberal impuso la instrucción gratuita, obligatoria y laica en Venezuela. Ese partido, con breves alternativas, no ha cesado de gobernar desde entonces en Venezuela. Es de suponer que habrá sabido mantener reluciente uno de sus mejores títulos al poder, y a las simpatías nacionales.

La estadística que cita Gustavino es de 1912. Baste oponer a esa mentirosa estadística argentina de 1912, el *Anuario Estadístico Venezolano* de ese mismo año. Y si se quiere una estadística extranjera, basta citar el *State Year Book* de la misma fecha.

Tanto los datos de origen venezolano como los de origen inglés, desmienten al *Museo Social Argentino* de 1912.

Según se ve, las estadísticas de la República Argentina no valen más que sus historias.

A mis opiniones y razonamientos de carácter histórico, basados en el testimonio de documentos oficiales y particulares, de fuentes distintas y aun opuestas —documentos todos coincidentes— a mis razonamientos y opiniones basados, además, en la opinión de personajes contemporáneos y en el juicio de ulteriores historiógrafos, ¿qué responden los pugilistas argentinos?

Parker que “Mitre es la primera personalidad suramericana”, que la Argentina es superior a 25 países de América, y que Venezuela, según Carlos Aldao, tiene monopolios, cambia a menudo de Constituciones y no ha elegido presidentes con visos de legalidad.

G. Ramírez, se contenta con confesarse frenético admirador de Mitre. Esta admiración y el lenguaje de su carta dan la medida de su mentalidad. Según G. Ramírez, sorprender *infraganti* a D. Bartolo falsificando documentos de historia, es “ignominia sin nombre que caerá como una bomba, no sólo en la patria de Mitre, sino en todas partes, porque *ésta es una figura mundial*”.

El mundo hasta ahora no ha hecho explosión, según sería fácil comprobar, porque Mitre haya sido sentado en el banquillo como falsificador de la historia, intrigante de mala fe y cronista sin escrúpulos, que no vacila en aventurarse a relaciones de mentira y adulteración de documentos.

Ninguno de sus dos abogados ha podido negar que Mitre sea, como se le probó, mediocridad política, literaria, militar y hombre de mala fe. Se contentan con llamarlo “la primera personalidad suramericana” y “personalidad mundial”. En la tierra de los ciegos el que tiene un ojo es rey.

Todo eso puede ser evidente, desde Buenos Aires. Máxime si consideramos como “América del Sur” a la extensa Patagonia.

El respetable Sr. A. Colmo, sociólogo cejijunto, de frase turbia y elucubraciones de cal y canto, macizas, pesadas, y casi casi incomprensibles para los que conocemos poco la lengua de los mamelucos, en vez de impugnar mis aserciones, como cumplía, asegura de mí: “No se ha dado gran cosa a la enseñanza de Comte, Spencer y *de todos* los sociólogos contemporáneos”.

Confieso con franqueza que el señor Colmo tiene razón. Yo no he sido nunca maestro de escuela. Carezco de ciencia y de talento para enseñar a Comte, Spencer y “a todos” los sociólogos contemporáneos.

Enseñaría, sí, llegado el caso y por obra de misericordia, al que no sabe. Pero a Comte, a Spencer, ¡qué Colmo!

El respetable Colmo es hombre de pelo en pecho. Termina su artículo de 1º de julio con estas palabras: *las quijotadas de “Libertad”, “Civilización”, “Justicia” y de muchas otras sandeces semejantes.*

Treinta días corren.

El 1º de agosto empieza el respetable Colmo su nuevo y ponderoso artículo sociológico con estas palabras magníficas: *No, no me quejaría mucho si aquel supuesto fuese exacto.* Aquel supuesto, ustedes recuerdan, del mes pasado.

Desentendiéndose Colmo en su segundo artículo, lo mismo que se desentendió en el primero, de los puntos concretos de historia que se debaten, vestido de sabiduría, lleno de filosofía y de ciencia sociológica, con su Leibnitz en la mano, su Enrique Ferri en los labios, y sin olvidar “una sinfonía del inmortal Beethoven” ni “el Tristán del divino Wagner”, se encara conmigo y me pregunta: *¿Conoce el articulista a Yrurtia?*

Francamente, no lo conozco. Tal vez al lector ocurra lo mismo.

Toda esta sociología y estas bruscas preguntas: *¿conoce el articulista a Yrurtia?* no sirven en el fondo sino para desguisar la incurable megalomanía argentina, que apunta lo mismo en Parker que en Mitre, en Levillier que en Colmo.

Casi todas las respuestas que me han dado son meras *réclames* de Argentina y explosión de alabanzas. Parece que la consigna sea esta: tocar el bombo sin descanso.

Según Colmo, el celebrado Lugones es *el primer poeta de habla castellana, no ya en mi país sino en toda la América, y en el mundo entero. La prensa argentina hace palidecer aun a muchas prensas europeas.*¹²

Oíd al modesto mameluco Sr. Colmo. *Nuestras distintas vías de comunicación, vapores, ferrocarriles, caminos puentes, etc., no obstante varios inconvenientes de cantidad y calidad, . . . se hallan a la altura de lo que precede.*

Sigue Colmo su retahíla. *Ejército, marina, policía, etcétera, son, simplemente, de primer orden.*

Simplemente de primer orden es la ingenuidad de este profesor de Universidad argentina. *Lo mismo cabe decir de nuestros correos, telégrafos, teléfonos, edificios públicos, plazas, parques, etc., etc. Si vamos a la higiene y a las distintas obras relativas a los enfermos y criminales. . .*

No, por Dios, no vayamos; o vaya usted solo con Enrique Ferri, Comte, Spencer, Leibnitz, “el inmortal Beethoven y el divino Wagner”.

Aunque yo no lo acompañe a la enfermería, y quizás el lector tampoco, prosigue el respetable Colmo invitándonos: *Puedo, entonces, pasar a lo relativo a las artes que aquél cree ahogadas en el economismo de nuestros ferrocarriles, ganados y cereales.*

No, Colmo amigo, no me invite usted más.

Yo lo dejo a usted aquí, en medio de sus cereales; y tomo el ferrocarril para irme bien lejos de esa próspera Buenos Aires, adonde halle menos rastacuerismo y más gusto.

¹²Siempre lo argentino hizo palidecer o callar lo extranjero: *Sol de Austerlitz palidece ante el sol de Ytuizangó.*

Sucre, Miranda, Nariño, Morelos, Belgrano, Artigas, y principalmente Bolívar, palidecen ante San Martín. Por lo demás, ya lo dijo la expresiva estrofa himnica:

*“Calle Esparta su virtud,
Su grandeza calle Roma,
Silencio, que al mundo asoma
La gran Capital del Sur.*

Y no extraña usted que lo llame amigo; me alejo de usted con dolor, con dolor de cabeza, es verdad; pero con la impresión de que usted es un buen hombre; un argentino sano y de bien, que sirve a su pueblo como puede, sin insultar el de los demás.

Adiós, honrado Colmo. Voy a asistir a otra exposición de grandezas: a la exposición Levillier.

Levillier o Levi-Llier no tiene, aunque argentino, un nombre muy católico. Tal vez no lo sea ni de nombre ni de raza. Podríamos pedirle su fe de bautismo; pero, ¿dónde andará a estas horas la fe de bautismo de Levi?

Me inclino a no creerlo muy católico por su género de crítica. *En lo que a mi modestísima persona se refiere, noto tres errores en nueve líneas: 33,33 por 100 es una proporción respetable. ¿33,33 por 100? Casi no queda duda.*

Antes de abrir su exposición, Levillier se para en la puerta de la barraca y entretiene al público y lo atrae. Escuchemos, antes de entrar, los *boniments* de Levillier.

Cita a un profesor pseudo-alemán de su invención (cuando pudo citar al inglés *Christkiller*), como yo cité al profesor alemán de Carlyle contra un plagiario de Cuba; habla de novela histórica a lo Dumas, que es lo que yo he dicho cien veces, con las mismas palabras, a Bartolo Mitre. Es una urraca. Se burla de mi estilo, el guasón, olvidando que hay dos cosas que un discípulo de Mitre no puede enseñarme: a decir la verdad y a escribir el español. Termina por informar que tiene treinta años. ¿33,33? Bueno. Jehová se los conserve, para que haga mejor uso de ellos.

Empiece la exposición Levillier.

Hombre de talento, aunque sociólogo, Levillier dice en su hermoso libro *Les Origines Argentines*, que apenas la Argentina tocó el yugo de España, el yugo cayó a tierra: *el cetro español fue separado sin resistencia, como si lo hubiera tenido el brazo de un fantasma* (página IX).¹³

Cumplida esta proeza incruenta, es decir, realizada la independencia ar-

¹³He aquí el texto francés: *Le sceptre espagnol fut écarté sans résistance, comme s'il eut été tenu par le bras d'un fantôme* (pág. IX).

Reténgase bien en la memoria esta proeza, que encierra una verdad, a saber, en lenguaje corriente: que la República Argentina no libró batallas, como otros pueblos, para conquistar su independencia, que allí no se luchó para obtener tan enorme beneficio. Es verdad. La Argentina es el único país de América, desde Méjico hasta Chile, en cuyo territorio no se libró una gran batalla, ni se obtuvo una gran victoria contra los españoles, por la sola razón de que los españoles no fueron allí. El virrey del Perú envió, sí, algunas expediciones de indios, y con estos indios peruanos, al mando de generales improvisados, derrotó España a las tropas argentinas y dominó la mitad del antiguo virreinato argentino, hasta que Bolívar lo libertó en 1825 y fundó con esos territorios la República de Bolivia. De Juan Bautista Alberdi, el mayor hombre de pluma argentino, son las siguientes palabras: *el Libertador de Colombia se hizo cargo de libertar las cuatro provincias argentinas que Belgrano, Balcarce, Rondeau y San Martín no pudieron libertar.*

gentina sin lucha, como es verdad que se realizó, *la raza, librada a sí misma, se encontró enteramente sometida al impulso de sus instintos* (página IX).

Esta raza no es la de Abraham y de Jacob; es la raza argentina. Y ¿qué hace la raza argentina, obedeciendo a sus impulsos? Pues una bicoca: liberta la América del Sur.

El Perú, el Alto Perú, Chile, Ecuador, Colombia y Venezuela luchaban contra España, con desventaja. *Un ejército, levantado gracias a la generosidad nacional*, partió para ayudar a esas provincias *a conquistar su autonomía*. *Durante cerca de diez años el genio de San Martín le hizo realizar proezas que despiertan todavía la admiración de los tácticos* (págs. 188-189).¹⁴

Yo comenté de paso, en mi artículo sobre Bolívar y el general San Martín, esa afirmación de Levillier, que es, como las afirmaciones de Mitre, su maestro, una descarada falsificación de la verdad. El Sr. Levillier me ha desmentido en *Hispania*. Ahí quedan sus palabras. Que se juzgue.

Asegura más adelante don Roberto Levillier que el Gobierno argentino no le pagó su libro. Es posible. Pero muy contento debió quedar aquel Gobierno cuando acoge oficialmente los postulados del escritor y pensiona a don Roberto con los dineros del Estado. A la fecha, agosto de 1913, ¿tiene o no un estipendio oficial?

El caso de Levillier no es único. Los historiadores y sociólogos argentinos que tratan la historia como Mitre y Levillier se llaman legión. Y la América estúpida se cruza de brazos y cierra los oídos, cuando no aplaude los *progresos argentinos*.

Apláudanse en buena hora los progresos argentinos, pero no en punto a historia.

Estos progresos lamentables son cotidianos y múltiples. Hace treinta años no cesan.

La táctica de Mitre ya se olvida por anticuada. Mitre asentaba una mentira en diez líneas; en diez líneas subsiguientes se contradecía a medias. Avanzaba cinco pasos en su fábula; retrocedía luego tres: ganaba terreno poco a poco. Sus discípulos lo superan. Embisten contra la verdad como Córdoba en Ayacucho; *¡a paso de vencedores!*

De ese número es un sujeto llamado Gustavino, cuya cerebriedad corre parejas con su nombre.

¹⁴Le Pérou, le Haut Pérou, le Chili, l'Equateur, la Colombie, la Vénézuéla luttèrent contre l'Espagne avec désavantage. Une armée, payée grâce à la générosité nationale, partit pour aider ces provinces à conquérir leur autonomie. Pendant près de dix ans, le génie de San Martín lui fit accomplir des exploits qui provoquent aujourd'hui encore l'admiration des tacticiens (págs. 188-189).

Ya Bolívar no es Libertador, como lo llamaron los congresos, los pueblos y la historia; el Libertador de América, con mayúscula, es don José de San Martín, aquel teniente coronel español que ganó dos batallas y un combate en la América del Sur, no contra ejércitos de España, sino contra indios del Perú, enviados por el Virrey, al mando de generales de ocasión. *La figura moral del Libertador* —dice Gustavino— *proyecta su sombra protectora sobre la América del Sur, desde las Antillas hasta la Tierra de Fuego*.¹⁵

El caso de la República Argentina, a juzgar por la mayor parte de sus escritores, es un caso curioso de megalomanía colectiva.

Gustavino, por ejemplo, se parece al pobre enfermo que anda por las calles creyéndose Papa y Emperador mientras que se ríen de él hasta sus zapatos rotos. ¡Qué desequilibrio! Y ¡qué desequilibrio agresor! Estos locos son peligrosos.

Porque la América no piensa que San Martín, por haber ganado dos batallas en Chile, contra los indios del Perú, *proyecta su sombra protectora sobre la América del Sur, desde las Antillas hasta la Tierra del Fuego*. Gustavino cierra contra la América y la insulta en términos soeces y avinados.

Los libros que salen a luz en las naciones americanas, respecto a historia del Continente, *no son, en mi humilde concepto* —expone el Emperador de los zapatos rotos— *resultado exclusivo del poco conocimiento que aquellos países tienen de la historia del Plata, sino también del estado de su educación política y moral*.

Pero consuélense las Repúblicas de la América Latina. Gustavino abraza la esperanza de que pronto la América pensará como él, como Levillier y como Mitre. *Yo no dudo que cuando la mayor ilustración de las masas de aquellos pueblos haya elevado la razón pública, las imprentas dejarán por siempre de imprimir libros de esa naturaleza*.¹⁶

¹⁵Contra este género de pretensiones acaba de escribir el ilustre dominicano, compañero de Martí, don Federico Henríquez y Carvajal: "Hay muchos libertadores, pero no existe sino un solo Libertador, el insuperado e insuperable Simón Bolívar". Y don Francisco García Calderón el pensador insigne del Perú, maestro de la juventud de Hispanoamérica, expone lo mismo en frase más lapidaria: *Bolívar es el más grande de los libertadores americanos: es el Libertador*.

¹⁶El libro de cuyo prólogo tomo semejantes lindezas se titula *San Lorenzo*, por Juan Gustavino (Buenos Aires, 1913). San Lorenzo fue, como se sabe, un combate de 120 hombres, que dio San Martín: su única acción de armas en la Argentina, acción donde los patriotas tuvieron, según el exagerado Mitre, 15 muertos. Gustavino prueba en 233 páginas —más de 15 páginas por muerto— que por haber librado ese combate, San Martín es "el Primer capitán de América, el Primer criollo, el Libertador, un genio". ¡Pobre y buen San Martín, que hiciste lo que pudiste, tan voluntaria y noblemente! ¡Cómo ponen en ridículo tu austera figura!

Había, por supuesto, que insultar al otro pobre mártir de la estupidez, a don Simón, el Caraqueño, o Simón el Castellano, como lo llamó Olmedo. Gustavino lo hace de manera cumplida, en estas palabras de oro: *Mal americano que encanallaba la causa de América comprometiendo su futuro de país libre y respetado, con sus celos, sus ambiciones torpes y desmedidas, sus odiosidades, sus banderías y sus conspiraciones de interés privado frente a los intereses de la patria*.

Ese es el fruto de la *Historia*, de Mitre, y de sus veinte años de ininterrumpida prédica contra Bolívar y los pueblos de América en *La Nación*, de Buenos Aires. No

Ya lo sabéis. Gustavino no duda. Gustavino espera. Dejemos a Gustavino esperando. Respetemos las ilusiones del Emperador.

Por el estilo del precedente es el rector de la Universidad de Buenos Aires, a quien atribuimos el artículo anónimo que corre inserto, sobre este mismo tópico, en *Alberdi*, órgano de los estudiantes. Los estudiantes son demasiado jóvenes para tener tanta ignorancia. He aquí algunos conceptos de la hoja citada, edición del 15 de julio de 1913:

El atrevimiento del articulista llega más allá: niega que San Martín haya sido el libertador de cuatro naciones de América, como también de la nuestra. Negado.

Dice que la expedición al Perú fue hecha con dinero, instrucciones, barcos y hombres de Chile. Yo le preguntaría: ¿Quién dio su bandera a Chile? ¿Quién su libertad? Que conteste Chile.

Con dinero y hombres de Argentina se hizo, según el rector, la expedición al Perú.

Con lo primero compró barcos: con lo segundo venció al enemigo.

¿Venció al enemigo en dónde? ¿Querrá el rector indicarme el nombre de una batalla siquiera de las que haya librado el general San Martín en el Perú? Nosotros no sabemos que haya librado durante toda su vida de general, y como general, sino dos batallas: ambas en Chile. El rector, generoso, agrega, respecto a la campaña del Perú: *Reconocemos una pequeña ayuda por parte de Chile*. Ya lo sabe Chile: una pequeña ayuda. Relea, por lo menos, *Alberdi* las instrucciones de O'Higgins a San Martín.

Prosigue el rector:

Bolívar, ¿estaba en América cuando estalló la revolución? No. Estaba en Europa; su ocupación era divertirse. . . Bolívar estaba en América desde 1808. La revolución estalló, definitivamente, dos años después, y él contribuyó a crearla.

culpemos al infeliz Gustavino, ni a su maestro inmediato, aquel reblandecido Carranza, cuyos insultos a la gramática, a la lengua, al sentido común, a la verdad, a la historia, a la América y a Bolívar, superan a los de Gustavino, hasta en lo grotesco.

Ambos insultan, por ejemplo, al historiador don Carlos A. Villanueva, por sus obras sobre *La Monarquía en América*, sin nombrarlo. Puede estarse o no estarse de acuerdo con las conclusiones de Villanueva. Yo no lo estoy. Pero se le debe respeto. Villanueva es un hombre de cabellos ya encanecidos; ha pasado veinte años de su vida en los archivos de Londres y París, de donde extrajo tesoros; escribe con una serenidad digna de estimación, apoyando sus opiniones en documentos que cita, la mayor parte inéditos. Es miembro de ilustres corporaciones históricas de Francia, España y varias Repúblicas de América. Su palabra resuena en una cátedra de la Sorbona. Es, en suma, un hombre apreciable y apreciado, por sus conocimientos en punto a historia, por su laboriosidad, por su posición social, por su carácter. Pues bien, a este cumplido caballero, a este erudito historiador, lo insultan, sin nombrarlo, despreciándolo, un insignificante y anónimo periodista como Carranza, que hace rapsodias de historia, y un Gustavino cualquiera. Así va el mundo.

Podemos asegurar que Colombia no tenía ni muy aproximada población. Quiere decir: no tenía una población que se aproximase a 500.000 habitantes.

No extraño que lo pudiera asegurar. Los historiadores, sociólogos y comentaristas argentinos nos tienen curados de espanto. Le aconsejamos que lea las estadísticas coloniales. Eso basta.

San Martín fue un verdadero soldado, saturado de la más moderna táctica militar. Bolívar no conocía disciplina alguna, y hacía una guerra brutal, salvaje. Es por esto que San Martín perdiera 1.512 soldados, mientras Bolívar perdía 500.000... Orgullosa, ambiciosa y amante a la etiqueta, todo lo quería para él, llegando a aplacar su sed de gloria con gloria arrebatada al primero, es decir, a don José.

Todo es según el color del cristal con que se mira. Hay que mirar con desprevenidos y sinceros cristales blancos: con los cristales de la verdad... Y con los del sentido común.

Este rector podrá no ser "amante a la etiqueta", ni estar "saturado de la más moderna táctica militar", sin embargo, es un estratega de primer orden y un escritor, a su modo, admirable... Admirable para poner en ridículo al héroe que defiende, al periódico que redacta y a la Universidad que regenta. Cualquier idea defendida por este grave personaje se convierte en cosa de risa. Este solemne rector tiene el don de hacer reír. ¡Quién iba a creer tan cómico a este lúgubre doctor! No habrá muchos sabios como ese, ni siquiera en la Universidad de Buenos Aires. Confesamos que es único, y que le debemos gratitud por el rato ameno que nos produce. Nos ha divertido más que Colmo. Así tenía que suceder: Colmo no es sino profesor en la Universidad que el otro dirige. Hay jerarquías.

Prosigamos con el rector. ¿Por qué no prolongar estos momentos agradables?

Defensa de Mitre: *Acusa a Mitre de falsificador de documentos sobre los cuales escribió toda la historia del Continente...* El Sr. Fombona no mide sus palabras. No las mido: las peso. No acusé a Mitre; lo sorprendí *infraganti*, e *infraganti* lo expuse al baldón de América.

Ya Alberdi, que da nombre a ese periódico y a quien ese periódico debe creer, dijo de la historia de Mitre: *Historia escrita según la vanidad del país y para lisonjearle, con el fin de ganar sus simpatías y sufragios en interés personal del autor.* Y de los documentos de Mitre y su manera de emplearlos: *Se diría que el autor no los ha reunido sino para emanciparse de ellos. Su mismo libro es una revolución de independencia contra la autoridad de sus documentos.* Basta.

Ahora un recuerdo rectoral:

"Argentina salió en defensa de su débil país cuando se encontraba amenazada por los cañones alemanes que pretendían bombardearla". (Sic.)

Jamás solicitó Venezuela el apoyo de la Argentina, ni siquiera en recompensa del apoyo que solicitó Argentina del Libertador, en 1825. Jamás Argentina prestó apoyo alguno a Venezuela. Tal afirmación es el colmo del

delirio de las grandezas, y no tiene semejante sino en la *Historia de la América del Sur*, por Bartolo Mitre.

Mi debil país cumplió en 1902, como lo cumplió otras veces, y como debemos esperar lo cumpla siempre, su deber: el deber elemental de defenderse. Inglaterra, Alemania e Italia, coaligadas, nos agredieron, en 1902.

Los cañones Schneider de la Fortaleza de San Carlos, impidiendo que el *Panther* y el *Vineta*, barcos de guerra alemanes, entrasen al lago de Maracaibo; la ciudadanía de Puerto Cabello, asaltando a un buque inglés y poniendo preso desde el capitán hasta el último marinero; el gobierno nacional metiendo en la cárcel, desde que sonó el primer cañonazo, a muchos miles de alemanes, ingleses e italianos existentes en Venezuela, y amenazando con fusilarlos a todos, con o sin razón, si un soldado extranjero pisaba tierra de nuestro país; las fuerzas de artillería y de línea impidiendo el desembarco en La Guayra, en Carúpano, en Cumaná, de italianos, ingleses y alemanes; nuestros buquecitos de palo prefiriendo perecer a rendirse; nuestros *prácticos* del Orinoco, haciendo encallar el buque extranjero que los obligaban a conducir; el espíritu nacional dispuesto al sacrificio y a realizar aquella misma guerra “brutal, salvaje”, la guerra a muerte, con que destruyó un siglo atrás las múltiples expediciones españolas de Salomón, Cortabarría, Miyares, Morillo, Enrile, Hore, Canterac, Murgeón: esos fueron nuestros únicos defensores, y sólo en ellos confiamos.

Alejados de nuestras costas los piratas extranjeros, el Dr. Drago, Ministro argentino de Relaciones Exteriores, envió al Ministro argentino en Washington —no en Londres, ni Berlín, ni Roma— un oficio importantísimo sobre una cuestión de principio, una cuestión en abstracto, sobre el cobro compulsivo de deudas internacionales. Ese oficio ha hecho célebre el nombre del jurista Drago.

Que la Argentina tenga esta o aquella opinión en punto a derecho internacional, y que aprovechase tal o cual momento oportuno para exponerla, no significa que haya sacado la espada para defender a Venezuela. Por lo demás, yo sí creo que la grande y noble Argentina estaría dispuesta a auxiliarnos, de haberse prolongado aquel conflicto, y que Inglaterra, Alemania e Italia se hubieran desvanecido del Caribe, a presencia de la bandera azul y blanca.

Por fortuna, el caso de prueba no llegó. ¿Cómo afirma, pues, lo contrario, sin turbarse, la prensa universitaria de Buenos Aires?

Argentina pudiera ser un soldado del derecho en la América del Sur. En vez de llevar injusta guerra al Paraguay, en vez de soñar sueños imperialistas,¹⁷ ¿por qué no contribuyó, en unión con los demás pueblos de Hispanoamérica, a impedir la crucifixión de Nicaragua por los alevosos yanquis? ¿No pudo impedirse que el ávido cerdo del Norte fomentase desórdenes sangrientos en Nicaragua y terciara luego en la gresca para apoderarse del canal

¹⁷Véase la obra de Ingenieros: *De la Barbarie al Imperialismo*.

nicaragüense e impedir que Nicaragua lo vendiese a otro país que Yanquilandia?

El actual conflicto con Méjico, nacido de las pretensiones yanquis a entrometerse en las cuestiones internas de la vecina República, ¿no se presta a un ademán viril de Sudamérica? ¿No puede servir a la Argentina y otros pueblos para levantar la voz y poner coto, o tratar de ponerlo, a los rapaces, feroces y agresivos comerciantes del Norte?

El destino conduce a la Argentina a representar un papel de primer orden en la América del Sur. ¿Por qué ensordece al destino que la llama?

Pasemos a otro comentarista.

El Sr. F. C. González dirige en Buenos Aires una bonita revista titulada *Renacimiento*. El Sr. González, que es, según mis informes, un escritor conocido en Buenos Aires, reproduce, como ya se dijo, mi artículo sobre Bolívar y el general San Martín, intercalando en el texto glosas de su cosecha. Ni una sola de mis aseveraciones impugna. “Reservando para otros esa misión”, dice, y pasa a otra cosa. Es la misma táctica de los demás. Cuanto he dicho queda en pie. Así tenía que ser porque yo no prestidigitó con la verdad, sino la expongo humilde y desnuda, hermoseedada de su solo resplandor.

El Sr. González es un escritor de la escuela de Mitre, lo que vale decir, sin escrúpulos. La prueba al canto.

En el articulejo que ha despertado tempestades dentro de los tinteros y entre los tinterillos de Argentina, yo escribí lo siguiente, al comparar, por oposición, al Libertador con San Martín:

San Martín era hombre de cuartel; Bolívar era un hombre de mundo. San Martín era meticuloso en los detalles; Bolívar, de un golpe, abarcaba la síntesis. San Martín, hombre de instrucción rudimentaria, que ignoraba hasta la ortografía, era un silencioso; BOLÍVAR, HOMBRE DE LIBROS Y DE VIAJES, ERA UN TRIBUNO; SAN MARTÍN, MONÁRQUICO, BUSCABA UN REY A QUIEN SOMETERSE; Bolívar, republicano, convocaba Congresos, dictaba Constituciones y no quería someterse, ni que América se sometiera a nadie, sino a la ley, y, cuando más, al dominio estratocrático de sus libertadores.

El Sr. González, al reproducir el paralelo en su Revista (número 37, correspondiente a abril de 1913), trunca lo que no es de su agrado y adultera mi pensamiento y mis palabras. He aquí como transcribe:

...San Martín, hombre de instrucción rudimentaria, que ignoraba hasta la ortografía, era un silencioso; Bolívar, republicano, convocaba Congresos...

Como se advierte, el Sr. González suprime lo que no desea que se divulgue, a saber que BOLIVAR, HOMBRE DE LIBROS Y DE VIAJES, ERA UN TRIBUNO”; y que “SAN MARTÍN, MONÁRQUICO, BUSCABA UN REY A QUIEN SOMETERSE”.

Lo que no gusta se suprime; las verdades amargas se silencian; la historia se puede adulterar.

No insistamos. Sería crueldad. La culpa no es de don F. C. González, sino de la escuela a que pertenece. El no es un caso aislado. Así proceden todos los historiadores, pseudo-sociólogos y comentaristas argentinos de la escuela de Mitre. Y son, repito, Legión.

Así se adultera, con el mayor descaro, diariamente, hace treinta y más años, en la República Argentina, la historia del Continente; así, después de Berruecos, asesinan de nuevo a Sucre; así se desfigura a Bolívar y a San Martín. Así han hecho del Libertador un monstruo, de Sucre una sombra, y del general San Martín el "Primer capitán, el Primer Criollo, el Libertador de la América del Sur, un genio".¹⁸

Pero Bolívar no sirve sino de cabeza de turco. Insultándolo a él y negando su obra de Hegemón americano, se niega la obra histórica continental de la antigua Gran Colombia y se insulta a los pueblos que integraron aquella gloriosa y guerrera nación.

En los últimos años, con la prosperidad argentina ha crecido la insolencia. Ya dije que cierta prensa argentina se complacía en denigrar a los demás países americanos. Tan exacta es la aserción que ninguno de mis contendores ha osado contradecirla. Ese silencio es elocuente.

Y no son los periodistas una excepción en aquella antipatía desdeñosa de los escritores argentinos hacia toda la América, desde Chile hasta Méjico. Groussac, director de la Biblioteca Nacional, recorrió gran parte de la América del Sur, Chile, Perú, las costas de Colombia, Méjico, y escribió un libro ameno. Para cada país tuvo un insulto, para cada sentimiento nacional tuvo una herida. Aquel hombre bilioso y de talento se complació en espolvorear de efficacísimo veneno las úlceras que levantaba. Contra Méjico principal e injustamente se ensañó.

—El Sr. Miguel Cané, viajero, diplomático, grafómano y rastacuer argentino, quiso burlarse de Bogotá y de Caracas en librito malhadado. Yo escribí sobre Cané, en *La Revue des Revues*, cuatro palabritas de miel, y le di por unos días la celebridad del ridículo.

Pero existen ejemplos más recientes. No los busquemos fuera de aquellas personas que han terciado directa o indirectamente en el debate que, con estas palabras, va a cerrarse. La obra del Sr. Carlos Aldao, citada por el señor Parker, puede convenirnos de patrón. Esta obra sirve de autoridad sobre los países de América en la República Argentina, como lo prueba el que Parker recurriera a ella, en busca de argumento decisivo contra Venezuela.

La obra del Sr. Aldao se titula: *A Través del Mundo*, y lleva cuatro edicio-

¹⁸No contento el Sr. González con adular mi artículo, en vez de impugnarlo, en vez de contestar a mis razonamientos con hechos y documentos históricos que los anulan, se entretiene, como casi todos los de su escuela, en insultar al Libertador: "Bolívar, dice, aparece como un vulgar *souteneur* de nuestros tiempos" (*sic*).

nes. El volumen que me envía su autor es de 1912, y lleva en la carátula este letrero: *Cuarta edición aumentada*. Cuatro ediciones; eso patentiza que la obra ha gustado y que el público argentino la lee y relee con placer. No se olvide la observación.

Probemos esa fruta bonaerense que hace la delicia de paladares argentinos.

El Sr. Aldao ha recorrido el mundo entero, y del mundo entero trata en su obra. Concretándonos a la América, vemos que ha viajado por Cuba, México, Venezuela, Perú, Bolivia, Panamá, Estados Unidos, Brasil, Chile, Uruguay y costas de Colombia y Ecuador.

Consideremos, someramente, algunas impresiones de Aldao sobre cada país americano:

CUBA

De Cuba dice:

“Calles asoleadas, soñolientas, *desiertas de gente* y con gallinas que las recorren en unión *con pedazos de papel* que el viento hace volar, están delineadas por *casas con tejados, pintado el frente* con colores vivos, *con enormes aberturas*, las puertas con tres o cuatro batientes, las ventanas provistas de una reja formidable y saliente de hierro o de madera torneada”.

Las bastardillas no son del Doctor Aldao, sino mías. Comprendo la estupefacción del sabio Doctor ante las rarezas de Cuba, que él sabiamente apunta, para deleite de sus compatriotas: *¡¡¡calles desiertas de gente, gallinas con pedazos de papel, casas con tejados*, tal vez con varios tejados, y *pintado el frente con enormes aberturas!!!*

No cuatro, sino veinte ediciones merece el libro del sabio Doctor. Pocos viajeros habrán recorrido el mundo con más éxito que el Doctor Aldao, pocos habrán visto tantas curiosidades como él, pocos habrán escrito sus recuerdos e impresiones en lenguaje tan pintoresco. Saludemos al Doctor Aldao, de la Universidad de Buenos Aires, viajero universal y literato de fuste, eminencia de las letras y de las ciencias en el Río de la Plata, autor cuyos libros alcanzan múltiples ediciones. Razón tenía el Gustavino de marras. Los demás países de América son por extremo ignorantes. En ellos son raros los escritores como el propio Gustavino y el Doctor Aldao.

Pero, adelante. No descuidemos la intención “las ideas” de Aldao, lo mejor de su alma, el perfume de la flor, por detenernos a admirar la forma. Gocemos con la crátera de plata repujada, pero bebamos el vino de oro que burbujea en el fondo.

“En las ciudades (*de Cuba*) es notable la proporción subida en los endebles, enfermizos o raquíticos”.

De la guerra de independencia cubana opina: “Tres años de esta guerra irregular no es la mejor escuela para formar ciudadanos disciplinados”.

Un día fue al espectáculo en la Habana: “Todas las bailarinas eran negras o mestizas, desde el negro humo hasta el verde aceituna, y abrazadas a sus

compañeros blancos se mecían en el eterno danzón”. “Agregaré que el sesenta y tres por ciento de la población es de analfabetos, cantidad que podría aumentarse. . .”

Las cosas buenas que haya en Cuba no son obra de Cuba, ni de España, sino de los yanquis, por los que Aldao siente una admiración muy comprensible. “Donde mejor se ven los signos de la pujanza americana es en las ciudades en que permanecieron sus tropas”. Celebra Aldao otro beneficio que hicieron los Estados Unidos a Cuba: “Cuando los Estados Unidos tomaron entre sus manos el gobierno militar de Cuba, comenzaron por disolver el *ejército libertador*, cortando así de raíz los males que traen consigo las ambiciones. . .”

El autor aplaude con el mayor regocijo la enmienda Platt. Cuba es, en resumen, “una patria con potencialidad y aptitudes imaginarias”.

Basta. Tomemos el buque y a Méjico.

MEJICO

“La masa azteca de su población —expone el sabio de Buenos Aires—, a la que se ha mezclado muy poco elemento extranjero, después de dos intenciones imperialistas. . . ha encontrado su equilibrio estable en una República nominal, con la presidencia completa del señor Díaz”.

El ilustre doctor emprende un paralelo entre su país y el de Juárez, denigrante, por de contado, para Méjico. No lo acompañemos por ese camino, por respeto y afecto a Méjico; sigámosle más bien por otros caminos por donde el viajero argentino ha visto, según cuenta, “gentes de tipo cercano al japonés, descalzos o calzados con sandalias, que van con paso apresurado, las mujeres con sus hijos *montados a babucha* y los hombres con el aparejo asiático para cargar grandes pesos *sobre la cintura*”.

Los mejicanos le parecen, como se mira, bestias de carga, y los pinta con aparejo, como las mulas. Tal vez sean así; pero uno en realidad no sabe a qué atenerse con tan pintoresco y visionario escritor, que descubre en Cuba *casas pintadas con aberturas* y en Méjico “mujeres con sus hijos *montados a babucha*!”.

Babucha significa en castellano chinela. Según los filólogos Ysaza y M. de Toro Gómez —hombres de países ignorantes, según Gustavino; de países grotescos, y *sin ningún porvenir*, según Aldao—, *babucha* trae su origen del árabe *babux*, que viene del persa *papux*, que significa *cubre pie*. Yo ignoro el persa y el árabe: me atengo a la filología, respecto a la acepción única de la palabra. *Babucha*, repito, significa chinela o una suerte de chinela a la morisca. Así, pues, no comprendo la frase del pintoresco Doctor Aldao. ¿*Mujeres con sus hijos montados a babucha*? No, no comprendo.

Razón tienen los sabios como Aldao y otros sabios de menos campanillas en despreciar tanto a España como a la lengua española; razón tienen de

hablar de una raza y una lengua argentinas. La lengua argentina ya la han creado, sin saberlo. Se parece mucho al castellano; pero no es lo mismo.

Dejemos a Méjico. Crucemos el Caribe. Aproximemos a Venezuela.

VENEZUELA

A pesar de la simpatía con que asegura entró en Caracas, por los recuerdos que abriga aquella ciudad para todo corazón americano, encuentra la urbe de pésimo gusto, provincial.

La mayor parte de sus observaciones son la mentira más vulgar, y yo las desmiento. En Caracas no tienen las ventanas *rejas de madera*; aseguraría que, si las hubiera, no llegan a una docena en toda la ciudad. La gente no anda descalza por las calles. Ni siquiera en nuestros campos va el pueblo descalzo; hasta el más mísero peón usa sus *alpargatas*. En los portones de las casas —salvo tal vez la casa de algún clérigo— no se miran colgadas imágenes de Santos. No existe en Venezuela problema religioso; ni es signo de atraso, como Aldao piensa, la aceptación en nuestras leyes del divorcio, ni éste ha sido aceptado sin discutir, como gratuita y sentenciosamente afirma el grafómano infeliz, pues el arzobispo formó un alboroto y millares de señoras se pronunciaron en contra.

No podía faltar el paralelo entre Argentina y Venezuela:

“Si estos pueblos fuesen llamados a dar cuenta del uso que han hecho de las libertades conquistadas por sus mayores, he aquí lo que rendiría Venezuela: He reformado la Constitución nueve veces; no he elegido un solo presidente con visos de legalidad; no he practicado las instituciones democráticas, viviendo prácticamente bajo el régimen de la dictadura”.

Sigue el recuento:

“¡He restablecido el régimen colonial del monopolio comercial, y actualmente en Venezuela están monopolizados la navegación del Orinoco y de las costas marítimas, la sal, la pesca de perlas, los tabacos, el azúcar, el aguardiente, los fósforos, los explosivos, la manteca y grasas, los cementos, la harina, los zapatos y la carne!”

Es insospechable el cinismo de este grafómano, ni hasta donde alcanza su desfiguración de la verdad. Sólo Mitre lo supera.

En Venezuela se acababa de crear cuando fue allí Aldao, en tiempos de Castro, y aun existe todavía, en tiempo de Gómez, el estanco del tabaco, de los fósforos, de la sal y del aguardiente. Venezuela no sentaba un precedente, ni realizaba una innovación, ni retrogradaba a la colonia. Tabacos, fósforos, sal y aguardiente, con buen o mal acuerdo, están estancados en muchos países del mundo, entre ellos Francia.

No soy partidario de semejantes medidas económicas; pero no se trata de las ideas de Aldao, ni de las mías en este punto, sino de pintar la preparación mental con que se acerca a dilucidar temas graves ese borlado disparatero que se divierte en recorrer la América para denigrarla, calumniarla y vender en

Buenos Aires cuatro ediciones de un libro que en cualquier otro país americano habrían visto con desprecio hasta las verduleras.

Hay una empresa venezolana de cementos: los cementos extranjeros pagan por ser introducidos en nuestro país. ¿Es esto un crimen o un atraso? Aunque estuvieran gravados cien veces más los cementos extranjeros, ¿sería motivo de reprochársenos el que favoreciésemos nuestras industrias patrias? La pesca de perlas no podíamos dejarla a merced del primer arribante, por complacer a don Carlos A. Aldao, previendo que don Carlos A. Aldao, doctor en Buenos Aires, iba a llegar un día a Venezuela a reprocharnos el que legislemos sobre nuestras riquezas naturales como nos dé la gana, ya que para legislar hasta disparates supimos conquistar el derecho y hemos sabido conservarlo.

Cuanto a la navegación del Orínoco —que no es como debiera ser— y de nuestras costas marítimas, una Compañía venezolana tiene, sí, ventajas que le concede la nación, con el propósito de proteger nuestras empresas; pero aunque las empresas extranjeras no gocen de semejantes ventajas, pueden concurrir y lo hacen.

Cuanto “al azúcar, los explosivos, la manteca, las grasas, la harina, los zapatos y la carne”, que Aldao, Carlos Aldao, el honorable Doctor Carlos A. Aldao, ilustre en la Argentina, asegura que hemos monopolizado, yo me complazco en declarar, para tranquilidad del economista bonaerense, que son industrias libres, absolutamente libres, libérrimas, no sólo hoy, sino también cuando estuvo Aldao en Venezuela; no sólo cuando estuvo Aldao en Venezuela, sino desde que la República nació el 19 de abril de 1810.

¿Qué se propone un escritor argentino de tantas campanillas con ir de pueblo en pueblo americano para faltar tan descaradamente a la verdad? No es difícil descubrirlo. Su propósito es el mismo de Groussac, francés amigo del pan y de la Argentina —o, mejor, del pan argentino—. Este extranjero viajó, como Aldao, por Hispanoamérica, y viajó, como Aldao, para denigrarla. Hay que levantar a la Argentina por sobre las ruinas morales y materiales de las demás Repúblicas. Este Groussac, como otros extranjeros de su laya, siguen el paso a la estolidez nacional, y así la explotan. Para que brille el sol de la bandera azul y blanca, es necesario que se apaguen otras luminarias menores. La verdad científica es otra: la luz máxima impide lucir a las mínimas. Pero no. Hay que apagar hasta las velas de sebo: tal piensa el perínclito Aldao. Tal pensamiento llevó a Mitre a desfigurar la historia del Continente, sin detenerse en nada, ni en la falsificación de documentos. Lo mismo discurren inúmeros escritores argentinos contemporáneos: empequeñecer, ensombrecer a las demás Repúblicas americanas para que resplandezca y culmine la hermosa nación del Plata. ¡Pequeño intento para tan gran país! ¡Pueril propósito para un Cané, para un Groussac, para un Aldao, para un Parker, para un Mitre, para un Levillier, para un Gustavino, para un F. G. González, para un rector de la Universidad de Buenos Aires!

¡Cuántos escritores, pensadores, doctores, rectores e historiadores alimen-

tan, cultivan y transparentan un patriotismo mezquino, y más que mezquino, absurdo! La venta de ediciones de Aldao, las odas alimenticias a Mitre, el carácter oficial de Groussac y del rector de la Universidad bonaerense, y de los cónsules que parten como perros policías, a morder (cuando no los detiene algún certero puntapié) las pantorrillas ajenas; estos profesores mame-lucos, hebreos, italianos, con derechos en la Tesorería nacional del servicio público: —todo conspira a probar lo unánime del sentimiento antiamericano de la República Argentina y su cándido anhelo, oficialmente sostenido y pagado, de brillar como único sol en el caos, económico, político y social de esos amorfos países de la América Latina.

Pero volvamos al ilustre viajero. Lo habíamos dejado en Caracas, viendo santos en los portones y rejas de madera en las ventanas. Páginas más adelante lo encontramos en La Guayra, echando pestes —en lo cual tiene razón, porque La Guayra es el último rincón del mundo— y admirándose del Sr. Leicibabaza, dueño del *Hotel Neptuno*.

“El sábado 15 de abril, *recién a las diez de la mañana*, se permitió el embarque y me alejé del puerto principal de Venezuela con una alegría que hasta entonces no había experimentado al abandonar ningún país”.

Adiós, doctor. No le ocurra volver, *recién a las diez de la mañana*.

Se creará que Venezuela, en concepto de Aldao, es el último país del mundo. El que tal suponga se engaña. El desprecio del doctor, como el tonel de las Danaídas, no tiene fondo. Allí caben instituciones, costumbres, ciudades, repúblicas, continentes.

Por lo pronto, hay algo más despreciable que Venezuela: Colombia y Ecuador.

COLOMBIA Y ECUADOR

“Deduzco que Colombia y Ecuador le son inferiores, porque los dos juntos reúnen la misma extensión de líneas férreas que Venezuela y por su mayor aislamiento de los focos de la civilización”.

A Ecuador, que apenas conoce por haber cruzado frente a Guayaquil, le niega sin ambages el derecho a ejercer la soberanía en su territorio. “Indudablemente hay temas de opereta en ciertas soberanías”, dice en la página 353, refiriéndose a la patria de Olmedo y Juan Montalvo.

Respecto a Colombia, que tampoco visitó, dice: “Colombia ha sostenido guerras civiles prolongadas, con numerosos ejércitos en campaña cuando su territorio se desmembraba por la separación de Panamá. Ha visto sufrir a su papel moneda depreciación mayor de 10.000 por 100”.

Por lo demás, se reduce a tratar de poner en ridículo a los colombianos. Así pinta a un joven de aquella República, excepción “de tez blanca y barba rubia”, que andaba huyendo “de las persecuciones del Presidente Reyes”. “¡¡¡Ligeramente vestido!!! y escaso de fondos, su única preocupación al desembarcar en Cherbourg era un gran revólver que, oculto debajo del chaleco,

tomaba desde el hombro a la cintura, arma que creía indispensable usar en Francia”.

Aunque de Colombia no había conocido sino un solo ciudadano, mal podía faltar la comparación de la insignificancia de Colombia con las grandezas argentinas. No pudiendo comparar a ambos pueblos, comparó al joven de Colombia con la nación argentina, y encontró al joven colombiano, a pesar del revólver, peor armado que la tierra de Mitre; en una palabra, inferior a la Argentina.

He aquí este rasgo del paralelo: “Yo veía ese joven lleno de vida y energía... y me enorgullecía de mi propio país”. Sublime.

PERU

El Perú “se mareó con la apariencia de ser la primera nación sudamericana, para luego tener un tristísimo despertar”. “El Perú suspendió el servicio de sus empréstitos, de modo que en 1898 ascendía su deuda externa a sesenta millones de libras esterlinas”.

No nos internemos tras Aldao en el desbarajuste de las finanzas peruanas; números de un lado y disparates del otro: el caos. No nos internemos, o mejor, salgamos de ahí. Aire, por favor. Volemos a Lima, a aquella Lima que Jules Mancini pintó tan deliciosa, a esa encantada Lima, galante, mani-rrota, caballeresca, que fue durante la colonia, la más bella ciudad de América.

“Las casas, expone el Doctor, están construídas con piedra o ladrillo”.

¿Pero es posible que exista en el mundo una ciudad cuyas casas se construyan con piedra y ladrillo?

¡Feliz Aldao que puede pagarse el lujo de recorrer los continentes y admirar esas fabulosas capitales de ladrillo y piedra!

Otra curiosidad: “no es raro encontrar edificios”. Una observación meteorológica, antes de pasar adelante: “nunca llueve, *habiendo* en cambio por las noches una humedad pegajosa y caliente muy molesta”. Quizás esta observación meteorológica sea más bien alguna experiencia fisiológica. Quizás dormía el turista en pecaminosa intimidad y pudo notar de noche esa humedad molesta, pegajosa y caliente. Pero no supongamos nada. Atengámonos a los hechos. Admirad esta observación de albañil: “...en el alto se emplea una estructura liviana de cañizo, que bien puede ser el origen de la evolución que llega al cemento armado”.

Recorramos las calles. El Doctor observa de preferencia las de “*Siete Jeringas*, o *Ya parió*”, nomenclatura que se conserva en los planos urbanos y no abandonan los limeños”. “Los *afirmados* son de asfalto en las calles centrales y de canto rodado en las demás”. Ya sabemos que los *afirmados* son de asfalto; ahora nos resta saber lo que sean estos afirmados del Doctor.

Tomemos la calle de las *Jeringas*, ya que vamos con el Doctor Aldao. Poco a poco llegaremos a la plaza de la Inquisición, y luego a la plaza Mayor.

Allí se yergue el histórico y venerable palacio de los virreyes, joya arquitectónica de Lima.

El palacio no interesa al Doctor, porque no tiene treinta pisos, como las casas de New York o trescientos metros como la Torre Eiffel, ni se abruma de exornos platerescos, como la basílica de Compostela. “El antiguo palacio de los virreyes... no presenta ningún atractivo, por su estructura baja y sencilla”. “Por lo demás, el tráfico de la ciudad es escaso y poco atractivo”.

Fijémonos, en las pocas personas que transitan. “Aparacen en las calles... tipos mezclados que recorren toda la gama de tintas chocolates”. La raza blanca es “notablemente raquíta y degenerada”.

El Doctor saca unas cuentas brujas para probar que el país es mestizo, lo mismo que Cuba y Méjico: “Concédase, lo que no está probado, que el coeficiente de mortalidad entre los blancos sea el 50 por 100 menos que entre los de color, y resultará que en Lima hay 70.000 blancos ¿Cuántos hay en el resto del país? ¿Cien mil, doscientos mil? Nada sería en una nación que dice tener 4.609.000 habitantes”.

El Doctor termina aplaudiendo a Mitre porque “se opuso con su autoridad y prestigio a nuestra intervención en las cuestiones del Pacífico”, para evitar el aniquilamiento del Perú.

La causa del Perú tenía vagas simpatías en Argentina, “aunque no supimos en realidad por qué, a no ser por el desconocimiento recíproco entre los pueblos de este Continente”. Por fortuna estaba allí el famoso Mitre. Mitre “se opuso con su autoridad y prestigio” a que esas vagas simpatías se cristalizasen en nada útil. Aldao celebra aquella magnánima actitud de Mitre.

“He pensado también —dice el Doctor— que si mi país no tuviera otros servicios para acreditar en cuenta al general Mitre, bastaría para declararlo prócer el que nos prestó cuando... se opuso con su autoridad y prestigio a nuestra intervención en las cuestiones del Pacífico”.

De ese género de servicios que tanto aplaude Aldao, y que bien está que aplauda, prestó otros a su país Bartolo Mitre, el Cid de las derrotas.

Cuando ayer no más la nación argentina, en magnífico rasgo caballeresco, digno de un gran pueblo, quiso condonar al Paraguay la deuda fabulosa y absurda que la ignorancia de Mitre y la insolencia del Braganza le impusieron, Bartolomé Mitre se opuso, y el dictamen malvado prevaleció.

Al Paraguay se le acogotó, en 1869, por Mitre, presidente argentino, y el Emperador del Brasil con aquella deuda que le impediría por siempre levantarse, respirar y vivir —“más de *cinco veces* lo cobrado por Alemania a Francia en 1870”—, según el diplomático de Montevideo, Dr. Luis Alberto Herrera.

El Paraguay no podría nunca pagar esa deuda, impuesta por sus mismos asaltantes y verdugos. La nación argentina, próspera, opulenta, nadando en oro, feliz, no necesitaba del oro paraguayo. El Uruguay acababa de dar un ejemplo solemne, condonando al pueblo hermano, vencido y aniquilado, la parte de la deuda paraguaya que le correspondía. La nación argentina quiso

seguir aquel noble ejemplo. Estudiantes, diputados, ciudadanía, opinaban, según se cuenta, por condonar la deuda. En vano, en vano todo: Mitre se opuso. A las puertas de la tumba, lleno de fortuna, de familia, con su vanidad satisfecha, pasando por un grande hombre, el rencoroso y microscópico Mitre se opuso a la regeneración de aquella tierra que él había cubierto de sangre y de luto. Pero ¡ah! Mitre recordaba que la historia de aquel heroico país era la historia de su incapacidad, de su ceguera, de sus derrotas. Por eso se opuso.

Bien está que un hombre como Aldao lo aplauda por semejantes rasgos de carácter. Yo no; yo lo condeno y deseo que el oprobio que merece caiga sobre su nombre.

BOLIVIA

Hemos admirado hasta aquí al Dr. Aldao como turista grave, personaje de números, que recorre el mundo con su anuario estadístico en la diestra, sus labios arremangados despectivamente, observando que las casas de Cuba están pintadas con grandes boquerones, que Méjico es un país poblado de aztecas, que los *afirmados* de Lima son de cantos, que Caracas es una ciudad de provincia y que un joven colombiano es inferior a la República Argentina.

Como se advierte, Aldao parecía, hasta ahora, un escritor sesudo, de peso, o si se quiere, pesado. Al llegar a Bolivia, el plumista se transforma, presa de hilaridad. Bolivia lo ha puesto de buen humor. Bolivia le parece un país de chiste. El Doctor no puede contener la risa.

El Doctor había conocido en Buenos Aires a un boliviano de Tarija. El boliviano se aburría en la grande urbe de las Pampas y suspiraba por su Tarija nativa. Aquello le parece imposible al pintoresco Doctor, y da motivo a graciosos chistes bonaerenses. “Desprendíase de sus entusiastas conversaciones mantenidas con frecuencia... que debía al tirano Rosas la gran dicha de su existencia, pues, desterrados sus padres, él había tenido el inapreciable privilegio de nacer en Bolivia”. “Todas sus conversaciones eran interrumpidas por exclamaciones como éstas: *¡Ah, Tarija! ¡Cuándo como Tarija!* El Dr. Aldao creyó lo más oportuno preguntarle si Tarija le gustaba más que Buenos Aires. Como el pobre nostálgico prefería a su patria, el Doctor ya no sonrió más y lo interrogó escandalizado:

—“¿Pero Tarija, será mejor que Buenos Aires?”

Para cerciorarse, el Dr. Aldao, que debe ser multimillonario, corrió a Tarija. Antes de llegar:

—“¿Dónde está Tarija? pregunté. Oh, hay que verla, hay que vivir allí, ¡qué delicia, qué encanto!”

Tarija es inferior a Buenos Aires. El Dr. Aldao se desternilla de risa. A pesar de su borla doctoral, no supo comprender que lo bello no era la humilde Tarija, sino el sentimiento patriótico que la hermozeaba, hasta ponerla sobre las urbes más nutridas y resonantes.

Bolivia se le parece al Turquestán. Y eso no es un chiste; se le parece de buena fe: "las casas se suceden con frecuencia" ¿Será en eso en lo que se parece Bolivia al Turquestán, en que las casas, en las ciudades, *se suceden con frecuencia*?

Tal vez; pero algún otro rasgo deben tener en común. El enciclopédico Aldao no nos instruye; pero afirma, bajo su palabra de honor, que las casas de Bolivia "en su estructura son semejantes a las del Turquestán". ¡Cualquiera va a comprobar la observación!

"*Desciendo a la capital de Bolivia en una tarde de lluvia*, y, como no había carruajes, echo a andar por lodazales y callejuelas sin aceras, malísimamente pavimentadas..." "*Siento angustia al respirar*".

¡Pobre Aldao! Siente angustia, y, como no hay carruajes, *desciende* a la capital de Bolivia *en una tarde*. En este vehículo de su invención, por no haber otros, según él dice, recorrió la ciudad, angustiado al respirar, después de haberse reído tanto de Tarija.

"No hay tranvías... ni carruajes, ni carros, ni ninguna construcción notable". "Por las calles transitan tropas de llamas... asnos cargados, indios descalzos y mujeres del pueblo con la misma indumentaria *ya descripta*".

Si tal es, según el pincel de Aldao, la residencia de los Poderes públicos, La Haya de Bolivia, ¡cómo serán las poblaciones secundarias *ya descriptas*: Guaqui, Puno, Pisco!

BRASIL — CHILE — URUGUAY

Imposible seguir paso a paso al célebre Odiseo, *enfant terrible* del turismo bonaerense, tan leído en Buenos Aires.

De la visita y el zarpazo no se escapa pueblo alguno de América, ni del disparate y la comparación con Argentina. "La capacidad productiva de un argentino equivale a la de cuatro, tres o dos brasileños, lo que parece a todas luces absurdo..."

Al guaso de Chile "la carencia de tejidos y sastres, y la pobreza, lo obligó a envolverse en una manta para conquistar su libertad".

Cuanto al Uruguay, "es el único país de América cuyos hijos, aun los de la clase culta, emigran en gran número". "Los campos uruguayos, tan ponderados por su riqueza, valieran menos que los argentinos".

El peligro brasileiro no existe. "El Brasil tiene problemas de unidad nacional"; es, además, insignificante, "pacífico". Uruguay y Chile deben unirse a la Argentina y desaparecer en su regazo maternal. "Es posible que no sea la tarea de las generaciones ahora vivientes resolver el problema, pero creo que está latente en todas las *inteligencias que piensan*".

De ese número de inteligencias que piensan se cree, por de contado, el ilustre Doctor. El conoce sus méritos. "No abrigo la modestia de crearme debajo del nivel medio de la clase ilustrada de mi país".

Tiene razón de sobra. Su título de Doctor argentino lo decanta. El también lo decanta. También lo decanta el público de su patria, que consume cuatro ediciones sucesivas del simpático libro *Al Través del Mundo*, o como Aldao lo bautiza por capricho, no por ignorancia, *A Través del Mundo*.

Como el Doctor Aldao es “una inteligencia que piensa”, y no abriga la modestia de creerse debajo del nivel medio de su país, llega, después de estudio profundo, minucioso, de cada República americana, a esta conclusión:

“EN AMÉRICA NO HAY MÁS QUE DOS DEMOCRACIAS: LOS ESTADOS UNIDOS Y LA REPÚBLICA ARGENTINA”.

La ciencia tomará en cuenta las conclusiones del Doctor, pero será la ciencia médica por órgano de los alienistas.

Por fin, concluyo.

Se ha contestado a mis anotaciones críticas, rigurosamente ajustadas a la verdad, con el recuento de la riqueza argentina, con la apología de Mitre, y con insultos a mi país, a Colombia, a la América y al Libertador.

También se me ha llamado a mí “alma envilecida”.

Esto último no tiene importancia, procediendo como procede del rector de la Universidad de Buenos Aires. Ese rector de orejas largas no podía lanzar sino sapientes rebuznos.

Del Libertador de América no necesito hablarle al Nuevo Mundo. Así, no lo defiendo: me contento con consignar las injurias que los libertos lanzan a su memoria. Respecto a Mitre, había que darlo a conocer: lo he hecho.

Por lo demás, creo haber demostrado que no es sólo a Venezuela a quien los periodistas, rectores, doctores, historiadores y sociólogos de allende el Plata, insultan, menosprecian, calumnian.

Y como mis postulados quedan en pie, debo cerrar, por mi parte, la discusión. A menos que queden otros cónsules, otros sociólogos, otros profesores; en suma, otras eminencias de Gauchópolis, ganosas de recibir su revolcón.

BOLIVAR, EL GENERAL SAN MARTIN, EL POBRE MITRE, LA
REPUBLICA ARGENTINA Y LA AMERICA DEL SUR... Y ADEMÁS,
D. JOSE INGENIEROS

Aquí aparece impugnado un nuevo adalid: el profesor universitario e inquieto publicista D. José Ingenieros. El ilustre profesor Ingenieros ha tratado también de cerrarnos el paso a la verdad y a mí. Me parece que perdió mucho tiempo y, fuera de la Argentina, algún prestigio. En cambio, ganaría algunas pesetas. O por lo menos, supo mantener dentro de la Argentina oficial, la simpatía que las procura.

A esta larguísima polémica había que ponerle fin. Lo hice cuando vi que mis adversarios combatían sin esperanzas de triunfo; obedientes más bien a una consigna, que a una convicción.

Pero mi alejamiento no hizo cesar los fuegos del combate. En algunos países los periódicos se batían muy bravamente contra personas del mundo oficial argentino.

Cinco meses después de haberme yo retirado de la palestra, La Nación de los Mitre pudo acoger, relamiéndose de gusto, las deyecciones de un obscuro turiferario de nombre Prieto. —¡No decía que era obscuro!— De la prosilla tenebrosa aparecía que Mitre era una figura evangélica, Gustavino un espíritu superior, la Argentina un pueblo de hermanas de la caridad, Venezuela la lástima de América y yo un capitán de bandoleros.

Los bandoleros eran los escritores y diaristas que opinaban como yo: es decir, casi toda la América hispánica y algunos brasileños atrabiliarios como Sargento Alburquerque o de serena y luminosa conciencia como Manuel de Oliveira Lima.

Con el artículo publicado en el número de *Hispania* correspondiente a septiembre, pensé que quedaría cerrada la polémica promovida por los argentinos, para que su falso criterio histórico prevalezca. Pero *Hispania*, en octubre, agrega una cola de artículos. Yo no quiero retirarme sin pisar esa cola.

El artículo suscrito F. Pérez, que *Hispania* reproduce, es simplemente anacrónico. Sus numerosos errores saltan a la vista. Escrito en 1876 con tendencias, según parece, de política partidaria, se parangona allí a Bolívar con San Martín. El propósito del paralelo es acusar al Libertador porque, jefe del gobierno en Colombia, no dejó destrozar su obra por los demagogos de Bogotá, que se llamaban liberales, y por los demagogos de Caracas, que se llamaban conservadores. Léase el desprendimiento del argentino, aunque reconociendo a éste inferior al caraqueño. San Martín era un valiente húsar. "Bolívar era la idea en medio de las balas".

Sin duda el autor olvida que el general San Martín se mezcló en una revuelta argentina en 1812, con ánimo de apoderarse del poder, lo que no logró; olvida asimismo que el general San Martín, nombrado por el gobierno de

Buenos Aires jefe del ejército argentino de Cuyo, se sublevó con su ejército, desconociendo a su gobierno y yéndose al extranjero. El autor atribuye a San Martín acciones que no libró, lo admira "venciendo a Canterac en batalla campal", y agrega: "San Martín en el conflicto de las batallas, echaba mano de su sable y de general se convertía en soldado".

Pura fábula. San Martín no se batió nunca con Canterac, ni libró batallas, ni siquiera combates, en el Perú: todo su haber militar durante la independencia americana se redujo a dos batallas en Chile y un combate de 120 hombres en la Argentina.

Canterac bajó de la sierra peruana con un ejército, estando San Martín en Lima; pasó frente a la capital del Perú, llegó al Callao, hizo allí lo que iba a hacer y luego se fue. Todo el ejército de Lima quería salir a combatirlo e impedirle aquella audaz operación, hecha en las narices de los patriotas, con el mayor desprecio de éstos. El general San Martín se opuso a presentar batalla. El ejército quedó disgustado y acusó al general de cobardía. El mismo Mitre refiere el caso.

Cuanto a que el general San Martín "echaba mano de su sable y de general se convertía en soldado", ni Mitre mismo se ha atrevido a decirlo. La verdad es otra. Remito al lector a mi artículo sobre "Bolívar y el general San Martín", origen de la polémica.¹⁹

¹⁹Años más tarde, en 1883, el Sr. F. Pérez escribió de nuevo sobre Bolívar e imaginó a *La Sombra de Bolívar*, hablando a los *Colombianos*. El autor trasmuta su pensamiento en el pensamiento del Libertador, y pone en boca del Grande Hombre:

"Poeta, soñé: mis sueños fueron cinco Repúblicas;

Soldado, combatí: cien victorias coronaron mi esfuerzo;

Libertador, di dignidad a diez millones de hombres y fui proclamado Padre de la Patria.

Genio, eclipsé a los grandes héroes de la antigüedad".

Por último, el autor juzga a Bolívar superior a Sesostri, Alejandro, Tamerlán, y resume diciendo que Platón lo enseñó a pensar y César a vencer. Pero hay más: otro Pérez, hermano del anterior, el ex presidente D. Santiago Pérez, pensador liberal, opinó de Bolívar que: "*Fue el mayor entre los grandes hombres*".

Ese juicio de un estadista eminente, verídico y virtuoso, enemigo de las ideas políticas del Libertador, es el juicio de la posteridad. Es el juicio de cuantos conocen a Bolívar, tanto en Europa como en América.

El *Mercurio de France*, en edición reciente (16 de septiembre de 1913), ¿no acaba de estampar en sus columnas que Napoleón y Bolívar "*sont les deux plus grands capitaines du XIX siècle*?"

Un inglés moderno biógrafo de Bolívar, ¿no es del mismo parecer? "*Bolívar —dice— surpassed Alexander, Hannibal and Coesar, on account of the immense difficulties he was obliged to vanquish... As a military man, he equalled Charles XII in audacity, and Frederick II in constancy and skill; his marches were longer than those of Gengis Khan and Tamerlan...*"

Otro ejemplo: En el Palacio de la Unión Pan-Americana, en Washington, hay una galería con la bandera y el hombre culminante de cada República. Allí están, desde la Argentina con su San Martín, hasta los Estados Unidos con su Washington.

Hace poco visitó el conde Aponji, el célebre parlamentarista húngaro, el Palacio de la Unión. Cuando se le condujo a la galería de los bustos, después que los contempló todos, se detuvo ante el busto de Bolívar y dijo: "*Es el verdadero Grande Hombre, entre los que figuran en la Galería*".

La comparación de Bolívar y el general San Martín no puede hacerse sino por contrastes. Lo único que tuvieron de común fue el ser campeones de la Independencia. Pero mientras San Martín libró en América sólo dos batallas y un combate, con pérdida de 1.027 soldados, Bolívar asienta su gloria de guerrero sobre cuatrocientas setenta y dos acciones de armas (472), como puede verse en el trabajo del general bogotano Manuel Briceño, y con pérdida, no de 1.512 soldados, sino de 596.084 existencias. De estas pérdidas corresponden:

A Ecuador	108.004
A Nueva Granada	171.741
A Venezuela	316.339
TOTAL	596.084

Por lo demás, la diferencia esencial entre ambos próceres es otra. Bolívar es el hombre de genio que prepara y dirige los acontecimientos políticos, mientras que San Martín los sigue, es arrastrado por ellos.

Bolívar, exaltado en Roma por los recuerdos clásicos, jura románticamente en el Monte Aventino, en 1805, a los veintidós años, la libertad de la América. Entretanto, el general San Martín, comandante en el ejército de Carlos IV, se bate bravamente a favor de la Monarquía absoluta, de las ideas antiguas, de los tiranos de América, contra los ejércitos de la Revolución francesa, contra las ideas liberales, contra la Democracia, contra la República, contra los ideales e intereses del Nuevo Mundo.

Si otros no hubieran promovido la independencia, San Martín se hubiese contentado con ser militar español al servicio de un Rey absoluto.

Si no fue el que inició la revolución —escribe el grande argentino Alberdi— *tampoco le tocó acabarla, pues fueron Bolívar y Sucre los que, en 1825, echaron a los españoles de las Provincias argentinas y del Callao en 1826.*

Hombre del pasado, San Martín propaga sin descanso, en plena revolución, las ideas monárquicas; envía comisionados a Europa, en busca de Reyes extranjeros, y hasta ofrece entregar el ejército patriota al Virrey La Serna y salir él mismo para España a solicitar un príncipe español.

Entretanto Bolívar, hombre moderno, combate las ideas monárquicas, con la pluma, la palabra y la espada; impone la Democracia en Colombia, aun siendo él por cuna y por temperamento un aristócrata, y hace triunfar la República, no sólo en Colombia, sino en toda la América, hasta donde llegó el influjo de su genio y de sus armas.

Todas estas cosas se saben; pero conviene repetirlas. De su olvido involuntario nacen los absurdos paralelos entre ambos personajes. De su olvido deliberado nacen ciertas pretensiones argentinas de ahora. Según estas pretensiones, San Martín, representante de lo que Mitre llama hegemonía argentina, es el primer hombre de América y Libertador del Continente.

Pero como los argentinos, en punto a historia, no se paran en pelillos y pasan de un extremo a otro de la verdad con la mayor frescura, confiesan, cuando se les apremia un poco, que allí no hay Cides ni Pelayos. Sólo que por razones muy comprensibles, aunque no de buena ley, hacen entonces extensiva a toda la América esa carencia de Pelayos y Cides. (*Hispania*, octubre, 1913).

¡Ojalá no tuviéramos tantos!

Me referiré a D. José Ingenieros, catedrático italiano que prospera en la Argentina y que demuestra, en el número de *Hispania* correspondiente a octubre, sentimientos de americanismo.

Algo se ha ganado, después de todo, con la polémica: se ha ganado el que escritores de Buenos Aires, como Levi-Llier y el autor citado, manifiesten espíritu de simpatía hacia la América no platense; en sus notables libros *Los orígenes argentinos* y *De la barbarie al imperialismo*, traslucían lo contrario.

El título del segundo volumen es revelador. El ropaje científico de ambas obras apenas disimula un nacionalismo furente. Fuera de la Argentina no hay América que valga. Como los autores tienen talento, no demuestran su nacionalismo con la ingenuidad del Sr. Aldao; pero el agua, aunque filtrada, brota de la misma fuente.

Ambos han asumido en sus réplicas actitudes espirituales muy semejantes. No debemos volver los ojos hacia el Pasado; nuestro deber es preparar el porvenir; olvidemos a los héroes, que no hacen la historia, sino que son juguetes de corrientes subterráneas y profundas.

Yo respondo.

No, no debemos olvidar el Pasado. Está bien que no nos anquilesemos en la extática contemplación de edades muertas, fingiéndolas mejores que el presente, incapaces en nuestro extaticismo de luchar por ideas del momento, de andar hacia el futuro y prepararnos un porvenir mejor. Pero el pasado y el presente son los padres del futuro. Sin conocer nuestros orígenes, no podríamos ver de evitar herencias morbosas; o bien, fundar el porvenir sobre lo que haya de granítico en nuestro carácter. Desconociéndonos o improvisando siempre, ¿podríamos prosperar mejor?

Insistamos en este punto. No se trata de radicarnos en lo pasado, como pueblos decrepitos que no tienen sino su historia. Se trata de no olvidar los primeros pasos de la Raza hacia la vida; se trata de formarnos un ideal; se trata de defender nuestro tesoro; se trata de no romper la cadena de solidaridad que une a las generaciones; se trata de no mendigar gloria ajena, poseyéndola propia; se trata de hacer el recuento de los esfuerzos de la Nación; se trata del inventario de fuerzas morales y de esfuerzos raciales con que nos establecimos y con que podemos contar al presente. No se trata

de una obra de muerte y de orgullo; sino de una obra de vida y de conciencia nacional.

Y en el caso de Bolívar y San Martín, se trata asimismo de justicia y de reparación.

Son esos propios argentinos que hoy censuran el que hablemos de los héroes, comparándolos, los que han iniciado *pro domo sua* estas comparaciones. Son ellos quienes hace treinta y más años desfiguran al uno en obsequio del otro.

A tal punto han desfigurado a Bolívar y la historia del Continente, que Levillier afirma en su obra, que San Martín libertó la América del Sur; y José Ingenieros, italiano insignificante y argentino eminente, autor de *De la Barbarie al Imperialismo* asegura que Bolívar “no alcanzó la talla simbólica del héroe”.

¿Qué es lo que se desea? ¿Que aceptemos por definitiva ese criterio? No, mientras haya sangre en nuestras venas, memoria en nuestro cerebro y justicia en nuestro espíritu. No, mientras el amor de la verdad encienda nuestras almas. No.

Nuestro criterio, en este punto, no es el de que Bolívar fuera un genio, sino uno de los genios más brillantes y de más poliédricas aptitudes que ha producido la humanidad. Nuestro criterio, en este punto, no es el de los italianos como Ingenieros —para quien *Sarmiento* es genio y Mitre *talento genial*— sino el de los más ilustres hijos de América, desde Olmedo hasta Martí, desde Baralt hasta Francisco García Calderón, desde Montalvo hasta Rodó.

¿Qué es Garibaldi, qué es Cromwel, qué es Washington, junto a Bolívar? Para encontrarle semejantes hay que remontarse a figuras máximas de la historia: Napoleón, Aníbal, César.

“¿En qué lo supera Julio César?” —se pregunta Montalvo—. Y se responde: “en que es anterior con veinte siglos”. Lo que vale decir: en una cosa adjetiva, independiente del individuo; no en una cosa esencial, individual.

Y no se diga que a los americanos los ciegan la gratitud o el afecto. Cuando hubo europeos que supieron íntimamente de Bolívar y tuvieron capacidad intelectual para comprenderlo y desinterés para juzgarlo, el juicio es idéntico al de los grandes pensadores de América.

Irlandés era O'Leary, francés era Perú de La Croix; ambos sirvieron con el Libertador; ambos fueron hombres de talento. La Croix, además, tenía el culto de Napoleón, en cuyas tropas figuró. Ambos lo consideran como héroe altísimo de la historia universal.

Belga fue el publicista De Pradt: lo compara con César, con Napoleón, lo diputa superior a Washington.

Francés fue Emile Olivier, el ministro de Napoleón III. ¿Qué dice del Libertador? *Il possédait tous les dons qui exaltent les imaginations; il était grand comme soldat, comme orateur, comme homme d'Etat.*

Inglés es Lorrain Petre, biógrafo de Napoleón y de Bolívar, y pregunta:

¿Qué hubieran hecho Washington o Napoleón con los escasísimos medios de que dispuso el Libertador? Si de alguien se puede afirmar que creó de la nada, ese hombre es Bolívar.

¿A qué seguir?

No es con una cucharada de fofos macarrones como se puede desnutrir la gloria de Bolívar.

No insistamos.

El deseo de ser gratos al país donde se vive no debiera conducirnos a semejantes extremos. Achaquemos más bien *la boutade* a falta de preparación. Ningún italiano está obligado a conocer la historia de América. Lo que se desea es que no se juzgue de lo que se ignora.

Mientras exista el honor en la América del Sur, mientras la gratitud, la justicia y la comprensión hablen más alto que el interés, siempre habrá plumas que defiendan y ensalcen a Bolívar. *“De hijo en hijo, mientras la América exista —opina con razón Martí— el eco de su nombre repercutirá en lo más honrado y viril de nuestras entrañas.”*

El escritor que no reconoce genio en Bolívar, llama desinteresada y conienzudamente “talento genial” al pobre diablo de Mitre; consagra un libro, o medio libro, a llamar genio al distinguido Sarmiento, y otro medio libro a llamar genio a otro ítalo-argentino, de nombre Ameghino, o Ameghino “el sabio”. Ya lo entendéis: el sabio por excelencia, aquel conocido Ameghino. Por lo demás, la Argentina, con sus pingües riquezas preconizadas, ha resultado el país más abundante en genios. Se dan como el trigo, por cosechas: Mitre declara genio a San Martín; Ingenieros a Ameghino y a Sarmiento. Entretanto, el señor G. Ramírez cree en el genio de Mitre, y mañana otro argentino creará en el genio de Ingenieros. Resultará un baile cruzado, como la cuadrilla; pero cruzado de genios. ¡Feliz opulencia! Otros países, más modestos, se contentan con hombres de talento y de probidad. Se tiene lo que se puede.

No digo como Sarmiento, sino superiores a Sarmiento, espíritu claro y perspicuo, que, sin embargo, cometió graves pifias, hubo cien educadores y pensadores en América, desde Hostos, el portorriqueño, hasta José de la Luz y Caballero, el cubano; y desde Juan Vicente González, de Venezuela, hasta Miguel Antonio Caro, de Colombia.

Pensadores y guerreros como Bolívar no ha producido América más que uno. *Para encontrarles pares —opina Rodó— es menester subir hasta aquel supremo grupo de héroes de la guerra, no mayor de diez o doce en la historia del mundo...*

Queda otro punto, un punto pseudo-científico, por responder. Lo tocan, con más o menos diferencia, Colmo, Levillier y el autor de *De la Barbarie al Imperialismo*. Ese punto queda expuesto con estas palabras: *ante el moderno criterio sociológico, la historia no la hacen los capitanes.*

Ese concepto, que es el de Comte, Buckle y sus incontables seguidores, concede a las fuerzas sociales en potencia y a las influencias de la naturaleza, total, exclusivo influjo. El hombre desaparece o es un fantoche movido por hilos invisibles. El Sr. Ingenieros, que no cree en el genio de Bolívar; que admira, sigue y propaga las teorías de Buckle y de Comte, en punto a manera de considerar la historia, va a quedarse bizco cuando sepa que el primer pensador que consideró las revoluciones como simples fenómenos sociales, no fue Comte, ni Bukle, ni Spencer, ni Taine. Fue Simón Bolívar.

Lea, para comprobarlo, el discurso al Congreso de Angostura, en 1819. Lea el famoso *Diario de Bucaramanga*. “Iniciador de la política positiva”, lo llamó un profesor de la Universidad de Río Janeiro, que sí ha leído al Libertador.

Ese concepto de la historia que tenía Bolívar, que luego divulgaron Comte y Buckle, y que ahora aducen Colmo, Levillier e Ingenieros, es exacto; pero me parece que tiene una limitación: se limita allí donde regatea al genio, que es otra gran fuerza social y otra gran fuerza de la naturaleza, el desarrollo transformador de su potencialidad, el influjo social de su acción.

Al concepto de Bolívar y de Buckle opónese el de Carlyle y Nietzsche, que consideran de una importancia máxima la acción del hombre de genio.

La verdad es que Gutenberg, Newton y Pasteur pudieron pertenecer a cualquier raza y a cualquier clima. Se discute si Colón fue gallego o genovés. El genio es planta que ha nacido en todas las latitudes. Las sociedades influyen sobre el hombre de genio; pero el hombre de genio influye también sobre las sociedades. Y tanto influye, que filósofo tan perspicuo y moderno como William James opina que los cambios sociales son obra, en último análisis, de los hombres de genio.

Pero descendamos de las teorías. Concretémonos a nuestra América y a nuestro Libertador.

La mayoría de los americanos que hasta ahora estudian la historia de América con espíritu sociológico, lo han hecho, no por observación directa, sino con un criterio de libros europeos. En esto proceden como los poetillas sin talento que, en lugar de ver y sentir la naturaleza circundante, hablan, en pleno trópico, de las hojas amarillas de octubre, del cierzo helado, etc.

Los sociólogos que al estudiar nuestra guerra de independencia acuerdan un valor exclusivo a la acción de las masas sociales, cometen un error semejante.

Gumplowicz observa que una clase social más favorecida, y por ende más apta, es la que inicia los cambios.

Eso ocurrió en América el año de 1810. Lo que no observa Gumplowicz, demasiado imbuido en otras teorías, es a cuánto asciende la influencia de un hombre de genio en una revolución. Nosotros lo podemos ver en Bolívar.

Las masas, en la mayoría de las naciones americanas, —mantenidas en la más crasa ignorancia por el Poder y los frailes españoles— fueron indiferentes a la idea de emancipación. Los negros esclavos no querían su libertad

individual, con que les brindaba la Revolución. El grueso de las masas sociales americanas, sobre todo en Venezuela y en el Sur de Colombia se opuso durante mucho tiempo, como factor adverso y terrible, a la emancipación. Fue una minoría la que supo ganarlas, poco a poco, y nunca del todo, a la causa de la patria. Esa minoría aparece personificada para el pueblo en sus caudillos regionales: Páez en Apure; Cedeño en Guayana; Arismendi en Margarita; Mariño, Bermúdez, en Oriente.

En ninguna parte la acción de un corto número de individualidades y la acción de un hombre de genio —del Genio— tuvo mayor influencia en un cambio de orden político y social.

La cabeza y el brazo de Bolívar —auxiliado el Libertador por un corto número de próceres— obraron prodigios. Ningún hombre, en ninguna época de la historia, se encontró en las circunstancias que él, ni se multiplicó con el mismo señorío y el mismo éxito en tan varias actividades como la del apóstol, la del tribuno, la del diplomático, la del caudillo, la del general, la del estadista, la del legislador. Los españoles, que sabían a qué atenerse, personificaban en él la resistencia. Así el general Morillo, jefe expedicionario, escribía al Gobierno, a Madrid: *El es la revolución*.

Ningún hombre hasta él había realizado tan grandes cosas con tan escasos elementos, en lucha constante contra los más poderosos obstáculos: contra la geografía, contra la historia, contra la abyección, contra el fanatismo, contra la ignorancia, en pueblo sin tradiciones militares, sin educación guerrera, sin unidad étnica, sin disciplina, sin dinero, sin crédito, sin nombre, sin nada.

Semejante circunstancia, que los historiadores y comentaristas admiran unánimes, lo distingue entre todos los héroes antiguos y modernos, y le da, según la expresión del belga De Pradt, *un puesto aparte en la historia*.

¿Cómo aprovisionaba el Libertador sus ejércitos en aquellos desiertos?, se pregunta el almirante Reveillère, recordando aquellos saltos gigantescos, desde Cumaná, en el Atlántico, hasta Guayaquil, en el Pacífico, y desde las cabeceras del Amazonas hasta las cabeceras del Plata.

Atrás hemos visto lo que el inglés Lorain Petre, que acaba de escribir una *Historia de Bolívar*, observa en la obra de Bolívar: la creación, sin elementos con que crear. La invención obligada de los mismos elementos con que iba a levantar su obra.

La historia no la hacen los capitanes. Pero es imposible negar la influencia social de los hombres de genio. La historia de Bolívar es apoyo brillante y concluyente a la opinión de cuantos —desde Carlyle hasta Emerson y desde Nietzsche hasta William James— se inclinan a considerar de una importancia máxima la acción del hombre de genio.²⁰

²⁰Si el genio es el espíritu adivinador, previsor, devorador del tiempo y del espacio, nadie puede negar el genio de Bolívar. Baste leer, entre muchas obras suyas, la célebre carta de Jamaica, en 1815. Allí previó y expuso la evolución que iban a seguir las dife-

En ninguna parte del mundo el individuo influyó más sobre las colectividades que en América. Allí se han producido potentes especímenes de humanidad, ya encarrilados hacia el bien, ya hacia el mal, que se desarrollaron gracias a condiciones propicias del ambiente social, y que ejercieron influencia máxima.

Llámense tales hombres Simón Bolívar, fundador de naciones; Solano López, caudillo defensor de su patria; Juan Manuel Rosas, tirano sangriento, acogotador y consolidador a un tiempo de su país; Gaspar Rodríguez de Francia, sombrío y despótico gobernante; José Tomás Boves, especie de Atila resurrecto: todos ellos dispusieron de las masas a capricho y realizaron, como raras veces ha sido visto en la historia, con una soberanía que deja atrás a la de los monarcas absolutos, un ensueño ya de libertad, ya de patriotismo, ya de ambición, ya de imperio.

¿Será posible prescindir, en la historia de América, de tan raras y potentes figuras?

El caso de Bolívar, que es para nosotros el pertinente, es también el más digno de estudio.

¿Cómo pudo imponerse Bolívar a la América, ser su caudillo y su Libertador?

El no es producto lógico de la revolución. El no es tampoco el mejor exponente de la América de aquella época.

Bolívar era hombre de pura raza caucásica, y América era país de razas mixtas; Bolívar era un libre pensador, y América la tierra del fanatismo religioso; Bolívar era un hombre de ideas, "la idea entre las balas", y América, en plena barbarie, se guiaba por instintos.

Vástago de una familia varias veces centenaria, orgulloso, despreciativo,

rentes secciones de América, desde Chile y Argentina hasta Méjico. El siglo transcurrido, sirviendo como de glosa, ha sacado buenas las previsiones del Libertador.

Si el genio es por excelencia creador, nadie tuvo más genio que Bolívar. Muchas de sus novedades han recibido, con la sanción del tiempo, carta de naturaleza universal: el Arbitraje, por ejemplo. Bolívar fue el primer estadista que predicó con el ejemplo e implantó el Arbitraje para dirimir diferencias entre naciones. Fue el fundador del Arbitraje internacional. Hizo del Arbitraje, un principio del Derecho público americano.

Esto no lo declaro yo. Esto acaba de declararlo (1911) un Congreso de sabios del mundo entero: el Congreso Internacional del Arbitraje; reunido en los Estados Unidos. Y ese Congreso lo ha declarado por boca del profesor L. S. Rowe, de la Universidad de Pensylvania, y del profesor W. R. Shepher, de Columbia University.

La Sociedad de las Naciones, como un super-Estado, por sobre las soberanías locales, ¿no fue preconizada por él? ¿Qué era el Cuerpo o Asamblea permanente que propuso, integrada por plenipotenciarios americanos, como rector y consejero de la política de nuestros pueblos, sino una especie de Tribunal de La Haya o, con más latitud, la Asamblea de la Sociedad de Naciones, hoy existente en Ginebra? Para su esbozo de Sociedad de Naciones, el Presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson no tuvo sino que leer un solo Documento de Bolívar: aquel Documento, traducido al inglés en los Estados Unidos, y publicado allí por D. Vicente Lecuna, miembro de un Congreso financista internacional, reunido en 1915, bajo los auspicios y en territorio del país estadounidense.

No le bastaba sino esa lectura. Sabemos que la hizo, porque se le remitió el folleto en 1915. Y sabemos con qué resultado practicó su lectura. En el plan de Wilson se encuentran las ideas y aun las expresiones del Libertador.

aristócrata, potentado, no era el Libertador, repito, el exponente de aquella democracia instintiva, de aquella confusión de castas, de aquel caos político, etnográfico, económico y social. Sin embargo, dominó aquella América incoherente y sacó de aquel caos, triunfantes e ilesas, la Independencia, la Democracia, la República.

¿Cómo se produjo ese fenómeno que un pensador del Río de la Plata precisamente llamó, con frase precisa y oportuna, “la conjunción de América y Bolívar?”

Lo natural hubiera sido encontrar al frente de la revolución a un Facundo, o, si se quiere, a un Páez, a un cura Morelos, pero no a Bolívar. El esfuerzo de adaptación y hasta de mimetismo moral, por parte del héroe, es curioso. La rareza del influjo de tal hombre en tal medio —del cual era, puede decirse, producto casual— no se ha tomado en cuenta.

La historia de América, como vemos, es fecunda en sorpresas. Y aunque las revoluciones sean fenómenos sociales, algunos capitanes, y entre ellos Bolívar, han brillado tanto durante el fenómeno, que su claridad perdura en el tiempo. Y no sólo la influencia del Libertador fue enorme, sino que su visión del futuro fue tan perspicua y maravillosa que tan alto pensador del Perú, como Don Francisco García Calderón, ha podido escribir: *La evolución de América fue la realización del pensamiento de Bolívar.*

En cuanto a la esencia de esta polémica, se ha creado en la Argentina una teoría muy ingeniosa. Muy ingeniosa y muy digna de ser conocida.

Se dice que han exaltado el nacionalismo por medio de las escuelas, los diarios y cualquier otro elemento docente —desde el cinematógrafo hasta la literatura— con un práctico fin social. Este fin consiste en obtener de las nuevas generaciones, formadas por elementos que provienen de inmensas avalanchas inmigratorias, un sentimiento de patriotismo argentino.

Se cree que si no se despierta artificialmente en los hijos de inmigrantes este sentimiento patriótico, infundiéndoles la idea de que el país ha hecho y hará grandes cosas, ha producido y producirá grandes hombres, la nacionalidad puede hasta correr peligro.

Es menester que el hijo del inmigrante sienta el orgullo del país donde nace, no creyéndolo inferior al pueblo europeo de origen paterno y juzgándolo muy superior a los demás países de América. Es menester incrustarle la opinión de que en América, salvo los Estados Unidos, nada puede parangonarse con Argentina, ni en pasado, ni en presente, ni en porvenir.

La teoría me parece excelente. Excelente como concepción y como remate de esta polémica.

Equivale a confesar la nación argentina que, si bien con un fin vital, ha adulterado *pro domo sua* la historia de América y desfigurado a su exponente máximo.

Era lo que se venía sosteniendo. La misma Argentina, sin proponérselo, pone en las sienes del contendor la corona del triunfo.

Concluyo.

Espero que esta vez sí será la última. Desde luego aseguro que ninguna consideración me hará tomar de nuevo la pluma para prolongar esta interminable polémica. ¿Para qué? Nuevas páginas serían frondosidades inútiles del mismo tema. El tronco del árbol queda intacto. El hacha de los leñadores no lo ha tocado. La verdad, que yo he sostenido, resplandece erecta e incólume.

No me queda sino agradecer a *Hispania* su hospitalidad, y a mis impugnadores todos el honor que me han dispensado, combatiéndome.

¿Ha sido baldía esta polémica de reivindicación histórica? Debo confesar que no siento haberla sostenido, aunque tampoco me alegro de haberla sustentado. Once años vacilé antes de reproducirla. La recojo, por fin, en libro. ¿Por qué? Porque esta polémica significa un momento de ciertas ideas y del sentimiento nacionalista, o localista, en nuestros países. El más enfermo, en tal sentido, por lo mismo que el más próspero, ha sido la Argentina. Por más próspero y por más ciego. Tuvo la ceguera del egoísmo.

Hay motivos para no envanecernos de victorias que alcancemos sobre nuestros hermanos en orígenes, en cultura y en destino. Debemos más bien dolernos de nuestras divisiones.

Mientras los hispanoamericanos perdemos tiempo y energías en la réproba labor de enturbiar nuestras propias fuentes y desdorar nuestros más ilustres laureles, mientras nos malqueremos y calumniamos, los enemigos esenciales de nuestra cultura, de nuestras patrias, de nuestro porvenir avanzan arrolladores hacia el Sur, prevaleciéndose precisamente de nuestra dispersión que con tan hábil política fomentan.

Mientras que el sajón aventurero merodeó por Méjico, destruyó el orden en Centroamérica, puso un pie en las Antillas y provocó la secesión de Panamá, la indiferencia en los pueblos hispanoamericanos del extremo Sur permaneció inmovible. ¡Qué ceguera y qué pétreo egoísmo!

Pero el pulpo ha avanzado sus tentáculos económicos, precursores de la presión política, por el Pacífico hasta Perú y por el Continente hasta Bolivia. Ya está en el Sur de Bolivia, es decir, en el Norte argentino. La Argentina, naturalmente, ha empezado a abrir los ojos. La Argentina todavía no; una selecta minoría, a cuyo frente pudo ponerse José Ingenieros. Ya Manuel Ugarte no es, en Argentina, una desacreditada excepción apostólica de americanismo.

El hispanoamericanismo, el ideal de Bolívar, combatido por Rivadavia y calumniado por Mitre y sus alumnos, empieza a prosperar a la margen derecha del Plata. Hasta Estanislao Zevallos, aquella dama jurídica, que cantó a Roosevelt, reacciona contra los yanquis. ¡Parece increíble!

Algunos de los mismos hombres que estuvieron ayer contra mí, lidian hoy —y del modo más eficaz— en las mismas filas que yo.

Estos hombres son precisamente los de mayor talento entre mis contendores de hace once años: José Ingenieros, y —menos impetuoso o más diplomático y solapado en la lucha de ahora— Roberto Levillier.

Estos dos hombres eminente con quienes ayer combatí —y a quienes no hice entonces justicia, porque un palenque no es Tribunal, ni un lidiador es juez de sus adversarios— son ambos amigos míos hace muchos años.

A los dos los admiro, a los dos los respeto, y, ni siquiera entonces los confundí con un imbécil como Gustavino, con un miserable como F. C. González, con un tipo divertido como Colmo.

A Ingenieros, para molestarlo, lo llamé italiano, a Levillier, judío. ¿Qué menos podía hacer? Algún defecto tenía que encontrarles. Y el lado flaco que les encontré era bastante carnoso.

Colmo se vanagloriaba, en alguna de sus réplicas, de ser el único a quien yo traté bien. Creo formarme cuenta clara del valor de los hombres. Conozco la diferencia que va de un profesor de cerebro empastelado y alma cándida como el Sr. Colmo, y una acémila como Carranza, o un borracho nominal como Gustavino.

Repito que poseo la noción de las jerarquías.

No confundo a Colmo con G. Ramírez y lo comprendo superior a Carlos Aldao; pero tampoco lo barajo en el mismo paquete con un hombre de talento —espíritu tan fino— como Roberto Levillier, ni menos con un hombre de mucho talento —fundamental en cierto modo para la cultura de una parte de nuestra América, a pesar de sus insinceras concesiones al medio en que pelecha— como José Ingenieros.

LA INTELIGENCIA EN BOLIVAR

Discurso de recepción del señor D. Rufino Blanco Fombona como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia el 27 de setiembre de 1939.

Señores Académicos,

Señores:

No NECESITO esforzarme mucho para que me creáis. El honor insigne que significa verse elegido como compañero de tanto hombre eminente por el saber, el patriotismo y las virtudes, desvanecería a cualquiera otro que no poseyese, como yo creo poseer, conciencia clara de su poquedad en relación con la Academia Nacional de la Historia. Sólo vuestra benevolencia, señores Académicos, tan grande como vuestra importancia personal y colectiva, ha podido elevarme hasta vosotros.

Y este honor se magnifica en mi espíritu al pensar que ocuparé el sillón que deja vacante académico tan ilustre como el Doctor Carlos F. Grisanti. Grisanti fue, en efecto, un buen ciudadano, un docto académico, un dechado de patriotismo, jurisconsulto, legislador y diplomático que pasó la vida en servicio de Venezuela y que honró a Venezuela con su ciencia, con su experiencia, con su ejemplaridad y con sus virtudes. A un hombre así no se le reemplaza, aunque se ocupe su puesto. Yo no pretendo sino seguir su fecundo ejemplo, aunque de lejos, y contribuir con mi pequeña colaboración de espíritu y mi buena voluntad a no empañar el lustre que Grisanti dio a este Sillón académico.

LA INTELIGENCIA EN BOLIVAR

Exagerado en todo, lo fue también en inteligencia. Mantiene en perfecto equilibrio de exageración su inteligencia, su voluntad, su previsión, su ambición, su pugnacidad, su elocuencia y aun su mordacidad.

La inteligencia se descompone en cinco aptitudes intelectuales superlativamente desarrolladas en el Libertador: la memoria, la imaginación, la atención, la inspiración, y el juicio. Su espíritu se manifiesta a menudo por intuiciones, como en la carta de Jamaica; pero el espíritu de análisis lo acompaña en obras decisivas como el Mensaje de Angostura en 1819 y el Mensaje al Congreso de Bolivia sobre la Constitución boliviana en 1826, demostrando, según las circunstancias, capacidades que parecen excluirse.

Su inteligencia aparece fulminante en la concepción, brillante en la expresión y original en la orientación. Aun en materias que no tienen por qué haber estudiado a fondo como el Derecho y que se prestan poco a la inspiración y a la originalidad, deja su huella. "Es el único que completó a Montesquieu, —escribe un tratadista de Derecho Constitucional— agregando a las tres ramas en que el filósofo de Francia divide el Poder Público, el Poder Electoral o Electorado".¹

Su inteligencia no se externa por sugestión de otras inteligencias, sino en contacto con las realidades: así se explica su proyecto de Senado hereditario, y su institución del Poder Moral, tan combatidos ambos por los demás revolucionarios de entonces y por los revolucionarios teóricos de más tarde. Tenían por objeto, el uno, crear elementos de Gobierno donde no los había; y el otro, echar bases morales en una sociedad desmoralizada, —y no transitoriamente—. "Tengo poca fe en la moral de nuestros ciudadanos", pensaba. La historia de América durante el siglo XIX prueba que los conocía.

¹E. M. de Hostos: *Lecciones de Derecho Constitucional*. Ollendorff, París, 1908.

La inteligencia de Bolívar no pertenece al género femenino de los cerebros que necesitan para concebir la excitación y procreación ajenas: su talento es espontáneo, original, masculino, virgíneo, creador. En suma, genial.

La memoria le sirve a maravilla. Se acuerda de todo, lo sabe todo. Pasados sus primeros arrebatos y sus campañas de pura audacia ha aprendido en la Escuela de las realidades lo que hay que aprender. Sabe qué localidad que vio un día, le conviene para batir al adversario. “Aquí atraeré al enemigo y aquí lo batiré”, dijo refiriéndose a la sabana de Carabobo. Tiempo después, así lo hizo.

Sus discursos aparecen llenos de citas, a veces excesivas. Nunca le falta en la conversación el recuerdo oportuno y la anécdota ilustrativa o amena. Cuando llega a Bogotá, en 1819, después del segundo Paso de los Andes y de la batalla de Boyacá, saluda por su nombre a todo el mundo, incluso a personas de segundo orden que había conocido durante su breve estada allí a fines de 1814. Algunas de aquellas personas no las había visto quizás sino una sola vez.²

²D. Juan Pablo Carrasquilla, de Colombia, refería ya anciano sus recuerdos del año 1819. Un día contó detalles de la entrada del Libertador en Bogotá a sus compatriotas Dr. Nicolás F. Villa y D. Alejandro Barrientos. Este ha conservado por escrito la relación del anciano Carrasquilla, narración que se acuerda con los documentos e historias de la época. El 7 de agosto de 1819 ocurrió la batalla de Boyacá. Bolívar se adelantó casi solo y casi solo entró en Santa Fe de Bogotá, abandonada por el virrey Sámano. Entró el 10 de agosto, a las cinco de la tarde y fue a desmontarse, como a su casa, al Palacio Virreinal.

Oigamos al anciano Carrasquilla:

“Yo estuve presente cuando llegó el Libertador al Palacio. Se desmontó con agilidad y subió con rapidez la escalera. Su memoria era felicísima, pues saludaba por su nombre y apellidos a quien había conocido en 1814. Sus movimientos eran aiosos y desembarazados. Vestía casaca de paño negro, de las llamadas cola de pajarito, calzón de cambrun blanco, botas de caballería, corbatín de cuero y morrión de lo mismo. Tenía la piel tostada por el sol de los Llanos, la cabeza bien modelada y poblada de cabellos negros, ensortijados. Los ojos negros, penetrantes, y de una movilidad eléctrica. Sus preguntas y respuestas eran rápidas, concisas, claras y lógicas. Se informaba sobre los pormenores del suplicio del Dr. Camilo Torres y de D. Manuel Bernardo Álvarez. De este último dijo que le había pronosticado el año 14 que sería fusilado por los españoles. Su inquietud y movilidad eran extraordinarias. Cuando hablaba o preguntaba, cogía con las dos manos las solapas del frac; cuando escuchaba a alguien cruzaba los brazos. Yo me colocaba detrás de los grupos de las personas que hablaban con el Libertador, para no perder palabra ni movimiento del hombre portentoso.

Cuando uno de los caballeros que estaban encargados del arreglo del salón y del aposento para el Libertador, vino a decirle que siendo ya tarde y debiendo estar fatigado del viaje, quizás querría retirarse a descansar, le contestó:

—No, absolutamente; no siento fatiga alguna.

—Pero su Excelencia ha andado mucho a caballo hoy.

—Montar a caballo no me fatiga.

—¿A su Excelencia le gusta andar a caballo?

—Bastante; pero no es tanto lo que me gusta montar a caballo, cuanto lo que me desagrada andar a pie.

—Ese gusto como que lo tenemos todos.

—No todos. En Jamaica conocí a un inglés que montaba a caballo por tener el gusto de apearse; y no usaba sino una espuela, porque decía que si lograba hacer andar al caballo por un lado, el otro no se quedaba atrás.

Así era la conversación familiar de Bolívar, ligera, graciosa y llena de viveza y animación.

A casi todos los soldados del Ejército Libertador los conoce por su nombre y apellido; recuerda de qué país son naturales y algunos de los pequeños problemas que les interesan. Habla con ellos y cada uno supone que su persona y su caso le merecen atención especial.

Inquire constantemente y recuerda cuantos informes se le suministran sobre personas, regiones, asuntos, países. Los observa con suma atención y extrae de todo aquello lo que conviene a su obra o lo que puede perjudicarla.

“Desde la extremidad septentrional de Colombia hasta el Potosí —refiere uno de sus oficiales— éranle familiares cada lugar y sus producciones y hasta sus individuos, costumbres, hábitos e inclinaciones”.

“En sus constantes marchas por todas aquellas comarcas, procuraba con insaciable curiosidad informarse aun de objetos al parecer indiferentes, indagándolo todo, todo de los habitantes cuya profesión o situación los ponía más en aptitud de suministrarle informes satisfactorios. Fatigaba a los Abogados y Médicos con preguntas sobre puntos profesionales, e inquiría de los Párrocos la naturaleza de los crímenes secretos más frecuentes en sus feligresías, según las revelaciones que se les hubiera hecho en el confesionario”. (*O’Leary: Memorias*).

Así, pues, cuando legislaba o defendía su legislación sabía lo que estaba haciendo, por el conocimiento directo de la realidad, que los rúbulas y leyes de los congresos ignoraban u olvidaban. Así bordan en el vacío legislaciones impecables, con el solo defecto de no convenir a menudo, o no ser posible a la realidad americana de entonces.

La curiosidad, la memoria y la atención le servían como factores del conocimiento; y se advierte en toda su obra intelectual que el juicio, —el ejercicio de la inteligencia— era seguro y adscrito a las realidades. De eso a los vacuos declamadores revolucionarios del tipo Jacobino, hay un abismo.

La imaginación no es en Bolívar menos vigorosa que la memoria y la atención. Piensa a menudo como los poetas, por imágenes. No es necesario referirse a aquel romántico y fantasista *Delirio en el Chimborazo*; basta leer cualquier carta suya, aun documentos políticos, para cerciorarse de que su imaginación es la de un poeta. Se produce a veces como un poeta filósofo, a la manera de Guyau; y se comprende que admirase tanto, en su juventud, a Juan Jacobo.

La originalidad de las concepciones proviene de la inspiración; y la inspiración, en Bolívar como en todo el mundo, de una fuerte emotividad, de una emoción que solicita exteriorizarse.

La emotividad trata de traducirse en actos y no se pone a escoger métodos conocidos sino que va creando los propios, de acuerdo con su duración. Mientras más intensa sea la emoción y mejor dotado el sujeto, mayor la inspiración creadora y más evidente la originalidad.

Cuando la malevolencia, por ejemplo, ha dicho que Bolívar empleaba la táctica de los indios —táctica que no se puede estudiar porque no se ha escrito y que no podía haber aprendido prácticamente por no haber luchado contra ellos, como luchó Washington en el Norte y Pizarro en el Sur—, la malevolencia tiene que rendirse a la evidencia, y confesar un instante después, contradiciéndose: “Poseía la inspiración ardiente en medio del combate”.³

Analizando la obra guerrera de Bolívar dice también el mismo crítico e historiador militar: “El instinto preside a los combates y la inspiración a los movimientos, alcanzando al fin la victoria por la audacia de las concepciones, el ímpetu de los ataques y la constancia incontrastable en los reveses”.⁴

Pero hay cosas de guerra que ni aprende por observación, ni parece que estudia y las sabe. ¿Cómo? ¿Por qué? Muy sencillamente: por instinto genial y hereditario. El niño Simón Bolívar como todo niño se encontró en la cuna por herencia con la personalidad primitiva, permanente, fundamental, innata. Esta personalidad innata, a base de temperamento y de predisposición, hacia formas determinadas de inteligencia, facilita su tarea ya que coincide con ella. La hubiera obstaculizado de no coincidir.

Aptitudes hereditarias de raza lo predisponían a los riesgos y audacias de la guerra. En él se patentiza el carácter aventurero, improvisador, acometedor del hombre español. Temperamento que ha permitido a España realizar tantas y tan osadas epopeyas. Las epopeyas españolas, casi todas las empresas guerreras de España, individuales o colectivas, se distinguen precisamente por su aspecto de improvisación, de inspiración personal y del momento. Un puñado de catalanes y aragoneses conquista el imperio bizantino; otro puñado de aventureros, los imperios de Méjico y Perú. Todo ello obrando en un hombre dotado de genio personal permite la temprana revelación del Bolívar guerrero, en quien brillan la inspiración y la audacia como artes mágicas. Es decir, decide rápidamente y lo que decide es casi siempre lo mejor; y si no lo mejor desde el punto de los principios, lo que prácticamente conviene más. ¿Que se necesita de una voluntad superlativa para realizar la empresa? No importa. El la posee.

A esta personalidad innata que le dio gusto y capacidad para la guerra, se agregó luego la personalidad adquirida por el estudio, la observación y la reflexión: la personalidad del Libertador. De ahí que sus primeras campañas —la del Magdalena, la de Cúcuta, la de los Andes de Venezuela en 1813, la de Nueva Granada en 1819— sean todas de inspiración y audacia; y otras más tarde —la de Carabobo, las del Perú— todas de cálculo, de método y de ciencia.

³B. Mitre: Historia de San Martín.

⁴Ibídem.

En cuanto a inspiración puramente intelectual, es constante en su vida.

El famoso juramento de los 20 años en el Monte Sacro, en Roma, ¿qué fue sino un raptó de inspiración? Recordad la cálida tarde veraniega, el crepúsculo vespertino, los estímulos de su maestro hacia la libertad, la vista de Roma, los recuerdos históricos, la emoción del joven apasionado y todo queda explicado: Bolívar evoca a los muertos, recuerda a los vivos, suspira por dejar un nombre ilustre como los de aquellos eximios varones que el espectáculo de Roma suscita en su espíritu y produce la romántica improvisación del Juramento.

La carta de Jamaica (1815), donde se trata de América y de sus distintas porciones, en el presente de entonces y en el porvenir, con una lucidez asombrosa, no pudo jamás ser obra de estudio paciente sino algo adivinatorio, de inspiración, de intuición. Inspiración es la palabra. Algo tan de inspiración como el descubrimiento del Método, por Descartes, en un puebluco, a orillas del Danubio, en una noche de otoño, en 1619.

Se escoge el ejemplo de Descartes, ex profeso. En ninguna obra como en el análisis y previsión de un Mundo político que nace o en el descubrimiento de un Método filosófico parece que debiera haber menos la inspiración genial. Sin embargo, en uno y otro caso es evidente. Bolívar posado en un cuartucho de una hospedería, en la colonia inglesa de Jamaica, el 6 de septiembre de 1815, expatriado, vencido y sin elementos siquiera para documentarse sobre el pasado y el porvenir de tantas naciones de América, describe el futuro de todas ellas, con una precisión tal que ha podido decirse que el porvenir fue fiel a la evocación del demiurgo y que la evolución ulterior de las naciones americanas ha sido la realización del pensamiento de Bolívar.⁵

De Descartes se sabe que en aquella noche del Danubio sintió repentinamente la iluminación de su espíritu y tuvo conciencia de su Método. En uno y otro caso parece haber obrado con evidencia la inspiración genial.

La inspiración, claro, no se produce en los imbéciles ni en los perezosos. Tampoco en los que no piensan constantemente en lo que desean. Es la culminación momentánea de la llama interior. Casi todos los confidentes geniales han hablado de relámpago, claridad; luz subitánea, en suma. Pero esta claridad y esta visión repentinan —o esta audición de lo que dicta un numen desconocido, como en el caso de Musset y de Mozart— suele ser la floración fulmínea de un viejo germinar de esfuerzos. Es la aparición, a flor de conciencia, del yo más profundo.

En cuanto a la atención, recordemos que Bolívar solía dictar dos o tres cartas a dos o tres amanuenses distintos sin confundirse ni equivocarse, aunque lo

⁵F. García Calderón: *Les démocraties latines d'Amérique*, Flammarion, París, 1912.

interrumpiese cualquiera que arribase de pronto. El mismo revelaba el vigor de su atención, sin proponérselo, al referir al Coronel Perú de Lacroix, en 1828, lo siguiente:

“Hay hombres —me dijo— que necesitan estar solos y bien retirados de todo el mundo para poder pensar; yo reflexionaba y meditaba en medio de la sociedad, de los placeres, del ruido, de las balas... Sí —continuó— me hallaba solo en medio de mucha gente, porque me hallaba con mis ideas y sin distracción”. (*Diario de Bucaramanga*).

Los negocios públicos y administrativos de varios países tan diferentes entre sí, con problemas especiales cada uno y distanciados en el espacio, los tiene presentes cuando escribe y da órdenes en el mismo día a Páez en Caracas, a Santander en Bogotá, a Sucre en Bolivia, a Salom en Guayaquil, a Montilla en Panamá; cuando insta a Cuba y Puerto Rico a constituir Juntas revolucionarias que él pueda ir a apoyar, cuando trata con el gobierno argentino sobre la campaña del Uruguay o con el gobierno de Chile sobre la toma de Chiloé, o cuando propone a Méjico, a Guatemala y a los demás pueblos de América que integren el Congreso internacional de Panamá, o cuando amenaza al dictador Francia, del Paraguay, o cuando mide sus pasos —como en el caso de la guerra contra el Brasil, en pro del Uruguay— en atención a lo que deben estar pensando el gabinete británico en Londres y la Santa Alianza en París y en Viena. (*Bolívar, pintado por sí mismo*).

La imaginación encendida llega a convertirlo en poeta no ya de acción —que siempre lo fue— sino de la expresión. Los problemas más áridos los plantea en la forma en que pudiera un filósofo poeta. Así, por ejemplo, el embrollo étnico de la América dividida en razas y subrazas: “los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros, ¿cuándo? Semejantes a la corza herida, llevamos la muerte en nuestro seno, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña”.

¿Cómo interpreta a las Américas?

Desde 1813 ve ya a la América de origen español ejerciendo un papel de primer orden en los negocios de nuestro planeta. En 1815 predice el desarrollo ulterior del Continente, pueblo por pueblo, sin equivocarse un ápice. La realidad durante un siglo ha venido confirmando sus predicciones. En 1829 traza de los Estados Unidos, en breves líneas, un retrato político que iba a ser aún más exacta fotografía medio siglo más tarde: “*Los Estados Unidos parecen haber sido puestos por la fatalidad en el Nuevo Mundo para causar daños a América en nombre de la Libertad*”. (*Carta de 1829 al diplomático inglés Patricio Campbell*).

No solo sabe para qué sirve cada hombre, sino el daño que puede causar si sus aptitudes no se enderezan por tal o cual camino. Lo sabe mejor que ellos mismos, Lo que en ellos es instinto ciego, es en él conciencia clara. “No deje

ir al doctor Peña a Caracas, escribe a Santander —reténgalo en Bogotá con cualquier pretexto; en Caracas puede causar mucho daño”. Santander lo deja partir y Páez se convirtió en un liberticida, en manos de Peña. Le preguntan un día quién es el jinete que se acerca; era Sucre, todavía irrevelado y joven. Bolívar responde: “Es el mejor oficial del ejército; estoy persuadido de que algún día me rivalizará”.

Seguro de sí mismo, consciente de su superioridad, no sólo encomia a todos sus generales y los pone sobre los cuernos de la luna apenas se distinguen un poco, sino que gusta siempre de rodearse de los hombres más eminentes para que colaboren con él, llámense como se llamen, sean de donde sean, piensen como piensen. Ser útil y tener talento son para el Libertador los mayores títulos. Busca sobre todo para la Administración a los civiles e intelectuales.

Repásense sus gabinetes todos: en ellos figuran los americanos más eminentes de la época. ¿A quiénes llama a colaborar? A los mejores. En la diplomacia están Palacio Fajardo, Zea, Gual; en la administración, Peñalver, Restrepo, Unanue; en la guerra Córdoba, Necoechea, La Mar, Urdaneta, Sucre. Le sirven a título de intelectuales Olmedo en Ecuador, Fernández Madrid en Nueva Granada, Bello en Venezuela, Vidaurre en Perú, el Deán Funes en la Argentina, Casimiro Olañeta y Don Simón Rodríguez en Bolivia.

Al chileno Madariaga, al mexicano Santa María, al cubano Tanco, al portorriqueño Valero, a los españoles Jalón, Campo-Elías, Villapol, a todos halaga, de todos se rodea. A Heres lo encarga de la Prensa. A Perú de Lacroix le confía sus secretos. Santander, que como militar valía poco, fue levantado por Bolívar hasta la Vice-Presidencia de Colombia por ser hombre de talento.

Extranjeros o americanos le da lo mismo, como la gente sea útil. Llama a Lancaster a Venezuela, a Bompland a Colombia, se cartea con Humboldt, encomia a Bentham, emplea a Boussingault, que era un miserable, pensiona a De Pradt, nombra Ministro en Washington al español Torres, jefe de un Departamento al inglés general Miller, secretario y primer edecán al irlandés Daniel Florencio O’Leary; y acoge a los oficiales del ejército que se distinguen por su entusiasmo o su bravura o su capacidad, cualquiera que sea su origen: Berzolari de Italia, Sardá de Cataluña, Uzlar de Alemania, Rooux de Inglaterra, Persat de Francia, Sobieski de Polonia, Brion de Holanda. No le teme a la superioridad de nadie. El sabe que es superior a todos.

Posee conciencia clara de su cerebro y de su fuerza. Juicio y voluntad son en él, en realidad, de primer orden. Y es el caso recordar a uno de los pensadores contemporáneos: “un poderoso desarrollo de los centros de juicio y voluntad, he aquí, pues, las bases orgánicas del fenómeno que se llama genio”. “En el caso de que el centro de voluntad esté tan extraordinariamente desarrollado como el centro de juicio; si por consiguiente, nos

encontramos en presencia de un hombre que es a la vez un genio de juicio y un genio de voluntad, en este caso podemos saludar a uno de esos fenómenos que cambian el curso de la historia del mundo".⁶

Es el caso de Simón Bolívar, Libertador de América, árbitro un día del continente, máximo adorno del mundo occidental.

Bolívar posee las cualidades más finas y agudas del hombre de genio: la inteligencia, el juicio certero, penetrante, en grado superlativo, en grado de superconciencia, la visión adivinatoria de lo futuro, la voluntad de realización. Toda su obra es una realización de imposibles, en las condiciones deficientes en que la acomete.

Joven desconocido, oscuro colono español, inicia su carrera. Concibe un pensamiento político que parece quimera: no sólo el pensamiento de emancipar la patria, —esto le es común con gran parte de su generación— sino de independizar la América española de un cabo al otro. "El día de América ha llegado", dice y repite desde 1810, hasta 1830. Tal es, el sublime estribillo de su obra. Quiere formar con este nuevo mundo político y geográfico un formidable imperio republicano de nueva cultura, fundado en la libertad y que pueda llevar la batuta en los negocios de nuestro Planeta.

Este grande Estado será "la madre de las Repúblicas, la mayor Nación de la tierra", dice en 1819, convidando con la unión a las Naciones del Río de la Plata.⁷

Y esa unión la propone, observemos de paso, cuando vencido, exhausto, rodeado de enemigos, teniendo al frente vigorosas expediciones europeas, y la más formidable Escuadra que hasta entonces había atravesado el Atlántico, apenas dispone para poner la planta de una roca ardiente del Orinoco. Pero su convicción de triunfo es permanente. Las adversidades, cosa eventual. Manipula con el futuro como si dispusiera de él.

Bolívar se propone, pues, desde el alba de su carrera, no emancipar su provincia nativa, sino independizar la América Española entera, formar un grande Estado imperial o, de no poderlo, dos o tres fuertes repúblicas confederadas. Estas repúblicas constituirían un imperio liberal y democrático. Y además, dominar, directa o indirectamente, todo aquello. Estas Potencias Federadas con un ejército y una escuadra comunes y una común política exterior servirán de equilibrio a los Continentes, salvarán las ideas liberales, la herencia de la Revolución amenazada por la Santa Alianza de Tronos y Altares; podrán tener a raya en el Nuevo Mundo el imperialismo de los

⁶Max Nordau *Psico-fisiología del genio y del talento*, págs. 191-199, ed. Madrid, 1901.

⁷Carta de Bolívar al Presidente Pueyrredón, gobernador o Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Reyes conquistadores y mantendrán la idea y la cultura latinas contra la probable ambición de un Estado sajón naciente.⁸

No sólo la América Latina servirá de contrapeso a Europa y de freno a los Estados Unidos sino que representará un papel directorial en la política del Mundo.

Ese fue el sueño internacional de Bolívar desde antes de cumplir 30 años.

La suerte ha querido que a la América Latina le haya tocado representar el papel pasivo y de aislamiento que quiso Washington para su pueblo; y que a la América sajona le haya tocado representar el papel que quiso para su América Simón Bolívar.

Para realizar su ideal político, Bolívar comprende que necesita arrebatar por las armas el Nuevo Mundo a los dominadores europeos y se improvisa militar.

Este joven oficial, educado en los salones y no en los cuarteles; y que prefiere las letras a las matemáticas, va a realizar una obra militar de las mayores que se conocen en la Historia del mundo.

Tan larga y trascendental fue la obra guerrera de Bolívar —la emancipación de América por las armas— que la gente suele tomar la obra militar por la obra total de Bolívar, la parte por el todo. Y olvida que la epopeya, aunque tan deslumbradora, fue sólo un episodio en la realización del pensamiento de Bolívar.

Por fin logra reunir en 1826 a los Estados Desunidos de América en el Congreso Internacional del Istmo centroamericano. Ha realizado su pensamiento político. Ha completado su parábola. Lo que queda por hacer parece que debe ser obra de los pueblos, de la Diplomacia, del sentido común. Si esta obra no se realiza como el héroe la soñó, no es por su culpa. Quien ha fracasado no es Bolívar. Quien ha fracasado es América. La desgracia de Bolívar ha sido precisamente ésa: ser un grande hombre sin gran pueblo.

Reunido el Congreso internacional de Panamá, el héroe ha cumplido como bueno; ha puesto los destinos de América en manos de América. La ha libertado, la ha unido, le aconseja la Liga Anfictionica, le recomienda y aun otorga leyes fuertes, moral política, gobiernos estables, instrucción pública intensa y el Arbitraje para dirimir sus diferencias. Insiste sobre todo en la

⁸Andando el tiempo, Bolívar con vista sobre Méjico como factor de primer orden para su ideal americano y comprendiéndolo amenazado por los Estados Unidos, tuvo el propósito de que, apoyado quizás por Inglaterra, pasase a Méjico a representar allí un papel de primer orden su amigo el general Sir Robert Wilson (Véanse las *Cartas de Bolívar a Wilson*). Al mismo tiempo despachó Bolívar a su edecán Bedford Wilson, hijo precisamente de Sir Roberto, para que lo informase detalladamente sobre los Estados Unidos y de la actitud y miras de este país con respecto a Méjico. Las cartas del coronel Bedford Wilson al Libertador pueden leerse —son interesantísimas— en la colección salvadas por el irlandés O'Leary: *Correspondencia de Extranjeros notables con el Libertador* (2) Tomos. Madrid. Editorial-América.

creación de una Democracia poderosa, de Estados fuertes, unidos, de cuya suerte internacional decida el tribunal de una Sociedad hispanoamericana de naciones. Hispanoamericana, no panamericana. El panamericanismo vendrá más tarde; será otra cosa.

Pero al héroe le sobran bríos. Su obra continental americana no le basta. Quiere desbordarla por encima de los mares. Quiere ir a las Antillas con su ejército y liberar a esas hermanas a quienes el mar ha preservado de la Revolución. Quiere ir al Asia, a Filipinas, y emancipar el Archipiélago. Aspira a más. Aspira a ir a Europa, a la tierra de donde salieron sus abuelos en el siglo XVI, y establecer en España la República, de acuerdo con los liberales españoles, víctimas del absolutismo cruel de Fernando VII. Para la realización de estas nuevas empresas, contrae un empréstito en Londres, compra buques, contrata marinería, reúne una fuerte flota en Cartagena y organiza un ejército de desembarco.⁹ Los generales tienen hambre de gloria. Sucre le habla del buen estado del ejército para una empresa ultramarina.¹⁰ Páez espera que el Libertador piense en él para el desembarco en Cuba.¹¹

Ha realizado Bolívar tantas maravillas, que nada le parece imposible. Está connaturalizado con el prodigio. Su ambición es joven todavía. Su cuerpo, no. A los 45 años su frente aparece surcada de arrugas y sus cabellos encanecen, aunque los pardos ojos lancen todavía destellos magníficos; destellos magníficos aunque no tan luminosos como los destellos de su espíritu.

Todavía puede escribir la Constitución para Bolivia, desbaratar en los campos de Tarqui a La Mar por medio de Sucre y montar a caballo y realizar una marcha de miles y miles de kilómetros, desde Lima hasta Bogotá, desde Bogotá hasta Maracaibo y desde Maracaibo hasta Caracas.

Pero la Revolución ha devorado su juventud. Muere a los 47 años, a la edad en que otros reformadores, apenas empiezan su obra.

¡Cuántas virtudes de hombre, de pensador y de soldado tuvo que acumular y desplegar para realizar su obra! La primera, la inteligencia. A par de la inteligencia, la voluntad. Luego en grados diversos, la constancia, la astucia, la seducción personal, la flexibilidad, el conocimiento de los hombres, el don de imperio. Como sombras del cuadro, advertimos que se sirve de la mentira política, de la exageración y, en casos extremos, aun del dolo y la crueldad. No se trata de una hermana de la caridad, ni siquiera de un hombre corriente; se trata de un creador de pueblos, en lucha con las más tremendas dificultades. Su moral no consiste en las virtudes caseras del *pater familiae* sino en las virtudes públicas del fundador de Estados. Su deber fue crearlos. Su moral haberlos creado.

Lo inmoral para él y en él hubiera sido no independizar la América por temor a una censura; o por no fusilar de golpe mil prisioneros como en

⁹Posada-Gutiérrez: Memorias histórico políticas, tomo 1º.

¹⁰Cartas de Sucre, 1825-1826.

¹¹Autobiografía.

enero de 1814. Lo inmoral hubiera sido tener por norma exclusiva de conducta la crueldad y por palabra de honor el dolo. ¿Fue su caso? No. Salvo excepciones, salvo casos muy extraordinarios, su moral fue tan exigente como la de cualquier caballero y más que la de cualquier político. Sólo saltaba la barrera, como el caballo de raza, para salvar el obstáculo y seguir adelante.

¡Y qué obstáculos! ¡Hay que recordar lo que era la América colonial del siglo XVIII de donde iba a extraer la América republicana y liberal del futuro!

¿Y de qué elementos dispone para realizar su obra? Faltan desde mapas hasta noticias verídicas de América, desde armas hasta dinero, desde tradiciones hasta crédito, desde opinión pública en cada país hasta conciencia continental en todos ellos.

Se ha preguntado: ¿Qué hubiera hecho Napoleón en aquellas circunstancias? ¿Qué hubiera hecho Washington?¹² Lo que nos importa es saber lo que hizo Bolívar. Lo que hizo fue sobreponerse a todas las dificultades y ser superior a la adversidad. Mostrar una inteligencia creadora a la altura de los obstáculos que halló a su paso.

¹²F. Loraine Petre: *Simón Bolívar*, London, 1910.

LA LAMPARA DE ALADINO

XIII

F. LORAINÉ PETRE

EL SR. F. LORAINÉ Petre, redactor del *Times*, ex funcionario del gobierno británico en la India, que ha viajado por Asia, Europa y América, es un opulento personaje inglés, residente en Londres.

Historiador de Napoleón y hombre de pluma sobria y bien tajada, publicó en 1910 una Vida de Bolívar con este título: *Simón Bolívar, el Libertador*. Amando y admirando a Bolívar los ingleses pagan una deuda al hombre que tanto quiso y admiró a Inglaterra.

El señor Lorainé Petre se ha esforzado en ser imparcial. Casi siempre lo consigue. Es autor de autoridad moral y de manifiesta buena fe. Su libro, a ese respecto, es precioso.

Las flaquezas de su obra no dependen de la honorabilidad del historiógrafo, que es —lo repetimos adrede— tan completa como su talento de narrador. El cínico falsificador de documentos y forjador de patrañas a la manera de Mitre no nace todos los días, y menos en la Gran Bretaña. No: Lorainé Petre no es un Mitre, sino historiador de conciencia y veracidad. Las deficiencias que, por desgracia, desvaloran su obra, son hijas de una insuficiente documentación, por una parte, y por la otra, de una irremplazable falta de psicología. Mil aspectos del alma compleja de Bolívar escapan al señor Lorainé Petre. Conocedor de todas las historias que se han escrito sobre el grande hombre de las Américas, Lorainé Petre tuvo como deliberado propósito conservar el término medio entre los panegiristas y los detractores. El mismo lo confiesa.

Como se comprende, su plan de historiógrafo era ya un prejuicio: no iba a aplaudir ni a condenar fuera de ciertos límites. Para un hombre extraordinario como Bolívar, ese plan quizás no era el mejor. Más valía un juicio directo y desprevenido, ya fuera favorable, ya adverso.

Adviértese también en Loraine Petre el empeño constante, aunque disimulado, de que Bolívar no resplandezca a cien codos por encima de Washington. Los britanos siempre han tenido un magnífico sentimiento de raza. El mayor elogio que, en breves palabras, se ha hecho de ese mismo Washington no es obra de un angloamericano, sino de un inglés, y qué inglés: de Gladstone.

Otro defecto del libro consiste en que el señor Loraine Petre ocurre con rareza a los documentos respecto a la América boliviana y al Libertador; documentos que, sin embargo, abundan, y de los cuales se han hecho colecciones magníficas. Son de este número los treinta y un volúmenes de las *Memorias del general O'Leary* y los catorce gruesos tomos titulados: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*. Esos mamotretos de papel son el granito indestructible, el pedestal de piedra secular sobre el cual se levanta la figura de Bolívar. Loraine Petre apenas los toma en cuenta. La edición aumentada de la segunda colección, la edición firmada por los compiladores Blanco y Azpurúa, ni siquiera la cita entre las obras que consultó. Cuando transcribe proclamas, discurso y cartas del Libertador, copia a menudo de segunda mano.

Tampoco ocurre con frecuencia a las *Memorias* de contemporáneos, amigos o enemigos del Libertador; *Memorias* de oficiales ingleses, franceses o hispanoamericanos; y de los generales y subalternos españoles que luchaban contra Bolívar. Del choque de esas opiniones contradictorias sale la luz. Bolívar desafía esa luz. A esa luz, que es la de la verdad, es como mejor resplandece su colosal figura.

Habla el historiador de las relaciones de Bolívar con Chile y Argentina: cita a Mitre y se apoya en él; pero ignora a Bulnes, tan esencial en este punto, e ignora algo más importante que los juicios históricos: la documentación de Chile y Argentina con respecto al Libertador, la correspondencia de los prohombres de la época, en ambos países, con Bolívar y cómo esos prohombres —desde O'Higgins hasta Alvear— vinculaban en el Libertador el triunfo radical de sus respectivas patrias.

¿Recuerda Loraine Petre la opinión de Ranke, que es de peso? Este sabio alemán, uno de los creadores de la historia a la moderna y uno de los más felices críticos de fuentes históricas y analizadores de documentos, ¿no opinaba que la historia no podía escribirse inspirándose en los relatos de los historiadores contemporáneos, sino que debía apoyarse en documentos de la época, en los testigos presenciales y en los mismos autores de los hechos?

Como los estudios sobre Bolívar y la revolución de América han tomado precisamente mucho incremento desde 1908 y 1910 a la fecha —con motivo del centenario de la Independencia americana— Loraine Petre desconoció así mismo —y de ello no podemos culparlo— la documentación que han presentado los españoles; tres volúmenes que acompañan la biografía titulada *El teniente general don Pablo Morillo*, por F. Rodríguez Villa; y no parece mejor enterado respecto a la recién impresa documentación de los Archivos

de Londres y París, que fragmentaria y todo como ha visto la luz, arroja tanta claridad como Bolívar.

El indispensable *Diario de Bucaramanga*; el *Bolívar* de Mancini; el estudio de Jorge Ricardo Vejarano sobre *Las ideas políticas de Bolívar* son, de igual suerte, posteriores a la obra de Loraine Petre. Mal pudo conocerlos. De los Archivos de Londres, donde hay perlas, sólo estudió un documento no publicado; pero importantísimo.

La *Vida de Bolívar*, por Loraine Petre, o como reza el título inglés: *Bolívar, el Libertador, A Life of the Chief*, no es, con todo, obrilla baladí, sino exposición y análisis pacientes, concienzudos, minuciosos, razonados; obra de mérito en suma, que habrán de tomar en cuenta los futuros historiadores.

El señor Loraine Petre no es uno de esos extranjeros famélicos a sueldo de gobiernos o aspirantes a consulados y prebendas, que adulan a los vivos y a los muertos por triste pitanza.

Es un personaje de carácter y posición independientes, como De Schryver, el historiador belga de Bolívar, y como Mancini, el historiador francés. Como a ellos, nadie lo excitó a escribir. Como ellos, se tropezó un día con la figura del héroe, tuvo el talento de comprenderlo y dedicó años de su vida, abnegado, a divulgar entre los hombres tan alto ejemplo de hombría. Loraine Petre merece bien de la América.

XVII

JUAN VICENTE GONZALEZ

Juan Vicente González nació en Caracas el año de 1808 y murió en la misma ciudad el año de 1866.

Perteneció al partido conservador. Independiente de carácter y amigo de expresar lo que sentía, su mismo partido lo condujo a la cárcel.

Cuando adversarios de sus ideas gobernaban, él los combatía gallardamente o se retiraba de la arena. Durante el largo período de los Monagas fundó un colegio y se consagró a la enseñanza.

Su temperamento no era para medrar en política y así no ocupó altas posiciones en el Estado. Pero su fama de escritor polémico y partidario perdura. Los hombres públicos de Venezuela bien sean liberales, bien conservadores, es al escritor a quien más recuerdan, porque nadie dijo ni más crudas, ni más bellas verdades. “Se las decía al Gobierno, a los hombres y a los partidos”, escribe el malgrado crítico Luis López-Méndez.

Sus palestras de pugnador fueron, primero, *Las Catilinarias*, hoja que redactó a los diez y nueve años y que le dio a conocer como fogoso polemista; luego *El Diario de la tarde* y la *Prensa* (1846-1847), “periódicos que alcanzaron celebridad, escribe don Marco-Antonio Saluzzo, por la exaltación de sus ideas y en los cuales se confundieron no pocas veces el argumento y el insulto, el himno de Apolo y el silbo de Pitón”.

Pero sus periódicos políticos más célebres fueron *El Herald* (1859) y *El Nacional*, redactado éste en 1864. Jamás el diarismo tuvo más brillante pluma en sus efímeros triunfos. Chateaubriand en la prensa, Chateaubriand movido por pasiones tórridas y violentas, eso es Juan Vicente González.

Donoso Cortés y Luis Veuillot son los pares de este púgil cuando esgrime la pluma de controversista católico; cuando esgrime la pluma de polemista político, ¿quién se le parece?

Rochefort y Drumont no tienen ni su fuerza, ni su talento ni su estilo. Montalvo era demasiado clásico. Sólo Laurent Tailhade en Francia; Vargas Vila y González Prada en América han escrito libelos que se parezcan a los de Juan Vicente González. Era, según lo delineó en frase lapidaria Cecilio Acosta: "el Tirteo de la política, el Hércules de la polémica".

He aquí una perla, o mejor un rubí sangriento, de los que este maravilloso prosador arrojaba diariamente al rostro de sus enemigos:

"Cuéntase que de los ángeles mismos que cayeron, vagan muchos por el aire vano; porque es preciso que haya siempre huella de lo que fue. Esos tales son los que divagan entre el cielo y la tierra, entre ambos partidos, entre lo presente y lo pasado: esos tales son la huella que dejó a su paso la funesta Dictadura. Huella ridícula, C... huella sangrienta B...¹ ¡Oh, vergüenza! Después de la derrota, la indecente farsa... Como si no bastara el triunfo de sus contrarios, era preciso que apareciese en pantomima, vestido de *garra*,² con lanza, espada y trabuco; soberbio como la torre de Nemrod; vano como el maguey de sus sabanas, ese fanfarrón cobarde, sin rival en lo que ama, sin cómplice en lo que odia, digno de pasear las calles sobre flaco mocho, para escarmiento de rufianes".

Estos párrafos pertenecen a *El Nacional* de 3 de septiembre de 1864. Juan Vicente González tenía cincuenta y seis años: el fuego de su pluma y de su alma eran los de la juventud.

Redactó al año siguiente, en 1865, *La Revista Literaria*, que es una californiada de bellezas. Allí publicó la *Biografía de José Félix Ribas*, primer teniente del Libertador en 1813 y 1814, biografía que ahora se leerá en edición digna del gran soldado y del grande escritor;³ allí publicó su *Historia del poder civil*, que dejó, desgraciadamente, inconclusa; allí su traducción del *Infierno*, de Dante, que es tal vez la mejor que tenemos en prosa castellana; allí su estudio sobre la *Elocuencia política*; allí su *Eco de las Bóvedas*. Con sus originalísimas y solemnes *Mesenianas*, esparcidas aquí y allá, pudiera hacerse uno de los más bellos libros de literatura castellana.

En un país sin editores, todos esos tesoros corren riesgo de perderse. Hoy se paga a peso de oro la colección de la *Revista Literaria* ¡y no se encuentra!

Una de las obras más conocidas y amenas de Juan Vicente González es su *Historia Universal*, de que se han hecho ediciones en América y en Europa y que sirve de texto en varios países de habla española. Merece su reputación. Los cuadros de la *Edad Media* no tienen rivales. Es imposible considerar sin entusiasmo ciertos pasajes, como el capítulo consagrado a *España*, pueblo

¹La supresión de nombres no es de Juan Vicente González, que los escribía en todas sus letras.

²Traje de los llaneros.

³Garnier, editor. París, 1913.

hacia el que tuvo siempre Juan Vicente González noble, filial afecto; como el que dedicó a *La Imitación de Jesucristo*, o aquel en que estudia la *Constitución inglesa*. Estos capítulos cítanse a menudo como de los mejores, y lo son, lo mismo que el titulado *Dante*, el de *Federico Barba Roja* y los de *Las Cruzadas*.

Juan Vicente González era un hombre corpulento y de voz delgada, que hacía contraste con su corpulencia. Se peinaba hacia atrás y, como usaba los cabellos largos, éstos caían, manchándolo, sobre el cuello de su traje. Tenía la nariz recta, la boca regular, el cuello embutido en los hombros; la frente alta y despejada; los ojos negros, no muy grandes, pero fulgurantes. Su aspecto no era de lo más distinguido y estaba lejos de vestir como un *dandy*.

Su gran pasión fue la lectura. Conocía varias lenguas, entre vivas y muertas; y estaba al tanto de las últimas novedades literarias de Europa, aunque no salió nunca de Caracas. Se le llamaba *traga-libros*, por su vastísima cultura.

Su memoria, que era proverbial, sirvió de auxiliar a su talento, sin desarrollarse, por fortuna, a costa de éste, como sucede a menudo.

De él se refieren mil anécdotas interesantes que, en el fondo, dan idea de su carácter y pintan su mordacidad.

Criticó una vez con acerbidad a una dama no muy joven de cierta compañía de ópera. Como no tuvo jamás mesura en los ataques, concluyó, ajeno a toda galantería, llamándola vieja. La señora lo encontró al día siguiente enfrente de la iglesia de San Francisco y le cayó a paraguazos. Juan Vicente González se defendió gritando:

—¡Líbrene de los furores de esta anciana!

A un avaro con quien se disgustó le rasgó el vestido, diciéndole:

—Mira, hombre sórdido, esto te duele más que un artículo.

Un militar, cuyo nombre había arrastrado por el fango en las columnas de *El Nacional*, se acerca y le pregunta en tono de amenaza:

—¿Usted sabe quién soy yo?

Juan Vicente González le respondió sin cortarse:

—No lo sé; pero por su aspecto de bélitre supongo que será usted un general de la Federación.

Pedro José Rojas, prohombre entre los conservadores, mentor de Páez cuando la dictadura de éste, y de cuya pulcritud se dudaba, le saluda un día en la calle:

—Adiós, *traga-libros*.

Juan Vicente González le repuso:

—Adiós, *traga-libras*.

Páez, que lo tenía preso, fue un día a la cárcel. Apenas lo divisa Juan Vicente González le apostrofa:

—Miserable, has deshecho la fábula que te inventó mi cariño.

Pero su corazón no era malo; su memoria no merece sino respeto, como su talento no merece sino admiración. Un rasgo definitivo va a pintar a aquel hombre. Pertenecía, como se ha dicho, al partido conservador. Este partido,

cuyo jefe era Páez, nació en Venezuela como nació el partido liberal en Nueva Granada, cuyo jefe era Santander, de la traición de estos dos hombres a Bolívar y del desgarramiento de la Gran Colombia en fracciones, apenas cerró los ojos aquel ilimitado Libertador. En Venezuela y en Nueva Granada, donde imperaron Páez y Santander, los nacionalistas de Colombia, no se volvió a hablar de Bolívar, como no fuera para escupir sobre su tumba.⁴ Nombrarlo sin denigrarlo era imprudencia. Durante doce años en Venezuela nadie se acordó de él: nadie honró con una palabra de afecto aquella memoria sagrada.

Nadie, no. Juan Vicente González, adelantándose a su época, comprende a Bolívar, y desafiando a superhombres de Liliput y pasiones serpentinas y rastreras, cuelga todos los años una corona de laureles, tejida con su pluma de oro, en el templo de esa posteridad que ya empezaba para el gran caraqueño.

Todos los años, el 28 de octubre, día de San Simón, Juan Vicente González dedicaba una página a la recordación de Bolívar. El instituyó la festividad del 28 de octubre. La instituyó sin proponérselo y contra el querer oficial. La fiesta perdura; pero, por una nueva injusticia, nadie recuerda que es obra de Juan Vicente González. “Durante doce años de indecoroso olvido —rememoró, sin embargo, Saluzzo—, González es el representante de la gratitud nacional; renueva anualmente las coronas que aplacan la inulta sombra del Héroe, adornando con ellas su abandonada tumba...”

Tal fue Juan Vicente González.

Los escritores asalariados, los periodistas de alquiler, los Andrés Mata, los Andrés Vigas, los César Zumeta, rindan homenaje a sus maestros y precursores, los Fausto Teodoro de Aldrey, los Gumersindo Rivas. Nosotros, los hombres de pluma altiva, los que jamás hemos prostituido nuestra conciencia, aplaudamos a los maestros del decoro, a los que prefirieron el destierro con honor a la opulencia infame, como Juan Montalvo, o el cotidiano mendrugo casero a la abyección de seda y oro, como Juan Vicente González.

⁴Otro tanto ocurrió en Perú, en Argentina, en Chile, en Bolivia. Los enemigos de Bolívar y, sobre todo, de su anhelo de unificación continental, triunfaron en todas partes. El ideal de patrias chicas venció al ideal boliviano de una gigante patria común. Las más nobles palabras del Libertador: “una sola debe ser la patria de todos los americanos”, por ejemplo, se achacaban a ambición personal. A pequeñez y no a grandeza. Poco a poco los espíritus superiores de América, un Alberdi en Argentina, un Juan Vicente González en Venezuela, un Miguel Antonio Caro en Colombia, fueron comprendiendo y dando a comprender a Bolívar. Pero aún existen en América retardatarios que desconocen al Libertador. Por un Gonzalo Bulnes, en Chile, que penetre la excelsitud del héroe de América, hay cien Mitres empeñados en desfigurarle por incomprensión o por interés. Pero lo que priva es la incomprensión, América no merecía un hombre tan grande. Con un Washington, con un Sucre, con un San Martín, con un Miranda, con un Kosciusko, con un Federico, con un Garibaldi le hubiese bastado.

XX

CECILIO ACOSTA

Cecilio Acosta nació en una aldehuela de la provincia de Caracas, llamada San Pedro, el año de 1819. Fueron sus padres el señor don Ignacio Acosta y la señora doña Margarita de Acosta.

Estudió en el antiguo Seminario tridentino de Caracas y se graduó de licenciado en la Universidad Central de Venezuela, de doctor en Teología y de Abogado de la República.

Su vida fue sencilla. Hizo el bien; tuvo ideales; amó a su madre; fue patriota y murió, sin haberse casado, en esa Caracas donde se crió, donde estudió y de la cual no salió nunca: su muerte acaeció el 8 de julio de 1881.

Todo el mundo nace y luego puede crecer, estudiar, amar a su madre, graduarse de abogado, tener ideales y morir. ¿Por qué merece especial recordación Cecilio Acosta? Cecilio Acosta merece especial recordación porque fue uno de los mayores prosistas de la lengua castellana en todos los tiempos, porque fue pensador osado, gran jurisconsulto, espejo de rectitud y paradigma de virtudes ciudadanas.

De él se dijo con razón que “la autoridad lo respetó, vencida”. De él escribió D. Miguel Antonio Caro, el maestro de Colombia, con lágrimas en la pluma, no bien supo la muerte de tan insigne varón; y José Martí, émulo de Cecilio Acosta en galanura de letras, lo lloró así:

“Ya está hueca y sin lumbré aquella cabeza altiva que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde”.

Por último, la Academia Española, por pluma de su secretario perpetuo D. Manuel Tamayo y Baus, lamentó la muerte de aquel hombre justo y de entereza que era también un sabio; lamentó que desapareciera “don Cecilio Acosta, políglota, orador y escritor elocuente, jurisconsulto y literato de gran valía, a quien el continuo trabajar rindió más gloria que provecho; hombre integérrimo, que dobló la frente a la adversidad

antes que la rodilla al poderoso”.

La Academia Española sabía que en tiempos de Cecilio Acosta imperaba en Venezuela Guzmán Blanco, personaje bombástico, hambriento de alabanzas, y que Cecilio Acosta jamás prostituyó su pluma a los pies de tan aparatoso presidente, bastante culto en el fondo para comprender el valor de Cecilio Acosta y bastante poderoso para haberlo colmado de honores oficiales a trueque de unas cuantas líneas de aquella pluma de oro y de unas cuantas zalemas de aquella conciencia austera. No lo obtuvo, sin embargo. Cecilio Acosta prefirió doblar la frente a la adversidad

antes que la rodilla al poderoso.

¿Se abstuvo por eso de servir a la patria? No. El la sirvió con su talento. El redactó sus códigos: el Código penal de Venezuela, y entiendo que algún otro, son obra suya.

La sirvió también escribiendo para ella un *Tratado de Derecho internacional*; la sirvió en la prensa con sus consejos, y en la vida con su ejemplo. Le enseñó de igual suerte las bellas letras, siendo él mismo, como era, modelo de graciosos decires y de ática elegancia.

Cecilio Acosta es, junto con Juan Vicente González, el escritor más leído de las nuevas generaciones en su país. Su prosa es de sabor inconfundible y delicioso. Picón Febres, en obra sobre *La literatura venezolana en el siglo XIX*, lo juzga así: “Es difícil encontrar síntesis más densas, más jugosas, más opulentas de sabiduría y de videncia que las suyas, expresadas en giros verdaderamente originales, en refinamientos artísticos, en audacias de imaginación que deslumbran y en delicadezas de lenguaje que son todas sentimiento” (pág. 143).

Manuel Díaz Rodríguez, por su parte, lo llamó: “el más donairoso de nuestros viejos prosadores”.

Esto en cuanto a su estilo; en cuanto a su pensamiento y su cultura intelectual, veamos cómo lo considera un contemporáneo nuestro, autoridad en la materia; el doctor J. Gil Fortoul.

“De ellos (*los clásicos españoles*) se había nutrido en sus mocedades: Santa Teresa, los dos Luises, Cervantes, Hurtado de Mendoza y luego Jovellanos fueron hasta la muerte sus autores predilectos, y por otra parte, sus creencias católicas eran tan firmes, las tenía tan hondamente arraigadas, que su cora-

zón no quiso nunca dejar de apacentarse en la lectura de obras limpias de impiedad o herejía. Pero al propio tiempo, el tumulto de las ideas revolucionarias derramadas por el mundo entero, el estudio atento de cuanto se publicaba en los pueblos más adelantados, su afición a examinar problemas sociales y económicos, la atracción que ejercían sobre su entendimiento curioso y perspicaz autores de otras lenguas, especialmente ingleses; en fin, su congénita propensión a entusiasmarse por toda novedad que anunciase un progreso cualquiera, lo mismo en la ciencia que en el arte, y así en pedagogía como en política, lo empujaban siempre adelante, hasta ponerle a la vanguardia de los pensadores de su tiempo". (*Historia constitucional de Venezuela*, vol. II, págs. 525-526).

Tal es el maestro.

XXIV

DON FELIPE LARRAZABAL

El doctor don Felipe Larrazábal publicó su *Vida de Bolívar* en Nueva York, el año de 1865.

Don Felipe Larrazábal fue uno de los hombres más altivos y eminentes de su época.

Hombre de prensa, redactó el diario opositor *El Patriota*.

Hombre de principios políticos generosos, fue uno de los fundadores del partido liberal en su país, en lucha contra el partido conservador, que gobernaba desde el nacimiento de la República.

Hombre de Estado, contribuyó, en primer término, a la emancipación de los negros esclavos, que realizó Venezuela mucho antes que los Estados Unidos y sin sostener, como los Estados Unidos, una cruenta guerra para que los negros continuasen en servidumbre; una guerra por la esclavitud.

Hombre de ciencia, fue profesor de Derecho político en la Universidad de Caracas y autor de los *Elementos de la Ciencia Constitucional*.

Hombre de humanidades, bebió directamente en las fuentes griega y latina.

Políglota, conoció de entre las lenguas muertas el latín y el griego; y entre las lenguas vivas el francés, el inglés, el italiano, etc.

Hombre de pluma, dejó obras maestras en lengua castellana.

Jamás dobló la cerviz. Vivió y murió pobre. Tuvo aquella virtud que señalaba Carlyle: la de saber admirar a uno más grande que nosotros.

Pereció en el memorable naufragio de *La Ville du Havre* (1873) entre los Estados Unidos y Francia. Con él se fueron al fondo de los mares tres mil cartas inéditas de Bolívar, que con inteligente diligencia recopilara, y una *Vida de Sucre*, obra que iba a dar a la estampa en París.

Había nacido en Caracas en 1816. Tenía cincuenta y siete años cuando murió.

XXV

LOS LIBERTADORES

BOLIVAR Y SUS EMULOS

Inconformidad con lo presente, ambición de imponer su ley sobre la ley antigua, voluntad máxima, desconcertante; desdén de obstáculos morales y físicos que al sentido común aterran, anhelo activo de acomodar la reacia realidad al propio ensueño, fuerza para trastocar lo existente, actividad, sinceridad, confianza en sí, inspiración, visión de lo futuro, don de imperio, alma trágica: he ahí algunos de los componentes de la heroicidad.

Inconforme y ambicioso lo fue Bolívar, como héroe genuino. Quiso ser, ser, ser, y fue. Tuvo alas para remontarse adonde remontó su pensamiento. Por eso su ambición no fue megalomanía, sino heroicidad. El vulgo, aun el más incomprensor, aun el más prevenido, lo columbra. El señor Mitre, que tanto odió al Libertador, que le encontró defectos a porrillo, que falsificó documentos para desfigurarlo, al juzgar, en las últimas páginas de su historia, a Bolívar, lo celebra como a figura altísima en todos los tiempos. Se ha dicho, con razón —lo ha dicho Paul Groussac—, que aquélla no es lógica conclusión de tales premisas. ¿Por qué Mitre, a pesar de su voluntaria venda de odio, lo alcanza a divisar enorme? Porque a Bolívar lo podrían hasta acusar de hecatombes; nunca de pequeñez. Su heroicidad se impone y descuella: es inconfundible, inocultable.

Algunos historiógrafos acusan al Libertador de cruel por la proclamación de guerra a muerte. Tienen razón. Por lagos de sangre pasó. Iba andando, iba a su objeto, iba a transmutar las cosas sin miramiento a nada. “Veis mis manos llenas de sangre, pero no veis mi pensamiento”, dice un personaje de Sha-

kespeare. Empezamos a comprender el pensamiento de Bolívar. Su energía para realizarlo por encima de lo divino y de lo humano, al través de las lágrimas, al través de la sangre, contra la Naturaleza, contra los mismos pueblos a quienes servía, sin medios, sin más que aliento, esfuerzo, voluntad; esa potencia de querer en grado superlativo es también prueba inequívoca de la heroicidad.

Los que lo acusan de teatral tienen asimismo razón. Ellos lo juzgan como vulgo que son. No pueden ver la sinceridad, que es la médula de su espinazo y la sangre de su corazón. Sin la sinceridad hubiera sido un falso héroe. No pudo pasar la vida fingiendo: fingiendo patriotismo, valor, generosidad, superioridad, genio. Abrase por cualquier parte su epistolario. El que sepa ver, verá: allí está siempre, no la ingenuidad, sino la sinceridad. Llama su espíritu de sinceridad.

Lo teatral en Bolívar era el ennoblecimiento de la canalocracia, el alzar todo lo circundante a un plano superior, el poner decoro en los corpúsculos y dar lustre a la basura. ¿Para qué necesita la basura de lustre y el corpúsculo decoro? La basura, el corpúsculo, el homúnculo contemporáneo de Bolívar se declaraba enemigo del trasmutador: es claro. El homúnculo póstumo, el Mitre, lo llama teatral, fatuo: es natural. “Tenía la cabeza llena de viento y de ideales”, dice la basura Mitre.

Este historiador, tan apegado al suelo, al estercolero, como genuina basura de muladar, hubiera sido enemigo de Bolívar, de los ideales de Bolívar, si hubiera sido su contemporáneo. ¿No le parece que tiene la cabeza llena de viento y de ideales? Los ideales realizados —aquellos ideales que el héroe convirtió en realidad porque tuvo tiempo— le parecen buenos, comprensibles: como que ya son la realidad. Los celebra, los reconoce, los llama ideales. Pero aquellos otros ideales no menos auténticos, genuinos, bellos, grandes; aquellos ideales no menos ideales —aunque la muerte y la vida impidieron realizarlos—, éstos los desconoce el corpúsculo, y como no los comprende, los desdeña, los tilda de inexistentes, de impracticables, de tontería, de fatuidad, de teatralidad, de humo, de viento. “Bolívar tenía la cabeza llena de viento y de ideales”. Es cierto. Algunos de sus ideales, y de los más bellos, quedaron sin concreción, hechos substancia de espíritu, cosa incoercible, viento.

Esta incomprensión, esta enemiga, este salivazo del homúnculo, prueba también la heroicidad de Bolívar.

Otros censores, entre ellos, recientemente, el ridículo pedagogo yanqui Hiram Bingham, critican aspectos del carácter militar de Bolívar, por cuanto ciertas operaciones militares del Libertador no se atenían a los patrones clásicos. Es verdad, no se atenían. En eso, como en todo, fue revolucionario, innovador, héroe. Eso prueba también el genio, la heroicidad de Bolívar; en América no hizo guerra europea: hizo guerra americana. No existen modelos; él los crea: para tanto es héroe. Con razón dijo el sagaz y profundo Unamuno:

“Bolívar fue un maestro de la guerra, no un catedrático de la Ciencia —si es que es tal— de la milicia... No era un doctor, era un hombre...”

Pocas figuras aparecen en la Historia con más caracteres de heroicidad que la de Simón Bolívar.

La inspiración es esencial, constante, en Bolívar, ya sea para escribir, para hablar u obrar. Su campaña de 1819 es uno de los más osados rasgos de inspiración, sacando con ese vuelo sobre los Andes, como sacó, de la misma suerte adversa, la emancipación de un Virreinato.

La inspiración, súbita, surge impensadamente cuando hace falta; en el momento oportuno lo hace señor de las voluntades unas veces y otras creador de medios. Los enemigos —como lo constata Santander, su opositor— llegan a presencia del héroe: él les habla y quedan neutralizados. Ese es el don de imperio, la seducción, la inspiración.

Crea de la nada, por inspiración.

Un día, por ejemplo, en Trujillo (Perú), “para hacer cantinas —dice O’Leary en sus *Memorias*—, hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y las jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda”. Pero faltaba el estaño para soldar. Sucede que al levantarse de una silla Bolívar se rasga el pantalón; inclínase, examina. La materia de aquel clavo puede servirle. “Demás está decir —agrega O’Leary— que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de aquella especie”.

La inspiración es tan potente y eficaz en Bolívar que lo convierte en vidente, en profético, permitiéndole desgarrar el velo de lo futuro. “Desde 1815 —observa García Calderón—, cuando la América era un dominio español, anuncia Bolívar, atento al espectáculo de las fuerzas sociales en conflicto, no sólo las inmediatas luchas, sino el desarrollo secular de diez naciones. Es un magno profeta. Hoy, después de un siglo, obedece el continente a sus predicciones como a un conjuro divino”.

Cuanto a actividad, no sabe uno cómo alcanzó tan corta existencia —una vida de cuarenta y siete años— para tan grandes obras.

La actividad reformadora era otro aspecto de su heroicidad.

Se ha observado por los historiadores que de 1816 a 1820 no tuvo nunca un mes de descanso. Es cierto, pero hay más: en los años de 1813 y 1814 no tuvo una semana de reposo.

Repásese su vida durante aquellos años y se verá cómo es exacto.

Algunas de las marchas de este soldado no tienen igual en ningún otro capitán. Ya avejentado, gastado, todavía realiza prodigios de actividad como aquel de montarse a caballo en Lima y venirse a apeaar en Caracas, meses después.

Uno de los últimos biógrafos del Libertador, el inglés Loraine Petre, ha escrito hace poco (1910): “Napoleón, en sus mejores días, jamás mostró mayor actividad que Bolívar...”

La actividad mental corre parejas con su actividad física. Apenas duerme diariamente cuatro o cinco horas. Después de un día de marcha dicta durante

horas y horas. Todos los hilos de la política y de la guerra van engarzados al pico de su montura.

Hemos citado a Loraine Petre. Otra observación del historiador británico vendrá aquí como de perilla: se refiere a la energía y al don de imperio, virtudes culminantes en Bolívar y tan esenciales a la heroicidad.

“Tal vez —dice— las dos más esenciales características de Bolívar son la inmensa influencia personal que ejercía sobre cuantos hombres entraban en contacto con él, y aquella indomable energía y confianza en sí mismo que desplegó hasta casi el fin de sus días, aun en las circunstancias más desesperantes”.

Respecto al influjo de Bolívar sobre amigos y enemigos, recuérdese la impresión que produjo en Morillo, su contendor; en San Martín, su émulo; en O'Higgins, el caudillo de Chile; en los diplomáticos ingleses Ricketts y Campbell, los diplomáticos franceses Buisson y Buchet-Martigny; en el marino danés van Dockun, el aventurero italiano Bianchi, los oficiales ingleses y franceses que sirvieron a sus órdenes, como O'Leary, Fergusson, Wilson, Perú de Lacroix, etc.

Un marino norteamericano lo visita en 1819 y escribe su entrevista: “Bolívar es —dice— el más grande de los hombres vivos”.

En cuanto a sus tropas basta recordar que se decía que los soldados lo amaban más que los oficiales; y respecto a los oficiales existen, publicadas ya, millares de cartas íntimas donde se transparenta la más férvida afección. Recuerdo en este momento aquella ingenua expresión del rudo y heroicísimo Córdova: “Este es el hombre de los hombres”. La mayor parte de sus generales quiso proclamarlo Rey.

Loraine Petre, biógrafo también de Napoleón, opina de Bolívar: “Napoleón mismo no alcanzó a extraer de sus soldados tanto esfuerzo ni más admiración”.

Escribe Sanín Cano, no nada bolivarizante, que Bolívar obligaba la realidad a convertirse en la ilusión hermosa que llevaba en la mente. Creo que ésta es una de las frases más profundas que se han pronunciado respecto al Libertador.

Esa opinión es de una psicología que penetra hasta los silos del ser boliviano. Ella es la clave de toda una existencia, da la medida de la heroicidad en Bolívar.

Con ninguno de los otros héroes modernos puede compararse al Libertador, ni confundírsele. Ni la estructura férrea de Carlos XII, ni el don guerrero de Federico, ni la hombría de bien de Washington, ni la simpatía comunicativa de Garibaldi tienen la luminosidad de Bolívar ni su perenne sello de grandeza. Sólo Napoleón posee, como Bolívar, esa fuerza íntima, ese fluido magnético que hace girar todo en torno suyo, hasta las adversidades, con la armonía de un coro y la fatalidad de una fuerza de la Naturaleza.

Miranda soñó con una América redenta: es cierto. Aquel largo sueño fue el más bello honor de su vida. Sólo que, cuando pensó concretarlo en realidad, sus hombros apostólicos no resistieron el peso de aquel mundo que sólo Atlante podía llevar sobre los suyos.

No le faltaron ni talento, ni constancia, ni consagración, ni visión del futuro; pero le faltó una cosa esencial al héroe: imperio para imponerse a la adversidad.

Bolívar dijo de uno de sus tenientes: "El general José Félix Ribas, sobre quien la adversidad no puede nada". A nadie como a él mismo pueden aplicarse aquellas palabras.

Sus émulos se tornan amenazantes, sus enemigos conspiran contra su autoridad: todos terminan por someterse. "La natural autoridad que emana de él es una fuerza irresistible", observa Rodó.

Cuando la misma Naturaleza se opone a los propósitos, el héroe se encrespa y ruge: "Aunque la Naturaleza se oponga, la venceremos". Y la vence.

San Martín no concibió el ideal de la independencia, aunque más tarde lo sirviera con lucidez. Era un soldado, no un héroe. Mientras Miranda, desde 1806, acomete con las armas la empresa libertadora, San Martín, oscuro teniente coronel, sin ambiciones ni quimeras, sostiene la Monarquía absoluta contra los ideales democráticos que las circunstancias le permitirían, andando el tiempo, defender. Sucede otra tentativa de revolución mirandina en 1808, y San Martín permanece al servicio del pasado en la podrida monarquía de Carlos IV. Llega la Revolución francesa a España: San Martín la combate no sabiendo que lucha por el triunfo de aquello contra lo cual va a declararse un día y a ganar, combatiéndolo, gloria imperecedera. Corre el tiempo: 1810, el año decisivo de América, arriba. San Martín continúa al servicio de España. Se jura la independencia en pueblos de América, se establece la República, peroran los Congresos, chocan las armas: San Martín sigue siempre al servicio del absolutismo.

Llega, por último, el año de 1812: Europa entera comprende, y las mil voces de la opinión comentan, que en América hay no una revolución, sino un nacimiento de pueblos, que ideales nuevos circulan, que un grande acontecimiento se ha cumplido en el mundo con la emancipación de América. Entonces San Martín abre los ojos y corre a la tierra donde nació a poner al servicio del nuevo Gobierno establecido en su patria su espada y sus conocimientos militares. ¿Preséntase inflamado de sueños, dando batallas, pronunciando discursos, escribiendo constituciones, siendo el verbo de la revolución, arrastrando pueblos? No. Prudente y ordenado, empieza por instruir reclutas.

Luego solicita el puesto de intendente en una pequeña provincia al pie de los Andes, y en cuatro años de octaviana paz forma un ejército de cuatro a cinco mil hombres con que vence en dos batallas célebres, que son sus únicos laureles durante la guerra de América y durante toda su larga vida de general.

Luego, en 1820, invade la costa del Perú al frente de una expedición que organiza y dispone el Gobierno de Chile, inspirado por el mismo San Martín en mucha parte y por la opinión pública, y no creyendo ese Gobierno a Chile seguro mientras que en el Perú gobiernen los extranjeros.

La empresa de San Martín en el Perú fue un fracaso político y militar. Su pacto de Punchauca con el Virrey La Serna para fundar un reino en el Perú, con algún príncipe español, era plan suicida. Aquel proyecto casi anti-revolucionario, aquel proyecto de monarquía española, contribuyó a desopinarlo.

Peleado con el Gobierno argentino, que lo acusa, por otras razones, de traición; con la escuadra chilena, que lo abandona; con la opinión pública del Perú, que le hace una revolución y depone y expulsa, con anuencia del ejército argentino-chileno, a su ministro y mentor Monteagudo; no menos en desacuerdo con su propio ejército, cuyos más brillantes oficiales, como Las Heras, Necochea, Martínez, etcétera, no le obedecían, el ilustre San Martín, aislado, desprestigiado, desiluso, se separó de la América, de la guerra y de la política el año de 1822, dejando en el antiguo virreinato peruano un ejército realista más poderoso del que encontrara.

La revolución, que había empezado sin él, en 1806, siguió sin él hasta 1826, en que se rindieron las últimas fortalezas españolas y las islas de Chiloé.

La heroicidad, en cuanto cosa del espíritu, le falta en absoluto a San Martín.

Un hombre que se acomoda al presente, que no siente en sí anhelos y fuerzas de renovación, que es empujado por las revoluciones y no su propulsor, que no seduce a los pueblos, que no se impone a su ejército, que carece de ambición y de imperio y de ideas que suplanten las antiguas ideas, podrá ser un gran soldado, un hombre eminente, una figura ilustre, un personaje venerable como San Martín; pero no es héroe.

¡Qué diferencia con el Libertador!

Este habla, desde los diez y seis años, de los derechos de América en la corte del Virrey mexicano; seis años después, a los veintidós, en el Aventino, a la vista de Roma y evocando los recuerdos clásicos del gran pueblo, jura contribuir a que la América esclava se emancipe.

Después, qué hablar, qué escribir, qué poner actividad, fortuna, naciente genio, al servicio de aquella idea no nata aún en el cerebro de los pueblos. Impulsando a los remisos a que se declare la independencia, exclama: “¡Que los grandes proyectos deben meditar en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? ¿Se quieren otros trescientos años todavía?”

Urge a los demás, obedeciendo a aquel volcán que lo impulsa a la obra que un día realizará.

Empuña la espada, en la aurora de la revolución, y no la envaina sino cuando ha recorrido la América del Atlántico al Pacífico y de Norte a Sur y puede exclamar: “El mundo de Colón ha cesado de ser español”.

Por último, cuando no puede realizar su sueño de fundar, con todos los pueblos de América, “la madre de las Repúblicas, la más grande nación de la Tierra”, cuando advierte que el ideal de patrias chicas se impone sobre su altísimo ideal de una común patria gigante, Bolívar, ya moribundo e im-

tente para hacer triunfar ese ideal, como hizo triunfar el de la emancipación, exclama: "He arado en el mar". Predice que las republiquetas "ingobernables" fluctuarán por mucho tiempo entre la anarquía y la dictadura. "Europa ni se dignará conquistarlas".

Ante ese espectáculo previsto que conturba sus últimos momentos, Bolívar, con el acibar en el alma, prorrumpe en una de las frases más trágicas que han dicho labios humanos: "Mis dolores existen en los días futuros".

Sí; el desmigajamiento de la América, que pudo ser "la más grande nación de la Tierra", no era nada en comparación de la América que entrevió el Libertador en sus días últimos: la América gobernada "por microscópicos caudillos de todos colores y clases, llenos de vicios y de ferocidad". Por eso exclamó: "Mis dolores existen en los días futuros".

Como se advierte la heroicidad, por dos de sus aspectos: anticipo de porvenir, germen de futuro, realidad de mañana e intensidad máxima de emoción, asume proporciones colosales en Bolívar. El Libertador no sólo siente la necesidad de renovar la atmósfera, de cambiar el medio social, de imponer su sueño a la triste realidad; no sólo transmuta el presente con férrea voluntad, al través de los obstáculos inimaginables y casi sin medios de acción, sino que prevé y anuncia lo por venir, y no sólo anuncia y prevé lo por venir, sino que sufre por esas miserias que todavía no existen. Sus dolores, sus principales dolores, existen en los días futuros. El ideal de Bolívar no era la América Latina del siglo XIX. Era otra cosa.

Nada semejante ni en Washington, ni en Sucre, también libertadores, como Miranda, San Martín y Bolívar.

Washington es el personaje de sentido común, el hombre bien equilibrado. Ha hecho una carnicería de colonos franceses, ha hecho campañas contra los indios, a la sombra del Gobierno colonial, a quien sirve. Es coronel de esas guerras. Llega la revolución de su patria por razones independientes a la voluntad de Washington: el Congreso le nombra jefe del Ejército. "Obligados a tomar las armas —dice a sus tropas—, no soñamos ni gloria ni conquistas; pero queremos defender hasta la muerte nuestros bienes y nuestra libertad, heredados de nuestros padres".

Los bienes heredados preocupan su espíritu tanto como la libertad. En Bolívar no ocurre nada semejante.

Después de su primer triunfo, la ocupación de Boston, excita a sus soldados con estas palabras: "Servir a un Estado que puede recompensar vuestro mérito..." El espíritu calculista de la raza habla por su boca. El mismo aceptará, más tarde, al revés de Bolívar, los dones de la República, y casado con viuda rica, soñará con retirarse, y se retirará, a vivir en la calma de sus posesiones agrícolas. Su instrucción, su talento, sus ambiciones, no traspasan ciertos límites. Pero su virtud ciudadana es grande y verdaderamente heroica.

El magnánimo soldado triunfa de los dominadores de su patria con el apoyo de España y Francia, sin grandes hecatombes, con pacientes campañas metódicas. La opinión del país milita toda en pro de la independencia; lo sirve,

no se levanta en su contra, como ocurrió en los pueblos que emancipó Bolívar, emancipados, puede decirse, contra la voluntad de ellos mismos; o con más propiedad, cuya enemiga a la independencia duró hasta que la comprendieron. En esta empresa de adoctrinar a sus opositores para ganarlos a su causa, de vencerlos primero y seducirlos después para emanciparlos, Bolívar conoció dificultades y ejerció virtudes que no sospechó Washington.

Los talentos políticos de un Jefferson, de un Madison, de un Adams, de los prohombres del Congreso, son respetados por el virtuoso campeón de Virginia. “Nunca —asegura— faltaré al respeto que debo a las autoridades civiles”. Ejerce el gobierno con dignidad. Resuelto a no oírse denigrar por sus malquerientes y calumniadores, “en términos —dice— tan exagerados, tan indecentes, que convendrían apenas a un Nerón, a un malvado, a un ladronzuelo”, exclama: “Primero la muerte que una tercera presidencia”.

Heroicidad es tragedia, heroicidad es tormenta, heroicidad es no poderle decir que no al destino, ir siempre adelante, hasta el Gólgota. Washington suspira por la vida de familia y se consagra a ella. Es Cincinato, el Cincinato de Occidente, como le llamó Byron; pero no el héroe auténtico.

Washington tiene las limitaciones y el egoísmo práctico de su raza. Bolívar piensa en el mundo, Washington en su tierra. El Libertador, desde 1814, piensa en fundar un pueblo que llevara la batuta en los negocios de nuestro planeta. A Washington no le quita una hora de sueño lo que sucede más allá de sus patrias fronteras: predica a su país el aislamiento indiferente que él deseaba para sí mismo, satisfecho de haber realizado, sin sobrehumano esfuerzo, obra de nota, suspirando por el sillón de su cuarto, por su *Biblia*, su pipa y su mujer, que era como se indicó, una viuda rica.

La suerte quiso que el pensamiento de Bolívar lo realizara el pueblo de Washington y que el pensamiento subalterno de Washington —vivir en aislamiento, con humildad— tocara en lote a los pueblos de Bolívar.

Washington es el grande hombre mediocre: buen esposo, buen ciudadano, buen guerrero, buen presidente. Todo con mesura. Lo heroico es lo contrario: lo heroico es lo ilimitado.

La mayor parte de los componentes de la heroicidad no se encuentran en aquel que, sin embargo, fue el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos. Pero desconfiemos de los títulos: a Cosme de Médicis, tirano cauteloso y cruel, lo llamaron también Padre de la patria. Había sido su expoliador.

La ambición heroica que falta a Washington también le falta a Sucre. La virtud contraria a la aspiración heroica es una de las características de ambos: la abnegación. Cierta especie de abnegación: la de ceder, la de no ser obstáculo, la de sacrificarse en la sombra, diferente de la abnegación heroica, que consiste en salir avante aun cuando se atravesase, como el héroe de Wagner, por entre selvas de llamas.

Sucre, discípulo militar de Miranda, bien pronto supera al maestro. Aunque sale de una Academia de Matemáticas, se forma por sí mismo en la

revolución, por sí mismo cultiva su espíritu: posee un gran talento natural. Es el mejor general científico de América y el más virtuoso. Ni la más leve sombra hay en su historia. En el vértigo de la guerra a muerte, fue magnánimo. En el desbarajuste de las pasiones, fue ecuaníme. En el despertar de mil aspiraciones soldadescas, fue desprendido. Hijo de la revolución, fue el hombre del orden. Vástago de una raza presuntuosa y soberbia, fue la representación viviente de la modestia, asentada sobre una dignidad muy vidriosa, pero muy austera y silente.

No quiere aceptar la Presidencia de Bolivia que el Libertador le ofrece; teme ir al Ecuador porque su ilustre nombre, su gloria resplandeciente, pueden oscurecer a emulillos ambiciosos; propone a Páez, en Venezuela, que ninguno de los generales en jefe pueda ser electo presidente de Colombia. No le cede en desprendimiento y magnanimidad a Washington.

Con todo, Sucre, gran general, hombre de veras ínclito y la figura más pura de la revolución hispanoamericana, no es héroe, no es el héroe.

¡Qué hombre sería Bolívar —exclamó una vez Martí, José Martí—, para que personaje del fuste de San Martín, jefe de ejército, jefe de Estado, dueño de verdes laureles, le ofreciera, apenas lo vio y lo oyó, ponerse a sus órdenes! ¡Qué hombre —puede asegurarse— para haber inspirado la veneración que inspiró a varón tan probo, tan austero, tan recto y de tan analizador y descontentadizo espíritu como el mariscal de Ayacucho!

MOTIVOS Y LETRAS DE ESPAÑA

II

LA EPOPEYA BIZANTINA DE LOS ALMOGAVARES

MIEMBRO del Instituto, don Gustavo Schlumberger acaba de publicar un libro sobre la expedición a Oriente de catalanes y aragoneses, el siglo XIV.

El señor Schlumberger es un erudito. Como erudito conoce la obra clásica del catalán Ramón Montaner sobre la expedición a Oriente: la ha sabido aprovechar. En el fondo no ha sabido otra cosa.

De tiempo atrás, aunque parezca mentira, había leído yo a este académico francés, que publicó y prologó las *Memorias del Comandante Persat*, un soldado napoleónico, atrabiliario y fanfarrón, que estuvo un poco de tiempo con Bolívar. De vuelta a Europa el comandante, se complacía, por apuesta, en falsificar noticias contra la Revolución de América.

Somos, pues, viejos conocidos el señor Schlumberger y yo. Apreciable académico, no inventó la pólvora. Lo que no quiere decir que sea tonto. No lo es: ahora saquea la obra de Ramón Montaner, ese Bernal Díaz del Castillo de la expedición trecentista.

Los franceses gustan de prestar a los catalanes una personalidad colectiva, una nacionalidad diferente de la española, como si en lo catalán no estuviese implícito lo español. Eso hace el señor Schlumberger.

Aragoneses iban casi a par de catalanes en aquella expedición, y en menor número, baleares, navarros. ¿No recuerdan los franceses que hasta gente del Rosellón, del Languedoc y de Cerdeña se encontraban entre los españoles de la expedición oriental? Aun aventureros griegos y jinetes turcos se unieron, más tarde, a los hispanos de la gesta bizantina. Pero ninguno de estos aportes extranjeros supedita, ni menos descaracteriza, al núcleo primordial de catalo-aragoneses.

Tal vez Ramón Montaner, historiador y héroe de la epopeya de los almogávares en Oriente, sea causa de que se patronimice catalana a la expedición. Tal vez porque su obra fue escrita en lengua de Cataluña y no de Castilla se confiere a la expedición una exclusividad e independencia catalanas.

Ello probaría una vez más que los mayores triunfos son de la inteligencia, que los fastos de más lustre no perduran sino por la pluma que los narra y el arte que los decora y ennoblece.

Una de las más asombrosas páginas de la Historia española fuera de España es la expedición de aragoneses y catalanes a Oriente a comienzos del siglo XIV.

¡Serie de aventuras magníficas! Las realiza un grupo errante de aventureros españoles entre 1302 y 1311, en Asia Menor, Tracia, Macedonia, Tesalia...

Aquellos aventureros deslumbran con sus hazañas el Imperio bizantino. En Anatolia obligan a recular a los turcos invasores. Su sola presencia detiene a los búlgaros, que amenazan Constantinopla. Desde el mar de Mármara hasta el mar de Jonia huían despavoridos los ágiles jinetes turcomanos al grito de "¡Aragón, Aragón!", lanzado por baturros de picas insaciables. Magnesia, Efeso, los vieron triunfar. Destruyeron a los alanos, mercenarios al servicio de Grecia, en los Balkanes; derrotan en Valaquia al *Sebastócrator*, Juan II; toman a Heráclea, en Tracia, y pasan a cuchillo la población. Las llanuras de Tebas, en Beocia, orearon sus laureles.

¿Es todo? No. Aquellos nueve o diez años de empresas militares fueron muy bien vividos. Jamás se hizo más por tan poca gente, en una década, en tierra extraña y contra gentes tan numerosas y diversas.

Catalanes y aragoneses se hacen llamar, se hacen pagar, se hacen honrar y se hacen temer.

Por su crueldad, por sus rapiñas, por su insolencia, inquietan y atemorizan a los últimos Paleólogos, *basileos* o emperadores de Bizancio, a quienes sirven. Los barones de Morea, del Atica y del Archipiélago, sucumben a sus manos. Destruyen los principaditos que erigió la cuarta Cruzada. El ducado de Atenas fue su presa.

No se contentan con menos de hacer elevar a la dignidad de megaduque o gran almirante de la flota imperial a Roger de Flor, su primer capitán, brillante y audacísima figura del medioevo. Parece poco. Roger de Flor aspira a la mano de una sobrina del emperador Andrónico, y la obtiene. Simple aventurero anónimo, alcanza como esposa a una Porfirogeneta. La misma fortuna que a Hernán Cortés y Napoleón le permite compartir su tálamo democrático con una princesa de sangre real.

Los almogávares no lo nombran sino el César Roger. Y cuando Miguel Paleólogo —Miguel el pérfido— asesina a Roger de Flor, a los postres de un festín, ante los ojos aterrorizados de la *basilisa*, aquellos españoles lo vengán cumplidamente. Ponen la sanción de su venganza por encima de la

lisonja y de los intereses, ellos tan vanidosos, ellos tan amigos del oro, del botín.

El sucesor de Roger en el comando, Berenguer de Entenza, ya no sólo adopta un vago título de César pretoriano, sino que se reconoce a sí propio, “por la gracia de Dios”, megaduque de Romanía, señor de Anatolia y de las islas del Imperio.

Este bandido heroico, imperator “por la gracia de Dios” y de los españoles de aquella gesta, vence en Gallípoli, con sólo tres mil guerreros, a un numeroso ejército de mar y tierra de los griegos; y Bizancio, que tiembla ante el peligro de catalanes y aragoneses, debe la salud a la carencia de aptitud política en aquellos jefes y soldados, tan capacitados para la guerra.

Después de Entenza continúa llevándolos por caminos de triunfo un tercer jefe: Rocafort. Como los grandes jugadores, los grandes guerreros son insaciables. Los almogávares alcanzaron honores, poder, fortuna. Nada amaron como la guerra.

Estas aventuras de los almogávares a comienzos del siglo xiv tienen —aparte el sabor de época— un inconfundible sabor hispánico. El heroísmo personal y colectivo solo no se lo da: se lo da el heroísmo personal y colectivo en grado eminente, unido a otras virtudes y a muchas deficiencias: la falta de escrúpulos, la crueldad inútil, el generoso alarde caballeresco; ¿no van veinte caballeros españoles, jugándose la vida —que perdieron—, a desafiar al pérfido *basileo* Miguel Paleólogo por el asesinato de Roger de Flor?

Algo más impone sello hispánico a la epopeya bizantina de los almogávares: la carencia de capacidad política en aquellos héroes y la falta de contenido ideal de aquella máscara empresa. Algo más aún —otra virtud que emparenta a catalanes, aragoneses navarros y baleares del siglo xiv con castellanos, extremeños y andaluces de la conquista de América en el siglo xvi—: el vigor de cada personalidad, la individualidad magnífica, la iniciativa de cada quien para acometer magnas empresas de audacia por cuenta propia, sin el apoyo del Estado. Y no sólo de acometerlas, sino de acometerlas y saberlas realizar.

Esto último es una de las características de la conquista de América por los españoles. No la realiza el Estado —es un absurdo ridículo y servil llamar a Isabel la Católica la Reina Madre de América—. La conquista la realizan audacísimas y sorprendentes individualidades, hombres del pueblo sin nexos palatinos, guerreros natos, no militares de Academia ni de cuartel, seguidos de otros grupos de hombres afines.

Tan de raíz hispánica resulta la maravillosa aventura de los almogávares del trecentos, que, en más reducida y opaca escena, la han reproducido otros españoles, o hijos de españoles, en la América del siglo xix.

Cuando el general Antonio José de Sucre fue electo primer presidente de Bolivia, el Libertador le dejó varios cuerpos de tropas colombianas. Entre estos cuerpos, unos escuadrones de llaneros de Venezuela. La caballería de los llanos de Venezuela había sido el asombro de América en las luchas de entonces. “*Dadme cien mil llaneros venezolanos* —escribía el general don Pablo Morillo al Gobierno de Madrid— *y me paseo por Europa en nombre del Rey de España*”. Nada era igual en osadía a los llaneros de Barinas, del Guárico, de Apure. Nada era tampoco igual a su barbarie.

Un comandante Matute, hijo del Guárico, se disgustó con Sucre, hombre de orden y limpieza moral. El bárbaro Matute, so pretexto de reunirse a Bolívar —que estaba en el Norte—, tomó camino del Sur con sus escuadrones guariqueños, y se internó en la República Argentina. Allí redivive, en reducida escala, a Roger de Flor, Berenguer de Entenza y Berenguer de Rocafort.

Unas veces al servicio militar de los güelfos, otras al servicio de los gibelinos, siempre triunfa en los campos de batalla argentinos el partido a quien favorecen las tremendas lanzas del Guárico. Aquellos soldados desinteresados de la emancipación se convirtieron en mercenarios de las guerras civiles. Saquearon, se enriquecieron, gobernaron provincias. Fueron árbitros. La lisonja y el temor los rodeaban. Podían ser felices. No lo fueron. Seguían guerreando: no sabían otra cosa.

Iban mermando en número a cada combate. Llegó un momento en que sólo queda Matute con un puñado de bárbaros. El famoso argentino Facundo Quiroga, al frente de sus tropas exterminó a los once últimos guariqueños —no quisieron rendirse— en la acción del Rincón. (Véanse los *Recuerdos de la guerra de la emancipación americana*, por F. Burdett O'Connor, y las *Cartas de Sucre*, publicadas en Bolivia).

Casi nadie recuerda las hazañas inútiles de los llaneros de Venezuela en la República Argentina. Esas hazañas reproducían, sin embargo, en escala reducida, las aventuras de los almogávares en el Imperio de Bizancio.

Lo empresa de los almogávares era tan española —repítase—, que sólo españoles, o hijos de españoles, iban a reproducirla, aunque en pequeño, siglos más tarde.

¿Qué mucho que nadie se ocupe del oscuro oficial de las caballerías del Guárico si casi nadie se ha ocupado tampoco del brillantísimo condotiero de la Edad Media, aquel Roger de Flor que se levanta por esfuerzo victorioso hasta emparentar con los emperadores de Bizancio?

Centurias han corrido sin que la epopeya de los almogávares haya encontrado el historiador o el artista que la eleve a las nubes. El arte la ignora: ni mármoles ni bronces la recuerdan.

¿Por qué olvida el mundo la estupenda historia de aquellos estupendos guerreros de Cataluña y Aragón? La olvida, tal vez, principalmente, porque aquella actividad y aquel valor únicos, tan pródigamente derrochados, no estuvieron al servicio de un ideal.

Sin un grande y generoso ideal, que mueva los cerebros, los corazones y los brazos, toda actividad humana, por sorprendente que parezca, carece de sentido. Los hombres tienen sobre todo la memoria de las ideas. No nos inclinamos reverentes sino ante símbolos.

VI AMERICA EN SEVILLA

I “IBEROS” DEL SIGLO XX

Hace un siglo, España y las Repúblicas americanas de lengua española estaban a matarse. A la guerra de las armas seguía la guerra de las plumas. Es decir, la beligerancia se iba prolongando en otro campo.

El año de 1829 justamente se publica en Madrid, en la imprenta de León Amarita, el virulento libro de un mal venezolano: *Recuerdos de la rebelión de Caracas*. Aquel autor —José Domingo Díaz— no tenía fe en su país; ni en las ideas liberales, ni en la justicia social; no tenía fe sino en la cachiporra, en el rebenque y en el dinero; es decir, en la infinita abyección humana que cede al temor por un lado y cede al interés por otro. No creía en las ideas, ni en el Derecho, ni en la abnegación y el heroísmo de que el hombre es capaz; creía en las reales tesorerías, en la sacra real majestad y su derecho divino, en la justicia oficial y en la fuerza en que ésta se apoya. Su fe era para el Pasado.

Aquello que siempre vio triunfante lo representaba en la época Fernando VII. José Domingo Díaz llama a Fernando en 1829 —es decir, cuando el rey felón ya había dado la medida de su felonía— “el más humano y justo de los reyes”, “nuestro adorado rey y señor”. La obra del foliculario era un dicterio contra sus paisanos, contra los liberales, contra los libertadores, contra el Libertador. No podía quedar sin premio. Fernando VII le pagó a José Domingo Díaz acogiendo y publicando oficialmente los desahogos feroces de aquel gacetero ultramontano y dándole el cargo de Intendente en Puerto Rico.

Ese mismo año —1829— también se publicó en Madrid, y también bajo los auspicios de Fernando VII, la *Historia de la Revolución de América*, en

tres gruesos volúmenes, por el absolutista español D. Mariano Torrente. Aquella historia no es sino un libelo. No tiene mala pluma el autor, antiguo geógrafo; pero en cuanto a mentalidad, ¡qué triste cosa! Explica el fenómeno social de la revolución por la ingratitud de los americanos para con “el mejor de los reyes, el más paternal y augusto de los monarcas”.

Ha pasado un siglo, apenas un siglo. En 1929 el respeto mutuo, la mutua comprensión, el mutuo afecto y el mutuo interés, estrechan hoy a España y a América. Las Repúblicas americanas, independientes, acuden a la voz de España y se congregan en Sevilla. España se da el lujo de convocar a su parentela trasoceánica, una familia de naciones.

¿Sucedre algo nuevo en el mundo? Algo nuevo debe haber ocurrido, por lo menos en las conciencias. Ha pasado un siglo, apenas un siglo. Las ideas de pugnacidad e imperio con respecto a América se han cambiado para la mayoría de los españoles en ideas de colaboración, en espíritu de cordialidad, con vistas al porvenir, a futuras obras comunes, que se presienten más que se divisan.

España bautiza “íberoamericana” a su Exposición de Sevilla, señalándole, adrede, sentido restricto. No queda duda. Se trata de una fiesta de familia. De la familia de los pueblos hispánicos: eurohispánicos y americohispánicos. ¿Pero por qué ese “íbero”? Llamar ibeoramericana y no hispanoamericana sencillamente a la Exposición es abusar un poco de las palabras. No hay tales íberos. No olvidemos, con todo, la artificiosa amplitud de ese vocablo para comprender a los pueblos de Portugal y Brasil.

Lo cierto es que las fracciones de habla española se congregan en Sevilla, como quien dice en casa de la abuela. Allí se saludan, se reconocen, se muestran con recíprocas sonrisas corteses y alguno que otro inevitable chismorreó el fruto de los esfuerzos de cada uno.

¿Y qué advertimos? Advertimos primero que lo republicano no suprime lo óptimo, y que el óptimo y republicano Portugal, por ejemplo, puede subir por la escala hasta donde suban los mejores. Advertimos, luego, por lo que se refiere a nuestra América, que la prosperidad, en mayor o menor grado, acompaña a todos los nietos de Sevilla. Que si bien en lucha abierta —algunos en lucha desesperada, con circunstancias y destinos adversos—, el triunfo les va sonriendo a casi todos.

También sacamos esta lección de Sevilla: que no basta con ir viviendo, con dejarse ir viviendo, dormir la diaria siesta y alegrarse con tequila, aguardiente de cocuy o ron de las Antillas para entregarse luego a las delicias de la rumba, del pericón, de la zamacueca o del joropo; es necesario crear, producir, llenar cada día de esfuerzos, cada hora de actividad. Los que salieron primero van delante y hay todavía que andar mucho para alcanzarlos.

Though your duty may be hard
Look not on it as an ill;
If it be an honest task,
Do it with an honest will.

EL ESPEJO DE TRES FACES

BARALT (1810-1860)

INFANCIA Y JUVENTUD

EL 3 DE JULIO de 1810 nació Rafael María Baralt en la ciudad de Maracaibo. Nació, pues, el mismo año y casi por los mismos meses que la revolución de independencia venezolana (19 de abril de 1810), revolución de que iba a ser el más ilustre y brillante historiador.

Su padre, de profesión militar, fue el coronel don Miguel Antonio Baralt. Su madre se llamó doña Ana Francisca Pérez: padre y madre, personas de distinción en la sociedad a que pertenecían.

Nacido con la revolución, la revolución obligó a la familia de Baralt a emigrar a una de las Antillas. Hasta los once años, es decir, hasta el año de la victoria de Bolívar en Carabobo —1821—, habitó Baralt en Santo Domingo. A consecuencia de esa victoria pudo la familia Baralt restituirse a Maracaibo, y la nación dominicana incorporarse, aunque desgraciadamente por corto tiempo, al grupo de naciones que constituyó la Gran Colombia. En Maracaibo vivió y estudió desde 1821 hasta 1826. En 1826, ya contando dieciséis años, lo llevó un tío suyo, D. Luis Baralt, a Bogotá, en cuya universidad cursó Latinidad, Filosofía y Derecho.

Antes de graduarse de abogado, regresó a su Venezuela nativa.

Partidario de la separación de Venezuela y Nueva Granada —países a los que el Libertador uniera, para constituir con ellos dos y con el Ecuador la República de Colombia—, hace en 1830, a las órdenes del general Mariño, una incruenta campaña separatista sobre la frontera venezuelo-neogranadina. En 1831 era teniente.

Empleado modesto en el Ministerio de Guerra venezolano, seguía al propio tiempo un curso de Matemáticas en la Escuela Militar de la República.

En 1835 estalló una rebelión llamada de La Reforma, contra el Gobierno existente, y Baralt salió a campaña para combatir a los rebeldes. De esa

campana regresó, triunfante, con el grado de capitán de artillería. Aquí se detuvieron las aventuras militares de Baralt, que se entregó de lleno, desde su recobrado puesto en el Ministerio de Guerra y Marina, a aquello para que nació tan maravillosamente dotado por la Naturaleza: se entregó a escribir. De entonces datan sus primeros trabajos: entre ellos *El árbol del buen pastor*, que Menéndez Pelayo califica de “idilio en prosa”, y considera rebosante de poesía.

Laborioso como lo fue siempre, ya en 1841, a los treinta años, había escrito —con los documentos suministrados por su colaborador (por su colaborador exclusivamente en punto a documentos) D. Ramón Díaz, y los datos que le proporcionaron Urdaneta, Páez, Salom, José Félix Blanco, Briceño Méndez, y otros supervivientes de la epopeya bolivariana—, el *Resumen de la historia antigua y moderna de Venezuela*. Esta obra es, como se sabe, en cuanto historia, el libro clásico de Venezuela, y en cuanto literatura, uno de los que pueden entrar en la docena de libros más hermosos del habla castellana. En ninguna de sus demás obras Baralt —como elegancia y concisión de lengua— llega tal vez a la altura a que alcanzó en su grande obra primigenia, aunque Menéndez Pelayo escriba: “La obra maestra de Baralt es, sin duda, su discurso de entrada en la Academia Española; discurso que, a nuestro juicio, sin ofensa para nadie, no cede a ningún otro entre los muchos, y excelentes algunos, que en aquella Corporación y en acto análogo se han pronunciado”.

Ya casado en Caracas con doña Teresa Manrique, se traslada Baralt a París en 1841, para imprimir su *Historia*, y en París la saca a luz ese año. Allí mismo colabora con el sabio Agustín Codazzi en la preparación y estampación de la *Geografía* de nuestra república.

En 1842 retorna a Venezuela. Pronto se embarca de nuevo para Europa: va a Londres en la misión diplomática del doctor Alejo Fortique, misión que tenía por objeto primordial el arreglo de límites de Venezuela con la Guayana inglesa.

De Londres pasó a Sevilla en 1843, siempre en servicio de la patria, para la búsqueda y compulsa de documentos comprobatorios de nuestro derecho en la disputa de fronteras.

Cumplido su encargo, resolvió quedarse en España.

BARALT EN ESPAÑA

¿Por qué se quedó Baralt en España? Podríamos asegurar que por dos razones: primera, por ser el de España mejor campo que el patrio para el cultivo de las letras, y luego, por las hostilidades que levantó la *Historia de Venezuela*. El austero Baralt, sin contemporizaciones con los vivos ni con los muertos, dijo la verdad a todos, comenzando por Páez, entonces todopoderoso como jefe del partido conservador y árbitro de la República.

En la Península escribió mucho y se mezcló mucho en política. Figuró,

primero, en el partido Progresista, y luego en la Unión Liberal, que eran los partidos avanzados en la España de entonces. Redactor principal de *El Siglo*, de Madrid, y redactor asimismo, en otras ocasiones, de *El Tiempo* y *El Espectador*, madrileños también, Baralt batalló, en épocas muy sombrías, por las ideas liberales que aprendió en América. Difundió cuanto pudo en España el espíritu de la libertad, de que acababa de hacer la apología en aquella obra de historia donde resplandece la figura de Bolívar, el Libertador o héroe de la libertad por antonomasia.

El año de 1849 apareció en Madrid (Imprenta de la calle de San Vicente, a cargo de D. Celestino G. Alvarez) su obra sobre *La libertad de imprenta*. Lleva un prólogo de Nemesio Fernández Cuesta, y la constituyen —recuerda Víctor Antonio Zepa, biógrafo americano de Baralt— artículos trascendentales que Baralt fue dando a la estampa en *El Siglo*, desde el 11 de febrero hasta el 24 de marzo de 1848. Es obra de importancia para la historia de las ideas liberales en España, e interesa en todas partes por su médula y su jugo ideológicos.

Otra obra de ese mismo año es la titulada *Los partidos políticos en España*. En ella vincula Baralt la fuerza de resistencia al espíritu de progreso político en el general Narváez, y una más amplia comprensión del gobierno de los pueblos modernos en el general Espartero.

Esta obra aparece en una serie titulada *Obras políticas, económicas y sociales*, por Rafael María Baralt y Nemesio Fernández Cuesta. Se conoce el generoso desprendimiento de Baralt y la facilidad con que asociaba nombres extraños a sus más personales y valiosos trabajos. Recuérdese que presentó la *Historia de Venezuela* como de Rafael María Baralt y Ramón Díaz, por el hecho de que Díaz aportara documentos de consulta al historiador, cual pudo haberlos aportado, copiándolos en archivos, un amanuense cualquiera. ¿Hasta dónde tuvo Cuesta participación en algunas obras de Baralt? Quizás nunca lo sabremos. Hasta catorce obras quedan como de Baralt y Cuesta; entre ellas una novela: *El hábito hace al monje*.

Crítico literario, Baralt se mostró tan probo en el sostenimiento de sus ideas estéticas como en el sostenimiento de sus ideas políticas. Mantuvo siempre su exigente actitud de purista, tanto en las notas a su famoso *Diccionario de Galicismos*, como en su estudio y comercio de obras españolas contemporáneas, sin que fueran parte a endulzar su rigorismo ni el interés, ni la amistad, ni ninguna espuria consideración. Pero nadie imagine que su crítica fue mera divagación de hablista, ni menos fárrago de gramático: en ella se trasluce constantemente un espíritu lúcido, terriblemente lógico, analítico por naturaleza, enriquecido por el estudio, maduro por la meditación, y trabajado sobre todo por preocupaciones de orden social. La afición al buen decir y en vista del mal hablar y peor escribir de entonces lo fue convirtiendo en celosísimo guardián del idioma. *El Diccionario de Galicismos* da fe.

En España obtuvo Baralt distinciones que merecía y que España generosamente le otorgó. Fue no sólo redactor de *El Siglo*, sino también miembro de la Academia de la Lengua, comendador de la Orden de Carlos III, administrador de la Imprenta Nacional y director de la Gaceta. Además, consultósele a veces en cuestiones de Estado; y hasta redactó documentos de la mayor trascendencia, como el *Manifiesto* de 1854, que suscribió el gobierno de España, documento que, como recuerda un biógrafo de Baralt, el Sr. Torres Caicedo, se tradujo en varios países.¹

En cuanto a letras, España, que le hizo el bien de proporcionarle ambiente más propicio a las especulaciones del espíritu que el bárbaro y soldadesco ambiente patrio, le hizo también un daño: aquel escritor de prosa elegante y suelta se academizó hasta lo increíble; y si bien el prosador se salvó siempre, a pesar de la afectación académica que contrajo, el poeta, siempre en él premioso y nada fluido, llegó a los más yermos rincones del Parnaso, en una devoción encogida de antiguos poetas españoles.

Aquellas odas en liras a Colón, a la Anunciación; la oda en sextinas a Isabel II, toda aquella poesía yerta y amanerada, que tanto celebraban los académicos madrileños, vale a nuestros ojos modernos, bastante menos que la última plumada del prosista insignic. Por lo demás, academizado o no, en España o fuera de España, nunca fue Baralt poeta espontáneo. Otro daño le hizo su afición clasicista; convirtió al prosador gallardísimo en cejijunto celador del idioma, y el tiempo que aquel creador de hermosura pudo pasar en producir obras originales lo perdió, como un ratón cualquiera de biblioteca, en escribir diccionarios. El *Diccionario de Galicismos* le quitó años preciosos; otro léxico, su *Diccionario matriz de la lengua castellana*, dejó inconcluso.

Es por el *Diccionario de Galicismos* por lo único que hoy se recuerda en España a aquel que fue aquí un día considerado como uno de los más altos ingenios. "Tiempo hace —escribía D. Eugenio de Ochoa en 1849, cuando el Liceo de Madrid premió la oda *A Cristóbal Colón*—; tiempo hace que seguimos con vivo interés y atención suma las diversas manifestaciones del ingenio del Sr. Baralt como publicista, como filósofo y como poeta; y de este estudio hemos sacado la convicción de que es, sin duda, una de las cabezas mejor organizadas, uno de los hombres más instruidos y uno de los escritores más correctos con que cuenta nuestra literatura contemporánea".

Si en literatura Baralt es un clásico, y se opuso con todas sus fuerzas a la difusión en España de aquel gran movimiento romántico de 1830, mantuvo abierto el espíritu, en cuanto pensador filosófico y político, a todas las corrientes renovadoras. Ya sabemos cómo, afiliado entre los demócratas españoles, batalló en la prensa en pro de las ideas liberales. En cuanto a ideas filosóficas, la audacia del pensamiento cede a veces a la moderación de la forma, actitud comprensible en un país y en una época en los que tenía aún

¹Con el título de "Letras Contemporáneas" publicó —*Madrid*, 1849— una obra de crítica literaria.

tanto imperio, a pesar de las embestidas revolucionarias, el espíritu de ortodoxia. No vaciló Baralt, sin embargo, en defender siempre, a capa y espada, la libertad del pensamiento. Ni siquiera vaciló en controvertir a Donoso Cortés, ídolo de la España clerical, en la alta y solemne ocasión de sustituir en la Academia a tan recalcitrante apologista y campeón de la teocracia; y tuvo la habilidad, para combatir en aquel medio y en aquella circunstancia el neocatolismo francés, que inspiró a Donoso y estaba haciendo estragos en España, de presentarlo como un peligro para el espíritu español. Por lo demás, la independencia de criterio en Baralt fue absoluta. Viviendo en España y de España, no se muerde la lengua ni embota la buida pluma para decirle por la prensa verdades de álloe; verdades del tenor siguiente: “¿Cómo ha de ser pobre (para difundir la instrucción entre las clases populares), cómo ha de ser pobre una potencia que sostiene un ejército excesivo en relación al número de sus habitantes y lo sostiene con el boato de un conquistador; que alimenta un sinnúmero de empleados oficiosos; que derrama oro en simulacro de batalla, desprecia las riquezas de su suelo, no se afana en mejorar su industria, deja cundir el cáncer de su pésima administración, muéstrase en todo desprendida y grande —grande como los Césares del Bajo Imperio— y no mucho menos previsora que en las postrimerías de la dinastía austríaca?”

CONTRARIEDADES Y PESADUMBRES EN LA VIDA DEL ESCRITOR

No todo fue sonrisas, a lo que parece, en la vida de Baralt. Ello se transparenta en las palabras de algunos de sus apologistas, ya españoles, como Tomás Rodríguez Rubí, ya americanos, como Víctor A. Zerpa, sin que sepamos a punto fijo, hasta ahora, en qué consistieron las tribulaciones de aquel tan grave y elevado espíritu.

Una de las cosas que más lo hirieron fue, sin duda, la destitución violenta e inmerecida del cargo de director de la *Gaceta* y administrador de la Imprenta Nacional, en 1857.

La cosa ocurrió así: en 1855 Baralt, a la sazón Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana, hizo a este país un gran servicio: hizo reconocer por España la independencia de aquella nación, y suscribió un Tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradición, tan liberal como útil para los dos pueblos.

Cierto absurdo funcionario de España en Santo Domingo —tan absurdo como otros diplomáticos que en el mundo han sido— dio margen a una disidencia, en 1856, con motivo de alguno de los artículos del Tratado. La República Dominicana ocurrió de nuevo a Baralt. Baralt, Plenipotenciario *ad hoc*, gestionó ante el Gobierno de España la recta interpretación del artículo; y la obtuvo, que era lo que deseaba el gobierno de Santo Domingo. Pero por algo existen en el mundo las guerras civiles. Cayó el gobierno dominicano que nombrara a Baralt, y el sustituto, con ceguera de gente primeriza en cosas de política internacional —confundiendo los intereses de partido con

los de la nación—, desautorizó lo realizado por el gobierno anterior, incluso en punto a política extranjera, y cometió la felonía de enviar al gobierno de España las comunicaciones del Plenipotenciario.

En ellas parece que Baralt tildaba de indolente, y quizás de otras cosas, al Marqués de Pidal, presidente del Consejo de Ministros. Este, montado en cólera, y con beneplácito del Consejo, acordó destituirlo del cargo que ejercía como funcionario español; y se le destituyó en términos hirientes. Es más: se consultó al Tribunal Supremo, con ánimo de encausar a Baralt por desacato al gobierno. Por fortuna, el Tribunal Supremo informó luminosa-mente sobre el caso, descargando a Baralt, quien obró —decía— “dentro del círculo de atribuciones diplomáticas”. Recordaba con juicio el Tribunal que los despachos diplomáticos son, por su naturaleza y por el Derecho de Gentes, sagrados e inviolables; y poniendo coto, por un lado, a la vanidad del presidente del gabinete español, y asestando, por otro, una merecida bofetada al desleal gobierno dominicano, agregaba que “no había cuerpo de delito, pues al considerar como tal los referidos despachos, la causa y el juicio serían inmorales por fundarse en un crimen de felonía, cual lo es la revelación de negocios de Estado, la entrega indebida de documentos que no pertenecían a ninguna de las partes y el más indigno abuso de confianza...”

Baralt, con todo, quedó amargado y destituido. Aunque luego llegaran desagravios y reparaciones, aquel incidente afectó por manera tan profunda al honrado escritor que, según parece, nunca lo olvidó en los cortos años que le quedaban de vida.

La nostalgia parece que también lo acongojó en los últimos lustros. Su país, revoltoso y bárbaro, no podía inspirarle el deseo de vivir allí; pero sí el anhelo de ver “esa playa querida”, como escribe a su padre. El patriotismo de Baralt fue sincero. Para permanecer en España y alcanzar en ciertas esferas las posiciones a que no tenía derecho como extranjero, se le aconsejó que se hiciera súbdito español. Baralt se rindió al consejo. No podemos reprochárselo. Tenía que vivir y no sólo de pan. Todo el mundo necesita un estado civil y vincularse a un pueblo donde pueda vivir en ejercicio de derechos políticos, y dar a sus hijos un hogar y una patria. Tampoco puede censurarse a España porque lo quisiera de ciudadano, para poderle abrir las puertas de su hogar político y concederle beneficios y honores. Mal hace el pueblo nativo de un hombre superior en poner a prueba con rigores y largos ostracismos —frente a halagos extraños y exigencias cotidianas de la vida— la consecuencia en el infortunio del hijo expulso del hogar nacional.

El patriotismo de Baralt fue sincero y constante. Adolescente, en Bogotá —asegura en sus *Reminiscencias* D. Juan Francisco Ortiz, condiscípulo de Baralt—, “describía con exaltación el mar y el lago de Maracaibo, suspirando tristemente por el día de regresar a su país nativo”. En la juventud expone su vida por la nativa tierra; escribe la historia del país; prepara, en asocio de Codazzi, la Geografía de la República; canta, en sonetos bien mediocres por cierto, ya a Bolívar, ya la batalla de Ayacucho; más tarde, recuerda a

su país constantemente; dice *Adiós a la patria* en una de sus menos frías composiciones, donde se queja

ausente del hogar, en tierra extraña.

Y asegura:

Mis penates queridos
lloran entristecidos
en tu almo suelo al refugiarse, España.

Pensando en su país, Baralt ha podido exclamar con Giovanni Pascoli: "mis palabras podrían ser de odio y son de amor". Víctor Zepa, al comentar una carta íntima de Baralt, dice, con razón: "por los afectos de la familia se ha entrado en la patria". Es verdad. Pero no es toda la verdad. El escritor que dedicó tantas vigiliass a la historia de su país tenía que amar mucho a ese pueblo.

Por esa carta de Baralt a su padre, que Zepa inserta en parte y comenta, puede uno ver claro en el corazón del expatriado. "Todo se ama en la patria cuando uno está distante de ella: los hombres y las cosas... y el aire y la tierra y las piedras! ¿Quién me diera ver, aunque fuera un instante, esa playa querida; ver a usted, abrazarle y morir? Salude usted en mi nombre todo lo que contienen esos sitios santos para mi corazón, y dirija al cielo una ferviente súplica para que me conceda la dicha de verles una vez más antes de dejar el mundo".

Bien ha hecho la ciudad nativa de Baralt en erigir una estatua al grande escritor patriota.

Pobre, triste, murió Baralt, sin haber visto de nuevo como deseaba, la tierra de Venezuela y el lago de Maracaibo. Rindió la vida en Madrid, a los cincuenta años, el 4 de enero de 1860.¹

¡Qué diferencia entre la vida y la memoria de Bello y la vida y la memoria de Baralt! Bello tiene estatuas de mármol en Chile; y Chile, su patria adoptiva, ha divulgado las obras del maestro.² El que esto escribe ha buscado, y ha buscado en vano, en todos los cementerios de Madrid, la tumba de Baralt. La Academia Española acordó publicar las obras de aquel escritor benemérito: hace más de medio siglo que esperamos el cumplimiento del acuerdo.

¹El 4 de julio dice Menéndez Pelayo, en su "Historia de la poesía hispanoamericana".

²Baralt tiene una estatua de bronce en Maracaibo, y una calle maracaibera lleva su nombre.

BOLIVAR Y ESPAÑA

Un novelista muy leído hasta hace poco, hoy bastante venido a menos —porque cuando asciende el nivel de la cultura disminuye el auge de ciertos escritores—, se dedica ahora a prologar anónimos escritores ultramarinos y a cronear en los periódicos.

Una de estas croneas habla de que en la América de origen español aparecieron de pronto dos Napoleones. Ni el doctor García del Real se atrevió a tanto. Muchos Napoleones son dos.

Y uno se pregunta: Si desde César y Aníbal hasta Bonaparte no abundaron en el mundo los Napoleones, ¿cómo pudieron salir dos —y a un tiempo— en distantes y oscuras colonias? Dos, que con el de acá hacían tres.

No culpemos al cronista, con todo. Sólo ha querido hacer quizás una frase intrascendente y halagar la vanidad nacional de algún pueblo. Tal vez ni siquiera eso. Escribir su amena cronea nada más.

El único genio —genio de acción y genio de pensamiento— que hasta ahora ha producido la América, desde el estrecho de Behring hasta el de Magallanes, ha sido Bolívar. Bolívar es cosa muy seria y sin fácil parangón. No sólo por lo que hizo, sino por lo que dijo y pensó.

Algo semejante a lo que hizo lo realizaron antes Pizarro y Cortés, y en su tiempo Sucre y San Martín. Sin embargo, Bolívar es único.

Muchos hombres que representaron papel de primer orden en la fundación de los nuevos Estados de América fueron héroes civiles o héroes militares. Lo mismo en el bando americano que en el bando español. Es decir, fueron personajes de los que cierran una época o de los que contribuyen a

abrir una nueva. Sólo Bolívar fue el hombre de porvenir. En esto —y en la genialidad poliédrica—, únicamente César puede comparársele. César como Bolívar y Bolívar como César abren la nueva época, no simples juguetes del destino, sino preparadores conscientes de la nueva edad histórica.

Bismarck, Washington, Napoleón, fueron hombres superiores, cuya acción personal coincidía con un gran momento. Pero ninguno de ellos fue, en el grado que Bolívar y César, el hombre del momento que nace, el héroe de la transformación.

Bismarck vivió con los ojos en el pasado; su empeño fue resucitarlo o prolongarlo. Napoleón, de genio incomparable en cuanto soldado, político oportunista, siguió el impulso de un movimiento nacional explotado, pero no iniciado por él. Posee del tiempo nuevo un concepto restringido. Resucita, en su provecho personal, las formas fenecidas de una época ya caduca, reaccionando contra el exceso y el desorden renovador. Lo aplauden los que quieren la continuidad, renovada, de una expresión histórica.

Washington, no fue gran cerebro, sin que por ello dejara de ser grande hombre. Representó un papel, no de impulsor deliberado de la nueva época, sino de servidor electo para dirigirla.

En caso parecido, si no idéntico, están en la otra América el mariscal Sucre y el general San Martín. Sucre fue un gran soldado, quizá el mejor de América, pero sin el genio de Bolívar. Realizaba grandes cosas a las órdenes del Libertador. El genio no recibe órdenes; las da.

San Martín es el héroe del Sur, director militar de la revolución argentino-chilena y dictador del Perú. Apenas se encuentra con Bolívar en Guayaquil, chocan las ideas monárquicas del uno con las ideas republicanas del otro. Prevalece lo que debía prevalecer.

El abnegado San Martín, en vista de la situación angustiosa por que atravesaban la guerra y la causa de América, se ofrece a servir como segundo del Libertador, y como el Libertador tuviera la delicadeza de no aceptar aquel sacrificio de su émulo en gloria y en servicios, San Martín se retira de la política, de la guerra, de la América y deja en manos de Bolívar las dos ramas de la revolución de América, ya unificadas.

Desde aquel instante se borra voluntariamente el gran soldado del Sur ante el gran soldado del Norte; quedan ambas revoluciones, la argentino-chilena y la colombiana —representadas por los ejércitos respectivos— bajo la inspiración de Bolívar.

Así triunfa en Junín, Ayacucho y el Callao; funda nuevas Repúblicas, las consolida a todas y a todas las reúne en el Congreso internacional de Panamá. Es el único Hegemon del continente.

Un político de entonces, Rivadavia, adversario de la política radical y de unificación continental de Bolívar, quiso, en vísperas de Ayacucho, comprar a España la independencia de su provincia. España no hizo caso. A España

han podido vencerla por las armas, pero no prostituirla por dinero. Ha sido y sigue siendo el pueblo de penacho y sonrisa altivos donde no se cotiza esta cosa incoercible y única: el honor. Por eso salió de América vencida, pero admirada, y un siglo después, en las reacciones de la justicia histórica sobre la pasión del momento, el Nuevo Mundo se reconoce deudor de España y prolonga en el espacio y en el tiempo la cultura española.

Contra la política americana del Libertador, Rivadavia tuvo esta frase: "Volveremos la cara a la culta Europa".

Frase expresiva. En su estupidez —sobre todo en aquella época—, bastante elocuente.

Bolívar representa precisamente la reacción indefinida contra "la culta Europa". No sólo contra la España dominadora: contra Europa en general. Su anhelo fue crear otra Europa, no sierva, sino émula de la antigua. Quiso fundar un nuevo universo con bases sociales nuevas; no sólo políticamente distinto, sino distinto fundamentalmente.

¿Renunciaba al saber y a la experiencia del Viejo Mundo? Al contrario. Quiere aprovecharlos, asimilarlos, para su nueva obra original.

Todo lo que vale en Europa y puede servirle lo busca y atrae en obsequio de América. Centenares de españoles liberales colaboran con él en las armas, en las ciencias, en las letras, en la diplomacia. El primer ministro de Bolívar en Washington, el diplomático que hizo reconocer a Colombia por los Estados Unidos, el señor Torres, es un español.

Llama a América pedagogos, matemáticos, escritores, botánicos: a Láncaster, a Boussingault, a don Simón Rodríguez, a Bompland. Emplea las viejas piedras para la construcción del edificio nuevo. Todas las fuerzas útiles, sean de donde sean, las emplea o desea emplear en la obra magna.

Es enemigo de países microscópicos. Quiere fundar en América grandes Estados. Quiere fundar un grande Imperio republicano y democrático. Algo como lo que han sido luego los Estados Unidos.

Habla desde 1813, en el alba de su carrera, de establecer con varios países del Nuevo Mundo un Estado poderosísimo que sirva de contrapeso a Europa. (Doc. de Dic. de 1813).

Poco más tarde propugna por establecer con los países del Nuevo Mundo "la madre de las Repúblicas, la más grande nación de la tierra". (Carta al director de las "Provincias Unidas del Río de la Plata", 1818).

Convoca a los pueblos americanos en 1824 para que funden una Liga anfictiónica.

Por último, aun en presencia de la anarquía y de la barbarie americanas, no considera transitorias, pero estorbosas, sigue pensando en desplazar el eje de la civilización de Europa y desviarlo hacia el Nuevo Mundo. Para ello no se para en barras. Inglaterra, la potencia liberal por excelencia, puede ayudarlo. Bolívar la lisonjea diplomáticamente. Aspira, ya que América no posee elementos para su desenvolvimiento rápido, a que Inglaterra colabore en la unificación y transformación del Nuevo Mundo, tal como él la sueña y prepara. (Documento de 1826 sobre el Congreso de Panamá).

Pero a Inglaterra la absorben entonces muchos problemas europeos y es demasiado egoísta. Con ser dueña del comercio de América tiene bastante, ya que parecería mucho ambicionar territorios.

No se trata sólo de que Bolívar haya pretendido sustituir el imperialismo europeo con un prematuro imperialismo hispanoamericano. Se trata de crear en el mundo una gran fuerza expansiva nueva y de dar a los continentes —son sus palabras de 1813— un equilibrio estable.

Bolívar fracasó, como fracasó Julio César, en la realización total de su ensueño. No por ello son menos grandes. No fue Bolívar, en resumen, quien fracasó; fue su pueblo. La desgracia capital de Bolívar ha sido ésta: ser un grande hombre sin gran pueblo.

Es simbólico el que sea precisamente un español el que acoge a Bolívar —proscrito— en sus últimos días, el que uno de sus albaceas testamentarios sea otro español y que su archivo lo salven un español y un inglés.

El simbolismo es transparente. Comprendieron esos hombres que aquel hombre era una partícula brillante del alma de España.

En efecto: Bolívar quiso para su raza —que fue la española— un nuevo e ilimitado porvenir. El salvó a la América de ser india o de ser inglesa.

Enseñó otra manera que no la histórica de ser hispano. Quiso fundar sobre la libertad y la República una nueva sociedad imperial de lengua española.

VII

HISTORIADORES Y MEMORIALISTAS*

"Bolivar et la Démocratie" — El héroe y la mujer — O'Leary y sus "Memorias" — La entrevista de Guayaquil — "Vida de Bolívar", por Larrazábal — Los Estados Unidos del Norte y las repúblicas americanas del Sur — Memorias del Capitán Sevilla

"BOLIVAR ET LA DEMOCRATIE"

ENTRE las muchas obras que de 1910 a 1925 se han publicado sobre Bolívar, hay dos que, por ser de autores no hispánicos y por otras particularidades, merecen especial atención.

La una, en inglés, es obra del pensador anglo-americano Byrne Lockey. La otra, en lengua francesa, del escritor francés Marius André. La primera se titula *Pan-Americanism. Its beginnings*. La segunda, *Bolívar et la Démocratie*.

En la obra de Byrne Lockey se estudian las ideas internacionales del Libertador; en la de Marius André, las ideas constitucionales.

Tanto el libro del yanqui, donde se estudian los proyectos internacionales del Grande Hombre, como el libro del francés, donde se analizan sus principios políticos, tienen por base una documentación espléndida. Ni a uno ni a otro autor le es desconocida la voluminosísima documentación bolivariana.

Uno y otro conocen la materia a fondo. Es decir, no se trata de *dilettantes*, sino de autores caracterizados, de especialistas en bolivarología.

Pues bien; ninguno de estos dos hombres ha estudiado con desinterés las ideas y la política del Libertador. Las ideas y la política del Libertador, en

*¿Por qué no ha de ser memorialista el que escribe memorias?

manos de ellos, han sufrido hábiles manipuleos. Sin desvirtuarlas, uno y otro las ponen al servicio de la política actual de sus respectivos países: al servicio de la política imperial de los Estados Unidos, Byrne Lockey; al servicio de la política del pretendiente al trono de Francia, Marius André.

O si se prefiere: Byrne Lockey, en su largo análisis, dispone las ideas políticas de Bolívar de modo que aprovechen al imperialismo. Marius André, en su prolija exposición, las condimenta para que gusten al paladar reaccionario de Francia.

¿Y qué resulta? Resulta en *Pan-Americanism*, que el héroe de la Libertad, el Libertador de pueblos, trabajó para la Esclavitud, para que en su nombre se subyuguen naciones. Ese héroe desmoronó un Imperio al que debíamos todo, para que sobre sus ruinas se levante otro Imperio al que no debemos nada.

En *Bolívar et la Démocratie*, de Marius André, el absurdo contraste no brilla con menor evidencia. El soldado filósofo, el conductor de una gran revolución política, de la revolución política de muchos millones de hombres en muchos millones de kilómetros cuadrados de territorio, de una raza entera en todo un continente, ¿cómo aparece en la obra de André? Aparece como un conservador en política, como un clerical en filosofía.

¿Están Byrne Lockey y Marius André en lo cierto? De ninguna manera. ¿Son, pues, un par de farsantes o desconocen la personalidad que estudian? Tampoco.

¿Qué ocurre entonces? Ocurre que la personalidad de Bolívar es tan poliédrica que parece y es ocasionado a errores de juicio avizorar una sola de sus facetas con prescindencia de las demás. “El que apuña una piedra del monte Blanco —decía, con razón, Víctor Hugo— no tiene en la mano el monte Blanco”.

Marius André no es republicano. En los partidos franceses del día sus preferencias van hacia el grupo de *L'Action Française*. Charles Maurras, desde la mocedad, es su amigo. Un rey en Francia colmaría el *desiderátum* de André.

Con semejantes preferencias, amistades e ideales políticos, ¿que mucho que descubra y admire en Bolívar, por encima de todo, al *imperator*? El Bolívar que nos presenta resulta excesivamente original: soldado, estadista y hombre de genio; pero antidemócrata por naturaleza, antirrevolucionario por reacción, rey sin corona, que volvió en los últimos años de su vida al seno de la Iglesia católica. Y todo, ¿por qué? ¿Por convicciones? No. Por oportunismo. Por “positivismo”.

Marius André, en suma, encarna sus ideales en la figura histórica de Bolívar, y presenta a los franceses esa figura como un modelo emulable. Ya el general Mangin, el héroe del Marne, ha celebrado, con motivo de Ayacucho, un Bolívar muy semejante al de André, aunque destacándolo mejor como soldado que como estadista.

En cuanto al pensador estadounidense Byrne Lockey, encumbra al Libertador, en cuanto panamericanista, con menos espíritu ilusionado aún que Marius André a su hombre de gobierno, y el general Mangin a su soldado anibaesco. Byrne Lockey contribuye a la política imperialista de su país con su obra admirable. El libro se funda en hábil equívoco. Se pretende y desea presentar al Libertador como el primer “panamericanista”. El equívoco consiste en eso: en confundir adrede el americanismo —o hispanoamericanismo— del Libertador con el panamericanismo inventado en los Estados Unidos por los Estados Unidos, para los Estados Unidos.

Hay que insistir, porque el libro, precioso y erudito, de Byrne Lockey, obra de escritor excelente, ha inducido ya en error a hombres tan esclarecidos como José Vasconcelos, el reformador mexicano.

Uno es el americanismo de Bolívar: unión y solidaridad de todos los pueblos americanos de lengua española; y otro el “panamericanismo”, invención moderna de los yanquis. El uno es unión de América sin los Estados Unidos; el otro es unión de América a los Estados Unidos. El uno lo preconizó y practicó Bolívar como necesidad de aquella época, para salvarnos entonces de Europa, y, andando el tiempo, de Europa y los Estados Unidos. El otro, añagaza engañosa, obra del imperialismo de Washington, nace para contraponerse a la idea racial de acercamiento a España y a la idea latina de acercamiento a la Europa mediterránea. Contra la idea latina y contra la idea hispánica, el panamericanismo aduce la unión continental y la identidad de principios republicanos y democráticos.

De todo ello se desprende una lección. La personalidad de Bolívar ha crecido a tal punto en la conciencia de nuestros contemporáneos, que para preconizar sus ideas un yanqui y un francés no encuentran nada mejor que auspiciarlas bajo el nombre y la autoridad moral del Libertador.

El libro de Marius André viene a ser para mí de excepcional importancia; Marius André y yo somos amigos hace veintitrés años. Fui yo quien lo induje a los estudios bolivaristas. Durante la gran guerra, época en que Marius André habitó en España, en servicio de su país, vi día a día al autor atareado en sus estudios bolivarianos, ya en el Ateneo de Madrid, ya en la Biblioteca Nacional, ya en el Archivo de Indias, en Sevilla.

No por ser gran bolivarista es menos hispanófilo Marius André. Al contrario: al conocer a Bolívar ha admirado en él máximas virtudes del carácter español. Y al conocer las luchas de Bolívar no avaloró en menos la defensa de la potestad española que el ariete que supo destruirla. De esa justicia histórica que quiso hacer a España nació su libro *La fin de l'Empire Espagnol*. Ferviente e indeclinable afecto a la hidalga tierra hispánica se transparenta en aquel libro.

En esta misma obra sobre *Bolívar et la Démocratie*, por afecto a España

y por el reaccionarismo de que adolece este historiador —y comprendedor— de revolucionarios, cae en algunos errores de apreciación.

Voy a subrayarle dos. Para muestra bastará este par de botones:

Primero. Encuentra Marius André en los documentos de la época que, al iniciarse la revolución de América, revolucionarios de Chile, Bogotá, Caracas, etcétera, coinciden a distancias enormes, sin ponerse de acuerdo, en que se gobiernen las colonias americanas por sí mismas, pero en nombre de Fernando VII, prisionero en Bayona.

Deduce André que obraron así por lealtad a Fernando, por espíritu realista. No hubo tal. Hubo dos razones: una de principio, otra de conveniencia. La América dependía directamente de la Corona. Acéfalo el trono, los americanos invocaron la acefalía y no consintieron en obedecer a los gobiernos de la Península. El principio, quedando a salvo, sirvió de base jurídica a la conveniencia del momento. Con aquella hábil estratagema los americanos se empezaron a gobernar por sí mismos en 1810, y poco después pudieron proclamar su emancipación.

Fernando VII no se engañó con aquella “lealtad”. El modo de agradecer a los americanos el que hubiesen invocado su nombre fue saludarlos a cañonazos desde que ascendió al trono en 1814. La guerra contra el infame Borbón fue más sanguinaria que la guerra contra la Regencia.

Segundo. Es infantil creer o aseverar que la primera nación americana que se declaró emancipada, Venezuela, proclamó su independencia sin hablar de república, por temor a que el pueblo se sublevase. Ningún pueblo de la América Hispánica —lo que se llama pueblo, las masas— sabía entonces lo que fuese república, ni siquiera lo que significase patria. Tampoco sabía ni una ni otra cosa el pueblo de París en vísperas de tomar la Bastilla.

Los hombres que decretaron, reunidos en Congreso, la independencia de Venezuela el 5 de julio de 1811, fundaron ese día una república con plena conciencia de lo que estaban haciendo. (Las huellas de sus principios se encontrarán más tarde en las Cortes de Cádiz y la Constitución española de 1812). No temían al pueblo. Temían a los españoles y canarios, gente arriscada y de influencia en el país. Canarios y españoles, en efecto, desencadenaron poco después la contrarrevolución, apoyados en el pueblo ignorante, acostumbrado a obedecerles. La contrarrevolución iba no contra la idea de república, sino contra el hecho de la independencia.

EL HEROE Y LA MUJER

¡QUÉ MODOSITA y linda por de fuera la obra, una pareja de volúmenes madrileños! ¿Se escondía en aquella cesta de flores algún áspid? No sé.

Cogí temblando el par de mellizos. ¿Qué iba a decir la supergracia del superhombre?

El héroe generalmente deslumbra a la mujer:

Que siempre luce hermoso el vencedor.

Espronceda, buen amador y buen poeta, lo supo. Lo que no supo Espronceda, ni siquiera Shakespeare, ni poeta alguno, es si la mujer puede comprender al héroe. Cuando Desdémona escucha sorprendida las aventuras de Oteló lo admira y se enamora —que siempre luce hermoso el vencedor—; pero no sabemos si lo ha comprendido. Tememos que no—; tememos que lo haya amado sólo por deslumbramiento. Y así el gran poeta inglés supo intuir y encarnar aquel sentimiento femenino que siglos después iba a fecharnos en certero endecasílabo un gran poeta español.

Pero vivir para ver. Estamos ahora en presencia de un caso que no podría explicarse, a menos de bucear hondo, el psicólogo.

¿Cómo ha podido comprender esta mujer a este héroe? A mi modo de ver, muy sencillamente. Se ha enamorado de él. Se ha enamorado, no del estadista, no del soldado, no del figurón de la política, sino del hombre en carne y hueso. Cómo habla de sus pestañas, de sus brazos fornidos —que eran más nervudos que fornidos—. Con qué facilidad le rinde todas las mujeres de que el héroe —que en este sentido tuvo anchas tragaderas— se encapricha. Esto no podía haber ocurrido sino a una mujer; y, naturalmente, a una mujer excepcional.

La excepcionalidad consiste, no en haberse enamorado del hombre de aventuras —ya lo hizo Desdémona—, sino en haberse enamorado de un ser inexistente, pero que existió; y sobre todo en que, no pudiendo conversar con él y entregársele, pensó en él y pudo comprenderlo. O mucho me equivoco, o ése es el caso.

Como este corazón estaba rebosante se desbordó en libros, y como esta dama tuvo hadas buenas en la cuna y escribe como pudiera escribir un hada, sus libros seducen, arrebatan. Todo ocurre en un círculo mágico y mágicamente. No se trata de la vieja bigotuda, empolvada de bibliotecas, que maneja infolios menos amarillos que su flácida piel y concluye por no penetrar el alma ajena, sino de una beldad —así se decía antes y puede volverse a decir—, de una beldad de ojos de lucero y sonrisa de miel, de una rosada juventud que cuando quiere seduce y cuando quiere comprende.

Muchas dotes son éstas, diréis. Sin embargo, así es. A alguien debía tocarle el premio gordo y salir enriquecido con la gracia corporal y la del espíritu. Le ha tocado a esta mujer, que lleva el nombre de Olga Briceño.

¿Que nada os dice todavía este armonioso nombre? No importa. Tampoco decía nada el de Bonaparte antes de la campaña de Italia, ni el de Francesca antes del beso a Paolo.

“Estampas americanas” subtitula Olga Briceño sus libros sobre la vida del hombre Simón Bolívar. Son, en realidad, no cuadros de Historia a la manera pomposa, seudoclásica y helada de David, manera tan de aparato y tan del gusto de Napoleón, sino diminutos cuadritos de costumbres, cuadritos de interior y de campo raso, que hubieran encantado a Teniers, a Gerardo Dow y a Jan Steen.

El héroe —el joven héroe de treinta años— aparece en las posturas menos heroicas: en su pacífica y segura mula orejona, y no sobre el caballo de las entradas triunfales, o calzado con humildes alpargatas de pábilo, bailando un “joropo”, un zapateado ladeado, con una muchacha palurda de los Llanos del Guárico, mientras el arpa bordonea y chillan las “maracas” alharaquientas, en la sala del rancho, mal iluminada por los candiles de petróleo y olorosa a sudor campesino. Ya sorprendido por un destacamento enemigo, se sumerge en las ciénagas del Orinoco, muerto de miedo; ya lo despiden confianzudas las chicas de los pueblos al verlo pasar entre sus tropas de trajes sucios y rotos: “Adiós, libertadores valientes; adiós, Simón Bolívar”. Ya más muchacho y alborotador —y siempre tan humano como fue—, pide el desayuno en su casa de Caracas a gritos:

*Papá San Juan
y San José,
yo quiero pan
con mi café.*

Está Bolívar tan cerca de nosotros en el tiempo, y tan cerca de nuestro corazón en la gratitud, y lo conocemos tan bien, que sabemos no sólo lo que pensó, sino casi todo lo que hizo y aun dijo tal día de tal semana. En todo caso, podemos saber lo que haría o diría, poco más o menos, en determinada circunstancia. Por eso es fácil ponerlo a hablar; por eso mismo es tan difícil.

Lo que sea suyo propio o adecuado, lo reconocemos al punto. Villaspesa, en su drama *Bolívar* —más que drama, maravillosa cascada lírica— tuvo aciertos y desaciertos. No es lo mismo hacer hablar sobre la escena a Bolívar, que es de ayer, que a Julio César, por ejemplo, que es de hace veinte siglos.

Olga Briceño ha triunfado en su empresa; ha triunfado, de cien veces, ochenta o noventa. No sé de nadie que haya hecho más. A cada uno de sus libros: *Bolívar, criollo* y *Bolívar, Libertador*, faltó que debajo del título pusiera esta palabra: “novela”. O bien: “novela por estampas”.

Con lo de novela, podría significarse lo de ficción, y sobre todo, lo de “interés”, según el criterio vulgar, aunque haya novelas pesadísimas y poco interesantes; lo de estampas, caracteriza la historicidad, la veracidad.

La aparición de estos volúmenes —prologado el uno por Cristóbal de Castro y el otro por Dionisio Pérez— revela un nombre a las letras. Aunque la ejecución es lo de menos, con ser tan feliz. Lo importante de este libro ha sido su concepción.

La mujer Olga Briceño puede estar contenta de haber producido una obra comprensiva y amena sobre el hombre Simón Bolívar.

O'LEARY Y SUS "MEMORIAS"

EL HOMBRE

El general Daniel Florencio O'Leary nació en Cork (Irlanda), el año de 1800. Su familia estaba emparentada con la de Burke, el gran tribuno, y con la de O'Connell, el Bolívar de Irlanda. De familia, pues, le venían el amor de las letras y el amor a la libertad.

Llegó a Angostura, la capital del Orinoco, desde principios de 1818. Puede considerársele como a uno de los hombres más notables de las llamadas legiones británicas e irlandesas que vinieron en número de 7.000 a 8.000 soldados para servir la causa de América bajo las órdenes del Libertador.

El irlandés fue ganando uno a uno sus grados militares desde alférez hasta general. Sirvió como edecán de Anzoátegui y de Sucre. Fue también edecán y secretario del Libertador. Su nombre figura en las más altas páginas guerreras de la historia de América. Hizo la campaña de 1818 en los llanos de Venezuela; la de 1819 al través de los Andes, sobre el virreinato de Nueva Granada; la de 1822 entre los volcanes del Ecuador; la del Perú y el Pacífico del Sur en 1824.

Estuvo en muchas batallas célebres: en Pantano de Vargas, en Boyacá, en Bomboná, en Pichincha, en Ibarra. "En Carabobo, dice uno de sus biógrafos, comunicó a la Legión británica la orden de resistir hasta morir"... Y fue él, continúa el mismo biógrafo, "quien comunicó a Sucre el plan ideado por Bolívar y que produjo la batalla de Ayacucho".

En Tarqui, a las órdenes de Sucre, alcanzó en febrero de 1829 las charreteras de general. Poco después, en septiembre, dirigió y ganó el combate del Santuario.

Como diplomático representó O'Leary un papel importante: fue ministro del Perú ante el Gobierno de Chile en 1824, y obtuvo de ese Gobierno el envío, que fue a solicitar, de la escuadra del almirante Blanco Encalada. En 1825, cuando las diferencias entre Argentina y Brasil, por causa del Uru-

guay, el Gobierno argentino solicitó el apoyo del Libertador y el Libertador escogió a O'Leary para enviarlo en misión, que no se llevó a efecto, cerca del emperador brasileño. Al año siguiente, en 1826, salió de Lima para Colombia con otra misión de Bolívar. En 1830 lo escogió el Gobierno del general Urdaneta para ministro de la Gran Colombia en los Estados Unidos.

Después de muerto Bolívar, fue O'Leary por dos veces (1842-1843 y 1876-1877) y ante dos países, representante diplomático de Su Majestad Británica. No es el único edecán del Libertador que fue luego ministro inglés: Bedford Wilson también sirvió a Inglaterra en calidad de ministro.

Respecto a la rectitud de carácter y a las dotes morales e intelectuales de O'Leary cedamos la palabra a Bolívar. El francés Perú de Lacroix, del Estado Mayor de Bolívar en 1828, recogió en conversación privada y lo anotó y legó a la posteridad en su famoso *Diario de Bucaramanga* (que Cornelio Hispano publicó por primera vez en París el año de 1912) el siguiente juicio:

"O'Leary tiene más amor propio y orgullo que vanidad. Hablo de ese amor propio, noble orgullo, altivo, sostenido y lleno de dignidad que generalmente tienen los caballeros ingleses. Tiene en sus modales, más que en el carácter, dulzura, suavidad; pero qué engañoso es aquel aire dulce y bondadoso. ¡Es el áspid escondido entre las flores, y desgraciado del que lo lastime!... Le sobran conocimientos generales sobre varias materias; tiene memoria, facilidad y talento...".

El general O'Leary murió en Bogotá, el 24 de febrero de 1877, a la una de la mañana. El día de su muerte fue duelo nacional. Venezuela, más tarde, reclamó las cenizas del prócer, que hoy reposan en Caracas, en el Panteón, no lejos de las cenizas del Libertador, cerca de los vacíos cenotafios donde debían descansar los restos inencontrables de Sucre y de Miranda.

El nombre de O'Leary se perpetúa en Inglaterra. Hoy mismo existe en Eltham, condado de Kent, un caballero descendiente del prócer irlandés, que lleva el nombre ilustre de Daniel Florencio O'Leary.

LA OBRA

Las verdaderas *Memorias de O'Leary* comienzan a principios de 1818 con el arribo del irlandés a la antigua Costa Firme. Lo anterior a esta fecha es obra de historiógrafo, no de memorialista. Pero en la parte de relator de lo pretérito como en la parte de analista contemporáneo, O'Leary es, para los americanos, digno de gratitud y admiración: de gratitud, porque después de haber consagrado su juventud a defender la América dedicó sus días maduros a rememorar los esfuerzos de nuestros abuelos por la libertad; de admiración, por el talento, la paciencia y la ecuanimidad de espíritu con que realizó el empeño. Para los no americanos, para los hijos de cualquier país, O'Leary es también figura de respeto, por cuanto conservó el recuerdo de acciones e ideales que honran a la humanidad.

En ningún pueblo, respecto a ninguna época y a ningún personaje, existe obra superior a esta obra en cuanto a documentación.

¿Por qué?

Porque los dos tomos de narración, que se refieren a la guerra de América y a su figura central y directora, apóyanse, como sobre granito secular, sobre treinta volúmenes de documentos.

Tales documentos, coleccionados por el general O'Leary, se publicaron, años después de muerto el antiguo secretario de Bolívar, por disposición del Gobierno de Venezuela. La publicación, organizada por el hijo de O'Leary, se fue haciendo en Caracas desde 1879 hasta 1888, en que se terminó. La obra, pues, es obra nacional. Los originales de todos los documentos reposan en los archivos de aquella República.¹

Esos treinta volúmenes de documentos en que se apoyan las *Memorias de O'Leary*, son el más precioso archivo de historia americana, y constituyen, junto con los catorce gruesos volúmenes de los señores Blanco y Azpurúa: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, el más sólido monumento erigido, hasta el presente, a la gloria de Bolívar.

Pero los documentos de O'Leary, a la luz del concepto moderno que se tiene de la historia, son muy superiores a los recopilados por Blanco y Azpurúa. Los de éstos son, en gran parte, documentos públicos de la época, con todo lo que tiene de aparato y espejismo la política, mientras que los más importantes documentos de O'Leary son cartas privadas de los próceres de Colombia y de gran número de otros americanos y europeos que se correspondían con ellos, principalmente con Bolívar; insértanse, además, en esta colección, órdenes militares, copiadorez integros de secretaría, el archivo del Libertador: la campaña, la administración, la vida privada: todo materia de primer orden, todo materia que revela el drama tras de las bambalinas, —lo más íntimo, lo más sincero, la verdad sin velos, la verdad verdadera.

Oigase al mismo general O'Leary hablar de su obra. En la primera edición de ésta corre una *Advertencia*, fechada en 1840. Esa lacónica *Advertencia* dice así:

“Desde mi llegada a América, a principios de 1818, comencé a reunir datos y documentos que tuviesen relación con la guerra de Independencia y con la vida del hombre extraordinario que la dirigía. Reunílos al principio con el objeto de transmitir a mis padres y a mis amigos en Irlanda las impresiones de mi viaje a regiones para ellos y para mí desconocidas.

Tuve la fortuna, desde el comienzo de mi carrera, de merecer de mi ilustre jefe la amistad y la confianza que de ella nace; amistad y confianza recíprocas que duraron mientras él vivió, hasta que, destrozado el corazón y bañado el rostro en lágrimas, vi bajar sus restos mortales a humilde fosa en la catedral de Santa Marta. Durante las campañas de Venezuela, Nueva Granada, Quito y el Perú, fui asiduo en allegar documentos. En esta em-

¹D. Manuel Segundo Sánchez, director de la Biblioteca Nacional, en Caracas, ha publicado una interesantísima y pormenorizada noticia bibliográfica sobre las *Memorias del General O'Leary* en su obra *Bibliografía venezolanista*, págs. 255-267.

presa ayudáronme eficazmente mis conmlitones; sobre todo Sucre, Héres, José Gabriel Pérez, Espinar, y más que ninguno Pedro Briceño Méndez.

Andando el tiempo, y a medida que crecía la copia de documentos, pensé en escribir la *Vida del Libertador*, valiéndome de ellos. En el transcurso de las campañas se perdieron muchos papeles importantes, porque en aquellos tiempos las marchas eran penosas y no siempre había cómo conducir ni el equipaje del Estado Mayor; sin embargo, logré salvar la mayor parte de lo que venía a mis manos. Muerto el Libertador y destruida su grande obra, me retiré a Jamaica, y allí me dediqué a arreglar los papeles y a escribir mis *Memorias*. Los albaceas del Libertador me dieron su archivo; y Soublette, Salom, Urdaneta, Flores, Montilla, Héres, Lara, Wilson y otros muchos amigos míos se apresuraron a enviarme los datos que les pedí, para publicar durante mi permanencia en aquella isla los que yo había reunido, y que, apoyados en mis documentos y en autoridades tan respetables, sirvieran para confundir a los detractores de Bolívar, tanto en América como en Europa.

En 1835, en compañía del general Soublette, visité al general D. Pablo Morillo, en La Coruña, y al saber éste que yo me ocupaba en escribir la vida de su antiguo rival, de quien era él grande admirador, dióme muchos documentos tomados por los realistas en los campos de batalla en Venezuela. De los documentos que he coleccionado, los más importantes son las cartas de Bolívar y las de los diferentes jefes y personas notables que le escribían.

En esas cartas están referidos los hechos principales de la guerra y de la política. He procurado reunir el mayor número de ellas, pero, desgraciadamente, a pesar de mis esfuerzos, hay muchos claros en esta correspondencia, que es sensible no poder llenar. Algunas de esas cartas parecerán triviales, pero las he conservado porque todas ellas, cual más, cual menos, son reflejo de la época gloriosa de la guerra de la Independencia”.

Muchos de los jefes, ya americanos, ya extranjeros, que sirvieron con Bolívar y coadyuvaron al drama de América escribieron *Memorias*: desde MacGregor hasta O'Connor, desde Mosquera hasta Páez.

Ninguna de estas obras, ninguna, alcanza la importancia de la narración de O'Leary, porque nadie fue tan probo, tan verídico, tan minucioso, tan recto como O'Leary, porque nadie rayó a la altura moral de este irlandés, porque nadie se limitó a decir: *Yo vi, yo oi esto; esto se hizo*, apoyando su opinión de cada instante en los más numerosos y contradictorios documentos.

Para más cabal comprensión de la trascendencia de las recopilaciones de O'Leary, como para mejor avalorar las páginas de su narración histórica, recordemos que esos documentos fueron extraídos de distintas fuentes, de fuentes a menudo antípodas.

A veces del mismo suceso se sacaban antagónicas conclusiones, porque los mismos sucesos herían sentimientos e intereses antagónicos.

En efecto, un jefe español como La Torre o Morillo no podía opinar sobre un asunto dado como Sucre, Montilla, Santander, Rafael Urdaneta u otro jefe patriota. Entre los propios americanos, los amigos de Bolívar no podían juzgarlo como sus émulos; ni un argentino, cuya patria dividió en dos repúblicas, segregando a Bolivia de la jurisdicción del Plata, con la misma gratitud que un colombiano, a quien regaló, puede decirse, una patria gigantesca; ni un oficial español, que lo combatía, con la misma ecuanimidad que un oficial francés o inglés o alemán, al servicio de nuestra emancipación; ni un hijo de Chile, cuya nacionalidad quedó por siempre asegurada en Ayacucho y el Callao, como un hijo de México, por cuya independencia Bolívar trabajó menos inmediatamente.

Por eso, por haber recopilado O'Leary documentos preciosos, no sólo de Bolívar, sino de cuantos en América y Europa tomaron parte en el drama de la revolución; por lo ecuaníme, verídico y fundamentado de su relato; por ser el irlandés quien es y prestar los servicios que prestó, las *Memorias de O'Leary* son en sí — y para la historia de América — superiores a las apasionadas *Memorias de Lord Cochrane*, por ejemplo, a las presuntuosas *Memorias de Miller*, a las *Memorias de Stevenson*, a las de Urdaneta, a las del capitán español Sevilla, y a cualquier otro libro de esa índole y de tal época escrito por europeos o americanos.

DEFICIENCIAS DE LA OBRA

No existe historiador americano que, después de publicadas las *Memorias de O'Leary*, no apoye sus juicios con frecuencia en los del irlandés y no cite los documentos que este memorialista produjo. Asimismo obran los recientes biógrafos europeos del Libertador: el francés Mancini, el inglés Loraine Petre, el belga De Schryver.

¿Son por ello perfectas? No. Un defecto, pongo por caso, un defecto capital puede señalarse a O'Leary cuando trata de operaciones militares: la falta de síntesis. O'Leary, a menudo, no dibuja las líneas generales de la campaña, las líneas que le imprimen carácter, sino que se entretiene en describir operaciones aisladas o subalternas; tampoco adiciona las fuerzas en pugna para formar un total de bulto, sino que cuenta partidas y guerrillas como si fuesen totales y no grupos desglobados de un conjunto general: el ejército de la patria o el ejército del Rey Católico.

Expliquemos en breves párrafos las campañas de Bolívar e indiquemos las masas contendoras:

Primera campaña de 1813. — Bolívar, que está en Nueva Granada, se proponer libertar a Venezuela de la tiranía de Monteverde y reconstituir la República. Su objetivo es Caracas. Sale de Nueva Granada con un puño de granadinos y venezolanos, invade un territorio enemigo, pasando por dos

veces o por dos puntos la Cordillera andina, atravesando siete ríos formidables, bosques, llanos, y en una marcha triunfal de 1.500 kilómetros llega a Caracas. Ha gastado noventa días. Seis mil enemigos quedan destruidos en las primeras provincias que invade por Occidente. Las demás tropas realistas las burla: no le cierran el paso. Monteverde, el dictador español, se encierra en Puerto Cabello.

Al frente del Libertador, es decir, en el Centro y Occidente de Venezuela, se calculaban, según el general Urdaneta, aparte los 6.000 soldados de que se ha hecho mención, de 9.000 a 10.000 hombres más de quienes Bolívar, con su rapidez fulminante y la audacia de sus operaciones, ha nulificado la acción. "Nunca con menos se hizo más", resume el general Mitre, biógrafo de San Martín. En total, "los españoles, recuerda Mancini, valuaban en 17.000 hombres su efectivo". Bolívar había empezado la campaña con 500. "Esta campaña no es inferior, opina el alemán Gervino en su *Historia del siglo XIX*, a cuanto conocemos de más audaz en Europa", (vol. VI, pág. 256, ed. fr.).

Segunda campaña de 1813. — El país empieza a alzarse en armas contra los libertadores, a la sombra de caudillos heroicos e inhumanos, como Antoñanzas, Yáñez, Boves, etc. Bolívar sale a someter, no sólo a Cajigal, capitán general de Venezuela por España; no sólo a Ceballos, Miyares, Salomón y demás jefes y tropas regulares venidos de Europa, a los que siempre vence; no sólo a los caudillos populares, más temibles aún que los generales veteranos, sino al país en masa, que por barbarie, fanatismo, ignorancia y superstición, se levanta contra los libertadores. Se trata de un pequeño ejército en lucha contra ejércitos regulares, contra masas bárbaras, contra un país.

Primera campaña de 1814. — Boves solo ha puesto en movimiento, según testimonio de Heredia, oidor de la Real Audiencia de Caracas, a 20.000 llaneros realistas. Con la mitad de ellos, más o menos, invade el centro de la república. Bolívar sale a defender la república contra ese monstruo; contra Ceballos, a quien aniquila 3.700 guerreros en Araure; contra Cajigal, de quien destruye 6.000 hombres en la primera batalla de Carabobo... Vencido o vencedor, tras las más sangrientas batallas, queda Bolívar absolutamente deshecho. El no tiene reposición de tropas. A los rendidos o apresados los incorpora a sus filas. Se lucha por el terreno y por los hombres. Hasta entonces se sostenía apoyado en la gente de las ciudades y en la población agricultora, cercana a las costas. La reacción vuelca sobre él a los llaneros; es decir, a los pastores; es decir, a los bárbaros.

En vano Bolívar contiene en San Mateo 8.000 caballos de Boves; en vano quedan deshechos 6.000 realistas en la primera batalla de Carabobo, y en vano triunfan los patriotas en La Victoria sobre Boves, en Ospino sobre Yáñez, en Charallave sobre Rosete; en vano desde el 10 de diciembre de 1813 al 2 de enero de 1814 ha marchado Bolívar 500 leguas, "ha reorganizado un ejército, ha mandado las acciones de Vigirima, ha batido

completamente a Ceballos y Yáñez... ha libertado segunda vez todo el Occidente de Venezuela". ¡En vano! La barbarie, representada por la inmensa mayoría de campos y sabanas, vence a los hombres de la ciudad.

Segunda campaña de 1814. — Hace sus últimos esfuerzos la república agonizante. Los llaneros de Boves y Morales quedan dueños de la patria, sobre los cadáveres de ochenta o cien mil venezolanos.²

En 1816 invade Bolívar la Costa Firme por Oriente. Llega del extranjero a conquistar la independencia. Trae 250 compañeros. Morillo, el general expedicionario que acaba de arribar de Europa con un ejército de más de diez mil hombres, impera como autócrata. Hay seis u ocho mil venezolanos realistas de Morales. Aparte esos 16.000 o 18.000 hombres del ejército que va tras de Morillo, Venezuela toda está ocupada militarmente. Por último, 60 buques españoles vigilan y pasean nuestras aguas. Cartagena ha caído. Toda Nueva Granada yace en garras del vencedor, que dicta su ley desde Guayaquil hasta el Orinoco.

Por ese tiempo arriba a Venezuela otra expedición de europeos compuesta de más de 3.000 soldados y capitaneada por el francés al servicio de España, general José de Canterac.

Campaña de 1817. — Aunque Nueva Granada queda sometida al férreo yugo que le imponen —y así quedará hasta 1819—, ya los patriotas cuentan en Venezuela con pequeños núcleos dispersos; pero impera la anarquía entre los republicanos. Bolívar triunfará por unas artes sobre los republicanos, y por otras artes sobre los realistas, por la política contra los díscolos y por la guerra contra los enemigos. Pelea, además, y pelea sin recursos, contra los ejércitos de Europa y contra los pueblos de América. Es un extranjero, un invasor extranjero en su patria; ésta no desea sino vivir en paz, después de Boves, después de siete años de revolución, de sangre, de ruina.

Campaña de 1818 y primera campaña de 1819 o campaña de Apure. — Bolívar, gracias a Piar, a Cedeño y a Bermúdez, ha conquistado la Guayana y hecho de Angostura la capital de su inexistente república. Al frente de 7.000 guerreros disputa el suelo de la patria a Morillo, que tiene 17.400.³

Campaña de 1819 sobre Nueva Granada. — Bolívar pasa los Andes para independizar el virreinato y regresar sobre Venezuela hasta arrojar al Caribe a los enemigos. Es decir, amplía su radio de acción militar hasta 90.000 leguas cuadradas. De su ejército de Venezuela distrae una parte, y con 3.200 hombres trasmona los Andes. En Nueva Granada lo esperan el virrey Sámano y 9.880 soldados de Fernando VII, que sumados a las

²El funcionario realista D. José Domingo Díaz calculó —y su cálculo parece aceptado oficialmente, pues las lucubraciones del Doctor Díaz fueron impresas con dinero del Gobierno español—, que desde el 19 de abril de 1810 hasta 1816 habían perecido en la revolución de Venezuela 134.487 personas.

Y debe recordarse que todo el año de 1815 fue un interregno de paz.

³Para 1818 el ejército del rey en Venezuela se dividía así: 7.000 hombres, al mando inmediato de Morillo, en los llanos de Apure. Los restantes, en otras partes de la República. Véase el cuadro detallado en la monografía del general Duarte Level sobre la *Campaña de los Llanos de Apure*.

tropas realistas de Venezuela, ahora a espaldas de Bolívar, llegan a 27.000 hombres, o un poco más.

Y no puntualizo las subsiguientes campañas, porque este primer volumen de O'Leary concluye con la liberación de Nueva Granada, después de Boyacá. Después se verán la campaña de 1820 y la de Carabobo en 1821; la campaña del Ecuador en 1823; la del Perú en 1824 y la de Bolivia y el Sur del Pacífico en 1825. En 1826 se rindió el Callao a las tropas de Bolívar y cayó el Archipiélago de Chiloé en manos de los patriotas de Chile. En 1826 cesa la guerra desde Chiloé hasta San Juan de Ulúa en México. Sólo quedan a España, de su inmenso imperio de América, dos islas en el Atlántico.

LA NUEVA EDICION

Otro defecto tilda a las *Memorias de O'Leary*, o más claro a los dos volúmenes de Narración. Este defecto no depende, acaso, de la obra en sí; depende más bien de la manera como ha sido presentada al público. Explanaré la cuestión.

O'Leary es un escritor de raza, un escritor nato. El castellano lo manejó siempre con soltura y gracia como puede advertirse por los artículos y las cartas que redactó en lengua de Castilla. Debemos inferir que su prosa en lengua materna no sería inferior a su prosa española. Pero el hijo del prócer, D. Simón, que tradujo del inglés las *Memorias* de su padre, era, aunque hombre de cultura, menos literato que O'Leary.

El primer error cometido, tanto por el hijo de O'Leary como por el Gobierno que ordenó la publicación de las *Memorias*, fue no publicar en inglés sino en español los dos volúmenes de la narración histórica. Mil razones de índole diversa militaban y urgían para que se publicasen en inglés. Hoy mismo la rutina, la ceguera, la torpeza, mantienen inéditos los originales ingleses. Durante un siglo se ha fantaseado en Europa respecto a Bolívar y se le desfiguró a menudo por carencia de una obra de divulgación como las *Memorias de O'Leary*.

Pero volvamos a la traducción castellana de este libro.

Lo primero que choca en la obra y dificulta la lectura, es la longitud de los cincuenta y ocho capítulos que la integran. Considerado el conjunto, ¡qué mole! Cada capítulo, a su vez, parece otra mole. Tienen éstos al frente larguísimos sumarios, que no aclaran el camino del lector, quien empieza por desecharlos. Faltan títulos generales a cada capítulo y subdivisiones y subtítulos que guíen al curioso, sirvan de descanso a los ojos y faciliten la lectura y la comprensión.

Yo me he permitido mejorar esta edición, agregando o introduciendo, en la parte material del libro, lo que faltaba a la edición oficial.

A cada capítulo di título general y le puse la fecha en que ocurre lo que allí se refiere. Esto, creo, facilita al investigador sus investigaciones.

Para evitar la pesadez abrumadora de cada capítulo, dividí cada capítulo

en cinco, seis, siete o más partes, según las materias de que tratase. A cada una de estas partes la señalé con números romanos y puse también subtítulos.

Hasta cada página, en vez de formar, como en la edición precedente, un bloque uniforme, lleva ahora frecuentes *alinéas*, para mayor claridad; y para mayor claridad, los documentos se imprimen en caracteres distintos al texto de la obra.

Por último, el nombre incoloro, insaboro e insexual de *Narración*, con que fueron bautizados los dos volúmenes de relaciones, lo substituí con el título que corresponde: *Bolívar y la emancipación de Sur-América*. Ahora sabrá a qué atenerse todo aquel en cuyas manos caiga la obra. Todo aquel a quien el asunto interese podrá ahora solicitar esta obra en donde, según indica con claridad el título, tal asunto se dilucida.⁴

Otra diferencia existe entre la edición oficial y la presente edición. Aquella, impresa en papel vil y con pésimo gusto tipográfico, era horrible. Esta no lo es. He realizado la edición a mis expensas, creyendo ser útil, en la modestia de mis medios, a O'Leary, a Bolívar, a mi patria, a los países de la antigua Colombia, a nuestra América en general, a España y a la Historia.

Salvo las deficiencias que apunto respecto a confección de la obra —deficiencias que se subsanan ahora—, creo que a la obra de O'Leary, tan sincera, tan proba y tan documentada, no puede oponérsele reparo alguno de cuenta, como lo sea la de haber O'Leary prescindido del Ecuador, al calcular la población de Colombia: él indicó, en efecto, 2.500.000 habitantes, que era el número de almas en Nueva Granada y Venezuela. Ecuador contaba 500.000. Lo que da a toda la República de la antigua Colombia una población de 3.000.000. Poco más o menos la población de toda la América inglesa en tiempo de Washington. La población de toda la América española en tiempo de Bolívar era cinco veces mayor: era de 15.000.000 de habitantes.

Los españoles, jueces de excepción en punto a apreciar lo equitativo, con respecto a la Península, de los historiadores de nuestra emancipación, piensan, como yo, que no pueden oponerse reparos de cuantía, desde el punto de vista español, a las *Memorias de O'Leary*. Por lo menos tal es el sentir de aquellos españoles con quienes yo cultivo relaciones de amistad y que pueden, por sus conocimientos especiales, opinar en semejante materia.

⁴Hice, además, corregir las pruebas de imprenta, desconfiando de mi competencia, por el Sr. D. Juan Pueyo, director de la Casa donde se imprime la obra y que goza de crédito como corrector. Los errores que haya, si los hay, a él se deberán. Le he encarecido que respete hasta las faltas de ortografía. Espero lo habrá hecho.

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

En el deseo la Casa *Editorial América* de publicar un libro lo más imparcial e interesante posible sobre la entrevista de Guayaquil entre los generales Bolívar y San Martín, nos ha parecido lo mejor, dado el carácter hasta cierto punto discrepante de los historiadores del Sur con los del Norte (de Hispanoamérica), en este punto concreto, el reproducir la versión de dos historiógrafos del Sur y la versión de dos historiógrafos del Norte.

Escogemos entre los del Sur a un argentino y a un chileno, y entre los del Norte a un venezolano y a un colombiano. Y para que se observe hasta dónde extremamos adrede la imparcialidad, fíjese el lector en que escogemos entre los historiadores del Sur, a Bartolomé Mitre, no sólo panegirista de San Martín, sino enemigo acérrimo y detractor de Bolívar, cuya figura ha descaracterizado; y escogemos entre los historiadores del Norte al venezolano Villanueva, a quien asimismo se le señala no sólo como escritor que nunca comprendió a Bolívar, sino como hombre de una idea sola, de una idea fija, a la cual ha sacrificado todo, hasta los más bellos rasgos de la personalidad del Libertador.

Tenemos absoluta fe en el buen juicio de los lectores. Por eso ni siquiera hemos querido poner notas que infirieran aseveraciones demasiado tendenciosas, por decir lo menos, de Villanueva y de Mitre. Pondremos algunos ejemplos de conceptos que hubieran podido destruirse con observación de cuatro palabras.

Villanueva, preocupado con su monomanía de que Bolívar no fue un sincero republicano, asienta que la mayor gloria del Libertador consiste “en no haberse puesto la corona de emperador de los Andes o de emperador de Colombia, que le ofrecieron sus tenientes en Caracas, Bogotá, Quito, Lima, Chuquisaca; y en Londres y París, las cancillerías de Jorge IV, Luis XVIII y Carlos X” (pág. 280.)

Según este concepto, la obra, la vida y el genio de Bolívar valen poco. Según este concepto, el genio está por debajo de la abnegación. Así, Washington, que no se coronó, valdría más que Bonaparte. Pero si analizamos el juicio de Villanueva, concluiremos, contra lo que él pretende, que Bolívar, cuyo genio —y no se habla sólo de Bolívar como guerrero— es, por lo menos, igual al de Bonaparte, tuvo también, por lo menos, la abnegación de Washington.

Para llegar a convenir en que Bolívar no quiso coronarse, ¿a qué el empeño de presentarlo, no como un hombre justa y naturalmente ambicioso, sino como un hombre de ambiciones vulgarísimas y desapoderadas? Sí: Bolívar fue un grande ambicioso, porque la ambición es necesaria e innata en quien tiene que realizar cosas epónimas sobre la tierra, como derrocar imperios, sacar un Continente con muchos millones de hombres de la esclavitud, fundar naciones e infundirles el espíritu de la libertad, que no tenían. Pero esta ambición del hombre convencido, como Bolívar, de la enormidad y trascendencia de la obra que está realizando y lega a los siglos pósteros, no puede confundirse, como hace Villanueva, con una vil ambición, con aquella ambición que no aparece movida por alto ideal, sino por apetitos rastreros de placer y mando. ¿Qué otra cosa sino este miserable sentimiento —contra el cual protesta la vida íntegra del Libertador y el más elemental análisis de su psicología—; qué otra cosa le atribuye Villanueva cuando asegura que hubiera sido virrey por España si España le brinda con el virreinato? Es decir, Bolívar queda convertido, según Villanueva, en misero postulante, en aspirador a empleos públicos. No; esa no era la ambición de Bolívar: su ambición era de otro género. Tan de otro linaje era, que ya mira y confiesa Villanueva cómo el Libertador no consintió en fundar una dinastía. “El destino de Libertador es más sublime que el trono”, dijo con orgullo. La ambición de Bolívar consistía en poder decir cosas semejantes; en considerarse superior a los reyes; en no consentir envolverse, como no consintió, en la púrpura y armiño de los monarcas; en ser un benefactor de la humanidad y mirar con desdén, desde la vertiginosa altura a que lo elevaron sus obras, “esas cuatro planchas cubiertas de carmesí, que llaman trono”, como expresó con frase resplandeciente de hermosura.⁵

⁵A los mil y un documentos del Libertador, desde el principio hasta el fin de su carrera, todos, sin faltar uno, impresos de ardiente amor a las instituciones republicanas que él fundó y sostuvo en América, puede agregarse el testimonio de los contemporáneos, aun de los menos adictos al fundador de la independencia. Así, hasta José María Obando, el asesino de Sucre; hasta Obando, el hombre más vil de Colombia; ¡a este antiguo guerrillero realista pasado a los patriotas y luego matador furtivo de sus antiguos conmlitones, cuando éstos se fiaban a la perfidia de aquel despiadado asesino; hasta este empedernido y siniestro Obando, cuyo nombre es la mancha más odiosa en la historia de la revolución, testifica, contra su voluntad, respecto al republicanismo del Libertador.

Según declaración del reo Morillo, cómplice de Obando en el asesinato del general Sucre, Obando, sin encontrar motivo que aducir para verter la sangre de aquel hombre inmaculado, resplandeciente de méritos y de virtudes, adujo que Sucre aspiraba a que el Libertador se coronase. Más tarde, el mismo Obando confesaba a sus jueces que

Para lograr su propósito de desvirtuar el género de ambición que movía a Bolívar, el historiador Villanueva no se para en pelillos. Así, pongo por caso, pinta al Libertador como a un farsante cuando éste asegura a San Martín, en Guayaquil, que no puede pasar al Perú sin permiso del Congreso de Colombia, y luego, cuando lo cree oportuno, "prescindirá de esta formalidad para pasar al Perú" (pág. 243.)

El cargo resulta sin fundamento. Las cosas ocurrieron de otro modo. No prescindió Bolívar del Congreso de Colombia. Esperó mucho tiempo aquel permiso. Bolívar urgía al Congreso y al Ejecutivo de Colombia; el Ejecutivo y el Congreso del Perú lo urgían a él; y Bolívar, impaciente, los ojos en el Océano Pacífico, permanecía en espera. Las probabilidades del éxito en la campaña del Perú dependían de la celeridad; la política interna del Perú se enmarañaba; los españoles se fortalecían, después de derrotar a los ejércitos patriotas; Bolívar estaba anheloso de pisar el antiguo imperio del Sol, donde iba a decidir los destinos de América... y, sin embargo, no prescindió del Congreso de Colombia y sus obstruccionistas dilaciones, apoyadas en la antipatía de algunos neogranadinos a la empresa peruana. Devorado por la inquietud estuvo esperando un año, todo un año. Era tanta su impaciencia, que una hora, sólo una hora, después que llegó el permiso del Congreso colombiano, se embarcó para el antiguo imperio de los Incas. Y no prescindió del Congreso colombiano, no sólo por respeto, sino por conveniencia política. ¿Cómo malponerse con los dirigentes y representantes del pueblo colombiano, cuando de ellos iba a necesitar en Perú? Colombia, en efecto, era su retaguardia en caso de fracasar; de Colombia debían llegarle auxilios para su arriesgada empresa en tierra extranjera. ¿Cómo prescindir, pues, del Congreso, máxime teniendo en él, como tenía, adversarios y malquerientes? ¿No se auguraba ya que su campaña del Perú iba a ser como la de Napoleón en Rusia?

Las cosas, repito, ocurrieron de otro modo de como las refiere el historiador Villanueva, con el deliberado propósito de pintar a Bolívar movido por una ambición distinta de la enorme ambición que en realidad lo movía.

En cuanto al historiador Mitre, es conocida su inquina contra el Libertador. No se trata ahora de impugnarlo, sino de indicar algunas de las tretas de que se vale en este interesante capítulo sobre la entrevista de Guayaquil. Por lo demás, repetimos, el lector juzgará.

cuando asesinó al Mariscal "ya no existía aquel proyecto de monarquía, que, si bien estuvo en la opinión de algunos colombianos, a él le constaba que el Libertador rechazó con indignación esta propuesta cuando se la hicieron en Popayán algunas personas notables de Bogotá".

(Declaración de Obando, en el proceso que se le siguió con motivo del asesinato del general Sucre. Véase ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI: *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, pág. 213, Editorial América, Madrid, 1917).

En Guayaquil se encuentran los dos héroes. Viene el uno del Sur, el otro del Norte. Ambos se proponen terminar la guerra de emancipación americana, teniendo el uno absoluta confianza en sí: viniendo el otro en busca de apoyo material. Ambos hasta entonces habían hecho la guerra; pero en circunstancias desemejantes: la guerra en Venezuela, Nueva Granada, y aun Ecuador, tuvo otro carácter que la guerra del Sur. En Argentina casi no se combatió. Ninguna de las grandes batallas o de las batallas decisivas de la libertad americana toma nombre de la geografía argentina. En Chile se combatió más. Pero en Chile bastaron a San Martín dos batallas para independizar el país. ¿Por qué?

Porque en el Sur no existían, avecindadas de atrás, las enormes masas de españoles que había en el Norte, mayormente en Venezuela, y que se declararon soldados de España, ya como gente de tropa y oficialidad, ya como caudillos improvisados de los campesinos venezolanos. Entre estos caudillos los hubo tan tremendos, que han ocupado, por sus crueldades y por su eficacia guerrera, resonante fama histórica. De ese número son, para no mencionar sino a los principales: Boves, que en dos años cortos de fechorías produjo ochenta mil víctimas en Venezuela; Morales, a quien el mismo Boves tildaba de sanguinario; Yáñez, Suazola, Antoñanzas, Rosete, y tantos otros del propio calibre moral y caudillesco.

San Martín nunca guerreó contra caudillos semejantes, que fueron, puede decirse, el mejor apoyo de España, por cuanto arrastraban a los ignaros campesinos y les infundían aliento heroico y reaccionario; los pueblos, en el Sur, no se sublevaron en masa contra sus libertadores, como los llaneros de Venezuela y los pastusos del virreinato granadino; la guerra no se hizo a muerte; ni una intensa lucha de principios políticos acompañó la lucha armada. Tampoco fueron a Chile ni Argentina las expediciones de tropas europeas que una y otra y otra vez arribaron a Venezuela. Osorio, el jefe a quien derrotó en Chile el ilustre San Martín, era un pobre hombre, de quien se burla con razón el historiador Mitre, y a quien el mismo San Martín despreció tanto que, cuando allegósele Osorio a entregarle la espada, el vencedor en Chacabuco y Maipo le dijo: "Guarde usted ese florete, que en ninguna mano es más inútil que en la suya." No era, pues, Osorio, que fue a Chile por favoritismo del virrey del Perú, un hombre de la talla de Boves, ni del general Ceballos, ni del general La Torre, ni menos de Morillo, héroe auténtico de la guerra de Independencia española, que llevaba frescos a América sus laureles de la toma de Vigo y del paso del Bidasoa tras los mariscales y ejércitos, vencidos, de Napoleón.

San Martín trae en su haber militar dos batallas ganadas y un combate, no contra tropas europeas, sino, principalmente, contra las tropas de indígenas peruanos enviadas por el virrey desde Lima; Bolívar, después de haber sometido en años de cruda guerra los propios pueblos a quienes venía imponiendo la independencia, destruyó escuadras y tropas europeas

en múltiples batallas de transcendencia continental y repercusión en todo el universo.⁶

Desde el punto de vista político, la diferencia entre la obra de uno y otro general era aún mayor. Bolívar impone —esa es la palabra—, desde el principio de su carrera, la República; San Martín pacta, primero, con el virrey Pezuela, un plan monárquico, y envía luego a Europa a Paroissien y a García del Río, para que traigan príncipes extranjeros. El uno, como hoy advertimos por sus obras escritas —discursos, comentarios, artículos, constituciones—, era un genio político; el otro no era sino un soldado eminente.

Ambos héroes se encuentran en Guayaquil. ¿Qué ocurre? El hombre de genio, el hombre de prestigio a quien los ejércitos rendían culto idolátrico, “el hombre de las dificultades”, como él mismo se llamó, triunfa sobre el ilustre capitán, a quien la revuelta política peruana trae desquiciado y sin apoyo en la opinión; a cuyas tropas acaban de derrotar los realistas en Ica; a quien su propio ejército malquiere y discute, y a quien, para imponerse a sus mismos generales, incluso a Las Heras, jefe de Estado Mayor, le falta, según confesó a Guido, “el valor de fusilar a alguno de ellos”.

¿Qué fue la entrevista de Guayaquil para Bolívar? Un episodio más de su vida. ¿Qué fue para San Martín? Su desaparición de la escena política, el término de su carrera pública.

“San Martín —dice Mitre— se lanzó a la aventura de su entrevista con el Libertador que debía decidir de su destino, paralizando su carrera” (pág. 163), y agrega: “San Martín, que no tenía el resorte de la ambición personal, si la tuvo por acaso al provocar la Conferencia, adjudicándose el papel de árbitro, se destempló al chocar con aquella voluntad férrea encarnada en un hombre que lo consideraba como un obstáculo a la expansión de su genio atrevido...” (pág. 164).

Independientemente de Bolívar, la situación de San Martín, en realidad, era difícil.

Sin apoyo en la opinión pública del Perú, donde se le hizo una revolución mientras conferenciaba con Bolívar, y se depuso y expulsó a Montegudo, ministro, confidente, mentor de San Martín y verdadero dictador del Perú; sin apoyo en el Ejército, cuyos más brillantes oficiales, como Las Heras, Necochea, Enrique Martínez, etc., lo abandonaron; sin apoyo en la Escuadra, cuyo almirante, Cochrane, se llevó los barcos a Chile, desconociendo a San Martín y cubriéndolo de agravios que aún resuenan en las célebres *Memorias de lord Cochrane*, tampoco contaba San Martín, por entonces, con el apoyo más valioso para él: el apoyo de Chile. Este país se quejaba de la impolítica conducta del general con el pueblo que sufragó en primer término los gastos de la expedición a la costa peruana.

Y si carecía de apoyo en su propio ejército, en la Escuadra, en la opinión

⁶Con sobra de razón recuerda el historiador chileno Barros Arana que mientras el nombre de Bolívar fue, desde temprano, popular en Europa —símbolo de la independencia americana—, nadie conocía los nombres de San Martín, O'Higgins, Páez y otros capitanes del Nuevo Mundo.

pública del Perú y en el sentimiento nacional de Chile, menos podía contar con la Argentina. En la Argentina, en efecto, se le tildaba entonces de traidor por no haber acudido al llamamiento del Gobierno y del país —estando al frente de tropas de ese país, confiadas por ese Gobierno—, y no haber obedecido al llamamiento de su patria, sino partido con las tropas a tierra extranjera, en momentos en que la Argentina se vio en la mayor angustia, creyéndose amenazada por una expedición española contra el Río de la Plata. Por fortuna para el Río de la Plata, esa expedición se dirigió, como tantas otras, contra Venezuela, porque España no tenía los ojos fijos sino en Bolívar, y no quería destruir principalmente sino al Libertador, desentendiéndose casi de los demás generales y caudillos insurrectos, al punto de que a las Provincias del Plata sólo llegaron de Europa, durante toda la guerra de emancipación, dos mil soldados (2.000). Se quejaban, además, las Provincias Unidas de que San Martín, al llegar a Chile, proscribió del Ejército el pabellón argentino, como se quejaba Chile de que hubiera proscrito el pabellón chileno al llegar al Perú.

A San Martín, en su lamentable situación, no le quedaba sino correr a echarse en brazos del Libertador. Así lo hizo.

¿Cuál era el programa político y militar de San Martín cuando se presentó en Guayaquil a conferenciar con el Libertador? El historiador Ernesto de la Cruz y el historiador Mitre lo precisan con claridad. Quería, recordemos, traer a América reyes europeos, y solicitaba la anuencia de Bolívar, no porque la necesitase, sino para identificar miras; quería que Guayaquil, en vez de permanecer siendo parte integrante del Ecuador, se adjudicase a Perú; quería que Bolívar le cediese el ejército de Colombia para combatir fuera del territorio nacional.

Los mencionados historiadores consideran en lo que valen, desde el punto de vista de la diplomacia y la política, las pretensiones de San Martín. A las propias páginas de Mitre remitimos al lector.⁷

⁷Un contemporáneo, gran escritor y habilísimo diplomático, que no era nativo de la América del Sur, sino de Centroamérica, el guatemalteco Irisarri, quien no conoció personalmente a Bolívar, ni fue su empleado, y sí conoció mucho en Chile, donde prestó servicios de cuenta, al general San Martín, a quien admira, deja escritas, a este respecto, en una obra de primera importancia, sesudas frases. Después de reconocer en San Martín excelentes cualidades militares que, en efecto, poseía aquel grande hombre; después de llamarlo, con justicia, "cauto, astuto, perspicaz, activo, infatigable", agrega:

"Pero con toda esta habilidad, no era San Martín el que debía destruir el poder español en el Perú, porque todas las empresas tienen su hombre que las principie y su hombre que las termine, y porque el hábil táctico, el diestro estratégico, no es muchas veces el organizador de las fuerzas que deben vencer, ni el hombre capaz de superar los obstáculos de otro género, como el que opone la desmoralización de un ejército que perdió su disciplina. San Martín se conocía bien y no se hallaba capaz de vencer con aquellas tropas ni con las dificultades que le oponían los celos de los mismos peruanos a quienes fue a libertar".

(ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI: *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, pág. 74; edición de la Editorial América, Madrid, 1917).

A San Martín, dada su situación en Perú, Chile, Buenos Aires; después de la partida de Cochrane con la escuadra, y de la insubordinación del ejército chileno-argentino, que asistió mudo a la deposición de Monteagudo; después de la revolución de Lima y el fracaso de Guayaquil, no le quedó más camino que separarse del mando, del ejército, de América, y voluntaria, discreta, noble, abnegadamente se separó. "Fue un acto impuesto por la necesidad", confiesa el general Mitre en otro capítulo de su historia americana.⁸

En torno de la separación del gran soldado argentino se ha fraguado posteriormente una leyenda, considerándola, no en Chile, no en Perú, no en Colombia, no en Ecuador, no en Venezuela, no en España, sino en la República Argentina, ciertos historiadores de la escuela de Mitre —que son casi todos— como un acto sublime de abnegación ante la intransigencia de Bolívar. Abnegación hubo ciertamente —y negarlo sería mengua—, por cuanto no le faltarían a San Martín, a pesar de todo, seguidores y adeptos, aun para realizar obscuras tramoyas. Estas obscuras tramoyas no le pasaron por la mente: él no era un chafarote concupiscente, sino un hombre eminente de veras. Pero los historiadores de Buenos Aires han tergiversado las cosas, complicándolas. Según tales historiadores, Bolívar debió entregar íntegro su

⁸Como el general Mitre incurre tan a menudo en contradicciones, nos tropezamos aquí con una que nos cierra el paso: aunque reconoce en varios pasajes de su biografía de San Martín que el ejército de éste no estaba de acuerdo con su general, que se había deshecho el nudo de la disciplina, y hasta recuerda las palabras de San Martín a Guido: "Me falta valor para fusilar a alguno", refiriéndose a sus oficiales; aunque escribe en el mismo capítulo sobre la Entrevista, que San Martín dejó la puerta abierta "para que el Libertador avanzase con su poderoso ejército triunfante y diese el golpe mortal a la dominación española en la América del Sur" (pág. 190), dice también cosas contrarias; a saber: que las tropas de Bolívar, "el poderoso ejército triunfante", eran una montonera, y que las tropas de San Martín en el Perú eran un modelo de disciplina. La contradicción es flagrante.

Leamos al historiador bonaerense:

"Su porte y su correcta disciplina (*de las tropas de San Martín*) llamaron su atención (*a Bolívar*), especialmente los granaderos a caballo, argentinos, que rivalizaban con los llaneros de Venezuela, y a los que confirió, en recuerdo de su reciente hazaña, el título de "Granaderos de Río-Bamba". Tan valientes como fueron sus soldados, probados en veinte batallas ganadas o perdidas, pero siempre bien peleadas, eran una montonera al lado de los del libertador del Sur" (pág. 173). Sin embargo, esas montoneras de Venezuela fueron el agente primordial con que se obtuvo la independencia de Sudamérica; a esas montoneras se las encuentra en casi todos los campos de batalla de América, desde el mar de las Antillas hasta el Río de la Plata inclusive, donde los llaneros venezolanos del comandante Matute quitaron y pusieron gobiernos, dieron y ganaron combates y no vinieron a dejar de ser un peligro sino cuando, ya diezmadados por la guerra, perecieron todos, hasta el último, combatiendo contra el célebre bandido Facundo, inmortalizado por la pluma de Sarmiento. El recuerdo de esos venezolanos será imperecedero en las provincias nórdicas del Plata. Por desgracia, la indisciplina del ejército de San Martín no era una invención: esas tropas de infantería argentina, con el sargento Moyano como símbolo, terminaron por entregar las fortalezas del Callao a los españoles; fortalezas reconquistadas a éstos, años más tarde, por el general Bartolomé Salom, un venezolano; y muchísimos de esos famosos granaderos de San Martín concluyeron por pasarse a los españoles y pelear contra las tropas de la libertad en Junín y Ayacucho.

Y conste que no queremos ahora hacer rectificaciones substanciales y volver radicalmente por los fueros de la verdad. No se trata de dos nacionalismos en pugna, el de Argentina y el de Venezuela; se trata de meros esclarecimientos históricos. La mentira y la falsedad no deben prevalecer.

ejército —que era el tesoro de Colombia y la garantía de la independencia americana— al general San Martín. Aparte de lo antihumano de tal exigencia a un general triunfador, existe lo antipolítico de la petición. ¿Cómo entregar un ejército extranjero, victorioso, a un general que no ha sabido conservar la unidad de su propio ejército, y que no supo destruir al enemigo, a pesar de los recursos de tan opulento país como Perú? No falta ahora quien afirme que San Martín se sacrificó para evitar una guerra civil americana, al frente de los españoles, entre sus tropas y las tropas del Libertador. De aquí a despedazar la memoria de Bolívar no hay más que un paso; ese paso lo han dado, en múltiples ocasiones, los modernos historiadores de la Argentina.

El propio Mitre ha quedado ya muy atrás de sus discípulos en punto a detractación de Bolívar. Trata, sin embargo, en su estudio sobre la Entrevista, no sólo de despertar el odio argentino contra el Libertador, sino de rebajar el triunfo diplomático y político de Bolívar en Guayaquil. Esto no lo censuramos. Es un comprensible, aunque extraviado, sentimiento de patriotismo. Es la explosión, aunque, a la verdad, moderada, de un espíritu en que los afectos están por encima de la justicia. Contentémonos con saber que a Bolívar, por una razón u otra, se debe la terminación de la guerra en el Perú, y que en el Perú quedó sellada definitivamente por Bolívar y Sucre, con las tropas reunidas de toda la América del Sur, no sólo la independencia del Perú y Bolivia, sino la independencia del Ecuador, la independencia de Argentina y la independencia de Chile.

Tratar de sembrar el odio argentino, he dicho, contra el Libertador. ¿Qué otra cosa significa el recoger y patrocinar obscuras consejas de oscuros oficiales o de anónimos y estúpidos maldicientes? Tales consejas, prohijadas por Mitre, revelan la triste mentalidad de aquellos forjadores de patrañas absurdas. De este número es aquel brindis que se pone en boca de Bolívar: *No tardará mucho el día en que pasearé el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino*. Bolívar en Guayaquil el año 1822, ¡qué iba a estar pensando en Argentina como tierra de conquista! Argentina era una de las naciones más beneméritas de América; y como nación americana en lucha por la independencia, su colaboradora. Si dijo que llevaría sus banderas hasta el suelo argentino, como dijo que las llevaría hasta el suelo del Perú, es en el sentido de cooperación a la emancipación de la hermana República. Más tarde, cuando seccionó las Provincias norteañas de aquel inmenso virreinato y con la mitad norte de aquella nación fundó la actual República de Bolivia, no lo hizo sin la anuencia del Congreso argentino. Por último, se preocupó hondamente por Argentina y no como conquistador, sino como aliado y amigo, cuando la oposición primero, y luego el propio Gobierno nacional de las Provincias Unidas, lo llamaron en 1825 para que se pusiera al frente de las bravísimas tropas de Argentina, en una coalición de potencias contra el imperio del Brasil, detentador de Montevideo.

Si no se realizó la empresa, fue por oposición del Vicepresidente Santander que la obstaculizó, negando la escuadra de Colombia, nuevas tropas

colombianas e impidiendo el permiso del Congreso al Libertador. Esa es la verdad histórica. Los documentos que la prueban son conocidos de sobra. Además, nadie la niega.

De otras fábulas, aún más tontas e inverosímiles, se vale Mitre para que Bolívar aparezca en ocasiones como un aturdido o un inconsciente, sin advertir que si Bolívar resulta un majadero, ¿con qué microscopio habría que descubrir a sus émulos?

Reténgase, porque vale un Potosí, la relación que va a transcribirse.

Nos encontramos en Guayaquil, en un banquete dado probablemente por Bolívar, general triunfador y presidente de Colombia, o tal vez dado en su obsequio. El Libertador está en la plenitud de la gloria y en la plenitud del poder. Ambos mundos le rinden homenaje. O'Connell, el caudillo y patriota de Irlanda, le manda a su hijo; la familia de Kosciuszko, el héroe de Polonia, ve desprenderse de su seno a un sobrino del gran polaco, que corre a aprender, a la sombra de Bolívar, cómo se libentan naciones; un oficial de la Marina de guerra de los Estados Unidos que lo visita, escribe: "Es el más grande de los hombres vivos". París da a la moda el nombre del Libertador; Inglaterra le manda ocho mil de sus soldados; los mismos españoles —por boca del general Morillo— han dicho: "El es la Revolución". Los pueblos lo reverencian en Venezuela, Nueva Granada, Ecuador. El Perú le pide apoyo. Ha pronunciado ya aquel hombre palabras definitivas; algunas de las más bellas y trascendentes que han salido de labios humanos. Llega, imponiendo la libertad, y fundando pueblos, desde el Atlántico hasta el Pacífico. Ha cruzado los montes como Aníbal; emancipado a su Patria como Washington; vencido a los extranjeros invasores como Escipión; dictado leyes como Licurgo; gobernado una democracia como Pericles. Es el Libertador. Es el único hombre en toda la historia universal a quien los congresos, los pueblos (y más tarde la Historia) saludan y reconocen con ese título insigne: el Libertador. Se le oye como a un oráculo. Nadie osa contradecirlo. "Era más que un rey", dice Mitre (pág. 192). También asegura: "Era el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos" (172).

Admírese ahora la escena del banquete:

"Tocóle (*al Libertador*) tener a su frente al coronel argentino Manuel Rojas, secretario de la Legación peruana. Rojas lo miraba de hito en hito, como si quisiese penetrarlo. Encontrándose por acaso sus miradas, *el Libertador bajó los ojos*. Repitiéndose el hecho por segunda vez, le preguntó con ceño:

—¿Quién es usted?

—Manuel Rojas—contestó apaciblemente el interpelado.

—¿Qué graduación tiene Ud?

—Coronel—replicó Rojas, inclinando el hombro izquierdo y mostrando la pala de su charretera.

—¿De qué país es usted?

—Tengo el honor de ser de Buenos Aires —dijo, poniéndose las manos sobre las medallas argentinas que llevaba en el pecho.

—Bien se conoce por el aire altanero que representa.

—Es un aire propio de hombres libres—repuso, por último, el argentino, inclinándose.

Aquí terminó este singular diálogo. Ambos interlocutores bajaron la cabeza. Todos permanecieron en silencio. Un frío glacial circuló por toda la concurrencia". (Pág. 175).

Mitre, contemporáneo de la novela y la historia románticas, resulta para el gusto moderno bastante *démodé*. De escribir novelas, sería tan pésimo novelista como historiógrafo, por cuanto ignora el arte de copiar la realidad o de suponerla.

Todo, en la anterior escena, resulta de absurdidad evidente.

O Bolívar daba el banquete en su casa y debía conocer a quien sentaba en su mesa, o asistía a un obsequio y no le iban a poner al frente, en sitio de honor, a un desconocido desagradable. Inútil, pues, preguntar al hombre quién era. Más inútil aún preguntarle el grado; si el sujeto iba con charreteras, bien pudo el general Bolívar conocer qué grado militar tenía, a menos que sufriera en aquel momento un ataque de amnesia. Inútil asimismo preguntarle al oficial Rojas su nacionalidad, conociendo, como debemos suponer conocería el Libertador, el uniforme de los distintos cuerpos y de los distintos países, máxime si sobre el uniforme brillaban eloquentes condecoraciones nacionales.

¿Cómo imaginarse, además, que a un hombre del carácter cesáreo de Bolívar, a un hombre que "era más que un rey", lo mirase con descaro y le hablase con insolencia un oscuro oficial?

En cuanto a la respuesta del Libertador sobre la arrogancia del carácter argentino, ¿cómo considerarla sino fábula? El sabía del carácter argentino, los sacrificios que había hecho por la libertad. El no podía tener sino aplausos particulares para los héroes argentinos, como los consignó siempre públicamente. Sobre el carácter nacional de aquel país y los servicios argentinos a la causa común dejó páginas de ardiente entusiasmo. A su lado se iban a cubrir de gloria Lavalle y Necochea. De los argentinos escribe: "Son acreedores a la más espléndida gloria". El ímprobo mulato Rivadavia fue su opositor; pero también lo fue de San Martín. Además, opositores tuvo el Libertador en todas partes; y es natural que una personalidad absorbente y descollante suscite oposiciones. Nadie es onza de oro para que todos lo quieran. Pero no hay que tergiversar ni la verdad ni la historia. Bolívar no debía sino gratitud y estimación a los hijos del Plata. El más grande de los argentinos, el general San Martín, había corrido en su busca desde Lima, donde era jefe del Estado, hasta la tierra colombiana de Guayaquil, para ofrecerle, según confiesa el propio San Martín, servir a sus órdenes. Este sacrificio heroico, en beneficio de América, América no lo ha olvidado.

Fantasías del jaez de esa del banquete, paparruchas que no se sostienen en pie, cuenta Mitre a millaradas en sus historias. De ese género resulta —sin salirnos del capítulo sobre la entrevista de Guayaquil— cierta pintura de un baile guayaquileño. "Bolívar se entregó con juvenil ardor a

los placeres del vals". "San Martín permanecía frío espectador, sin tomar parte en la animación general, observándolo todo con circunspección". Todo ello es muy probable, o casi seguro, dado el carácter de uno y otro personaje y la distinta disposición de ánimo en que debían encontrarse ambos: el uno que ve cerrarse ante sí la carrera pública; el otro que asiste al reencendimiento de su estrella. Lo que parece ya improbable es la pintura de la fiesta. "El baile fue asumiendo la apariencia de una reunión de campamento llanero, por la poca compostura de la oficialidad del Libertador, que a veces corregía él con palabras crudas y ademanes bruscos, que imprimían a la escena un carácter algo grotesco". (Pág. 181).

Agrega Mitre que San Martín, en un momento preciso, dijo: "Vamos, no puedo soportar este bullicio". Y partió a embarcarse para regresar al Perú, mientras el Libertador continuaba entregado "con juvenil ardor a los placeres del vals". El propio San Martín contradice esta vez, como otras, a su panegirista. En carta del 19 de abril de 1827, desde Bruselas, escribe San Martín a Miller lo siguiente: "A las dos de la mañana me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote". (Pág. 124).

Lo grotesco no es sólo la escena imaginaria de aquel baile como lo pinta Mitre, sino también el que se adultere hasta ese punto la Historia, como si la Historia fuera campo de experimentación para todas las patrañas; lo grotesco es que se trate de desvirtuar con tales rasgos el carácter del hombre que llena un Continente íntegro con su recuerdo. El gran señor que fue siempre Bolívar en su vida privada puede traslucirse, para los que no tengan otros datos —las *Memorias* del inglés O'Leary, o el *Diario de Bucaramanga*, del francés Perú de La Croix, libro este último donde se pinta día a día la vida cotidiana y los pensamientos íntimos del Libertador— en las Memorias de todos los americanos que lo sirvieron y de todos los europeos que estuvieron en su contacto; principalmente los comisionados secretos que enviaban las Potencias para conocer la realidad de América y los agentes consulares de las distintas naciones de Europa que comunicaban datos íntimos a sus respectivos gobiernos. Puede examinarse y cotejarse esta correspondencia de distintas personas, agentes de distintas potencias, con intereses distintos en distintas naciones americanas y en distintas épocas de la vida de Bolívar. Todos coinciden: Bolívar, sobre grande hombre, gran señor. Lo era, en efecto, por su origen, por su educación y por su carácter.

Se pensará, y aun dirá, que semejantes minucias carecen de importancia y no valen la pena de ser rebatidas. Es verdad: esas minucias carecen, según parece, de importancia; la tienen, sin embargo, enorme, porque falsean el carácter del héroe. Dos y dos son cuatro. Parecería no tener importancia el que alguien creyese y dijese que dos y dos son cinco. Si ese error, sin embargo, se tomase como base, las Matemáticas vendrían a tierra. Lo mismo ocurre en Psicología: un rasgo que lo falsee, desvirtúa la unidad del carácter.

Mitre no inventa tales aseveraciones, no sólo calumniosas, sino tontas. No las inventa; se contenta con prohibirlas, a sabiendas de que no corresponden a la expresión de la verdad. Esas y otras invenciones por el estilo corrieron un tiempo muy válidas por los pueblos del Sur. Iban en cartas de oficiales subalternos de Buenos Aires que, desechados por su separación del Ejército —voluntaria o no—, se desquitaban de aquella suerte. Otros, sinceros adictos de San Martín, creían vengar así la separación del general. Alguno hasta escribió que Bolívar bailaba de pantuflos encarnados. Y no faltó quien pusiera en boca del caraqueño discursos o brindis estúpidos. De ese número es aquel brindis que le atribuyó el oficial Espejo, y que Mitre y Villanueva recogen: *"Por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo."* Con razón dijo el tradicionalista peruano Ricardo Palma, malqueriente de Bolívar, pero hombre de síndéresis, que a Espejo se le había trastornado la memoria, que Bolívar no pudo romper en tan necia exclamación "porque Bolívar no era tonto de capirote". En efecto: esas palabras revelan, no la mentalidad del Libertador, sino la del pobre Espejo.⁹

Las ideas respecto a Bolívar en la República Argentina han estado, desde comienzos del siglo XIX hasta estos comienzos del siglo XX, en constante evolución. Aún no ha cristalizado allí un criterio histórico determinado. Al lado de los detractores no falta quien salga a la palestra en pro de la Justicia. Y últimamente hasta se ha escrito: "Simón Bolívar, héroe argentino". Cuando la opinión definitiva cristalice, como cristalizará un día, será curioso escribir la historia de esa evolución ideológica; pero desde ahora debe avanzarse que los hombres de mayor figuración en tiempos de la independencia, desde Alvear hasta Dorrego y desde el Deán Funes hasta el doctor Díaz Vélez, fueron admiradores de Bolívar; y que algo semejante ha ocurrido a los pósteros: desde Alberdi hasta Ugarte, y desde Sáenz Peña hasta Alfredo Palacios, pasando por Ricardo Rojas y Arturo Capdevila, los espíritus más libres y los cerebros más claros no han coreado el denuesto de los engegucidos, sino rinden al Libertador la justicia que nace de la comprensión y se traduce en respeto.

Entretanto recordemos que Washington, San Martín, Sucre y Bolívar, aunque de valor intrínseco diferente, son las cuatro figuras representativas de las dos razas que conviven en América, y que los tres primeros resisten entre sí el parangón, mientras que Bolívar, aunque posee rasgos comunes con cualquiera de los tres, pertenece a otra familia de espíritus y a otro linaje de héroes. Tal es el fallo, casi unánime, de nuestra época sobre las cuatro figuras continentales.

⁹Tan absurdo resulta aquello para quien posea cabal noción de Bolívar, de su genio y de la conciencia clara que de su genio tuvo, que parecería inútil refutarlo, aunque no se conociese su falsedad y el mediocre cerebro que lo inventó. Hasta los críticos más distantes, en cuanto penetran un poco al Libertador, comprenden lo imposible de aquella ingenuidad y la atribuyen a ironía. Eso ha hecho, por ejemplo, Waldo Frank en su obra magnífica sobre la América del Sur. Pero, tampoco hubo malevolencia en la frase de Bolívar porque esa frase atribuida al Libertador fue invención tonta de un hombre tonto.

VIDA DE BOLIVAR, POR FELIPE LARRAZABAL

Don Felipe Larrazábal fue uno de los hombres más altivos y eminentes de su época.

Hombre de prensa, redactó, en Caracas, el diario opositorista *El Patriota*. Hombre de principios políticos generosos, fue uno de los fundadores del partido liberal en su país, en lucha contra el partido conservador, que gobernaba desde el nacimiento de la República.

Hombre de Estado, contribuyó, en primer término, a la emancipación de los negros esclavos, que realizó Venezuela mucho antes que los Estados Unidos y sin sostener, como los Estados Unidos, una cruenta guerra para que los negros continuasen en servidumbre; una guerra por la esclavitud.

Hombre de ciencia, fue profesor de Derecho político en la Universidad de Caracas y autor de los *Elementos de la Ciencia Constitucional*. Hombre de humanidades, bebió directamente en las fuentes griega y latina. Polígloto, conoció de entre las lenguas muertas el latín y el griego; y entre las lenguas vivas el francés, el inglés, el italiano, etc. Hombre de pluma, dejó obras maestras en lengua castellana. Jamás dobló la cerviz. Vivió y murió pobre. Tuvo aquella virtud que señalaba Carlyle: la de saber admirar a uno más grande que nosotros.

Pereció en el naufragio de *La Ville du Havre* (1873) entre los Estados Unidos y Francia. Con él se fueron al fondo de los mares tres mil cartas, muchas inéditas, de Bolívar, que con inteligente diligencia recopilara, y una *Vida de Sucre*. Tanto la correspondencia del Libertador, como la biografía del Mariscal de Ayacucho, de la cual era autor, las iba a dar a la estampa en París.

Había nacido en Caracas en 1816. Tenía cincuenta y siete años cuando murió.

EL ESPIRITU DEL BIOGRAFO Y LA EPOCA EN QUE APARECIO EL LIBRO

Don Felipe Larrazábal publicó su *Vida de Bolívar* en Nueva York el año de 1865; pero el prólogo lo firma en Caracas en mayo de 1863, lo que supone que para 1863 ya la obra estaba concluida. Obra semejante no se improvisa. Para prepararla se necesita nutrida documentación, compulsión de datos, varía lectura pertinente, y previa asimilación de lo leído ya en manuscritos, ya en obras estampadas, tanto para penetrar la psicología del personaje que se estudia, como la época en la que ese personaje figuró y va a aparecer actuando. Por consiguiente, podemos fijar, sin temor de equivocarnos, que la *Vida de Bolívar* por Larrazábal se concibió o, por lo menos, se preparó y escribió entre 1850 y 1862.

El fijar fecha es esencial para conocer y explicarnos el carácter de la obra.

Esencial es, también, conocer el espíritu del biógrafo.

Liberal por instinto, entusiasta por temperamento y amante de la libertad, viviendo en pueblo donde todavía imperaba, o poco menos, el romanticismo filosófico-político de Rousseau; contemporáneo el biógrafo del romanticismo literario de la escuela de Chateaubriand, y testigo del romanticismo político que culminó en Europa el año de 1848, don Felipe Larrazábal fue un espíritu romántico, enamorado de la libertad, de la literatura y de los héroes románticos. Por fortuna se templó ese romanticismo en el espíritu de Larrazábal con una rigurosa cultura clásica, abrevada en las mejores fuentes griegas y latinas, con una preparación básica de estudios jurídicos, con aquella ponderación que ha menester un profesor universitario ante conciencias que va a dirigir y por las cuales también va a ser juzgado, con la realidad a flor de tierra a que habitúa el diario afán de la política.

Tenemos, pues, que la *Vida de Bolívar*, por Felipe Larrazábal surge a luz a promedios del siglo XIX, cuando la historia era aún considerada, en América y Europa, mero arte literario; y tenemos que fue obra de hombre fogoso, de un liberal romántico temperado por la disciplina jurídica, por estudios de literatura clásica y por las realidades políticas del día.

LOS LUNARES DE LA BIOGRAFIA

Conociendo, aunque de modo somero, el espíritu del biógrafo y la época en que apareció la *Vida de Bolívar*, no extrañaremos los defectos de que pudo adolecer tal biografía, en medio de su hermosura inquestionable y de su utilidad indiscutida. Y a esa utilidad y a esa hermosura débese el que la *Vida de Bolívar* por Felipe Larrazábal haya servido —aunque no exclusivamente— a varias generaciones americanas, desde 1865 hasta nues-

tros días y al través de múltiples ediciones, para conocer y estudiar al Libertador.

Algunos defectos capitales pueden señalarse en la obra de Larrazábal: primero, que el biógrafo presenta a un héroe político siempre de patada, ya en el campamento, ya en los congresos, ya en el bufete, y nunca al hombre de todos los días, al señor que se desayuna, almuerza, come, se purga, se cansa, se fastidia, hace el amor a una mujer o a dos, da una limosna al mendigo, da una patada al sirviente y se lava en paños menores o lleva un pañuelo amarrado a la cabeza, como Chateaubriand cuando lo visitó, por vez primera, Víctor Hugo, o como se lo amarró el mismo Bolívar en Pativilca, convaleciente de la fiebre cerebral, tabardillo o lo que fuera, que lo puso entonces en trance de peligro.

En este sentido, complementan la obra de Larrazábal —y le son superiores— las *Memorias* del general O'Leary (irlandés) y el *Diario de Bucaramanga*, por Perú de la Croix (francés).

Otro defecto primordial de esta *Vida de Bolívar* es la indeclinable admiración hacia el biografiado y el estilo a veces altisonante hasta el exceso, en que esa admiración se traduce. Añádase que Larrazábal no era militar y no sabe dar relieve sino con adjetivos a las campañas del Libertador, maravillosas algunas de ellas; y que hechos que hoy consideramos de primer orden y reveladores de una superior inteligencia, como los trabajos para comunicar el Pacífico con el Atlántico por Panamá; el tratado sobre regularización de la guerra en 1820; la teoría y conservación del *uti possidetis juris* de 1810, como principio de derecho posesional para los Estados americanos; la institución del arbitraje para dirimir diferencias internacionales y su consagración en tratados públicos desde 1822; toda la larga obra legislativa y civilizadora de Bolívar; su diplomacia, ya con las naciones de Europa, ya con las de América; su afán por la instrucción pública y lo que hizo, en medio continente, en este sentido: desde la apertura de escuelas de primeras letras hasta la organización científica de las Universidades, desde la importación de pedagogos y sabios extranjeros hasta la creación de las primeras Escuelas Normales que se establecieron en el Nuevo Mundo, sin excluir a los Estados Unidos,¹⁰ no le merezcan mucha atención.

El estudio psicológico de Bolívar también escapa, en cierto modo y como obra de conjunto, a Larrazábal. Escápasele igualmente, hasta cierto punto, el análisis de las ideas políticas del Libertador; la evolución paulatina y cronológica de sus ideas constitucionales.

No apunta, con perspicacia y detenimiento, la influencia del medio social sobre Bolívar ni la reacción de Bolívar sobre la sociedad de su época, aunque todo ello se desprenda, para los que sepan ver, de la nutrida bio-

¹⁰En la década inicial del siglo XIX creó Francia sus primeras Escuelas Normales; Bolívar las estableció en el Perú cuando fue jefe de aquel Estado. Luego se introdujeron en los Estados Unidos; poco después en Argentina.

grafía. Tampoco estudia lo que Bolívar deba a la herencia; cómo pudo obrar en los abuelos españoles de Bolívar el cambio del medio europeo al país tropical de América, ni cómo fueron transmitiéndose tal vez de una a otra generación, en lucha con los indios, con las fiebres palúdicas, con el calor, con la selva, factores mórbidos adquiridos, ni cómo termina la rama americana de una familia varias veces secular en un degenerado superior, en un genio como fue Bolívar.

En cuanto a la geografía de los países que sirvieron de teatro a la acción del héroe —acción que se desenvolvió y tuvo consecuencias, ya seculares, en teatro más vasto que el de ningún otro capitán de la historia, muchos grados al Norte y muchos grados al Sur del ecuador terrestre—; y en cuanto al estado social, político, económico, etnográfico de la América Española para la época en que apareció Bolívar, el lector queda casi ayuno. También se queda ayuno respecto a la marcha económica de la revolución y a las ideas filosóficas de los principales corifeos. De algunas de estas cuestiones, el biógrafo no se ocupa; otras pasan a segundo plano; otras se esfuman a veces en lejanas perspectivas.

Tacha de mucha cuenta en la obra de Larrazábal consiste en que el historiador no estudia con la minuciosidad que se debe en una biografía de Bolívar, que llenó con su acción todo el continente, el proceso de la revolución en el extremo Sur de América, ni precisa el género de relaciones entre Bolívar, por una parte, y Chile y Argentina, por la otra. Parece, leyendo la obra de Larrazábal, que la América y la influencia de Bolívar terminan en Perú. Cuando surge el general San Martín en la escena de Guayaquil, nadie que no sea de América y conozca la historia del continente bolivariano sabe con precisión lo que representa y vale el héroe del Sur. Nadie se da cuenta clara de por qué se retira San Martín y quedan entonces, desde 1822, la revolución del Sur, representada por San Martín, y la revolución del Norte, representada por Bolívar, unidas estrechamente, en territorio de ambos Perú y en aguas del Pacífico, bajo la dirección única del Libertador. Allí quedó, sin embargo, Bolívar al frente del Ejército unido de Sudamérica hasta obtenerse el triunfo definitivo de América en Junín con la derrota de Canterac (6 de agosto de 1824), en Ayacucho (9 de diciembre de 1824), con la prisión y embarque del último virrey de España, en el lugar de Tumusla (1º de abril de 1825), con la muerte de Olañeta, el dominador de las cuatro provincias argentinas del Norte, en Callao con la rendición del bravísimo general Rodil —postrer campeón de España en América— y la entrega de las fortalezas a las tropas del Libertador (23 de enero de 1826).

La obra de Larrazábal ha sido deficiente en este punto. El historiógrafo se reduce a cubrir con vaguedades y flores de retórica la falta de precisión en lo que se refiere al proceso de la revolución del Sur y hasta a las relaciones del Libertador con Chile y Argentina. Y si Larrazábal no precisa la actuación de Bolívar dentro del grupo íntegro de naciones ameri-

canas, menos indica con puntualidad todos los nexos de la revolución de América con la revolución y la política de los Estados Unidos, ni con el movimiento de la política y de las ideas en Europa. Es decir, la revolución americana aparece, en Larrazábal, casi, casi como un fenómeno aislado, sin nexos con el movimiento político e ideológico de las demás naciones del globo; y el conductor y representante de esa revolución, Bolívar, como una figura sin raíces y sin irradiación en su época, fuera de un grupo restringido de pueblos. Larrazábal, pues, sin quererlo, quita universalidad a la figura y a la obra de Bolívar; las despoja, para decirlo más claro, de la universalidad que esa obra y esa figura tuvieron en el tiempo y deben conservar en la historia.

Aparece otro defecto capital en el libro de Larrazábal: su constante animadversión contra casi todos los jefes españoles que hicieron la guerra de América, principalmente contra Morillo, y su ininterrumpido combate a pluma contra casi todos los escritores peninsulares que, con mayor o menor veracidad, habían escrito hasta 1865 sobre nuestra independencia. No escapan del zarpazo ni escritores de América adversos a Bolívar.

Corren, por último, en esta biografía —entre otras deficiencias de menor monta—, dos de que debe hacerse mención: 1ª, el que la obra no es siempre objetiva, impersonal, sino que Larrazábal, a veces, tercia en el relato, dirigiéndose a los lectores; 2ª, el que abruma a Bolívar con adjetivos de loa, con admiraciones y exclamaciones, hijas de un férvido y cándido entusiasmo.

Eso en cuanto a lo tachable. Por fortuna no todo es en la obra de Larrazábal digno de objeción.

LAS EXCELENCIAS DE LA OBRA

Ya indicamos los lunares que desvaloran la biografía. Ahora, en cuanto a lo digno de aplauso y veneración, podría, en rigor de justicia, escribirse un largo capítulo. Y no un largo capítulo de gratitud hacia el hombre que dedicó los mejores años de su vida a estudiar a Bolívar y puso las mejores energías de su inteligencia en darlo a comprender, sino un capítulo lleno con el recuento de los aciertos, destacando la honradez histórica del biógrafo, su estudiosa abnegación y la capacidad brillante, pertrechada de inúmeros conocimientos, con que emprendió y llevó a término su obra.

Uno de los principales méritos de la *Vida de Bolívar* por Larrazábal —aparte el mérito exclusivamente literario, que es de primer orden—, consiste en que Larrazábal apoya su relato en preciosos documentos insertos en el texto, ya íntegros, ya en parte, siendo muchísimos de estos documentos pacientemente allegados, en larga búsqueda, por él. Es más: esta *Vida de Bolívar* debía servir como introducción —introducción un poco larga, es cierto— a la Correspondencia o Epistolario del Libertador. Por

eso las primeras ediciones de esta biografía llevan como título *Correspondencia general del Libertador Simón Bolívar*; y sólo en un paréntesis se lee: *precede a esta colección interesante la Vida de Bolívar*.

Sólo llegó a publicarse (en Nueva York) la biografía, y cuando Larrazábal, años después —probablemente cuando pudo conseguir dinero para imprimir sus manuscritos—, partió de Nueva York para El Havre, rumbo a París, en donde iba a hacer estampar la correspondencia general de Bolívar y una *Vida de Sucre*, falleció en un naufragio, como atrás se recuerda. Con la existencia, perdió sus preciosos papeles. Pero fundamentó a tal punto su biografía el historiador, aunque no siempre se cuidase de señalar la fuente de su aserto o el documento en que el relato se apoya —demérito de los historiadores para la época en que la obra fue escrita— que quizás no existe en la *Vida de Bolívar* por Larrazábal ninguna afirmación sustancial —no me refiero a opiniones personales en la apreciación de los hechos— que no pueda comprobarse con documentos existentes en colecciones americanas y españolas muy conocidas.

También conviene afirmar que la narración de Larrazábal se acuerda, en lo esencial, con las *Memorias* de los coetáneos de Bolívar: desde las *Memorias* de militares o funcionarios civiles de España, como el general García Camba, el capitán Sevilla, el Regente Heredia, el comisionado del gobierno español a la Nueva Granada: don Pedro Urquinaona y Pardo, etc., al servicio del rey, hasta las de oficiales irlandeses e ingleses al servicio de las distintas naciones de América: O'Leary, al servicio de Colombia; Miller, al servicio del Perú; Stevenson, al servicio de Chile; O'Connor, que hizo de Bolivia su patria. Lo mismo puede decirse respecto de las *Memorias* de americanos: Urdaneta, M. A. López, Posada Gutiérrez, Mosquera, Páez, o bien respecto de la correspondencia de los prohombres de la época: Sucre, en primer término, Mariano y Tomás Montilla, Santander, Córdoba, Soublette, Briceño-Méndez, Peñalver, Olmedo, Lamar, La Fuente, el Deán Funes, Blanco Encalada, Necochea, Monteagudo, Guido, Alvear, San Martín, O'Higgins, Iturbide, Guerrero, Bustamante, Paz del Castillo, Madariaga, Campillo, Salom, Lara, Casimiro Olañeta y tantos otros de las diversas repúblicas de América.

LA BIOGRAFIA MODERNIZADA: MODERNIZACIONES DE CARACTER FORMAL

La edición de 1915 de la *Vida de Bolívar* por Larrazábal ha sido corregida y modernizada por el autor de estas líneas, a semejanza, pero no a imitación, de lo que se ha hecho en Francia, por ejemplo, con Froissart.

Precisemos en qué consisten las correcciones y modernizaciones introducidas. Las modernizaciones y correcciones introducidas son de tres órdenes: al primer orden pertenecen las de redacción, plan de la obra, supresión del tono polémico y ditirámico, etc.; al segundo, las de recti-

ficación de conceptos: como eliminar, por ejemplo, anacrónicas declamaciones contra España; al tercero, las de nuevos puntos de vista y nuevos horizontes respecto de Bolívar en sí y de la revolución hispano-americana, en relación con la historia universal. Estas, desde luego, son las más importantes.

Veamos, primero, las correcciones respecto a forma; es decir, de carácter formal.

1ª La primera modernización, de carácter formal, consiste en la intercalación, en el texto, de nuevos conceptos pertinentes, y en agregación de notas. Las notas, al pie de las páginas, aclaran extremos no bien dilucidados o señalan nuevos puntos de vista. Llevan las iniciales del autor: o bien se indica que son de esta edición (Madrid, 1915), y por tanto, pertenecen al que escribe las presentes líneas. Las interpolaciones hubieran podido convertirse en notas, como que son del mismo carácter; no se obró de tal suerte para evitar la superabundancia de llamadas, en beneficio del lector. Se ha ido siguiendo el plan de Larrazábal; y aun sin compartirlas íntegramente, sus tendencias: no se trataba, por ahora, de escribir una *Vida de Bolívar*, sino de *modernizar*, en lo posible, y sin descaracterizarla, tan hermosa biografía como la que debemos a Larrazábal.

2ª Se conserva la división en capítulos, pero se han dividido los capítulos en varias secciones y se ha puesto a cada sección el título que mejor le cuadra, según la materia en ella contenida. Esto facilita no sólo la lectura de la obra, sino su consulta. Como se ha conservado el antiguo índice, aparecen dos: el de Larrazábal y el que ahora se introduce. La obra, antes en dos volúmenes, consta ahora de tres. Añádese a la biografía, en el primer volumen, un retrato de Bolívar a principios de 1813, cuando empieza a distinguirse de veras en la política —ya publicado el Manifiesto de Cartagena— y en la guerra, como brigadier a las órdenes del gobierno de Nueva Granada.¹¹ Lleva también este volumen un árbol genealógico de la familia Bolívar desde antes de su desarraigamiento de España en tiempos de Felipe II, y varios mapas y documentos. En el volumen segundo va otro retrato de Bolívar, ya el héroe en el apogeo de su poder y de su gloria, como Libertador de Sudamérica, retrato hecho en Lima por el pintor peruano Gil el año 1825; lleva, además, mapas y documentos.¹² En el tercero y último volumen irá otro retrato de Bolívar, pintado al óleo, en Bogotá, dos años antes de la muerte del Libertador y obra del artista

¹¹Grabado en Londres en aquellos días, por el grabador Bate, según retrato original de Bolívar que poseía Mr. William Walton, secretario del diplomático venezolano D. Luis López-Méndez.

¹²Este retrato del pintor peruano Gil, cuyo original al óleo se conserva en el Salón Elíptico del Palacio Federal, en Caracas, y que hizo grabar en Londres un amigo de Bolívar, el general Sir Robert Wilson, no debe confundirse con el retrato del pintor inglés Ch. Gill, hecho en Londres en 1810, y cuyo original posee, en París, la viuda del historiador francés Jules Mancini.

colombiano José María Espinosa.¹³ Irán también mapas y documentos. Los mapas para servir a la historia de las campañas de Bolívar y sus tenientes han sido calcados por un cartógrafo español, sobre el Atlas físico y político de Venezuela, compuesto por el sabio geógrafo italiano Agustín Codazzi, que fue coronel de ingenieros en las luchas de la independencia de Colombia. El Atlas del geógrafo Agustín Codazzi, obra oficial, fue publicado en París por su autor en 1840. Con ser muy bueno en su tiempo, no puede considerarse, hoy, como perfecto.

3ª Se ha convertido el relato, de subjetivo que era, en objetivo, suprimiendo el pronombre personal y las charlas del autor con los lectores; v. g. "ahora sabrán mis lectores", "como ya dije a los lectores", "como el lector recordará", "yo" . . . etc.

4ª Se han suprimido ciertas reflexiones filosóficas y políticas que querían ser profundas, sin conseguirlo. Se ha podado el estilo, hasta donde fue posible sin descaracterizarlo, de excesivos lirismos en que, a veces, y a pesar de su hermosura, solía tocar —lo que resulta inadecuado, según nuestro gusto moderno, en obra de índole histórica—; e interrumpióse el tono ditirámico cuando fue demasiado sostenido y cansón. Innúmeras exclamaciones y adjetivos de loa que empuqueñecen a Bolívar, queriéndolo agrandar, se suprimen. Ya Bolívar no necesita de adjetivos.

5ª Se tachó lo que resultaba de carácter polémico: la obra, así, gana en serenidad, amenidad, universalidad.

¹³Respecto de este retrato dejó escrito el pintor, en su libro "Memorias de un abanderado" (1876), que Bolívar, siempre nervioso e impaciente, "no podía estarse quieto" mientras lo pintaba; y que "al cabo de un cuarto de hora" de pose, preguntó si la obra estaba concluida. El relato es curioso:

— "¿Ya está el retrato?"

— No, señor, apenas comienzo.

— Pues procure usted concluir pronto.

— Esto no se puede hacer en un día.

Al fin, cansado Bolívar de estar en quietud forzada, se levantó y acercándose a la mesa del retratista examinó el retrato y dijo:

— ¡Ese no soy yo! Es el retrato de D. Pablo Crespo, aquel viejo de Honda, tan feo. Y se retiró".

En otra parte refiere el artista:

"Al día siguiente volví, y estando trabajando ya y Bolívar al frente, se oyó un ruido en el patio: era el coronel Croston (inglés) a caballo. Bolívar se levantó con viveza, se acercó al balcón y dijo:

— ¿Conque está usted de desafío, ah?"

El coronel le contestó:

— Por respeto a las leyes no he matado a ese cartagenero.

Bolívar le repuso:

— Por respeto a la pistola.

Cerró las vidrieras y se volvió a su puesto". (Léase esta cita completa en *Apuntes para la iconografía del Libertador*, por Manuel Segundo Sánchez, págs. 16-18. Caracas, 1916).

RECTIFICACIONES DE CONCEPTO

Al segundo orden de correcciones introducidas, o sea, modernizaciones de concepto, pertenecen las que amplían el horizonte histórico respecto a España y sus agentes, en el drama de América. Varios son los extremos rectificados, hasta cierto punto, en el sentido de la justicia.

1ª Cuanto era declamación contra España, borrado queda; entiéndase que digo declamación y no otra cosa. Justicia le debemos a España y nos debemos a nosotros. No es posible ni honrado perpetuar pasiones que tuvieron un día su razón de ser y que tal vez un día fueron útiles. Hoy no: ahora resultan anacrónicas y denotan vileza en quien las acalora. Larrazábal no pertenece a tal número, si bien aquí y allí se perciben estallidos extemporáneos; estallidos que sorprenden menos cuando se recuerda la época en que este libro fue sacado a luz (1865), época que era precisamente de afirmación para nosotros y que corresponde a los días en que la Europa, casi siempre agresiva, amenazaba nuestras patrias, ya en México (1861-1867), ya en las Antillas (1861-1865), ya en el Pacífico (1865-1866). España, olvidándose de un pasado muy próximo, detentaba las islas Chinchas (enero de 1865) y se disponía a batirse, en quiméricos sueños de conquista e imperio, contra nuestros fuertes del Callao y a bombardear nuestras ciudades marítimas e indefensas de Chile. Y no más eficaces que sus conatos militares de imperialismo eran sus desaforadas campañas de prensa. Si procedemos con equidad, advertimos que ni Larrazábal, ni el chileno Barros Arana, ni otros hijos de nuestro continente que sacaban a luz obras de historia americana por aquellos tiempos, eran indeficientes en ecuanimidad al juzgar los horrores de las luchas de independencia, horrores que los europeos del comedio del siglo, codiciosos aunque impotentes, querían renovar. Aunque vecinos de trágicos sucesos que relatan y contemporáneos de injustificadas agresiones de Europa contra la soberanía de América, por medio de las armas, y contra el buen nombre de nuestros pueblos, por medio de una prensa gritona y desmandada, los historiadores americanos de promedios del siglo XIX, en medio de su ecuanimidad, no pudieron sustraerse todos al influjo de las pasiones que pintaban, de las que estaban aún cercanos y que sentían en su torno despertarse de nuevo al favor de recientes agresiones. Pero el tiempo ha corrido. Lo conducente parece, hoy, explicarse y explicar aquellas pasiones de antaño, no prohibirlas. ¿Con qué finalidad, ni siquiera con qué derecho eternizar la incomprensión, para no decir otra cosa, respecto a un pueblo al que debemos todo lo que fuimos y casi todo lo que somos? España ha sido consigo misma un pueblo cruel: ¿qué mucho que lo fuera con nosotros? La religión fue uno de sus factores de dominación. ¿Por qué hacerle de ello un crimen? El monopolio, el privilegio, el favoritismo, no fueron resortes más empleados en América que en la propia España. Su política económica respecto de las colonias pudo ser, y era, absurda; pero ¿quién se perjudicó más con ello que la misma España? Muchos de los errores que exclusivamente le atribuimos, eran además, errores de la época. La biografía de Bolívar parece, por otra parte, el libro más ade-

cuado para, en vez de acriminar a España, estudiar la psicología española. ¿No fue justamente Bolívar representante el más conspicuo fuera de España, de innumerables virtudes, y, en cierto modo, de múltiples defectos del carácter español?

2ª España se defendió en América contra los independientes de dos maneras: por medio de caudillos espontáneos, ya españoles, ya americanos, y por medio de sus generales y su ejército regular. Las amargas exposiciones de Larrazábal respecto de ciertos caudillos improvisados e irresponsables como el vizcaíno Zuazola, al asturiano Boves, los catalanes Puy y Millet, los canarios Monteverde, Morales, Pascual Martínez, etc., son tan rigurosamente históricas que no puede borrarles ni una coma. Con todo, en esta edición se rinde el homenaje que algunos de ellos, a pesar de todo, merecen: ¿cómo negar a Boves, por ejemplo, ni a Morales el más épico heroísmo, la actividad, la constancia; y a Boves, principalmente, el don de imperio, la energía llevada a los límites de lo fabuloso, el desprendimiento, el espíritu de organización militar, el innato genio de la guerra? Su propia maldad le coloca en sitio aparte, aunque Morales, su discípulo y hechura, resulte más odioso, no por más inmisericorde, sino porque su actuación fue más larga.¹⁴

Cuanto al juicio de Larrazábal y otros autores respecto a la actitud de España con aquellos caudillos, puede discutirse. Que España los toleró, se dice, y aun los premió. Es cierto; pero, ¿qué iba a hacer? No podía dominar la América, y de pronto sale un bandido heroico y de innatas virtudes caudillescas como Boves, que conquista Provincias enteras, al frente de muchedumbres de campesinos americanos que organiza en ejércitos,¹⁵ y le dice: “aquí está la Provincia tal o cual que sus generales han perdido o no supieron reconquistar; aquí la tiene sometida”. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer la metrópoli? Aceptar y dar las gracias y hasta soportar el insulto que algunos de esos caudillos infligen al rey, en cuyo nombre dicen actuar. Así, cuando a Boves le ofrece el gobierno del rey el título de coronel, Boves lo rechaza indignado con estas palabras: “yo también hago coroneles”. ¿Qué iba a contestar el Rey a tal insolencia, aunque tal insolencia llegase a su conocimiento, si el hombre que la profirió ejercía autoridad por derecho propio, y de esa autoridad no hubiera podido desposeerlo sino la derrota o la muerte? ¿Qué

¹⁴A estos nombres habría que añadir muchos de americanos al servicio de los realistas; ni menos crueles ni menos abominables que los europeos y canarios. Bastaría citar el nombre del caraqueño Quero. ¡Cuáles serían sus procederes que, según Baralt y otros historiadores dignos de tanto crédito como éste, cuando Boves, el monstruo, salió de Caracas en 1814 para dirigir la campaña de Oriente, en la que iba a morir antes de finalizar el año, la ciudad lo echó de menos! Quero había quedado como gobernador. Cada madrugada, antes de apuntar el sol, hacía sacar Quero innumerables víctimas y las hacía asesinar en el sitio de Coticita.

¹⁵Boves disponía, según las Memorias del Regente Heredia, de 20.000 llaneros; de 19.000, dice el general Lino Duarte Level en su obra “Cuadros de la historia política y militar de Venezuela”. “Diez y nueve mil hombres tenía bajo sus órdenes cuando murió (5 de diciembre de 1814) y de ellos movilizaba doce mil para la campaña. Todos eran venezolanos. Todos organizados por él” (página 298. Biblioteca Ayacucho. Editorial América, Madrid).

iba a hacer España con hombre semejante —superior a Pizarro—, sino aceptarle el don que hacía de aquellos vastos dominios, mayores que todas las conquistas de múltiples Gonzalo de Córdoba y ganadas en lid más cruenta que las de don Alvaro de Bazán y el duque de Alba? ¡Cómo tomarle cuenta a ese hombre y cómo no cerrar los ojos ante las 80.000 víctimas que en poco más de un año produjo! Tal vez ni siquiera sabía España o su gobierno que la sangre vertida por Boves en los patíbulos y en los campos llegaba un poco más arriba que el oro con que Atahualpa quiso deslumbrar a Pizarro, enternecer su corazón y doblegar su codicia.

España ignoró siempre o casi siempre la verdad de América —aún la ignora en el día—; y desgobernada entonces, o en el inicio de una lucha de partidos y de cruenta guerra a muerte de principios políticos, recién salida de una guerra nacional contra usurpadores extranjeros, heridas o en vísperas de ser herida casi tanto como América por aquel Fernando VII de odiosa memoria, mal podía quedarle tiempo para pesar en balanza de farmacéutico, como debe pesarse, la justicia que se hace o deja de hacerse en las colonias; y que se hace o deja de hacerse invocando el nombre de la metrópoli, por sus hombres y bajo sus leyes. Péxima política con todo, reveladora de debilidad y de desorden.

Cuando un país procede así con sus colonias, no puede ya dominarlas, y no tiene derecho a poseerlas. La dominación de un pueblo sobre otro pueblo, ¿no se basa, en sentido estricto, en la fuerza y, aparentemente, en una superior cultura, que se trata de extender? Cuando la barbarie aparece por largo espacio de tiempo como único, o siquiera como principal exponente de la cultura superior, que por ser superior domina; cuando la fuerza del conquistador, por uno u otro motivo, se agota, se nulifica como agente de dominación, el imperio de un pueblo sobre otro pueblo se desmorona y cesa el dominio de una raza sobre otra raza.

En América había algo más: la raza española de los siglos xv y xvi, descubridora, conquistadora y civilizadora de América, era superior a la raza indígena, a los indios descubiertos, conquistados y civilizados por ella; pero la raza española del siglo xix, nacida en Europa, no era superior a la raza española nacida en América. Un hombre de genio, como Bolívar, que presidió a la independencia; propagandistas como Miranda y como Nariño; generales como Sucre, San Martín, Piar; héroes como Páez, O'Higgins, Artigas, Necochea, José Francisco Bermúdez, José Félix Ribas, Urdaneta, Morelos, Córdoba, Lamar; poetas como Bello y como Olmedo; sabios como Caldas y como Unanue; estadistas como Camilo Torres y como Martínez de Rozas; maestros como Simón Rodríguez y el licenciado Sanz; ministros como Montegudo y García del Río; diplomáticos como Irisarri y como Zea; clérigos como el deán Funes y Fray Servando Teresa de Mier, ¿eran inferiores, podrían ser inferiores en algo, ni siquiera en orgullo, a los reyes, virreyes, capitanes, estadistas y diplomáticos de Europa, contra quienes combatían? Había castas en América, es cierto; había masas ignorantes y semibárbaras: por eso encontró España, entre los americanos, quien defendiese su dominio contra

los libertadores; por eso también es más grande la obra de nuestros próceres, que emanciparon a América contra la voluntad, en mucha parte, del mismo pueblo emancipado.

Pero la barbarie no era sólo de América. En América se desarrollaba un drama interno: los libertadores, es decir, los civilizadores luchan contra los realistas americanos, es decir, contra engegucidas masas fanáticas de campesinos y habitantes de puebluchos de tierra adentro, es decir, contra la barbarie.

A España ocurre en su duelo con América otro tanto; también lucha contra su propia barbarie. Aquellos Yáñez, aquellos Cervériz, aquellos Boves, aquellos Morales, aquellos Rosete, aquellos Antoñanzas, aquellos Puy, aquellos Chepito González, representan la barbarie española. En cambio el capitán general Cajigal, desposeído o desconocido por los caudillos, representa el decoro, la humanidad, la civilización. El tribunal de la Real Audiencia que protestó sin descanso y con la mayor energía, por boca y pluma de sus más ilustres ministros, ante los tiranuelos de la Colonia y ante Fernando VII y el gabinete español, contra todos los desafueros y en pro de la justicia y la humanidad, ¿qué representa? Representa la cultura de Europa, la civilización ibérica, la España buena. En este pugilato entre caudillos feroces o militarotes improvisados, de la hez social, y honrados jueces dignos de España y del siglo XIX no luchaba la toga contra la espada en lucha estéril o por mera rivalidad de poderes. Luchaba la justicia oficial de una gran nación civilizadora, madre de pueblos y de civilizaciones, contra el crimen de caudillos espontáneos y, como atrás se dijo, irresponsables. Luchaba España contra su propia barbarie.

¿Puede un pueblo poseer cultura secular y llevar en su seno gérmenes de barbarie? Sí: España misma sirva de ejemplo. No todos los españoles que pasaban a América —ya nos lo dijo Cervantes— eran hombres de mérito y virtudes. Alguno era, como Boves, contrabandista; otro, doméstico mal geniado, como el isleño Morales; otro, soldado raso, como Calzada; otro, sargento, como Pascual Martínez, o ventorrillero de aldea, como Rosete, o como Cervériz, ex presidiario de Cádiz. Semejantes hombres, de por sí pertenecen a lo ínfimo de la sociedad, y algunos de ellos, cuando no francamente delincuentes como Cervériz, colindan, como Boves, con los delincuentes, por su oficio ilegal, y han sufrido, como Boves, cárceles y procesos, por su anómalo vivir. Todos eran ignorantísimos; y, si no brutos, brutales. Al ponerse en contacto con los desiertos y entrar en relación con razas inferiores, con colonos, a quienes despreciaban y creían lícito engañar y menospreciar, al mirarse en medio de la barbarie americana de los campos, se contagiaban de barbarie y representaban, por su origen, la barbarie de España.

Contra tales hombres —muchos de ellos criminales natos—, a quienes la guerra convirtió en monstruos, la España de toga y simbólica balanza combatía en primer término, si bien combatió también —y merece recordarse para honor de la Real Audiencia—, contra soldados regulares y jefes beneméritos que a dos mil leguas de España y presurosos por pacificar el país y

volar a recoger en Europa el fruto de sus esfuerzos, olvidaban a veces que los hombres, en todas las latitudes del planeta, son hombres y que a todos se les debe, no un *mínimum* de justicia, sino justicia plena.

3ª En lo referente a Morillo y a otros jefes del ejército regular de España —Latorre, tan caballeresco; Correa, tan humano; Pereyra, tan valiente; Valdés, el de Perú, tan buen soldado; Olañeta, el de las Provincias argentinas del Norte, tan ultramontano e intransigente; Rodil, el de Callao, tan heroico— se suavizan, en la nueva edición, asperezas de Larrazábal. El virrey Sámano era un viejo mediocre y cruel; no así La Serna, el virrey soldado. El capitán general Moxó era un ladronzuelo salaz; no así Barreiro, el héroe desgraciado de Boyacá. Mourgéon, Aymerich, don Basilio García —el de Bomboná—, defensores del Ecuador, se portan en sus relaciones con los patriotas como enemigos civilizados. No es posible ni justo confundir a ninguno de ellos con Antoñanzas o Rosete. El general Enrile era un oficial científico; Canterac, un brillante general de caballería, un organizador y un hombre de talento; ¿cómo va a equipararse a tales hombres con el isleño canario Pascual Martínez, que apenas sabía leer, verdugo de la isla de Margarita? Eran hombres de mérito el entonces brigadier Baldomero Espartero y el entonces mariscal de campo Rafael Maroto, futuro adversario, en España, de Espartero; ¿sería equitativo compararlos con vándalos destituidos de virtudes ciudadanas como Benavides o San Bruno, que hicieron víctimas a su sabor, en Chile? García Camba, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferraz, Somocurcio, Bedoya, Pardo, Vigil y los otros siete generales que capitularon en Ayacucho, con el virrey a la cabeza, guerreros ilustres que cayeron luchando como héroes y que no se mancharon por placer con sangre inútil e inocente, ¿serán comparables a los monstruos? Los monstruos iban a desaparecer —salvo uno que otro—, con el dominio español que habían deshonrado.

En cambio, los héroes genuinos de España en la guerra de América, los comandantes de sus ejércitos regulares, dieron, después de Ayacucho, lustre a España, por medio de las armas; y otros no sólo dieron lustre a España, sino a España y al partido liberal español, librando y ganando batallas contra el absolutismo. Todos o casi todos figuraron con honor en las guerras españolas del siglo XIX, sirvieron en la Administración, y algunos ocuparon las más altas situaciones del Estado, como Espartero, que fue regente del reino; Rodil, jefe del gabinete y ministro de guerra; Canterac, gobernador militar de Madrid; Morillo, capitán general de Galicia y de Castilla; Latorre, capitán general de Puerto Rico; García Camba, capitán general de Filipinas. Hubo algunos generales españoles, como el peruano Goyeneche, a quien por sus fechorías en Bolivia, al iniciarse la revolución, hicieron Conde de Huaqui, y como Calleja, resurrector de la Inquisición, señalado en México por su ferocidad, a quien se premió con el título de Conde de Calderón; pero la revolución siguió adelante y estos hombres quedaron anulados a pesar de sus títulos.

¿Podría incluirse a Morillo con estos dos sanguinarios personajes? Sobraría quien gustosamente lo incluyera. Hacerlo sería, tal vez, injusto: Morillo

fue cruel, cuando lo fue, más por desesperación, como en Venezuela, o por errónea política, como en Nueva Granada, que por naturaleza. ¡Y qué diferencia, en cuanto militar, con Goyeneche y con Calleja! Menos podría, en justicia, parangonársele con un Boves o un Morales. El teniente general D. Pablo Morillo tuvo por teatro principal el mismo que Boves y fue heredero de parte de sus tropas, al mando de Morales, y de todos los odios que despertó el astur feroz; pero ¡qué diferencia entre el general Morillo y aquellos bandidos!

No, no es válido ni justo equipararlo con los monstruos. Es verdad que Morillo fue riguroso, a veces cruel en demasía. Fue mal político aquel buen soldado. Absurda parece hoy aquella guerra a muerte que declaró al talento y a la cuna, haciendo desaparecer en el patíbulo la flor y nata de la Nueva Granada, desde el sabio Caldas hasta los Pombo, Lozano y otros próceres casi inofensivos. Este héroe de la independencia española hizo morder el polvo a los mariscales del imperio napoleónico; se jactó, sin embargo, de haber fusilado a hombres de letras y de bufete por el crimen de amar la independencia de América. Así y con cien cargos más que se quieran formular contra Morillo, ¡qué diferencia, repito, con los monstruos! Morillo resulta un héroe digno de admiración porque poseyó las mayores virtudes militares, las mayores virtudes patrióticas y hermosas prendas sociales. Fue bravo, activo, previsor, incansable, buen amigo, y, cuando la ocasión se presentó, como en Santa Ana, de lealtad caballeresca. Tiene razón O'Leary cuando afirma en sus Memorias —y éste parece ya juicio definitivo de la historia— que no mostró más abnegación Bolívar en servicio de su patria que Morillo en defensa de su rey.

Para modernizar el texto de Larrazábal, en este sentido de comprensión respecto a Morillo y otros soldados de España, se han dado aquí y allá ligeras pinceladas que hacían falta.

ACTUACION DE BOLIVAR EN LA REVOLUCION DE HISPANO-AMERICA Y SIGNIFICACION DE UNO Y OTRA EN LA HISTORIA UNIVERSAL

En el tercer orden de modernizaciones se consignan aquellas correcciones o agregaciones que tienden a precisar el papel de Bolívar, cronológicamente, respecto a la Revolución de Hispanoamérica, la vida social y la vida política y económica de la colonia, la filiación y carácter de la revolución americana, la repercusión de este gran movimiento políticosocial y de su héroe representativo en la Europa de entonces, la significación del drama de América en la historia universal y el aporte que implica para la civilización. Para ello se han escrito prolijas notas, aun capítulos íntegros, y aquí y allá, en el texto de Larrazábal, se dan toques de realce.

1º Como Larrazábal descuida el pintarnos con claridad, según ya se indicó, el proceso de la revolución en el extremo sur de América, y el verdadero

papel de San Martín al presentarse en Guayaquil a conferenciar con Bolívar, se estudia, en esta edición, el curso de los acontecimientos emancipadores en aquellos pueblos, las ideas y el carácter de San Martín y la magnitud de su obra: así se comprenderá mejor por qué San Martín se aleja de la política, de la guerra y del escenario americano en 1822 y deja que Bolívar dé cima en lucha titánica, y como jefe de los Ejércitos unidos de Sudamérica, a la emancipación continental. Así queda "el continente, emancipado por él", según palabras del argentino Mitre, historiador de San Martín. El mismo autor dice: "era el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos".¹⁶

Tal ocurrió, en efecto; cosa que no supo Larrazábal poner de bulto. Argentina se había independizado automáticamente, sin casi lucha armada contra tropas de la metrópoli —que allí no fueron, durante toda la revolución americana, sino en número de 2.000 hombres—; y se había independizado automáticamente con el concurso de todos sus ciudadanos y sin la dirección de un general libertador. "En la República Argentina no puede decirse: el general tal libertó el país. . .".¹⁷ Chile había sido emancipado en toda la región del Norte por San Martín en dos batallas, y al frente de un ejército argentino-chileno; el mismo San Martín, que no emancipó militarmente al Perú, que no libró personalmente, nunca, en todo el territorio del Perú, ni batalla ni combate alguno, proclamó, sin embargo, la independencia peruana en Lima el año de 1821. Pero proclamar la independencia no es obtenerla. La proclamación de la independencia no era más que la bandera de una lucha que estaba en sus comienzos. Así ocurrió en Estados Unidos y en otras partes. El Congreso de Venezuela proclamó el 5 de julio de 1811 la independencia del país; y sin embargo la independencia del país no vino a alcanzarse hasta 1821 con la batalla de Carabobo y después de diez años de la guerra más cruenta y más heroica de cuantas guerras sostuvieron los pueblos de América —desde los Estados Unidos hasta Chile—, por alcanzar y sostener la soberanía. No se puede decir que el Congreso de 1811 emancipó a Venezuela por haber proclamado o decretado la independencia.

Lo mismo ocurrió en Perú. Cuando se proclamó la emancipación en 1821, la guerra no hizo sino prepararse en grande, hasta concluir de veras a principios de 1826 con la rendición del Callao al general venezolano Bartolomé Salom y con el abandono al gobierno de Chile, aguijado por Bolívar, del archipiélago de Chiloé.

El Perú y las cuatro provincias norteñas del antiguo virreinato del Río de la Plata eran el centro de la resistencia española en Sudamérica. Desde Perú, habían conquistado a Chile los españoles en 1814; y el virrey de Li-

¹⁶Qué queda de Bolívar, se pregunta Mitre; y responde: "Queda su heroica epopeya libertadora, a través del continente, emancipado por él". (*Hist. de San Martín*). Esto vale decir: de Bolívar queda su obra: la América emancipada. Queda también el ejemplo de su vida y el recuerdo de su genio.

¹⁷Véase D. F. Sarmiento: "Facundo", pág. 141; ed. Editorial América, Madrid.

ma, manteniendo en sus manos la mitad norte del virreinato rioplatense, amenazaba la otra mitad. La amenaza para Chile y Argentina, al Sur, era constante, lo mismo que, al Norte, para el Ecuador.

Mientras los españoles dominasen en Perú, era precaria la independencia de los pueblos limítrofes. Por eso Chile y Argentina, poseídos del instinto y la conciencia del peligro, hicieron sacrificios sobrehumanos para enviar tropas y escuadras al Perú y concluir con el virrey y la amenaza española. Chile, el paupérrimo Chile de entonces, creó —obra maravillosa del patriotismo— una escuadra que, al mando de Cochrane, iba a llenar con su heroísmo las páginas más resplandecientes de la costa americana del Pacífico. Argentina realizó también esfuerzos admirables; ni menos grandes ni menos patrióticos que los de Chile: deshecha por la anarquía interior, amenazada por una expedición extranjera, vio partir, sin embargo, sus mejores tropas, al mando de su mejor general, hacia las playas remotas del Pacífico peruano con objeto de destruir el más inminente de cuantos peligros la amenazaban: los españoles del Perú.

La carrera de San Martín tuvo precisamente ese episodio audaz: San Martín, para consolidar la precaria independencia de Argentina y de Chile, no vaciló en correr a desafiar al virrey del Perú en el centro mismo de su poder. Sabía de memoria el héroe del Sur que allí estaba la clave de la emancipación. Perú, en efecto, era para Argentina y Chile lo que fue España para México, las Antillas y Costa Firme:¹⁸ el centro de la agresión, la resistencia del dominador, el baluarte, el granero de infinitos recursos. En el Perú se iban a jugar los destinos de Sudamérica. El Libertador del Perú iba a ser el Libertador de Perú, Bolivia, Chile, Argentina y en cierto modo, de Ecuador.

Alejado San Martín del escenario político de América, en 1822, toca a Bolívar, al frente del Ejército Unido de la América del Sur, vencer a los españoles del Perú en 1824, lanzarlos de las provincias argentinas del norte en 1825, arrebatarles el Callao en 1826 y destruir, ese mismo año, directa e indirectamente, las últimas resistencias reaccionarias e imperialistas en el Pacífico. Le cupo la suerte y la gloria de sellar la emancipación de Sudamérica.¹⁹

Había que ponerlo en claro.

Correrán los días, y Chile, por boca y pluma de sus más ilustres campeones, esperará de él la salud en horas caóticas de reconstrucción social. “La república de Chile —le escribe el Almirante Blanco Encalada— se aproxima

¹⁸Véase vol. II, pág. 479 de esta biografía.

¹⁹Sucre, arengando a las tropas, el día de Ayacucho, con absoluta convicción de lo que iba a entrañar aquella jornada, exclamó: “Soldados: de los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur”. (Laureano Villanueva: Vida de Don Antonio José de Sucre, gran mariscal de Ayacucho, pág. 327; ed. Ollendorf; París).— En la proclama a los vencedores de Ayacucho decía, por su parte, Bolívar, consciente de su obra: “Habéis dado la libertad a la América Meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria”. “Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz, La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas”. (Simón Bolívar: Discursos y Proclamas, pág. 258; ed. Garnier, hermanos, París). Y en la biografía del general Sucre, escrita por el Libertador, decía éste: “Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas”. (Resumen sucinto de la vida del general Sucre).

cada día a la necesidad imperiosa de la influencia del héroe de Colombia, para restablecer su equilibrio perdido y salir de un estado que de reacción en reacción la conducirá necesariamente al sepulcro".²⁰

Luego, tocará a Portales, el estadista de hierro chileno, organizar aquel caos recogiendo y aplicando, con suma exageración, algunas de las ideas políticas del Libertador.

Argentina también volverá hacia Bolívar los ojos en instantes muy críticos: cuando va a emprender la guerra contra el Brasil, en reivindicación del territorio de Uruguay. Argentina, después de Ayacucho, le ha enviado, por medio de su gobierno, mensajes dignos de un gran pueblo: "Numerosos laureles y palmas inmortales de victoria han sabido arrancar a la fortuna los guerreros argentinos; pero todos nuestros trofeos aparecen pequeños ante vos, señor, el padre de cinco naciones, que venís desde las bocas del Orinoco, de victoria en victoria, conduciendo el iris de la libertad, hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo". En la mencionada ocasión de su desavenencia con Brasil, pide al Libertador, por órgano del Congreso y del Ejecutivo Nacional, apoyo político y apoyo militar; con tal motivo, se le envía una embajada ad hoc, presidida por el ilustre general Alvear.²¹

Propone Argentina una alianza nacional con las repúblicas que directa o indirectamente gobierna Bolívar desde Potosí hasta el Mar de las Antillas; abriga la justificada confianza de triunfar prontamente, bajo la dirección de Bolívar, contra el Imperio del Brasil,²² como antes, bajo la dirección de Bolívar, se triunfó contra España, hasta desaparecer todo vestigio de extranjera dominación —a pesar de los reveses de Ica, Torata, Moquehua, Callao y Corpahuaico, a pesar de la anarquía y de las traiciones.

El historiador Larrazábal ha sido bastante deficiente en punto a nexos de la revolución de Venezuela con las demás revoluciones del Nuevo Mundo. Desconoce que la revolución del Sur, salida de Buenos Aires, y la revolución del Norte, salida de Caracas, hacen su conjunción en Perú y Bolivia y forman un solo movimiento político y militar que engloba todo el continente. No aprecia la actuación de Bolívar en toda su amplitud y se reduce, a veces, a

²⁰Memorias de O'Leary: Correspondencia, vol. XI, pág. 66.

²¹La Embajada se componía de tres de los hombres más notables de la revolución argentina: el general Alvear, ex jefe del Estado y expugnador de Montevideo; Díaz Vélez, diputado al Congreso y hombre eminente por sí y por su hermano el general, en servicios a la patria. Como secretario venía el presbítero Oro. Fue un acto de hábil política la excogitación de próceres de tanto relieve, sin excluir a Oro, que tenía en su historia la gloriosa página de haber sido el único diputado republicano en el Congreso que decretó la independencia argentina en 1816, circunstancias que, se pensó de seguro, iba a ser grata a Bolívar, republicano acérrimo, fundador de repúblicas y legislador democrático. Cuando conocieron personalmente a Bolívar, después de conocerlo por sus hechos. Díaz Vélez lo llamó: "*el hombre de América*"; Oro: "*el primer hombre del siglo*"; y Alvear dijo: "*la espada de Bolívar (es) el rayo de América, nuestra libertadora*".

²²Véase Bolívar y sus relaciones con Brasil y la Argentina en 1825 en la obra: *Bolívar pintado por sí mismo*, vol. II, pgs. 93-103, ed. París, 1913.

cubrir con adjetivos la falta de precisión en las relaciones del Libertador con las repúblicas de Argentina y Chile.

Respecto a la posición de Bolívar en América, después de Ayacucho, y aun antes, cuando empezó a ser, según el biógrafo de San Martín, "el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos"; lo mismo que respecto a sus ideas de unificación y solidaridad de las repúblicas hispánicas de América, basta citar a uno de los más sólidos pensadores e internacionalistas de Chile: "En 1825 se puede decir que Bolívar ha sustituido al rey de España en América. Gobierna a Venezuela, Nueva Granada, Panamá, Ecuador, Perú, Bolivia. No le basta. Ejerce influencia en la política de la República Argentina, donde existe un fuerte partido de oposición contra el gobierno, partido de oposición que aspira a apoyarse en el Libertador; el mismo gobierno argentino solicita el apoyo del triunfante y poderoso guerrero contra el Brasil. Tampoco le basta; y ofrece a Chile un contingente de tropas para independizar el Archipiélago de Chiloé, todavía en poder de España. Por el Norte, trata de extender, con más o menos éxito, su influencia, hasta México. Se dispone, por medio de una expedición militar, a liberar las Antillas, una de las cuales, la Dominicana, se ha declarado ya, desde 1821, parte integrante de Colombia. Hasta amenaza a España, al año siguiente (1826), con llevar la guerra a las posesiones asiáticas de Filipinas. Por último, en 1826 reúne en Panamá el primer Congreso de las Naciones americanas, para darle forma jurídica a la unidad que ha soñado para la América. A su política internacional, concretada y expuesta por él mismo en páginas felices, se la ha llamado más tarde *Doctrina de Bolívar*. Esta Doctrina de Bolívar consiste en la unión, en la solidaridad de todas las repúblicas de origen español, contra la absorción europea y contra la injerencia de los Estados Unidos".²³

2° Si el historiador Larrazábal olvida considerar los nexos de las revoluciones parciales del Norte y del Sur de la América Meridional, revoluciones que forman un bloque revolucionario único desde que realizan su conjunción en las sierras y costas del Perú, también olvida considerar detenidamente los nexos de la revolución de Hispanoamérica, tomándola en conjunto, con las naciones cristianas.

¿Cómo se dividía, además, la sociedad colonial? ¿Quién inició la revolución y cuál fue la filiación política de este movimiento? ¿Qué significa, por último, esa revolución en la historia universal? Larrazábal no esclarece debidamente extremos de tanta importancia.²⁴

²³Alejandro Alvarez: "La diplomacia de Chile durante la emancipación y la Sociedad internacional americana", págs. 269-270; cd. Editorial América. Madrid.

²⁴Menos los esclarecen, por de contado, otros historiadores. El reciente historiador inglés de Bolívar, F. Loraine Petre, deja respecto a la revolución y aun respecto a Bolívar, a la psicología de Bolívar, no páginas sino capítulos íntegros en blanco. El mero título de la obra indica su deficiencia: Simón Bolívar. — *A life of the chief leader in the revolt against Spain in Venezuela, New Granada, etc.*, Perú, by F. Loraine Petre. (London, John Lane; The bodley head. — New York, John Lane Company. MCMX).

Por donde se advierte que el historiador no comprende que la revolución de Hispano-

3º La sociedad colonial de Hispanoamérica se divide en castas: españoles; criollos, u hombres de pura raza blanca nacidos en América; pardos (mezizos, mulatos y toda mezcla en que no predomine definitivamente el blanco); indios, negros libertos y negros esclavos.

El comercio en grande, el comercio con la metrópoli —que era la única potencia con quien se permitía oficialmente exportación e importación— estaba en manos de españoles, lo mismo que el gobierno, las armas (los altos cargos) y la religión (las primeras dignidades de la Iglesia). La religión y las armas eran fundamentos de imperio. La administración era la explotación organizada, según el clásico sistema colonial de Europa.

Los criollos —o descendientes blancos de la raza española— eran, por herencia, por adquisición y por esfuerzo propio y de sus esclavitudes, altos productores de riqueza en los países de agricultura, como terratenientes o propietarios de fundos. En los países de minas, mineros. Y en algunas regiones en donde abundaban pastos y ganados, criadores. Los inmuebles urbanos también les pertenecían en mucha parte. A menudo estos altos productores de riqueza, con el sudor ajeno, eran ociosos redomados; y, además de ignorantes, muy vanidosos. No podían ver a los españoles.

El comercio al por menor se lo dividían españoles y canarios.

américa forma un solo bloque compacto y que San Martín, Sucre y Bolívar, por ejemplo, no son héroes de tal o cual país, sino héroes de una raza, difundida por todo un Continente. Por lo demás, la obra de Loraine Petre representa esfuerzo tan benemérito como espontáneo de un excelente historiógrafo, antiguo expositor de algunas campañas napoleónicas. También espontáneo y benemérito historiador de Bolívar, el belga Simón de Schryver lega una biografía inferior a la de Loraine Petre. Aunque la obra de Schryver se titula: *Esquisse de la vie de Bolivar* (Bruxelles, 1899. Constant Baune, editeur), no es un esbozo completo, ni mucho menos, sino un incompleto esbozo de la actuación de Bolívar durante la emancipación de Colombia. Así, en obra de 371 páginas en 4º el narrador refiere toda la acción de Bolívar fuera de Colombia en menos de 8 páginas (págs. 260-268), como si se tratase de una partida venatoria, sin transcendencia alguna para América ni para la humanidad. Con todo, su intención es plausible. Dice que escribe la vida del Libertador para "vulgariser l'histoire du Libérateur dans les pays où la langue française est en usage". Bolívar le parece "un des plus grands héros dont le monde puisse s'enorgueillir" (pág. 3).

En cuanto al historiógrafo venezolano José María de Rojas, que compró al Papa un título de marqués, deja en las 352 páginas de su *Simón Bolívar*, un monumento de incomprensión. (Garnier, hermanos. París, 1883). El único heredero de las ideas del marqués de Rojas, que no tenía ideas, es el historiador diplomático don C. A. Villanueva. Este hijo de Caracas ha prestado, a pesar de la herencia, importantísimos servicios a la historia de la emancipación americana, descubriendo, al par de Mancini, copiosas fuentes, como son los archivos europeos, hasta hace poco, en este punto, inaccesibles. Sus obras de historia diplomática: *Bolívar y el general San Martín*, *El imperio de los Andes*, etc., no será posible dejar de consultarlas en lo futuro: ¡tan ricas son de datos! Villanueva se parece al peruano Paz Soldán, autor de *El Perú independiente*, que poseía inúmeros documentos preciosos y produce la impresión de un mendigo sentado sobre una montaña de oro.

La obra del neo-colombiano J. D. Monsalve: *El ideal político de Bolívar* (Madrid, 1916), que es más bien una biografía hasta por su extensión, que estudio circunscrito a ideas políticas, representa progreso muy apreciable sobre anteriores libros de esta índole, consagrados a Bolívar, sin que llegue a modelo, ni mucho menos. La superan los estudios bolivarianos del peruano Belaúnde. La de José María Samper, por ejemplo (Buenos Aires, 1884. C. Casavalle, editor), era por extremo corta y carecía de los do-

Las artes mecánicas y las liberales las ejercían los pardos, incurriendo por ello en el desdén de los criollos y de los españoles, imbuidos en preocupaciones, según las cuales ciertos oficios desdoran. Su piel, además, les servía de rémora, máxime desde principios del siglo xvii. En 1621 prohibió una ordenanza real conferir a hombres de color ningún empleo público. Una cédula de 1643 y otra de 1654 los excluía del ejército permanente. Una pragmática de 1776 y, reafirmandola, una Real Cédula de 1785, prohíbe el matrimonio entre personas blancas y de color. Los mestizos, o sea la mezcla del blanco y el indio, estaban un poco más arriba, en el escalafón de las consideraciones legislativas, y aun en el de las costumbres, que el mulato o híbrido del blanco y el negro. Los mulatos eran considerados infames de derecho. Los hombres no podían tener armas. Las mujeres no podían vestir de seda ni usar chales, ni enojarse con oro, ni ponerse diamantes.²⁵ Sin embargo, solía paliarse el rigor de las leyes. Cuando llegue el momento, el español se aliara con los pardos contra los criollos.

Los negros, ya libertos, ya esclavos, sirven como domésticos y labran los campos.

Los indios laboran minas, y cultivan, en escala menor, la tierra. Estos antiguos señores de América vegetan tal vez más tristemente en el país de sus abuelos que los propios esclavos de Africa. Al contrario del negro, que convive en ciudades y campos con el hombre blanco, el indio, en mucha parte,

cumentos en que abunda la de Monsalve. La obra de Monsalve resulta más útil. Aunque el francés Jules Mancini dejó inédita en mucha parte, la mejor, su obra *Bolívar et l'émancipation des colonies espagnoles*, el volumen publicado (ed. Perrin, París, 1912) coloca al historiógrafo, por la comprensión del personaje y de la época, a la cabeza de los biógrafos modernos de Bolívar.

Al número de obras definitivas, en cuanto a juicio de conjunto, pertenece la del eminente historiador y sociólogo de México don Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington* (Madrid, 1917), aunque la obra de Pereyra, por su carácter mismo social y psicológico, extravase el género biográfico concebido a la manera clásica. Entre los ensayos breves de los últimos tiempos sobre el Libertador americano merecen figurar, en primer término, el *Bolívar* de Rodó (1913), escrito para servir de prólogo a las *Cartas de Bolívar, 1799-1822* (París y Buenos Aires, ed. Louis Michaud); el de Francisco García Calderón, en la obra *Les démocraties latines d'Amérique* (ed. Flammarion, París, 1912); el de F. M. Arcaya (que puede leerse, junto con el de García Calderón, traducido al castellano este último ensayo, en: *Simón Bolívar por los más grandes escritores americanos* (Madrid, 1915, edición Biblioteca Renacimiento). Debe, por último, mencionarse un trabajo del colombiano Vejarano, trabajo del que se inserta largo y jugoso fragmento en la obra recién citada: *Simón Bolívar por los más grandes escritores*, etc. (Notas de 1915).

Después de esa nota precedente hasta la fecha (1936) se han multiplicado las biografías de Bolívar y los comentarios a su obra y a su figura histórica. En este sentido se ha hecho más en 20 años que anteriormente en un siglo. Se cumple la profecía de Rodó: la figura de Bolívar crecerá en la conciencia universal en la medida en que crezcan los pueblos de América. Se han publicado en los últimos años sobre el Libertador nuevos libros en español, en inglés, en francés, en alemán, en holandés, etc. Entre toda esa balumba deben destacarse dos obras: la del maestro don Carlos Pereyra, de la que sólo ha salido a luz un tomo de crítica histórica de primer orden: *La juventud legendaria de Bolívar* y el libro *Mi Simón Bolívar*, del colombiano Fernando González, libro profundo en cuanto penetración psicológica del Libertador.

²⁵LEYES DE INDIAS: Leyes XIV y XXVIII. Título 5º Libro 7º

habita como al margen de la sociedad o forma una sociedad exclusiva, en pueblos aislados, con costumbres impuestas, aunque la legislación existente les reconoce el derecho de conservar sus costumbres, en cuanto no se opongan al catolicismo.²⁶

Los indios, vasallos del Rey, eran *encomendados* por el rey a terceras personas, que los explotaban y maltrataban sin conciencia. Ese era el régimen de encomiendas; y los favorecidos con la regia delegación se llamaban *Encomenderos*. Las *Leyes de Indias* —monumento de ciencia y filantropía—, que tanto beneficiaban a los indígenas considerándolos como menores, fueron a menudo, podría decirse siempre, vana admonición, letra muerta, para la crueldad de encomenderos codiciosos, y la avaricia y lujuria de clérigos y mandarines sin escrúpulos. Estas leyes sapientes y humanitarias prueban en sus restricciones, con la misma evidencia que el relato ya apasionado, ya justiciero, de los mismos españoles, desde Fray Bartolomé de las Casas, religioso del siglo XVI, hasta Jorge Juan y Ulloa, marinos y hombres de ciencia del siglo XVIII, cómo la infelicidad de los indios no tuvo tregua. También podría probarlo, elocuentemente, la estadística.²⁷

Españoles, criollos, pardos, indios, negros y sus mezclas coexisten en América abominándose mutuamente: el español y el criollo se malquieren; ambos desprecian al pardo, esclavizan al negro y explotan al indio. Las castas inferiores pagan con odio, manifiesto o no; y se creería que algunas veces odian más al criollo que al conquistador. Cuando llegue la revolución, las clases inferiores se unirán sin mayor repugnancia, y a veces del mejor grado, a los dominadores extranjeros contra los libertadores conacionales. La anarquía va a tener, roto el dique de la férrea dominación secular, un ancho y propicio cauce.

4º La revolución de Hispanoamérica se produjo cuando llegó a madurar e influir por el número una raza, hija de la raza conquistadora, capaz de destruir el poder de los que dominaban, y apta para ejercer el gobierno propio. Este fue el origen primordial de la emancipación. Hubo, sin embargo, circunstancias adventicias que contribuyeron a determinar, como factores de importancia, el movimiento revolucionario. Entre estas circunstancias adventicias que obraron sobre la raza nueva —precipitando decisiones que siempre habría tomado—, cuéntase, en primer término, la

²⁶Ibídem: Ley IV, Tít. 1º Libro 2º

²⁷En obsequio de la verdad, como exculpación a España y para baldón de América, debe añadirse que las Repúblicas liberales y humanitarias del Nuevo Mundo, que alardean de una legislación democrática, no se han portado, ni se portan aún, mejor con los indios que la España ultramontana de los siglos pasados. En Méjico, bajo Porfirio Díaz —que era mestizo— se les persigue, víctima y despoja con ensañamiento oficial. En Argentina se les extermina. En Venezuela, por Alto y Bajo Orinoco, se les engaña, roba y maltrata. Lo mismo ocurre en la Goagira de Colombia. En la Goagira de Venezuela se les roban los niños a los padres y se les emplea como esclavos. En cuanto al Perú, ha provocado por su conducta escándalos internacionales en que ha terciado hasta el Papa, y se llama a los verdugos peruanos de la región cauchera “las fieras del Putumayo”.

política comercial de España en sus dominios, política que, fundada en el aislamiento de las colonias respecto al mundo, en negativos privilegios o en el monopolio de compañías explotadoras, hería los intereses de América e infundía a los criollos anhelos de reforma. Esa política se redujo durante mucho tiempo al privilegio para comerciar, de uno o dos puertos de España con uno o dos puertos de América, en circunstancias que ni aquéllos podían enviar con libertad lo que hubieran querido ni éstos recibir lo que hubieran necesitado. Dentro de este privilegio de puertos, había el de la nacionalidad de armadores y comerciantes, que debían ser españoles.

Carente España de ciertas industrias, hubo que recurrir a la industria de otros pueblos de Europa, para satisfacer las necesidades de sus colonias. Así el oro de América pasaba, por medio de España, a otros pueblos del viejo mundo. Como España necesitaba ganar, encarecía los productos que nos exportaba en calidad de agente.

Dada la geografía de América, el sistema anual y bianual de flotas a puertos determinados de América para que de allí se difundiesen las mercaderías por el continente, era absurdo. Mercancías ya muy costosas al arribo a Portobelo y que iban luego por tierra, al través del Continente, hasta el interior de la Bolivia actual, para de allí pasar a Buenos Aires, llegaban a este puerto, de por sí magnífico y fácil de servir directamente, como puerta y puerto para innumerables provincias del río de la Plata, con un 500 por 100 y a veces 600 por 100 de sobreprecio.²⁸

De aquí nació el contrabando que ejercieron en América holandeses, franceses y, naturalmente, los ingleses. Este contrabando con extranjeros rivales o enemigos —o rivales y enemigos— de España introdujo, junto con mercaderías, ideas anticatólicas y antihispánicas. Inglaterra sobre todo se cuidó de la introducción de este artículo.

Por lo demás, existía la prohibición de ciertos cultivos e industrias. En el apasionado cargo de pliegos contra España, que iban a justificar la revolución de independencia, Bolívar expone, entre “restricciones chocantes”: “la prohibición del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el rey monopoliza, el impedimento de fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre Provincias y Provincias americanas para que no se traten, entiendan ni negocien”.²⁹

²⁸Pueden consultarse respecto de la política comercial de España con América, entre otras, las obras siguientes: Barros Arana: *Historia General de Chile*, caps. IV y VI, ed. Santiago; Baralt: *Hist. antigua de Venezuela*, cap. XVIII, ed. París, 1841; Colmeiro: *Historia de la economía política en España* vol. II, ed. Madrid, 1863; Mitre: *Hist. de Belgrano*, I y II, sexta ed., 1913; Clive Day: *A history of commerce*, caps. XIX y XX, ed. New York, 1908; F. De Pons: *Voyage à la partie orientale de la Terre-Ferme*, ed. París, 1806; Bernard Moses: *The establishment of Spanish rule in America*, cap. XI, ed. New York, London, 1907. Véanse también las *Leyes de Indias*, en lo pertinente a la reglamentación de comercio.

²⁹Cartas de Bolívar, 1799-1822; págs. 140-141, ed. Louis Michaud. París y Buenos Aires.

Entre las circunstancias adventicias que precipitaron la revolución, deben mencionarse las de carácter político interno, como ser la asunción, mejor se diría el acaparamiento ininterrumpido del poder por los europeos, con exclusión de los criollos, que se sentían no ya extranjeros en su propia patria, sino supeditados a una casta favorecida.³⁰

Deben mencionarse también las circunstancias de carácter internacional, como ser la decadencia de España; la política inglesa, que aspiraba a desorganizar el hermético imperio político español, para formarse Inglaterra un imperio comercial en naciones libres o no políticamente, pero en capacidad de comprarle y venderle; el ejemplo de las trece colonias británicas del Norte, y, por último, la difusión, al través de libros europeos, de las ideas filosóficas de Locke y los enciclopedistas, y el drama contagioso y magnífico de la revolución francesa, que empieza con la declaratoria de los derechos del hombre y culmina con una serie de soldados audaces que se sientan, por derecho democrático, en tronos que antes ocupaban monarcas de derecho divino.

Pero todo esto fue adventicio; concausas de ocasión. Lo esencial para una revolución es tener un ideal, un interés y encontrar quien la realice. En América la inició —como siempre ocurre cuando se emprenden cambios de tal índole— un grupo oligárquico, la *élite*, los mejor preparados por la riqueza, la posición, los viajes, la cultura.

Como en América había castas, emprendieron el cambio los de la casta superior; es decir, los criollos; es decir, los blancos; es decir, los vástagos del español. Ellos enrolan más tarde, y paulatinamente, a los demás hijos de América, de toda casta y color; los enrolarán no sin dificultades, después de múltiples vicisitudes por conseguirlo, después de un proceso lento de ideas y nociones nuevas en el alma de las clases y razas inferiores de aquella heterogénea sociedad.

Ninguna potencia prestó apoyo oficial a la revolución de Hispanoamérica, como favorecieron Francia y España con apoyo moral y muy sólido y decisivo apoyo material a las colonias británicas del Norte, hoy Estados Unidos. Los extranjeros que van a servir la libertad en América Latina lo hacen como particulares; a despecho, a menudo —como en el caso de los franceses—, del gobierno de la nación a que pertenecen. Ingleses llegaron en número crecido, principalmente a Venezuela. Pero ¿qué signi-

³⁰El mismo Libertador, en el documento recién citado, que es la célebre carta de Jamaica (*Kingston, 6 de septiembre de 1815*) dirigida a un caballero inglés, dice: "¿Quiere usted saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón; las llanuras solitarias, para criar ganado; los desiertos, para cazar bestias feroces; las entrañas de la tierra, para extraer el oro... Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos, y, digámoslo así, ausentes del universo, en cuanto es reativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes, ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos, pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; y no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas, y casi ni aun comerciantes..." (*ob. cit., pág. 141*).

fican, en suma, unos cientos de franceses, otros cientos de alemanes y varios miles de ingleses que militan bajo las banderas de Bolívar, en una guerra en que desaparecen, como en la guerra de Colombia, 600.000 vidas?³¹

5º La repercusión que alcanzó en Europa y Estados Unidos la revolución de Hispanoamérica estuvo de acuerdo con la magnitud y trascendencia de la obra en sí.

La cuarta o quinta parte del mundo conocido, un continente íntegro, poblado por muchos millones de hombres, nacía a la vida política, tomaba puesto en la sociedad de las naciones, entre los esplendores de una epopeya admirable y con la esperanza, justificada, de un porvenir inmenso. Ese continente, secuestrado hasta entonces, se abría al esfuerzo de todos los hombres, y donde antes imperaban el monopolio, el absolutismo y la teocracia, proclamábanse: la república, como forma de gobierno; la libertad, en todos los órdenes, como aspiración unánime, y el credo democrático,

³¹Esta cifra de pérdidas en país de población reducida como Colombia prueba lo cruenta que fue la guerra en esa parte de América; y lo prueba mejor si se recuerda que las pérdidas de Francia en las guerras de la revolución y del imperio — a pesar de tener Francia una población de muchos millones —, fueron apenas cuatro veces mayores. Los países que constituyeron la república de Colombia, la capitánía general de Venezuela, el virreinato de Nueva Granada y la Presidencia de Quito tenían, respectivamente, para el 19 de abril de 1810, en que se inició la independencia, la población que el siguiente cuadro demuestra:

EN 1810	HABITANTES
Nueva Granada	1.400.000 (según Restrepo).
Ecuador	600.000 id.
Venezuela	975.972 (según Dauxion-Lavaysse).
<i>Total</i>	<u>2.975.972</u>

En 1825, cuando terminó la guerra, se hizo un censo oficial que debió considerarse por los tres países como bueno porque sirvió de base, en 1834, para la tripartición de la Deuda pública. (v. *Colección general de los Tratados públicos celebrados por Colombia y Venezuela*, etc., páginas 90-101. ed. Valentín Espinal. Caracas, 1840). Según aquel censo la población quedó reducida así:

Nueva Granada	1.228.259
Ecuador	491.996
Venezuela	659.633
<i>Total</i>	<u>2.379.888</u>

Luego habían perdido durante la guerra cerca de 600.000 vidas, divididas de este modo:

Nueva Granada	171.741
Ecuador	108.004
Venezuela	316.339
<i>Pérdidas totales</i>	<u>596.084</u>

Y al comparar las pérdidas de un país de 3.000.000 escasos de habitantes con las pérdidas de Francia (1789-1815) hemos hecho caso omiso, adrede, del resto de la América Latina. Pero como la revolución de Hispanoamérica fue una, continental, ¿por qué

como elemento social de justicia y de progreso. Todos los desheredados del planeta tendrían allí instituciones libres, igualdad civil, tolerancia de credos, libertad de comercio, campo sin límites y sin restricciones para el esfuerzo humano.

El nacimiento de las repúblicas de Hispanoamérica fue una aurora para el mundo.

La antigüedad no conoció nada semejante. El Nuevo Mundo republicano, según expresión de Canning, al reconocer Inglaterra la soberanía de nuestras patrias, venía a restablecer el equilibrio del mundo.

reducirla a un rincón de América, aunque en ese rincón se riñeran las más numerosas y tremendas batallas de la independencia? Recuérdense, pues, las pérdidas de México. país bien poblado, que fueron inmensas. Allí quedaron destruidas, a la muerte de Morelos, varias provincias del centro. Allí Hidalgo levanta, desde la aurora de la revolución, masas de 100.000 reclutas que los veteranos enemigos dispersan y destruyen fácilmente. Allí, después de la batalla de Cautla-Amilpas, pudo exclamar regocijado el feroz virrey Calleja: “en siete leguas a la redonda esteran el campo cadáveres de insurgentes” Y a las pérdidas de México agréguense a las de Chile, Bolivia, Argentina, Perú, Ya en 1815 se calculaban las pérdidas de Hispanoamérica en 2.000.000 de hombres, aunque tal vez el cálculo fuera, en 1815, voluntariamente exagerado, para los efectos de la propaganda. En todo caso la revolución de Hispanoamérica — país que entonces tenía, en conjunto, una población de 15.000.000 de habitantes — fue de una importancia bélica muy superior a la revolución de Angloamérica, tanto por el número de batallas que se libraron como por los heroísmos a que dio ocasión, las pérdidas que se lamentan, los años que duró y la estatura militar de los campeones en uno y otro bando. La guerra de emancipación de los Estados Unidos careció, por fortuna para ellos, de aquel carácter terrible. Ya se conocen nuestras pérdidas. El sufrimiento había durado largos años. El esfuerzo había sido enorme. “El decrecimiento de la población es visible — dice un viajero inglés — por dondequiera que he pasado en Venezuela. En ciudades y campos descúbrese signos de destrucción y decaimiento... El país empieza apenas a recobrase...” (John Hawkshaw: *Reminiscences of South America*, pág. 38, ed. London, 1838). Las poblaciones, en efecto, destruidas y los campos sin brazos que los cultivasen, movían a compasión. Todo estaba indicando la catástrofe larga e inmisericorde que había pasado por allí. En los demás pueblos de América, con excepción de Buenos Aires, cuya población aumentó durante la guerra, ocurría algo semejante, ya que no igual. En cambio, en los Estados Unidos, el caso de Buenos Aires fue lo común: la población aumentó, en vez de mermarse, durante la guerra de emancipación, y no aumentaría precisamente por largos contingentes de inmigración. Véase el cuadro siguiente:

POBLACION DE LOS ESTADOS UNIDOS

En 1775	2.750.000
En 1783	3.250.000
En 1790	3.929.000

Un historiador de nacionalidad y lengua francesas, observa: “el aumento fue, durante los quince años de guerra y de agitación constitucional, de 1.200.000 habitantes: o sea, del 45 por 100”. (Auguste Moireau: *Histoire des Etats Unis d’Amérique*, vol. II, págs. 220-221. ed. Hachette. París).

Hoy se regatea a los latinoamericanos su esfuerzo. ¿Quién se lo regatea? Historiadores oficiales y semioficiales de Francia. La lista de nombres sería larga.

Es incomprensible que Francia se plazca en desconocer a los hijos americanos de su espíritu, con los que tiene tantos vínculos que ignora.

Ahora mismo, en la guerra que está devorando a Europa, ¿qué representa Francia? Representa el orden internacional, la lucha de la nacionalidad contra la conquista, la lucha de la independencia contra el imperialismo; y en el orden político interno la causa de Francia es la causa del gobierno democrático contra la autocracia. Representa Francia, pues, en la guerra contemporánea, los ideales por que América luchó un siglo atrás; los

Y si fue la aparición del continente bolivariano, convertido en república, una empresa que, por su magnitud, no tuvo semejante en la antigüedad; si por la mera circunstancia de constituirse el Nuevo Mundo hispánico en naciones independientes, iba a restablecer el equilibrio del mundo, roto en favor de Europa, fue el triunfo de la América Latina una aurora para todos los pueblos, porque reaparecieron la democracia y la libertad, para influir con su ejemplo sobre época la más cruda de reacción absolutista.

No se olvide lo que ocurría entonces en Europa: era la Edad de Oro de la Santa Alianza; el absolutismo, por medio de esa Alianza de reyes, llamada Santa, ahogaba en Europa todo conato de libertad y borraba por mano del verdugo, del sacerdote y del soldado, todo vestigio democrático y revolucionario, en nombre del derecho divino. Y no fue baldío el aparecer triunfante en América Latina de la libertad y la democracia republicanas. Ellas iban a influir, e influyeron, en la Europa reaccionaria. La revolución de Hispanoamérica prestó, por consiguiente, un servicio de monta al progreso político.

ideales que hizo triunfar Bolívar en el Nuevo Mundo. ¿Qué mucho, en consecuencia, que las simpatías de América vayan hacia Francia? Lo incomprensible es que ciertos franceses de ahora, republicanos, demócratas, personajes semioficiales, no demuestren simpatías, a su turno, hacia nuestras luchas de emancipación y hacia nuestros héroes representativos.

De toda Europa ha sido Francia tal vez el país más desatento —no puede ser más comedida la palabra— con América Latina. Le Bon, Tarde, Demolins, no me dejarán mentir; ni me dejarán mentir periodistas que tan graciosamente ríen de nuestros infortunios ni diplomáticos que tan cínicamente los explotan. Todos ellos parecen confabularse para destruir el afecto que nos han inspirado hacia Francia los maestros del pensamiento francés. Al grupo de confabulados, que no hacen daño con sus opiniones y su conducta sino a su pueblo, habría que agregar buen número de franceses que se ocupan de historia universal: Seignobos, el primero para quien todo calificativo, hasta el de imbécil, sería inexpressivo. El pedagogo Seignobos no ve en Bolívar sino un criollo pálido, de cara larga, ambicioso, pérfido, hombre de ciudades, muy hablador. (*Hist. contemporaine*, págs. 595-597, ed. A. Collin, París, 1908).

¿No aseguran, por su parte, los historiadores Lavissee y Rambaud, con rara desenvoltura, que la América Latina debe su emancipación a los extranjeros? En todo caso, no se la debe a Francia. "El triunfo de los patriotas no se debió solamente a sus valientes esfuerzos", dicen estos historiadores franceses, y agregan que se obtuvo merced a Inglaterra y los Estados Unidos. (*Hist. générale, du IV siècle à nos jours*. vol. X, págs. 828-866, ed. A. Collin. París, 1898). Como se advierte, esta vieja Francia busca donde menos se espera la ocasión de ponerse de rodillas ante los Estados Unidos. Va siendo su postura habitual.

¿Dónde se habrán documentado estos sabios de Francia para llegar a semejante conclusión a que nunca llegaron, hasta ahora, ni americanos latinos, ni americanos sajones ni ingleses? No tardé mucho en conocer la documentación en que se apoyaban (pág. 866). Se apoyaban en Larrazábal, *Life of Simón Bolívar*, New York, 1866. Por arte de magia habían traducido los señores Lavissee y Rambaud la obra de Larrazábal al inglés, idioma al que nunca fue traducida. Tradujeron también el nombre del autor en *Larrazabal* y tradujeron el año de 1865 en 1866.

Otra fuente de información exacta parece que fue Restrepo, *Historia de la revolución de la rep. de Colombia*, París, 1827, 18 volúmenes. En esta cita empezaron Lavissee y Rambaud, de seguro, a escribir historia de América, pues aparecen colaborando con Restrepo, a cuya obra contribuyen con ocho volúmenes nada menos. La edición de la obra que citan (París, 1827) no tiene, en efecto, sino diez volúmenes: siete de texto y tres

Los liberales de todos los países volvieron los ojos al Nuevo Mundo y a su Libertador; y en aquella lucha americana de quince años, entre el pensamiento y la teocracia, entre el monopolio y la concurrencia del trabajo, entre la libertad y el absolutismo, admiraron el triunfo de los pueblos sobre los reyes, del derecho sobre la fuerza, de las nacionalidades sobre el imperialismo. Los principios de la revolución francesa, vencidos en Europa, desaparecieron con la caída y muerte de Napoleón (1815-1821). Por ese tiempo Bolívar, como recuerda el historiador universal César Cantú, los salvaba en el Nuevo Mundo (1816-1826).³²

Se puede seguir en Europa, año por año y pueblo por pueblo, la influencia más o menos eficaz de la revolución de Hispanoamérica.

El primer pueblo que puede servir de comprobante es España, la propia heroica nación que salió a combatir la revolución americana, en nombre del derecho de conquista, contra el ideal de nacionalidades, que representábamos nosotros. En 1820 ocurre la revolución española, promo-

de documentos. Les pareció poco a estos sabios, que generosa y escrupulosamente agregaron ocho volúmenes.

Se apoyan también en Rivas, *Historia de Simón Bolívar* (Madrid, 1883). Este libro, que tanto ha servido a los beneméritos hijos de Francia preocupados de la historia de América, no tiene más que un defecto, y es que no existe.

Otra fuente de conocimientos parece que fue Leary, *Memorias*, Caracas, 1879-1881, 16 vols. Escatiman al autor volúmenes y aun letras del nombre si se refieren los ilustres hijos de Francia y eminentes historiadores de Bolívar a las *Memorias del general O'Leary*, en 32 volúmenes. Tampoco fue publicada esa obra monumental en 1879-1881, sino en 1879-1888.

¿A qué seguir? Con semejante escrupulosidad, ¿qué mucho que digan cuanto dicen? Y esos libros sirven, como los de Seignobos, para estudiar y conocer en las escuelas de Francia a toda una raza. Debemos agregar que esta obra de Lavissee, Rambaud y demás Rambaud y Lavissee que allí colaboran, es una de las mejor documentadas y de las más imparciales y verídicas de cuantas, desinteresadamente, publican en Francia, de cierto tiempo a esta parte, miembros del Instituto y profesores de la Sorbona sobre América Latina.

Estamos íntimamente convencidos de una cosa: después de la guerra de 1914, Francia se percatará de que existe en el mundo algo digno de consideración, además de Europa, como se percató después de 1870 de que había en Europa algo digno de consideración, además de Francia. Ya es un síntoma el poder nosotros anunciar en esta misma nota que un funcionario consular francés, que es al mismo tiempo un literato y está admirablemente documentado respecto a historia de América, M. Marius André, prepara una refutación en forma a Lavissee, Rambaud, Seignobos y comparsas — al mismo tiempo que escribe una *Vida de Bolívar*, digna del Libertador americano y digna de la literatura francesa.

Por lo demás, sépase que si el autor de esta nota se detiene a hablar de Seignobos, Lavissee, etc., es porque son franceses, y porque el dardo francés nos hiere más que otro alguno a todos los americanistas, ya que es hacia Francia y hacia España, por diferentes motivos y en diverso grado, hacia donde va principalmente nuestra simpatía. Que el alemán Gervino, por ejemplo, aprecie el carácter y la epopeya de Bolívar en términos de absoluta incompreensión, ¡qué nos importa! El pertenece a una raza a la que la libertad debe muy poco; a un pueblo de káiseres irresponsables, donde los ideales que representa Bolívar no gozan, en la inmensa mayoría, de prestigio ni favor. Pero ¡Francia...! Habrá que ir sentándole un poco la mano a este insolente país para que abra los ojos.

³² "C'est avec une poignée de monde qu'il propagea la révolution, quand précisément Bonaparte la laissait périr en Europe avec cinq cent mille soldats". C. Cantú: *Histoire Universelle*, tr. par Eugène Aroux; vol. XVIII, pág. 492, ed. Firmin Didot. París, 1848.

vida por Riego, Quiroga, etc. Aquellos ilustres jefes, al frente de las mismas tropas que debían ir a luchar por el absolutismo en América, derrocan el poder absoluto en España. Lo hacen con el propio espíritu que nosotros y hasta con palabras semejantes. Hay proclamas de Quiroga que parecen un eco de las proclamas de Bolívar. El ejército, como el nuestro, recibe el título de libertador.³³ La entrada solemne que se preparó a Riego en Madrid, después de la entrada ordinaria, parece trasunto de la entrada solemne que se preparó a Bolívar en Bogotá (1819) después de su entrada a la calladita en persecución del virrey Sámano. Si el espíritu es uno, y las formas en que se exterioriza parecidas, ¿no tenemos derecho a concluir que hubo influencia de una revolución en otra?

Innúmeros liberales españoles antes y después de 1820 volaron a América y contribuyeron con su talento y su valor al triunfo de la república y la democracia, bajo las banderas de la independencia. La lista sería inmensa. Muchos de los que quedaron en España consideraban a los americanos, después de 1820, como compañeros de causa.³⁴

Osados corsarios de Colombia abordaban las costas de España. Por la cabeza de Bolívar había pasado la idea de ponerse de acuerdo con los liberales de la Península para intentar un golpe contra Fernando VII. Esta idea, difícil de realizar, no era desconocida. El embajador de Francia en Madrid, monsieur de Moustier, escribe al ministro francés de Relaciones Exteriores, barón de Damas, en 13 de febrero de 1826: "La consternación reina ya en todos los puertos con motivo de las hostilidades contra la Regencia de Argelia y los perjuicios que causan los corsarios colombianos. En estos puertos, más que en las ciudades del interior, gana prosélitos el sentimiento revolucionario, hasta el punto de tenerse el convencimiento de que, si bajo semejantes disposiciones, se presenta en las costas de España una escuadra insurrecta americana, sería imposible contener el desbordamiento revolucionario".³⁵

Uno de los mayores pensadores españoles de nuestros días, si no el mayor, ha escrito en vigoroso ensayo donde estudia a Bolívar, considerándolo un idealista español: "Nuestros más generosos héroes de la libertad, los que lucharon por ella desde Cádiz y luego bajo el horrendo reinado del abyecto Fernando VII, aquellos héroes no superados por los liberales españoles de tiempos más próximos al nuestro, aquellos nobilísimos doceañistas y sus inmediatos sucesores, convivieron con Bolívar y con él se hicieron... A él, al Libertador de la América española del Sur, debe mucho, muchísimo, el liberalismo español".³⁶

³³Véase Modesto Lafuente: *Hist. de España*, vol. XVIII; pág. 245, en nota. Barcelona, 1889. "El ejército, llamado libertador...".

³⁴Véase *Annuaire historique universel pour 1820*, pág. 453. París, 1821.

³⁵Véase C. A. Villanueva: *La Santa Alianza*, págs. 249-250. ed. Ollendorff. París.

³⁶Miguel de Unamuno: *Don Quijote Bolívar*, pág. XV. (Al frente de la obra: *Simón Bolívar, por los más grandes escritores americanos*, ed. Renacimiento. Madrid, 1914). El profesor bonacrense Sr. León Suárez ha publicado recientemente un folleto, *Carácter de*

El principio de la revolución latinoamericana de que cada pueblo es dueño de su destino, principio que fue la esencia de nuestra revolución, como la esencia de la revolución francesa fue el principio de los derechos del hombre; aquel principio latinoamericano se contiene íntegro, por ejemplo, en el discurso que la revolución española, triunfante por el momento, puso en labios del rey Fernando VII: ¿no aseguró este pérfido monarca, en efecto, al abrir las Cortes el 1º de marzo de 1821, que la independencia, la libertad y la prosperidad de las naciones son principios que España respetará inviolablemente?³⁷

De España se difundió el espíritu revolucionario, conservando lo que tenía de americano, por casi todos los pueblos de Europa.

Y el espíritu americano lo sorprendemos en otras revoluciones europeas de esos tiempos: en la de Grecia, por ejemplo, país que sacude el yugo turco, y en la actitud de Dos Sicilias.³⁸

La idea de independencia, de soberanía, de nacionalidad fue como un reguero de pólvora: de Hispanoamérica pasó a España, de España a Italia, de Italia a Grecia, a Polonia, que, desgraciada, no pudo sacudir su triple coyunda.³⁹

Por último, la revolución francesa de 1830 es el reencendido definitivo en toda Europa de aquella antorcha de libertad que lució con las revoluciones de Holanda e Inglaterra débilmente; que luego cobró fuerza, primero, en los Estados Unidos, y más tarde, en Francia, hasta que, apagada en el Viejo Mundo, se mantuvo en América y fue paseada en triunfo, al través del continente, por Bolívar, de cuyas manos pasó a Europa.

la revolución americana (Buenos Aires, 1917), cuya tesis consiste en afirmar que los liberales de España y los independientes de América luchaban por la misma causa: la libertad; y que se entendían perfectamente. Cita, en apoyo de su tesis, estas palabras del célebre español, emigrado en Londres, Blanco White. "antes que españoles somos hombres y les encontramos derecho a esas colonias para resistir al absolutismo".— El problema americano era mucho más complicado, obedecía a razones más profundas y escondía propósitos mucho más trascendentales de lo que supone el profesor Suárez. Con todo, su libro, que entraña segmentos de una verdad histórica, es útil, además, para desvanecer, principalmente en Argentina, el absurdo aborrecimiento hacia la nación que descubrió y civilizó a la América, nación en cuyo pasado se encuentra la raíz de nuestras democracias.

³⁷Discurso del Trono.

³⁸"El parlamento nacional (*de las Dos Sicilias*) declara:

... "2º Que ella (la nación) no se mezcla en el gobierno de otras naciones; que no tolerará jamás que otros pueblos se entrometan en su gobierno; y que está dispuesta a emplear todos los medios de que dispone para que ninguna nación prescinda de estos principios".

³⁹Véase Emile Olivier: *L'Empire Libéral*, vol. I, págs. 132-134, ed. París—. El antiguo ministro de Napoleón III pasa lista a los pueblos donde el ejemplo de América y de su capitán ejerce mayor fascinación; cita a Alemania, Nápoles, Piamonte y Grecia. "En España,—continúa Emile Olivier— la influencia de Bolívar fue más violenta. La miseria, la cólera inspirada por el gobierno cruel e inepto de Fernando VII, provocaron una revuelta militar en 1820".

6º El nombre de Bolívar se vinculaba entonces, a los ojos del mundo, como se vincula en la historia, a la idea de independencia para las naciones y de libertad para los hombres.

Su figura, además, rica en facetas, en cuanto genio de acción y genio de pensamiento, deslumbra a los pueblos tanto en Europa como en América.⁴⁰

En 1817 y 1818 atraviesan el océano millares y millares de soldados europeos, ociosos después de las guerras napoleónicas. Van a servir la libertad, en América, bajo la dirección de Bolívar. ¿Quiénes acuden en número mayor? Los ingleses. Tienen aquellas tropas inglesas que sirven con el Libertador un doble carácter histórico: habían luchado contra el despotismo de Napoleón, hasta rendir al coloso; y luego, cuando desaparecido Napoleón, se impuso en Europa la autocracia absolutista e irresponsable, nulificando y extinguiendo momentáneamente la obra política de la revolución francesa, en lo que tuvo de bueno y trascendental, esos soldados de Inglaterra representaban la fuerza de la única gran potencia en donde las ideas liberales hallaban asilo. Tiene, pues, significación bien precisa el que los soldados de Inglaterra, representantes de las ideas liberales en Europa, corriesen a la América a militar bajo las banderas de Bolívar.⁴¹

Los miembros de familias eupátridas en pueblos irredentos, corren cerca del Libertador, para aprender cómo se conducen los pueblos a la emancipación. Así Miguel Rola Skobisky, sobrino de Kosciusko, el héroe polaco del siglo XVIII, "exaltado por las glorias del Libertador del Nuevo Mundo —escribe—, he abandonado mi patria, he atravesado el diámetro del globo, para tener la honra de servirle..."⁴²

O'Connor, el gran patriota, pariente de los reyes de Irlanda, le manda un hijo.⁴³ O'Connell, el gran tribuno, en cierto modo el Bolívar sin fortuna de Irlanda, le envía también a su primogénito (1818), con estas nobles palabras dignas del mármol: "Siempre he tenido simpatías por esta

⁴⁰*Le chef que les colonies insurgées acceptèrent, le colombien Bolivar, réunissait tous les dons qui exaltent les imaginations: il était également brillant comme homme, comme orateur, comme écrivain, comme soldat.*

Salué du nom de Washington de l'Amérique du Sud, il paraissait à beaucoup d'enthousiastes, supérieur au Washington du Nord. Son nom, symbole d'indépendance et d'héroïsme, exalté en Europe non moins qu'en Amérique, circulait parmi les peuples mécontents et les ranimait". — (Emile Olivier: *L'Empire libéral*, vol. I, págs. 122-123, ed. Garnier, París).

⁴¹Véase sobre la Legión británica una monografía de F. A. Kirkpatrick en el *Times*, de Londres (*South American Supplement*), número correspondiente al 30 de mayo de 1912.

⁴²*Memorias del general O'Leary: Correspondencia*; vol. XII, pág. 400, ed. de Caracas, 1881.

⁴³El 22 de junio de 1829 O'Connor, desde Londres, pregunta a Bolívar por su hijo, que se ha distinguido en Ayacucho: "agradeceré a usted me escriba, siquiera sea para decirme que usted goza de buena salud y agradeceré también que usted agregara que mi hijo, de quien me enorgullezco, se ha conducido de un modo digno de su nombre, de sí mismo, de su familia, de su desgraciada pobre patria y de la causa que ha estado defendiendo". (O'Leary: *Correspondencia*. XII, 398).

noble causa (*de la libertad humana*). Ahora que poseo un hijo capaz de llevar una espada en su defensa, lo envío a vuestra excelencia, ilustre señor, para que, admirando e imitando vuestro ejemplo, sirva bajo las órdenes de vuestra excelencia".⁴⁴ El general D'Evereux hace otra cosa: da una lección objetiva de emancipación a su pueblo y conduce a los campos de batalla de América una legión irlandesa.⁴⁵

De todas las regiones del globo vuelan polluelos de águila hacia el hombre que miran como el Napoleón del Nuevo Mundo.

Un hijo del Emperador de México, un pariente del Príncipe Ipsilante, de Grecia, aspiran a servir con el Libertador.⁴⁶ Es más: el ex rey de España, José Bonaparte, propone para edecán de Bolívar a un sobrino de Napoleón, hijo de Murat. "Bedford Wilson lo comunica al Libertador con estas palabras: "Pasé un día con el conde de Servellier (*José Bonaparte*) en su retiro delicioso. Me habló bien de V. E.; a veces con entusiasmo. Pero se veía que estaba bien impuesto de la opinión de V.E. relativa a su hermano. Aun me preguntó si ya se conformará V. E. más con sus ideas. Me pareció extraño oír a un *ci-devant* rey de España hablar bien de V.E. y ser suplicante para que V. E. se dignara admitir un hijo del Rey de Nápoles, Murat, su pariente, de edecán de V.E."'⁴⁷

El arte se apodera del héroe: Casimiro Delavigne, entonces muy célebre, lo canta. El nombre del Libertador repercute en la lira de oro de Byron, quien da el nombre de Bolívar a su yate y sueña en atravesar el Atlántico para "habitar en la América del Sur, quiero decir en la patria de Bolívar".⁴⁸ Heine piensa en él cuando pide que pongan una espada de libertador sobre su tumba de poeta. Los pintores y grabadores de toda Europa lo pintan y graban, de memoria, a veces con sobrada independencia. Balzac, más tarde, le rinde un homenaje en *La femme de trente ans*; y mientras David D'Angers se prepara a esculpir el perfil del prócer, entre los medallones de Bonaparte y de Goethe, Canova predice a Tenerani, heredero de su cincel y su discípulo más amado —predicción que va a cumplirse— que había nacido para inmortalizar la figura de Bolívar. En Amé-

⁴⁴Carta de Daniel O'Connell a Bolívar; Dublín, marzo 2 de 1819. O'Leary: *Corresp.*, XII, 261-262.

⁴⁵Sobre los contingentes irlandeses e ingleses v. Restrepo: *Hist. de la revolución de la Rep. de Colombia*, vol. III, pág. 608 en nota, ed. Besançon, 1858.— F. Loraine Petre: *Simón Bolívar: A life of the chief*, pág. 213, ed. Londres-New York, 1910.— *Cartas de Bolívar*, págs. 304-305 en nota, ed. Louis-Michaud. París y Buenos Aires.— Pueden consultarse también memorias y libros de impresiones de los oficiales anglo-irlandeses, como la obra de G. Hippiusley: *A narrative of the expedition to the Rivers Orinoco and Apure*. Londres, 1819.

⁴⁶Carta de Bedford Wilson al Libertador: New York, marzo 23 de 1829, v. O'Leary, *Corresp.*, XII, 103.

⁴⁷Ibidem, págs. 102-103.

⁴⁸Carta de Byron a M. Ellice: Montenero, Liorna, junio 12 de 1822. Blanco-Azpurrúa: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. VIII, pág. 423, ed. Caracas, 1876.

rica, el peruano Gil, el ecuatoriano Salas, el granadino Espinoza, el italiano Meuci, el naturalista francés Roulin, legan a la posteridad los rasgos del prócer que servirán, andando el tiempo, para las estatuas futuras y los futuros lienzos. En América, además, Heredia, Bello, Olmedo entonan en su honor cantos magníficos. Los mejores que hasta ahora ha producido la lira del Nuevo Mundo, y que prueban que todas las energías de la raza vibraron, al unísono, en aquellos días genésicos. ¿Qué más? La musa de la historia, ya en el nuevo, ya en el antiguo mundo, empieza, aun en vida del héroe, a encariñarse con él.⁴⁹

Las naciones, en cuanto colectividades, no simpatizan menos con el héroe que personas aisladas. Su prestigio es inmenso. "Llena un mundo con sus beneficios y ambos con su nombre", ha dicho con verdad Larrazabal.

París, aún bajo la restauración borbónica, da el nombre de Bolívar a la moda, como lo recuerdan Víctor Hugo en *Los Miserables*, y Scribe, en alguna de sus comedias.⁵⁰

"Todo el mundo dice aquí —le escribe un corresponsal de París—, como lo dicen los que están cerca de usted: que usted es el primer hombre

⁴⁹Varios libros de historia americana —aparte los de polémica— se publicaron en Europa, viviendo aún el Libertador. Una *Histoire de la Colombie*, por Lallement, apareció en París, en 1826. *Resumé de l'histoire des révolutions des Colonies Espagnoles*, par Setier (París, 1827) se titula una de estas obras. Oficiales extranjeros echados por Bolívar del ejército, con razón o sin razón, o separados voluntariamente, desavenidos con el país y con el jefe, se vengaron en Europa escribiendo contra la América y contra Bolívar. Uno de ellos, el inglés G. HIPPISEY, autor de *A narrative of the Expedition to the rivers Orinoco and Apure*, se retractó voluntariamente de su libro. Véase la carta de Hippisey al Libertador. (O'LEARY, *Correspondencia*, vol. XII, págs. 69-75). En su carta dice Hippisey: "Estoy ansioso de retractar aquellos sentimientos, reconociendo mi error, solemne y sinceramente". "Algunos han comparado a V. E. con Washington. Pero a Washington le faltaba la grandeza y firmeza de alma, la verdadera independencia de espíritu; la liberalidad de sentimientos y la constancia con que Bolívar ha inmortalizado su nombre, y se ha hecho sin par en los anales de la historia".

Otro libelo contra el Libertador fue obra del pianista francés y maestro de idiomas Ducoudray-Holstein, a quien Bolívar expulsó de su lado en 1816, y que desde esa fecha se retiró del lado de Bolívar y no pisó la América de lengua española. En su libro se dice general y jefe de Estado Mayor del Libertador: pura fantasía. El libro, que apareció en 1829, fue por su título: *Memoirs of Simon Bolivar*, traducido al francés y al alemán. En él se han inspirado Gervino y otros. La obra es una serie vulgar de calumnias; respecto al autor dice el inglés Loraine Petre, que es imposible no despreciarlo: *Ducoudray-Holstein and Hippisey "both had causes of personal resentment against him (Bolívar) which warped their judgement—and in the case of Ducoudray-Holstein it is impossible not to feel a great contempt for the writer himself, or think of him as anything but a vain and incompetent adventurer, whose main object is selfglorification"* (pág. 427). —Los americanos, antes de morir Bolívar, también publicaron varias obras de historia, siendo la mejor y más importante la de Restrepo, París, 1827. —La más curiosa, la defensa de *El Libertador del Mediodía de América*, por Simón Rodríguez, Arequipa, 1830.

⁵⁰Véase en *Bolívar pintado por sí mismo* (vol. II, pág. 57, ed. París, 1913), una caricatura de la época, con personajes que llevan el sombrero Bolívar. Este sombrero a que Bolívar da nombre es el que usan, como símbolo de amor a la libertad, Víctor Hugo, Byron, Heine, Rossini, Goya. El Goya de Benlliure —estatua de bronce erigida en Madrid— tiene un sombrero Bolívar en la mano.

del siglo".⁵¹ Y otro corresponsal de París, el general Alejandro Lameth, antiguo miembro de la Convención y célebre por su amor a la libertad, lo llama "el primer ciudadano del mundo".⁵²

Aunque todos lo crean en Francia, según la expresión del corresponsal de París, como lo creen en América, según la expresión del argentino Oro: "el primer hombre del siglo", existen intereses y sentimientos a los que la grandeza intrínseca del adversario no desarma, ni es lógico ni posible que desarme. El nombre de Bolívar sirve en Francia como bandera de combate. Los liberales franceses, La Fayette, Foy, Sebastiani, y los publicistas de la izquierda, comenzando por De Pradt y Benjamín Constant —este último lo atacará más tarde— lo defienden y exaltan.⁵³

Entretanto, lo miran como el aguafiestas de la reacción, los reaccionarios; lo consideran, con desagrado, como el viviente símbolo de la revolución. Así se llega hasta castigar como un crimen el que oficiales de la restauración borbónica se comuniquen con el Libertador de América, descoronador de Borbones. A un oficial de la restauración lo castiga su coronel, el marqués de Rochedragón, por haberle éste sorprendido al subalterno una carta admirativa para el Libertador.⁵⁴

Luis XVIII era entonces una amenaza para América y para Bolívar por sus veleidades de auxilio a Fernando VII, ya que la política legitimista de Francia parecía dispuesta a prestar apoyo a España para que ésta recuperase las perdidas colonias. Sin embargo, Luis XVIII, con ese optimismo propio de los reyes, creía también posible poderse servir de Bolívar, en obsequio de los intereses de Francia —que era lo que aconsejaban los estadistas más avisados de entonces—. Un día que la ocasión se presenta (20 de abril de 1820), Luis XVIII pide el retrato de Bolívar, pregunta detalles de su cuna, habla de su carácter y le augura un "bello destino" si la muerte no interrumpe el vuelo del águila.⁵⁵

Y no sólo en Francia: por todos los pueblos de Europa circula el nombre de Bolívar como símbolo de un ideal: el ideal de emancipación para las

⁵¹MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY: *Correspondencia*, vol. XII, g. 300, ed. oficial, Caracas, 1881.

⁵²V. O'LEARY, *Corresp.* XII, 378.

⁵³Véase la prensa de entonces; véanse también las *Memoires du commandant Persat*, ed. París, 1910. Este hombre atrabiliario, antiguo lancero de Napoleón, dice que todos los males que le ocurrieron en Francia, a su retorno de Venezuela (1819), fueron obra de los liberales, por haberse él expresado mal del Libertador y de los independientes (ch. II).

⁵⁴MEM. DEL GENERAL O'LEARY: *Correspondencia*, vol. XII, pág. 295.

⁵⁵"El rey, lleno de bondad y con su genio solícito, me dijo que me tranquilizara; me pidió el retrato de usted, que entregué al señor duque de Chartres, su primer gentil-hombre, y lo tuvieron en el Palacio de las Tullerías durante ocho días. Le citaré a usted las palabras del Rey: "Señora, yo no viviré para ver cumplirse en su totalidad el bello destino de vuestro primo; pero si no lo asesinan, podréis algún día hacerle un gran servicio y hacérselo también a los franceses cooperando a la reunión de los intereses de ambos mundos". *Carta de Fanny D. du Villars a Bolívar*, París, 6 de abril de 1826. (V. MEM. O'LEARY: *Corresp.*, vol. XII, pág. 295).

naciones, o sea, el derecho de cada nación a dirigir sus propios destinos, sin sujeción a países ni gobiernos extraños, por medio de hombres constituidos, gracias al voto y consentimiento de los demás ciudadanos, en gobierno. Representa también Bolívar el ideal de libertad civil para todos los ciudadanos, o sea, el derecho de cada hombre a disponer de sí y de sus bienes, el derecho de cada uno a hacer lo que le plazca, sin más limitación que el derecho ajeno y los derechos que se reserva, por medio de legisladores democráticos, la comunidad. Esos viejos anhelos, siempre nuevos, los encarnó Bolívar ante el mundo y mejor y con más brillo que ningún otro ser humano. Y como los hizo triunfar en la cuarta parte del mundo y provocó su levantamiento en varias naciones de Europa, Bolívar es un héroe de la libertad humana. Y en cuanto campeón de la libertad, merece que se le haya considerado y se le continúe considerando siempre como un bienhechor de la Humanidad. Con razón escribía el célebre publicista De Pradt en 1825: "La acción de Bolívar abarca el mundo"; y exigía para el Libertador: "el respeto que se debe a un bienhechor del Universo".⁵⁶

En Inglaterra, que le envía sus hijos por millares, Byron, como ya se indicó, lo canta y bautiza su yate con el nombre de Bolívar; la prensa lo saluda como a un héroe; los entusiastas ponen el nombre de Simón Bolívar a los niños, y cuando Canning liberta a los negros esclavos de las Antillas, realiza un acto ya cumplido en Tierra Firme por el Libertador y con expresiones que recuerdan, por lo menos en espíritu, expresiones análogas de Bolívar.

Los holandeses lo comparan con Guillermo de Nassau,⁵⁷ como los yanquis lo comparan con Washington. ¿Qué homenaje más sincero y más alto

⁵⁶He aquí las palabras textuales del Arzobispo de Malinas, embajador de Napoleón y diputado francés, en las que reconoce, como todos los contemporáneos, la universalidad de la obra de Bolívar:

"L'action de Washington n'a guère dépassé sa patrie; celle de Bolivar embrasse le monde; que dans sa reconnaissance, celui-ci lui voue le respect qu'on doit à un bienfaiteur universel, car il l'est; en cela il me fera qu'acquitter une dette. Par Bolivar, l'Univers s'enrichit d'un nom qui occupera une première place, parmi les objets de la juste admiration du genre humain". (Véase *Oeuvres politiques*, de M. de Pradt. *Congrès de Panama*, págs. 82-92. París, 1825. Béchét-Ainé, libraire-editeur. Quai 47, des Augustins).

Reproduce el interesantísimo juicio sobre Bolívar, que ocupa diez páginas (82-92) de la obra sobre el Congreso internacional de Panamá convocado por el Libertador, el historiador belga Simón de Schryver, en su obra *Esquisse de la vie de Bolivar* (Bruxelles, 1899) en las páginas 251-258 de dicho esbozo biográfico. El hijo del general O'Leary, editor de las Memorias de su padre, traduce al castellano el folleto íntegro de De Pradt sobre el Congreso internacional de Panamá y lo inserta en el tomo XI de la *Correspondencia* (págs. 194-233), como complemento a una carta de De Pradt al Libertador, ya que De Pradt acompañaba a su carta (*París, 27 de septiembre de 1827*), el folleto en cuestión y hacía en ella referencia a la obra.

⁵⁷Cuando el capitán Quartel, diplomático holandés, comparó a Bolívar con Guillermo de Nassau, Rusia, a la cabeza de la Santa Alianza, enemiga de la libertad de América, pidió explicaciones al ministro de Relaciones Exteriores de los Países Bajos, y no contenta Rusia, azuzó a España y a Portugal a que también pidiesen explicaciones. El español, según parece, recibió en contestación a una nota suya muy destemplada, una ruda y merceda respuesta. (Véase C. A. VILLANUEVA: *La Santa Alianza*, 136-137).

pueden rendir los pueblos a un extranjero que parangonarlo con la más alta cima de la historia nacional? Bernadotte, rey de Suecia, dice, por su parte, con vanagloria: "Entre Bolívar y yo hay mucha analogía"; y el gobierno sueco, por odio a las presiones de la Santa Alianza, "recibía siempre con entusiasmo la noticia de todo nuevo triunfo de Bolívar".⁵⁸ La Santa Alianza no descansa en el propósito de someter la América al yugo absolutista, primero; y más tarde y siempre en la empresa de impedir que se consolidase allí la democracia.

Los Estados Unidos, oficialmente, no ayudaron ni un momento a nuestra América, escudados tras la neutralidad; pero, pueblo liberal, no podía ver con indiferencia, desde el punto de vista de los principios, aquella renovación más en grande de la lucha que ellos mismos habían sostenido bajo la gloriosa égida de Washington, el Bolívar sin genio del Norte. El nombre de Bolívar y la comprensión de su genio y de lo beneficioso y trascendente de su obra fueron allí tan populares como en Francia y en Inglaterra y aun más tal vez. El espíritu liberal y republicano estaba allí más difundido; además, aquello les tocaba más de cerca, dada la comunidad de continente, y porque la obra de Bolívar consolidaba y prestigiaba la de Washington.

Los adversarios de Bolívar en los Estados Unidos fueron los que temían que cediese a la presión de Europa y se coronase Emperador. Era una oposición por razones absolutamente contrarias a la de los absolutistas de Europa. Pero estos opositores eran los menos.

Entonces se hizo de moda en los Estados Unidos —lo mismo que en las Islas Británicas—, poner el nombre de Simón Bolívar a los niños. Muchos lo recibieron.⁵⁹

El año de 1825 la familia de Washington, intérprete de la opinión pública de los Estados Unidos, y por conducto de La Fayette, envía al Libertador un recuerdo el más noble que un pueblo puede hacer: reliquias venerandas del más grande de sus hijos. La ofrenda consistía en una medalla que la capital de Virginia había dado al grande hombre, medalla que Bolívar, a partir de entonces, usó a menudo en las ceremonias públicas. Iban, además, un retrato de Washington y una mecha de sus cabellos. ¿Por qué se le enviaban a Bolívar aquellas prendas históricas que pertenecían a la gloria nacional de los Estados Unidos? Porque se veía en el Libertador, según la carta de Jorge Washington P. Custis, "el Washington

⁵⁸Ibidem, 148.

⁵⁹El hijo de O'Leary se llamó Simón Bolívar O'Leary; y entre los Simón Bolívar de los Estados Unidos, uno por lo menos adquirió, en la política de su país, bastante notoriedad. Este fue Simón Bolívar Buckner. —Simón Bolívar Buckner, hombre de Estado y general angloamericano, nació en Hart (Kentucky) el 1º de abril de 1823. Estudió en West-Point. Hizo la campaña de los Estados Unidos contra México. Hizo la guerra de secesión, a favor de los confederados o nortños. Gobernador de Kentucky de 1887 a 1891 fue, en 1896, candidato del partido democrático (*Gold Democrats*) a la vicepresidencia de los Estados Unidos.

del Sur"; era un homenaje tributado "a vuestras virtudes y a los ilustres servicios que habéis hecho a vuestro país y a la causa del género humano"⁶⁰

La Fayette, por su parte, al enviar a Bolívar el homenaje de Mount-Ver-non, le asegura que Washington, "entre todos los hombres que viven y aun entre todos los de la historia no a otro sino al general Bolívar hubiera preferido ofrecerlo".⁶¹

Más tarde, en 1828, la familia de Washington envió al Libertador, por medio del general D'Evereux, reliquias aún más íntimas de Washington; cartas a su esposa, escritas cuando el Congreso lo nombró jefe del Ejército.⁶²

Ya antes, en 1824, un oficial de la marina de guerra de los Estados Unidos visitó al Libertador en Huarás. Poco después publicaba un folleto en el que describía su viaje al interior del Perú y su entrevista con el Libertador.

"Fui introducido a un gran salón donde el general Bolívar estaba sentado a comer con cuarenta o cincuenta de sus oficiales, vestidos de hermosos uniformes; y como me dieron a conocer por oficial de marina de los Estados Unidos, Su Excelencia se levantó de la mesa, me dio cordialmente la mano y me hizo sentar a su lado. Me convidó a comer; pero luego me dispensó cuando me excusé de hacerlo. Yo presumo, dijo, que usted no habrá tenido mucho vino por el camino que trajo, y así espero no se negará a tomar una copa de champaña... Su cordialidad, su franqueza y cortesía, exenta de toda ceremonia, me disiparon enteramente la corte-dad que sentí al principio de mi presentación".⁶³

Y hace luego el siguiente retrato del Libertador:

"Era bien parecido, tanto de semblante como de persona; su estatura, aunque no alta, tampoco era pequeña... Sus ojos tenían una expresión que creo no puede pintarse ni con el pincel ni con la pluma. El color de ellos era castaño oscuro. Todo en él era grande e infundía respeto y admiración".⁶⁴

Una parte de la prensa angloamericana le fue enemiga, a partir de 1825. Se creía que el Libertador podía inclinarse al sistema monárquico en busca de estabilidad para su obra, obedeciendo a la ambición propia y a las sugerencias de Europa. Otra parte de la prensa y de la opinión en los Estados Unidos le abrió un crédito de confianza y no tuvo por qué arrepentirse. Si algún diplomático yanqui en mangas de camisa, como Guillermo Harrison, incurrió en el desprecio del gobierno colombiano,⁶⁵ otros

⁶⁰*Carta de Jorge Washington P. Custis a Bolívar*: 26 de agosto de 1825. O'LEARY: *Corresp.*, XII, 170.

⁶¹*Carta de La Fayette a Bolívar*: Washington City, 1º de septiembre de 1825. O'LEARY: *Corresp.*, XII, 169.

⁶²*Carta de Elisa Parker Custis a Bolívar*. Nueva York, 8 de noviembre de 1828. O'LEARY: *Corresp.*, XII, 238-239.

⁶³BLANCO-AZPURÚA; ob. cit., vol. IX, pág. 319.

⁶⁴*Ibíd.*, IX, 325.

⁶⁵Harrison mereció esta opinión de Vergara, ministro de Relaciones Exteriores: "el

comprendieron, en la medida que podían, al Libertador y admiraron los trabajos de Hércules que llevó a término en beneficio de la libertad humana, primero; y en el propósito, luego, de fundar repúblicas y una sólida administración.

Eran los días en que las cancillerías de Francia e Inglaterra excitaban al Libertador a que se coronase,⁶⁶ para salvar el principio monárquico y creyendo así infundir estabilidad al gobierno de los nuevos Estados. Los tenientes del Libertador, la mayor parte, lo empujaban también hacia la púrpura.⁶⁷ Sólo él resistía, asegurando a los tentadores, con fe inquebrantable, que el destino de Libertador era superior al trono.⁶⁸ Pero no todos creían en su buena fe ni en su abnegación. Benjamín Constant, atacándolo en la prensa de París, azuzado por los enemigos americanos de Bolívar, escribe: "Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En los pasados no tiene semejante. Washington no tuvo nunca en sus manos, en las colonias británicas del Norte, el poder que Bolívar ha alcanzado en los pueblos y desiertos de la América del Sur".⁶⁹

Harrison, el diplomático de las selvas de Ohio, cuyos antecedentes en la carrera se reducían a un tratado con los Pieleros de Indiana e Illinois, sirvió de instrumento, en Bogotá, a los enemigos de Bolívar, muchos de ellos hombres inteligentísimos, que jugaban como querían con el pobre yanqui. Lo convencieron de que Bolívar aspiraba al trono. Y Harrison conceptuaba a Bolívar, como Benjamín Constant, incapaz de no coronarse, si bien no en el estilo de Benjamín Constant. Ambos merecieron el mentís que iba a darles la historia. Moore, que sucede a Harrison, ve más claro, y en 29 de diciembre de 1929 escribe a su gobierno: "Estoy convencido de que el Libertador no acepta los proyectos de los monárquicos"... Más

pobre general Harrison, que nada tiene de militar ni de diplomático y que no es más que un campesino hasta en su figura". El general Rafael Urdaneta amenazó que lo echaría si no se iba pronto; como se fue. Véase respecto a la misión de este diplomático silvestre, que instigado por los enemigos colombianos del Libertador, a quienes sirvió de juguete, aseguraba a su gobierno, en notas oficiales, que Bolívar iba a coronarse como Emperador, A. C. RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática*, ed. Editorial América, Madrid.

⁶⁶C. A. VILLANUEVA: *El Imperio de los Andes*, ed. Ollendorff, París.

⁶⁷Ibidem.

⁶⁸V. toda su correspondencia privada y todas sus publicaciones oficiales de la época (1826-1830).

⁶⁹Buscando pretextos a la suposición de que Bolívar aspiraba a coronarse como Emperador de los Andes, se creyó que el Congreso internacional de Panamá — reunido en 1826 — era un medio para obtener aquel fin. *L'Etoile*, de París, publicaba una correspondencia como suscrita (7 de octubre) en Río de Janeiro, correspondencia donde se decía: "El gobierno ha recibido la invitación oficial de enviar un diplomata al Congreso de Panamá. Digo a usted, como de positivo, que Bolívar se quitará la máscara... Esperaremos que Simón I se dará prisa..." (*Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú*, vol. II, pág. 385, ed. Garnier, París, 1858). El 2 de diciembre decía el mismo periódico: "Se ha corrido la voz de que el general Bolívar quería hacerse proclamar emperador del Perú; otros dicen emperador de la América del Sur". (Ibidem, II, 387).

tarde (el 14 de octubre) expone que los hombres sinceros “rechazan con indignación y como gratuita calumnia la sugestión de que Bolívar pretendía o aceptara una corona”.⁷⁰

Este personaje, mucho más perspicaz que Harrison, no se prestó a ser juguete, como Harrison, de los intrigantes de Bogotá.⁷¹ Por último, cuando muere, poco después, Bolívar, el representante diplomático del gran pueblo, llevando la voz oficial de su patria, escribe: “Pueden los imperios nacer, subsistir o desaparecer, pueden sus nombres extinguirse, borrarse en la memoria de los hombres, pero durante tanto tiempo como la santa causa de la libertad tenga defensores en el mundo, el nombre de Bolívar no será olvidado”.⁷²

Todo esto sería un vano ruido de vanidad o equivaldría al tumulto de popularidad que levanta el nombre de un boxeador o de una estrella cinematográfica si no entrañase más honda y más alta significación. La resonancia del nombre de Bolívar y la fama de su obra en ambos hemisferios, significan que Bolívar ha sido un momento en la historia del mundo el símbolo y representación de la Libertad, de la Democracia y de la República. Por eso lo aclaman, tanto en Europa como en América, los espíritus liberales y lo combaten y execran gobiernos y personas absolutistas.

CONCLUSION

La emancipación de las colonias españolas de América, en el primer cuarto de la centuria pasada, consideróse ya, y debe seguir considerándose, como el punto culminante de la historia en el siglo XIX.⁷³

La emancipación de Hispanoamérica fue, según la expresión del ministro inglés Canning, el advenimiento a la vida política de un nuevo mundo que venía a equilibrar el antiguo.

⁷⁰Véanse los documentos en F. J. URRUTIA: *Páginas de historia diplomática*, páginas 386-388, ed. Imprenta Nacional, Bogotá, 1917.

⁷¹El mismo Harrison, en una carta que escribió a Bolívar en 1829 se dirige al Libertador en estos términos: “Como un antiguo soldado, no puedo tener otros sentimientos que los de benevolencia para quien ha dado tanto lustre a la profesión de las armas. Ni puede un ciudadano de la patria de Washington dejar de desear que el mundo vea en Bolívar otro ejemplo de los más sublimes talentos militares, unidos al más puro patriotismo, a la más grande capacidad para el gobierno civil. Tales, señor, han sido las apasionadas esperanzas no sólo del pueblo de los Estados Unidos, sino de los amigos de la libertad en todo el mundo”. Véase F. J. URRUTIA: *Páginas de historia diplomática*, Documentos: págs. 367-368, ed. Imprenta Nacional, Bogotá, 1917.

⁷²F. J. URRUTIA; ob. cit., Documentos; pág. 412.— Respecto a la cuestión monárquica de 1829, dice Lorraine Petre: “*The question of the monarchical movement of 1829 has been fully discussed already. Bolívar may be acquitted of designs for a crown for himself, designs which he has persistently disavowed throughout his career*”. (LORRAINE PETRE, ob. cit., pág. 433).

⁷³“La independencia de América es el hecho más grande de nuestro siglo”. (Emilio Castelar).

La independencia de la América Latina significa:

1º Una cosa de que no tuvo idea la antigüedad: el nacimiento simultáneo de múltiples países.

2º El triunfo definitivo de la República y la Democracia, cuando bambolean en Europa precisamente las ideas liberales, amenazadas por una Alianza de tronos que se llamó santa.

3º La creación de un nuevo Derecho público: el Derecho público latinoamericano.

4º La creación de un nuevo Derecho constitucional.

De esa revolución nace:

a) El principio de las nacionalidades.

b) La teoría de que todo pueblo es igual a los demás ante la Sociedad de las Naciones.

c) Que todo pueblo puede disponer, como a bien tenga, de su propia suerte.

d) La abolición del antiguo derecho de conquista.

e) La creación de una Sociedad de Naciones, con igualdad de derechos políticos, tal como la teorizó y convocó Bolívar en América, como la realizó Woodrow Wilson en Europa un siglo después.

f) La conciencia de que la América de origen español —hoy puede decirse la América Latina, incluyendo el Brasil—, es un todo político solidario de cada una de sus partes, por no escritas razones, pero que en las horas de crisis se salva o se pierde conjuntamente.

g) El arbitraje como medio para dirimir diferencias entre naciones.

h) Bases sociales nuevas, diferentes de las de Europa.

i) El equilibrio de los continentes, según la expresión y la idea de Bolívar, confirmadas y repetidas por el Ministro inglés Canning en 1824.

Cuando se trató en el Parlamento inglés de reconocer la independencia de la América española, independencia ya consumada, con excepción del Perú, en todo el continente, el marqués de Lansdowne, abogando por el reconocimiento, habló en estos términos:

“La grandeza e importancia del asunto de que voy a ocuparme es tal, que rara vez se habrá presentado mayor ni igual a la consideración de un cuerpo político. Los resultados se extienden a un territorio cuya magnitud y capacidad de progreso casi abisman la imaginación que trata de abarcarlas; extendiéndose a regiones que llegan desde los 37 grados de latitud norte a los 41 grados de latitud meridional, es decir, una línea no menor que la de toda África, en la misma dirección, y de mayor anchura que todos los dominios rusos de Europa y Asia”.⁷⁴

Para semejante escenario debía de haber y hubo actores de talla gigantesca. A tal teatro, tales cíclopes.

Tuvieron aquellos hombres flaquezas; cometieron actos censurables, por

⁷⁴BLANCO Y AZPURÚA: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. IX, pág. 232, ed. oficial. Caracas, 1876.

ignorancia, unos; otros, por mala naturaleza; pero realizaron obra trascendental. El mayor de ellos, Bolívar, ¿fue un ser perfecto? No. Tuvo defectos grandes y cometió errores enormes. Entre los defectos puede señalarse la soberbia, que le impulsó a menudo a la intransigencia; la mordacidad, que le hizo a veces, por dar salida a una frase aguda, incurrir en injusticias y granjearse enemistades. Se puede repetir respecto a Bolívar lo que dijo Sainte-Beuve de La Rochefoucauld: creía propias de un caballero las bellas pasiones.⁷⁵

Pero el excesivo culto a Venus le causó daño, por cuanto contribuyó, junto con las penalidades de una vida militar azarosa, y de una vida intelectual intensísima, a convertir al guerrero de cuarenta años en valetudinario prematuro. De ahí que a la hora definitiva de la reconstrucción no tuviese las propias energías físicas que en los años precedentes a la creación de Bolivia.

Entre sus errores, unos fueron militares y otros políticos. Su aprendizaje de guerrero no lo hizo, como Napoleón, en Academias militares; lo hizo prácticamente en los campos de batalla. A poder de genio y de fracasos llegó a ser el gran soldado que fue. Error político de cuenta, ¿no sería el de proclamar y realizar a conciencia la guerra a muerte? Puede explicarse aquella medida tremenda; pero, en resumen, ¿no produjo más daños que beneficios? Y una medida que produce a la comunidad más daños que bienes, ¿no puede tildarse de impolítica? Pero no se olvide que la guerra a muerte se practicó por los adversarios antes de la proclama en Venezuela y en casi toda América sin proclama. Error fue, y de los mayores, el proponer al Congreso de Bolivia la presidencia vitalicia. Bolívar, en medio de la anarquía que amenazaba devorar a la América desde Argentina hasta México, quiso un remedio heroico, y se le ocurrió ése, para dar estabilidad al gobierno y salvar la independencia, ya de enemigos exteriores, ya del desorden interno. Parecía aquello también fórmula propicia a contentar a Europa, que ejercía presión a fin de que se implantase el sistema monárquico, sistema a que Bolívar era desafecto en principio y por carácter.⁷⁶ Con todo, ¿qué error!⁷⁷

⁷⁵Recuérdese la pintura que hace un contemporáneo, el inglés Hamilton, enviado por su gobierno en misión diplomática a Colombia, el año 1823. *"In person Bolivar is small, but muscular and well made and able to go through astonishing fatigues... The eyes of Bolivar are very dark, large, full of fire and penetration, and denote energy of mind and greatness of soul; his nose is aquiline and well formed, his face rather long and prematurely furrowed by care and anxiety, his complexion sallow. In society Bolivar is living in manners, full of anecdotes and conversation... Dancing is one of his favorite amusement, which he performs gracefully; and in the occasions am told the hero reaps a plentiful harvest of smiles from the Americans beauties. The Liberator, as he is called, is a man of gallantry, and has the credit of been very successful..."* (J. P. HAMILTON: *Travels through the interior provinces of Colombia*, vol. I, pág. 230).

⁷⁶La corona para sí la rechazaba; en cuanto a traer reyes extranjeros, la sola idea lo exasperó siempre, aunque no fuese, como indica Loraine Petre, sino porque hombre semejante no podía borrarse detrás de un trono. *"In that case, he must himself retire, or, at the most, remain as the power behind the throne—, an impossible position for such a man"*. (F. LORRAINE PETRE: *Simón Bolívar*, pág. 434, ed. London, 1910).

⁷⁷¿Qué error, desde el punto de vista personal de la política del momento; no desde el punto de vista de la conveniencia de América! La América, por sus especialísimas condiciones sociales, y por su historia política hasta entonces, podía aceptar aquel gobierno como uno de los mejores, con sólo que aquel gobierno estable la salvase de la anar-

Por sus defectos personales y por sus errores políticos —además de otras circunstancias independientes de su voluntad y de sus medios— Bolívar sucumbió envuelto, en 1814, en el desprestigio de las derrotas; se enzarzó luego, en 1815, en desavenencias fratricidas con un oscuro oficial neogranadino; y por último, en 1816, se vio expulsado con oprobio por sus propios compañeros de armas. Ningún grande hombre de la historia cayó tan abajo como cayó entonces Bolívar. Ninguno realizó prodigios semejantes de paciencia, de tenacidad, de ductilidad, de audacia, de pensamiento, para salir del abismo, imponerse y triunfar. Cómo es que este hombre se presenta siempre, en el momento preciso, como necesario, se pregunta un historiador universal que le es adverso; y se contesta haciendo el recuento de cualidades innatas y adquiridas de Bolívar.⁷⁸

Bolívar no realizó solo el drama de la revolución americana, porque una revolución no es la obra de un hombre, aunque ese hombre sea el mayor de los genios, sino del país, de la geografía, de la historia, de la raza y de mil y una concausas que contribuyen callada, madreporica, pero eficazmente, a realizar esos fenómenos sociales que se llaman revoluciones. Puede asegurarse, sin embargo, que pocos hombre han influido tanto en una revolución como influyó el Libertador directamente en la de Hispanoamérica.⁷⁹ Luego, al

quía y la hiciera progresar. Durante el siglo XIX, en resumen, ¿qué ha imperado en América, cuando la anarquía dio tregua? Los presidentes a largo período, aunque a menudo sin el carácter legal, constitucional, y sin las trabas que quiso ponerseles en 1826. Luego, si la América, automáticamente, ha recurrido a esos gobiernos, o los ha tolerado, fue porque durante cierta época de su vida que no debe prolongarse, estaba preparada para recibirlos. Luego no fue un disparate en sí la proposición de 1826, sino un proyecto de acuerdo con las realidades sociales.

⁷⁸P. G. GERVINUS: *Histoire du XIX siècle*, traduit de l'allemand par J. F. Minssen, vol. VII, chap. Bolivar. París, 1864-1874. "Bolivar ne laissait pas même à cette époque — dice Gervino — l'impression d'un genie revolutionnaire ou d'un homme d'un grand talent pour les affaires civiles et militaires; du moins, la plupart des étrangers ne le considéraient pas comme tel, surtout quand, dans des moments de relâchement, ils le voyaient s'abandonner à ses moeurs peu austères. Il y eut, parmi ces étrangers, un certain nombre qui même à ce moment (1818) prédisait avec certitude que, sous la direction de Bolivar, le jour des représailles et de la liberté ne luiirait jamais pour l'Amérique. Cependant ce jour est venu, et, il faut le dire, essentiellement sous la direction de Bolivar. Ce n'est ni l'oeuvre du hasard ni celle d'un simple mérite apparent, si cet homme a exercé une influence si grande sur cette tournure heureuse des desinées de l'Amérique (G. G. GERVINUS: *Histoire du XIX siècle*, traduit de l'allemand par J. F. Minssen. vol. VII, pag. ET, París, 1865).

Este alemán se refiere a extranjeros como Ducoudray, Hippisley y otros, a quienes Bolívar echó del ejército; que se vengaron escribiendo libelos contra el Libertador, y libelos que aceptó como verdad histórica Gervino, sin un ápice de espíritu crítico.

Por lo demás, la mayor parte de los extranjeros que se acercaban a Bolívar y eran capaces de comprenderlo, sentían la influencia de su genio como la sentían los americanos. Es precisamente un extranjero, el inglés Loraine Petre, quien indica la influencia personal de Bolívar sobre cuantos lo rodeaban, como una de sus características. Dice Loraine Petre:

"Perhaps the most remarkable characteristics of Bolivar are the immense personal influence he succeeded in establishing over every one he came in contact with, and the indomitable courage and hopefulness which he displayed almost to the end of his career, even in the most apparently desperate circumstances". (Simón Bolívar, págs. 435-436).

⁷⁹"Invisible ou présent, Bolivar domine tout le drame". (*La Vie*; París, 6 Juillet, 1912).

través de la revolución americana, e indirectamente, ¿no influyó también, como se ha visto, en movimientos revolucionarios de Europa desde España e Italia hasta Grecia y Francia?⁸⁰ No se olvide que los revolucionarios franceses de 1830, influidos por el ejemplo de la democracia republicana de América y por la personalidad y la obra del Libertador, tomaron a París "con el nombre de Bolívar en los labios, en canciones patrióticas", como un profesor de España ha recordado hace poco.⁸¹ Pensaban y decían los revolucionarios franceses de 1830 que el fuego de la libertad brotaba en torno de Bolívar y que las montañas de América eran la fortaleza de los derechos del pueblo.

*Le feu sacré des Républiques
Jaillit autour de Bolívar;
Les rochers des deux Amériques
Des peuples sont le boulevard.*

¿Y por qué influyó tanto Bolívar, como influyó Napoleón, en el destino de las naciones? Porque fue, como Napoleón, un hombre de genio extraordinario. Con todos los defectos que quieran reconocérsele, y algunos más, Bolívar quedará siendo ante la historia una de las diez o doce figuras máximas que ha producido la humanidad.⁸²

En ese teatro colosal de que habla el marqués de Lansdowne, se luchó durante quince años, con máximos ideales, contra la ignorancia, contra el fanatismo, contra los elementos, contra los hombres, sin más apoyo que el del patriotismo ni más interés que el de la gloria, por la independencia de Hispanoamérica, que, al fin, se obtuvo. En esta cruenta lucha el heroísmo fue constante, lo mismo entre los españoles que entre los americanos. Virtudes civiles y guerreras ilustraron a los dos partidos y crímenes atroces mancharon sus laureles.

Entre los peninsulares hubo aquellos heroísmos que son comunes en su historia, ya particulares, ya colectivos. De este último número fue el *Valencey*, cuerpo que se retiró en cuadro, después de la batalla de Carabobo en 1821, y estuvo soportando por muchas leguas, hasta encerrarse en la fortaleza de Puerto Cabello, las cargas de la caballería enemiga. Hubo también entre los españoles, no ya heroísmos, sino sacrificios colectivos asombrosos, como el de aquel regimiento llamado de la Reina, que, en el oriente de Venezuela, en 1813, prefirió perecer todo, hasta el último soldado, antes que retirarse o

⁸⁰"Car l'on n'a pas dit assez que la mentalité du monde moderne ne dut de triompher qu'à l'effort des libéraux d'outre-Océan". (*La Vie*; París, 6 Juillet 1912).

⁸¹MIGUEL DE UNAMUNO; loc, cit.

⁸²"Supereminente sobre cuantos héroes viven en el templo de la fama", lo llamó un contemporáneo, militar y diplomático de Inglaterra. (*Travels through the interior provinces of Colombia*, by COLONEL J. P. HAMILTON, *Late Chief Commissioner of his B. M. to the republic of Colombia 1823*, vol. 1, pág. 234, ed. London, 1827).

rendirse.⁸³ Este loco sacrificio lo repitió el batallón venezolano “Cumaná” en la batalla de *La Puerta*. Hubo igualmente por parte de España rasgos de épica soberbia como el de Rodil, sosteniéndose en las fortalezas del Callao, cuando la América entera, ya triunfante, le estaba cayendo encima y sin que tuviera el encastillado español ni remotas probabilidades de auxilio; inmola-ciones patrióticas como la de aquellos gallardos oficiales de Morillo que venían a perecer en los abrasados trópicos de cansancio, de fatiga, de sed, o a manos de la guerra a muerte, sin proferir una queja, sonrientes y estoicos.

Hubo entre los patriotas sacrificios y actitudes heroicos, dignos del canto, como el de Policarpa Salavarrieta, en Bogotá; como el de la mujer de Arismendi, en Margarita; como el de Ricaurte, en San Mateo; como el de Nicolás Bravo, en México, que devolvió doscientos prisioneros españoles a los que asesinaron a su padre, “para no verse obligados a fusilarlos”; como el de aquella señora, tía carnal de Bolívar, esposa de José Félix Ribas, el vencedor en La Victoria, al que cortaron los españoles la cabeza y la pusieron de escarmiento en la picota: la viuda del tremendo José Félix Ribas se encerró por siete años en un cuarto: no quería ver a los españoles, que dominaban en el país. En vano el general Morillo, por complacer a Bolívar que se lo rogó, manda un edecán a la señora a suplicarle que cambiase de vida: “Diga usted a su general —repuso aquella fuerte matrona—, que yo no abandonaré este obscuro rincón, mientras mi patria sea esclava; que aquí seguiré hasta que los míos vengan a sacarme”.⁸⁴

Hubo campañas que son el asombro de la historia militar, como la de San Martín sobre Chile, pasando los Andes, y la última campaña de la independencia en las sierras heladas del Perú. Hubo caudillos como Carrera, como O’Higgins, como Güemes, como Páez, como Morelos, para levantar los pueblos en armas; para combatir a generales peninsulares del fuste de Ordóñez, del soberbio Morillo, de La Torre, de Pezuela, de Canterac y de Laserna, hubo grandes capitanes como San Martín y como Sucre. Por último, para presidir la emancipación, combinar los elementos de diversas secciones del continente y dirigirlos política y militarmente al triunfo, hubo el genio de Simón Bolívar, a quien los pueblos, primero, y la historia, después, han llamado por antonomasia *El Libertador*.

¿Tuvo el héroe capacidades para realizar la obra libertadora? La historia lo ha dicho: “*Il travaille pour l'éternité accumulant rêves et utopies, dominant la terre hostile et les hommes frondeurs: il est le surhomme de Nietzsche, le personnage représentatif d'Emerson. Il appartient à l'ideal famille de Napo-*

⁸³“Cuando al cabo de una hora terminó la refriega, los independientes encontraron tendidos en el campo los cadáveres de Bosch (*don Antonio Bosch, teniente coronel de Artillería*), Cabrera (*don Pedro Cabrera, capitán de fragata*) y todos sus oficiales y soldados. La mano derecha de Bosch tenía empuñado el noble acero y la izquierda el glorioso estandarte de España, que como venerable sudario cubría el cuerpo del ínclito batallador”. (V. en EL TIEMPO, diario de Caracas, en el número correspondiente al 6 de julio de 1910, el trabajo titulado: “*La Reina, superior a Valencey*”).

⁸⁴Véase vol. II, pág. 308 de esta Biografía.

l'éon et de César; sublime créateur de nations, plus grand que San Martin et plus grand que Washington".⁸⁵

Un marino francés, el contralmirante Reveillère, que visitó algunos de los campos de batalla del Libertador, y que conocía la historia de Bolívar, lo llama: "*le génie militaire le plus agile qui fut jamais*"; y "*génie politique égal a son génie militaire*".⁸⁶

Otros extranjeros son del mismo parecer.⁸⁷

Cuando se inauguró, en 1883, la estatua de Bolívar en Nueva York, un angloamericano, orador oficial, el *lawyer* Couder, dijo en su discurso estas palabras:

"Bolívar libertó a su patria, como Washington; cruzó los montes, como Aníbal; entró en las capitales triunfante, como Napoleón". Esa es la pintura del guerrero. Pero como Bolívar no redujo a la actividad heroica su vida, pudo añadir el comentador: obtuvo la dictadura, como César; legisló, como Licurgo; fue tribuno popular, como Graco, y si Alejandro legó su propio nombre a una ciudad, Bolívar legó el suyo a plazas, calles, ciudades, departamentos, provincias y hasta a toda una hermosa nación. De haber sido hoy la fiesta de la estatua, hubiera podido decir más; porque Bolívar no ha dado solamente su nombre a un pueblo, sino a un astro. La ciencia, por iniciativa de Flammarión, ha rendido en 1913 a Bolívar el homenaje de bautizar con su nombre una estrella; homenaje que ni Federico, ni Washington, ni Napoleón, ni ningún otro héroe moderno ha recibido.

La vida pública de este hombre extraordinario, que es el orgullo de nuestra raza, cuya obra es patrimonio de los americanos y cuyo genio es adorno de la historia universal, sirve de objeto a la presente biografía, que debemos a la brillante pluma de don Felipe Larrazábal.

⁸⁵F. GARCÍA CALDERÓN: *Les démocraties latines d'Amérique*, pág. 65, ed. Flammarion, París.

⁸⁶"Napoleón eût dédaigné — agrega —, comme des misérables patrouilles, les armées de Bolivar; et cependant, aux yeux de la postérité, Bolivar tiendra dans les affaires de notre planète, une bien autre place que Bonaparte. L'avenir lui confirmera le titre de Libérateur décerné par la Colombie, peu d'auréoles brilleront d'un éclat plus glorieux dans le panthéon de l'humanité future". (*Autour du monde*, pág. 123. París, 1893).

⁸⁷"Bolívar surpassed Alexander, Hannibal and Cesar, on account of the immense difficulties he was obliged to vanquish. As a military man he equalled Charles XII in audacity and Frederick II in constancy and skill. His marches were longer than those of Gengis Khan and Tamerland". — (*History of Simon Bolivar*, págs. 5-6, ed. Clayton. London, 1876).

LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE Y LAS REPUBLICAS AMERICANAS DEL SUR

PAGINAS DE HISTORIA DIPLOMATICA

Se realiza a conciencia un acto bueno y útil con la publicación de la obra del meritísimo tratadista colombiano D. Francisco José Urrutia sobre las relaciones diplomáticas, de 1810 a 1830, entre los Estados Unidos del Norte y las Repúblicas americanas del Sur.

El doctor Urrutia ha prestado importantes servicios a su patria como diplomático, ya en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, ya en calidad de Ministro de Relaciones Exteriores. Miembro de la Academia de la Historia de Colombia, del Instituto americano de Derecho internacional y de otras asociaciones, este publicista es autor de libros y estudios que, como *El ideal internacional de Bolívar* y *La evolución del principio de Arbitraje en América*, son títulos de su capacidad y del prestigio de su pluma. De actividad tan fértil como benéfico, acaba el doctor Urrutia de extraer de los Archivos de Washington, principalmente, de los de Bogotá, etc. —agregando otros ya conocidos—, los documentos que se recogen en estas páginas. Estos documentos no los presenta Urrutia escuetos y, por decirlo así, casi incomprensibles para quienes no conozcan los orígenes de nuestra diplomacia, sino que los avalora con notas e informaciones del mayor interés dándoles por ello un doble valor: el que tienen por sí mismos aisladamente, y el que tienen como bases ordenadas de nuestra historia. Porque esos documentos y las notas e informaciones de Urrutia (informaciones y notas que son una historia en resumen) servirán para escribir la historia definitiva de las relaciones políticas y diplomáticas entre América Latina y los Estados Unidos durante la época de nuestra independencia hasta la muerte del Libertador, es decir, de 1810 a 1830.

El doctor Urrutia es el primero que, metódica e integralmente, publica tal documentación. Decir que, en su mayor parte, la documentación era inédita, no encerraría, por cierto, una razón despreciable para que se recibiese

con aplausos y se leyese con interés el libro: sabido es de todos cuánta falta hay todavía de datos de archivo en aquella parte de la historia de América que se refiere al aspecto diplomático de las cuestiones. En esta colección es admirable el tino de selección manifestado por el señor Urrutia. No hay una sola página que carezca de importancia en todo el volumen.

El servicio que el publicista y diplomático de Colombia presta ahora a la historia del Nuevo Mundo se lo tomarán en cuenta políticos, diplomáticos, tratadistas, historiadores, cuantos van a utilizar, con provecho, el trabajo de Urrutia. Esta obra —entiéndase bien—, no se reduce a beneficiar a los eruditos, sino que servirá mucho a los hombres de administración o de gobierno y a los hombres de Estado —que no es lo mismo—, en todos los países del continente bolivariano, desde México hasta Argentina, ya que esta obra no se concreta, aunque lo parezca por su índole, a esclarecer el pasado, sino que, mirándolo bien, puede hacer de índice para las presentes y futuras relaciones de la América Latina con la América Yanqui. ¿No es lo pasado prenda de lo porvenir? Recuérdesse aquella enseñanza de la Biblia, que variaciones relativas no desvirtúan, sino más bien confirman, en este caso: *será lo que ha sido*.

Respecto al comentario que enriquece y aclara la documentación, advertimos que, aun cuando hombre tan discreto y de competencia como el doctor Urrutia merece atención deferente y en extremo respetuosa para todo cuanto diga, incurre a veces, según nuestro sentir, en un generoso error; o bien, si no incurre en error, sucede que su especialísima circunstancia personal de escritor a un tiempo y diplomático lo excusa de velar, a fuer de diplomático, pensamientos y enseñanzas que debiera divulgar, a fuer de escritor. Peligrosa para la salud pública de un Estado esta doble actividad en sus mejores ingenios, cuando se sacrifica todo a la conveniencia personal o a la política del momento. En el caso de hombre tan probo como Urrutia, creemos más bien que se trata de un error de apreciación. ¿No es un error, en efecto, y muy grave, para un diplomático de Hispanoamérica —aunque generoso optimismo lo inspire—, el confundir la voluntad transitoria de hombres y partidos de los Estados Unidos con su política nacional, tradicional, invariable, con respecto a la América Latina? De Jackson a Wilson esa historia es vieja de un siglo. ¿Para qué equivocarnos imaginando que los factores alteran el producto? Que Jackson opere en Florida, Polk en Texas, Mac Kinley en las Antillas, Roosevelt en Panamá, Taft en Nicaragua y Wilson en México, siempre encontramos a los Estados Unidos del Norte agrediendo a los Estados Desunidos del Sur; y agrediéndolos —y despojándolos cuando pueden—, y siempre desacreditándolos por medio de sus oradores parlamentarios, de sus charlatanes de mítines, de sus diarios, de sus magazines, de sus fotografías, de sus cinematógrafos y de sus cables, a pesar de que los partidos turnan, de que los presidentes cambian y de que cada ministro yanqui de relaciones exteriores condene, sin desvirtuar, lo que ha hecho su antecesor en alguna república de Hispanoamérica, mientras él se prepara a hacer lo mismo o algo peor en otra república, para oírse censurado

a su turno por el ministro sucesor que, a pesar de la censura, realizará el mismo juego. Y así indefinidamente.

¿A qué engañarnos? Los Estados Unidos juran a la Argentina, por ejemplo, que es un gran país merecedor de todo respeto, mientras atacan a México; en cambio juran amor y amistad a México, mientras apoyan al Brasil —lo que vale como ir contra Argentina—, y tratan de extender y asentar, en detrimento de este último país, su influencia en Montevideo. ¿Obran de otro modo con las tribus del Africa los gobiernos europeos? ¿No revelamos nosotros creyendo, en este punto, a los yanquis, una mentalidad africana?

Los yanquis constituyen una grande y poderosísima nación, envidia de Europa, que busca extenderse en el espacio y que su poderío se acrezca: hacen bien. Y no sólo hacen bien, sino obedecen, sabiéndolo o no, a leyes que rigen a las sociedades; pero, ¿haremos bien nosotros, sus vecinos de continente, en oponer la candidez a la política, la debilidad al imperialismo, la ignorancia a circunstancias que la inteligencia humana puede modificar en su provecho? Lo estúpido en nosotros es no comprender todavía que Bolívar tuvo razón y que, como indicó el presidente argentino Sáenz Peña, es necesario, en una u otra forma, volver a los ideales americanos del Grande Hombre. Lo estúpido es permanecer inermes y desunidos creyendo a la América Sajona bajo la fe de su palabra, aunque los hechos, que perduran, desmientan y desvanezcan palabras ya muertas en el aire apenas las emite la voz de la política.

Dicen los yanquis hoy, por ejemplo, que luchan en la guerra europea por la independencia de las naciones. Mientras lo dicen violan la correspondencia que sostienen entre sí países neutrales; inmovilizan el comercio de Holanda; desembarcan tropas en Siberia; amenazan a España, sin que España parezca darse por entendida; desopinan a Don Alfonso XIII, árbitro en una diferencia de fronteras entre Honduras y Nicaragua, y crean un conflicto armado entre Nicaragua, cuyo gobierno inspiran, y Honduras, de cuyas finanzas se posesionan, anulando, de hecho —como en Santo Domingo—, la independencia de ambos pueblos; cierran, además, el Golfo de México y el mar de las Antillas, lo que significa condenar a servidumbre a media América. ¿Habremos de creerlos? ¿Nos importará a nosotros que gobiernen en los Estados Unidos demócratas o republicanos, Harrison o Cleveland, Mac Kinley o Taft?

Los documentos que publica el doctor Urrutia traslucen ya la iniciación de una política que aún no ha alcanzado su desarrollo máximo, a pesar de que los Estados Unidos han crecido fabulosamente durante el siglo XIX, gracias a su propia energía y al sobrante de la energía europea que en forma de inmigración los yanquis han sabido atraer. Los documentos que recopila Urrutia tratan de cuestiones de un siglo atrás; revelan, sin embargo, la iniciación de una política de absorción e imperio que no ha alcanzado en América —repítase—, su definitiva expansión, a pesar de la enorme po-

tencia yanqui y de haber pasado por la presidencia de los Estados Unidos un megalómano palabrero, un vesánico irresponsable, un atrabiliario como Roosevelt, caricatura transatlántica y efímera de Guillermo II.

El inevitable triunfo de Francia, Inglaterra y sus aliados en la actual contienda de razas europeas, triunfo que, por fortuna para la democracia de Europa, se alcanzará en más o menos tiempo y con mayor o menor extensión respecto al vencimiento del imperialismo teutónico, dará un poder enorme en el mundo y sin control en América a los Estados Unidos. ¿Qué ocurrirá? El vencimiento en Europa del imperialismo alemán va a contribuir en América, probablemente, al acrecimiento del imperialismo yanqui; y el triunfo de la Democracia en Europa puede ser causa en América, si no abrimos los ojos, a aminorar, cuando no a extinguir, el libre desarrollo de nuestras democracias.

Graves cuestiones suscita, entre los hombres pensadores de América, la aparición de esta obra. Para la mayoría evoca días gloriosos. Aunque no fuera sino por ello, el público de América dispensaría atención cuidadosa a la obra del doctor Urrutia. Pero el mérito de este libro es vario y eminente. Pronto lo reconocerá la crítica. Y lo reconocerán los historiadores y comentaristas, aun cuando aprecien e interpreten los documentos que recopila el Sr. Urrutia de otra manera que éste, en cuanto a la actuación de los Estados Unidos en sus primeras relaciones con las jóvenes repúblicas de América, "sangre de Hispania fecunda".

LAS MEMORIAS DE SEVILLA

I

Varias cosas llaman la atención del crítico o historiador al considerar la política de España en América por los días de nuestra emancipación. Una de estas cosas es la ignorancia que, a pesar de cuerpos especiales consultores y de personajes calificados como competentes, existió siempre en el Gobierno de Madrid respecto a América, respecto al carácter de su revolución respecto al carácter de los hombres que dirigían esta revolución. Cuando uno piensa que todavía, en 1818 y 1819, después de Boyacá, se les seguía a los jefes americanos juicios como a reos de traición y sedición! De acuerdo con el desconocimiento de la revolución estaban los medios para debelarla.

España no supo entonces, como no sabe ahora, que el mejor soldado de España en América fue la América misma; y que el día en que las masas populares del continente, abiertas a la comprensión de sus verdaderos intereses, merced a la constante propaganda de los patriotas, dejaron de sostener el edificio colonial, el edificio colonial vino a tierra.

No podía ser de otro modo. Inglaterra, con ser potencia de mayores medios económicos que España, se defendió menos tesonera y heroicamente en el Norte de América, y ante enemigos ni tan guerreros ni tan encarnizados, como de los que se defendió España en la América del Sur y en México.

España, en la guerra separatista de América, probó mil veces que las tradiciones de heroicidad de la raza, despertadas ya en la guerra peninsular contra Napoleón, se conservaban intactas e inmarcesibles.

El hecho del batallón *Valencey* retirándose en cuadro después de la batalla de Carabobo y defendiéndose en su retirada contra los triunfadores y salvándose, es digno de los más claros acentos de la epopeya. El batallón *La Reina*, sucumbiendo íntegro en el Oriente de Venezuela, prefieren-

do sucumbir íntegro antes que rendirse a los republicanos, es obra de heroísmo tan alto, que sólo con respeto puede rememorarse. Las marchas audaces del general Valdés y del general Canterac por los Andes del Perú en las campañas de 1822 a 1824; la resistencia del general Rodil en la fortaleza del Callao hasta 1826; la del general La Torre en Angostura, en 1817; la bravura del general Morillo en Semen, traspasado por una lanza y batiéndose como un capitán de compañía; las mismas ferocidades de Calleja en México y de aquel tigre que desoló a Venezuela en 1814, el más malo y el más valiente de los hombres, Boves, hermano de Atila, todas esas acciones olvidadas en España, todas esas hazañas de romance, todas esas vidas tempestuosas prueban que la España del siglo XIX en América fue la misma España épica de la conquista, y que la raza española, en cuanto a virtudes guerreras, no había degenerado.

El heroísmo, en efecto, parece ser el resorte mágico de esta raza de hierro. Y tal virtud, latente en las entrañas de este pueblo de presa, guarda quizás la clave de un futuro resurgimiento.

II

Entre las acciones dignas de ser recordadas, y no por menos resonantes de menor energía, cuéntase el callado sufrir de aquellos jóvenes oficiales de la Península, sacados de su casa y sus comodidades de Europa para ir a batirse en la tórrida intemperie de los trópicos americanos contra una Naturaleza hostil y contra hombres bárbaros y heroicos.

De ese número de jóvenes oficiales europeos era el capitán Rafael Sevilla, autor de amenísimas *Memorias*, donde refiere su vida y andanzas desde que partió para Costa Firme en el ejército expedicionario o pacificador de Morillo, en 1815, hasta que fue embarcado para las Antillas, después de la victoria de Bolívar en Carabobo, en 1821.

En cuanto a amenidad, las *Memorias* de Sevilla son amenísimas. Episodios ridículos o sublimes, paisajes y tipos pintorescos, horas de risa y de lágrimas, pasan vertiginosamente por las páginas, y pasan deleitándonos, al revivir los días crueles de una cruel tragedia política y social.

Aunque el valiente oficial de Morillo escribió sus recuerdos ya distante por el tiempo y el espacio de aquel teatro de sus hazañas de soldado y sus angustias de patriota, el odio, que los años no extinguieron del todo, caldea algunas páginas o contribuye a desfigurar momentos que la Historia, con documentación exuberante, donde abundan testimonios de los mismos jefes del capitán Sevilla, ha fijado para siempre. El capitán Sevilla no era un filósofo: no le pidamos equidad absoluta. Era un soldado: dio a la patria el esfuerzo de su brazo y le lega sus recuerdos personales de combatidor y de patriota.

La circunstancia de haber nacido el capitán Sevilla en Andalucía entra

por mucho en el carácter de estas *Memorias*, donde se transparentan virtudes y deficiencias, que no son exclusivamente personales de Sevilla, sino de su pueblo.

Las exageraciones del capitán Sevilla, que son andaluzadas muy andaluzas, darán idea de este escritor. Véase cómo lo impresiona la Naturaleza de los trópicos, cómo hiere su sensibilidad andaluza.

De un tigre que vio en Apure dice: “La fiera era del tamaño de un asno grande”. “Sus muñecas eran del grueso de la pierna de un hombre”.

“En las inmediaciones de Urama —dice también Sevilla— una culebra, alzada sobre su cola, atacó al alcalde, que iba en una mula, y a poco acaba con nosotros. Era gruesa como un muslo, larga de seis varas y su dentadura como la de un perro”.

Las “iguanas tienen un carapacho como de hierro y se defienden como un león”.

La exactitud de sus ojos y de su pensamiento, a otro respecto, corre a menudo parejas con su exactitud como observador de la Naturaleza.

Así opina, por ejemplo, que Tierra-Firme o Costa-Firme, es decir, la parte Norte de la América del Sur, se perdió para España por haberse dado España una Constitución. “Todos pronosticábamos y preveíamos que con aquel sistema (el constitucional) se iba a perder la Tierra-Firme” (capítulo XXI).

Pero nadie imagine que todo sea exageración y mentiras en las *Memorias* del capitán D. Rafael Sevilla. Pensar lo contrario sería más justo. En medio de la verídica relación pueden deslizarse exageraciones, errores, aun mentirillas de absolutista despechado y soberbio; pero todo desaparece ante el espectáculo de lo que Sevilla alcanzó a ver del drama.

No comprendió el capitán Sevilla la magnitud ni la trascendencia social e histórica de ese drama de América, en que estaba representando un papel más o menos modesto; no alcanzó a penetrar la magnitud de la obra, a que contribuía cada soldado patriota —como cada térmita contribuye a la destrucción de una ciudad—; pero las *Memorias* de Sevilla sirven, aunque su autor no se lo propusiera, para integrar, junto con obras similares, los diversos aspectos de la gran obra continental.

III

Por otro respecto son interesantes las *Memorias* de Sevilla. Porque en ellas alienta la figura del gran soldado español D. Pablo Morillo.

España ama el pasado en bloque, y a menudo vuelve los ojos y el espíritu hacia él; pero lo estudia poco y sin aquel espíritu crítico de donde sale el jugo de las cosas. Tampoco examina con precisión y presenta a la luz del sol, erguidos como estatuas, a sus próceres de antaño. De ahí que muchas de las figuras de la historia española —y figuras de primer orden— aparezcan borrosas a los ojos de la posteridad.

El general Pablo Morillo sin ser un Gonzalo de Córdoba, fue personalidad de cuenta, genuino exponente de la heroicidad española. Con igual bizarría luchó en la guerra de España contra los franceses napoleónicos y en la guerra de América contra las huestes bolivarianas. Pues bien, Morillo, hasta ayer no más en que un historiador académico, tan parcial y tan miope como inexpressivo, tomó sobre sus flacos hombros la tarea de levantar esta marcial figura, ¿qué era en España sino un nombre, que nada evocaba o casi nada, personalidad de contornos borrosos, absolutista de Fernando VII, figura confusa de la época luctuosísima de aquel miserable Borbón que mancilló con su gordas posaderas el trono de Carlos V?

Y Morillo había sido un héroe nacional en dos mundos. En ambos hemisferios sostuvo con férreas manos la bandera gualda y roja.

Representó un doble papel durante su vida. En España, en la guerra contra Napoleón, fue el héroe popular, el soldado que surge de las entrañas oscuras de la patria para defender tierra y tradiciones hereditarias. Mientras los reyes de España vendían a España, Morillo, y ciento como él, que constituían el Pueblo, se levantaron espontáneos en armas. Morillo, y ciento como él, expulsaron al usurpador, llegado en connivencia con la Corona y por aquel espeluznante y vil Fernando VII felicitado cuando obtenía triunfos contra la traicionada nación, ya erguida y tremenda, como el simbólico león de sus armas.

En Bailén, donde se batió como teniente; en Vigo, donde conquistó las presillas de coronel; en Sempayo, donde venció al mariscal Ney, Pablo Morillo fue el hijo del Pueblo, el héroe del Pueblo. Ese es uno de los aspectos de su doble papel histórico.

El otro aspecto es aquel que comienza cuando se le nombra, en 1815, general en jefe del ejército expedicionario español contra los separatistas americanos.

El hombre que había combatido por la independencia de España contra Napoleón, iba a luchar por la esclavitud de América contra Bolívar. El héroe popular se iba a convertir en uno de los sostenes más firmes del absolutismo español.

Este gallego, nacido en cuna humildísima, se levantó desde soldado de Marina hasta las más altas jerarquías del Ejército, de la política y de la sociedad. Fue general, estuvo sobre los virreyes, alcanzó títulos nobiliarios.

Fernando VII azuzaría su perro de presa contra los separatistas de América y los liberales de España; pero aquella tizona que hizo parpadear los ojos del mariscal Soult, iba a mellarse en los llanos de América contra la lanza de Páez, contra la espada del Libertador; y, más tarde, en Europa, los cien mil hijos de San Luis no iban a encontrar en Morillo, ya conde de Cartagena, al oscuro e irreductible soldado de Bailén, de Vigo, de Sempayo, al que hizo parpadear un día los ojos del mariscal Soult e hizo retroceder al mariscal Ney. ¿Por falta o pérdida de virtudes guerreras? No. En el caso de América contra los libertadores, porque la libertad, como decía el

general San Martín, era más leona que los leones de Castilla. En el caso contra los franceses de la segunda invasión, porque la política ocupó el puesto del patriotismo.

Pero, ¿no fue siempre patriota Morillo? ¿Es que, por ventura, el segundo aspecto que le reconocemos, el aspecto de hombre de presa del absolutismo fernandino contra los americanos y contra las ideas liberales, borra u oscurece su aspecto de héroe popular, de patriota denodado? No. Sólo un momento, cuando la segunda invasión francesa, pudo ser más dinástico o fernandino que español. En rigor de justicia, si el general Morillo, en la guerra contra la primera invasión francesa fue patriota y defendió la soberanía de su pueblo, en las guerras de América, también lo fue y defendió la integridad del imperio español. Pero si Morillo amaba a su patria y luchaba por la integridad del imperio, nosotros también amábamos la nuestra y luchábamos por su emancipación y soberanía.

Por lo demás, los héroes todos que combatieron en España contra los franceses de la Revolución, combatieron contra las ideas liberales que estos franceses representaban, y a favor del Absolutismo, de la Tradición, del Pasado, cuyos conspicuos símbolos eran un Carlos IV y un Fernando VII. Por eso, hombres tan eminentes como el abate Marchena, como Moratín, como Goya, fueron afrancesados.

Sólo que el sentimiento de la nacionalidad, en los pueblos dignos de vida, es más fuerte que todo. Los españoles tuvieron razón en preferir la tiranía doméstica a la libertad que traían o pudieran traer los extranjeros. En este sentido hasta se alcornian y resplandecen aquellas palabras malhadadas del populacho de Madrid: ¡*Vivan las caenas!*

IV

Las *Memorias* del capitán Sevilla nos pintan al soldado de Galicia bregando con las dificultades, en el empeño de pacificar la Costa-Firme. Mucho hizo Morillo, mucho hicieron los españoles en la guerra de América; pero aunque más prodigios obraran, ¿cómo dominar un continente separado por la naturaleza del pequeño país que lo administraba en nombre del derecho de conquista, cuando en ese continente cundió la idea de que el derecho de conquista era una falsedad opresora, un absurdo jurídico, una quimera sangrienta? Lo difícil fue obtener que la idea arraigase en aquellos cerebros entenebrecidos por la ignorancia y alumbrase en aquellas sombras espesadas por el fanatismo y la abyección. Cuando la idea llegó al cerebro de unos pocos, la revolución estaba iniciada; cuando esa idea se convirtió en sentimiento de multitudes, la revolución estaba hecha. Lo demás, no sería sino epistódico.

Y en estos episodios, en este empeño de poner diques al mar y puertas al viento es donde se nos presenta el capitán Sevilla en sus *Memorias*, y también el "Pacificador", como se tituló el caudillo gallego.

La historia ha sido dura con Morillo cuando considera sus métodos de “pacificación”. Pero no es de aquí formular ni repetir cargos.

Concluyo más bien esta Introducción con la visión física del capitán que va a llenar con su valor y con su actividad las *Memorias* de Sevilla.

He aquí un retrato a la pluma:

“Contaba Morillo al llegar a Santa Fe treinta y ocho años. Era de estatura mediana y fuerte. Su porte militar era correcto y su fisonomía, de subido color moreno, tenía expresión dura. Sus ojos eran negros, de mirada penetrante, y estaban cubiertos por tupidas cejas del mismo color. Usaba el pelo cortado al rape: lo llevó largo y encrespado cuando fue título de España: y por delante de sus orejas corría una media patilla, al uso de la época. Su nariz era poco levantada; la boca mediana y la barba prominente. Usaba bigote negro, separado completamente de la patilla: lo afeitó más tarde. Su aspecto general no era desagradable ni inspiraba simpatías. Su voz era bronca y sus modales poco distinguidos”. (*Morillo en Bogotá*, por Pedro María Ibáñez, en la *Revista Moderna*, de Bogotá, octubre de 1915).

No difiere mucho el antecedente retrato del que hizo a Morillo, en París, el gran pintor Horacio Vernet.

Tal era, pues, Pablo Morillo, el Pacificador, uno de los más conspicuos adversarios que opuso España a Simón Bolívar, el Libertador.

Hoy, aquellos dos hombres de presa que se combatieron reciamente, se abrazan en una plaza pública de Caracas, en un abrazo de bronce en que el Arte perpetúa el que un día se dieron ambos héroes en obscuro villorrio de los Andes. Ese abrazo de la escultura simboliza para la posteridad la reconciliación de dos Pueblos.

LA AMERICANIZACION DEL MUNDO*

*A los periodistas de España y de la América Latina
dedico este folleto.*

R. B. F.

AMSTERDAM, 1902.

CIRCULA desde hace poco un libro de mucho interés para los aficionados a estudios de política. El título de la obra es *La Americanización del mundo*.¹ Este libro merece leerse y meditarse por los periodistas, publicistas y hombres de Estado, por todos cuantos influyan en la opinión pública, así en Rusia como en Alemania y los Pueblos Latinos.

Su autor es el Sr. W. T. Stead, inglés, hombre de ingenio y cierta *sans-façon* espiritual, utopista en apariencia, utopista a la inglesa, que arriba al remoto país de Utopía no volando en alas de quimeras, sino por el camino llano y seguro de la estadística. De esta obra se desprende una grande enseñanza, a saber: primero, en general, que los pueblos de la misma raza y lengua tienden en el día a la unión; segundo, y en particular, que Inglaterra hace y hará cuanto pueda por merecer las buenas gracias de los Estados Unidos, hasta llegar a una alianza.

El autor llama esa futura alianza: "el imperio del mundo por los pueblos anglo-parlantes". Veamos de qué mañas se vale el Sr. Stead para sembrar en su pueblo y en el de los Estados Unidos la idea de la alianza.

**The americanisation of the world, or the trend of the twentieth century. By W. T. STEAD. Published at The Revues of Revues office, Mawbray house, Norfolk street, London, W. C. 1902.*

W. T. STEAD, *L'américanisation du monde*. París. FÉLIX JUVEN, éditeur. 122 rue Reamier. Ambas ediciones se han tenido a la vista para escribir este folleto. En la edición francesa hay muchas reducciones y mutilaciones del texto.

La idea de la "americanización" del mundo no es original del Sr. Stead, sino del bueno de Péchuchet. Péchuchet, que hacia el fin de su vida miraba "l'avenir de l'Humanité en noir", previó el día en que of the l'Amérique aura conquis la terre".

Sus métodos son dos. Consiste el primero en lisonjear la vanidad de los EE. UU. hasta el colmo, hasta exponer que “siendo ya imposible la reunión de los pueblos ingleses bajo la *Union Jack*, por *nuestra propia culpa* ¿por qué no buscaríamos la reunión bajo las Estrellas y las Listas”? Es decir, bajo el pabellón de rayas y constelaciones de los Estados Unidos. El otro método consiste en herir el orgullo tradicional de la Gran Bretaña, con el ejemplo de los yankees, en turbar a John Bull su laboriosa digestión del Transvaal con presagios tristes, hasta el punto de augurarle, si permanece en su *splendid isolement*, su no lejana reducción a la categoría de una pequeña Bélgica. Para que se tenga idea de esta propaganda, que es mi principal objeto, y también para refutar un poco al Sr. Stead, diré cómo está dividida la obra; y de toda ella deduciré algo que veo como sola salud de los pueblos españoles de ambos hemisferios. Así como el anatómico acuesta el cuerpo sobre el mármol de la plancha para diseccionarlo y estudiarlo, así expondré yo sobre estas páginas el cuerpo del libro, para enseñar sus órganos y el fin o la función de cada uno de esos órganos.

La obra se divide así:

Primera parte: *Los Estados Unidos y el Im. Británico.*

Segunda parte: *El resto del mundo.*

Tercera parte: *Cómo América americaniza.*

Cuarta parte: *Resumen.*

I

El Sr. Stead comienza la primera parte de su obra con el recuento de lo que ha hecho sobre la tierra la raza inglesa. Este recuento es un himno, a la manera un poco de los himnos de Castelar a la raza latina. A vuelta de algunas cifras en que el Sr. Stead expone que los países de raza inglesa tienen más población, blanca y de color, más millas cuadradas de territorio, más ferrocarriles, más marina, y más oro que ninguna otra raza, empieza el alaluya del Sr. Stead. Después de la canción de los números, la canción lírica. “Nosotros tenemos más escuelas en nuestras millas cuadradas, más colegios en nuestros condados, más universidades en nuestros Estados que todos los otros pueblos. Nosotros imprimimos más libros, más periódicos y poseemos más bibliotecas que ellos. Nuestras iglesias son más numerosas, etc. (*¡qué honor para la familia!*) En nuestros pueblos la mortalidad disminuye mientras que los nacimientos aumentan, y nuestras estadísticas criminales descienden consoladoramente”.

Como el autor no se olvida de nada se acuerda hasta del whisky, y en alarde espiritual, y acaso espirituoso, agrega: “Si se nos compara con otras razas, nosotros somos los más borrachos del mundo; y los mayores fariseos”.

El orgullo de la raza inglesa tiene sin disputa fundamento. Los pueblos de raza inglesa han culminado en esta modalidad actual de civilización, que

le ha sido propicia a su carácter cartaginés, como ayer culminó España, cuando el imperio del mundo era de los audaces por el valor, como culminaron un día Grecia e Italia por el esfuerzo intelectual, cuando la palma de victoria correspondía a las más límpidas y nobles manifestaciones del pensamiento. Pero esta modalidad actual de civilización industrial y comercial, ¿será eterna? ¿Conservarán *per secula seculorum* los pueblos de raza inglesa el ápice a que han alcanzado? ¿Escaparán a aquella ley por la cual las sociedades nacen, crecen, desarróllanse, culminan, declinan y mueren?

“Nosotros imprimimos más libros, más periódicos y poseemos más bibliotecas” ...dice el S. Stead. Aquí de Remy de Gourmont para recordar al autor que, en ciertos casos, “la estadística es el arte de despojar a las cifras de toda la realidad que contienen”.² En efecto, ¿cree el Sr. Stead que los Estados Unidos e Inglaterra juntos, con sus millones de magazines, diarios, libros, colegios y universidades, ejercen hoy en el mundo una influencia espiritual semejante a la que ejercen Francia o Alemania? Cuanto a las iglesias de que tan envanecido se muestra el Sr. Stead, baste recordare aquella nota de Schopenhauer. “No hay iglesia que tema tanto la luz como la inglesa, precisamente porque ninguna tiene en juego intereses pecuniarios tan grandes como aquella, cuyos ingresos ascienden a cinco millones de libras esterlinas, ingresos *mayores* que los de todo el clero cristiano de ambos hemisferios”. Los ingleses tienen razón de pagar caro su iglesia. Schopenhauer olvidaba que la Iglesia ha sido en Inglaterra el mejor aliado de la conquista. Inglaterra manda sus inmundos y libidinosos pastores a que evangelicen, violando mujeres, extorsionando pueblos, incendiando cabañas, hasta provocar el odio talionario de los “salvajes” a quien se quiere “evangelizar”. El odio lincha, a la postre, una o dos parejas de estos facinerosos; y entonces Inglaterra manda sus cañones, sus acorazados, sus perros de presa, fusila a todo el mundo y se apropia la tierra que no ha querido “evangelizarse”. Inglaterra hace bien, repito, en pagar muy caro a sus curas.

El Sr. Stead continúa quemando el orobias de su admiración ante los Estados Unidos, y plantea el problema, no ya de una alianza, pero de unión íntima de Inglaterra con el pueblo norteamericano. “Se preguntará —dice— si son las instituciones republicanas las que deban desaparecer o modificarse ante la idea monárquica, o si es la monarquía quien se dejará moldear por el pensamiento democrático”. Y el Sr. Stead concluye en sentido liberal: “Que el poder haya pasado de Westminster a Washington, la querella es fútil si se quiere pensar en la cuestión más alta, que es la de asegurarnos la dominación del mundo”.

Pero todo esto es música celestial. El Sr. Stead, simpático, hábil y aun taimado escritor, en todo piensa, menos en sacrificar a Inglaterra para gloria y provecho de los Estados Unidos. De toda la obra se desprende precisamente lo contrario; y de esta primera parte se desprende, entre líneas,

²REMY DE GOURMONT. *La culture des Idées*.

para el que sepa leer, que el Sr. Stead teme, por Inglaterra, una guerra de este país con los Estados Unidos, a propósito del Canadá y las Antillas inglesas, ya que el apetito yanqui se ha despertado con el aperitivo de Puerto Rico y el *bors d'oeuvre* de Cuba.

II

Así como en la *Primera parte* el autor hace hincapié sobre la influencia de los Estados Unidos en Irlanda, Canadá, Terranova, la Colonia del Cabo, y otras porciones o posesiones británicas, en apariencia para encomiar el poder expansivo del pueblo Yankee, y en realidad para abrir los ojos de Inglaterra, así en la *Segunda parte* de la obra el Sr. Stead trata de la influencia actual y futura del *Uncle Sam* en Asia, Hispanoamérica, y Europa, con segundas y torcidas intenciones, por supuesto.

Del Sr. Stead podría opinarse como un admirable e irónico poeta, Campoamor, opinaba de un irónico y admirable crítico, Valera: "el autor, sin duda por la excesiva bondad de su carácter, siempre que levanta una razón es con vistas a la razón contraria".

Véanse cuáles son, en este caso, las segundas intenciones del autor.

Respecto de Europa, el Sr. Stead, que a fuero de genuino y buen inglés odia a Alemania, insinúa, no sin habilidad, cómo el peor enemigo de los Estados Unidos, el enemigo mortal de la futura yanquización del mundo, es el Kaiser Guillermo. "*El centro de la resistencia a los principios americanos, asegura paladinamente, está en Berlín*". Quanto a Italia y a Francia, el Sr. Stead rememora opiniones y frases de un antiguo Ministro italiano de Relaciones Exteriores y del publicista francés Leroy-Beaulieu, ambos desamorados de los Estados Unidos. El Sr. Stead quisiera, además, que los EE. UU. metiesen baza en Turquía, bajo cualquier pretexto; quiere oír en Washington el grito de: ¡A los Dardanelos! ¡A los Dardanelos! ¿Y por qué no? ¿Qué hace Dewey? ¿Qué hace Sampson? ¿Qué hacen los invencibles acorazados que, en dos batallas, barrieron de sobre el mar el pabellón de España? Respecto del Asia, al preconizar su yanquizamiento, es a Rusia a quien visa el escritor inglés.

Así, resumiendo, el Sr. Stead, quisiera contrarrestar la influencia rusa en Asia con la de los Estados Unidos; siembra, como puede, la cizaña entre este país y los pueblos latinos de Europa; anhela complicar el conflicto turco con la inmiscuencia de los Estados Unidos, para beneficio de Inglaterra y daño de otras Potencias; y pavimenta la vía de una probable desavenencia entre el pueblo de Washington y el de Federico el Grande.

Todo esto, así, desenmascarado, brutalmente, no parece importante; lo es, sin embargo, y de mucha trascendencia, en la pluma diplomática del Sr. Stead; con sus opiniones de trampa y sus pinturas de señuelo.

Queda Hispanoamérica. El Sr. Stead manifiesta que, si bien parece una paradoja, es una gran verdad el que existen pocos rincones del mundo menos *americanizados* que la América del Sur. El semblante de paradoja

no existe aquí, siempre que se dé a los términos su genuino significado, y no se tome, como no debe tomarse, la parte por el todo, a los Estados Unidos por América. La opinión del autor quedaría formulada así: "hay pocas partes del mundo menos yanquis, o yanquizadas, que la América del Sur", lo que no es una paradoja, sino una verdad monda y lironda, Advierte al Sr. Stead que el comercio hispanoamericano tiende a otros pueblos que no al de los Estados Unidos; "que éstos hacen menos negocios con la América del Sur que con los 5.000.000 de Canadienses de la frontera septentrional". No se duela mucho tiempo de tal. Con la apertura del canal dominarán comercialmente los EE. UU. los pueblos que baña el Pacífico, no sólo en América, sino aun en Asia; y la influencia política de ese país se acrecerá sin límites en los pueblos adyacentes del canal. Echa el Sr. Stead su cuarto a espadas, como es de ley, respecto de la Doctrina de Monroe, con admirable casuística, y se lamenta de que el Gobierno de los Estados Unidos imite en territorio de Hispanoamérica al perro del hortelano que, ni deja comer ni come. Prevé el autor futuras querellas de los Estados Unidos con Italia y Alemania, ya que "Alemania e Italia consideran el vasto continente a medio poblar de la América del Sur como la natural *Hinterland* donde se refugia el sobrante de su población".

La natural *Hinterland* sería más bien para ambos países la Nación norteamericana, ya que los Estados Unidos cuentan más italianos y alemanes que todo Suramérica.

Por lo que respecta a Italia no manifestó nunca hasta ahora intenciones de señoreo en territorio de América.

Ella se contenta con enviarnos sus emigrantes que se adineran por allá, viven en la abundancia, casan luego y procrean americanos; ella se contenta con vendernos sus vinos, sus quesos, sus pastas; y por eso, y por ser un pueblo de raza latina la queremos nosotros. Cuanto a Alemania, parece que tiene pretensiones en el Brasil,³ por la circunstancia de que 250.000 ó 300.000 polacos, víctimas de Prusia, huyendo del sable teutón, de la patria en cruz, de la ignominia, de las vejaciones, del hambre, han corrido tras de los mares a buscarse en tierra de América, en el continente generoso de las Repúblicas, pan, familia, reposo, la libertad y una patria, cuanto no tenían, cuanto les arrebató una pandilla de césares.

Pero de los patrioteros lirismos de la prensa alemana y de las indiscreciones del neurótico imperial, no se desprende que el Brasil caiga en el casco de Guillermo como una fruta podrida. El Brasil cuenta 16.000.000 de habitantes; no es un campo de azoradizos conejos donde el Sr. Guillermo Hohenzollern puede entregarse a cacería cuando le dé la gana.

Habría que contar, además, con la América Latina, que por instinto de sal-

³Las pretensiones alemanas visan ahora a Venezuela, so pretexto de unas reclamaciones más o menos quiméricas. Alemania, humilde ante el *Uncle Sam*, acaba de pasar una nota a los EE.UU. dándole cuenta de su futura política respecto de Venezuela. Los EE.UU. respondieron que algunas de esas reclamaciones alemanas carecían de sólido fundamento; y que los planes de Alemania atentaban a la doctrina de Monroe.

vación tiene, o debe tener, el de solidaridad; y con la América sajona cuya Doctrina de Monroe impide en el Nuevo Mundo la inmiscuencia de Europa. Esta Doctrina de Monroe nosotros la aceptamos en lo que ella tiene de bueno. Si los Estados Unidos nos ayudan, en caso de conflicto (para que el imperio de una Potencia europea no rivalice en el continente con el de la Nación norteamericana), bendita sea la Doctrina de Monroe, ya que el interés del pueblo que la proclama camina paralelo al nuestro; pero si la Doctrina de Monroe significa, a más, el Protectorado de los Estados Unidos en América, nosotros rechazamos esa Doctrina. Apreciada así, como intenta la golosina de algunos Yankees, la Doctrina de Monroe sería un medicamento no menos peligroso que el mal que dice curar. Pero ¡cómo agria el gesto de las Potencias filibusteras de Europa la Doctrina de Monroe! La verdad es que, sin la Doctrina de Monroe, Venezuela hubiera perdido la Guayana, e Inglaterra sería: primero, ribereña del Orinoco, y bien pronto su ama y señora. Hay un triunfo más fresco de la Doctrina de Monroe. Alemania, que no tuvo el valor de ir sola a vengar la muerte de su Embajador en Pekín, está muy satisfecha del éxito que obtuvo la cuadrilla de pueblos criminales que ella comandó en China. Así, alentada por el antecedente, acaba de proponer a Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, una expedición a Venezuela para poner orden en aquel desordenado país. Francia e Inglaterra aceptaron a toda prisa; pero los Estados Unidos, que se reservan la policía del continente, han negado su apoyo al proyecto, en nombre de la Doctrina Monroe. El apoyo negado de los EE.UU. es la oposición al proyecto alemán, que no se realizará por el momento, mientras los EE. UU. conserven las manos libres y el capricho de oponerse, ya que las Grandes Potencias de Europa, más o menos juntas o más o menos separadas, se mueren de miedo ante las complicaciones de una guerra con los EE. UU.

De donde se deduce que la política de Hispanoamérica, por el instante, debe ser esta: valerse del monroísmo contra la voracidad y la insolencia europeas, y de la idea latina, que es necesario fomentar, contra los EE. UU.

Pero si en vez de abrir ojos continuamos en nuestros desórdenes caníbalescos, el dilema de nuestro porvenir es el siguiente: ser devorados por un león o por un centenar de ratas inmundas; la suerte de Puerto Rico o la de Polonia.

III

En la tercera parte de la obra trata el Sr. Stead de *cómo América americaniza*.

Cree el autor que los yanquis yanquizan:

- por la religión;
- por la literatura y el periodismo;
- por la ciencia;
- por el arte;
- por el teatro;
- por la sociedad;

por el sport;
por los ferrocarriles, navegación y trusts.

En mi concepto los yanquis no yanquizan ni de esa ni de ninguna suerte; y no se preocupan, o no se han preocupado hasta ahora, de que sus ideas, métodos, gustos e inclinaciones, imperen en el Mundo. Son los pueblos extraños quienes se ocupan en ellos y quienes estudian por descubrir el secreto del éxito colosal de aquel país. Ellos se contentan con ser jóvenes, sanos, fuertes; y de ellos se desprende, por modo natural e impreconcebido: la juventud, la salud y la fuerza, como el encanto de una armoniosa estatua, y como el rumor, del mar.

La religión no es cosa exclusiva ni creación norteamericana. Como en todos los pueblos, muchos se valen allí de las ideas religiosas para domeñar a las masas, so color de moralizarlas. El religiosismo, por otra parte, es lepra inglesa; y la melancólica hipocresía de la religión les viene a los yanquis de sus padres.

Por la literatura y el periodismo no creo que los yankis hayan ejercido influencia hasta ahora en ninguna parte del mundo. El periódico yanqui, a pesar de su apariencia, colores, grabados, tamaño y cuanto halague al ojo, es el centón más ridículo que pueda imaginarse. Salvo en anuncios del extranjero, cualquier diario de Suramérica, de España o de Italia es muy superior. Aquellos retratos son de pulperos sin importancia, aquellas páginas de texto nutrido, son relatos de una cocinera que se divorcia, de un tranvía que se descarrila, o de un negro a quien linchan en Kentucky u Ohio. Lo que amerita dos columnas de prosa indigesta para el *reporter* de New York, no pasa, en pluma de un *chroniqueur* parisiense, de cuatro líneas espirituales. El periódico en Europa y Suramérica es más literario y de más médula.

El diarismo en Norteamérica es, además de incoloro, anónimo. En los otros pueblos que cito las hojas llevan al pie de los artículos nombres ilustres: Angelo De Gubernatis o Matilde Serao; Rubén Darío o César Zúñiga; Pablo Adam o Cátulo Mendes; Joaquín Dicenta o Benito Pérez Galdós. En las noticias del extranjero superan, sí, los diarios de Chicago y de New York a los periódicos de todo el mundo. El yanqui paga caro su noticia extranjera; porque aprecia la importancia de la información mundial. En Europa, por ejemplo, apenas se tienen otras noticias de Suramérica sino las que New York y Washington publican y según su interés hacen circular. Así, los europeos, sin darse cuenta, y por ahorrar un cablegrama, sirven los intereses yanquis; muchas veces, cuando no siempre, contra los propios intereses europeos. En este sentido es como aceptaría la influencia de la prensa yanqui en el mundo; y si bien se examina la influencia es del capital y de la política, no del periodismo.

Cuanto al arte, es ya un lugar común afirmar la absoluta incapacidad de los yanquis para cultivarlo y producirlo.

No se quejen. Las aptitudes se dividen en los pueblos como en los hombres. Fenicia y Cartago no rivalizan en la historia del arte con Atenas y

Roma. Aun el mero apunte del Sr. Stead de la yanquización del mundo por el arte yanquí, aparece con visos de ironía.

La literatura, arte muy ocasionado a la propaganda; arte el que más se impone a la simpatía, a la admiración de los extraños; arte del que derivan algunos pueblos, como Francia, inmenso predominio moral y prestigio intelectual, ¿cuándo ha sido el mejor vehículo del pensamiento norteamericano? Si se exceptúa el alegato sentimental de Mrs. Beecher Stowe, destituido de mayor mérito literario, y algunos poemas de Whittier, ¿de qué asunto de interés humano y universal han formado los Estados Unidos obra de arte? Apenas dos nombres de poetas norteamericanos circulan entre los grandes nombres universales: Poe, a quien no cita el Sr. Stead, y Longfellow. Ninguno de los dos americaniza, o mejor dicho, newyorkiza. Longfellow, lector, traductor y aun reflector de poetas españoles y germanos, es, más que todo, un delicioso bardo inglés. En la Abadía de Westminster, si mal no recuerdo, existe el busto de Longfellow, entre mármoles y piedras tumulares de grandes hombres ingleses; y hasta corre en Antologías inglesas como bardo británico.⁴ Edgar Allan Poe nació en Baltimore como ha podido nacer en Stockolmo, a la ribera del Vístula, al pie de una colina de Moravia o en el condado de Kent. Cuanto a Bryan, Lowel, y algún otro, apenas son leídos sino por gente inglesa; y no se puede afirmar que hayan “americanizado” ningún país. No creo que exista, hasta ahora, una literatura americana. Si existe ¿cuál es su tendencia; cuál su característica? ¿Qué une; qué distingue a los creadores Norteamericanos, en la República de las letras? Hay, sí, autores notables, pocos, aunque algunos tan brillantes como Washington Irving, no nada yanquí, ni siquiera sajón. Americano es, sí en cierto modo, el poderoso Withman, el que vio

Un águila triunfando sobre una flor de lis

Pero una golondrina no hace verano. ¿Dónde están, pues, Sr. Stead, los plenipotenciarios del espíritu yanquí que yanquicen el Mundo? ¿Serán Hall Caine, apreciable novelista, procedente del flamante naturalismo, y Mark Twain, filósofo de la risa que se introduce en Alemania? ¿O será la turba-multa de ambos sexos —polígrafos imbéciles e ignaros— que pulula en los Estados Unidos y hace crujir las prensas con sus volúmenes de a un real? Dudo que esos grafómanos ejerzan ninguna influencia fuera de los Estados Unidos. Dícese a menudo que los yanquis leen mucho. Es verdad, leen; ¿pero qué? Insulsos periódicos y obrillas anodinas que están, como diría Anatole France, *bors de la littérature*; y cuya existencia y consumo denotan la basteza del sentido estético en el pueblo que semejantes mamarrachos produce y gusta.

En otras manifestaciones de arte, ¿qué ha producido tampoco el pueblo norteamericano? Su mejor compositor de música, el mediocre Souza, es un

⁴(Poetic Gems from Shakespeare till present day selected by B. S. Berrington B. A. *The Hague* 1900).

hebreo de origen portugués y nacido en Holanda. La circunstancia de que el Rey Eduardo VII haya escogido un pintor yanqui para trasladar al lienzo la ceremonia teatral y arcaica del coronamiento, no significa, según imagina el Sr. Stead, la superioridad de la pintura yanqui. Puede significar, sí, muchas otras cosas; por ejemplo: la superioridad del pintor escogido, o el mal gusto del Rey, o el desamor del soberano a los pintores actuales de Inglaterra. Un americano es, a lo que opina el Sr. Stead, "el más grande escultor de la época, excepción hecha de M. Rodin". Juro que ignoraba hasta ahora el nombre de ese genio; y aún ignoro cuáles sean las obras que le merecen tan lisonjera opinión del Sr. Stead; y qué palacio, o qué jardín, o qué ciudad se adornan con sus mármoles gloriosos. Tampoco en el Teatro, como se desprende del capítulo que el Sr. Stead consagra a la opinión que el crítico inglés, Mr. Archer, tiene del teatro yanqui, pueden vanagloriarse los angloamericanos de poseer, no digo ya una literatura dramática, pero ni un autor notable. A fuerza de dólares se tradujo y se montó en la escena francesa, no hace mucho, una obra de autor yanqui. Luego de representada, los críticos de París, todos, desde el mayor al más insignificante opinaban contestes que la obra no merecía los honores de la escena francesa.

En la Ciencia y en las aplicaciones prácticas de la Ciencia sí han culminado, a la verdad, muchos norteamericanos. Franklin y Edison pertenecen al número de nombres de los cuales puede enorgullecerse la humanidad. Payne, Emerson, Maudsley, Draper e Ingersoll hacen honor al nombre norteamericano. Los ingenieros mecánicos y electricistas de los Estados Unidos son los primeros del mundo; y los útiles industriales, en cuya invención entran por igual imaginación y ciencia, alcanzan allí su máximo perfeccionamiento.

"Entre las influencias que están *americanizando* el mundo, opina el Sr. Stead, que no desperdicia ocasión de lisonjear la vanidad de los yanquis, la influencia de la mujer es de las más notables y encantadoras". Yo no lo seguiré en la enumeración de mujeres norteamericanas que se casaron con hombres culminantes de otros países; y dejo íntegra su admiración por una cierta Mrs. Hallbon, de Minnessota, que "ordeña 19 vacas en la mañana y 19 en la tarde; y que en ocasiones ordeña hasta 50 por día". Opino como el autor que "sería monstruosa injusticia pensar que el matrimonio entre un título europeo y una rica heredera del Nuevo Mundo nunca sea cumplido por afección tan desinteresada, que los dólares no se miren como una bagatela en el contrato nupcial"; por eso no comparto el parecer algo contradictorio que expone el Sr. Stead, líneas antes, parecer según el cual "es solamente la más famosa heredera la que llama la atención; y en muchos casos motiva el matrimonio cuanto pueda imaginarse menos el sentimiento".

En el capítulo sobre el sport se escapa al entusiasta Sr. Stead, una explicación de por qué los yanquis han ganado contra Inglaterra once veces consecutivas la *America Cup*, en carrera de yates. Esa explicación ingenua me hace pensar que, a pesar de su disfraz de yanquizante, el simpático ironista Sr. Stead es, hasta en *sport*, un desaforado patriota. No hay que engañarse;

ese himno sin término, ese hurra constante a los Estados Unidos, no es sino una advertencia y un grito desesperado a su país. Ese hombre es, repito, un patriota. El mensaje de Cleveland, a propósito del proyectado latrocinio de Guayana, exaspera el patriotismo del Sr. Stead, que a pesar de toda su diplomacia lo trae a cuento doscientas veces. Y en alguna otra parte exclama el excelente patriota:

“John Bull tendrá que despertarse; será una dificultad de un cuarto de hora para el buen viejo; pero el resultado acaso a nadie asombre tanto como a esos *Americanos*, que con la mayor sangre fría, parecen dispuestos a vender la piel del león antes de haberlo matado”.

Los ferrocarriles, la navegación y los trusts, a los cuales consagra el último capítulo de su tercera parte la obra del Sr. Stead, sí me parecen poderosos factores de Americanización. Los trusts son una fórmula completamente nueva de la osadía colosal de los yanquis. El mundo no había visto hasta ahora nada semejante. Es natural que abra los ojos, en mueca de asombro.

IV

En el comienzo de la *Cuarta parte* de su obra el Sr. Stead se pregunta: *What is the secret of American success?* El quiere saber en qué consiste la fuerza de los yanquis, con el laudable propósito de ver por beneficiar a su propio país. Según el Sr. Stead los tres primordiales factores de superioridad en el pueblos de los EE. UU. son: la Instrucción; el estímulo de Producción; y la Democracia. Otras opiniones ajenas que cita el Sr. Stead son curiosas. Para un judío a quien alude el autor, el éxito de los angloamericanos consiste en que la religión no los embaraza ni les toma tiempo, en que no desparraman su energía en artes, como italianos y franceses; ni en ejércitos como los alemanes; ni en marina, colonias, sport, como los ingleses; sino que ellos concentran toda su energía nacional en este solo propósito: la conquista del oro. Esta opinión hebrea es tan insignificante, superficial y falsa que no merece los honores de la refutación. Mr. Choate, embajador angloamericano en Londres opina como Tocqueville, que la Democracia, *the absolute political equality of all citizen with universal suffrage*, es el secreto del éxito americano. Y un señor Wideneos, de Philadelphia, imagina que el florecimiento de su país se debe a la inteligencia e instrucción del proletario yanqui, y al fácil acceso del pueblo a todos los honores civiles.

Pero aun cuando no se descubran las causas del fenómeno, el fenómeno existe y es necesario contar con él. Así, el Sr. Stead, preconiza la unión de los pueblos ingleses bajo la bandera americana; mas como todos los ingleses no aceptarán su fórmula, el Sr. Stead despoja su pensamiento de cuanto pueda tener de irrealizable; y concluye, apoyado en las mejores autoridades inglesas, por preconizar una alianza política. Y como las alianzas entre países pueden ser de muchas suertes, el Sr. Stead propone, ya no “The United States of the

Englishspeaking World", sino *La liga solemne* que Mr. Stevenson propuso para entre la madre patria y sus posesiones. El Sr. Stead apunta esa Liga como base de alianza. Los compromisos cardinales de la Liga serían:

1º Obligación de garantizar, contra la conquista extranjera, los territorios ocupados por raza inglesa.

2º Garantía solidaria del derecho de neutralidad.⁵

Este es el punto capital del libro. Todos sus entusiasmos y fuegos artificiales de devoción a la raza conducen al Sr. Stead, a querer:

1º Que los EE. UU. olviden el consejo de George Washington; según el cual, respecto a las naciones extranjeras los EE. UU. deben cultivar las mayores relaciones de comercio y el mínimum de relaciones políticas;

2º Que los recursos de los EE. UU. entren incondicionalmente al servicio del imperialismo británico.

Bien hace el Sr. Stead en sospechar que su proyecto de alianza no despierte en los EE. UU. el mismo entusiasmo que en Inglaterra. En efecto, los EE. UU. por esa alianza renunciarían: 1º A la posibilidad de que el Canadá y las Antillas inglesas fueran un día posesiones norteamericanas; 2º A la tranquilidad de su política exterior que les permite estar a la expectativa con las manos libres y los bolsillos repletos; tranquilidad que bastaría a comprometer la torpeza o mala intención, no sólo del Gabinete inglés, sino hasta de un simple *Premier* colonial.

Esa alianza, además, sabiamente explotada por la experiencia y sagacidad inglesas, reportaría beneficios innúmeros a la Gran Bretaña, aun con detrimento del desarrollo comercial y político de los EE. UU.; pero como Inglaterra es hábil en extremo y de una política florentina, acaso los EE. UU. consientan un día en ligarse las manos en beneficio de Inglaterra, que es lo que se propone, en última análisis, la obra del Sr. Stead.

V

Esa fraternidad de Inglaterra y los Estados Unidos duplicaría el apetito de ambas Potencias; y es de preguntarse: ¿nosotros, pueblos españoles de ambos mundos, seríamos los menos afectados por esa alianza?

En el número correspondiente a julio de 1902, en la Revista madrileña *Nuestro Tiempo*, del sesudo escritor político D. Salvador Canals, corre un estudio titulado: *Nuestra frontera con Inglaterra en Gibraltar*, obra del Sr. Maura Gamazo.

Recuerden los españoles de la Península cómo pinta la actitud invasora de Inglaterra el Sr. Maura Gamazo; y cómo ve declinar el prestigio de España. "Volviendo al Peñón, escribe el Sr. Gamazo, si la renuncia de Inglaterra a

⁵El texto reza así: The bond between English-speaking nations would be reduced to an obligation to guarantee the home lands of the race against foreign conquest, and a joint guarantee by each and all of the right to neutrality. (pag. 161; edición inglesa).

su soberanía en aquel territorio dependiese de un plebiscito, ni en el norte de Marruecos, ni en el sur de España, contaría nuestra causa con bastantes votos para vencer. Saben muy bien los ingleses que no han de tropezar con la enérgica oposición del espíritu público, y porque lo saben hace mucho tiempo que van agrandando sus dominios a costa de España". Luego de historiar el ensanche de las rapiñas inglesas en territorio español de Gibraltar, el Sr. Gamazo recuerda los abusos ingleses de todo género, como sondeos en aguas españolas y desembarque arbitrario en tierra de España, so pretexto de buscar un torpedo. "Todo les sirve, —añade con desconsuelo el Sr. Gamazo—, porque conocedores de la fuerza que tiene en nuestra patria el precedente, el abuso de ayer se convierte en derecho de hoy y en objeto de reclamación oficial mañana".

Se dirá que el Sr. Gamazo ha sido Ministro de Estado y pudo ayer prevenir los males que hoy delata; pero lo cierto es que el mal existe; que la influencia inglesa acrece en el sur de España, y en las posesiones españolas del norte africano, y que debe tenderse a que ni una pulgada más de tierra española caiga en las redes de aquella araña de hilos sutilísimos que miró en Gibraltar el Sr. Gamazo.

Cuanto a los pueblos hispanoamericanos, viven en la zozobra del peligro extranjero. Los yankees manifiestan el deseo de que bandas de tierra a una y otra parte del canal y en toda su longitud, sean posesiones norteamericanas.⁶ El Sr. Stead insinúa a los EE. UU., por si ellos se olvidasen, que para guardar el canal necesitan algunas estaciones; y benévolamente se permite indicarles: "la bahía del Almirante, en Colombia; el golfo Dulce, en Costa Rica; y alguna de las islas Galápagos, islas que están lejos de la costa y pertenecen al Ecuador". El excelente Cecil Rhodes afirmaba una vez: "si hubiera sido Foreign Minister habría ocupado la Argentina, reteniéndola como retenemos el Egipto". El Duque de Argyll, aconsejaba a los alemanes en la *Deutsche Revue*, en setiembre de 1891, que pusiesen mano en la República Argentina.

Véanse las elocuentes y fervorosas incitaciones del buen Duque.

"Existe un país, el único país en el cual nada es despreciable, sino los hombres, donde un nuevo trono puede ser levantado. Existe un país cuya felicidad depende de una Potencia extranjera, que impida a sus habitantes que se rompan unos a otros la cabeza cada pocos años; un país con una hermosa capital, espléndido puerto, buen suelo, en el cual todo es excelente, a excepción del gobierno. Este país que sólo requiere un protectorado europeo para reducirlo al orden, y hacer de él un Dorado, es la Argentina. La dominación germana en forma de protectorado, o en cualquier otra forma, sería bien re-

⁶Los armadores angloamericanos acaban de manifestar ante el Gobierno de su país, pidiéndole que declare territorio de la Unión una zona de 10 kilómetros a ambos lados del futuro canal. Así, por esta humilde petición de los armadores yanquis, Colón y Panamá pasarían a manos de los EE.UU. No será extraño que otros buenos ciudadanos de los EE.UU. encuentren suficientes razones para pedir la anexión a los EE.UU. de los países del sur, de Méjico a Patagonia.

cibida, porque ella sería capaz de ayudar al país a levantarse de su actual postración”.

Este apreciable inglés Sr. Argyll, debe de haber celebrado algún contrato en la Argentina, o acaso guarde gratos recuerdos de Buenos Aires, ya que, a fuer de generoso en la gratitud, desea tanto bien para aquella tierra latinoamericana. *Nobleza obliga*. Sólo una cosa echa en el olvido el de Argyll, y es la manera cómo retornó a Europa, de América, Maximiliano de Habsburgo.

De todas partes nos amenazan; pero ningún peligro sería mayor que el de los Estados Unidos, asesorados de Inglaterra. De donde se sigue que ante el peligro, la ninguna solidaridad de los españoles de ambos mundos nos es perjudicial. Yo no predico a los americanos regresión al estado de feto; a respirar por el cordón umbilical que la espada de Simón Bolívar cortó hace tiempo. No olvido tampoco cierta *Carta Americana* de D. Juan Valera, según la cual la cuna de los pueblos hispanoparlantes es apenas un total de debilidades. Puesto a un lado el buen humor en disfraz de pesimismo, un acercamiento de los pueblos de raza española, ¿sería imposible? ¿sería inconveniente? ¿De qué fórmula podría revestirse una fraternidad de los pueblos hispanos de ambos mundos? ¿En qué pudiera consistir dicha fraternidad?⁷

Somos nosotros, americolatinos, quien más peligro corre. Nosotros vivimos en la imprevisión. Nos imaginamos solos en el mundo, sin recordar que en política, lo mismo que en el mar, hay ballenas, tiburones y hasta pesadas focas que se nutren de la pesca, es decir, que viven de los débiles.

Todo induce a creer que las guerras, que en la Edad Media fueron de religión y a fines del siglo XIX industriales y comerciales, serán en el siglo XX guerras de raza. Las unidades de pueblos homogéneos tienden a unirse, con el instinto, aún vago, de un próximo peligro. Por algo se empieza a tratar de pangermanismo, de panslavismo, de panlatinismo. ¿Será imposible el acercamiento panhispano? No a manera de Unidad nacional, según la constitución de Italia y de Alemania, sino como una *fratellanza* política, cuyos nexos, más o menos estrechos, pudieran estatuirse, desde la simpatía platónica hasta la solidaridad oficial.⁸ Y caso de que el panhispanismo sea irrealizable, no lo es de ninguna manera la alianza de las Naciones lusohispanoamericanas. Un congreso de plenipotenciarios latinoamericanos reunido en alguna de nuestras capitales: Santiago de Chile, Méjico, Río de Janeiro, Bogotá, pudiera, como ya lo intentó la previsión de Bolívar, en el Congreso de Panamá, decidir de los destinos de nuestra raza y de nuestro Continente. Darle forma al pensamiento de nuestra solidaridad, definir el código de los deberes y de los derechos mutuos de cada nación latinoamericana, asentar los medios para el cultivo de recíprocas relaciones de todo orden, tal sería el objeto de ese

⁷No se olvide que es un venezolano quien habla de panhispanismo, a pesar de que Venezuela podría guardar el resentimiento del Laudo español, a propósito de nuestros límites con la hermana República de Colombia.

⁸El congreso panhispano de Madrid, que fue el primer paso hacia la solidaridad de la raza, no estatuyó nada, que yo sepa. De ahí su infecundidad relativa.

Congreso. De unos países a otros los amerícolatinos no ventilan grandes intereses materiales del momento, es decir, gran comercio, etc. Ventilan, sí, un máximo interés de sentimiento y de vida, el interés de guardar el continente para sí, para la raza que lo posee. El descalabro de una porción de esa raza y de ese continente afecta, y afectará aún más en lo futuro, todo el continente y la raza latinoamericanos.

Ya de acuerdo nosotros en cuanto a ciertos puntos cardinales de nuestra política exterior,⁹ pudiéramos decidir hacia qué lado convendría más inclinarnos: hacia el panamericanismo o hacia el panlatinismo; qué garantizaría mejor nuestro porvenir: el ideal de mancomunidad de continente e instituciones republicanas, o las afinidades de raza, y la homogeneidad de cultura latina. Cada uno tiene sus personales simpatías, por supuesto; pero simpatías no son razones. Demás de que ante el beneficio máximo de la comunidad debe sacrificarse todo.

Toca a los publicistas discutir estas ideas y a los gabinetes discutir las e informarlas.

R. Blanco Fombona
Cónsul de Venezuela en Amsterdam

Amsterdam, 1902.

⁹De existir ese acuerdo no se hubieran cometido máximos desaciertos, como el de la cesión del territorio de Acre, por la República de Bolivia, a una Compañía Yanqui, con derechos casi autonómicos. Esa malhadada cesión estuvo a pique de escindir las buenas relaciones necesarias entre países suramericanos. A la diplomacia del Brasil y a la buena fe de Bolivia corresponde el triunfo sobre aquel yerro.